Manuel Solé S.J.

La Sabana Santa de Turin

Su autenticidad y trascendencia

MANUEL SOLE

LA SABANA SANTA DE TURIN

Su autenticidad y trascendencia

Mensajero

© Ediciones Mensajero - Sancho de Azpeitia, 2 - 48014 BILBAO
Apartado 73 - 48080 BILBAO
ISNB : 84-271 - 1425-7
Depósito Legal : BI-1312-85
Imprime : GRAFMAN, S. A. - Andrés Isasi, 8 - 48012 BILBAO
Printed in Spain

SUMARIO

		Págs.
Prólogo del Dr. Balaguer		9
Presentación		13
Indice onomástico		17
I.	DESCUBRIMIENTO DESCONCERTANTE	27
II.	HISTORIA	45
III.	LA TELA	113
IV.	LA DOBLE FIGURA	137
V.	EL CUERPO DEL DELITO	191
VI.	EL HOMBRE DE LA STA. SABANA	297
VII.	REPORTAJE GRAFICO DE LA PASION Y MUERTE DE JESUS	327
VIII.	TESTIGO DE LA RESURRECCION	427
Epílogo		467
Bibliografía		475

PROLOGO

El libro que El P. Manuel Solé ha escrito sobre la reliquia arqueológica conocida como la Sábana Santa de Turín sorprende ante todo por la riqueza y detalle de la información que contiene y que abarca numerosas áreas de investigación involucradas en el tema por el gran número de estudiosos que se han ocupado del mismo. Supongo que esta impresión es más evidente para quienes nos acercamos al tema por primera vez y sólo teníamos antes la aprensión que producen cuestiones como ésta, donde se intuye predominarán las interpretaciones superficiales de quienes ya están previamente convencidos.

La presentación del libro es en forma de mesa redonda, en realidad una inmensa mesa redonda, en la que sucesivamente se aportan los resultados de los trabajos de los estudiosos y las opiniones de quienes se han ocupado de los múltiples aspectos técnicos suscitados por el deseo de averiguar el mayor número de datos acerca de la reliquia. Ello junto al estilo del relato, que se acerca en varios capítulos a una novela policíaca, impide que decaiga el interés a lo largo de la lectura.

El análisis de los antecedentes y de las características del objeto arqueológico motivo del estudio, lleva a plantear de inmediato el núcleo del problema. Se trata de saber si nos hallamos ante una pintura realizada en la Edad Media o ante una imagen producida de un modo desconocido, y que corresponde a un muerto de hace dos mil años con una serie de circunstancias peculiares que coinciden en muchos detalles con los relatos de la muerte de Jesucristo, contenidos en los evangelios.

Lo primero que obliga a la cautela es su aparición en el mundo medieval tan lleno de falsas e inverosímiles reliquias, inventos remunerados y beatería. Ello dificulta que pueda tomarse fácilmente en serio la hipótesis de que se trata del sudario con el que fue enterrado Jesucristo. Sin la placa que con gran dificultad técnica obtuvo Secondo Pia en 1898 en los albores de la fotografía, la reliquia seguiría teniendo un valor muy relativo. Pero esta placa resultó sorprendentemente un positivo que reveló súbitamente toda la belleza del rostro del hombre de la Sábana de Turín.

Confirmada en 1931 con una técnica más depurada, la Sábana Santa ha recibido un interés creciente que ha culminado con los estudios iniciados en 1978 por el Shroud of Turin Research Project (STURP), que reúne el más numeroso y preparado grupo de expertos que se han ocupado del tema. Los estudios científicos han mostrado el contraste entre la pobreza de medios con la que se desenvuelve la investigación del pasado histórico y los resultados obtenidos en el examen de la imagen contenida en la Sábana de Turín, por la aplicación de técnicas cada vez más sofisticadas.

Como consecuencia de los sucesivos hallazgos de los diferentes investigadores con sus naturales contradicciones y de una especial fascinación ejercida por la reliquia, cabe destacar el apasionamiento y la dedicación con la que hombres de muy diferentes creencias e incluso agnósticos, y de muy diversa procedencia intelectual y geográfica, se han convertido en «sindonistas» y han pasado a ocuparse de forma intensa y continuada del tema.

Por mi profesión, me siento inclinado a comentar de forma preferente los aspectos propiamente médicos del libro del P. Manuel Solé, en especial los referentes al testimonio que ofrece la Sábana acerca de las torturas y tormentos físicos que sufrió el hombre que una vez muerto fue envuelto en ese sudario, así como las señales de la crucifixión y las causas de la muerte. El estudio detallado de las fotografías ampliadas ha producido tal cantidad de información acerca de las torturas físicas, que no ofrecen ninguna duda a su interpretación. Sobre los datos observados, se han desarrollado diversas opiniones; algunas que demuestran la gran capacidad humana para la imaginación, pero sumamente improbables. Como ejemplo de estas elucubraciones sin fundamento colocaría la de la muerte por rotura cardiaca postinfarto. Por el contrario hay otras numerosas aportaciones muy razonables entre ellas la probable presencia de una pericarditis serosa traumática que explica que de la lanzada en el costado derecho primero saliera agua al atravesar el saco pericárdico distendido y luego sangre al atravesar la pared de la aurícula derecha. Así se explican las dos coladas que parecen deducirse de la imagen.

Los datos del cuerpo del hombre de la Sábana que se correlacionan con los relatos evangélicos son tan numerosos, que se comprende que la hipótesis de una pintura hecha adrede, sea difícil de descartar. Pero hay tres diferencias de orden físico que se suman a otros argumentos técnicos en contra de la pintura, y que no aparecen en la iconografía habitual: el casquete como corona, el cuerpo completamente desnudo y la posición de los clavos que fijan las extremidades superiores por las muñecas.

El P. Manuel Solé dedica una gran parte de su libro a describir incluso de forma reiterada, las torturas y afrentas físicas y psíquicas que debió sufrir el hombre que estuvo envuelto en la Sábana y que se deducen del examen minucioso de la imagen que contiene a través de las diversas técnicas aplicadas. Entre las anécdotas que incluye cita dos testimonios de los campos nazis de concentración. Esto nos lleva a recordar los numerosos lugares del mundo, de los que hoy gracias

a los medios de comunicación estamos mejor informados, donde el hombre contemporáneo en mil diversas formas sigue imponiendo su poder y su crueldad sobre otros hombres. El amplio comentario del P. Manuel Solé no tiene un valor simplemente como testimonio de la historia pasada, ni se limita al relato de un hecho singular, sino que conserva un alto significado para el hombre de hoy, con independencia de sus creencias o de su ideología.

Este sentido permanente y ejemplar de la pasión y muerte de Jesucristo, ha estado siempre presente en las explicaciones y representaciones que con más o menos fortuna se han usado a lo largo de los siglos. Pero es en nuestra época que resulta fácil tener ejemplos al alcance de la mano de la crueldad y la prepotencia de las relaciones de opresión del hombre sobre el hombre. Esta percepción de la realidad permanente del sufrimiento cósmico, se debe en parte a una mayor sensibilidad del mundo contemporáneo por la dignidad de la persona humana. Tristemente deberemos reconocer que todavía hace poco menos de cien años la esclavitud era admitida por países que invocaban a Dios en sus constituciones. Pero, asimismo, que el progreso técnico ha facilitado la introducción de nuevos procedimientos de tortura cada vez más sofisticados.

En la última parte del libro se plantea el intrigante tema de cómo se produjo y quedó fijada la imagen que se ve en la Sábana de Turín. Es posible que el misterio no llegue a desentrañarse nunca y es necesario reconocer, como lo hace el P. Manuel Solé en su texto, la gratuidad de la fe para los cristianos, que no puede beneficiarse de ayudas como las que la Sábana Santa puede insinuar.

Se puede llegar, como muchos lo han hecho, a valorar los indicios racionales del probable origen de la imagen de la Sábana Santa, admirar el cariño y cuidado ciertamente inusual con que la reliquia ha atravesado las vicisitudes de la historia e incluso conjeturar acerca de las relaciones entre la imagen, la recuperación de la Sábana y el relato evangélico de la resucitación. Pero al mismo tiempo no debe olvidarse lo que se considera esencial en la fe cristiana, expuesto en el evangelio de San Juan (20,27): «Tú crees porque me has visto. Dichosos los que creerán sin haber visto».

Este libro aporta información muy completa acerca de una pieza que fascina a los que se acercan a estudiarla. Su lectura obliga a una reflexión profunda que interesará a los lectores deseosos de estudiar un tema cuyo interés se ha incrementado sorprendentemente con las aportaciones de la técnica científica. Pero nos quedaremos siempre asomados al borde del misterio de quien es el Centro de la historia.

Quiero agradecer al P. Manuel Solé, me haya dado la oportunidad de asociarme, de algún modo, a este estudio serio y apasionante que él ha realizado con su corazón restaurado por la moderna tecnología.

Dr. Ignacio Balaguer Vintró, cardiólogo

PRESENTACION

Aquí tienes, lector, un libro fruto del interés experimentado al conocer la existencia y el misterio de una sorprendente fotografía de hace siglos. Creo que la sorpresa y la intriga que suscitó en mí su conocimiento puede también suscitarla en ti.

Existe en Turín un misterioso lienzo —la Sta. Sábana— con unas marcas grotescas que, a grandes rasgos, delinean la figura a tamaño natural, de un hombre crucificado. Innumerables manchas de sangre salpican la tela.

Una tradición inmemorial dice que es la sábana con que fue envuelto en el sepulcro el cadáver de Jesús de Nazaret. El habría dejado en la tela aquellas manchas. Por esto se la ha guardado siempre con veneración.

Pero ¿es esto posible? ¿Puede ser esta sábana la misma que hace dos mil años envolviera el cuerpo muerto de Jesús? Y en caso afirmativo, ¿cómo se formaron aquellas marcas? ¿Pueden revelarnos algo sobre la pasión de Jesucristo?

Otros piensan, más bien, que aquellas figuras son obra directa de un pintor de la Edad Media, o bien una inversión natural de colores de una pintura cualquiera. Otros hablan de un calco intencionado de una estatua o de un bajorrelieve. En fin, una obra de arte excepcional y única, realizada por un artista genial desconocido.

Muchos de esos autores sostienen, en consecuencia, que no se trata más que de un fraude, realizado con maestría excepcional para apoyar las creencias cristianas: una superchería. Y en consecuencia atacan a la Sta. Sábana con ardor y desprecio.

Por su parte los parapsicólogos consideran al lienzo de Turín como «el fenómeno oculto más importante de la década de los 70» (Jeane Dixon). Son muchos los congresos de Parapsicología que han estudiado de propósito la Sta. Sábana de Turín con ocasión del Congreso de 1978.

Esta misma variedad de opiniones, tan encontradas, indica ya la intriga que su estudio suscita.

Hasta finales del siglo pasado, en que se descubrió el hecho des-

concertante de que aquellas imágenes eran un negativo fotográfico, no se le dio al lienzo mayor importancia. Se le tenía por una reliquia con más o menos fundamento. Pero desde entonces fueron los científicos y técnicos los que sintieron la comezón de esclarecer su misterio: Historiadores, arqueólogos, egiptólogos y expertos en tejidos antiguos, químicos, físicos, botánicos, biólogos, anatomistas y patólogos, hematólogos, médicos forenses, cirujanos, radiólogos, microanalistas, técnicos espaciales de la NASA, fotógrafos, artistas, exegetas y biblistas... se volcaron sobre ella. No sé si hay otro objeto sobre el que se hayan inclinado más variedad de especialistas.

No ha sido trabajo fácil el de estos investigadores. Sólo muy lentamente se han ido desvelando muchos de los arcanos encerrados en la Sta. Sábana. Ha sido obra de cooperación y de constancia.

Culminación de estos estudios ha sido el congreso internacional de Turín (1978). Culminación y a la vez principio de otros muchos estudios, que se han emprendido desde entonces con nuevo ardor y con una técnica mucho más avanzada. Queda mucho todavía por aclarar. Cuanto más se la estudia, más misterios se descubren en ella y más intriga y apasiona su estudio.

No obstante, no faltan, todavía hoy, quienes le niegan todo interés. La sábana de Turín es para ellos «un inocuo trozo de tela que no vale la pena tomar en serio». Otros la miran con tolerante reserva, que se traduce a veces en abierta desconfianza. Así les sucede a muchos teólogos expertos en el campo de la exégesis bíblica. Por último están los que, valorando adecuadamente los resultados de los actuales estudios científicos sobre ella, aceptan plenamente su autenticidad con todas sus consecuencias. (Cfr. Raimundo Sorgia, O.P. prof. del *Angelicum* de Roma. *Acta II Congr. Int. Turín* 1978, p. 217).

He ahí el problema que desearíamos ayudar a esclarecer. No se trata de imponer, sino de esclarecer. La mayoría de los que rechazan la autenticidad de la Sta. Sábana es simplemente, a nuestro entender, por desconocer el tema.

Nuestro trabajo comienza con la exposición del hecho crucial que determinó que dicha sábana pasase de ser una mera reliquia, más o menos venerable, a objeto arqueológico de primer orden, intrigando enormemente a los científicos (cap. I).

Después interrogaremos a la historia. A ver qué nos dice sobre la existencia de este lienzo a lo largo de los siglos. A ver si entronca con la muerte de Jesús (cap. II).

Más adelante acudiremos a la técnica textil: qué dice ella sobre la textura de éste y sobre su antigüedad (cap. III).

Dando un paso más, preguntaremos a la técnica sobre las dos imágenes contenidas en la sábana: ¿Son una pintura? ¿Son un decalco? ¿Son el viraje de color de una pintura cualquiera? ¿Qué son esas imágenes? ¿Cómo se formaron? (cap. IV).

Al descubrir que se trata de la auténtica fotografía de un cadáver, estudiaremos en el cap. V qué nos dice esta fotografía sobre la muerte de dicha persona: tormentos a que fue sometida, cómo fue enterrada, etcétera. Un auténtico estudio detectivesco.

Luego nos fijaremos en el estudio de la persona misma: su antropometría, su belleza... su psicología... para concluir preguntándonos quién puede ser (cap. VI).

Una vez identificada la persona nos aventuraremos a una serie de reflexiones sobre la trascendencia de esa pieza arqueológica (caps. VII-IX).

Nuestro trabajo está concebido a manera de una magna mesa redonda en la que irán tomando la palabra los distintos investigadores para informarnos de sus descubrimientos. Será el lector quien se irá formando su idea sobre los datos expuestos por los especialistas.

El libro va dirigido a cristianos y no cristianos. Precisamente, entre los científicos que nos van a hablar, los hay católicos y protestantes de diferentes credos, hay mormones y judíos, y hay también muchos agnósticos e incrédulos.

Va dirigido a personas de una cultura general media tirando a alta. Va dirigido a individuos de cierto interés cultural; a toda persona que se sienta intrigada por la historia, la arqueología, la fotografía, el arte, la técnica textil, la patología, la medicina legal, la religión... e incluso por la investigación policíaca de un crimen histórico.

Tratamos el lienzo como objeto arqueológico. Si con frecuencia hablamos de «la Reliquia», la «Sta. Sábana», etc., es para acomodarnos a la manera de hablar de las personas que han intervenido en su custodia o en su estudio a lo largo de los siglos. Nosotros no queremos prejuzgar el asunto. Preferimos que sea el mismo lector quien vaya sacando las conclusiones. Sólo al final expondremos las derivaciones que los estudiosos han deducido de su atento y prolongado examen.

No nos forjamos la ilusión, evidentemente, de que, por convincentes que puedan parecer las conclusiones presentadas por los diferentes sabios, todos los lectores acepten la autenticidad de la sábana de Turín, y menos todavía el mensaje que ella parece encerrar. Si se tratase de la mortaja de Aquiles o de Patroclo, anota uno de sus estudiosos, Yves Delage, el problema sería muy distinto. Pero la mortaja de Jesús, si es realmente auténtica —ya que éste es el problema que nos plantea la tradición— tiene tales implicaciones que nunca faltarán, por una razón o por otra, escépticos y contradictores. Pero el lienzo está aquí y su interpretación científica también.

Para el creyente cristiano tendrá el tema un valor muy distinto del que le dará el incrédulo o indiferente. El interés y la posición personal influyen siempre sobre la objetividad de nuestros juicios. Pero a uno y a otro la sábana de Turín les hará reflexionar, porque las derivaciones que de su autenticidad pueden desprenderse son trascendentes. «Hemos descubierto, dijo en una interviú uno de los investigadores (el profesor Heller, protestante de la Iglesia Baptista) que estamos delante de un gran misterio... Pero sepa que todos nosotros (los sabios del equipo americano que la ha estudiado) —incluso los ateos que hay entre nosotros— hemos sentido la gran fascinación de Cristo, y que todos nos hemos sentido sobrecogidos por el misterio que rodea su vida terrestre, su resurrección y el extraordinario testimonio de la Síndone».

Por último queremos advertir que algunos puntos relacionados con el tema, pero que no entran de lleno en su desarrollo, los expondremos a manera de apéndice al final de cada capítulo. Así podrá el lector prescindir de ellos, si no le interesan.

También hemos de advertir que para no repetir cada vez el título de las obras citadas, los insinuaremos solamente, remitiendo a la bibliografía final, donde se hallan los títulos y demás datos bibliográficos completos.

No nos resta más que dar las gracias a las diferentes personas que han aceptado echar un vistazo sobre estas líneas, especialmente en los temas técnicos, para corregir o puntualizar los conceptos expresados, y a los que han colaborado llevando la parte de los dibujos.

Manuel Solé S.I.

INDICE ONOMASTICO

PERSONALIDADES QUE INTERVIENEN EN ESTA ESPECIE DE MESA REDONDA

ADLER ALAN
Prof. de Química del Western Connecticut State College (USA), miembro del STURP.

ADLER SAMUEL
Analista.

ALINE DE SION MARIE
Arqueóloga.

ASHE GEOFFREY
Periodista, sindonólogo.

AUSEJO, O.F.M. SERAFÍN DE
Prof. de Sda. Escritura (diccionario).

BAGATTI, O.F.M. BELLARMINO
Arqueólogo bíblico, del Studium Biblicum Franciscanum de Jerusalén.

BAIMA BOLLONE PIER LUIGI
Médico forense, prof. de Medicina Legal en la Universidad de Turín.

BALAGUÉ SALVÍA, SCH. P. MIGUEL
Especialista en lenguas clásicas, en hebreo y en Sda. Escritura, prof. en el Calassatium de Roma y en el Instituto Teológico de Salamanca.

BARBERIS BRUNO
Prof. en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Turín.

BARBET PIERRE
Cirujano responsable del Hospital de S. José de París.

BARTINA, S.I. SEBASTIÀ
Prof. Sta. Escritura en la Facultad de S. Fco. de Borja, S. Cugat del Vallés, Barcelona.

BONNET-EYMARD, FR. BRUNO
Exegeta, sindonólogo.

BOVER, S.I. JOSÉ MARÍA
Biblista, autor de una edición crítica del N. Test. prof. de Sda. Escritura en la Fac. S. Fco de Borja, S. Cugat del Vallés.

BRAUN, O.P. F. M.
Teólogo.

BROWN, S.S. RAYMON E.
Biblista, especialista en los Stos. Evangelios.

BUCKLIN ROBERT
Médico forense, patólogo del Hospital de Los Angeles y Houston (USA).

BULST, S. I. WERNER
Prof. de teología en la Univ. de Francfort.

CARELTON S. COON
Etnólogo, exprofesor de Harvard.

CARNAC PIERRE
Escritor sindonólogo.

CARRASCO JOAQUÍN
Médico.

CARREÑO EXTEANDÍA, S.D.B. JOSÉ LUIS
Escritor sindonólogo.

CASELLI GIUSEPPE
Médico forense, radiólogo.

CECCHELLI CARLO
Prof. de arte en la Universidad de Roma.

CLAUDEL PAUL
Literato y poeta, de la Académie Française.

CLÉMENT R.
Miembro de la Societé Nationale des Beaux Arts de Paris, pintor y anticuario.

CODEGONE CESARE
Ingeniero, prof. y director del Istituto di Fisica Tecnica e Impianti Nucleari del Politécnico de Turín.

COERO BORGA S.D.B., PIERO
Secretario del Centro Internazionale di Sindonologia de Turín.

COLSON RENÉ
Físico, prof. en la Escuela Politécnica de París; miembro de la Academia de Ciencias de París.

CONDULMER PIERA
Sindonóloga, historiadora del Piamonte.

CORDONNIER GERARD
Escritor de historia.

CORSINI DE ORDEIG MANUELA
Escritora sindonóloga.

CRISPINO DOROTHY
Escritora de historia.

CURTO SILVIO
Egiptólogo, de la Universidad de Turín.

CHARRIER GIOVANNI
Paleobotánico, prof. de geología en la Universidad de Turín.

CHEVALIER ULISSE
Historiador investigador.

CHIFFLET JUAN JACOBO
Historiador sindonólogo.

DALE STUART T.
Del Smithsonian Museum de Ciencias Naturales de Washington.

DELAGE YVES
Prof. en la Sorbona, biólogo, director del Laboratorio Roscoff, miembro de la Académie des Sciences de París.

DEZZANI SERAFINO
Prof. de farmacia en la Universidad de Turín.

DIEHL M. CHARLES
Crítico de arte bizantino.

DUBARLE, O.P. P.A.M.
Escritor de arqueología.

DONNET VINCENT
Agregado de fisiología en la Universidad de Marsella.

EGGER GERARD
De la Universidad de Viena, director bibl. del Museo de Viena.

EGIDI CLAUDIO
Del Instituto Electrotécnico «Galileo Ferraris» y prof. en la Universidad de Turín.

ENRIE GIUSEPPE
Fotógrafo oficial de la S.

EVANS MARK
Del Brooks Institute, miembro del STURP.

FASOLA UMBERTO
Arqueólogo, miembro de la Pontificia Comissione di Archeologia Christiana de Roma.

FÉRET, O.P. H.-M.
Biblista, hermenéuta.

FERRI LORENZO
Anatomista, prof. en la Universidad de Roma, escultor.

FEUILLET, O.P. ANDRÉ
Biblista y exegeta, prof. en el Institut Catholique de París.

FILAS, S.I. FRANCIS L.
Prof. de teología en la Loyola University de Chicago Illinois. USA. Sindonólogo.

FILOGRAMO GUIDO
Director y prof. del Instituto di Anatomia Humana Normale de la Universidad de Turín.

FOSSATI, S.D.B. LUIGI
Sindonólogo.

FRACHE PIER GIORGIO
Director del Instituto di Medicina Legale de la Universidad de Módena.

FREI MAX
Botánico, palinólogo, criminalista, ex director de la sección científica de la policía de Zurich.

FUSINA M.ª DELFINA
Pintora, crítica de arte.

GABRIELLI NOEMI
Miembro de la Diputación Subalpina de Historia Patria, sobreintendente retirada de Galerías y obras de Arte del Piamonte, miembro de la Comisión de Expertos.

GAIL, S.I. PAUL DE
Ingeniero de tecnología industrial, historiador sindonólogo.

GALLERI DAMONTE GIACOMO
Botánico.

GARELLO EDOARDO
Sindonólogo.

GEDDA LUIGI
Antropólogo constitucionalista del Instituto Universitario Maria Assunta en la Universidad de Roma.

GEILMANN WILHELM
Prof. textil en la Universidad de Mayence.

GERVASIO RICARDO
Perito textil, prof., sindonólogo.

GILBERT R. y GILBERT M.
Analizadores espectrofotométricos.

GONELLA LUIGI
Prof. de Instrumental y Metodología en el Politécnico de Turín.

GREEN, O.S.B. M.
Escritor.

HABERMAS GARY
Prof. de historia y de filosofía.

HACHILI, C.F.R. RACHEL
Arqueóloga.

HARDOUIN-DUPARC P.H. D.
Sindonólogo.

HARALICK ROBERT M.
Director del Spatial Date Analysis Laboratory del Politechnic Institute y prof. en la Universidad estatal de Blacksbury (Virginia, USA).

HELLER JOHN
Bioquímico, prof. en el New England Institute, miembro del STURP.

HERNÁNDEZ VILLAESCUSA MODESTO
Médico, catedrát. de la Univer. Cat. de Oñate.

HOLZMEISTER, S.I. V.
Prof. en el Instituto Bíblico de Roma.

HUMBERT THOMAS
Escritor, sindonólogo.

HYNEK RUDOLF W.
De la Academia de Medicina de Praga.

IMBALZANO GIOVANNI
Prof. de matemáticas y física.

JACKSON JOHN
Prof. de física en la Academia de las Fuerzas Armadas de Denver (Colorado, USA) y en el Centro de Pasadena (NASA), fundador del STURP.

JEHLE WERNER
Crítico de arte pictórico.

JUAN PABLO II
Papa.

JUDICA CORDIGLIA GIOVANNI
Médico forense, prof. de medicina legal en la Universidad de Milán.

JUDICA CORDIGLIA GIOVANNI BATTISTA (hijo)
Fotógrafo.

JUMPER ERIC J.
Prof. de ciencias aeronáuticas del Centro de Pasadena (NASA), prof. de la Academia de las Fuerzas Aéreas de Denver (Colorado), cofundador del STURP.

KRAJNIK B.
Biotipólogo, profesor.

KATSIMBINIS CHISTÓS
Arquitecto, arqueólogo.

LAVERGNE, O.P. CESLAS
Prof. en el Instituto Bíblico de Jerusalén.

LE BEC
Médico.

LEDENYI
Catedrático de anatomía en Presburgo.

LEGRAND ANTOINE
Artista, sindonólogo, escritor y conferenciante.

LEVESQUE M.
Exegeta.

LEVEY
Rabino de Luneville.

LIBBY WILLARD F.
Premio Nobel de Química, 1960.

LIVI
Prof. de antropometría en la Universidad de Milán.

LORAN
Del Laboratorio de Ciencias de Los Angeles, USA.

LORING, S.I. JORGE
Escritor y charlista. Sindonólogo.

LORRE JEAN
Investigador en el Propulsion Jet Laboratory de Pasadena (California).

LOTH ARTHUR
Historiador, investigador de archivos, laureado por la Académie des Inscriptions et Belles Lettres de Paris.

LYNN DONALD J.
Del Propulsion Jet Laboratory de Pasadena (California-USA) de la NASA.

MCCRONE WALTER
Microanalista.

MANNS, O.F.M. FRIEDRICH
Biblista, arqueólogo.

MANZANO, S.I. BRAULIO
Escritor de la vida de Jesús.

MARAÑÓN GREGORIO
Médico y escritor.

MARASTONI ALDO
Prof. de Literaturas Antiguas en la Universidad Católica de Milán.

MARCHIS VITTORIO
Perito textil.

MARI EMILIO
Médico forense, prof. de Medicina Legal en la Universidad de Módena.

MÉLY F. DE
Arqueólogo.

MENDIZÁBAL, S.I. RUFO
Helenista.

METRAS
Médico, especialista en cirugía torácica.

MEYER P. M.
Papirólogo.

MILLER VERNON
Fotógrafo, jefe del Instituto Fotográfico de Sta. Bárbara (USA), miembro del STURP, prof. de análisis de la imagen en el Brooks Institute de California.

MILLET M. G.
Crítico de arte.

MÖDDER HERMANN
Prof. de Medicina en la Universidad de Colonia.

MORANO ETTORE
Director del Centro de Microscopia Electrónica de Vercelli (Italia).

MUHALA D'THOMAS
Presidente de la Nuclear Technologie's Corporation de Amston, Connecticut, USA. Coordinador del STURP.

NABER HANS
(Alias: Kurt Berna y John Reban) sindonólogo, visionario y falsario (por propia confesión).

NICOLLET F.
Historiador de La Síndone de Saboya.

NICKELL JOE
Ilusionista.

PABLO VI
Papa.

PELLICORI SAMUEL
Espectrocopista del Sta. Bárbara Research Center, miembro del STURP.

PÉRRET A.
Historiador de la Síndone.

PESCE VITTORIO DELFINO
Antropólogo, prof. en la Universidad de Bari, Italia.

PIA SECONDO
Abogado, fotógrafo.

PICCIRILLO, O.F.M. M.
Arqueólogo bíblico.

PÍO XI
Bibliotecario, papa.

PORRO BENEDETTO
Prof. de Química Analítica.

POTTERIE, S.I. IGNACE DE LA
Biblista, especialista en el Evangelio de San Juan.

PRIMROSE W. B.
Médico anestesista.

RAES GILBERT
Prof. de la Universidad de Gante (Bélgica), director del Laboratoire de Technologie des Matières Textiles, de la Comisión de Expertos.

RIANT CONDE PAUL
Archivero, publicista de documentos antiguos.

RICCI GIULIO MONS.
Sindonólogo.

RIFÀ, S.I. ENRIC
Perito textil.

RIZZATTI EUGENIA MARI
Ayudante de Cátedra en la Universidad de Módena.

ROBINSON JOHN A.T.
Obispo y teólogo anglicano, prof. en la Universidad de Cambridge.

RODANTE SEBASTIANO
Médico, sindonólogo.

RODINO
Médico.

ROGERS RAYMOND
Termo-químico de Los Alamos National Scientific Laboratory, miembro del STURP.

ROLDÁN, S.I. ALEJANDRO
Catedrático de Psicología en la Universidad Pontificia de Salamanca.

ROMANESE RUSSERO
Director y catedrático del Istituto di Medicina Legale en la Universidad de Turín.

ROPS DANIEL
Escritor eclesiástico.

SANNA SOLARO, S.I. GIANMARIA
Escritor, sindonólogo.

SAVIO MONS. PIETRO
Archivero del Archivo Secreto del Vaticano.

SILIATO MARÍA GRAZIA
Presidenta de la Asociación de Arqueología Cristiana y Antigüedades Paleocristianas de Roma.

SCOTTI, S.D.B. PIETRO
Químico, prof. en la Universidad de Génova.

SOMMAVILLA, S.I. GUIDO
Escritor.

SORAN DIANA
Del Los Alamos National Scientific Laboratory, miembro del STURP.

SORGIA, O.P. RAIMUNDO
Teólogo, prof. en el Angelicum, de Roma.

STEVENSON KENNETH
Ingeniero de la Universidad de Pensylvania, miembro del STURP.

STROUD WILLIAM
De la Royal Medical Society of Edinburgh.

STRZYGOWSKI
Crítico de Arte.

TAMBURELLI GIOVANNI
Director del Centro Studi e Laboratori de Telecomunicazioni (CSELT), prof. del Gruppo Iri-Stet, prof. de Comunicaciones Electrónicas en la Universidad de Turín.

TERQUEM HENRI
Jurista.

TESTA, O.F.M. EMMANUELE
Especialista en Historia Bíblica.

TIMOSSI VIRGINIO
Perito textil.

TONELLI, S.D.B. ANTONIO
Sindonólogo.

UGOLOTTI PIERO
Químico-farmacéutico.

VACCARI, S.I. ALBERTO
Biblista, prof. en el Instituto Bíblico de Roma.

VALA LEO
Fotógrafo.

VAUX, O.P. ROLAND DE
Arqueólogo bíblico.

VIALE VITTORIO
Director de los Musei Civici de Turín.

VICTORI, S.I. LLUIS
Director del Departamento de Química Analítica y Métodos Electrométricos del Instituto Químico de Sarriá (Barcelona) y prof. de Química Inorgánica en el mismo Instituto.

VIGNA STEFANO
Profesor, escultor.

VIGNON PAUL
Dr. en Ciencias Naturales, biólogo, prof. en el Instituto Católico de París.

VIOLA
Médico constitucionalista.

VIOLADÉ, S.F. PURA
Lic. en Filología Clásica y profesora de griego.

VINCENT L.H.
Arqueólogo.

VOLCHRINGER
Farmacéutico del Hospital de S. José de París.

WALSH JOHN
Escritor sindonólogo.

WEDENISSOW UGO
Médico, prof. en la Universidad de Milán.

WHANGER ALAN
De la Universidad de Duke (USA).

WILCOX ROBERT K.
Escritor.

WILSON EDMUND
Arqueólogo.

WILSON IAN
Historiador.

WILLIS DAVID
Médico, dir. del Dep. de Narcosis del Princess Louisse Scottish Hospital.

ZEULI TINO
Prof. en el Instituto di Fisica Matematica en la Universidad de Turín.

ZOARA FRANCESCO
Médico.

I

DESCUBRIMIENTO DESCONCERTANTE

La fotografía, esa técnica hoy tan familiar que se nos ha convertido en un pasatiempo, ha tenido una gestación lenta y laboriosa, que ha llenado todo el siglo pasado.

Primero fue el químico alemán Scheele quien, a finales del siglo XVIII, descubrió que la luz ennegrecía el cloruro de plata. Luego se encontraron otras sustancias sensibles a la luz.

Extendiendo esas sustancias, en forma de delgadas películas, sobre placas metálicas se advirtió que se formaban en ellas manchas negras más o menos intensas según la cantidad de luz recibida por cada parte de la placa; tanto que se podían obtener imágenes. En 1802 Thomas Wedgrwood consiguió por primera vez reproducir figuras de plantas, poniéndolas sobre papel impregnado de nitrato de plata y exponiéndolas así a la luz.

Anteriormente (1799) Chaussier había hallado la manera de eliminar de la masa todo lo que no fuera plata reducida. Sólo quedaba la mancha negra con tonalidades más o menos intensas según la cantidad de luz recibida. Así se consiguió fijar sobre la placa las figuras obtenidas por el impacto de la luz.

En 1822 Joseph Nicéphore de Niepce consiguió lo que podríamos llamar la primera fotografía: la reproducción de un retrato grabado de Pío VII. Le llamó a su sistema *heliograbado;* aunque fue él también quien inventó la palabra *fotografía.*

Asociado con Jacques Daguerre, introdujeron la placa de vidrio y las emulsiones secas. Pero un paisaje necesitaba ocho horas de exposición, y un monumento a pleno sol, hasta tres.

Muerto Niepce en 1833, pobre y olvidado, Daguerre prosiguió solo sus trabajos. Encontró un método nuevo fundado en la sensibilidad a la luz del yoduro de plata y en la existencia de «la imagen latente». Este descubrimiento levantó gran entusiasmo en el mundo científico de entonces. A su sistema se le llamó *daguerrotipia.* Podía revelar y fijar las imágenes, pero no se podían sacar copias con él.

Poco a poco, con la aportación de diferentes sabios y usando diversos productos químicos, se lograron placas cada vez más sensibles a la luz y, consiguientemente, más rápidas.

En 1839 Talbot descubrió el papel sensible, y en 1841 encontró el proceso negativo-positivo, que Niepce de S. Víctor, sobrino de Nicéforo, perfeccionó. Este introdujo las placas de vidrio negativas o clisés, en lugar del papel translúcido. Impresionando, pues, papel sensible a través de un clisé negativo, tenemos ya la auténtica fotografía o positivo. También se usaron placas de papel transparente. Niepce de S. Víctor consiguió incluso la reproducción de los colores azul, amarillo, verde y negro... pero sin resultados prácticos.

En 1850 empezaron a ser empleadas por Gray placas de vidrio al colodión húmedo. De ellas se podían ya sacar varias copias positivas en papel. Por este sistema Roger Fenton hizo todo un completo reportaje sobre la Guerra de Crimea (1855).

Más tarde, en 1882, se inicia la fabricación de placas con material ortocromático, que permiten fotografiar con poco tiempo de exposición por ser mucho más sensibles a la luz que las de colodión húmedo. Esto y el no tener que emulsionar las placas inmediatamente antes de exponerlas a la luz, y no tener que revelarlas inmediatamente después de impresionadas, redujo enormemente el equipo del fotógrafo. Antes, éste había de llevar consigo a cuestas todo un laboratorio de campaña, cuando quería sacar fotografías fuera de su estudio.

Por fin en el año 1884 se dio otro gran paso al empezar a fabricarse en serie los objetivos para la cámara oscura. Con esto la fotografía empezó a generalizarse y a tomar carta de ciudadanía.

1. EL HECHO DESCONCERTANTE

Pues bien, en este ambiente internacional de euforia por el nuevo gran invento, conseguido tan fatigosamente, de repente se produce un hecho desconcertante. Se descubre que

¡EXISTIA UN NEGATIVO FOTOGRAFICO DE HACIA SIGLOS!

Se comprende que la resonancia internacional del acontecimiento fuera enorme.

Efectivamente, la Casa de Saboya, soberana entonces de Italia, conservaba en la catedral de Turín la Sta. Sábana[1]. Sólo la mostraba al público en rarísimas ocasiones, especialmente con ocasión de alguna gran efemérides familiar.

En la primavera de 1898 se iba a casar el futuro rey Víctor Manuel III, el que más tarde (en 1946), forzado por los avatares de la his-

---

[1] Técnicamente se la llama «Santa Síndone», de la palabra griega «sindón» (sábana) que usan los tres evangelios sinópticos al describir el sepelio de Jesús y que pasó al latín: sindon (sindonem). De aquí la palabra *Sindonología* para expresar el conjunto de estudios sobre la Síndone o Sta. Sábana de Turín, y *sindonólogo* para el que se dedica a su estudio.

No parece, en cambio, apropiado el nombre de «sudario» que se le daba antiguamente y que conservan todavía algunos autores, especialmente franceses. El sudario, como diremos en su lugar, era una pieza de tela pequeña, usada para enjugarse el sudor. No puede, pues, aplicarse a una sábana mortuoria, cual es la de Turín.

toria, abdicaría a la corona en favor de su hijo Humberto II. Para solemnizar el acontecimiento, iba a tener lugar una ostensión pública de la Reliquia, coincidiendo con otro hecho, también extraordinario: una exposición de arte sacro en Turín.

Formaba parte de la comisión para dicha exposición el abogado Secondo Pía, de 43 años de edad. Por su especial competencia, era el encargado de la búsqueda y selección de los objetos que habían de ser expuestos en ella.

Personalmente era Pía un artista. Desde muy joven se le veía recorrer, lápiz en mano, los campos y ciudades de su hermosa tierra piamontesa para admirar sus bellezas y monumentos y trasladarlos al papel.

Al divulgarse, pues, la fotografía, vio en ella el medio ideal para su afición, y se dio a su ejercicio con entusiasmo. Para fotografiar interiores, se había provisto de toda una batería de espejos, que colocados debidamente en serie, proyectaban los rayos solares del exterior sobre el sitio que quería fotografiar.

Así, a fuerza de afición y constancia, había logrado recoger abundantísimo material artístico, y había llegado a alcanzar también una notable pericia en la nueva técnica, de manera que conseguía excelentes fotografías. No es de extrañar, pues, que la Asociación de Aficionados a la Fotografía, de Turín, le eligiera su presidente.

En estas circunstancias era natural que se le ocurriera a Pía fotografiar la Síndone durante su ostensión para incluirla en la exposición (Cfr. *Sindon,* n. 5 p. 36). Habló, pues, con los otros miembros de la comisión y en particular con el barón Antonio Manno, presidente del comité ejecutivo, con quien le unían especiales lazos de amistad.

El barón, como miembro que era de la Consulta Heráldica de la Corona, contaba con numerosas relaciones en la corte. Por esto era la persona más indicada para sondear el pensamiento del soberano referente al proyecto.

No le convenció, en un principio, la idea al rey Humberto II. —¿No sería aquello una irrespetuosa irrupción de lo profano en lo sagrado? ¿Serían tratadas con la conveniente veneración las copias que se sacasen? ¿No era cosa sórdida que se vendieran en el mercado, fotografías de una cosa sagrada?

Hoy día estas objeciones pueden parecernos escrúpulos baladíes; pero en aquellos tiempos de piedad profunda y en que existía todavía cierta desconfianza por la fotografía, tenían su peso.

El barón le hizo ver al rey que más bien era un deber fijar la figura de la Síndone en una buena y digna fotografía, no fuera que desapareciera un día sin dejar copia fidedigna. ¿No había estado, efectivamente, a punto de perecer en los diferentes incendios y vicisitudes de su larga historia? Además ¿quién podía asegurar que mientras desfilaban ante ella centenares de miles de personas durante los ocho días de la ostensión, algún fotógrafo furtivo no sacara, en malas condiciones, una copia clandestina que no sirviera más que para desacreditarla? Referente a negociar con ella, el abogado Pía renunciaba a todo derecho de propiedad artística sobre ella. El pagaría de su bolsillo todos

los gastos de la operación; pero renunciaba a los emolumentos económicos.

Con esto cedió el rey, ordenando que los frutos de la venta se destinaran ante todo, a cubrir las eventuales lagunas económicas de la Exposición de Arte Sacro, y lo restante a obras de caridad.

Difícilmente podemos hacernos cargo hoy de la carrera de obstáculos técnicos que se le presentaban delante a Pía. Pero él emprendió con ilusión su cometido, asistido por un comité. Empezó por preguntar qué tal aparecía la reliquia; ya que él, en la ostensión anterior, la de 1868, era todavía un chaval de 13 años y no la había podido ver. Pero pocos datos concretos y verdaderamente útiles pudo sacar en claro.

La catedral de San Juan Evangelista, de Turín, donde tendría lugar la ostensión, era sencillamente oscura. Se calculaba que iban a desfilar ante la Sta. Síndone como unas 800.000 personas en ocho días. Cada grupo tenía asignados los minutos de desfile y contemplación. El templo quedaba abarrotado. ¿Dónde y cuándo podría él encontrar un hueco para su complicada operación?

Además, ni él ni nadie en Turín tenía entonces experiencia alguna sobre el uso de la electricidad para fotografiar interiores. Aparte de que ni en la catedral, ni en Turín, existía tendido eléctrico. Por otro lado, tampoco podía pensar en su batería de espejos. Se los haría trizas aquella marea humana en continuo movimiento, que llenaría la catedral y su plaza.

Necesitaba también montar un sólido tablado de unos cuatro metros de altura delante de la Síndone, donde cupiera él y todo su artefacto, ya que la Reliquia se exponía en lugar elevado sobre el altar mayor para ser vista de la multitud.

Sin desanimarse por todo esto, Pía puso manos a la obra, y empezó a entrenarse experimentando en un laboratorio de física. Retrataba objetos a la luz del día y luego volvía a retratarlos a la luz eléctrica del laboratorio, anotando la intensidad de luz, tiempo de exposición, sensibilidad de sus placas... Total: para mediados de mayo se creyó ya suficientemente preparado para su cometido.

En el apretado programa de la ostensión encontró sólo dos huecos aprovechables: uno luego del mediodía del 25 de mayo, primer día de la ostensión, y otro al atardecer del 28. En el primero, tenía cerca de tres horas para montar su tablado, instalar sobre él su enorme cámara fotográfica[2], poner en marcha las dos dinamos, tender sus líneas eléctricas, colocar los dos focos luminosos, controlar todos los detalles, exponer sus placas... Y luego desmontarlo todo antes de que entrara de nuevo la multitud...

Llegado el momento, primero tendieron sobre el suelo del presbi-

---

[2] Esta máquina fotográfica se conserva en el Museo Sindonológico de Turín. Consta de dos planchas de madera con abrazaderas de metal, sensiblemente cuadradas, de unos 69 cm. de lado, unidas por un gran fuelle de piel. El objetivo es un tubo de metal de 10 cm. de diámetro exterior y unos 8 de interior.

terio unos raíles de madera, a manera de vía, y montaron sobre ellos el tablado preparado de antemano. Así quedó lista una plataforma de madera de metro y medio por dos, sobre la cual se colocó un soporte para la cámara fotográfica. El fotógrafo quedaba detrás.

Las patas que sostenían la plataforma, como de 1,70 m. de altura, terminaban en unas ruedecitas que le permitían desplazarse, adelante y atrás, sobre los raíles, según lo exigiese el enfoque.

Pía colocó, cuidadosamente, la voluminosa cámara fotográfica sobre el soporte preparado para ella. Esta llevaba ya dentro la placa sensible, que medía 50 por 60 cm. Era una placa ortocromática normal de la casa Edward. La lente Voigtländer quedó mirando directamente al centro del venerado lienzo.

Entonces encendieron los dos focos de arco voltaico, uno a cada lado de la plataforma, que inundaron de luz la Reliquia. Pero la corriente resultaba irregular, y las luces se avivaban y debilitaban casi a cada minuto. Cada foco estaba alimentado por su propio generador; y pronto notó Pía que el izquierdo era más luminoso que el derecho. El primero era de 1.000 bujías y el segundo de 950. En previsión había preparado dos vidrios esmerilados que fijó ante los focos. A la lente le puso un tenue filtro amarillo, por el color de la tela.

Y expuso la placa. Sacó el reloj de bolsillo y empezó a cronometrar el tiempo. Según el resultado de sus experimentos, pensaba sacar dos fotografías: una de catorce minutos de exposición y otra de veinte.

Nervioso, detrás de su enorme cámara, estaba preocupado por la intermitencia de la corriente. Pero ya no podía hacer nada para remediarlo.

De pronto, cuando faltaban sólo nueve minutos para que la primera placa estuviera lista para el revelado, un chasquido, como de un cristal que se raja. Levantó los ojos sobresaltado. Efectivamente, con el enorme calor de los focos, se habían rajado los vidrios esmerilados, quedando inservibles. Ya no había nada que hacer. Era inútil seguir sin los vidrios, y no quedaba tiempo para procurarse otros. Habían transcurrido ya más de dos horas y pronto la catedral se abriría de nuevo al público.

Pía tendría que esperar tres días para el segundo y último intento. Entre tanto los electricistas podrían regular la corriente de los generadores y él podría perfilar algunos otros detalles técnicos. Las garantías de éxito serían mayores.

Pero no contaba con algunas interferencias imprevistas.

Ante todo, la princesa Clotilde, que se distinguía por su veneración a la Reliquia y era la que, después de la ostensión de 1868, se había encargado de reemplazar el viejo forro gastado de detrás de la Sta. Sábana —operación que había realizado toda de rodillas— había quedado horrorizada al ver cómo aquella quedaba expuesta a contaminaciones y destrozos: el humo de las velas, el incienso que flotaba en el aire y, sobre todo, aquellos focos del fotógrafo vertiendo sobre ella chorros de calor y de luz... Había que poner un cristal de protección en el marco. Y se colocó. Pía habría de fotografiar la Síndone a través de dicho cristal.

Para colmo de desdichas, cuando a las nueve y media de la noche del día 28 llegó a la catedral para renovar su intento, se encontró con que habían desaparecido las tuercas que había dejado depositadas en la sacristía junto con el tablado desmontado.

Ordenó a sus ayudantes que montaran el tablado con cualquier material que tuvieran a mano. Suerte que encontró Pía un valioso auxiliar en el teniente de Orden Público, G. Felice Fino, que estaba de servicio aquella tarde y puso algunos de sus hombres a su disposición. A las 10,45 h. estaba ya montada la plataforma, mantenida en pie con cordeles y alambres.

Pero el grueso cristal protector puesto sobre la Síndone reflejaba los dos focos y los dorados ornatos del presbiterio. Por ello tuvo que retroceder Pía su tablado hasta 8 m. de distancia del altar, deslizándolo sobre sus raíles.

Ahora los dos focos daban una luz constante, y los nuevos vidrios esmerilados, colocados a 1,50 m. de distancia de los focos para que no se rompieran, suavizaban su brillo. Con todo la desigual intensidad lumínica de ambos focos persistía y quedaría marcada en la placa.

Eran ya las once de la noche cuando Pía destapó la lente de la máquina, y la mantuvo abierta durante catorce minutos. Hacia la media noche, completada su segunda exposición de veinte minutos, Pía recogió las dos placas y se apresuró a volver a su casa. Detrás de él quedaban sus ayudantes desmontando la plataforma [3].

Llegado a casa, se dirigió en seguida a su laboratorio, iluminado por una tenue lucecita roja. Depositó con cuidado sus dos enormes placas en la solución de oxalato de hierro, y... esperó. Estaba nervioso.

Pronto empezaron a distinguirse unas líneas imprecisas en la placa bajo el baño revelador; y un suspiro de alivio se le escapó a Pía: algo, al menos, se había conseguido con tanto trabajo.

Lo primero que distinguió en la placa, al sacarla chorreante del baño y mirarla contra la luz roja, fue la parte superior del altar, y sobre él, el imponente marco que rodeaba la Reliquia. Pero aquellas extrañas manchas ocre-oscuro del lienzo, correspondientes de alguna manera a la huella de un cuerpo humano, habían adquirido una definición, una nitidez y una profundidad... insospechadas. Aquello no era un negativo fotográfico, *¡era un positivo!* Hizo girar la placa sobre uno de sus ángulos y se puso a observar el rostro.

«Encerrado en mi cuarto oscuro —escribiría él mismo más tarde en su Memoria— concentrado totalmente en mi trabajo, experimenté una intensa emoción cuando, durante el revelado, vi por primera vez aparecer el Santo Rostro (Lám. 1) en la placa, con tal claridad que me quedé helado» [4].

---

[3] Hemos extractado la descripción escrita por John Walsh en *The Shroud* (Randon, Nueva York, 1963, pp. 26-30), quien ha recogido en síntesis las publicaciones de la época para darnos una descripción completa, detallada y algo dramatizada de aquellos momentos que, sin pretenderlo, resultarían cruciales para la historia de la Sta. Sábana. Por eso los hemos querido consignar por extenso.

[4] *Sindon* n. 5, p. 52. La placa que salió bien fue la que había tenido 20 minu-

Tal fue su emoción que las manos empezaron a temblarle y la placa le resbaló cayéndole casi hasta el suelo.

Aquellas figuras grotescas habían tomado expresión. *Aquel negativo era la auténtica fotografía de un cuerpo muerto* con una infinidad de precisos y armónicos detalles, que no se descubrían en la observación directa del lienzo. Aquel rostro, lleno de majestad, parecía hablarle, aun con los ojos entornados por la muerte. *La Síndone, sin que nadie lo sospechara, ¡era un negativo fotográfico de tamaño natural, impresionado centenares de años antes de ser descubierta por el hombre la fotografía!* Y aquella placa negativa, que Pía tenía en sus manos, se había convertido en un auténtico retrato positivo (Lám. 2).

Como Pía estaba persuadido de que aquel lienzo, como aseguraba la tradición, era el mismo con que José de Arimatea y Nicodemo habían envuelto el cuerpo muerto de Jesús, la fotografía que tenía delante era para él la de Jesús muerto. ¡Pía era el primer hombre que después de diecinueve siglos contemplaba la figura de Jesús! Se comprende su enorme emoción de ferviente cristiano.

Pero sobreponiéndose con esfuerzo a esta su emoción, logró colocar las placas en el baño fijador de hiposulfito sódico. Lástima que no se pudieran sacar ya nuevas fotografías de algunos detalles. La Reliquia había ya sido encerrada de nuevo en su cofre. Sólo Dios sabía cuando volvería a exhibirse.

No hay que decir que la placa de Pía, colocada en una vitrina con luz por detrás para que se viera a trasluz, fue el más relevante éxito de aquella exposición de arte sacro.

2. CONTESTACION

La noticia estalló como una bomba y recorrió el mundo, llenando de entusiasmo a unos, de escepticismo a otros, y suscitando la oposición más decidida y aun la burla de no pocos. La polémica alcanzó una virulencia inusitada los primeros cinco años. Después nunca han faltado, hasta nuestros días, artículos y folletos impugnando la autenticidad de la Síndone.

Los periódicos italianos dieron al punto una primera información. Pero los medios de comunicación social no tenían en 1898 la fulgurante rapidez y precisión de hoy. Además, la inevitable lentitud, entonces, de la reproducción fotográfica y el que todas las copias hubieran de llevar un sello con el «visto y aprobado» del Sr. Arzobispo, y otro con el «visto para la autenticidad» de la Comisión de Arte Sacro de Turín, retrasaron la aparición de las primeras reproducciones en la prensa; las cuales, por cierto, muchas veces eran lastimosas.

---

tos de exposición. La foto mide 52 cm. de largo por 14 de ancho. Pero presenta una irreguralidad: tiene las extremidades de ambos lados cortadas. Es que al fabricar el marco para la ostensión, habían calculado mal la longitud de la sábana y tuvieron que doblarla dentro del marco preparado. Esta placa se exhibe en el Museo Sindonológico de Turín.

Todo esto, y el hecho de que el público, en general, no tenía por entonces apenas conocimiento de lo que era un negativo fotográfico, a pesar de las explicaciones ilustradas con dibujos que traían los periódicos y revistas, hizo que el conocimiento del magno suceso quedase envuelto entre brumas.

Parte por prejuicios religiosos, parte por prejuicios científicos, el hecho es que la veracidad de la fotografía de Pía fue rabiosamente atacada, llegándose a decir verdaderos dislates, incluso por personas eruditas: Que era un fraude, una superchería, una impostura... Que la fotografía había sido retocada... Que aquella tela era una pintura, una mixtificación del 1200 ó 1300, un Cristo estilizado de los siglos XIII o XIV... Que era una inversión de colores de alguna pintura antigua, o un calco por contacto del lienzo con una estatua... Hipótesis todas ellas hoy del todo insostenibles, después de los prolijos estudios técnicos realizados sobre la imagen, como el lector podrá constatar por sí mismo a medida que vaya avanzando en la lectura del libro.

Con todo, dada la resonancia que tuvo esta violenta oposición a principios de siglo, no estará de más decir dos palabras sobre ella.

Ante todo, mal podía tratarse de una impostura o un fraude de Pía, cuando éste fue el primero en quedar sorprendido del inesperado resultado. Allí no había habido premeditación alguna. Y todos pudieron observar la placa; placa que puede ser estudiada todavía hoy por cualquier visitante del Museo Sindonológico de Turín.

Sorprendido Pía de tan malévola suposición, negó públicamente que se hubiera servido de materiales especialmente preparados por él o que después hubiera retocado en lo más mínimo su placa.

Pero, aunque lo hubiera hecho, ¿cómo podía con sus retoques cambiar tan profundamente la placa de modo que apareciera ésta como un *positivo* y no un negativo del original?

No contento con esto, acudió Pía al profesor del «Laboratorio di Chimica Analítica» de Turín, Benedetto Porro, práctico también él en el nuevo arte fotográfico, para que examinara su placa y le diera su parecer sobre ella.

Este le contestó una larga carta en que admite como correcto el proceso seguido por Pía en su ya famosa fotografía, reconoce que no hay retoque en ella y afirma que el excelente resultado obtenido se debe a la gran pericia del fotógrafo, y no a preparados especiales usados por él *(Sindon,* n. 5, p. 57).

Por su parte el barón Antonio Manno acudió al notario G. Cantú para que levantara acta de lo realizado por Pía la noche del 27 de mayo de 1898. Dos testigos y otras cinco personas presentes aquella noche en la catedral, firmaron también el acta notarial.

Por último escribió Pía una «Memoria sobre la reproducción fotográfica de la Síndone», que dirigió al profesor Arthur Loth, y éste publicó en francés, en su obra «La photographie du S. Suaire de Turin» (París, Oudin, 1907).

Además, al ventilarse públicamente la idea de un posible truco fotográfico de Pía, salieron a la luz otras dos pequeñas fotografías sacadas furtivamente durante la misma ostensión: una tirada por el te-

niente de Orden Público, F. Fino, que tanto había ayudado a Pía para montar su catafalco en aquella noche memorable, y otra del P. Gianmaria Sanna Solaro, S.I. Ambas, aunque de tamaño reducido y muy imperfectas, presentaban claramente el altar y las personas en negativo y la Sta. Sábana en positivo.

Así quedó el asunto hasta 1931, en que un excelente fotógrafo sacó toda una serie de fotografías de la Sta. Sábana. De ello hablaremos más adelante.

La impugnación que levantó mayor polvoreda fue, sin duda, la del canónigo francés Ulysse Chevalier. Era éste un ratón de archivos y un prodigio de erudición histórica, miembro de las más honorables sociedades históricas de Francia y especializado en la complicada historia de la Edad Media. Su *Topo-bibliographie* había sido definida como «el estudio más extraordinariamente documentado que podía producir un solo hombre».

Pues bien, al divulgarse el hecho de la fotografía de Pía, Chevalier, desconocedor por propia confesión del arte fotográfico, recordó sin duda haber leído en sus pergaminos que la sábana de Turín era una pintura. Y se puso a indagar. Ya en 1899 publicó un primer estudio de 16 páginas (rápidamente reimpreso y ampliado a 32) en que sostenía que el lienzo había sido pintado en 1355, y el obispo de Troyes, Henri de Poitiers, había descubierto al pintor.

Le contestó Arthur Loth, laureado también como Chevalier por la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres y cualificado, como él, en la investigación de archivos. Este, en su *«Le Portrait de N.S. Jésus-Crist d'après le saint Suaire de Turin»* (1900), afirmaba la autenticidad del lienzo y de sus imágenes, poniendo los datos históricos en su punto y subrayando el valor autenticador del lienzo que presenta la fotografía.

Entonces Chevalier publicó su obra capital: *«Étude critique sur l'origine du Saint Suaire de Lirey-Chambéry-Turin»* con un apéndice de 50 documentos [5].

La *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* le premió este trabajo en 1901 con una medalla de oro y 1.000 francos en metálico; al que se siguió otro de 8.000 francos.

---

[5] Treinta de estos documentos tratan de los litigios sobre el lienzo en la Edad Media; 16 se refieren al conflicto con Pierre d'Arcis. Los restantes, escalonados hasta 1473, relatan las reclamaciones de Lirey a los detentores de la Sta. Sábana. (De Gail S.I. *Histoire religieuse du Linceul du Christ* 1974, p. 275).

Es curioso el juicio que estos documentos merecen a Edward A. Wuenschel. *(Self-Portrait of Christ.* New York, 1961, p. 64). Dice: «Ocho de ellos ni mencionan la sábana. Cinco se refieren a ella sin decir palabra del origen o de la naturaleza de la imagen. Ocho son, a lo sumo, ambiguos. Uno es un extracto de otro de los documentos compilados. Cuatro no son más que duplicados de textos ya incorporados. Cinco son simplemente anotaciones de los archiveros, de esas que se ponen por fuera en las carpetas de los legajos. Uno es un extracto satírico del tratado de Calvino sobre las reliquias. Y catorce son decididamente favorables a la autenticidad de la Reliquia». Nota aducida por J. L. Carreño Etxeandía, S.D.B. *El último Reportero...,* 2.ª edic. Ediciones Don Bosco-1976, p. 40.

Un jurista de Dunkerque, Henri Terquem, no creyente según dice él mismo, terció entonces (1902) en la liza, llegando a las mismas conclusiones que Lorth: Examinando la fotografía, se deduce la autenticidad indudable de la tela turinesa [6].

Chevalier se indignó terriblemente contra él y le escribió una carta que, según testimonio del destinatario, era «la más desagradable que había jamás recibido». Le decía, entre otras cosas: «Vd. no ha oído más que una campana, y no se ha dado cuenta de que estaba cascada». A lo que el jurista contestó que él había leído atentamente sus trabajos (los de Chevalier) y había constatado «que estaban escritos con miras a la demostración de una idea preconcebida; pero no en orden a la búsqueda de la verdad» (Cfr. P. de Gail S.I.: *Histoire religieuse...* p. 271 ss.).

Chevalier continuó escribiendo. En 1903 sacó un cuarto panfleto: *«Autour des origines du Suaire de Lirey, avec des documents inédits»*. Con sus estudios históricos creía poder oscurecer los adelantos técnicos. Jugando con la palabra «luz», oponía la luz emanada de sus papeles a la de la electricidad, bajo la cual había sido tomada la fotografía de la tela.

«Los documentos exhumados de mi estudio, concluía, han establecido con una evidencia sorprendente, para cualquiera que tenga sentido crítico, que estamos en presencia de una pintura, de la cual fijan ellos la data con una precisión que nada deja que desear.»

Pero quiso involucrar en el asunto al Papa León XIII. Este hizo examinar la cuestión. Y la *Sda. Congregación de las Reliquias e Indulgencias* impuso silencio a Chevalier sobre el tema [7].

También los bolandistas [8], en su laudable empeño de desmantelar reliquias falsas, arremetieron contra la autenticidad de la Sta. Sábana, apoyando a Chevalier. Pero también ellos recibieron una nota del general de los jesuitas invitándoles al silencio.

Pero, a fin de cuentas, ¿qué es lo que había encontrado en sus legajos Chevalier? Lo fundamental es que el obispo de Troyes, Pierre d'Arcis, a cuya diócesis pertenecía Lirey —lugar donde había aparecido la Sta. Sábana, como diremos luego— en un memorial de 1389 dirigido a Clemente VII, antipapa de Aviñón pero al que obedecía Francia, denunciaba al deán de la colegiata de Lirey de que «por amor al

---

[6] Henri Terquem, «L'authenticité du Linceul du Christ», París, 1902.

[7] Cfr. R. P. Renié: Revue Apologetique, feb. 1937. También Noguier de Malijay S.D.B.: *Le Saint Suaire de Turin*. París, Spes. 1929, p. 93. En ambos puede verse toda clase de detalles sobre el hecho.

[8] Los bolandistas son un grupo de escritores eclesiásticos, generalmente jesuitas, dedicados a depurar los relatos de las vidas de los santos con criterios críticos modernos. Su obra monumental, grandemente alabada por la crítica, son las *Acta Sanctorum* que van siguiendo el orden del santoral. Los santos de los días 9 y 10 de noviembre ocupan todo el volumen 70 en folio de la magna empresa. Es del año 1925. Después han preferido recoger los valiosos documentos descubiertos en *Analecta Bollandiana*, en espera de continuar después con ellos las Acta Sanctorum.

Se les llama *bolandistas* del P. Juan van Bolland (1596-1665) que publicó los dos primeros volúmenes.

dinero y no por devoción, se había procurado una tela pintada artificiosamente en la cual se notaba la impronta, anterior y posterior, de un hombre», tela que el deán «aseguraba ser la auténtica del Salvador, con las heridas que sufrió y que quedaron allí impresas». Sigue afirmando el obispo que su predecesor, Henri de Poitiers, después de una encuesta, «descubrió el fraude y la manera cómo aquel lino había sido pintado artificiosamente, y que esto fue reconocido por el mismo pintor» [9].

Efectivamente en otro memorial anónimo atribuido a Henri de Poitiers, se lee: «Finalmente descubrí con diligencia al falsario que había pintado con artificio sobre esta tela la doble efigie del mismo hombre, en su parte anterior y posterior, asegurando falsamente que ésta era la tela en la cual había sido envuelto Ntro. Señor en el sepulcro, y en la cual había quedado impresa su efigie entera con las heridas recibidas. Los canónigos de la colegiata de Lirey, que se la había procurado dolosa e inicuamente, movidos de avaricia y de codicia y no por motivos de devoción sino de lucro, viéndose descubiertos, la escondieron por 34 años» [10].

El último dato descubre que este memorial no puede ser de H. de Poitiers, ya que es posterior al de P. d'Arcis.

Esta tela de la que hablan Pierre d'Arcis y Henri de Poitiers, que en el siglo XIV se hallaba en Lirey, es la actual Síndone de Turín. Ya trataremos en seguida de todo este episodio al estudiar la historia de la tela.

La polémica, como hemos subrayado, fue encarnizada y virulenta durante los primeros años de nuestro siglo, interviniendo en ella, en pro y en contra, multitud de autores y revistas. Se señalaron especialmente *Études,* revista de los jesuitas, *Revue Scientifique, L'Université Catholique, L'ami du Clergé, The Month* (jesuitas ingleses)...

Hoy, familiarizados con la fotografía, nos hace sonreír esta contienda. Causa la impresión de una encrespada tempestad... en una jofaina.

El caso Chevalier no es más que uno de tantos, entre especialistas, que por centrar toda su atención en un punto, no atinan a ver las cosas que lo rodean, las cuales dan una solución al asunto mucho más sencilla de lo que ellos se imaginan. Por mirar tan de cerca y con tanta fijeza el tronco del árbol que tienen delante, no caen en la cuenta de que se hallan en un bosque.

En el lienzo de Turín no hay rastro de pintura, como nos dirán los técnicos en el capítulo IV.

Una campaña parecida a la de Chevalier en Francia llevó a cabo en Inglaterra el jesuita Herbert Thurston. Para él aquellas manchas de la Síndone o eran «una pintura basada sobre un modelo vivo, o una inversión de colores».

---

[9] Este memorial, en su texto original, está en la Biblioteca Nacional de París, y fue publicado por Chevalier, en su *Etude Critique.* Clemente VII era el que había inaugurado el Cisma de Occidente en 1318.

[10] Este memorial se conserva en la Biblioteca Nacional de París y fue publicado por entero por Bouchage, *«Le Saint Suaire de Chambéry* a *Sainte-Claire-en-ville»,* Chambéry, C. Drivet, 1891, Cfr. Sindon, n. 25, pp. 42-43.

No sabemos a punto fijo qué quería decir el autor con la primera expresión. ¿Podía un hombre dejarse azotar, coronar de espinas, clavar con clavos y alancear el costado para sacar una pintura negativa?

Respecto a la inversión de colores hablaremos después.

Pero era tan grande la autoridad del P. Thurston en los países de habla inglesa que, hasta que aparecieron las fotografías de Enrie en 1931, nadie se interesó apenas entre ellos por el gran descubrimiento de este negativo fotográfico que es la Síndone (Carreño).

Otros objetaban que la Síndone de Turín, que se quiere hacer pasar por la sábana con que fue envuelto el cuerpo muerto de Jesús en el sepulcro, no podía ser auténtica por no estar de acuerdo con lo que nos dice el Evangelio de S. Juan, según el cual Jesús mostró a los Apóstoles, después de resucitado, las heridas de las manos, no de las muñecas. San Juan habla además de vendas (al menos en las traducciones modernas corrientes) y de sudario, no de una sábana. También los estigmatizados aparecen con las palmas llagadas, no las muñecas. Así se expresaba el P. F. M. Braun O.P. *(Le linceul de Turin et l'Evangile de St. Jean,* Caternau, Turnai-París, 1940).

Ya el famoso memorial anónimo a que hemos hecho referencia antes cuenta cómo Henri de Poitiers consultó a teólogos y personas prudentes, quienes le respondieron que «si las huellas del Redentor hubieran existido impresas en la Síndone, los evangelistas lo hubieran dicho claramente. Por ello debían tenerse por posteriores».

El tema es importante. Pero por lo mismo, y por dar por supuesta la identificación del individuo de la Sábana de Turín con Jesús de Nazaret, de lo que nada hemos dicho todavía, dejaremos este tema para más adelante.

* * *

Por último, una impugnación de donde menos se podía prever: del impresionante impacto que produce, al que lo contempla, el rostro de la Sábana. Escribe así Joseph Blinzer[11]. «Lo que lleva a creer en su autenticidad no es el conocimiento de relaciones históricas, o de otras materias, sino el impacto recibido de aquel rostro, del que fluye una honda seriedad, y en el que parecen reunirse el significativo silencio de la muerte y la escondida fuerza de una vida oculta.»

Sinceramente, nos sorprende esta objeción (si no es que la interpretemos mal); porque, si es tan profundo el impacto producido por aquella cara ¿a qué se puede deber? ¿A un artista de la Edad Media? Sería una maravilla histórico-artística.

Más bien el hecho de que la imagen del rostro de un cadáver sobrecoja a los que lo contemplan (su «honda seriedad, y en el que parecen reunirse el significativo silencio de la muerte y la escondida fuerza de una vida oculta») parece probar, a nuestro entender, que dicha imagen reproduce el rostro auténtico de «una personalidad ex-

---

[11] Joseph Blinzer, *«Das Turiner Grablinnen und die Wissenschaft»,* Ettal Buch-Kunstverlag, 1952. Citado por Manuela Corsini en su obra: *«El Sudario de Cristo»,* Rialp, S.A., Madrid, 1976, p. 217.

traordinariamente sublime, y tan elevada moralmente como para no haber perdido la paz en el martirio» (Corsini). Volveremos sobre el tema en su lugar correspondiente.

3. LOS CUARENTA SUDARIOS

Otra de las graves y burdas objeciones contra la autenticidad de la Sábana de Turín, a principios de siglo, fue la fábula de los cuarenta sudarios, que según se decía, eran venerados con devoción en diferentes lugares de la cristiandad. ¿Quién podía saber cuál de ellos era el auténtico, si es que lo era alguno? Se hizo una lista de hasta cuarenta y dos sudarios y se los presentaba como si todos o casi todos ellos hubieran sido considerados como la auténtica mortaja de Cristo, por la tradición popular.

La iniciativa partió de un arqueólogo francés. F. de Mély, amigo y admirador de Chevalier y desconocedor, como él, de la crítica interna del lienzo de Turín. Este, en una nota de su folleto, señala hasta cuarenta y cuatro santuarios que se habían gloriado, en la Edad Media, de poseer un sudario de Cristo [12]. Aunque «como puede verse (reconoce el propio Mély), algunos son repeticiones del mismo».

El simplismo, por no decir otra cosa, de F. de Mély no se paró aquí. Encontró en la Biblioteca Nacional de París una pequeña imagen en rojo a partir de un grabado sobre madera. Fotografiada, dio un cli-

---

[12] F. de Mély: «Le Saint Suaire de Turin est-il authentique?» Poussielgue. Paris, 1902.

He aquí la lista de tales santuarios, tal como la trae el P. De Gail (o.c. p. 286): Aix-en Provence, Aquisgrán, Albi, Annecy, Aosta, Arlés, Besanzón, Boukovinez (Rusia), Cadouin, Cahors, Campillo (España), Carcasona, Chartres, Clermont, Compiègne, Constantinopla, Corbeil, Corbie, Enxobregas (Portugal), Halberstadt (Alemania), Jerusalén, Johanavank (Armenia), Karlstein (Alemania), Le Mans, Lirey, Maguncia, Milán, Mont-Dieu en la Champaña, Pairis en Alsacia, París, Port-d'Aussois, Reims, Roma en S. Juan de Letrán, en Sta. María La Mayor y en S. Pedro, Breines en S. Yved, San Salvador (España), Silos (España), Soissons, Turín, Utrecht, Vézelay, Vicennes, Zinte. Y podía haber añadido varios nombres más, pues consta que a todo peregrino ilustre se le regalaba una copia.

En Besanzón, Pierre Dargent se convirtió en un especialista en reproducciones de la Síndone, unas en tamaño natural, otras reducidas a un tercio de las dimensiones reales. Todos los peregrinos y las familias piadosas de la ciudad querían poseer su copia. Pero «el aspecto de estos facsímiles, añade el P. De Gail, es de un simplismo tan desolador que, presentadas hoy día en proyección a una asamblea de creyentes, provocan regularmente la hilaridad» (op. cit., p. 183) (Lám. 4).

Así es. El lienzo de Jerusalén, Constantinopla, Lirey, Annecy, Turín (y habría podido añadir el de Chambéry) eran el mismo, que ha estado sucesivamente en estas distintas ciudades.

El de París era el fragmento (o los fragmentos) de la auténtica síndone, conservada en Constantinopla, regalado a S. Luis, rey de Francia, por el emperador latino de Constantinopla, Balduino II, el año 1247. De ello hablaremos en el capítulo próximo. De este fragmento el rey regaló varios trocitos a diferentes iglesias. Entre ellas se cuenta la catedral de Toledo, que lo recibió a través de su arzobispo Dn. Juan de Medina de Tomar. Puede verse nuestra memoria al

sé en el cual el rojo se traducía en sombra, y el contorno, de tintes grises. Es decir, que los colores luminosos quedaban invertidos a manera de un negativo. Pero se guardó bien de indicar la diferencia esencial que distinguía su clisé del lienzo de Turín. Y es que este último es, él mismo, un auténtico negativo, que da un positivo al sacar de él una placa negativa; mientras que la estampa de la Biblioteca Nacional daba la impresión de un negativo en su fotografía positiva.

No obstante, el descubrimiento, capaz de impresionar a los espíritus poco informados en el arte fotográfico, fue explotado como argumento incontrovertible. El 27 de abril de 1902, escribía F. de Mély en el diario *Le Temps:* «Existe en la Biblioteca Nacional un sudario en tela que me ha hecho conocer M. Bouchet, el eminente conservador de la sección de estampas. Yo lo he fotografiado anteayer y he obtenido, también yo, en París, *una prueba negativa como la de Turín*» (Cfr. De Gail, o.c. p. 288).

La noticia hizo fortuna. Los periódicos, que habían aireado ya con bombo y platillos la existencia de al menos «40 sudarios de Cristo» (uno de los cuales era el de Turín, pero sin garantía alguna de mayor autenticidad que la de los restantes), acogieron ahora el descubrimiento de Mély con entusiasmo. Y con esa falta de sentido crítico que les caracteriza a tantos de ellos cuando buscan el sensacionalismo, promovieron el sudario descubierto en la Biblioteca Nacional a la categoría del «cuadragésimo primero falso sudario de Cristo». Mély se había abstenido cuidadosamente de decir palabra sobre las dimensiones de su pretendido «sudario». Por eso los lectores de su carta a *Le Temps* pudieron creer de buena fe que la fotografía de la estampa parisina había desvelado el artificio oculto en el lienzo de Turín.

II Congreso Internacional de Sindonología, 1978, p. 391 ss. Este fragmento de París no contenía imagen alguna.

El de Chartres y el de Corbie eran otros tantos pequeños trocitos cortados del de París. Los de Enxobregas, en Portugal, y Silos, en España, son simples pinturas, copias de la auténtica de Chambéry.

El célebre sudario de Besanzón, a despecho de su gran popularidad, era una copia a tamaño natural, pero sólo de la parte frontal, del de Lirey (Lám. 4).

Los de Carcasona y Maguncia son telas de la dimensión de un pañuelo de cabeza. El de Cahors es una cofia de lino de triple tejido. Ninguno de ellos tiene nada que ver con una sábana funeraria.

El de S. Pedro de Roma es la imagen de la Verónica.

Los de París, Aquisgrán, Compiègne, Mont-Dieu, Reims, Soissons, Besanzón... se han perdido o han sido destruidos definitivamente. Lo mismo le ha sucedido recientemente al de Corbie, lo que nos impide estudiarlos.

El de Cadouin, desprovisto de manchas, pero adornado con bandas trabajadas, era una tela rectangular de 2,80 m. por 1,15 m. y muy venerado de antiguo. Pero visto por un arabista, el P. Francès, S.I., advirtió que entre sus ornatos bordados contenía caracteres cúficos (escritura árabe antigua). Descifrados éstos por M. Gaston Wiet, director del museo árabe de El Cairo, resultó que se trataba de un presente hecho por un emir árabe a uno de sus pares. Confeccionado hacia finales del siglo XI, su presencia en Francia se remontaba, sin duda, al tiempo de la primera cruzada (P. Francés, S.I. *Un pseudo-linceul du Christ.* París, Desclée, 1935).

Y así podrían añadirse otros muchos sudarios.

Pero el Dr. Paul Vignon, especialista en estos estudios, se apresuró a trasladarse a la Biblioteca Nacional, y en seguida leyó en la sonrisa del Conservador la bonita faena que acababa de realizarse. La estampa de Mély medía *¡35 centímetros de longitud!,* era incapaz por tanto de envolver a un cadáver. Aquel «cuadragésimo primero sudario de Cristo» era «una pequeña silueta descarnada...» una copia mala y simple del sudario de Besanzón. Añadamos que esta pequeña y mala estampa ha desaparecido de la Biblioteca Nacional.

Realmente sorprende y da pena constatar tan poca seriedad y lealtad en personas que se las dan de científicas y serias, sólo por dejarse llevar de sus prejuicios.

Concluyendo todo este apartado, podemos decir que de todas estas cuarenta o más telas o estampas, ninguna puede compararse con la de Turín. La mayoría de ellas son reconocidas como copias y se conoce la fecha de su producción. Otras eran pinturas tan burdas que no podían tomarse en serio. Otras no tenían imagen alguna. Otras muchas eran de pequeñas dimensiones, que por lo tanto no podían ser la sábana con que fuera envuelto un cuerpo muerto, como pretende ser la de Turín. Todas las síndones derivan evidentemente de la de Turín, o directamente o a través de la copia de Besanzón.

El autor que ha estudiado a fondo y desenmascarado el tema de los cuarenta sudarios, es el biólogo francés Paul Vignon *(Le Linceul du Christ,* Masson, París, 1902). No teniendo a mano esta obra agotada, espigamos el extracto que de dicho estudio ha hecho el P. De Gail (o.c. pp. 355 ss.).

Lo inverosímil es que veinticinco años más tarde, en 1928, resucitara inexplicablemente la cuestión de los cuarenta sudarios en el artículo *Suaire (Saint)* del *Diccionaire Pratique des Connaissances Religieusses* firmado por J. Baudot. Sólo las prisas con que fue redactado dicho diccionario pueden explicar, anota el P. De Gail, semejante ligereza.

* * *

El lienzo de Turín se distingue de todos los demás por su gran magnitud (más de 4 metros de largo por 1,10 de ancho), capaz de envolver a una persona de elevada estatura; con dos improntas, frontal y posterior. Se distingue por la finura casi fotográfica de sus imágenes corporales que excluyen el parangón con cualquiera otra figura similar hecha por vía de pintura o calco. Se distingue por la naturaleza negativa perfecta de sus dos figuras, que permite alcanzar por inversión fotográfica un retrato sin defecto apreciable a los ojos.

Este carácter de «reversibilidad» óptica de las imágenes, propio del lienzo de Turín, es específicamente fotográfico, en el sentido de que las imágenes están impresas en la tela por un juego de luces y sombras que corresponde, después de la inversión, a lo que ven los ojos humanos en la naturaleza, y a lo que aparece sobre una fotografía usual tomada a la luz. Ningún otro lienzo en el mundo puede gloriarse de un fenómeno tan excepcional y fuera de serie.

Por otro lado, observa De Gail, no hay ningún parangón posible en-

tre las manchas dejadas por las momias egipcias sobre las telas que las envolvieron, o entre las trazas dejadas por el cuerpo en algunas tumbas, con las siluetas de la Sábana de Turín. Paul Vignon escribe: «M. Gayet... (autor de excavaciones griego-egipcias en el Alto Egipto)... ha tenido la amabilidad de mostrarme toda clase de lienzos encontrados en las sepulturas egipcias. La momia deja a veces huellas vagas sobre los lienzos que las envuelven. La tela se pule. Pero este bruñido es enteramente difuso y sin matices. A mí me pareció reconocer sobre uno de aquellos lienzos, la huella de una espalda, pero sin ninguna forma distinta perceptible...» «Recordemos también, prosigue Vignon, que al abrirse, en Hungría, la tumba del rey Bela III y la de la reina, su esposa, se encontró sobre la losa del sepulcro, la presencia de huellas dorsales. Bela III no dejó más que trazas apenas visibles; por el contrario en el sitio donde reposaba la reina, se percibía la forma de los hombros, la de un brazo, la de la región glútea y la de las piernas hasta las rodillas. Todo muy grosero, sin modelado alguno, se destaca en claro sobre un fondo oscuro. Allí no se trata más que de la acción producida sobre la piedra por los cuerpos en descomposición.»

«Queda claro, concluye Paul Vignon, que no hay lugar a intentar asimilación alguna entre una losa manchada por un cuerpo en descomposición y un lienzo sobre el cual ciertos vapores han producido imágenes negativas bien modeladas» [13].

Terminemos todo este apartado con las palabras de Giuseppe Enrie, fotógrafo oficial, como diremos, en la ostensión de 1931. Este, al dar cuenta de sus trabajos [14], concluye que «todas las copias derivan del lienzo de Turín». Esto resulta claro por un gran número de particularidades; por ejemplo, la originalidad de la disposición general, el respeto a las proporciones de la tela original, la cual es de un formato bastante extraño, la naturaleza de las huellas, la actitud del cuerpo... y la reproducción de los estigmas de la pasión. No obstante nosotros no tendríamos la certeza de la filiación de las copias... (a partir) del lienzo de Turín, si no encontráramos en la mayor parte de ellas la influencia de este carácter particular de huella negativa, que ha desconcertado y desorientado a los copistas de todos los tiempos, sin dejarse comprender por ellos.»

---

[13] (Ob. cit. p. 89, nota 2). Anotemos de paso, para entender las últimas palabras de Vignon, que él sostenía que las improntas negativas del lienzo turinés son efecto de la acción química de los vapores amoniacales, procedentes de la descomposición del sudor secado sobre el cadáver, sobre el áloe con que fue espolvoreada la sábana. Siempre se mueve dentro de la suposición de que dicha sábana es la auténtica mortaja de Cristo. De todo ello hablaremos más adelante.

[14] Giuseppe Enrie: *«La Santa Sindone rivelata dalla fotografia»*. S.E.I. Turín, 1933. Fue traducida al francés por G. Porché, bajo el título *«Le Saint Suaire»*, París, 1936. Esta edición francesa fue revisada por el mismo Enrie. De ésta tomamos la cita, aducida por De Gail, ob. cit. pp. 241-242. El año 1938 salió una segunda edición italiana de esta obra, que fue destruida por un bombardeo de la ciudad de Turín. Por esto no se encuentran ejemplares de ella.

«Una diferencia esencial con el original salta al primer golpe de vista, añade De Gail: todas estas telas aparecen pintadas sin ningún disimulo de su factura manual. El pintor no ha intentado dar gato por liebre en su obra pictórica; mientras que en vano se buscaría indicio alguno de intervención manual en las improntas y en los vestigios sangrientos del auténtico lienzo» de Turín.

El mismo genio de la pintura, Alberto Durero, a quien se debe la copia de Lierre no supo desentenderse de este problema: positivo-negativo. «Las dos huellas opuestas por la cabeza y marcadas tenuemente a la manera del de Turín, son en su conjunto un negativo. Pero alrededor del cuerpo y de los miembros se distinguen contornos punteados. Es parcialmente una reconstitución del personaje, al mismo tiempo que una copia interpretada del original piamontés. La cara es un positivo mezclado con algunos rasgos negativos. Estos últimos resaltan en la nariz, en los arcos superciliares, en torno a los ojos, que son grandes y abiertos» (o.c. p. 244).

Tan clara es la cuestión que hoy día ya nadie se atreve a sacar este argumento de las cuarenta síndones contra la autenticidad de la de Turín.

4. CENTRANDO EL PROBLEMA

Antes de terminar el capítulo hemos de centrar bien el tema. La mayoría de los autores que impugnaron tan acremente el descubrimiento de Pía, lo mismo que los que lo defendían, desplazaron, consciente o inconscientemente, el problema hacia la determinación de si aquella sábana podía o no ser la mortaja de Cristo. Nosotros no nos lo planteamos esto por ahora.

Aquí no es éste el problema. Aquí se trata sólo de un hecho intrigante: el descubrimiento de la existencia de un negativo fotográfico perfecto de hace siglos. Todo lo que no impugne directamente este hecho no nos interesa por ahora. Por eso no nos hemos entretenido en refutar las razones aducidas por los autores. Las estudiaremos en los correspondientes capítulos sucesivos. Aquí lo único que nos interesa es dilucidar si la operación de Pía fue un fraude o no; si la inversión del claro-oscuro de la Sábana de Turín fue un fenómeno real o una ficción fraudulenta del fotógrafo.

Y como creemos que se trata de un hecho real y no fraudulento, nos sentimos intrigados. ¿Qué puede ser esa imagen misteriosa? ¿Cómo se impresionó? ¿De cuándo data? ¿Representa a una persona real histórica? ¿Quién puede ser? Todo esto es lo que los investigadores habrán de ir desvelándonos en los capítulos sucesivos.

Y comenzaremos por investigar su historia. ¿De dónde sale esta tela? ¿Cuándo apareció? ¿Con qué ocasión?

Claro está que, habiendo de preguntar a la historia si esa sábana es realmente la mortaja *de Jesús,* como dice la tradición, habremos de seguir esta pista a lo largo de todo el capítulo que sigue. Después prescindiremos de este aspecto hasta que lo abordemos de frente.

II

HISTORIA

1. TURIN

Actualmente la Sta. Sábana se conserva en Turín. El duque Víctor Amadeo II, en 1694, hizo construir, sobre el ábside de la catedral renacentista de finales del siglo XV, de piedra blanca, una fastuosa rotonda de mármol negro, de estilo barroco pero con notables resabios de la arquitectura religiosa de la India, donde el teatino P. Guarino Guarini, su arquitecto, había pasado varios años como misionero.

Su cúpula cónica, de un atrevido y caprichoso efecto arquitectónico, se eleva 65 m. sobre el nivel del suelo de la capilla, sito a su vez a varios metros sobre el nivel de la catedral. Su parte exterior sobresale muy por encima de la cúpula blanca de ésta.

Una gran puerta une la capilla con el primer piso del palacio real, situado detrás, y dos amplias escalinatas de mármol negro la comunican con la catedral, una por cada lado del presbiterio. Sólo una enorme cristalera, colocada a manera de retablo detrás del altar mayor de la catedral, separa ambas iglesias; de manera que el altar de la Reliquia es perfectamente visible desde la catedral.

En el centro de la rotonda se levanta el monumental altar ideado por Bertola. Sobre él, en una amplia vitrina de cristal, descansa el relicario que encierra la Sta. Sábana. Es éste una arqueta (150 × 38 × 38 cm.) de madera recubierta de plata repujada, forrada por dentro con placas de amianto en prevención de cualquier posible incendio (Lám. 3). La Reliquia está arrollada sobre un cilindro de madera recubierto de seda roja. Cuatro recias rejas de hierro protegen las cuatro caras laterales de la vitrina.

La Sta. Sábana llegó a Turín el año 1578. Antes se guardaba en Chambéry, la capital de Saboya.

El año 1576 se cebó en Milán la peste. (No es ésta la descrita por Manzoni en *I Promessi Sposi,* del año 1630, sino la anterior). S. Carlos Borromeo, arzobispo entonces de Milán, hizo voto de peregrinar a pie a Chambéry para venerar la «Sta. Reliquia del Señor», si Dios apartaba aquel azote de su pueblo.

Evidentemente era aquél un sacrificio superior a sus fuerzas; pues, achacoso como estaba, debía atravesar los Alpes. Por esto el duque de Saboya, Manuel Filiberto, quiso ahorrarle viaje tan penoso, y dispuso el traslado de la Sindone a Turín, que para entonces se había convertido ya en la capital de sus estados; aparte de que las revueltas de los hugonotes hacían insegura su permanencia en Chambéry.

En septiembre de 1578 llegó la Reliquia a Turín y fue depositada en la capilla ducal de S. Lorenzo, junto a Piazza Castello.

El 7 de octubre se ponía en camino S. Carlos Borromeo para cumplir su voto, escoltado por un pequeño grupo (14 personas) de sacerdotes y familiares. Fue aquélla una auténtica peregrinación litúrgica: la meditación sobre la pasión, el rezo del oficio divino y del rosario y otras oraciones y cánticos religiosos llenaban el día. En cuatro largas jornadas, a pie y en parte bajo la lluvia, llegó el Santo a Turín, donde le esperaban, delante de la Puerta Palatina, Manuel Filiberto, su hijo Carlos Manuel I y varios obispos y grandes del Estado. Toda la comitiva se dirigió a la capilla ducal de S. Lorenzo.

Al día siguiente la Síndone fue llevada a la catedral y tres días después comenzaba la pública y solemne ostensión desde un estrado levantado en Piazza Castello. Giovanni Testa inmortalizó la escena. Su grabado a la punta seca ha sido reproducido en el sello de correos emitido por el estado italiano el año 1978, como conmemoración del IV centenario.

Por más que reclamaron después los canónigos de la Santa Capilla de Chambéry y a pesar de las buenas palabras y promesas del duque, la Reliquia ya no se ha movido de Turín, fuera de algunas esporádicas salidas, casi siempre por razones de seguridad en tiempos de guerra.

En 1694 fue trasladada solemnemente a la sede actual, la monumental capilla real de Guarini (Lám. 3).

2. CHAMBERY

Hemos dicho que su sede anterior había sido Chambéry, en la «Sta. Capilla» del castillo de los duques de Saboya.

La Casa de Saboya se había distinguido por su veneración a la Sta. Sábana, y en 1453 consiguió incorporarla a su tesoro religioso privado. Ya diremos cómo [15].

Al principio no tenía ella lugar fijo. La Corte iba de castillo en castillo llevándose consigo cuanto le parecía conveniente, montado en largas recuas de mulos. En todos estos desplazamientos le acompañaba la Reliquia. «Ella era considerada como la defensa de la dinastía saboyana y el broquel protector contra toda clase de enfermedades y accidentes» (De Gail).

Estos continuos desplazamientos contribuyeron no poco a divulgar

[15] Al morir en el destierro el 18 de marzo de 1983 el ex rey de Italia Humberto II, legó la Síndone a la Sta. Sede.

su conocimiento. Pero no satisfacían. Por ello el Bto. Amadeo IX de Saboya proyectó para ella una mansión estable. Bajo la iniciativa de su esposa, Dña. Violante de Francia, reemprendió en 1465 las obras de construcción y embellecimiento de la capilla del castillo de Chambéry, comenzadas en 1408 por su antecesor, Amadeo VIII, e interrumpidas en 1430.

En 1502 pudo, por fin, ser trasladado solemnemente el lienzo desde la iglesia de los Frailes Menores, hoy catedral de Chambéry, donde se guardaba, a la hermosa capilla del castillo.

No obstante, el viernes santo de 1503 tuvo lugar en Bourg-en-Bress una solemne ostensión en honor del archiduque Felipe el Hermoso, hermano de Margarita de Austria y esposo de Dña. Juana la Loca, reina de España, que iba de Flandes a España. Pues bien, «para probar si realmente (aquel lienzo era la mortaja de Cristo), se lo ha hervido en aceite y extendido sobre el fuego, dice el cronista conde Antoine Lalaing (Chroniques des Pays-Bas: Le voyage du roi Philippe le Beau, de Flandre en Espagne). En fin, se lo lavó y frotó varias veces; pero no se consiguió debilitar ni quitar la impresión de las imágenes».

Esta crónica no parece más que fruto del afán de hacer intervenir lo sobrenatural en la credibilidad de una reliquia tan insigne. Gracias a Dios, no presenta la tela señal alguna a pesar de llevar bien impresas las marcas del incendio de 1532, de que hablaremos en seguida.

No obstante no descartan los autores la posibilidad de que realmente hubiera sido hervido el lienzo en aceite; y creen que este hecho pudo haber mejorado la brillantez de la imagen (G. Imbalzano, *Sindon,* n. 29, p. 17, nota).

En 1506 una bula de Julio II concedía a la capilla del castillo el título de *Santa Capilla del Sto. Sudario* e instituía la fiesta de la Sta. Sábana para el 4 de mayo, el día siguiente a la conmemoración de la Invención de la Santa Cruz, con oficio litúrgico y misa propios.

Con esto se intensificó notablemente su veneración. Cada año, el 4 de mayo y el viernes santo, era solemnemente expuesta a la multitud; y las peregrinaciones para venerarla se multiplicaban, tanto entre el pueblo llano como entre los nobles y príncipes de toda Europa.

En 1509 Margarita de Austria regaló, para su más digna custodia, una caja de plata dorada, trabajada, de 1.200 escudos de oro.

Como es natural, también los pintores se interesaron por aquella misteriosa tela. «A despecho de sus ilegibles imágenes, la perfección de su modelado y su enigmática factura picaban su curiosidad» dice De Gail (Histoire religieuse... p. 239). Testigos de este hecho son tantos de los 40 falsos sudarios de que hemos hablado anteriormente.

Con todo, un problema desconcertante e insoluble se les presentaba a los artistas: el carácter negativo de aquellas figuras. Antes de la invención de la fotografía no se tenía ni idea de lo que es un negativo fotográfico. Por esto ninguno de ellos, puesto delante de aquel lienzo, pudo comprenderlo. Y así pintaron unas imágenes en parte negativas (con las luces y sombras invertidas) y en parte positivas, fruto de su imaginación. Ellos no disimulaban (ni tenían por qué hacerlo) la factura pictórica de su obra. Por esto, al comparar cualquiera de estas co-

pias con el original de Turín, aparece inmediatamente la diferencia esencial existente entre ellas (Lám. 4).

Dato curioso: al copiar Alberto Durero (Dürer) la Verónica de S. Pedro de Roma, que es positiva, produjo una imagen muy cercana a la que nos revela hoy la fotografía del negativo de Turín.

Pues bien, de todas estas copias dos especialmente nos interesan por ser anteriores al incendio de 1532: la del gran maestro Durero y la venerada durante siglos en Besanzón, hasta ser destruida por la Revolución Francesa en 1794.

La primera mide 147 cm. por 33, es decir, como un tercio de la auténtica. Se conserva en la iglesia de Saint-Gommaire de la ciudad de Lierre (Amberes-Bélgica). Presenta las dos imágenes opuestas por la cabeza, como la de Turín, y lleva la fecha de 1516.

De la segunda, la de Besanzón, se desconoce la fecha. Aparece por primera vez en 1523 (De Gail). Con ser evidentemente una copia de la de Lirey-Chambéry, llegó a ser venerada como auténtica reliquia de Cristo, llegando a alcanzar una extraordinaria celebridad y a atraer imponente concurso de peregrinos y de visitantes ilustres, sobre todo en el siglo XVIII. Ella era la gloria de Besanzón.

Era una copia de la parte frontal de la de Chambéry a tamaño natural. De ella se conserva un grabado publicado por el historiador J. J. Chifflet en su obra *De linteis sepulcralibus Christi Servatoris crisis histórica* (Amberes, 1624). Era una copia fuertemente ingenua y de una calidad muy mediocre y decepcionante (Lám. 4) [16].

Lo interesante de ambas copias es que, siendo anteriores al incendio de 1532, suplen de alguna manera los deterioros causados por el fuego en la Sta. Sábana de Turín. Nos aprovecharemos de ello en alguna ocasión.

* * *

En este tiempo, la Síndone, encerrada en la preciosa caja donada por Margarita de Austria, se guardaba en la «Santa Capilla» de Chambéry detrás del altar mayor. Todavía hoy se ve, en la pared interior del pequeño ábside, el nicho. Unos barrotes de hierro la protegían.

La noche del 3 al 4 de diciembre de 1532 se declaró un incendio en la sacristía de la capilla, que pronto se propagó a la sillería del coro. Toda la iglesia se convirtió en una llama, tal que reventó la fachada del templo.

---

[16] Es curioso que ambos lienzos, el de Chambéry y el de Besanzón, llevando el mismo nombre y refiriéndose al mismo hecho (el entierro de Jesús) fueran venerados simultáneamente, sin protestas ni conflictos, estando tan cerca geográficamente Besanzón de Chambéry y de Turín. Nobles y plebeyos acudían en masa a las ostensiones solemnes que de ambos se hacían. San Francisco de Sales, v. gr. veneró, en diferentes ocasiones, los dos lienzos con extraordinaria devoción y lágrimas, sin distinguir el verdadero del falso.

Unas líneas escritas en el mismo grabado de Chifflet nos dan la clave del hecho: los dos lienzos se tenían por auténticos. El de Chambéry mostraría «el cuerpo de Cristo, ensangrentado y recientemente bajado de la cruz, y el de Besanzón, el mismo cuerpo ya lavado y ungido y puesto en el sepulcro».

Desafiando las llamas, el canónigo Philibert Lambert, consejero del duque, ayudado por dos franciscanos de Sta. María Egipciaca y un herrero, penetró en el templo y, a golpes de martillo, rompió el enrejado de hierro, ya incandescente, que protegía la hornacina, y logró sustraer al fuego el relicario, cuya plata había ya empezado a derretirse.

El calor había chamuscado fuertemente los bordes de los 48 pliegues en que estaba plegado el lienzo, los que estaban en contacto con el lado del relicario que miraba al templo, y unas gotas de plata derretida caídas de la tapa quemaron un ángulo de todo el paquete, destruyendo los brazos y parte de los hombros de ambas figuras de la Síndone, perdiéndose con ello un detalle documental de importancia para su estudio.

Además, el agua que le echaron para apagarla, empapó todo el paquete menos un ángulo, dejando, al secarse, unas figuras romboidales sobre la tela, que afean sobre todo la parte delantera de la figura.

El lienzo, así deteriorado, se conservó en la Torre del Tesoro, y no fue mostrado al público el 4 de mayo del año siguiente, como era costumbre. Con esto tomó cuerpo el rumor de que la Reliquia había perecido.

Lo sospechoso es que, aun antes de que hubiera tiempo material de propagarse la noticia del incendio, ya corrió la voz entre los calvinistas de que la tan cacareada reliquia había sido destruida por el fuego, demostrándose con ello su falsedad; que si en adelante se exponía cualquiera otro sudario, sería una pintura. De ahí el rumor de que el incendio había sido provocado. Se hacen eco de este rumor Philibert Pingon, cuando describe el incendio, que él había presenciado de niño, y también el historiador Chiflet, que tenía un hermano residente en Chambéry (Cfr. Piera Condulmer: *La Sindone,* p. 38 y *Sindon,* n. 22, pp. 20-22). Los calvinistas ginebrinos acusaban a la Casa de Saboya de venerar un trozo de tela y de caer casi en la idolatría.

Por ello el papa Clemente VII (1523-1534) ordenó que se hiciese un reconocimiento de la pieza salvada del fuego; y designó para ello al cardenal Gorrevod, conocedor de antiguo del santo lienzo y amigo de los duques.

La verificación tuvo lugar el 15 de abril de 1534.

Llevada la Síndone a la Santa Capilla y extendida sobre una mesa, fue reconocida por doce testigos que antes del siniestro la habían mostrado al pueblo. Todos atestiguaron que se trataba ciertamente del mismo lienzo que ellos habían conocido y tocado antes. El legado devolvió la Síndone a la torre y proclamó que aquélla era realmente la misma reliquia conocida de antiguo.

Al día siguiente el cardenal legado, al son de todas las campanas de la ciudad, llevó procesionalmente el lienzo al convento de las clarisas, escoltado por el duque Carlos III y la aristocracia del país. Allí, en un nuevo examen ante veintitrés miembros del clero y de la nobleza, los notarios apostólicos certificaron la identidad del lienzo.

A pesar de todo ello, Calvino se burlaba del «Sudario que siempre renace del fuego». (Se refería, sin duda, a un incendio anterior que se

creía haber sufrido la tela en Besanzón) «Cuando un sudario ha sido quemado, escribió, siempre se ha encontrado otro al día siguiente. Se decía que era el mismo de antes que milagrosamente se había salvado del fuego; pero la pintura estaba tan fresca que no valía negarlo... si hubiera habido ojos para mirar» (A. Perret)[17]. Calvino, por supuesto, no había visto la Síndone restaurada. También Rabelais aseguró que se había quemado del todo (Perret).

Varias religiosas clarisas se dedicaron durante 15 días a reparar de rodillas, lo quemado con piezas de corporal. Son los triángulos blancos que aparecen aparejados a ambos lados y a lo largo de las dos líneas negras paralelas, chamuscadas, que recorren de un extremo al otro la sábana. También le cosieron detrás una tela resistente de holanda para dar más consistencia al conjunto.

Fueron innumerables los peregrinos que, con esta ocasión, se desplazaron a Chambéry, «de Roma y de Jerusalén y de otros varios países lejanos» anota Perret.

El 2 de mayo, con un gran despliegue de colgaduras, de cirios y al son de las campanas, trompetas y cantos litúrgicos, algunos obispos llevaron al castillo la Sta. Sábana, envuelta en seda roja y recubierta de un paño bordado de oro.

El año 1535 estalla la guerra entre Francisco I, rey de Francia, y el emperador Carlos V. El duque Carlos III siguió las partes del emperador. En febrero de 1536 los franceses invadían la Saboya y ocupaban Chambéry.

Una tras otra, sus ciudades iban cayendo en poder de los franceses. El duque Carlos, llevando siempre consigo —como su único tesoro— el sagrado lienzo, se refugió primero en Turín. Pero poco tiempo pudo permanecer allí: la ciudad fue también conquistada por los franceses. El duque se refugió en Vercelli. De aquí pasó a Milán, huésped de los Sforza, donde el 7 de mayo de 1536 hubo una solemne ostensión. Luego pasó a Niza y poco después volvió a Vercelli, donde permaneció la Síndone más de 20 años. Allí murió Carlos III.

Muerto el duque, el gobernador francés del Piamonte, Charles Cossè de Brissac, pensó en adueñarse del gran tesoro de los Saboya: la Sta. Sábana. Para ello, rompiendo los pactos estipulados, atacó traidoramente la ciudad de Vercelli, se apoderó de ella y la saqueó.

El custodio de la Reliquia era un avisado y astuto canónigo saboyano, Antonio G. Costa. Este, valiéndose del perfecto dominio que poseía de la lengua francesa, acogió con extrema cortesía en la catedral a los gentiles hombres que iban por la Síndone. Y encandilando a Brissac con la oferta de un excepcional unicornio que allí había, escondió hábilmente la Síndone bajo su muceta.

Después, con mucha diplomacia, invitó a aquellos oficiales a su casa, donde a escondidas echó la Sta. Sábana en el cesto de la ropa

---

[17] «Essai sur l'histoire du St. Suaire du XIV[e] au XVI[e] siecle» en «Memoires de l'Academie des Sciences, Belles-Lettres et Arts de Savoie» Serie VI, t. IV, Grenoble, 1960, p. 108.

blanca. El resto lo hizo el buen vino piamontés ofrecido sin tasa. Era la tarde del 19 de noviembre de 1553.

Al día siguiente, liberada la ciudad de la indeseada presencia francesa, fue expuesta por el Sr. Obispo al público la Síndone en señal de su salvamento. (Véase P. Condulmer: o.c., p. 43, donde cita las fuentes).

Acabada la guerra franco-española con el tratado de Chateau-Cambrésis (1559) y recuperados sus estados por Manuel Filiberto (el héroe de la batalla de San Quintín), hijo y sucesor de Carlos III, devolvió la Síndone a Chambéry el 3 de junio de 1561. De allí partiría definitivamente hacia Turín en 1578.

3. LIREY

Los dueños anteriores de la «Santa Reliquia» fueron una rama de la casa de Charny. Ella fue quien la entregó en 1453, a la casa de Saboya. Con ello damos un salto atrás en la historia hasta mitad del siglo XIV.

La aparición de la Síndone en Lirey es, acaso, el punto clave de su historia. Por eso habremos de entretenernos en narrar algunos hechos menudos, prolijos y en apariencia baladíes; pero que demuestran, a nuestro entender, la seguridad que tenía la casa de Charny de poseer en ella la auténtica mortaja de Jesucristo. Esta seguridad no podía proceder sino del conocimiento que tenían del camino por el cual había ella llegado hasta sus manos; pero que alguna razón grave les impedía publicar. Si a algún lector no le interesa tanto pormenor, puede pasar directamente al número siguiente: su presencia en Constantinopla a principios del siglo XIII.

El primer poseedor del lienzo fue Godofredo I de Charny (Joffridus de Charny), Señor de Lirey. Esta pequeña localidad es hoy un caserío de 70 habitantes, a unos 20 km. de Troyes.

Era Godofredo un prócer guerrero (él siempre se presenta como «soldado») y un perfecto caballero, que llegó a ser consejero del rey, portaoriflama de Francia y se pasó casi toda su vida en los campos de batalla. Pero sobre todo era profundamente honrado y religioso, como lo patentiza un poema didáctico que escribió sobre Caballería.

A su lado tenía como consejeros a dos ilustres sacerdotes: uno, Jean Nichole, canónigo de Sta. María «Vallispruninensis» en la diócesis de Sens, y el otro, Guillaume de Brasèrne, chantre de la iglesia metropolitana de Reims. El primero era el capellán del Señor de Lirey y el segundo era su tío.

El poblado de Lirey pertenecía a la parroquia de S. Juan de Bonnevauls. Godofredo pensó, pues, en edificar en el mismo Lirey una capellanía «para salud de las almas de él mismo, de su mujer y de sus predecesores», dedicada a Sta. María bajo la advocación de la Anunciación. Con este fin, en junio de 1343, obtuvo del rey Felipe de Valois una serie de ayudas económicas.

El 16 de abril de 1349, Godofredo pidió al papa Clemente VI

(1342-1352) residente en Aviñón [18], que aquella iglesia fuese erigida en «colegiata» con seis canónigos a su servicio presididos por su deán; y a él y a sus sucesores se les concediera el derecho de «patronato» sobre la misma.

La gracia fue otorgada; pero no llegó a ejecutarse porque la noche del 31 de diciembre de aquel mismo año, 1349, caía Godofredo prisionero de los ingleses en Calais y era llevado a Inglaterra hasta que fue rescatado por el rey Juan II el 31 de julio de 1351.

La iglesia de Lirey fue erigida el 20 de junio de 1353. Era de madera.

El 30 de enero de 1354 Godofredo renovó su petición de elevarla a colegiata a Inocencio VI, sucesor de Clemente VI.

Su petición contiene algunas variantes importantes; una singularmente llama la atención. En el documento de 1349 pedía Godofredo al papa que «a su muerte, pudiera ser dividido su cadáver para ser enterrado en diversos sitios (de especial devoción por las insignes reliquias que guardaban) que él mismo determinaría». En cambio en la súplica de 1354 pedía poder ser sepultado, él y sus descendientes, en el cementerio de la colegiata [19]. ¿Qué había pasado entre ambas fechas?

En 1356 completó Godofredo su fundación, que fue confirmada con elogio (28 de mayo) por el obispo de Troyes, Henri de Poitiers (Perret).

El 19 de septiembre del mismo año moría gloriosamente Godofredo I de Charny en la batalla de Poitiers por cubrir con su cuerpo al rey, puesto en peligro.

---

[18] A la muerte de Benedicto XI fue elegido para sucederle (5 junio 1305) el arzobispo de Burdeos, Bertrand de Got (ausente del conclave), que tomó el nombre de Clemente V. Pero éste no se trasladó a Roma, sino que estableció su residencia en Aviñón. Este papa fue el que, bajo las presiones de Felipe el Hermoso, suprimió la orden de los templarios. Murió el 20 de abril de 1314.

Y en Aviñón se quedaron los papas sucesivos, hasta que Gregorio XI volvió definitivamente a Roma en enero de 1377.

Uno de estos papas de Aviñón fue Clemente VI.

Gregorio XI murió en Roma el 22 de marzo de 1378. Los pocos cardenales que se hallaban allí presentes eligieron rápidamente, por las presiones del pueblo romano, al arzobispo de Bari, quien tomó el nombre de Urbano VI.

«Nadie parecía dudar entonces de la legitimidad del (nuevo) pontífice» (G. Villoslada). Pero, por diferentes razones, los cardenales franceses, reunidos en Fondi, eligieron (21 sept. 1379) a Robert de Genève, quien tomó el nombre de Clemente VII y fijó su residencia en Aviñón. Había comenzado el Cisma de Occidente, que duró hasta 1417.

Por fin Gregorio XII, el papa de Roma, reconoció como legítimo el concilio de Constanza, no convocado por papa alguno y por tanto ilegítimo, y luego abdicó. El concilio, ya legitimado por Gregorio XII, depuso a los otros dos papas existentes: Juan XXIII y Benedicto XIII, el Papa Luna. Con esto quedaba el camino expedito para la elección de un solo papa, Martín V, que fue reconocido por toda la cristiandad occidental. Se quedó en Roma.

El 18 de noviembre de 1523 era elegido en Roma el auténtico Clemente VII, que gobernó la Iglesia hasta el 25 de noviembre de 1534.

[19] Véase Mns. Pietro Savio, archivero del Archivo secreto del Vaticano, en *Ricerche Storiche*... pp. 95-108.

Pues bien, poco antes o poco después de la muerte de Godofredo, comenzó a ser expuesta a la pública veneración por los canónigos de Lirey la Síndone, como *la auténtica mortaja de Jesús,* suscitando una enorme conmoción entre el pueblo cristiano que en grandes multitudes empezó a acudir a Lirey en peregrinación para venerarla, aportando a la colegiata no despreciables sumas de dinero.

Todo esto inquietó a Henri de Poitiers, a cuya diócesis pertenecía Lirey. A él no se le había dicho nada de asunto tan importante como era el hecho de poseer la auténtica mortaja de Jesús. Reunida, pues, una comisión de teólogos y prohombres, se inclinaron por pensar que se trataba de un fraude, de una pintura, hecha para sacar dinero. Su razonamiento concluyente era: «Si la sábana de Jesús hubiera llevado tales imágenes, los evangelistas no habrían dejado de decirlo». Ignoraban, por lo visto, que los cruzados de la IV cruzada habían admirado con gran sorpresa y devoción en Constantinopla una sábana semejante en 1203, como diremos en seguida.

Y el obispo prohibió tales ostensiones.

Con ello los canónigos de Lirey retiraron la Reliquia de la colegiata y la pusieron a buen recaudo: probablemente fuera de la diócesis de Troyes. Sin duda los Charny recogieron su tesoro y lo ocultaron en alguna de sus posesiones. El período de ostensión había durado como un año.

Los peregrinos llevaban una insignia de plomo, llamada *méreau.* El lienzo aparece en ella sostenido por dos personajes con capa. Está desplegado, mostrando las dos efigies, facial y dorsal. Debajo, en un medallón, aparece el sepulcro vacío, rematado por una cruz y una corona. El escudo de los Charny y el de los Vergy (la esposa de Godofredo I) está uno a cada lado del sepulcro. Una de estas insignias fue hallada en 1855 en París, entre el cieno del lecho del Sena, cerca del Pont au Change (Lám. 5).

Pero ¿cuándo y cómo llegó la Síndone a manos de Godofredo?

De la petición hecha a Inocencio VI el 30 de enero de 1354 parece deducirse que por entonces la tenía ya Godofredo en su poder y que pensaba colocarla en la colegiata por él fundada. Por eso quería ser enterrado a su sombra. No obstante, no parece que en mayo de 1356 la hubiera expuesto ya a la pública veneración. Se hubiera enterado Henri de Poitiers y no habría confirmado *con elogio* aquella fundación. La Síndone debió, pues, ser entregada a la colegiata la segunda mitad del año 1356. No consta de ostensión pública alguna antes de esta fecha. En cambio, desde ella, podemos ya seguir paso a paso los avatares de la Reliquia hasta nuestros días.

Lo que llama poderosamente la atención es que en los documentos fundacionales de la colegiata no se mencione para nada la Síndone. Es verdad que dichos documentos son muy sobrios al precisar los objetos de culto y reliquias entregadas a la colegiata por su fundador. Y lo mismo sucede a la muerte de Godofredo: apenas se detallan los bienes (tierras, casas y reliquias) dejados ciertamente por él a la colegiata.

Llama la atención también que no fuera comunicada la fausta noti-

cia de la llegada a Lirey de tan insigne reliquia al obispo de la diócesis, con el cual mantenía Godofredo muy buenas relaciones. Llama la atención, en fin, que por ningún lado aparezca documento alguno que indique el origen de dónde le vino a Godofredo tal tesoro. Sólo hallaremos algunas frases vagas y generales, y en parte contradictorias, en boca de Godofredo II y Margarita de Charny, los descendientes de Godofredo I, y de los canónigos, en los pleitos de que hablaremos luego.

Este misterioso silencio ha intrigado enormemente a los historiadores. Se ve que algún inconveniente grave cerraba la boca de Godofredo y de su familia para que no publicaran el origen de tal reliquia.

Lo que aparece, en cambio, clarísimo es la certeza que ellos tenían de que se trataba de la *auténtica mortaja de Jesús*. Desde el primer momento de su aparición en público es presentada siempre como la sábana con que José de Arimatea envolvió el cuerpo muerto de Jesús. Y así lo defendieron contra todas las impugnaciones.

Esta certeza supone que conocían bien los caminos por los cuales aquel tesoro había llegado hasta ellos, y que dichos caminos eran seguros; pero que no se podían publicar.

No es concebible que Godofredo, tan íntegro caballero y tan religioso, se atreviera a exponer a la veneración pública aquella tela como «la sábana usada para amortajar a Jesús», si no hubiera tenido la certeza moral de su autenticidad. Ni los dos dignos sacerdotes que, según indicamos, le asistían, se lo hubieran permitido. En el número siguiente trataremos de desvelar este misterio.

Sigamos con la historia. Treinta años después de la prohibición, el nuevo deán del cabildo de Lirey pidió a Godofredo II, hijo y sucesor del fundador de la colegiata, volver a las ostensiones públicas. Efectivamente recibió la Reliquia y la expuso de nuevo. Era el año 1389. Tampoco ahora se dijo nada al nuevo obispo, Pierre d'Arcis, tercer sucesor de Poitiers.

Las multitudes volvieron a llenar los caminos de Lirey. Y el obispo volvió a prohibir las ostensiones diciendo que aquel lienzo no podía ser la auténtica mortaja de Jesús.

Pero ahora Lirey tenía medio de defenderse. La viuda de Godofredo I, Jeanne de Vergy, se había casado en segundas nupcias con el conde Aymon de Genève, primo hermano del antipapa de Aviñón, Clemente VII (Robert de Genève) (†1418) que había inaugurado el Cisma de Occidente en 1379, pero que era el reconocido por Francia.

Por mediación de Godofredo II, los canónigos de Lirey obtuvieron del legado pontificio para los asuntos franceses, el cardenal Pierre de Thurey, la autorización de venerar el lienzo «con los debidos honores y en un lugar decente de la iglesia de Lirey». Entonces Pierre d'Arcis, en un sínodo de 1389, prohibió a todos los clérigos y predicadores de su diócesis hablar de la Síndone. Y al deán de Lirey le prohibió, bajo pena de excomunión, mostrarla a los fieles.

El capítulo de Lirey y Godofredo II apelaron a Aviñón y al rey Carlos VI, y las ostensiones continuaron.

El rey concedió a Godofredo II lo que éste le pedía y Clemente VII

le confirmó, por un rescripto, la autorización dada por su legado. Y a la vez impuso bajo pena de excomunión, «perpetuo silencio» al obispo de Troyes sobre el asunto.

Entonces Pierre d'Arcis envió a Aviñón un memorial, citando en su apoyo a su predecesor, Henri de Poitiers, y atribuyéndole el descubrimiento del pintor que habría confeccionado artificialmente el lienzo.

Pierre d'Arcis estaba enormemente irritado contra los canónigos de Lirey. Les acusaba en su memorial de favorecer la idolatría del vulgo «por fraude y subterfugio, avaricia y codicia»; no con fines piadosos, sino «para arrancar con habilidad el oro de los peregrinos».

No contento con esto el obispo de Troyes, acudió también al rey Carlos VI y al parlamento de París, interesándoles contra el cabildo de Lirey.

El 4 de agosto de 1389, una carta del rey Carlos VI, de reconocida subnormalidad, ordenaba al baile (juez) de Troyes requisar la sábana, anulando el expreso permiso de ostensión que poco antes había dado a Godofredo II. Sólo que, cuando el baile de Troyes con su gente armada se presentó ante la colegiata de Lirey, la Síndone ya no estaba allí. Había sido ocultada.

Por su parte, el papa de Aviñón recurrió a la habilidad. Por una bula del 6 de enero de 1390 procuraba contentar a ambas partes. Por un lado, la libertad de las ostensiones era mantenida en favor de la colegiata. Por otro, para contentar al obispo de Troyes, Clemente VII restringía la solemnidad de la veneración e imponía que en cada ostensión se advirtiese a los fieles que no se les ofrecía el verdadero lienzo de Jesucristo, sino una pintura que lo representaba. Pero por segunda vez el papa imponía silencio al obispo de Troyes.

La bula no pretendía zanjar la cuestión de su autenticidad, que ni siquiera se había planteado. Sólo concretaba que Godofredo I «había puesto a la veneración en la iglesia de la bienaventurada Virgen María de Lirey, de la diócesis de Troyes, por él fundada, cierta imagen o reproducción de la sábana de N. Sr. Jesucristo, que él había recibido como presente» (Cfr. De Gail, Histoire... p. 147).

Hoy esta cuestión histórica ha perdido todo interés, toda vez que se ha demostrado que la sábana de Lirey-Chambéry-Turín no es, ni puede ser, una pintura.

La intervención del papa y del rey suspendió de nuevo las ostensiones. No duró, con todo, mucho tiempo esta situación.

El mandato papal de advertir al público «de viva voz», dejaba a los canónigos bastante margen de interpretación. Así, pues, parece que antes de 1400 volvieron en todo su esplendor las ostensiones y las peregrinaciones, sin que hubiese ya más prohibiciones por parte de Troyes (Pierre d'Arcis había muerto en 1390), ni se hiciera mención de las restricciones impuestas por el papa.

Antes de seguir adelante, hemos de subrayar una anormalidad. No deja de llamar la atención la manera con que Clemente VII resolvió el asunto poniéndose tan decididamente a favor de Godofredo II y en contra del obispo de la diócesis, hasta imponerle silencio por dos veces. Es un dato más, que tal vez nos ayude a desvelar el misterio de

cómo apareció en Lirey la Sta. Sábana. Lo trataremos más adelante, cuando tengamos más cabos que atar.

Después de las prohibiciones eclesiásticas fueron las guerras las que impidieron las peregrinaciones. Con la enfermedad de Carlos VI, dos partidos rivales acabaron por desorganizar y arruinar a Francia.

El 22 de mayo de 1398, a la vuelta de una cruzada a Hungría, había muerto Godofredo II. Su hija Margarita, jovencita todavía, se casó dos años más tarde con Jean de Beaufremond, quien moría, a su vez, sin hijos, en 1415 a manos de los ingleses en la batalla de Azincourt. Margarita volvió muy pronto a casarse con Humbert de Villersexel, conde de la Roche y señor de Saint Hippolyte-sur-le Doubs.

En 1415 había entrado en una fase activa la guerra de los Cien Años y la invasión inglesa progresaba, amenazadora, por las tierras de Francia. La dramática situación no sería superada sino con la epopeya de Sta. Juana de Arco y la consagración de Carlos VII en Reims, el 17 de julio de 1429.

Entre tanto, sobre todo después de la batalla de Azincourt, bandas de maleantes recorrían la Champagne, sembrando el pánico entre sus habitantes. Por ello Humberto, Margarita y los canónigos pensaron en retirar el lienzo a un lugar más seguro. Primero fue llevado al castillo de Montfort, feudo de los Charny, y después al de Saint-Hippolyte-sur-Doubs, donde residían los condes de la Roche, a 50 km. al oeste de Besanzón.

El 6 de julio de 1418 Humberto firmó un recibo de todos los objetos valiosos recibidos en depósito, de la colegiata de Lirey, comprometiéndose a su ulterior devolución cuando se serenasen los tiempos, y obligando a sus sucesores a lo mismo. Entre estos objetos estaban la Síndone, la cual, cada año, era mostrada a los fieles.

El conde Humberto murió el 22 de agosto de 1438, sin dejar hijos, legando sus dominios a su sobrino, François de la Palud; pero constituyendo a su viuda, Margarita de Charny, usufructuaria de todo y depositaria en consecuencia, de todas las reliquias, vasos sagrados y Sta. Sábana de Lirey, que él tenía en depósito.

Para conseguir su restitución, el cabildo de Lirey emplazó, en mayo de 1443, a la viuda usufructuaria ante la audiencia de Dôle. Margarita lo devolvió todo menos el lienzo, alegando que Lirey no era todavía lugar seguro para guardar tan gran tesoro. Además la Síndone, dijo, era un bien de familia, parte del botín de guerra de su abuelo. Ella era su legítima propietaria. La colegiata no era más que su custodio. Ella no se consideraba obligada por el documento de su marido.

Tal vez por miedo a la influencia de aquella poderosa mujer, la audiencia de Dôle le permitió a Margarita quedarse con el lienzo hasta mayo de 1446 a condición de que pasara a los canónigos la suma de 12 francos al año.

En julio de 1447 fue citada de nuevo Margarita por el juez eclesiástico de Besanzón. Este prorrogó el plazo de devolución hasta octubre de 1449 con la condición de que la compensación anual subiese a 15 francos.

Al expirar este plazo, fue de nuevo citada Margarita ante el pre-

boste de Troyes. El representante de Margarita se comprometió a fortificar Lirey, pero consiguió que aquélla pudiese retener el lienzo hasta 1452 con la promesa de una pensión anual, aunque no había pagado ninguna de las cantidades prometidas antes.

Margarita decidió retirar la Síndone de S. Hipólito y llevársela consigo en sus desplazamientos. ¿Era sólo el cariño que sentía Margarita por aquella herencia de su abuelo lo que le movía a proceder así, o había alguna otra razón oculta? De hecho ¡el 22 de marzo de 1453 cedía la Sta. Sábana a Luis I de Saboya!

¿Por qué? No existe más que un contrato entre el duque y Margarita, firmado en Ginebra el 22 de marzo, por el cual el duque de Saboya cedía a Margarita el castillo de Varambon y las rentas de su señorío de Miribel, cerca de Lyón, «por los numerosos e importantes servicios que la condesa de la Roche había prestado al duque de Saboya».

Cuáles eran estos «importantes servicios» no lo sabemos. Por otra parte no parece que Margarita, que ya pasaba de los 60 años, pudiera tener especial interés en adquirir nuevas posesiones.

Nada se dice en el contrato sobre la Reliquia; pero los términos del mismo dejan entrever algo. De hecho, todos los historiadores «sitúan en ese 22 de marzo de 1453 la cesión del lienzo por Margarita de Charny a Luis de Saboya» (De Gail).

El historiador Wilson supone que, mientras Margarita tuvo esperanzas de tener hijos, no había pensado en sacar la Reliquia de la colegiata de Lirey, donde la había depositado su abuelo. Pero al ver morir a su segundo esposo sin hijos, pensó en buscar alguna Casa poderosa de Europa que la apreciara y garantizara su conservación. No se fiaba ella de sus parientes; y la colegiata de Lirey, ya muy deteriorada, no ofrecía garantías suficientes.

De ahí sus peregrinaciones por Europa, llevando consigo la Sta. Sábana y exponiéndola a la pública veneración.

En 1449, tal vez en busca del apoyo de los Habsburgos, anota Wilson, se desplazó a Chimay (Bélgica), repitiendo allí las ostensiones de la Reliquia, coronadas como siempre de un gran éxito popular. Pero, inquieto por la novedad el obispo de Lieja, Jean de Heinsbach, le envió dos eclesiásticos para informarse. Al no poder exhibir Margarita «letras auténticas», no tuvo más remedio que replegar su tela.

En cambio, la duquesa de Saboya, Ana de Lusignan, de Chipre, estaba deseosa desde hacía tiempo de poseer aquel lienzo venido de Oriente, y lo había pedido incluso a Margarita. En su tierra natal había presenciado la gran devoción del pueblo al desaparecido Mandylion. Ella intuía que alguna relación existía, sin duda, entre éste y la Sta. Sábana de Lirey. Por lo demás, una estrecha amistad unía a los Charny con los Saboya.

Por otro lado la Casa de Saboya era lo suficientemente piadosa para apreciar aquel inestimable tesoro, lo suficientemente rica para guardarlo con decoro y lo suficientemente fuerte para defenderlo de todo peligro en aquellos tiempos tan turbulentos. Por eso Margarita se decidió por los Saboya.

Y aquí surge la misma idea indicada antes: causa la impresión de

que ella conocía el origen de la Síndone y de que estaba segura de que era la auténtica mortaja de Jesús. De ahí su empeño por asegurar su conservación, pasando por encima de todo, incluso de la excomunión.

Al enterarse los canónigos de Lirey, protestaron naturalmente de la donación de su Reliquia a la Casa de Saboya, y consiguieron que el juez eclesiástico de Besanzón lanzase contra Margarita la excomunión el 30 de mayo de 1457. Citada de nuevo por el preboste de Troyes en 1458, se le levantó la excomunión con tal de que pagase lo estipulado a los canónigos antes del 1 de octubre. Como no pagase, el 30 de mayo de 1459 se renovó la excomunión contra Margarita.

Esta moría el 7 de octubre de 1460, creyendo haber cumplido un deber respecto a la Síndone.

Acudieron también los canónigos al duque Luis I de Saboya, en 1464; pero no consiguieron de él más que vagas promesas de una indemnización, que nunca se cumplieron.

Persuadidos al fin los canónigos por el hermanastro de Margarita de que la Sta. Sábana no volvería ya más a su poder, se avinieron a negociar con él, aunque de muy mala gana, una compensación. «Este sudario del Señor, escribieron, que esta pérfida mujer ha entregado, o vendido según se dice, al duque de Saboya...»

Cosa remarcable: aún en vida de Margarita ya no se hablaba para nada de la Sta. Sábana como de una «figura o representación» de la verdadera mortaja de Jesús; fórmula ambigua, aunque necesaria cuando la impuso el antipapa de Aviñón.

En manos de los Saboya, la Síndone rápidamente vino a ser el paladión o la defensa de la casa, el emblema divino protector de la familia, invocado siempre en los tiempos difíciles. Lo mismo que había sucedido en Oriente con el Mandylion.

Sin duda que contribuyó a ello la duquesa Ana de Lusignan, de Chipre, testigo en su juventud de la veneración tributada por los chipriotas al Mandylion con este matiz (Cfr. Wilson, o.c. pp. 254-258 y 303; y De Gail o.c., pp. 142-163).

4. CONSTANTINOPLA

Hemos de ahondar en los estratos de la historia hasta principios del siglo XIII para encontrar otro documento que nos hable con toda claridad de este misterioso lienzo. Estamos en Constantinopla. Robert de Clari, soldado y cronista de la IV Cruzada, escribe: Había en Constantinopla «entre otros, un monasterio que se llamaba Ntra. Señora Santa María de Blaquernas, donde se conservaba la Sindone en que Ntro. Señor fue envuelto, que cada viernes se mostraba (al pueblo) vertical, de modo que se podía ver bien la figura de Ntro. Señor» [20].

Es curioso que Clari usa la palabra *Sydoines,* en plural. Sin duda

[20] «Li estories de Chiaux qui conquissent Constantinoble, de Robert de Clari, en Aminois (de Picardía) chevalier» publicado por el archivero conde Paul

quiere hacer referencia a las dos imágenes, la anterior y la posterior, que en ella aparecen. Tengamos presente que la Síndone se mostraba al pueblo doblada por la mitad y colgada de una barra horizontal, de manera que las dos imágenes aparecían de pie (Savio).

La mal llamada IV Cruzada, porque de cruzada no tuvo más que el nombre, fue promulgada por el papa Inocencio III para reconquistar Jerusalén. Sus dos caudillos principales eran el marqués Bonifacio II de Montferrato, de Lombardía, y el conde Balduino IX de Flandes. Se reunió en Venecia, de donde zarpó el primero de octubre de 1202. Las naves eran alquiladas a los venecianos.

Por exigencia de éstos, la escuadra se dirigió hacia Zara, plaza cristiana del rey de Hungría, sobre el Adriático, rival de Venecia por su comercio, y la conquistó. Allí invernó.

Estando allí se recibió la invitación, con grandes ofertas, del príncipe Alejo de Constantinopla para que le ayudaran a recuperar el trono de su padre, Isaac II, destronado, encarcelado y privado de los ojos por su propio hermano, que tomó el nombre de Alejo III.

Los venecianos aceptaron la oferta sin vacilar. Los monjes, consejeros de la expedición, tronaron contra aquella desviación. Los pareceres de los guerreros y prelados se dividieron. Pero el 14 de mayo de 1203 zarpaba la escuadra hacia Constantinopla, dejando para más tarde la conquista del Sto. Sepulcro.

El 23 de junio apareció ante los ojos deslumbrados de los cruzados la ciudad. La flota desfiló arrogante por delante de sus murallas ante el asombro de sus pobladores, apiñados sobre las mismas murallas y los tejados de las casas.

El 17 de julio tuvo lugar el asalto, duro e indeciso; pero que consiguió que el usurpador, Alejo III, huyera de la ciudad. El emperador destronado y ciego, fue repuesto en su trono, con su hijo Alejo IV como coemperador.

Los cruzados se establecieron en Galata, en la ribera nordeste de la boca del Cuerno de Oro, que pertenecía a los genoveses. Iban y venían de la ciudad. Durante más de tres meses sus ojos se fueron nutriendo con la contemplación de las increíbles riquezas acumuladas durante diez siglos en la capital del Oriente, y su espíritu se llenaba de estupor ante tantos palacios y basílicas relucientes por el oro, la plata y el mármol... y por la abundancia de preciosas reliquias. Creían soñar.

En este tiempo, agosto de 1203, fue cuando el cruzado-cronista, Robert de Clari, contempló y admiró aquella síndone «en la cual había sido envuelto Ntro. Señor».

No es el de Clari el único testimonio de la presencia en Constantinopla de la Síndone. Dos años antes, en 1201, hallamos otro. Unos facinerosos de Juan Comneno, armados, se disponían a irrumpir en la

---

Riant, París, 1868. El manuscrito se conserva en la Biblioteca Real de Copenhague.

Al autor se le llama Robert de Clari, de Clary o de Cléry, Roberts de Clari, Robertus miles de Clari, Robillard de Clari, Robertus de Clariaco.

capilla imperial de Sta. María del Faro, el templo del Gran Palacio imperial, para profanarla. Nicolás Mesarites, el encargado de su custodia, les plantó cara recordándoles con energía que allí se custodiaban los lienzos sepulcrales de Cristo (entáphioi Sindónes Christoū). En este templo, exclama, Cristo resucita, «El sudario con los lienzos sepulcrales son prueba patente de ello». En el Gran Palacio, pues, en su templo del Faro, se conservaba, no un solo lienzo sepulcral de Cristo, sino el sudario y la Síndone, concluye Savio. *(Ricerche...* p. 93).

Y aprovecha la ocasión Mesarites para hacer un inventario de las reliquias de que él era el custodio: la corona de espinas, el precioso clavo, el flagelo de hierro, las síndones sepulcrales de Cristo, la toalla con que Jesús lavó los pies de los Apóstoles, la lanza, el vestido de púrpura, la caña, las sandalias, la piedra del sepulcro.

Las síndones sepulcrales, dice, «son de lino, de una tela que, al contacto de la mano, se puede llamar común» cual es la Síndone. «Huelen todavía a mirra, continúa, y desafían la destrucción por haber envuelto, después de la pasión, el cuerpo desnudo y embalsamado del inefable Muerto» (A. Heisenberg, *Die Palastrevolution des Johannes Komnenos,* Wurzburgo, 1907, p. 30). No menciona las improntas; pero el hecho de que diga que aquellos lienzos habían envuelto el cuerpo *desnudo...* del... Muerto, parece indicar que lo había visto así en las improntas, pero que no creyó conveniente decirlo. La idea de un Cristo desnudo ha sido mirada siempre con prevención por el pueblo cristiano (Cfr. T. Humbert, *L'enigme...* p. 59).

Pero al año siguiente todo cambió para la Síndone. Trasladada a Sta. María de Blaquernas, situada en el otro palacio imperial[21], era desplegada y expuesta de pie, cada viernes, a la veneración del pueblo, como nos ha dicho Clari.

Ahondando un poco más en los estratos de la historia, encontramos en 1171 otro testimonio. Guillermo, arzobispo de Tiro, en su «Historia rerum in partibus transmarinis gestarum» narra la visita que hizo Amalrico (Amaury) I, quinto rey latino de Jerusalén, a Manuel I Comneno de Constantinopla. Después de describir el fausto de la corte imperial y la magnífica acogida que se le tributó al rey latino, después de narrar los encuentros de los dos soberanos para tratar sus asuntos y de recordar los regalos que el emperador hizo al rey y a sus magnates, añade que el emperador quiso mostrarles lo que a nadie se enseñaba: «el interior de su palacio, aun las partes más íntimas sólo abiertas a sus domésticos, destinadas a los usos más secretos, las basílicas inaccesibles a la gente, los tesoros y recuerdos más apreciables de sus antepasados». «No hay arcano, dice, ni secreto guardado desde los tiempos de los ilustres augustos Constantino, Teodosio, Jus-

[21] Dos palacios imperiales ocupaban la orilla norte y sur de la ciudad: el de Blaquernas (Blachernai) en el norte, dotado por Pulqueria en el siglo V, de un monasterio y de un santuario dedicado a la Virgen, y el *Gran Palacio* imperial al sur, provisto de una capilla llamada Nuestra Señora del Faro. Este edificio situado en el distrito de Bucóleon, tomaba su nombre de su proximidad al Faro de Serail, sobre la costa del Mármara» (De Gail, o.c., p. 87).

tiniano... en lo más recóndito de la sagrada mansión que no se le mostrase familiarmente» (Cfr. Savio, *Ricerche...* p. 92).

El emperador, pues, enseñó al rey las reliquias más preciosas referentes a nuestra redención, entre las cuales enumera la Síndone.

No obstante, tampoco Guillermo de Tiro hace mención alguna de las improntas. Tal vez el rey de Jerusalén y Guillermo de Tiro no vieron la Síndone más que en su cofre. Es inútil, por tanto, anota Vignon, hablar de lo que pudieron ver otros peregrinos menos agasajados (Cfr. De Gail, o.c. p. 86-87).

Un poco antes, allá por los años 1151-1157 encontramos el testimonio de Nicolás Saemundarson, abad benedictino del monasterio de Thingeyrar (Islandia septentrional). Este afirma haber visto en el Gran Palacio la Síndone, y dice que era una tela de lino basto. Es decir, una tela común, como es la de Turín. En su catálogo menciona «las vendas con el sudario y la sangre de Cristo» (fasciae cum sudario et sanguine Christi). Parece referirse a las manchas de sangre que aparecen en la Síndone. En tal caso tendríamos un testimonio sumamente elocuente. (Savio, *Ricerche...* p. 92 y *Sindon,* n. 3, p. 29).

Tres años antes, en 1147, el rey de Francia, Luis VII, pasó por Constantinopla, en su viaje a Tierra Santa, para visitar al emperador Manuel Comneno. Después de haber tratado sus asuntos, nos narra Juan Cinnamo en el libro 2.º de su Historia, cómo el emperador llevó al francés a Sta. María de Blaquernas para visitar las reliquias insignes conservadas allí: «aquellos objetos que fueron aplicados al salvífico cuerpo de Cristo». Parece referirse a los lienzos sepulcrales de Cristo. (Savio, *Ricerche...* p. 92).

Más categóricamente afirma la presencia en Constantinopla de los lienzos sepulcrales de Cristo la «Descriptio Sanctuarii Constantinopolitani» del códice Reg. lat. 712, escrito por este tiempo y conservado en la Bibl. Vat. «En la sobredicha capilla imperial, dice, se contienen parte de los lienzos con los cuales el ya citado José de Arimatea mereció envolver el cuerpo crucificado de Cristo» (Cfr. Savio, o.c., p. 91).

Existe también una carta fechada en 1092 por Alejo I Comneno, de Constantinopla, a Roberto, conde de Flandes, donde se dice ser mejor que los cristianos de Occidente ocupen Constantinopla antes de que ésta caiga en poder de los paganos, porque en ella hay preciosísimas reliquias del Señor. Entre ellas enumera «los lienzos encontrados en el sepulcro después de la resurrección». Paul Riant tiene, con todo, esta carta por apócrifa; otros en cambio la admiten como auténtica, como Sanna Solaro; pero la lista que trae de las reliquias existentes en Constantinopla parece auténtica (Cfr. Savio, o.c., p. 91).

Por este tiempo, un griego compuso un catálogo de las reliquias veneradas en Constantinopla. Su traducción latina, se conserva en la Biblioteca Vaticana (cod. Ottob. lat. 169). En él se dice: En el Gran Palacio (de Constantino), en el templo de Sta. María Madre de Dios, se conservan «el lienzo y el sudario de la sepultura (del Señor)» «(linteamen et sudarium sepulturae eius [Domini])». *Dos piezas, distintas* por tanto. (Cfr. Savio, o.c., p. 91).

5. COMO PASO LA SINDONE A OCCIDENTE

Hemos descendido hasta el año 1092.

Antes de proseguir nuestra excavación en los estratos de la historia, parémonos un poco para indagar cómo la Sábana pasó de Constantinopla a Occidente. No podremos, ciertamente, presentar más que hipótesis. No hay documento alguno sobre el particular.

A. Ultimos datos sobre su estancia en Constantinopla

Dejamos a los cruzados instalados en Galata esperando que el emperador Alejo IV les pagara lo prometido. Pero las relaciones entre unos y otro no marchaban bien. Alejo IV no demostró gran agradecimiento a sus bienhechores. Cogido entre sus promesas, cuya ejecución no cesaban de reclamar los occidentales, y la presión de los nacionalistas griegos, que le echaban en cara su tolerancia hacia los latinos, optó por dar largas al asunto, no consiguiendo más que aumentar la irritación de unos y de otros.

En esto saltó a la escena un osado aventurero, apellidado Murzuphle. Este aprisionó al joven emperador y le hizo estrangular el 8 de febrero de 1204, tomando él el nombre de Alejo V.

Indignados los cruzados al ver frustradas sus esperanzas y amenazados además por mar y por tierra por los soldados y los navíos griegos, no vieron más que una salida: echarse sobre la ciudad y tomarla de nuevo por las armas.

La noche del 9 al 10 de abril asaltaban por mar la ciudad y la tomaban. Murzuphle huyó con gran parte de sus notables y guerreros.

Sobrevino el pillaje sistemático y total, acompañado de toda clase de abusos. Duró tres días. Inocencio III que ya había protestado enérgicamente del ataque a Zara, al enterarse de tales desmanes, exclamó indignado: «Estos defensores de Cristo, que no debían volver sus espadas más que contra los infieles, se han bañado en sangre cristiana. No han perdonado la religión, ni la edad, ni el sexo. Han cometido a cielo abierto adulterios, fornicaciones, incestos. Se les ha visto arrancar revestimientos de plata de los altares, violar los santuarios y llevarse iconos, cruces y reliquias». (Daniel Rops: *La Iglesia de la catedral y de la cruzada,* p. 568).

«El botín fue enorme, escribe Jean Longnon *(L'Empire Latin de Constantinople,* p. 48); oro, plata, piedras preciosas, telas de seda, tisúes, brocados antiguos, vestidos de pieles, objetos preciosos... Los cruzados pudieron repartirse cuatrocientos mil marcos de plata, o sea el doble de lo que el joven Alejo les había prometido, y más de cuatro veces lo que los venecianos habían pedido por el pasaje de las tropas.»

Más de trescientas reliquias insignes pasaron a enriquecer las iglesias de Francia, Alemania e Italia.

Y ¿qué fue de la Síndone? Clari se limita a decir: «Nadie supo jamás, ni griego ni francés, qué fue de esta Síndone cuando la ciudad fue tomada».

Efectivamente llama la atención que nada se diga de ella en el reparto que se hizo del botín entre los jefes de la expedición. Dada la importancia de la Reliquia y lo conocida que era de todos, parece que debía haberse hecho constar a quién se le adjudicaba, si el agraciado hubiera sido uno de los jefes subalternos.

Unos datos nos pueden dar una pista.

En primer lugar, los convenios previos establecían la elección de un emperador de entre los jefes vencedores. A él se le adjudicaba la cuarta parte de todas las reliquias capturadas, especialmente las referentes a la pasión del Señor.

La elección tuvo lugar el 9 de mayo de 1204, y recayó sobre Balduino IX de Flandes, quien tomó el título de Balduino I de Constantinopla. Al imperio se le llamó la *Romania*.

Por suerte existe otro cronista de la IV Cruzada, un personaje de primera categoría en la escala militar, noble, mariscal de la Champagne, que intervenía con peso en todos los consejos sobre los asuntos militares y diplomáticos de la expedición, Geoffroy de Villeherdouin (La conquête de Constantinople).

Clari no era más que un simple y pobre caballero del Amienois (La Picardía), vasallo de Pierre d'Amiens, pero muy piadoso. Cada uno narra los acontecimientos desde su situación. Clari, como soldado raso, narra lo que ve y conoce por las proclamas militares o informaciones de sus iguales; Villehardouin, como jefe enterado de los consejos militares. Nunca se adentra Clari en el plan de operaciones, ni en los consejos habidos entre los jefes; en cambio se explaya en la descripción de las riquezas que contempla y en particular de las reliquias que le impresionan. Ambas narraciones se complementan.

Pues bien, Villehardouin dice que la mañana siguiente al ataque nocturno, martes, 10 de abril, el marqués de Montferrato ocupó el Gran Palacio de Bucóleon con todos sus anejos: unas 500 moradas de mosaico dorado, 30 iglesias o capillas con innumerables y preciosísimas reliquias y muchísimas otras riquezas. Al mismo tiempo Henri de Hainauld, hermano del conde Balduino de Flandes, ocupaba el palacio de Blaquernas con sus 200 ó 300 moradas, todas de mosaico dorado, sus 20 iglesias o capillas y el monasterio de Sta. María; con un tesoro tan grande, dice Clari, que no se podía describir ni enumerar. Los demás jefes, habido consejo, ocuparon los otros palacios.

Ambos señores guarnecieron sus respectivas ocupaciones y pusieron bajo custodia sus tesoros. Así que estos quedaron libres del pillaje que se siguió después, sistemático y brutal, como hemos indicado anteriormente.

Lo normal es, pues, que la Síndone quedase intacta en Blaquernas, bajo el dominio de Hainauld; a no ser que algún griego la hubiera retirado a tiempo.

Una vez elegido Balduino de Flandes, emperador latino de Constantinopla, pasó a ocupar el Gran Palacio de Bucóleon, donde se hallaban las más insignes reliquias de la pasión. La Síndone pasaría, pues, secretamente a dicho palacio, entonces mismo o al cabo de un año cuando, capturado Balduino I frente a Adrianópolis el 14 de abril

de 1205, le sucedió en el trono Henri de Hainauld, su hermano, quien se trasladó a Bucóleon (Cfr. Dorothy Crispino, *Sindon,* n. 29, pp. 24-32).

La Síndone, pues, no había sido robada, sino retirada del culto público. La frase de Clari: «Nadie supo jamás, ni griego ni francés, qué fue de la Síndone cuando la ciudad fue tomada» no significa más que ya no apareció más en público, y que nadie de sus colegas supo darle razón de ella. Esto aparece claro por cuanto, en los años sucesivos, vuelve a hablarse de ella.

Efectivamente, en 1205, Nivelon de Chérisy, obispo de Soissons, a la vuelta de Constantinopla, donó a su sobrina Elvida, abadesa de Sta. María de Soissons, una reliquia de «Sindone munda» (de la Sábana limpia) (Cfr. Savio, o.c., p. 118).

Igualmente, el mismo año 1205, Konrad von Krosigk, obispo de Halberstadt, trajo de Oriente a su diócesis reliquias «de Syndone eiusdem (Domini) et de sudario» (de la Síndone del Señor y del sudario).

En ambos casos se trataba evidentemente de porciones pequeñas (Savio).

Hacia 1207, Nicolás Idruntino (de Otranto) en su tratado sobre los ácimos, habla del «scevofilacio» [22] (el tesoro) del Gran Palacio imperial, donde se guardaban las reliquias insignes del Salvador. Y añade haber visto allí con sus propios ojos, después del gran saqueo, dichas reliquias. Entre ellas hace mención expresa de los linos sepulcrales (Cfr. Savio, o.c., pp. 110-120; y *Sindon* n. 3, p. 30).

Asimismo, también en 1207, Nicolás Mesarites en su Epitaphion, recuerda «los lienzos y el sudario» (ai othóniai kai ta soudária); y afirma que por aquellas fechas estaban en Constantinopla (Cfr. Savio, o.c., p. 121).

También se habla de un fragmento de Síndone traído de Constantinopla por un tal Hugo, quien, siendo abad de S. Guillain, partió con los cruzados en 1202. Fue allí capellán de Sta. María de Bucóleon y canciller de la Romania desde 1205 a 1215. A su vuelta fue sencillo monje de Claraval. (Riant, Excuviae s. constant., II, 193).

Más aún, el mismo Robert de Clari, el cronista antes citado, trajo consigo de Constantinopla a Corbey reliquias «de Sudario Domini in duobus locis». Claro que por la palabra usada, podría tratarse del sudario y no de la Síndone. (Riant, o.c., II. 198; Sabio, o.c., p. 122).

En 1247, Balduino II cedía a S. Luis IX de Francia «parte del Sudario con el cual fue envuelto el cuerpo de Ntro. Sr. Jesucristo en el sepulcro» [23].

---

[22] El scevofilacio (skeuophylakéion), de las palabras skeúos (objeto de equipo, vasija, enseres, arma...) y phylátto (guardar, proteger) era el departamento de la iglesia o del palacio donde se custodiaban los vasos sagrados, reliquias insignes y demás objetos preciosos en general. Por esto lo traducimos por «el tesoro».

[23] He aquí el acta de donación de Balduino II a S. Luis, traducida del latín: St. Germain-en-Laye, 1247, mes de junio.

Balduino, por la gracia de Dios fidelísimo emperador en Cristo, coronado por Dios...

Esta sería una porción mucho mayor que las anteriores, ya que de ella se cortaron varios trocitos que fueron regalados a diferentes iglesias. En mayo de 1248, S. Luis regalaba uno, algo mayor de un cm^2, a la catedral de Toledo; en 1367 otro al abad y monasterio de Vizeliaco, y el 30 de diciembre de 1269 otro a Guide de la Tour, obispo de Clermont. (Sabio, o.c., pp. 123-124).

Que se trate de la Síndone y no del sudario aparece claro por las palabras «con el cual fue envuelto el cuerpo (del Señor)». Y más claramente todavía lo especifica el Rey santo en la carta escrita en 1248 al arzobispo y cabildo de Toledo al enviarles una partícula *«de Syndone* qua corpus eius (Domini Ntri. Jesuchristi) sepultum jacuit in sepulcro» (Cfr. nuestra comunicación al II Congreso Int. de Turín, 1978, p. 391).

En esta carta al cabildo de Toledo añade además S. Luis que su obsequio formaba parte «de venerandis et eximiis (reliquiis)... quae de tesauro Imperii Constantinopolitani suscepimus» (que era parte del lote de reliquias eximias recibidas del tesoro del Imperio de Constantinopla).

Según esto se diría que la Síndone ha sido mutilada. Efectivamente, el Dr. Vignon supone que anteriormente la sábana por su cara dorsal, era unos 35 cm. más larga. Supone que esta parte desaparecida había estado doblada, por detrás de los pies, sobre la parte delantera de las piernas en el sepulcro. A esta supuesta doblez atribuye él el que la parte inferior de las piernas, por su parte delantera, esté mucho más débilmente marcada en la tela. También Mns. Savio parece admitir esta idea al hablar de la sábana vista en Jerusalén por Arculfo, de que hablaremos más adelante, más larga que la Síndone actual.

No se suele, con todo, aceptar hoy esta teoría. Más bien se explica la debilitación de la imagen de la parte delantera inferior de las piernas porque el lienzo hacía de alguna manera puente entre la punta de los pies y éstas. Por lo demás, no aparece en la impronta frontal de las piernas ninguna línea definida donde comience bruscamente el debilitamiento de la imagen. Este es progresivo.

Más bien pensamos que todas estas reliquias mencionadas, incluso la entregada a S. Luis, serían los dos fragmentos que faltan en la sábana de Turín, uno en cada extremo de una franja de unos 8 cm. de ancho, que recorre el lado izquierdo de la Síndone. Hablaremos de ella en el capítulo próximo. Entre ambos fragmentos miden unos 52 cm. de largo por 8 de ancho.

Queremos hacer notorio a todo el mundo que (cedemos) a nuestro queridísimo amigo y consanguíneo Luis, ilustrísimo rey de Francia...

Una parte del Sudario en que fue envuelto el cuerpo de él (es decir, de Nr. Sr. Jesucristo) en el sepulcro...

En testimonio de lo cual y para perpetua seguridad hemos sellado el presente documento con nuestro sello imperial y lo hemos acreditado con nuestra bula áurea.

Dado en Saint-Germain-en Laye, el año del Señor de mil doscientos cuarenta y siete, mes de junio, año octavo de nuestro imperio». (Du Breul Jaques, *Le Théâtre des Antiquités de Paris,* libro 1.º Citado por Sabio en *Sindon,* n. 22, p. 26).

Efectivamente, por un inventario del 30 de agosto de 1740 (y por otros anteriores desde el siglo XIII al XVIII) consta que el relicario que contenía el fragmento de Síndone, guardado en la Sainte-Chapelle de París, tenía forma casi cuadrada, de unos 30 cm. de lado (algo más alto que ancho). Estaba dividido, interiormente, por dos planos rectangulares, en cuatro compartimientos iguales cubiertos de cristal. Esta disposición no dejaba mucho espacio para el o los fragmentos de tela. El P. De Gail *(Hist. relig....* p. 108) calcula que ésta sería una tira de algunos decímetros de largo por 8 cm. de ancho. Se conservaba el relicario dentro de la gran caja de bronce dorado que contenía el lote de reliquias recibidas de Balduino por S. Luis. Allí la vio el obispo de Mende, Guillaume Durand († 1296), como él mismo atestigua.

La Revolución Francesa de 1789 destruyó esta reliquia. Y también se han extraviado los pequeños fragmentos de la misma enviados a Toledo, Vizeliaco y Clermont; y los demás, enumerados anteriormente, traídos por diferentes personas directamente de Constantinopla. Por ello, no es posible confrontar su tejido con el de la Síndone de Turín, que constituiría un argumento de mutua autenticidad.

Consta, pues, que en 1247 la Síndone estaba todavía en Constantinopla en poder del emperador. Después desaparece todo rastro de ella hasta que sale a la luz en Lirey un siglo más tarde, en 1356.

Subrayemos también un dato interesante: entre las reliquias insignes de la pasión que se guardaban en el Gran Palacio imperial se distingue entre el sudario y la Síndone. Así lo hace el código Ottoboniano latino 169: «lintheamen et sudarium sepulturae eius» (el lienzo y el sudario de su sepultura). Lo mismo hace Nicolás Mesarites: «ai othóniai kai ta soudária» (los lienzos y los sudarios). Las telas, pues, de la sepultura de Cristo conservadas en Constantinopla, incluso después del gran saqueo de 1204, eran dos.

Solamente del obispo de Halberstadt, Konrad von Krosigk, consta que se trajera reliquias de ambos lienzos. Podría, pues, muy bien ser que el sudario fuera todo él dividido en pequeñas porciones para ser distribuidas por diferentes iglesias y monasterios (de hecho no se vuelve a hablar en adelante del sudario como contrapuesto a la sábana[24], mientras la Síndone sería conservada en su casi completa integridad.

---

[24] Algunos han supuesto que el sudario «que había estado sobre la cabeza» de Jesús (Jn 20.7) es la tela manchada de sangre, llamada «El Sto. Rostro» (de 84 × 53 cm.), que se conserva desde el siglo IX en la catedral de Oviedo, venida de Oriente, según se dice. Incluso alguno ha creído distinguir en ella los rasgos característicos de la faz del H. de la S., en duplicado simétrico, como si hubiera estado colocada, doblada por la mitad, sobre el rostro de su cadáver. Ya indicaremos más adelante que esto no se puede admitir por el oficio asignado al sudario. Pero, además, si el sudario estaba todavía en Constantinopla en el siglo XIII, en el tesoro del emperador, no puede ser la tela de Oviedo.

Expresamente, una lista de las reliquias «que se muestran en Constantinopla en la capilla imperial» de 1150, publicada por Riant, contiene el «sudario que había estado sobre la cabeza (del Señor)» *(Excuviae sacrae Constantinopolitanae,* Ginebra, 1876, II, p. 126 y 216-217).

B. Paso a Occidente

Pero ¿cómo pasó este lienzo de Constantinopla a manos de Godofredo de Charny?

Comencemos por recoger los pocos datos conservados sobre el caso.

Los Charny presentaban el lienzo como «un presente», «un botín de guerra» o como «recompensa por servicios de guerra». Godofredo II le llama, en el documento dirigido a Clemente VII, «un don gracioso» (liberaliter sibi oblatam). La hija de éste, Margarita de Charny, en la audiencia de Dôle, afirmó en 1443 que su abuelo, Godofredo I, había traído la Síndone «como botín de una expedición militar» («bello partum»). Uniendo los dos testimonios, podría decirse que la Síndone era «un presente recibido con ocasión de una expedición militar».

Por su parte, los canónigos de Lirey repetían, según noticias de N. Gamuzat («Répertoire des vestiges religieux du Diocèse de Troyes», 1610), haber oído decir a Godofredo I que la Síndone era «una conquista que él había hecho en la guerra contra los infieles». Los infieles eran entonces los mahometanos y especialmente los turcos.

Parece, pues, que se trataría de un don recibido graciosamente con ocasión de una campaña militar o como reconocimiento por servicios militares realizados contra los turcos.

Sobre estos datos levanta el P. de Gail su teoría.

Tomada Constantinopla por los cruzados en 1204 y constituida la Romania, sus enemigos, los búlgaros y los griegos, bien pronto redujeron los dominios del emperador latino a la ciudad de Constantinopla y poco más.

El año 1238 subió al trono Balduino II de Courtenay, de 21 años de edad. Viajó a Europa para tomar posesión de sus feudos personales de Namur, en Flandes, y de Courtenay, en Francia, y para mendigar por las cortes de Europa subsidios y tropas con que defender su imperio. Incluso empeñó la corona de espinas al convento del Pantocrátor, que estaba bajo dominio de los venecianos, y su condado de Namur a S. Luis, su tío, por 50.000 libras.

Durante su ausencia, el regente del imperio, Nargeaud de Toucy, vio cómo las dos riberas de los Dardanelos eran ocupadas por las tropas del emperador rival, Juan Vatatzés. Balduino tuvo noticias de ello en Francia el mismo año 1238.

Informado el rey S. Luis, se apresuró a desempeñar la «Santa Corona» de manos de los venecianos por la enorme suma de 200.000 libras de oro. Poco después, en abril de 1241, Balduino, que había vendido incluso el plomo de los tejados de su palacio y había entregado en fianza a su propio hijo, obtuvo de S. Luis que rescatara de sus prestamistas, los venecianos y los templarios de Siria, otras reliquias. Este es el origen del lote de reliquias que envió Balduino a S. Luis el año 1247, entre las cuales figuraba un fragmento de la Síndone.

La Sta. Sábana, estaba, pues, en Constantinopla, entre los tesoros imperiales en 1247. Si la hubiera empeñado antes, como hizo con tantas otras reliquias, sin duda S. Luis la hubiera rescatado, como hizo

con las otras. Fue después de 1247 cuando Balduino II, acosado siempre por la necesidad de dinero, debió empeñarla. Y menos mal que no la cortó en pedazos, para sacar más dinero.

A partir de 1248 S. Luis se enfrascó en la preparación de la VII cruzada, que absorbía todos sus recursos. Por cierto que en 1249 Balduino II, como súbdito del rey de Francia que era por su señorío de Courtenay y agradecido a los beneficios de él recibidos, estaba como un cruzado más al lado de S. Luis frente a Damieta, en Egipto.

Fracasada la cruzada, tuvo que pagar S. Luis su propio colosal rescate; y no volvió de Oriente hasta 1254. En todo este tiempo, pues, no estaba el rey en condiciones de rescatar reliquias con dinero.

El 26 de julio de 1261 huía Balduino de Constantinopla, incendiada por los griegos, con 3.000 latinos. Se dirigió a Negroponto (Eubea) posesión de los venecianos. Allí Otto de Circón le adelantó 15.000 perpes de oro a cambio, como caución, de una reliquia del brazo de S. Juan Bautista. De aquí pasó a Francia, donde todavía recibió de su tío, el rey, alguna ayuda para recuperar su imperio de los griegos. Pero ya no se habla de rescate de reliquia alguna. No parece, pues, que Balduino llevara consigo la Síndone en esa huida. La hubiera empeñado para sacar dinero. Ni se puede tampoco pensar que la dejara en Constantinopla o que la quisiera retener consigo.

Desde 1247 hasta 1356 no se sabe nada de ella. Es de suponer, pues, que la empeñó antes de 1261. ¿A quién?

Tanto el P. De Gail como Wilson, suponen que a los templarios, quienes ya antes le habían prestado dinero a cuenta de un fragmento de la cruz. Sus riquezas y agiotajes financieros son bien conocidos. Incluso llegaron a actuar a manera de banqueros haciendo fructificar el dinero que la gente ponía en sus manos para su custodia en sus fortalezas.

a) Hipótesis de Esmirna

La propone el P. De Gail en su *Histoire religieuse...* Su base es la Cruzada del Delfín, llamada así por ir mandada por el Delfín, Humberto II de Viennois, dirigida contra los turcos de Asia Menor, que atacaban las posesiones cristianas de allí.

Humberto, en expresión del P. De Gail, era «un hombre veleidoso, enormemente vanidoso, amigo del fausto y de títulos ilusorios, indeciso y desprovisto del sentido de la realidad; tan incapaz de gobernar sus estados como de conducir un ejército». Por esto los auténticos dirigentes de la expedición eran el mariscal Boucicaut, Philippe de Mézièrs y Godofredo de Charny.

La escuadra partió de Marsella el 2 de septiembre de 1345 y fue a invernar a Negroponto (Eubea), justamente a la altura de Esmirna.

Hacia el 24 de junio de 1346 tuvo lugar la única acción militar de la expedición junto a Esmirna, plaza fuerte sobre la costa más occi-

dental de Anatolia y confiada, hacía tres años, a los hospitalarios[25].

El combate fue sangriento e indeciso, y de resultados bastante negativos.

Durante esta expedición relámpago, supone el P. De Gail que Godofredo vino a hacerse con la Síndone, procedente de los hospitalarios, sea en Chipre[26], en Rodas o más probablemente en Esmirna. Se la habrían entregado por algún servicio militar insigne. Sólo así, subraya el P. De Gail, se la puede llamar con verdad «un don gracioso», «botín de guerra alcanzado en una expedición militar», «una conquista hecha en la guerra contra los infieles».

Godofredo se volvió inmediatamente a Francia después de la batalla de Esmirna, sea decepcionado por la ineptitud del comandante general, el delfín, y la consiguiente falta de cohesión entre los diferentes jefes subalternos, sea tal vez por el tesoro que había en ella conseguido, la Síndone, que le convenía ocultar. El hecho es que a principios de agosto del mismo año 1346 se le encuentra ya en el sitio de Aiguillon, a 50 km. de Agen. Un mes le habría bastado para hacer la travesía de Asia Menor a Francia, si son exactas las dos fechas indicadas por los historiadores[27].

Esto explicaría en parte el hecho de que no se mostrara públicamente la Sta. Sábana en Lirey sino hasta 1356, o lo más pronto 1355, precisamente el año en que murió el singular arzobispo de Reims, que había sido Humberto II de Viennois, el Delfín, que había mandado la cruzada[28]. Tal vez había habido alguna rivalidad entre los dos jefes sobre la posesión de la Reliquia, o temió Godofredo alguna reivindicación sobre su propiedad por parte de su antiguo ambicioso jefe.

---

[25] Los Hospitalarios de S. Juan de Jerusalén o Sanjuanistas, llamados también Caballeros de Rodas desde que conquistaron esta isla a los bizantinos en 1308, habían recibido los establecimientos y la misión religioso-militar de los templarios al ser éstos disueltos por Clemente V en 1314.

[26] Es muy problemática la estancia de la Síndone en Chipre. La palinología parece excluirla, ya que no se ha hallado sobre ella ningún granito de polen típico de esta isla, como subraya el criminólogo Max Frei. En el capítulo próximo tocaremos este punto.

[27] Philippe de Maizières, uno de los jefes de la expedición, nombra a Charny entre los vencedores de los turcos en la batalla de Esmirna del 24 de junio, y Pierre de Guibours (llamado «el P. Anselmo») le cita entre los combatientes frente a Aiguillon, a principios de agosto del mismo año.

[28] Humberto II de Viennois, el Delfín, asaltado a la vuelta de la expedición por los genoveses de Chios, perdió sus bajeles y tren de guerra y se refugió en Rodas. Llegó a sus estados, el Delfinado, en otoño de 1347. Pero, afligido por la muerte de su hijo único y la de su esposa, acaecida durante la expedición, enfermo y necesitado de dinero, licenció sus tropas y vendió sus estados al rey de Francia, Felipe VI de Valois, bajo la condición de que, en adelante, el heredero al trono francés había de llevar el título de «Delfín», título propio de los príncipes del Viennois, quienes llevaban en la cimera de su yelmo o en su escudo, como emblema, la figura de ese cetáceo.

El mismo año de 1349, Humberto entró en la orden de Sto. Domingo, en Lyón. Sin mayor mérito de su parte, fue nombrado sucesivamente patriarca de Alejandría en 1351 y arzobispo de Reims en 1352. Murió el 22 de mayo de 1355 en Clermont, mientras se dirigía a Aviñón para solicitar del papa el arzobispado de París.

Cómo y por qué los hospitalarios se habrían desprendido de una reliquia tan insigne, lo ignoramos por completo.

Una dificultad, además, encierra esta hipótesis. La primera petición de Godofredo al papa para erigir la colegiata de Lirey está fechada el 16 de abril de 1349. De ella parece desprenderse que por entonces todavía no poseía la Sta. Sábana, como hemos indicado más arriba. La segunda petición al papa data del 30 de enero de 1354, de la que parece deducirse que ya la poseía. Ahora bien, la expedición a Oriente tuvo lugar desde septiembre de 1345 a junio de 1346, antes, por tanto, de la primera petición hecha al papa por Godofredo.

Otra dificultad es que, cuando llegó allí la cruzada, sólo hacía tres años que Esmirna estaba en poder de los hospitalarios. La habían recuperado de los turcos en 1343. A no ser que la Síndone hubiera caído en poder de los turcos cuando éstos conquistaron la ciudad por primera vez y la hubieran conservado intacta (cosa inverosímil) y hubiera sido rescatada por los hospitalarios al recuperar la ciudad...

También se hace difícil creer que al trasladar los templarios, sus anteriores poseedores, de Chipre a Francia a principios de 1307, todos sus tesoros, no se llevaran consigo la Síndone.

Todavía otra dificultad. En está hipótesis no se explica el persistente y tenaz secreto mantenido por los Charny sobre el origen de la Síndone, una vez desaparecido Humberto de Viennois. No se ve razón para ello.

b) Hipótesis de los templarios

La expone el historiador Ian Wilson en su obra: *The Shroud of Turin, the burial cloth of Jesus Christ?* (cap. 19). Un resumen lo publicó el mismo Wilson en el *País semanal,* Madrid, 3, dic., 1978.

Al preguntarse sobre quién pudo ser el prestamista que recibiera empeñada la Síndone de manos de Balduino II, responde Wilson que «las mayores sospechas recaen sobre la orden de los templarios», conocidos, como hemos indicado ya anteriormente, por sus operaciones financieras y por su trato de reliquias durante el siglo XIII.

Hasta 1291 los grandes tesoros de los templarios estuvieron guardados en S. Juan de Acre, en la gigantesca fortaleza que se adentraba hacia el mar, cuyas ruinas impresionan todavía hoy. Cuando cayó esta ciudad, el cuartel general de la orden, con sus tesoros, se trasladó a Chipre. Pero no llegó a establecerse allí. Tenían los ojos puestos en Francia; y así al poco tiempo, se trasladaron a Marsella y de allí a París, estableciendo su cuartel general en Villeneuve-du-Temple, inmenso conjunto fortificado frente al palacio real.

Estas riquezas y el gran poder que tenían los templarios excitaron las apetencias y recelos del rey de Francia, Felipe IV el Hermoso, quien decidió exigir del papa su disolución. Ya el año 1305 había hablado el rey al recién elegido Clemente V en este sentido.

Dando oídos a las acusaciones de un tal Esquiu de Froylan, que ya habían sido rechazadas por Jaime II de Aragón, en Lérida, y de otros

traidores salidos o expulsados de la orden, formó el rey todo un voluminoso proceso contra los templarios. Incluso procuró la entrada en ellos de dos espías para poder después delatarles.

Les acusaba de los más graves crímenes contra la religión y de las acciones más nefandas contra naturaleza, presentándose siempre a sí mismo como celador de la religión. Incluso llegó a acusar al papa de negligencia en el cumplimiento de su cargo por no hacer justicia contra los templarios.

El papa ordenó iniciar una averiguación, pedida también por el gran maestre de la orden, para esclarecer los hechos. Pero sin esperar el resultado de ella y sin avisar al papa, de improviso, la mañana del 13 de octubre de 1307, con un golpe de mano, el rey arrestó a los 2.000 templarios que había en Francia, difamándoles a la vez ante el pueblo para justificar su acción. El papa se le quejó amargamente de este hecho.

A fuerza de horribles torturas —varios templarios perdieron la vida en ellas— les forzó a aceptar su culpabilidad.

Resistíase el papa a las presiones del rey y de sus áulicos; pero dada su debilidad de carácter y amenazado por el rey con la renovación del escandaloso proceso contra Bonifacio VIII, cedió al fin y disolvió a los templarios el 3 de abril de 1312, pero sin querer condenarlos jurídicamente.

Recordemos que Clemente V residía en Aviñón.

Acusábase en particular a los templarios de que en sus reuniones secretas adoraban una misteriosa efigie masculina, barbada, de tamaño natural: un ídolo llamado Bafomet o Mohamet.

Jamás se encontró el original del *ídolo*[29].

Pero en 1951 apareció en Templecombe (Somerset, Inglaterra), durante la demolición de una dependencia, donde había existido un preceptorio templario, un curioso panel cubierto de polvo de carbón, en el cual se veía claramente la efigie de un hombre con barba. Se conserva dicho panel en la iglesia de Sta. María, en Templecombe, con el color algo desvaído por la limpieza que de él hizo el vicario en su bañera, antes de darse cuenta de la importancia que podía tener aquel hallazgo.

«El parecido con el rostro de la Síndone es inconfundible» dice Wilson, y toda la imagen recuerda lo que se describía en el proceso contra los templarios. «Si la Síndone fue el *ídolo* de los templarios, tendríamos una pista» sobre su llegada a Europa.

El 12 de marzo de 1314 eran quemados súbitamente por orden del rey, en París, dos de los más altos dignatarios de la orden por haber proclamado públicamente su inocencia y reprocharse a sí mismos el haber hecho falsas confesiones de culpabilidad y haber traicionado a

---

[29] Modernamente se ha podido hacer luz sobre este repugnante y cruelísimo proceso. El P. García Villoslada, S.I. en la *Historia de la Iglesia* (BAC, Madrid, 1960, vol. III, pp. 34-53) trae un completo y claro resumen del mismo, reivindicando al fin plenamente la inocencia de la Orden como tal.

una orden ciertamente santa. Uno de ellos era el gran maestre de la orden, Jacques de Molay, el otro, visitador de Normandía, Geoffroy de Charnay (o Charney).

¿Eran parientes este G. de Charnay y nuestro G. de Charny? En ausencia de toda prueba genealógica, sólo podemos suponerlo. Por las fechas podrían ser tío y sobrino. La pequeña diferencia en el apellido no cuenta para aquellos tiempos. Los nombres no estaban estandardizados como hoy, y a ambos Charny se les llama de diferentes formas. Hay, por lo demás, varias familias en Francia que llevan el nombre de Charny sin que tengan relación con el Señor de Lirey.

¿Puede ser éste el camino por el cual la Síndone llegó a manos de Godofredo I de Charny? Los templarios, al ver la tormenta que se les echaba encima, bien pudieron depositarla en las manos de los familiares de uno de sus jefes mayores.

Si fuera éste el camino seguido por la Síndone, se explicaría perfectamente el tenaz silencio de los Charny de Lirey sobre el origen de su reliquia y la plena convicción que tenían de su autenticidad. Se explicaría también que el antipapa Clemente VII, conocedor, sin duda del hecho, se pusiera tan decididamente de parte de Godofredo II y en contra del obispo de Troyes, hasta imponerle silencio bajo pena de excomunión.

No sólo Godofredo II tenía graves motivos para disimular sus relaciones de familia con los templarios, sino que también para Clemente VII entrañaba el asunto un grave problema que podría hacer vacilar los fundamentos del papado de Aviñón. Recordemos que fue Clemente V, el primer papa (auténtico) que estableció su residencia en Aviñón, quien había jugado un papel decisivo en la extinción de los templarios bajo la presión del rey de Francia en 1312. En 1389, cuando tuvo lugar la demanda de Pierre d'Arcis, se ejercían muy fuertes presiones en todo el mundo cristiano para que el papado de Aviñón se fundiera con el de Roma, donde estaba instalado el otro papa, Bonifacio IX, reconocido como tal casi en todas partes, menos en Francia. Si en este país se llegaba a saber que el *ídolo* de los templarios, lejos de ser un demonio musulmán, había sido la mortaja de Cristo, las pasiones que había desencadenado aquel proceso, se inflamarían de nuevo, y sería la autoridad de Clemente VII la que recibiría los golpes, con peligro de su deposición. «Esto, naturalmente, no lo podía saber Pierre d'Arcis. Se comprende, pues, perfectamente la reacción de este prelado concienzudo y de gran inteligencia, delante de lo que le debió parecer un fraude ultrajante y un comportamiento escandaloso» (Wilson).

Así se explicaría «la conducta, de otra manera inexplicable, de Clemente VII delante de una demanda grave, hecha por un obispo leal y de una reputación sólidamente establecida»... «Los hechos que d'Arcis aducía eran absolutamente exactos» (Wilson).

La lástima es que todo este episodio haya dado pie a tachar de sospechosa la autenticidad de la Síndone.

A esta hipótesis le cuadran las frases de los Charny de que la Síndone era un «presente», un «don gracioso». Pero no las otras expre-

siones de «botín de guerra», «conquista en una expedición militar contra los infieles».

Contra esta hipótesis está también el hecho de que la Sta. Sábana no parece haber estado en Chipre. Al menos no lleva encima polen típico de aquella isla, como hemos indicado ya. Pero el hecho de que los tesoros de los templarios estuvieran tan poco tiempo en Chipre, quita fuerza a esta dificultad. El poco tiempo que estuvo en Chipre pudo permanecer encerrada la Síndone en su estuche.

También sorprende que ni en S. Juan de Acre ni en París se le diera veneración pública. Pero la manera como la habían adquirido los templarios tal vez explique también esta anomalía.

Por último, el inconveniente indicado contra la anterior hipótesis: que, cuando Godofredo I pidió licencia al papa por primera vez (1349) para erigir la colegiata de Lirey parece que no poseía todavía la Síndone, afecta también a esta otra. Geoffroy de Charnay fue quemado en 1314.

Como se ve, pues, el asunto queda en la penumbra. Sólo podemos aducir indicios.

c) Hipótesis de Besanzón

Otra hipótesis, que ha gozado de gran predicamento, emitida por Dom Chamard, supone que Othon de la Roche, uno de los Jefes de la IV Cruzada, fue quien se instaló en la parte del palacio de Blaquernes, que encerraba el monasterio de Sta. María, al conquistar los cruzados la ciudad en 1204 y logró que éste no fuera saqueado. El se habría apropiado la Reliquia y la habría enviado a su padre, Ponce de la Roche, a Francia en 1206. Este la habría regalado el año 1208 al arzobispo de Besanzón, Amédée de Tramelay.

En la catedral, pues, de S. Esteban de Besanzón habría permanecido, escondida u olvidada, la Síndone durante casi siglo y medio. Hasta que, en una noche de tormenta de 1349, un rayo alcanzó la catedral y produjo un incendio que la redujo a pavesas. Después de él no se pudo hallar entre los escombros ni rastro de la Reliquia ni de su estuche. Alguien la había cogido y escondido.

A este incendio atribuyen los defensores de esta tesis una serie de pequeñas quemaduras visibles en la sábana (distintas de las debidas al incendio de Chambéry de 1532) producidas, tal vez, por la caída sobre sus pliegues de gotas metálicas incandescentes. Wilson, en cambio, supone, por su forma, que estas quemaduras fueron hechas con un hierro candente, como diremos en su lugar. Se supone que el ladrón que la había robado, sea movido por los remordimientos, sea por congraciarse con el rey, la habría ofrecido a Felipe VI de Valois, sacando antes, precipitadamente, una copia pictórica de la misma, que habría escondido en un rincón oscuro de la catedral restaurada, donde casi dos siglos más tarde, hacia 1523 la habrían encontrado los canónigos y habrían empezado a darle el culto público de que hemos hablado más arriba.

El rey Felipe, el mismo año del incendio de la catedral de Besanzón (1349) habría regalado a Godofredo de Charny la Sábana como recompensa por su valor militar, ya que la noche del 31 de diciembre de 1349 al primero de enero de 1350 Godofredo caía prisionero de los ingleses en Calais, y el rey moría el 23 de agosto del mismo año 1350. Godofredo no fue rescatado de los ingleses hasta julio de 1351.

Se aducen algunos documentos en apoyo de esta tesis [30].

---

[30] El P. de Gail en su *Histoire...* los analiza a fondo y los desmenuza, apoyado en los testimonios del P. Jules Gauthier, archivero de Besanzón, y en los de M. Gazier, conservador de la biblioteca de Besanzón. Este último, que se dedicó con ahínco a la investigación del asunto, escribió al Dr. Vignon el 24 de diciembre de 1932: «Si una reliquia de tal categoría hubiera existido en Besanzón durante el siglo XIII, ¿cómo se explicaría el silencio de todos los inventarios, cuando mencionan con insistencia el brazo de S. Esteban, lo mismo que las reliquias de S. Epifanio y de otros santos conservadas en la catedral? ¿Cómo se explicaría igualmente el hecho de que no haya habido jamás cuestión, antes de 1523, de un sudario de Cristo en las deliberaciones de nuestros capitulares?» (Vignon, *Le Saint Suaire...* p. 106).

Y por su parte, el archivero J. Gauthier, en una conferencia tenida en la Académie des Sciences, Belles Lettres et Ars de Besançon, de la que era miembro, se expresó así: Yo constato «solamente que la primera mención del santo sudario encontrada en la serie tan completa de los registros del capítulo metropolitano (de Besanzón) lo presentan expresamente como un objeto para ser mostrado al pueblo durante la celebración del Misterio de la Resurrección, cuya representación se restableció en S. Esteban (la catedral de Besanzón) después de un tiempo de abandono» (Conferencia del 15 de marzo de 1883, publicada en el Boletín de dicha sociedad, citada por de Gail).

Cfr. también, M. D. Fusina, *Sindon,* n. 24, p. 38.

Parece, concluye de Gail, que había existido en Besanzón, en el siglo XIII, un paño manejable por una sola persona (por tanto como de medio metro por metro y medio), que se usaba en la representación del «Misterio Pascual». Al decir uno de los personajes: «He visto ángeles que la han testificado (la resurrección) he visto el sudario y los lienzos», otros dos mostraban al pueblo, uno el lienzo que llevaba en las manos y otro un vaso de perfumes. El lienzo, pues, del Misterio Pascual era una tela ordinaria, usada con un fin simbólico y desprovista, al parecer, de toda pintura.

La representación del Misterio Pascual cayó en desuso. Pero dos siglos y medio más tarde, hacia 1523, se quiso reemprender. Entonces apareció la conocida pintura, copia del lienzo de Chambéry.

La llegada de esta pintura a Besanzón y su ostensión en el restablecido «Misterio Pascual» fue sin duda el principio de la gran veneración que se le llegó a profesar, pasando poco a poco de simple pintura a ser considerada como auténtica reliquia de la pasión (cfr. *Histoire religieuse...* cap. V, pp. 167 a 226).

Con todo, últimamente se ha encontrado una copia de una carta fechada en Roma el 1 de agosto de 1205 y escrita por Teodoro Angel-Comneno, hermano del primer déspota de Epiro, Miguel, y nietos ambos de Isaac II Angel-Comneno, emperador de Bizancio cuando la ciudad fue saqueada por los cruzados. Va dirigida al papa Inocencio III. Después de lamentar el saqueo de Constantinopla en abril del año anterior, pide al papa que intervenga para que las reliquias robadas les sean devueltas, aunque se queden los tesoros de oro, plata y marfil.

Afirma que les consta que las reliquias se conservan en Venecia, en Francia y en otras partes adonde las llevaron los saqueadores; pero «la más sagrada entre ellas, es decir, la Santa Sábana con que fue envuelto, después de

Pero, por encima de ellos, en tiempos de Felipe VI de Valois, Godofredo no era todavía aquel prestigioso militar, «Caballero de la Estrella», «Portaoriflama de Francia», que llegó a ser en tiempos de Juan el Bueno. No se ve, por tanto, por qué el rey había de desprenderse de reliquia tan valiosa para obsequiar a Godofredo. Y con tanta rapidez.

Ni es concebible tampoco que los canónigos de Besanzón tuvieran escondida una reliquia tan insigne durante más de siglo y medio. Sabemos que los cruzados, a su vuelta de Oriente, se gloriaban de las reliquias que traían como botín de guerra, y las expusieron a la pública veneración en sus iglesias.

Tampoco es concebible que Besanzón no reclamara la reliquia de Lirey, población tan cercana, o por lo menos no diera muestras de queja por el robo, cuando tan poco tiempo después del incendio (1349), apareció aquélla a la pública veneración en Lirey (lo más tarde en 1356).

Esto, aparte de los testimonios que hemos aducido antes, que certifican la permanencia del lienzo en Constantinopla por los años 1207, 1215 y 1247, y que en consecuencia quitan la base en que se funda la teoría de Besanzón.

Prescindimos de otras hipótesis, insinuadas por algunos autores por parecernos menos fundadas todavía.

6. SIGLOS XI AL III

Vamos a proseguir en nuestra labor de profundizar en los estratos del tiempo. No es fácil la tarea, pues los primeros siglos están, natu-

---

muerto y antes de la resurrección, nuestro Señor Jesucristo... se conserva en Atenas» de donde era duque Othon de la Roche, uno de los jefes cruzados.

El texto original de esta carta formaba parte del «Chartularium Culisanense», es decir, del código diplomático de la Orden Constantiniana Angélica Originaria, bajo el título de Santa Sabiduría o de Santa Sofía, constituida el 22 de junio de 1290 en Giannina por el déspota de Epiro, Nicéforo I Angel-Comneno.

El Chartularium fue destruido en 1943 por accidentes de la guerra; pero tenemos testimonios de su existencia en el Archivo de Estado de Nápoles (fondo Orden Constantiniano, fs. 56, inc. 90 ter, fol. 217-218 r) y por las publicaciones de diferentes autores.

Esta carta había sido copiada por el famoso humanista Mns. Benedetto d'Aquisto, arzobispo de Monreale (Italia) y Gran Canciller de la Orden Constantiniana de Santa Sofía, quien estampó su firma al pie de la copia: «Vidit Benedetto d'Aquisto».

Copia de algunos folios del Chartularium Culisanense se halla ahora en el Archivo Eclesiástico de Santa Catalina en Formiello, monasterio que mantenía relaciones con la familia despotal de Epiro, los príncipes Angelo-Comneno. Allí ha hallado esta carta Dn. Pasquale Rinaldi, catedrático de instituto de la ciudad de Nápoles. Pueden verse más detalles en las *Actas* del II Convegno Nazionale di Sindonología de Bolonia, pp. 109 ss.

Esta carta puede replantear el problema de cómo pasó a Occidente la Síndone; pero se requieren más estudios sobre el particular. Por esto no modificamos lo escrito en el texto.

ralmente, cada vez más desprovistos de documentos. No dejan con todo de hallarse vestigios que nos permiten seguir, aunque de lejos y a grandes saltos, la existencia y la trayectoria de la Sábana Santa.

A. Referencias históricas concretas

Habíamos descendido en los estratos de la historia hasta el año 1092. Los testimonios anteriores parecen situar la Síndone en Jerusalén.

En efecto, por cierta expresión que se lee en «La Chanson de voyage de Charlemagne» deduce el Dr. Vignon que es muy posible que hacia el año 1075 estuviera todavía en Jerusalén el «sudario Jesu que il ont en sun chief».

Otro dato sumamente interesante podría corroborar esta hipótesis. El profesor Aldo Marastoni, catedrático de la Universidad Católica de Milán y especialista en literaturas antiguas, ha descubierto en la Síndone una inscripción latina del siglo XI. Dice así *(Sindon* 29, p. 12):

«Recorriendo la foto de Enrie del conjunto de la Sábana en su negativo fotográfico, impronta facial, a la altura de la rodilla derecha, se distinguen las dos líneas, horizontal y vertical, de una cruz delineada a pluma con dos simples trazos de los cuales el horizontal es más largo que el vertical. En los dos cuadrantes de la derecha, el superior y el inferior, se leen respectivamente las palabras SNCT ISSIE y IESY escritas en minúsculas del siglo XI». Trátase, sin duda, dice, de los restos de una invocación devota, SANCTISSIME IESU, debida al culto medieval de la Reliquia.

No parece que esta inscripción fuera escrita sobre la Síndone estando ésta ya en Constantinopla, donde sólo se hablaba griego. Más verosímil parece que lo fuera en Jerusalén, donde al menos existía la afluencia de peregrinos latinos. Si esto fuera así, habríamos de decir que durante el siglo XI la Síndone estuvo en Jerusalén.

Expresamente Epifanio, monje agiopolita, en su «Descripción de la Siria, de la Ciudad Santa y de los Lugares Santos que en ella existen» afirma que en la basílica constantiniana levantada sobre el Gólgota y el Sto. Sepulcro, están guardadas las reliquias insignes de la pasión de Cristo. Y entre ellas enumera la Síndone.

Parece que Epifanio vivió en los primeros lustros del siglo XI. Podemos, pues, concluir con cierta seguridad que todas aquellas reliquias fueron trasladadas a Constantinopla en la segunda mitad del siglo XI.

A finales del siglo X Juan el Geómetra, sacerdote de Constantinopla, habla explícitamente de la imagen de Cristo marcada en la Síndone. Pero no dice dónde ésta se hallaba. Parece que si, por entonces, hubiera estado ya en Constantinopla, no hubiera dejado de anotarlo un habitante de esta ciudad.

Un siglo antes (s. IX), Jorge metropolita de Nicomedia, en la peroración de un sermón predicado en el «grande y santo día de la Parasceve», va delineando un vívido cuadro de la crucifixión de Jesús y de su sepultura, evocando la cruz, los clavos, la caña, la esponja, la coro-

na de espinas, la lanza, los lienzos sepulcrales, la Síndone, el sepulcro y la piedra puesta a su entrada.

Su manera de expresarse y el hecho de poner en la misma línea el sepulcro y las demás reliquias parece indicar que todos aquellos objetos se hallaban allí, en la iglesia en que él predicaba, en Jerusalén.

Tiene especial importancia este testimonio por la mención especial que hace el predicador de los lienzos sepulcrales de Jesús: «Beso tus lienzos sepulcrales, dice, ... beso la veneranda Síndone».

Hacia el año 808, el «Commemoratorium de Casis Dei vel Monasteriis» recuerda que en Jerusalén prestaban servicios dos presbíteros y un diácono «ad sanctam crucem et sudarium», es decir, en la iglesia donde se conservaban la cruz y el sudario, o sea en la iglesia del Sto. Sepulcro.

Pocos años antes, S. Juan Damasceno († 749) hace una lista de cosas y lugares santificados por la presencia de Dios o de Jesús, que veneraban los fieles de su tiempo como recibidas de los Apóstoles: «el monte Sinaí y Nazaret, el pesebre de Belén y la cueva, el Gólgota santo, el leño de la cruz, los clavos, la esponja, la caña, la lanza sagrada portadora de salvación, el vestido, la túnica, *los lienzos sepulcrales* (tous syndónos), *las vendas* (ta spárgana), el santo sepulcro fuente de nuestra resurrección, la piedra del sepulcro, el monte santo de Sión y el de los Olivos, la probática piscina, el dichoso recinto de Getsemaní». Todos son objetos o lugares *presentes* y venerados entonces por la tradición recibida de los Apóstoles (cfr. Savio, *Ricerche...).*

La opinión corriente de entonces tenía, pues, como hecho conocido la identificación y veneración de todos esos lugares y objetos existentes entre ellos.

A la Iglesia occidental le llegó, sin duda, la noticia de la conservación en Oriente de la Síndone por medio de los peregrinos. El primer testimonio con que tropezamos en esta nuestra excavación en busca de los orígenes es del papa S. Esteban III (año 769). En efecto, M. Creen O.S.B. cita un sermón, conocido como de este pontífice, que contiene las siguientes frases: «Extendió (José de Arimatea?) toda su persona sobre una tela blanca como la nieve, sobre la cual la gloriosa imagen del Salvador, cara y persona entera en toda su longitud, fue de tal manera impresa divinamente, que a cuantos no habían podido ver a Ntro. Señor corporalmente, les era suficiente ver la reproducción sobre la tela» [31].

Aparece claramente en este testimonio que su autor conocía la existencia de la Síndone con las improntas del Señor, pero no la había visto. La figura negativa de la misma no suple, ni mucho menos, a la visión directa de la persona, aunque sí da una idea imperfecta de ella.

---

[31] M. Green, O.S.B., «Enshrouded in silence». *The Ampleforth Journal,* otoño 1919, Ampleforth Abbey, York, 333, citado por Fusina, *Sindon,* 25, p. 38.

Las citas de los demás autores antiguos, griegos o latinos, pueden verse en Savio, *Ricerche...* si no advertimos lo contrario. Los omitimos por no recargar el texto de citas.

De un siglo antes tenemos el testimonio de Arculfo de Perigueux. Este obispo franco, venido de Dordoña a Palestina hacia el año 670, permaneció en Jerusalén nueve meses recorriendo cada día los Santos Lugares. A su vuelta, naufragó junto a las costas occidentales de Bretaña. Y después de muchas peripecias, llegó a la pequeña isla de Jona (Hy) de las costas de Escocia. Allí fue acogido por el abad del monasterio benedictino de S. Columbano, de nombre Adamnano. Este, bajo el dictado de Arculfo, puso cuidadosamente por escrito todo el relato del peregrino en su *Arculfi relatio de Locis Sanctis.* (Savio, *Ric.* 70 y 180).

Pues bien, Arculfo afirma haber visto y besado, junto con la multitud de los fieles, en Jerusalén el sudario «que había sido puesto sobre su cabeza en el sepulcro». Dice que lo vio «de pie»; y le atribuye la dimensión de casi ocho pies de altura, es decir de unos 2,50 m. Esta medida patentiza que se trataba de la Síndone y no del sudario.

Sabido es, como indicamos antes, que la Síndone se mostraba al pueblo doblada por la mitad sobre una vara horizontal, de manera que quedaba de pie por delante la figura frontal y por detrás la dorsal de la sábana. Se veneraba sólo la parte frontal. La medida, pues, señalada por Arculfo, tomada (suponemos) a ojo, correspondería prácticamente a la mitad de la Síndone de Turín, que mide 4,32 m. de largo (Savio o.c. p., 121). Ya hablamos anteriormente de esta suposición.

Arculfo no dice nada de las improntas. Pero el hecho de afirmar que lo vio «de pie» parece indicar suficientemente que las tenía.

No obstante el historiador Wilson, conforme a su teoría que identifica la Síndone con el Mandylion de Edesa, de que hablaremos en seguida, cree que lo que Arculfo contempló era una de tantas «sábanas limpias», veneradas por los fieles por haber sido aplicadas a la auténtica.

Un poco raro parece que en Jerusalén, cuando era conocida la existencia de la Síndone *auténtica,* se expusiera a la veneración pública una sábana falsa y *se la confundiera* con la auténtica. Y más raro es aún, que el mismo Arculfo se entretenga en contar con detalle una prueba al fuego a que, según él, fue sometida dicha sábana por el califa musulmán que imperaba entonces en Jerusalén. Señal que él y toda la ciudad la tenían por la auténtica. Más adelante desarrollaremos un poco este punto.

Ciertamente complica la cosa, como anota de Gail, el hecho de que por este tiempo, y aun mucho después, se llamara «sudario del Señor» a piezas muy diversas: unas enteras, otras fragmentarias; una la auténtica sábana mortuoria de Jesús, otras otros lienzos que pudieran haber estado en la tumba; otras, en fin, telas simplemente bendecidas o facsímiles de la auténtica y tocadas a ella.

Otro obispo, esta vez español, S. Braulio de Zaragoza, muerto en el 651, nos da otro testimonio, aunque indirecto, de la existencia de la Síndone en su tiempo.

Era S. Braulio uno de los hombres más eruditos, de más prestigio y mejor relacionado de su tiempo en España. Conservamos una colección de 44 cartas suyas.

Pues bien, en la carta 42, contestando a unas consultas que le había hecho un tal Tajo, abad (que poco después le iba a suceder en la sede zaragozana) sobre si al resucitar recobraremos toda nuestra propia sangre, trae a colación las reliquias con sangre de Cristo, que no fue asumida por El al resucitar su cuerpo, ni al subir al cielo. Y continúa: «Así, aquella columna manchada (de sangre) que el insigne S. Jerónimo, presbítero, y otros dicen y han escrito haber visto en Jerusalén, que más bien hemos de considerar como testimonio de la pasión divina (del Señor), que rechazar el testimonio de piedad, puesto que, al estilo de nuestros mayores, ya esto lo tenemos aceptado. Pues en aquel tiempo pudieron suceder muchas cosas que no quedaron escritas, como (sucede) con los lienzos y sudario que envolvió el cuerpo del Señor. Se lee que fue encontrado y no que fuera conservado. Pero *no creo que los Apóstoles descuidasen conservar* (aquellas) *reliquias para los tiempos futuros*»[32].

De que S. Braulio conociese la existencia de dichos lienzos impresos por el cuerpo del Señor resurgente, parece no puede dudarse, ya que él usaba la liturgia hispánica o mozárabe, que habla de tales lienzos.

En efecto, la liturgia hispánica, usada en la España visigótica y musulmana (que se desarrolló y completó en los siglos VI-VII, pero cuyas fórmulas de oración se remontan probablemente al siglo V), en la misa del día ferial 3.º de Pascua, cuando se les quitaban los vestidos blancos a los recién bautizados, en la oración que acompaña al Padrenuestro, se lee: «Acercándonos con paso acelerado al terrible trono del altar, Padre omnipotente, y besando con lágrimas los *vestigios del Cordero Viviente,* ofrecemos dones de ungüentos y llantos. Te pedimos, pues, Dios purísimo, que sean lavados los pecados de todos con las lágrimas de la penitencia y se consoliden los huesos del cuerpo de la Iglesia con el ungüento del perdón».

Sin duda esta oración hace referencia al cuadro del sepulcro. De lo contrario no se explicaría cómo los fieles podían besar los *vestigios del Cordero Viviente.* Ni se comprendería tampoco la oferta de ungüentos, con la oración al Padre, para que tales ungüentos «consoliden los huesos del cuerpo (místico) de la Iglesia». Los fieles, pues, besaban en espíritu *los vestigios dejados por Cristo, al resucitar, en los lienzos del sepulcro.* Pero no parece suficiente, a nuestro entender, pensar que se refiera sólo a la posición de los lienzos en el sepulcro vacío, que hizo pensar a S. Juan en la resurrección; se refiere, sin duda, a las improntas dejadas por Jesús sobre dichos lienzos.

En otro pasaje de la misma liturgia aparece todavía más claro el conocimiento que tenían aquellos cristianos de la existencia en Oriente de los lienzos sepulcrales de Cristo, marcados con sus huellas. En la misa del sábado antes de la octava de Pascua, se nos presenta a

---

[32] Enrique Flórez y Manuel Risco, *España Sagrada* t. XXX, carta 48, 2.ª edic. Madrid 1859, p. 381; Migne. P. L., 80, 688-689.

«Pedro que corre con Juan al sepulcro y ve en los lienzos *los recientes vestigios del difunto resucitado*»[33].

S. Leandro de Sevilla († hacia el 600) retocó y amplió las fórmulas de esta liturgia con anterioridad al III Concilio de Toledo (a. 589).

Pues bien, él había estado y vivido un tiempo en Constantinopla, enviado por Hermenegildo, en demanda de auxilio, cuando éste fue atacado con las armas por su padre Leovigildo, arriano, por haberse convertido al catolicismo. Esto sucedería poco después del año 580, año en que se convirtió Hermenegildo. Allí pudo enterarse S. Leandro de la existencia en Palestina de la Síndone con las improntas de Jesús, dado que pocos años antes, Justiniano I había enviado a Jerusalén sus emisarios para medir sobre la Síndone la estatura de Jesús, como diremos en seguida.

Sea cual sea su origen, lo cierto es que la liturgia hispánica del siglo VI (o tal vez incluso del V) da un especial relieve a los lienzos mortuorios dejados por Jesús en el sepulcro, en los cuales aparecen los vestigios de Cristo difunto en el momento de resucitar: «defuncti et resurgentis».

Hacia el año 570 tropezamos con otro dato en la crónica de un peregrino de Tierra Santa, el Anónimo Piacentino (Antonini Piacentini Itinerarium)[34]. El no vio el lienzo, pero señala su ubicación: «Conservado, se dice, en gran secreto en una gruta de un convento de las riberas del Jordán».

Era este convento un monasterio de mujeres anacoretas en el que vivían sólo siete monjas, anota el autor. Este dato, dada la espléndida floración durante los siglos V y VI en Tierra Santa del monacato católico, tanto de hombres como de mujeres (en cierta ocasión llegaron a reunirse en asamblea, en Jerusalén, ¡más de diez mil monjes!), parece indicar que dicho monasterio estaba en vías de extinción. Esto hace sospechar que era ebionita[35], los cuales por entonces estaban ya a punto de desaparecer por completo. Volveremos sobre este dato concreto.

La expresión que usa: «el sudario que estuvo sobre la frente del

---

[33] *Liber Mozarabicus Sacramentorum,* edic. M. Férotin, LXXV, 291; Savio, Ric. pp. 68-70. Cfr. M. Férotin, *Le Liber Ordinum en usage dans l'Eglise Wisigothique et mozarabe d'Espagne, du V^e^ au XI^e^ siècle»* XII, París, 1904.

El incunable del Misal Mozárabe se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid.

[34] Antonini martiris, *Perambulatio Locorum Sanctorum,* en Itinera et descriptiones Terrae Sanctae, edit. T. Tobler, 1, 101. Este escrito fue atribuido a San Antonino mártir.

[35] *Los ebionitas.* Conocido es el tesón con que los primitivos judío-cristianos se aferraban a las prácticas de la ley mosaica, que querían imponer incluso a los cristianos provenientes del paganismo. Eran los *judaizantes* de que hablan con frecuencia los Hechos y las Cartas de S. Pablo. Unos conservaron íntegra la fe de la Iglesia universal. Se les llamó *nazareos.* Otros, poco a poco, fueron derivando hacia la herejía, hasta no creer en la divinidad de Jesucristo. Se llamaron *ebionitas,* de la palabra hebrea *ebionim* (los pobres). S. Justino los cita ya a mediados del siglo II. Nunca, con todo, tuvo la secta muchos adeptos, y desapareció de la historia entre los siglos IV y V.

Señor» (sudarium qui fuit in fronte Domini) hace dudar de si se trata del sudario o de la sábana. No parece, con todo, referirse al sudario propiamente dicho, sino a la mortaja, ya que ésta es la que llama la atención por sus improntas. También Arculfo habla del «sudario que había sido puesto sobre su cabeza en el sepulcro». Y no obstante, por las dimensiones que le atribuye (2,50 m.) no se puede dudar de que se refiere a la Sábana entera. «La misma palabra *sudario,* aparece en el *Sacramentarium Gallicanum* (n. 2) y en el *Commoratorium de casis Dei, vel monasteriis quae sunt in civitate Jerusalem*» (n. 3) (Savio, *Ricerche...* p. 180).

También el hecho, de fecha algo anterior, que ponemos a continuación, y que parece situar la Síndone en Palestina por aquellos tiempos, se compagina perfectamente con la localización que le atribuye el Anónimo.

Efectivamente, el emperador Justiniano I de Constantinopla, conocido en la historia del Derecho por la copilación del Corpus Iuris Civilis, célebre por sus conquistas en Italia, Africa y sudeste de España y por sus magníficas construcciones, entre las cuales descuella la maravillosa catedral, todavía en pie, de Constantinopla, Sta. Sofía (Santa Sabiduría, pues estaba dedicada al Verbo, la Sabiduría de Dios), quiso poner en su scevofilacio una preciosa cruz revestida de plata, oro y piedras preciosas, *de la medida de Cristo.* Para ello envió emisarios a Jerusalén a fin de medir «con diligencia» la estatura de Jesús. Así lo afirma Procopio de Cesarea, historiador contemporáneo de Justiniano y que vivió en su mismo palacio.

Parece natural que la base de tal medición fuese la sábana funeraria de Jesús con la impresión en ella de su doble figura, anterior y posterior (Savio, *Sindon,* 9, p. 15).

Según Nicéforo Calixto en su Historia Eclesiástica (s. XIV), la estatura que la Iglesia Oriental atribuía a Cristo, efecto de esta medición, es de 183 cm. Concuerda perfectamente con las medidas antropomórficas realizadas por L. Gedda sobre la Síndone de Turín y con la «mensura Christi», o estatura de Jesús, señalada en un pequeño monumento existente en el claustro de S. Juan de Letrán en Roma. Esta última procedía seguramente de la de Sta. Sofía; pero se ignora su historia (Lám. 5).

Aunque Justiniano enviara sus emisarios a Jerusalén, bien podía no obstante hallarse la Síndone en el monasterio de Junto al Jordán, de que habla el Anónimo piacentino, adonde podían desplazarse fácilmente los emisarios desde aquella capital.

* * *

En este mismo siglo VI encontramos varios textos que se refieren a los corporales que se extienden sobre el altar, al celebrar la Eucaristía, para recibir el cuerpo de Jesús sacramentado, «en recuerdo de la sábana extendida en el sepulcro» (Juan, patriarca de Constantinopla). «Tales corporales son de lino puro por serlo la sábana que envolvía en el sepulcro el cuerpo del Señor» (S. Germán, obispo de París). Severo, arzobispo de Antioquía, afirma expresamente que los

lienzos sepulcrales eran de lino. Y lo mismo hace ya en el siglo IV Giovenco: el cuerpo del Señor fue envuelto en tela tejida de lino («lino texta»). Esta misma idea es recogida por S. Remigio de Auxerre (s. X) y Rábano Mauro (s. IX) arzobispo de Maguncia (Cfr. Savio, *Sindon* n. 3, pp. 12-26).

B. La iconografía

Otro testimonio de la existencia por aquellos tiempos en Oriente de la Síndone lo encontramos en la iconografía. A partir del siglo V y VI se unifica de manera sorprendente el modo de representar a Cristo en todo el Oriente y aun en Occidente. Antes, cada artista lo representaba a su talante; generalmente como joven imberbe, a manera de buen pastor, de Apolo, etc., ya que los evangelios nada nos dicen de su figura.

a) Retrato de Jesús

Pues bien, estas nuevas representaciones, más o menos uniformes y cada vez más extendidas sobre todo por el mundo eslavo-bizantino, tienen su fundamento en la imagen marcada sobre la Sábana Santa de Turín. No son copias de ella, sino una interpretación de la misma, variable dentro de un cierto esquema, según los diferentes artistas. Unos acentúan más unos rasgos; otros, otros. Y aun el mismo artista varía a veces de rasgos para no repetirse. Unos pintaban evidentemente sobre el original, otros sobre copias. Y curiosamente, algunos invierten los lados, como si hubieran caído en la cuenta de la inversión que presenta toda la imagen de la Síndone.

Se caracterizan estas imágenes por una larga cabellera que cae ondulante por ambos lados sobre los hombros, enmarcando la cara. La frente es poderosa, escultórea. Pero presenta como una depresión más o menos horizontal, marcada por una línea oscura. Los arcos frontales, en cambio, encima de las cejas, quedan fuertemente marcados y salientes. Los ojos, abiertos, tienen un fino arco blanco entre las cejas y los párpados; en cambio, por debajo, presentan un ancho arco oscuro a manera de ojeras. En la base de la nariz, entre ceja y ceja, resalta un pequeño y llamativo cuadrado, que a veces se redondea. El pómulo izquierdo presenta una mancha en forma granchuda, mientras el derecho es muy claro. En muchas de ellas aparece, además, una fuerte mancha negra entre la nariz y el ojo izquierdo. La mejilla derecha vuelve a presentar una mancha negra. El bigote, generalmente fino y partido en dos por un espacio blanco dividido en dos partes por un surco naso-labial negro, cae muy inclinado por ambos lados de la boca. Una particularidad curiosa suele presentar. La parte derecha es toda ella inclinada, mientras la izquierda, casi horizontal al principio, hacia la punta cae bruscamente, casi vertical, sobre el vértice de la boca. Debajo del labio inferior, en el centro, una sombra alargada y

espesa. Mientras el mentón aparece claro e imberbe por encima; por debajo está provisto de una bien poblada, pero corta barba. Su punta inferior, unas veces bilobulada, aparece redondeada. Una línea inclinada hacia afuera cruza muchas veces la mejilla derecha a partir del lagrimal del ojo. Y por último muchas de estas imágenes presentan unas gruesas líneas, a manera de pliegues, que rodean el cuello. También llaman la atención dos mechones de cabello que le caen inclinados sobre la frente.

El Dr. Vignon ha hecho un detallado estudio sobre el tema, y ha demostrado cómo todas estas particularidades son una errónea interpretación de la máscara que presenta la Sta. Sábana de Turín. No cabe duda, concluye, que algunos de aquellos artistas tuvieron delante la misma sábana que contemplamos nosotros hoy, interpretando erróneamente su carácter negativo, en general, y algunos de sus detalles accidentales, en particular. (Cfr. *Le Saint Suaire...* pp. 133 ss.)

El historiador Wilson ha recogido estos rasgos en un dibujo que, fotografiado, insertamos en la lámina 6. El no acepta la totalidad de las veinte particularidades que señalan Vignon y Wuenschel. Algunas le parecen demasiado vagas para sacar de ellas deducciones precisas. El las reduce a quince, que, a su parecer, podían ser más fácilmente observadas por un artista bizantino. Y concluye: «En resumen, se trata de un conjunto de detalles tan característicos que saltan a la vista, y parece dudoso que pueda tratarse de un simple fruto de la imaginación o de una coincidencia»... «Un artista desconocido ha copiado (evidentemente) el rostro de la Síndone como si se tratase del de un ser vivo; ha estudiado con detalle todos sus rasgos y los ha trasladado al retrato que estaba haciendo, acomodando a medida un conjunto de detalles particulares que él veía en la imagen de la Síndone y que no podía comprender. Así, por ejemplo él había "visto" los ojos grandes, y abiertos y que miraban fijamente, porque es así como parecen ser cuando se mira el lienzo directamente. Ha sido preciso esperar a la fotografía para constatar, sobre la imagen negativa, que los ojos están en realidad cerrados por la muerte» *(La Suaire...* pp. 139 y 141) (Lám. 7).

b) Jesús cojo (?!)

Otro dato curioso corrobora esta aserción. Y es que muchas de estas imágenes bizantinas presentan a Jesús cojo de la pierna derecha. La distancia de la rodilla al pie es desproporcionadamente corta. ¿De dónde pudo salir suposición tan peregrina?

Ellos veían la figura dorsal de la Síndone (Lám. 2), en la cual la planta del pie derecho (que ellos creían ser el izquierdo por no conocer la inversión propia de todo negativo fotográfico) aparece perfectamente marcada; mientras que del pie izquierdo (el derecho para ellos) sólo se ve la mancha de sangre del talón. Esto da la sensación de que esta pierna es más corta. Dando por supuesto, pues, que el H. de la S. era Jesús, dedujeron que éste era cojo de la pierna derecha. Y plasmaron esta persuasión en sus mosaicos.

Así, por ejemplo, en la iglesia de S. Apolinar Nuevo (siglos V y VI) de Ravena, capital del exarcado bizantino de Italia, existe una imponente figura de Jesús sentado en su trono, en actitud hierática: el Pantocrátor. Pues bien, su pierna derecha es mucho más corta que la izquierda (Lám. 8, A).

Otro mosaico de la misma iglesia representa a Jesús llevado ante el juez. El artista ha tenido empeño especial en que se notara que la pierna derecha era deforme (Lám. 8, B).

De la misma manera (con la pierna derecha más corta) aparece el maravilloso Pantocrátor de la «Pala d'oro» de la catedral de S. Marcos, de Venecia. Procede (al menos la mayoría de sus elementos más expresivos) del monasterio del Omnipotente de Constantinopla, de donde fue arrebatado en el saqueo de 1204 (Lám. 8, C).

Se podrían multiplicar los ejemplos.

Esta misma persuasión la plasmaron en la representación de la cruz. Para expresar su idea errónea de que Jesús era cojo, le colocaron a los pies un travesaño (el subpedaneum) *inclinado,* con una parte, generalmente la correspondiente al pie derecho (según cayeran en la cuenta, o no, de la inversión de los lados) más levantada. Al convertir después sus misioneros a los pueblos eslavos del norte (siglos IX y X), les legaron su cruz con el desproporcionado subpedaneum inclinado. Es la conocida cruz rosa, o «Cruz de Vladimiro», tan corriente en aquella nación y que todavía remata las cúpulas del Kremlin. Pero «antes que la Iglesia rusa, la Iglesia ortodoxa rumana aceptó y propagó a su vez este modelo» de cruz. (P. Carnac, *Le S. Suaire...* p. 171.)

También atribuyen muchos autores al deseo de disimular esa supuesta cojera de Jesús la llamada en arte «curva bizantina», que imprime a sus crucifijos una contorsión extraña en forma de S invertida (Lám. 9)[36]. Escribe el prof. Goiazzi, S.D.B.: «La curva bizantina es probablemente la representación realista, no de la agonía de un moribundo, sino de la crucifixión de un hombre al que se le cree cojo». *(Conversazzioni e discussioni sulla S. Sindone,* p. 31.)

Para mayor abundamiento, nos encontramos en el Talmud babilónico (b. Sanh 106ᵇ)[37] el siguiente párrafo: «Cierto *min* (herético) dijo a

---

[36] «El cuerpo presenta una ondulación en forma de S invertida, marcada por una primera flexión hacia la izquierda a la altura del hipocondrio y una segunda a la altura de la pelvis que forma un saliente hacia la derecha. Consecuencia de este movimiento, un miembro inferior recubre parcialmente al otro. Esta actitud de cadera saliente es casi regla general en los esmaltes, frescos y mosaicos de Bizancio; mientras que, en los marfiles, Cristo, de ordinario, está recto» (Paul Thoby: «Le Crucifix, des origines au Concile de Trente». Nantes).

[37] «La Mīsná... designa la doctrina transmitida oralmente; para distinguirla de la Miqrá, de lo leído, la Sgda. Escritura. La Mīsná, pues, comprende principalmente todo el conjunto de enseñanzas transmitidas oralmente, tal como fueron puestas por escrito en el siglo II d.C. y coleccionadas en el Talmud. De ahí la Mīsná por excelencia». (Ausejo: *Dic. de la Biblia.)*

La Mīsná fue seleccionada y redactada entre el 132-215 de nuestra era por el rabino Judá, el Santo. Es obra, pues, de los tannaim.

El Talmud es el conjunto de explicaciones y desarrollo de la Mīsná, tal

rabí Janina: ¿Has cído (alguna vez) qué edad tenía Balaam? (en el Talmud se llama Balaam a Jesús de Nazaret, según buenos especialistas). El replicó: No está determinado. Pero, puesto que está escrito: *Los sanguinarios y traidores no vivirán la mitad de sus días* (Salmo, 55, 24), (se sigue que) tenía 33 ó 34 años. Aquél repuso: Has hablado correctamente. Yo he visto personalmente la Crónica de Balaam (el Evangelio), donde está determinado: Balaam, *el Cojo,* tenía 30 (otras versiones ponen 33) años cuando Pinejás, el ladrón, lo mató» (Pinejás es Poncio Pilato). Hay aquí una alusión al evangelio de S. Lucas, 3, 23, donde se dice que Jesús tenía como 30 años al empezar su vida pública).

Que un rabino, enemigo del nombre cristiano, llamase a Jesús: *el cojo,* en el siglo IV no puede tener, al parecer, otro origen que la Síndone, conocida directamente o a través de los cristianos.

Es más. Este afán de presentar a Jesús cojo lo llevaron los bizantinos hasta suponerlo cojo de nacimiento. Muchos iconos de la Virgen con el Niño en brazos presentan a Jesús con el pie derecho contrahecho. A veces se le ve anormalmente la planta (Lám. 9, C); otras la Madre lo oculta con sus manos o con los pliegues del vestido. (Cfr. Pietro Cazzola y M.ª Delfina Fusina: *Actas del II Convegno Nazionale...* de Bolonia, 1981, p. 132.)

La más antigua de las imágenes dependientes de la Síndone la sitúa Vignon poco después del año 458.

En la cúpula del baptisterio de la catedral (Neón) de Ravena un mosaico representa el bautismo de Jesús por Juan Bautista. Un cierto número de Apóstoles les rodean. Las figuras centrales de Jesús y de Juan no están en la línea de la Síndone. Sus cabezas fueron rehechas el siglo pasado, de 1854 a 1861. No podemos, pues, deducir nada de ellas. No sabemos cómo eran originariamente. Pero las cabezas de algunos de los Apóstoles, que están intactas, ésas sí que presentan rasgos sacados de la Sta. Sábana. No nos sorprenda este hecho curioso de aplicar los rasgos de Jesús, sacados de la Síndone, a otros personajes de especial veneración, santos o príncipes. Era cosa corriente.

El cuadro central de Jesús y el Bautista fue sin duda lo primero que se colocó. Suele asignársele el año 458. Los Apóstoles parecen

---

como las fijaron en las escuelas rabínicas de Palestina y de Babilonia los escribas de la Ley (amoraím). Tal fijación se llevó a cabo durante los siglos IV-VI. El Talmud comprende, pues, la Mišná y sus comentarios, llamados Guemará.

Hay, en consecuencia, dos redacciones del Talmud: la palestinense y la babilónica. Esta, que es la que nos interesa, recibió su forma definitiva hacia el año 500.

Un tratado del Talmud se llama Sanedrín. Es el cuarto del cuarto orden.

La sigla b. Sanh 106[b] se refiere a la paginación del Talmud babilónico de la editio princeps, que es la de Venecia de 1520-1523, a la cual se refieren los escritores y comentaristas posteriores.

La cita del texto está sacada de I. Epstein, *The Babylonian Talmud,* vol. III (London 1935), p. 725.

(Cortesía del P. S. Bartina, profesor de Sgda. Escritura en la facultad de S. Fco. de Borja, San Cugat, Barcelona).

posteriores. Algún boceto o copia de la faz de la Síndone había llegado, pues, a Ravena hacia el año 458.

Más aún, el profesor Gerard Egger, director del museo de Viena, adelanta este cambio fundamental en la manera de representar a Cristo basada en la Síndone, incluso en Occidente, a la segunda mitad del siglo IV *(Actas II Cong.* pp. 91-94). En los siglos V y VI se afianzó esa representación, aceptada como *oficial* por toda la Iglesia.

Y tengamos presente, subraya el Dr. Egger, que entonces los retratos oficiales eran controlados por la autoridad respectiva. Escribe: «Sabemos que en el siglo IV, como es fácil demostrar por los retratos de los emperadores, se le daba una importancia especial a cada retrato, y que las pruebas de la autenticidad del retrato modelo eran controladas con exactitud. Por esta razón tengo a la Santa Síndone como la verdadera imagen de Cristo». Al menos, por tal la tenía la Iglesia oficial de la segunda mitad del siglo IV (Lám. 7).

Por tanto, a mediados del siglo IV, o en el V lo más tarde, pasó de alguna manera a conocimiento de los pagano-cristianos la proyección artística de la mortaja de Jesús con sus improntas: La Síndone, pues, portadora sobre sí del retrato de Cristo, era conocida, entonces.

Es más, el profesor Carlo Cecchelli, en el congreso de Turín de 1939 dijo: «Hoy sabemos con seguridad que el tipo (de Jesús con barba y cabellera abundante) debió preceder al siglo III» *(Actas,* p. 157).

c) Jesús deforme (?!)

Sin duda que está relacionada también con la Síndone la peregrina suposición de varios autores de los primeros siglos que suponen a Jesús feo.

Así S. Justino (mediados del siglo II), Clemente de Alejandría (finales siglo II), Tertuliano (finales siglo II), S. Basilio (mediados siglo IV) y S. Cirilo de Alejandría (principios siglo V)... Ellos veían en la Sábana aquella cara grotesca (Lám. 6); y no pudiendo sospechar ni remotamente que se trataba de un negativo fotográfico, que ellos no conocían, dedujeron que Jesús había sido horriblemente feo y deforme. Y acudieron a la Escritura en busca de razones teológicas para confirmarlo: «Gusano soy y no hombre, oprobio de la humanidad y mofa de la plebe» (Sal. 21.7), «No tiene apariencia ni belleza para que nos fijemos en él; ni aspecto para que en él nos complazcamos» (Is. 53,2).

Lamentablemente aplicaron a la humanidad de Jesús lo que los profetas habían dicho refiriéndose al estado en que debía de quedar el Mesías en su pasión.

Más tarde se impuso el sentido común y fue prevaleciendo la opinión contraria: Jesús fue «el más hermoso de los hijos de los hombres», aplicándole a su vez el salmo 44,3 e interpretando en este sentido las palabras de S. Juan: estaba «lleno de gracia y de verdad» (Jn. 1,14). También la idea de S. Lucas (4,22): «las palabras de gracia que salían de su boca», atraían a la multitud y la llenaban de admiración.

Efectivamente el ascendiente de Jesús sobre las multitudes difícil-

mente puede compaginarse con una figura corporal contrahecha y deforme.

Mirando a distancia, hace sonreír este vaivén de teorías teológicas, que en su tiempo se defendieron con ardor, y nos ha de volver cautos en admitir ciertas ideas poco fundadas.

d) Los epitáphioi

Todavía otro testimonio sobre la existencia de la Sábana Santa entre los cristianos orientales nos aporta la iconografía: son los *epitáphioi:* Unas pinturas que presentan la figura entera de Jesús difunto, yacente sobre una sábana. La manera como tiene cruzadas las muñecas, la derecha sobre la izquierda, sobre el pubis nos recuerda vivamente a la Síndone, de la que sin duda proceden los epitáphioi.

Pero estas pinturas son muy posteriores. Vignon aduce una del siglo XVI, en la catedral de Smolenco, y Wilson otra del siglo XII en Constantinopla. Parece que empezaron a usarse en la liturgia en el siglo VIII (Silvio Curto, *La Gazzeta...* p. 49). No pueden, pues, aportarnos dato alguno sobre la Síndone en los primeros siglos. Por ello prescindimos de ellas.

e) El Mandýlion

Aparte las representaciones de Jesús estudiadas anteriormente, hay otra singular, dependiente también de la Síndone. Consta sólo de la cara. Carece de cuello y de hombros; su cabellera es larga y ondulada; el bigote partido en dos, inclinado y acabado en punta a ambos lados de la boca; la barba corta, bien poblada y muchas veces bilobulada, con el mentón sin pelo en su parte superior; y otros de los distintivos señalados anteriormente en las imágenes bizantinas estudiadas. Es el *Mandýlion acheiropoiéton* (pequeña tela no pintada por mano humana) de Edesa, reproducido en multitud de copias. Su mismo nombre hace referencia a una imagen original, «no hecha por mano de hombre».

Presenta a Jesús vivo, con los ojos abiertos. Y sobre todo evita toda señal de los suplicios que marcan al Hombre de la Sábana. Hace la impresión de que los poseedores del original tenían reparo en presentar al mundo la imagen de Cristo muerto y con las señales cruentas de su pasión (Lám. 7, Fig. c y d).

Este hecho demuestra, hace notar Vignon, no sólo que la Síndone existía, sino también su carácter de auténtica y venerada reliquia de Jesús. No tiene sentido inventar una reliquia falsa, *que no se podía exhibir;* y por lo tanto, de la que no se podía sacar ningún partido. Se la guardaba con respeto y cariño simplemente por ser un recuerdo del Señor.

Edesa (la actual Urfa), situada en la parte sur de Turquía, era ya a finales del siglo II una cristiandad floreciente. Parece ser la más antigua Iglesia de Mesopotamia, y llegó a ser el principal centro cristiano

de Siria; ciudad santa a la que acudían de todas partes multitud de monjes para hacer vida eremítica en las grutas de sus inmediaciones.

Sin duda que para corroborar su antigüedad, surgió la leyenda de Abgar. Ella haría remontar la fundación de la cristiandad de Edesa a un Apóstol, o al menos a un discípulo inmediato de Cristo. Eusabio de Cesarea (260-340) en su Historia Eclesiástica recoge ya la leyenda y afirmaba haberla sacado de los archivos siriacos de la ciudad. Señal que la leyenda existía ya en el siglo III.

Dice, pues, Eusebio que estando el rey de Edesa, Abgar V Ukâma (el negro) enfermo incurable y habiendo oído de los milagros de Jesús (Abgar V reinó del año 13 al 50 de la era cristiana), le envió un mensajero con una carta pidiéndole que fuera a curarle. Jesús le contestó, también por carta dictada, que su misión estaba en Palestina; pero que le enviaría uno de sus discípulos que le curaría. Este fue Addai, uno de los 72 discípulos, según unos; o el apóstol Judas Tadeo, según otros. Este le habría curado y habría fundado la Iglesia de Edesa, siendo su primer obispo. Nada dice Eusebio de un retrato de Cristo.

Años después, hacia el año 400, aparece el escrito: «Doctrina de Addai, el Apóstol». Aquí se amplía la leyenda y se habla ya de un retrato de Cristo. El enviado de Abgar, Hannan (Ananías) que era pintor y archivero de la corte, no quiso volverse a Abgar sin llevarle un retrato de Jesús. Lo ejecutó con los más selectos colores. Abgar lo colocó en un lugar de honor de su palacio.

Este retrato, pues, según esta leyenda, existía ya a finales del siglo IV. En cambio, el Mandýlion acheiropoiéton no aparece con este nombre hasta mediados del siglo VI.

Efectivamente, en el 544 los persas de Cosroes I sitiaron la ciudad de Edesa. La estrechan y ya casi dominan sus muros. Los edesinos intentan incendiar los andamiajes y máquinas de guerra del enemigo, pero las llamas se apagan. Entonces se saca el Mandýlion y se le pasea por las murallas. El fuego prende, las máquinas enemigas arden, los persas huyen. ¡La imagen ha salvado a la ciudad milagrosamente! El hecho lo cuenta (el año 593) Evagrio en su Historia Eclesiástica.

Con esto la imagen se hace célebre. Los edesinos la muestran. Se habla de ella en Bizancio. Creció tanto la veneración por aquel lienzo, que se le llegó a tener como un talismán para curar cualquier enfermedad. Especialmente se le consideró baluarte inexpugnable para la defensa de la ciudad. Y sus copias se extendieron por todo el Oriente.

Pero para los que creían en la leyenda de Abgar ¿qué había sido de la imagen desde este rey hasta el año 544? Había que llenar esta laguna.

Una nueva leyenda se encargó de explicar la vida oculta del Acheiropoiéton durante tan largo período. Según ella, el segundo sucesor de Abgar V, Manu, no aceptó la religión de sus padres y se volvió al paganismo. Persiguió a los cristianos y ordenó que la imagen fuera destruida. El obispo de entonces la salvó ocultándola en un nicho excavado en la muralla, encima de la puerta occidental de la ciudad. Puso una lámpara delante de la imagen, tapó el nicho con un ladrillo y se fue. Esto, según la leyenda, sucedía el año 57.

Durante el asedio de Cosroes, el nuevo obispo de Edesa, llamado Eulalio, tiene un sueño: una mujer le revela el escondrijo. Por la mañana encuentra el ladrillo y lo arranca. Milagro: ¡La lámpara estaba encendida, y la cara interior del ladrillo llevaba copia de la imagen!

Más adelante se completó la leyenda. La recoge S. Juan Damasceno en 730. Según ella el retrato no habría sido pintado por Hannan; sino que, al pretender éste hacerlo, por más empeño que puso en ello, no lograba conseguirlo. Entonces Jesús, tomándole la tela, se la aplicó al rostro... y dejó estampada en ella su faz. Así se explicaba perfectamente el apelativo de *acheiropoiéton* que se aplicaba al Mandýlion: «lienzo no pintado por mano de hombre».

Mejor sería el silencio, termina el Dr. Vignon, que tales historietas.

Con todo, algunos autores modernos, especialmente Ian Wilson y M. Green, O.S.B. *(The Ampleforth Journal,* otoño, 1969) dan un paso más. Suponiendo que las leyendas contienen siempre algún fundamento de verdad, han procurado desentrañar las referidas al Mandýlion, sobre el que existe tanta literatura bizantina. Y han llegado a la conclusión de que, probablemente, el auténtico Mandýlion no era una pintura sacada de la Síndone, sino que era la misma Síndone camuflada.

Según ellos, no pudiendo los judío-cristianos de Palestina exponer a la veneración pública la mortaja de Jesús por su carácter impuro y el escándalo que hubiera producido entre los judíos no cristianos, optaron por regalársela a cristianos no judíos, y que por tanto no tenían dichos prejuicios.

Pero, como hacer un presente de una mortaja no es elegante, le dieron la forma de retrato. Efectivamente, plegando hacia atrás la figura anterior de la Síndone en cuatro partes, de manera que la cara quede encima, aparece ésta privada del cuerpo «exactamente como en las primeras copias del Mandýlion» (Wilson). Casualmente una relación griega escrita a mano en el siglo VI referente al Mandýlion original, describe el paño como *plegado en cuatro* partes.

Según Green, la Síndone habría llegado a Edesa en el siglo II y aun tal vez en el I; pero sólo sería accesible a los teólogos y artistas. Al pueblo se le presentaban sus copias: aquella faz de Cristo vivo conocida con el nombre de Mandýlion acheiropoiéton.

Según Wilson, el obsequio fue hecho a Abgar V en forma de retrato, como hemos indicado, antes del año 50 en que éste murió. Con ocasión de la persecución de Manu, la Síndone-mandýlion fue ocultada sobre la puerta occidental de la ciudad el año 57. Allí permaneció oculta e ignorada cerca de 500 años, hasta el 544 en que sale a la luz con ocasión del asedio de los persas.

Más adelante, el emperador de Bizancio, Romano I Lecapene, codicioso de poseer tan preciado tesoro (nada podía existir de notable que no se llevara a la capital) y con el fin de arrebatárselo a los infieles (a mediados del siglo VII Edesa había caído en poder de los musulmanes), se llegó con su ejército hasta Edesa y la sitió. Después de largas negociaciones y a cambio de 200 rehenes musulmanes, consiguió que los edesinos le entregaran el Mandýlion.

Este fue trasladado a Constantinopla y recibido con gran solemnidad. Fue conducido procesionalmente en torno a las murallas para que les comunicara aquella inexpugnabilidad que había concedido a las de Edesa; y fue conservado con gran veneración entrando su culto en la liturgia bizantina. Esto sucedía el año 944.

Es singular la descripción que con esta ocasión hizo del Mandýlion el futuro emperador, Constantino VII Porfirogénito (905-959). Lo presenta «como una secreción, sin colores particulares, sin ningún tinte dominante, extremadamente débil, apenas visible, casi indistinta, con colores que no pertenecen a este mundo» (Wilson: *La Gazzeta...* p. 33). Todo lo cual cuadra perfectamente a la Sta. Sábana de Turín.

Ciertamente que la Síndone ha estado un tiempo en Edesa, como indicaremos en seguida. Pero la hipótesis de la identidad Mandýlion-Síndone tropieza con graves dificultades.

Si la Síndone-Mandýlion se hubiera encontrado en Edesa, en manos de la Iglesia oficial, a principios del siglo IV, no se explica cómo Eusebio de Cesarea, que recoge en su Historia Eclesiástica la leyenda de las dos cartas apócrifas ya citadas, no hace mención alguna de ella. Tengamos presente que Eusebio escribió su Historia desde el año 312 al 324, y que el año 313 fue consagrado obispo de Cesarea. No se concibe, pues, que no se le enseñara a él, obispo e historiador, ni se le hablara del Mandýlion. Es que éste no existía todavía.

Tampoco la famosa peregrina gallega Egeria, que a la vuelta de Tierra Santa pasó por Edesa el año 384, sabe nada de la Síndone ni del Mandýlion. Se detuvo en Edesa tres días. Ella cuenta en su detallado Itinerarium cómo el obispo de la ciudad le enseñó el palacio del rey Abgar, y cómo en la iglesia de Sto. Tomás le leyó las dos cartas mediadas entre el rey y Jesús.

Por cierto que añade que se llevó copia de ellas porque el texto que ella conocía (el de Eusebio, sin duda) era más breve. Esta redacción más larga sería la que pronto aparecería en la Doctrina de Addai.

No parece verosímil que a una persona de tanta categoría e influencia religiosa, como aparece Egeria a lo largo de todo su Itinerarium, a quien el mismo obispo de la ciudad enseña los tesoros religiosos que poseían, se le ocultara la existencia y contemplación del Mandýlion-Síndone.

Ni siquiera la famosa y floreciente Escuela de Edesa (363-489), tan fecunda en hombres de nota como S. Efrén, Narsai e Ibas, sabe nada de la Síndone.

Creemos, pues, que durante los siglos IV y V la Síndone no estuvo en manos de la *Iglesia oficial (pagano-cristiana)* de Edesa.

A esto responde Wilson que el conocimiento del Mandýlion arranca de su descubrimiento (que él sitúa hacia el año 525) en el nicho sobre la puerta occidental de la ciudad.

Pero recordemos que el profesor Vignon descubre los primeros vestigios de la Síndone en los mosaicos del baptisterio de la catedral de Rávena hacia el año 458, y que el profesor Egger adelanta la fecha a la segunda mitad del siglo IV, y Cecchelli a finales del II. Señal de que para entonces había ya llegado a la Iglesia pagano-cristiana algún

indicio, al menos indirecto (por sus copias), de su existencia. Y recordemos también que Justiniano I, para medir la estatura de Jesús hacia el año 537, no envió sus emisarios a Edesa, sino a Jerusalén. Allí estaba, pues, la Síndone por entonces, y no en Edesa.

Por lo demás, la imposibilidad aducida de exponer a la veneración pública la mortaja de Jesús por ser cosa impura e intocable creemos que es una razón sin valor para los cristianos provenientes del paganismo, cuales eran los edesinos. Esta razón sólo tenía fuerza para los hebreos o cristianos hebraizantes, como eran los ebionitas.

Más aún, los tres escritos apócrifos de finales del siglo I o principios del II, de que hablaremos en seguida: el «Evangelio de los Doce Apóstoles», el «Evangelio según los Hebreos» y las «Actas de Pilato» hablan con toda naturalidad y respeto de los lienzos sepulcrales de Jesús. Ningún miedo aparece de incurrir por ello en impureza alguna ritual. Incluso, pues, los cristianos hebreos, al menos los ortodoxos, de finales del siglo primero, no parece tuvieran ningún reparo en ventilar el asunto de la mortaja de Jesús. Por esto pensamos que ésta estaría entonces en manos ebionitas.

Tampoco nos parece verosímil que los cristianos de Jerusalén se desprendieran de la mortaja de Jesús antes del año 57 (año en que, según la leyenda, se la ocultó en la muralla de Edesa); o mejor aún, antes del año 50 en que murió Abgar V. Creemos que por lo menos estuvo en Jerusalén hasta la guerra del 70. No se explica un obsequio de pieza tan preciosa para los cristianos de Jerusalén, hecho a un extraño, cual era Abgar.

Por lo demás hoy se inclinan los autores a colocar la conversión de Edesa al cristianismo a finales del siglo II, en tiempos de Abgar IX (179-216), que sería el primer rey cristiano de Edesa.

De la probable estancia de la Síndone en Jerusalén durante los siglos VII, VIII y IX hasta su traslado a Constantinopla, probablemente a mediados del siglo XI, hemos hablado anteriormente.

Por otro lado en el acta de entrega a S. Luis hecha por Balduino II en 1247 de las reliquias que entonces se hallaban en el Gran Palacio de «Bucóleon», se cita, dice Riant[38], «sanctam toellam tabule insertam». Esta tela, fijada sobre una pequeña tabla, es el célebre Mandýlion, dice Riant. Los peregrinos mencionan el Mandýlion y los karamídia (ladrillos) que tapaban el nicho sobre la muralla de Edesa. Esta «touaille-mandýlion» fue colocada por S. Luis en la Sainte-Chapelle de París, donde estaba todavía en 1790. Después desapareció.

También Robert de Clari habla de esta «touaille», aparte de las *sydoines*. Dice que en la capilla del Bucóleon había dos ricos cofres de oro. Uno contenía un ladrillo, otro una toalla. Ambos objetos eran tan honrados por llevar impresa la faz de Jesús. Como se ve, es una referencia al hallazgo del mandýlion sobre la muralla de Edesa. Según el archimandrita Georges Gharil *(Actas del II Cong.)* el ladrillo había llegado a Constantinopla el año 968. (Cfr. *Sindon,* 29, p. 26, n. 4.)

---

[38] Riant, *Excuviae*... I, p. LXXIX; II, pp. 132-135; t. II, p. 135.

Es más, el hecho mismo de que Clari llame a la tela, que tanto le impresionó, *sydoines,* palabra desconocida para él, es indicio de que así la llamaba el pueblo. No cita, en cambio, el nombre mandýlion al hablar de la touaille, sin duda porque no le llamó tanto la atención (una simple imagen de Jesús) o porque no lo vio expuesto.

El Mandýlion, pues, al que se le tributaba culto especial en la liturgia bizantina, y la Síndone estaban simultáneamente en Constantinopla en 1203, sin ser confundidos: La Síndone en Blaquernas y la toallamandýlion en Bucóleon.

En síntesis, concluimos con Vignon, según un crítico de arte bizantino, M. Charles Diehl, en el arte oriental se produjo un cambio radical entre el siglo IV y VI. Frente a la tradición helenística, surge una corriente oriental en Siria, en Mesopotamia, en Capadocia. Las figuras de Jesús y de los santos que le rodean toman un aspecto del todo nuevo. Si la tradición helenística, anota otro crítico (M. G. Millet), buscaba la nobleza, la corriente oriental intentaba expresar las pasiones, pintar lo real.

Ahora bien, los caracteres extraídos de la Sta. Sábana esculpiendo, excavando, manchando las figuras, rechazando la simplicidad buscada por el arte griego, nos acercan de alguna manera a cierta realidad y facilitan a los artistas, al menos en teoría, el vigor de la expresión. En la línea de la Sta. Sábana se renuncia a esta nobleza, algo desnuda, de aquellos tipos procedentes de Atenas a través de Roma. Era realmente un arte nuevo el que había surgido. Y si, según Diehl, este arte había nacido en Siria, Mesopotamia, Capadocia... recordemos que Edesa era una ciudad siriaca, situada en la alta Mesopotamia.

Por otra parte Strzygowski cree que la reacción contra el arte helenístico había salido de «los conventos».

C. Los ebionitas

En consecuencia cree Vignon que, en su peregrinación, la Sta. Sábana halló refugio en un monasterio situado no lejos de Edesa. De allí habría salido todo. Anotemos que, según parece, Edesa no padeció persecución alguna contra los cristianos durante los cinco primeros siglos.

En ese monasterio, observando de cerca y a placer la máscara de la Síndone, se habría minuciosamente pintado a finales del siglo IV, a juzgar por la aparición de la «Doctrina de Addai, el Apóstol» el *Mandýlion acheiropoiéton,* llamado así precisamente por el modelo de donde se le había sacado: «no pintado por mano humana».

Una de estas primeras imágenes de la Sta. Faz habría ido a parar a la corte de los descendientes de Abgar, pero manteniendo en secreto el origen de donde provenía. Ella habría dado lugar a la leyenda (finales siglo IV) de Hannan como su pintor.

Esta imagen habría permanecido en la sombra hasta la guerra de Cosroes (s. VI), cuando fue paseada por la muralla y a la que se le atribuyó la victoria sobre los persas, alcanzando con ello el rango de milagrosa.

La leyenda completaría poco a poco la narración atribuyendo aquella imagen al propio Jesús, que había dejado milagrosamente estampado en la tela su rostro. Recordemos que esta parte última de la leyenda no es recogida sino hasta el año 730 por S. Juan Damasceno.

Este sería el *Mandýlion acheiropoiéton* trasladado a Constantinopla en 944. La Síndone había vuelto a Palestina.

De ese mismo convento habrían salido las también famosas imágenes de Kamuliana y de Cesarea Mazaca (situadas en Capadocia) y la de Diobalion, regiones donde se originó el cambio radical en el arte oriental, del que hemos hablado antes.

Del mismo convento habrían salido los bocetos (?) de las imágenes bizantinas estudiadas anteriormente, de mediados del siglo V o finales del IV, o tal vez anteriores.

Hoy día sabemos ya con certeza por los estudios palinológicos de Max Frei, que desconocía Vignon y de los que hablaremos próximamente, que ciertamente la Síndone ha estado expuesta un tiempo en Edesa.

Y esto nos da otro argumento. Si la Síndone hubiera estado plegada de modo que sólo se viera la cara, no se explicaría el polen de Edesa hallado en otras partes de la Síndone, ni los pantocrátors cojos de mediados del siglo V, ni el testimonio del Talmud, tal vez de finales del siglo IV.

Yo añadiría algo más. Este monasterio de Edesa sería de cristianos ebionitas. Por eso era desconocida la Sta. Sábana por la Iglesia oficial pagano-cristiana de la ciudad. Por eso no la conocen ni Eusebio (principios del siglo IV), ni Egeria (finales del mismo siglo), ni la Escuela de Edesa (siglos IV-V).

De este monasterio edesano pasaría la Síndone, al irse diluyendo la secta ebionita, al monasterio de las riberas del Jordán, de la misma secta, donde la localiza por primera vez el Anónimo piacentino en el 570, y adonde la irían a buscar los emisarios de Justiniano hacia el 537, para medir la estatura de Cristo.

De aquí, ya disuelta por completo la secta ebionita, pasaría la Síndone a Jerusalén, donde la encontramos a partir del siglo VII.

El estar en manos de los ebionitas explicaría mucho mejor el hecho de haber disimulado con tanto cuidado en las copias los rasgos sangrientos de la pasión. Sabemos con cuánta repugnancia miraban ellos todo lo tocante a los muertos. «Era cosa impura». Y más si estaba manchado de sangre.

Los otros cristianos, incluso los judío-cristianos ortodoxos, amaestrados por S. Pablo que se «gloriaba en la cruz de Cristo» y «no quería poseer otra sabiduría que la de Cristo crucificado», no tenían tales reparos.

Así lo demuestra una cornalina del siglo II con el relieve de Cristo crucificado, hallada en Constanza (Rumania) y conservada en el British Museum de Londres. Igualmente un jaspe rojo tallado, del siglo II-III, con la figura excavada de Cristo crucificado, hallado en Gaza y conservado en Wakefield (Gran Bretaña). Así lo demuestra también el grafito en forma de cruz monogamada grabada en un muro precons-

tantiniano (siglo II-III) aparecido en las excavaciones hechas modernamente junto a la gruta de la Anunciación, en Nazaret, y tantas cruces como han sido encontradas en los osarios del Dominus Flevit (Jerusalén), en Nazaret y en Cafarnaúm; todas ellas anteriores a Constantino. (Cfr. B. Bagatti y M. Testa: *Il Golgota e la Croce,* Jerusalén, 1978.)

Ya Orígenes (siglo II-III) habla de que los cristianos hacían sobre la frente la señal de la cruz «al comenzar cualquier acción, especialmente cuando inician la oración y las sagradas lecturas».

Es más, en una casa de Pompeya se ve sobre un muro, en un sitio de honor de la pieza, la traza de una cruz que debió ser consumida por el calor de las cenizas volcánicas. Es una cruz en forma de T, de proporciones modestas, pero que resalta perfectamente sobre la pared.

Los especialistas están concordes: se trata de la insignia cristiana. El año 79, pues, año de la catástrofe de Pompeya, ya una familia veneraba en un sitio de honor de su casa el signo de la cruz, escándalo para los paganos de aquel tiempo.

«Muy pronto, concluye el P. Testa, los seguidores del Crucificado comenzaron a dar testimonio de su comprensión de la *sabiduría de la cruz* empleando el signo como testimonio y como invocación» (Rev. *Tierra Santa,* Jerusalén, abril 1977, p. 92).

Por eso creemos que el ocultamiento de la sábana mortuoria de Jesús por tantos siglos se debe a que estaba en poder de los ebionitas (o al menos de los Nazareos) para quienes la mentalidad judaizante tenía tanta fuerza. Sólo cuando éstos se diluyeron del todo (siglo VI) pasó a los pagano-cristianos.

Cuándo y cómo pasó la Síndone a Edesa no lo sabemos.

Esta hipótesis de que la Sta. Sábana estuvo en poder de los ebionitas durante algunos siglos parece desprenderse también de la narración de Arculfo, comparada con lo que dice el Evangelio a los Hebreos, de que hablaremos más adelante.

Efectivamente, según Arculfo, un judío *creyente* (cristiano) robó del sepulcro la mortaja luego de la resurrección del Señor, y la mantuvo oculta en su casa por muchos días. Luego el Señor se la regaló. Sólo al cabo de muchos años no vino a conocimiento del pueblo la noticia.

La sábana fue pasando en herencia a los sucesivos descendientes de la familia hasta la quinta generación.

Después de la quinta generación, a falta de herederos «fieles», pasó el lienzo a manos de «judíos infieles (¿herejes ebionitas?)», los cuales, a pesar de su infidelidad, lo conservaron con veneración, máxime que Dios bendecía por él sus empresas hasta hacerse ricos.

Pero los judíos fieles, cerciorados de la existencia de la sagrada mortaja y ansiosos de poseerla ellos, comenzaron a litigar fuertemente con los judíos infieles reclamándola.

Esta contienda dividió a todo el pueblo de Jerusalén en dos bandos: el de los judíos «fieles» y el de los «infieles».

Por ello el rey (califa) de los sarracenos, llamado Mauias (Mohawia I, fundador de la dinastía de los Omeyas, que subió al trono en el 661, trasladó su capital a Damasco y reinó hasta el 680), a quien habían acudido unos y otros, ordenó que le trajeran el lienzo. Cuando lo

tuvo, mandó encender en la plaza una grande hoguera. Y en presencia de los judíos «fieles» e «infieles», lo echó al fuego diciendo que Cristo mismo juzgase sobre la posesión de dicho lienzo.

El fuego no lo tocó, sino que saltando y extendiéndose como las alas de un ave, comenzó la Síndone a volar hacia lo alto y a cernerse por encima de las dos partes contendientes. Después bajando poco a poco, fue a caer entre los «fieles».

Estos lo recibieron con gran respeto y alegría como don del cielo, y envuelto en otro lienzo, lo colocaron en una urna en la iglesia.

Esto dice Arculfo que había sucedido unos *tres años* antes de su llegada a Jerusalén (a. 670).

Estando él allí, fue sacado el sagrado lienzo de su urna y expuesto a la veneración de todo el pueblo. Entonces fue cuando él lo vio, lo veneró y besó, junto con la multitud de los demás fieles.

Lo interesante de toda esta crédula narración es, en primer lugar, la firme persuasión que ella supone en toda la comunidad cristiana de Jerusalén del siglo VII, de que aquella sábana era la auténtica mortaja de Jesús, y no una «sábana limpia» tocada con la auténtica.

En segundo lugar, llama la atención la coincidencia de esta tradición, recogida en Jerusalén por Arculfo en el siglo VII, con la de finales del siglo I, consignada en el Evangelio de los Hebreos (de que hablaremos en seguida): que la mortaja de Jesús fue a parar al fin a manos de hebreos no fieles y que permaneció mucho tiempo en su poder.

«En el siglo II, pues, lo mismo que en el siglo VII, concluye Mns. Pietro Savio, concuerdan los testigos en afirmar que los lienzos sepulcrales del Señor pasaron a manos de hebreos (no ortodoxos). Esta es la substancia de la tradición. Si con los siglos se alteraron los detalles, la substancia de la misma se mantiene sin alteraciones ni corrupciones substanciales» *(Ricerche...* pp. 181-183).

Efectivamente, «la veneración de los cristianos por las reliquias, anota M. D. Fusina, constatada desde el principio por las fórmulas de las *preces* y de las liturgias, explosionó realista y clamorosamente después del edicto de Constantino (a. 313). Pero mientras las sandalias, vestidos, instrumentos de la Pasión y otras telas eran objeto de veneración y culto, la Síndone» brilla por su ausencia. *(Sindon,* n. 25, p. 36.)

Esto nos confirma en la idea de que la Síndone estaba por entonces oculta en poder de los judíos ebionitas; porque, si tan público y esplendoroso era el culto tributado en la Iglesia oficial a la cruz, los clavos, instrumentos de la pasión, vestidos del Señor y lienzos sepulcrales de su Madre, mucho más se lo hubiera tributado a la Síndone, si la hubiera poseído [39].

---

[39] En el siglo IV Marciano envió desde Jerusalén a Constantinopla los lienzos fúnebres de la Madre de Dios junto con otras muchas reliquias. Allí la emperatriz Sta. Pulqueria (399-453) erigió para su custodia hacia el año 436, como nos cuenta Nicéforo Calixto (s. XIV) en su Historia Eclesiástica, la basílica de Sta. María de Blaquernas. No eran, pues, los lienzos sepulcrales de Jesús, sino los de su Madre, los que se guardaban en esa basílica durante los siglos IV y siguientes.

7. LOS DOS PRIMEROS SIGLOS

Con esto hemos descendido en el tiempo hasta los dos primeros siglos. No encontramos en ellos más que algunos datos vagos y generales sobre el particular. Son evangelios apócrifos, es decir, no admitidos por la Iglesia como canónicos o inspirados; pero esto no quita que, bajo el aspecto histórico, no tengan su valor.

Habla, en primer lugar, de los lienzos sepulcrales de Jesús el llamado «Evangelio de los Doce Apóstoles». Este contiene completas y notables narraciones que no tienen punto de contacto con los evangelios canónicos. Por esto era mirado con desconfianza por los Stos. Padres, a pesar de su antigüedad. Es de principios del siglo II o finales del I, y recoge algunas tradiciones de los primitivos cristianos con buena fe histórica y cierta ingenua simplicidad, que lo distingue de otros escritos heréticos.

Referente a nuestro tema, presenta los lienzos sepulcrales de Jesús venerados por el mismo Pilato, quien con ellos en la mano, increpa a los magnates judíos y les echa en cara su incredulidad.

De pasada anotemos que el «Evangelio de los Doce Apóstoles» distingue ya entre los *othónia* (lienzos) y las *keiríai* (vendas) con que se sujetó la sábana sobre el cadáver de Jesús. Más adelante tocaremos este punto.

También da gran relieve a los lienzos sepulcrales de Jesús el llamado «Evangelio según los Hebreos», que algunos identifican con el original arameo de S. Mateo. Fue escrito probablemente a finales del siglo I, y se hizo popular traducido al griego en el siglo II. Es citado por varios Stos. Padres y otros autores eclesiásticos primitivos. Era el evangelio canónico de S. Mateo con algunas interpolaciones, que no se apartan excesivamente de la narración canónica. Fue muy apreciado por S. Jerónimo, quien lo tradujo de nuevo al griego y al latín. Por él conocemos algunos fragmentos. Este escrito llega a señalar la persona que primeramente poseyó los sagrados lienzos: Un «criado del sacerdote» relacionado con Santiago, el primo hermano del Señor y primer obispo de Jerusalén. Según este evangelio, fue el mismo Cristo quien se los regaló.

Tienen especial relieve también para nuestro caso las «Actas de Pilato» de finales del siglo I o principios del II, pues S. Justino las cita ya a mediados del siglo II.

Estas gozaron de gran autoridad entre los primitivos cristianos. Según ellas, los jefes de los judíos pusieron en la cárcel a José de Arimatea por haber sepultado honoríficamente a Jesús y haberle envuelto en una «sábana nueva». A media noche se le aparece Jesús. Pero José, reacio a creer lo que veía, sólo se rinde cuando el Maestro le hace ver el lugar donde el discípulo había depuesto su cadáver, con la Síndone y el sudario. Es decir, cuando le hace ver el sepulcro vacío y los lienzos sepulcrales aplanados, tal como los encontraron Pedro y Juan.

No nos interesan las narraciones concretas de estos tres documentos, algunas de ellas evidentemente desprovistas de toda verosimili-

tud; sino el hecho de que aquellos primitivos cristianos dieran tanta importancia a los lienzos funerarios de Jesús hasta señalar la persona que los poseyó primero, presentarlos venerados por el mismo Pilato y traerlos como causa de credibilidad en la resurrección de Jesús para José de Arimatea.

Parece, pues, que no se puede dudar de que la mortaja de Jesús era conservada y venerada como tesoro de familia por los cristianos de finales del siglo I.

De éste no poseemos dato alguno fehaciente. El hecho de que para los judíos cuanto había tocado un muerto era impuro, y más aún si llevaba manchas de sangre, explica suficientemente este silencio de sus poseedores. Incluso podían acusarles los judíos de haber violado un sepulcro, si mostraban o hablaban de la sábana mortuoria de Jesús.

Además, la cruz era objeto de horror y los lienzos sepulcrales de Jesús estaban demasiado vinculados con su afrentosa muerte, «escándalo para los judíos y necedad para los gentiles» (1 Cor. 1,23). No podían, pues, los cristianos exhibirlos o darles publicidad, por más veneración en que los tuvieran. Recordemos tan sólo el grafito del Palatino (s. III), que representa a Cristo crucificado con cabeza de asno. Era la burla sarcástica y blasfema con que los paganos rechazaban a Cristo crucificado (Fig. 1). Sólo a medida que el Evangelio iba conquistando los corazones, iba cambiando paulatinamente la tesitura con que se miraba la cruz.

Fig. 1. Grafito aparecido en el Palatino (Palacio Imperial) de Roma. Sobre una cruz griega, aparece un crucificado con cabeza de asno que mira a un individuo que presenta su mano izquierda alzada en la postura antigua de adoración. La inscripción al pie, reza: ALE XAMENOS SEBETE THEON. Alexamenos adora a (su) dios. (Sacado de una fotografía. Cfr. *Dic. d'Archéologie Chrétienne et Liturgie.* L. Letouzey. París, 1914. T. III, 2.ª parte, col. 3051).

Nos parece, en cambio, completamente incongruente y del todo inverosímil la doble dificultad que, con ocasión de la última ostensión pública de la Síndone en otoño de 1978, han esgrimido profusamente contra su autenticidad los valdenses piamonteses (coreados en algunos aspectos por algún que otro sacerdote católico progresista): que los discípulos *no tuvieron interés alguno* en conservar una reliquia de Jesús muerto cuando lo tenían entre ellos resucitado, vivo; y que, aun cuando lo hubieran tenido, no se habrían atrevido a hacerlo, ni siquiera a tocarla, impedidos por los usos y costumbres hebreas y por la prohibición de la Ley de tocar cualquier objeto que hubiera estado en contacto con un difunto o simplemente con su sepulcro. Sabemos, dicen, que los primeros cristianos hebreos se mantuvieron respetuosos con la ley de Moisés por mucho tiempo.

No parece muy fundada esta impugnación cuando sabemos que las piadosas mujeres fueron al sepulcro el domingo por la mañana con intención de completar el sepelio ungiendo profusamente el cuerpo de Jesús con aromas preciosos. No parece que tuvieran escrúpulo alguno en tocar de nuevo la mortaja de Jesús y su cadáver de dos días. Una cosa es que los discípulos no hicieran gala y pública ostentación de aquellos lienzos sepulcrales, y otra muy distinta que no se atrevieran a conservarlos con inmensa veneración por ser cosa de su querido y adorado Maestro. Especialmente su Madre, María, ¿quién no conserva con cariño algunos recuerdos de sus queridos difuntos? Sobre todo que Jesús había ya abolido la ley antigua; y aun la misma impureza legal, contraída por tocar un difunto o algo relacionado con él, no era cosa definitiva, sino pasajera y fácil de eliminar. Todos enterraban a sus muertos [40].

8. RECAPITULACION HISTORICA

Nos ayudará, sin duda, a hacernos cargo del silencio sobre la Síndone durante los primeros siglos recordar someramente la historia religioso-política de Palestina durante los mismos.

Con una mayor o menor oposición oficial de los judíos, los cristianos iban aumentando continuamente en número.

Al ser depuesto Pilato de su oficio por sus arbitrariedades y remitido a Roma para dar cuenta de sí, los enemigos del nombre cristiano aprovecharon el período comprendido entre su partida y la llegada de su sucesor (a. 35-37) para perseguir a los cristianos de Jerusalén. Es la primera persecución en la que fue lapidado el protomártir S. Es-

---

[40] Llama la atención la postura agresiva y un tanto violenta que, por motivos religiosos, tomaron contra la Iglesia Católica los valdenses piamonteses con ocasión de la última ostensión de la Síndone (1978). Tanto más cuanto los demás protestantes colaboran con entusiasmo en el estudio de este misterioso lienzo arqueológico. Gran parte de los científicos de primera línea, que últimamente se han señalado en este estudio, son protestantes. Al fin y al cabo es la Síndone un tesoro que pertenece a todos los cristianos y que nos une a todos en torno a la adorable persona de Jesucristo, cooperando al ecumenismo.

teban (a. 37), dando lugar a una gran dispersión de los cristianos de Jerusalén (excepto los Apóstoles) por Judea y Samaria (Hech. 8,1).

Por concesión de los emperadores Calígula y Claudio, Herodes Agripa I reagrupó el reino fragmentado de su abuelo, Herodes el Grande. Agripa (a. 41-44), para congraciarse con los judíos, persiguió también a los cristianos, hizo decapitar a Santiago el Mayor (a. 42) y puso en la cárcel a S. Pedro con ánimo de matarlo también. Pero fue liberado por un ángel (Hech. 12, 1-17).

Es la segunda persecución que dio lugar a la dispersión al menos momentánea, de los Apóstoles y de muchos cristianos de Jerusalén, dando con ello pie al comienzo de la predicación apostólica por todo el mundo. Quedó como obispo de Jerusalén Santiago el «hermano del Señor», es decir, primo hermano de Jesús, que unos identifican con Santiago el Menor, y otros no.

Hacia el año 50 tuvo lugar el Concilio de Jerusalén de que hablan los Hechos (cap. 5). A él asistieron por lo menos S. Pedro, S. Pablo y S. Bernabé. Parece que también otros Apóstoles.

A S. Juan le tocó evangelizar el Asia Menor, estableciéndose en Efeso. Con todo, cuando S. Pablo se detuvo allí en el curso de su tercer viaje apostólico los años 54-56 (Hech. 19,1-40), no parece que estuviera todavía en dicha ciudad San Juan. La opinión de los Stos. Padres es que S. Juan no fijó su residencia en Efeso sino a una edad muy avanzada, después de la guerra del 70. Esperaría, sin duda, a que falleciera la Virgen Stma.

Todos los apócrifos sitúan la muerte de María en Jerusalén, donde se encuentran los santuarios de su dormición y el de su sepultura y resurrección, este último levantado ya por primera vez en el siglo IV o V. La tradición de la estancia y muerte de María en Efeso es muy tardía. Tengamos presente, por otro lado, que si suponemos, como suele hacerse, que María tenía unos 15 años cuando concibió a su Hijo y que Este nació el 6 ó 7 antes de nuestra era, el año 42 (cuando la dispersión de los Apóstoles) María contaría ya con unos 65 años, y el año 56 (cuando S. Pablo estaba en Efeso, y no S. Juan) contaría con unos 79. No parece que S. Juan obligase a María, a estas edades, a un viaje tan largo y fatigoso como el traslado a Efeso. Se calcula, pues, que la Virgen moriría entre los años 51-55 en Jerusalén.

Muerto Herodes Agripa el año 44, toda Palestina fue puesta por Roma bajo el gobierno de procuradores. Algunos de ellos se portaron arbitraria, despectiva e injustamente con los judíos, provocando su exasperación. Hubo varios levantamientos religioso-políticos, que los procuradores reprimieron con mano fuerte.

Gestio Floro, procurador especialmente venal y despótico, acabó de exasperar los ánimos. El historiador romano Tácito escribe lacónicamente: «La paciencia de los judíos duró hasta Gestio Floro» *(Hist. Nat.,* V, 10). El año 66, con ocasión de unos conflictos habidos en Cesarea entre helenistas y judíos, Roma quitó a éstos la igualdad de derechos en relación con los griegos. Esto fue la última gota que hizo rebosar el vaso de la indignación y provocó la gran revuelta.

La sublevación, promovida por los zelotes, fue propagándose por

toda Palestina. La Torre Antonia fue asaltada y la guarnición romana pasada a cuchillo.

Un ejército enviado desde Siria para sofocar la rebelión, fue aparatosamente derrotado en los desfiladeros de Bethoran, a 20 km. al noroeste de Jerusalén (octubre del 66).

Nerón envió entonces, para reprimir el alzamiento, a su más acreditado general: Tito Flavio Vespasiano, acompañado de su hijo Tito (año 67). Poco a poco fueron cayendo las plazas fuertes del norte, acorralando a los sublevados hacia Jerusalén.

Se suspendieron las hostilidades con ocasión de la partida hacia Roma de Vespasiano para ser proclamado emperador (primeros de julio del 69). Pero Tito las reanudó en la primavera siguiente, cuando Jerusalén hervía de forasteros con ocasión de la Pascua. Se presentó ante la ciudad con un ejército de 80.000 hombres. Después de intentar inútilmente un entendimiento pacífico, comenzó el ataque conquistando primero la parte baja de la ciudad. Al fin decidió cercarla con un muro. En tres días los legionarios abrieron un foso de unos 7.215 metros de perímetro.

Era el cumplimiento de la profecía de Jesús. Escribe S. Lucas (19,37-44): «al transponer la loma del monte de los Olivos... viendo la ciudad, lloró (Jesús) sobre ella diciendo: ¡Si conocieras también tú, al menos en este día, lo que lleva a tu paz! Mas ahora queda oculto a tus ojos. Días vendrán sobre ti en que tus enemigos *te rodearán con un foso,* te opugnarán y te estrecharán por todas partes. Te arrasarán y estrellarán contra el suelo a tus hijos que están en ti. No dejarán en ti piedra sobre piedra. Todo porque no has reconocido el tiempo de tu visitación».

El foso de Tito ascendía, por aquella parte, desde el torrente Cedrón hasta el monte de los Olivos. Es decir, pasaría por el mismo sitio (poco más o menos) donde Jesús pronunciara estas fatídicas palabras.

Unos dos millones setecientas mil personas habían quedado encerradas en el recinto de la ciudad.

Las consecuencias del cerco pronto se dejaron sentir. El hambre y las epidemias se cebaron en la población civil y militar de Jerusalén. Flavio Josefo nos cuenta escenas horripilantes: niños y adolescentes vagando por las plazas como figuras fantasmales hasta caer por tierra, víctimas de la peste; luchas encarnizadas por disputarse un poco de alimento; mujeres que llegaron a degollar a sus propios hijos para comérselos...

Contra esta multitud debilitada y diezmada se batían las legiones romanas. El 5 de julio se lanzaron al asalto de la Torre Antonia, que cayó después de una desesperada resistencia. Tito propuso entonces respetar el templo, si sus defensores se rendían. Pero su propuesta fue rechazada; con lo que aquél fue atacado, incendiado y destruido.

Sobre las ruinas de la ciudad y del templo se plantaron las águilas romanas y se ofrecieron sacrificios a los dioses en acción de gracias... Era el 15 de agosto del año 70.

Aún quedaban defensores en el monte Sión, en el palacio de Hero-

des, escondidos en sus subterráneos. Pero el hambre les hizo salir. El 7 de septiembre Tito dominaba toda la ciudad.

Es éste uno de los asedios más duros y sangrientos de la historia. 600.000 judíos murieron en él según Tácito; un millón, según Josefo. Muchos de ellos crucificados[41]. Y se hicieron 97.000 prisioneros; parte de los cuales fueron conducidos a trabajar en las minas de Egipto, otros a luchar como gladiadores o con las fieras del anfiteatro. Los más fueron vendidos como esclavos.

Tito pudo llevarse a Roma como trofeos la mesa de oro de los panes de la Proposición, el «cáliz de Yaveh», el candelabro de oro de siete brazos, las trompetas de plata y el rollo de la Ley, que fueron depositados en el templo de la Paz.

La comunidad cristiana de Jerusalén vio desde el principio en aquellos acontecimientos, como nos cuentan Egesipo (s. II) y Eusebio (s. IV), el cumplimiento de las palabras proféticas de Jesús. Por esto abandonó a tiempo y en masa la ciudad con su obispo Simón, sucesor de Santiago, a la cabeza, y se refugió en Pella, en la Trasjordania, a unos 100 km. al nordeste de Jerusalén[42].

¿Se llevarían consigo estos cristianos la sábana mortuoria de Jesús? La Stma. Virgen habría ya muerto y S. Juan no parece que fuera con ellos, pues nada se dice de su presencia entre los mismos. Lo normal es que, muerta la Virgen, él se partiera a predicar el Evangelio. Por otro lado, al separarse S. Juan de la Iglesia de Jerusalén, es natural que le dejara la Síndone. Es, pues, lo más normal suponer que la Iglesia de Jerusalén se llevara consigo la reliquia al trasladarse a Pella.

Acabada la guerra del 70, la comunidad judío-cristiana pudo regresar a Jerusalén y comprobar el terrible cumplimiento de los vaticinios del Maestro. Parece que el cenáculo había quedado en pie.

No obstante, el estado ruinoso de la ciudad hizo que un grupo de los repatriados fijase su residencia en la zona del Jordán, otra parte pasó a Alejandría y otra a Antioquía. Otros se quedaron en Pella. Los del Jordán y los de Pella sobre todo, por su aislamiento, son los que dieron origen, más adelante, al grupo disidente de los «nazareos» y a la secta herética de los ebionitas. De hecho la gran Iglesia de Jerusalén fue decayendo a partir del año 70.

¿Cuál de esos grupos retuvo consigo la Síndone? Podrían ser los de Jerusalén, los del Jordán o los que se quedaron en Pella. La palinología, como diremos más adelante, admite las tres posibilidades,

---

[41] Durante este asedio, nos cuenta Josefo en su *De Bello Iudaico,* los romanos llegaron a crucificar hasta 500 judíos por día. ¡Unos 69.000 crucificados! Y consigna que, por burla, eran crucificados de diferentes formas y en diferentes posturas.

[42] Pella, ciudad de la Perea, identificada hoy con Hirbet Fahil, a la altura de Beisan y a 5 km., tierra adentro, de la margen izquierda del Jordán. Pompeyo la había integrado a la Decápolis por el año 65 a.C., y era un importante centro de influencia helenista.

pues ha encontrado abundante polen de estas tres regiones. Pella no distaba mucho del Jordán[43].

Con la catástrofe del 70 la Palestina judaica no había, con todo, desaparecido. Sólo algunos centros de Galilea, muchos de Judea, y en especial Jerusalén, habían sufrido la devastación. Por otro lado, el hecho de quedarse de guarnición allí la legión X, atraería a los comerciantes y campesinos. Así, pues, fue reanimándose paulatinamente la vida de la ciudad.

El desastre no había tampoco ahogado la confianza y las esperanzas mesiánicas del pueblo judío. Al contrario, pensaban que, apurado el cáliz de la opresión, pronto llegaría el de la victoria.

El año 115, imperando Trajano, se levantaron en armas contra sus conciudadanos paganos los judíos de Cirene y de Egipto. El 13 de diciembre del mismo año un gran terremoto agitó Antioquía y vastas zonas del Asia Menor, confirmando su persuasión del próximo advenimiento del Mesías. Así, la sublevación se extendió a Chipre, a Mesopotamia y a Palestina. La lucha se intensificó en el año 116. Pero Trajano por medio de sus generales logró sofocar la insurrección poco después del año 117.

El 8 de agosto del 117 había fallecido Trajano, y le había sucedido Elio Adriano. Este recorrió el imperio para comprobar personalmente las defensas fronterizas, para edificar diferentes obras públicas y perfeccionar los órganos de la administración. Le acompañaba un pequeño séquito de soldados y buen número de arquitectos, agrónomos y técnicos. Con razón se le dio el título de «Restitutor orbis».

Al pasar por Judea y contemplar las ruinas de Jerusalén se propuso reconstruirla según el tipo de ciudad helenística, erigió en el lugar del templo un altar dedicado a Júpiter, y declaró a la ciudad «colonia romana».

Esto llenó de la más profunda consternación a los judíos, que soñaban con la reconstrucción del templo.

Todavía dio otra disposición que afectó enormemente a los judíos: prohibió la circuncisión.

En el pueblo judío persistia tenazmente la persuasión de que el

---

[43] Notables escritores sobre las antigüedades cristianas de Constantinopla hablan de una imagen del Señor llegada a la ciudad desde Beirut (Berytus) en época imprecisa. Se guardaba en la iglesia del Salvador, que formaba parte del Gran Palacio, y era objeto de gran veneración por creérsela representación exacta de Cristo (Banduri, Ducange, Uzielli) (Cfr. Judica, *L'Homo*... p.59).

Por otro lado, una carta presentada y leída en el segundo concilio de Nicea (a. 787), el que condenó la iconoclastia, refería la historia de un antiquísimo icono que llevaba la figura entera del cuerpo del Señor. Primero había sido posesión de un cristiano, después de un judío en Beirut, que declaró ante los padres conciliares haberla adquirido por herencia de sus antepasados (Cfr. Ricci, *La Sindone Sta.* ... p. XXII).

¿Tendría relación esta imagen con la Síndone? Ciertamente llama la atención el dato, coincidente con el testimonio de Arculfo y del Evangelio de los Hebreos, de que tal icono hubiera primero pertenecido a un judío-cristiano y luego, por herencia, hubiera pasado a un judío infiel (¿ebionita?). Esperamos que algún historiador consiga dilucidar este punto.

Mesías estaba a punto de llegar. Era esperado de un día para otro, y se escudriñaban los más leves indicios anunciadores de su venida.

Los decretos, pues, y planes de Adriano fueron interpretados en este sentido. Y surgió la segunda y última gran conflagración de los judíos de Palestina contra Roma, la rebelión de los desesperados (año 132), ayudados por los de la diáspora.

Esta guerra fue tan feroz y prolongada como la del 70, aunque por falta de un testigo ocular que la narrase, como Flavio Josefo en la primera, no poseemos de ella un conocimiento tan detallado. El cabecilla era un tal Simón, a quien las fuentes rabínicas llaman Bar Kokhba (hijo de la estrella) con un sentido claramente mesiánico. El rabí Aquiba, máximo doctor de su tiempo, lo declaró, según el ideal zelote, Mesías-Rey, y él acuñó moneda propia [44].

Como los cristianos no podían reconocer su mesianismo ni apoyar su insurrección, fueron duramente perseguidos por él; y muchos, crucificados.

La guerra duró más de tres años (132-135) y fue una catástrofe total para los judíos. Quedaron destruidas cincuenta plazas fuertes y unas mil poblaciones notables. El número de muertos ascendió a unos seiscientos mil, y los vendidos como esclavos, innumerables. Según Dión Casio (Historia Romana), la Judea se convirtió casi en un desierto, y el mismo nombre de Judea se cambió por el de Siria Palestina.

Entonces pudo realizar Adriano su proyecto. Sobre la Jerusalén yahvista se levantó una ciudad enteramente gentílica, como profanación oficial de la Ciudad Santa del judaísmo. Era rectangular y tenía 950 m. de larga (de norte a sur) por 600 de ancha (de este a oeste), con su pomoerium, las dos calles principales en ángulo recto (cardo et decumanus), con su foro, su teatro y su capitolio, su témenos (templo) consagrado a Júpiter, su hipódromo, baños y ninfeo. Presidió en la reconstrucción de la ciudad la idea de profanar los lugares santos de los judíos y de los cristianos.

Así, en la parte meridional de la ciudad, la que mira hacia Belén, se levantó la estatua de un jabalí (animal impuro para los judíos), emblema de la legión X, la que había quedado de guarnición en Jerusalén desde la guerra del 70. El recinto o explanada del templo fue respetada en testimonio de la grandeza de aquella ciudad dominada por las legiones romanas. Pero en el emplazamiento de sus atrios se levantó el templo de Júpiter, y sobre la roca de los sacrificios se erigió la estatua ecuestre del mismo Adriano en señal de dominio.

El Calvario y el Sto. Sepulcro fueron terraplenados con escombros

---

[44] Cfr. *Encyclopedia Judaica,* vol. 4, cols. 228-230, Jerusalém, 1972, pal. Bar Kokhba. Este nombre aparece escrito de varias maneras: Bar Kokhba, Kokheba, Koziva, Kosevah y Koseva. Las cartas de Qumrán dirigidas a él le llaman Simeón Bar Kosevah, o también Bar o Ben Koseva. Parece que era un maleante o aventurero, cuyo nombre propio era Bar Koziba = hijo de la mentira (de kazar = mentira); pero que el nombre de guerra que le pusieron y con el que le designaban era Bar Kokhba, *Hijo de la estrella* (de kokha, estrella), aludiendo a la estrella de Jacob. Querían significar que él era el mesías, el libertador de Israel.

y allanada su superficie para convertir aquella gran terraza en el foro-capitolio de la ciudad. Sobre el Santo Sepulcro colocó una estatua (o pequeño templo) dedicada a Júpiter, y sobre la roca del Calvario la estatua de Venus Astarté Capitolina, vinculada especialmente con Roma. A ella le dedicó además un pequeño templo en la parte oriental de la roca. Modernamente se ha encontrado, en las excavaciones practicadas allí por el P. Florentino Díez de León, la cueva del culto y el horno donde se quemaban aromas en su honor (Cfr. *Tierra Santa*, abril-mayo 1979, pp. 93-99).

El ninfeo se situó en la piscina de Siloé; y en la de Bethesda o Betzatá, de cinco pórticos, llena de enfermos por el poder curativo[45] atribuido a sus aguas en movimiento (Jn. 5,3-4), edificó Adriano un templo dedicado a Esculapio, el dios médico pagano. Sus restos se han encontrado modernamente (Vincent-Abel, Jerusalén, II).

La gruta de Belén, donde había nacido Cristo, fue dedicada a Adonis y se plantó en torno un bosque en su honor. «En la gruta, donde Cristo infante emitió sus primeros vagidos, se lloraba al amante de Venus», escribe con pena S. Jerónimo.

Igualmente, en las excavaciones practicadas recientemente (1941-1942) en Ain-Karem, junto al santuario del nacimiento de S. Juan Bautista, se han encontrado restos de culto en honor de Adonis y de Venus púdica. Uno más de los lugares profanados intencionadamente por Adriano. El lugar era venerado por los cristianos ya en el siglo I.

A la nueva ciudad se le dio el nombre de «Colonia Aelia Capitolina» en honor del mismo Adriano (Publius Aelius Hadrianus) y de Júpiter Capitolino; nombre que perduraba todavía el año 326, cuando llegó allí Sta. Elena.

Del esplendor de esta ciudad dan testimonio todavía hoy los arcos de la calle de la Amargura, especialmente el arco monumental, llamado del Ecce Homo, con sus dos puertas laterales, que constituía la puerta oriental de Aelia Capitolina y daba origen al decumanus maximus. Estaba levantada sobre la entrada de la antigua Torre Antonia, prácticamente sobre el lugar desde el cual Pilato había mostrado Cristo, azotado y coronado de espinas, a los judíos con aquellas lapidarias palabras: ¡Ecce Homo! El abigarramiento actual de la ciudad de Jerusalén trae su origen de la Edad Media.

Más aún, se les prohibió a los judíos la entrada en la ciudad bajo pena de muerte. Se prohibió el culto judío, la circuncisión, la celebración del sábado, la enseñanza de la Ley (La Torah). De los judíos supervivientes unos marcharon hacia la India y la China, otros hacia Arabia, Egipto y Africa, otros hacia el centro y este de Europa donde dominaban tribus bárbaras.

Aunque Antonino Pío, sucesor de Adriano, abolió estas disposiciones para no provocar nuevos disturbios, sólo más tarde, mediante el pago de una crecida suma, consiguieron los judíos permiso para en-

[45] Algún autor insinúa que tal vez manaba agua termal en dicha piscina, con cualidades curativas.

trar un día al año en la ciudad de David y poder llorar en ella su desgracia, según nos cuenta S. Jerónimo *(In. Sophoniam,* 1,15).

La Comunidad judío-cristiana no pudo, pues, continuar en Jerusalén. Con ello la Iglesia judio-cristiana de allí se transformó en cristiano-gentil, como se refleja en los nombres romanos de los obispos de la ciudad a partir de estas fechas. Al decimoquinto obispo judío-cristiano, de nombre Judas, le sucedió un pagano-cristiano, llamado Marcos. Y así en adelante.

«Se había realizado hasta la saciedad, anota R. Fondevila[46], la Abominación de la Desolación, anunciada por Daniel, en el Lugar Santo», a que hace referencia Jesús en su sermón escatológico (Mt. 24,15).

Si la Síndone había ido a parar a Jerusalén después del año 70, tuvo que emigrar otra vez con ocasión de la guerra del año 132. Si se había quedado en Pella o había ido a parar al valle del Jordán, no parece fuera necesaria esta nueva migración. El P. Stanislao Loffreda piensa que Cafarnaúm, por ejemplo, no se vio envuelta en las sangrientas sublevaciones judías contra los romanos de los años 70 y 135 *(Cafarnaúm, la ciudad de Jesús,* Jerusalén, 1977, p. 17).

De todas formas, la Sta. Sábana quedó en poder de los judío-cristianos, que la conservaron como preciado tesoro. Y no volvió ya a Jerusalén, comunidad pagano-cristiana desde el año 135. Al menos no la hemos encontrado allí en el siglo IV, después de la paz constantiniana.

Desde entonces Jerusalén y toda Palestina siguieron las vicisitudes político-religiosas de todo el Imperio Romano. A pesar de las persecuciones violentas, el cristianismo se iba extendiendo y arraigando por todas partes, llenando las ciudades, primero, y luego también los campos. Pero la persecución les obligaba a replegarse en sus casas y en las catacumbas. No eran aquellos tiempos de desplegar al viento las reliquias del Salvador que conservaban con cariño, y menos de pintar su retrato[47].

Las persecuciones violentas de aquellos tiempos empujaron a mu-

---

[46] *Realidad histórica de Jesús en Nazaret,* Aymá, Barcelona 1968, p. 189. El autor trae una síntesis clara y precisa de todo este período de las dos guerras judaicas. Es especialmente rica la obra del P. Fondevila en fotografías de las diferentes monedas acuñadas en este período, sacadas de su rica colección particular.

[47] La representación ordinaria de Cristo, durante aquellos primeros siglos, al menos en Occidente, consistía en símbolos ignorados de los paganos: un pez, un áncora de navío, una paloma con un ramito de olivo en el pico, un joven Orfeo cubierto con un gorro frigio y tocando la lira, un pastor imberbe con una oveja sobre sus hombros o bien tocando con su vara una momia egipcia... Nada que intentase reproducir los rasgos físicos de Jesús. El pez, llamado ichthýs en griego, era el anagrama formado por las iniciales de la frase: Iesoûs Christós Theoû Yiós Sotér: Jesús Cristo, de Dios Hijo, Salvador.

Hasta después de la paz constantiniana no empezó un arte cristiano, rudimentario al principio. Las lámparas de aceite se adornaron con la cruz; el áncora y la cruz, llevando encima panes eucarísticos, eran grabados sobre las tumbas y los altares, e incluso sobre las puertas de las casas en señal de identidad cristiana de sus moradores.

chos a retirarse al desierto, dando origen a aquella extraordinaria floración del monacato oriental. El desierto de Judea fue uno de los sitios preferidos por ellos. (Cfr. A. Arce: *Tierra Santa,* marzo-abril, 1978, p. 89.)

Llegada la paz a la Iglesia por el edicto de Milán (febrero del 313) se inflamó el entusiasmo de los cristianos por venerar los Santos Lugares. Sobre todo después del descubrimiento del Sto. Sepulcro y el Calvario.

No fue difícil identificar los lugares santificados por la presencia de Jesús, gracias a las tradiciones de los cristianos del lugar y a las mismas profanaciones de Adriano. El año 326 surgía ya la primera basílica cristiana sobre la gruta de Belén y la de Eleona en el monte Olivete. El año 335 se concluyó la basílica constantiniana del Sto. Sepulcro. Y poco a poco toda la Palestina se llenó de espléndidos santuarios basilicales, en los diferentes sitios especialmente santificados por Jesucristo. Teodosio siguió la obra de Constantino.

El año 325 Jerusalén empezó a ser sede patriarcal. El año 347 las reliquias de la cruz del Señor, en pequeñísimos fragmentos, se hallaban ya esparcidas por innumerables iglesias y monasterios de Oriente y Occidente.

Nada se dice en todo este tiempo de la sábana mortuoria de Jesús; lo cual llama tanto más la atención cuanto mayor veneración se tributaba a las demás reliquias de la Pasión.

Consérvase el relato de un peregrino anónimo, llamado «Peregrino de Burdeos». Es del año 333. Este visitó Jerusalén y describe la ciudad y en concreto la basílica «mirae pulchritudinis» (de admirable belleza) levantada por Constantino sobre el Sto. Sepulcro. No dice nada de la Sta. Síndone. Evidentemente ésta no se encontraba por entonces en dicho templo.

Es verdad que S. Cirilo, patriarca de Jerusalén desde el año 350 al 386 aproximadamente, menciona en sus homilías «los testimonios de la resurrección: la piedra roja con vetas blancas y la Síndone». No dice que ésta se encontrase entonces entre ellos como la roca. Pero, sin duda, refleja el conocimiento público de que dicha pieza se hallaba en poder de los ebionitas.

El 28 de marzo del 381, fiesta de Pascua, llegaba a Jerusalén otra peregrina famosa, la andariega monja española Egeria[48]. Permaneció en Palestina algo más de tres años visitando los Santos Lugares, los santuarios en ellos existentes y los monasterios, lauras y oratorios de los anacoretas, alargándose hasta la Nitria y la Tebaida en Egipto.

Dotada de un gran espíritu observador, va describiendo para sus monjas con todo detalle y viveza cuanto ve y observa: templos y monasterios, ceremonias litúrgicas a que asiste en las diferentes festividades... Es una de las fuentes principales que poseemos para conocer

[48] Cfr. Migne, Supl. P.L., vol. I, col. 1045-1092. La monja peregrina era gallega, según parece, o catalana según otros de la parte del Rosellón marítimo. Se la llama también Echeria, Aucheria, Aetheria y, al principio, alguien la llamó Sylvia.

la liturgia de Jerusalén de aquellos tiempos. Nada dice, en cambio, de los lienzos sepulcrales de Jesús. ¡Y pasó tres Semanas Santas en Jerusalén! Evidentemente, estos lienzos no se encontraban entonces en la iglesia del Sto. Sepulcro. Su Itinerario se calcula escrito por los años 393-396.

Tampoco S. Jerónimo habla de ellos. Este pasó a Palestina el año 385 (un año después de partida Egeria). Visitó los Santos Lugares y se estableció en Belén por el otoño del 386, dado al estudio, a la oración y a la redacción de innumerables escritos. Murió el 30 de setiembre del 420.

Más aún, el «Evangelio de Gamaliel» (descubierto no hace muchos años), escrito en Egipto hacia el año 450, ignora por completo la existencia de dichos lienzos. Les da gran relieve, pero acaba su narración diciendo que fueron llevados al cielo por los ángeles. (Cfr. A. M. Dubarle, O.P., *Sindon,* n. 25, p. 23, notas.) En Egipto no conocían a los ebionitas.

¿Dónde estaba, pues, por entonces la Sta. Sábana? Sin duda en poder de los ebionitas, como hemos indicado ya, sea en Pella, sea en algún otro monasterio o santuario suyo del valle del Jordán, sea en Edesa.

Y los cristiano-paganos, como S. Jerónimo, o no sabían nada de su existencia, o si sabían algo, lo callaban. Un abismo separaba a unos de otros. Conocida es la «conspiración del silencio», por la cual los autores pagano-cristianos ignoraban sistemáticamente las cosas de los ebionitas a quienes tenían por herejes. Unos y otros poseían sus santuarios propios. Los más antiguos estaban en manos de los judío-cristianos. Alguno de ellos se remontaba a la generación contemporánea de Jesús, o a poco después. Otros eran, al menos, anteriores a Constantino. Así v.gr. el santuario de la Anunciación de Nazaret[49], el de la sepultura de María en Jerusalén, el de la casa de S. Pedro en Cafarnaúm (la Domus Ecclesiae) y otros. Como no tenían forma de templo sino de sinagoga y estaban situados, algunos, en poblaciones pequeñas, pudieron más fácilmente escapar de las sucesivas persecuciones y destrucciones. Sólo poco a poco fueron pasando estos santuarios a manos de los pagano-cristianos a medida que iba diluyéndose la secta ebionita. Hasta realizado este traspaso, nada dicen de tales santuarios los autores pagano-cristianos. Pero no se puede dudar de su existencia anterior por las excavaciones modernas que los han sacado a luz[50].

El año 614 cayó Jerusalén en poder de los persas (Cosroes II) y fue devastada. Se dice que con ellos iban unos veintiséis mil judíos volun-

---

[49] Existe una curiosa nota literaria que presenta a los Apóstoles dedicando un lugar de oración en Nazaret en honor de la Virgen María (Migne, P.L. XXXI, 139-142).

[50] «El ejemplo más conocido (de esta "conspiración del silencio", escribe el P. Storme), es el santuario de la Anunciación en Nazaret, que la Iglesia oficial ignoró completamente mientras estuvo en manos de los judío-cristianos. Los historiadores tomaban pie de ese silencio para rechazar la autenticidad del santuario, hasta el día en que las excavaciones revelaron la existencia (allí) de

tarios a quienes se les dio carta blanca para hacer lo que quisieran. Esto explicaría mejor la gran matanza de cristianos que hubo. Hasta 90.000 se calcula. Sólo en el monte Olivete parece que fueron asesinados unos dos mil monjes cristianos. Quemaron y destruyeron prácticamente todos los templos cristianos de Palestina. Sólo se salvó la basílica de Belén sobre el Nacimiento, levantada por Constantino y reconstruida por Justiniano I, porque «al llegar a la basílica y contemplar en el frontis la escena de la adoración del Niño por los Magos, vestidos con los antiguos trajes de gala persas y tocados con sus gorros frigios, los asaltantes sintieron cierto temor de cometer un sacrilegio» (M. García de los Reyes, *Tierra Santa,* sep-oct., 1983, p. 269).

Sabido es que Cosroes II se llevó de Jerusalén el gran fragmento de la cruz de Cristo, dejado allí por Sta. Elena. Cuando, más tarde, en el 627, el emperador Heraclio I venció a los persas, les obligó a devolver la cruz (14-IX-629).

Nada se dice de la sábana mortuoria de Jesús. Si hubiera estado en Jerusalén a la pública veneración el año 614, como lo estaba la cruz, es de suponer que se la hubieran llevado también los persas. Con todo, nada se dice tampoco de que se llevaran los clavos, la lanza, la corona de espinas y otras reliquias del Señor, que luego aparecen en Jerusalén.

Heraclio I reconstruyó muchos de los santuarios destruidos por los persas. Y en castigo por su actuación, renovó contra los judíos la prohibición, bajo pena de muerte, de vivir en Jerusalén.

En el 638 el ejército árabe ataca de nuevo a Jerusalén. Se dice que, al acercarse el ejército enemigo a la ciudad, el patriarca S. Sofronio «recogió las reliquias de Cristo y las mandó de noche a la costa para que fueran transportadas a Constantinopla. No debían caer de nuevo en las manos de los infieles».

Aparte de que no se dice nada de que estuviera entre ellos la Síndone, no parece con todo que dichas reliquias salieran de Palestina; pues, como hemos indicado anteriormente, los testimonios de los siglos VIII al XI parecen situarlas en Jerusalén. Ni tampoco parece verosímil que durante la furia iconoclasta (destructora de todas las imágenes), que se apoderó de Constantinopla desde el año 725 al 842, estuviera la Síndone en dicha ciudad y permaneciera incólume. Tal vez, al comprobar poco después el propio S. Sofronio el respeto de los árabes por el culto y los lugares sagrados de los cristianos, retractó la orden de traslado, y las reliquias volvieron a Jerusalén.

Efectivamente, perdida toda esperanza de defensa, después de cuatro meses de asedio el patriarca S. Sofronio pactó una rendición honrosa. Entre las condiciones estipuladas estaba la de que los cristianos conservarían sus iglesias. Aceptó Omar. Y montado en su caballo, se acercó él solo a las murallas, firmó la capitulación y entró en

---

un lugar de culto que se remontaba al menos al siglo III, y del que ni S. Jerónimo, ni S. Epifanio han hecho ni la más mínima mención» *(«Getsemaní,* Jerusalén, 1970, p. 86. Se basa en los descubrimientos y estudios del *P. B. Bagatti,* «L'Eglise de la gentilité en Palestine» I^{er}-XI^{e} siècle. Jerusalem, 1968).

la ciudad acompañado de S. Sofronio, departiendo los dos amigablemente sobre los monumentos y antigüedades que encontraban a su paso [51].

Los musulmanes fueron tolerantes con los cristianos, como solían con los pueblos vencidos, y no podían inmiscuirse en sus actos religiosos. Se cuenta que estando Omar visitando un templo, al llegar el momento de la liturgia, se salió de él para no sentar precedentes. Las peregrinaciones, pues, de los cristianos a la Ciudad Santa continuaron.

En este período tuvo lugar la peregrinación de Arculfo (a. 670) y su testimonio de que allí veneró públicamente la Síndone.

Posteriormente, ante el avance de los bizantinos por tierras de Asia, empeoró la situación de los cristianos, quienes naturalmente miraban con simpatía los éxitos bizantinos.

En el 969 Jerusalén cayó en poder de Alhacén, sexto califa fatimita. El año 1010 el califa Al-Hakem hizo demoler la iglesia del Sto. Sepulcro e incendió los edificios allí existentes. Pero el califa Almustansir (1036-1049) permitió su reconstrucción. Fue el emperador bizantino Constantino Monómaco quien la reconstruyó en 1048.

En 1077 los turcos Selyúcidas se adueñaron de Palestina, oprimieron a los cristianos, prohibieron su culto, saquearon sus iglesias y asesinaron a muchos.

Esto dio origen a la Primera Cruzada, consecuencia de la cual surgió en 1099 el Reino Latino de Jerusalén. Pero la Sta. Sábana ya no estaba allí. En 1092 la hemos encontrado ya en Constantinopla. La persecución de los turcos pudo haber sido la causa determinante del secreto traslado a Constantinopla de todas las reliquias importantes que quedaban en Jerusalén [52].

---

[51] La famosa mezquita de Omar (Kubbet es - Sakhra, Cúpula de la Roca), levantada (688-692) sobre la roca de los sacrificios del antiguo templo de Jerusalén, no es obra de Omar, sino del califa de Damasco Abd el Malik. Es una joya del gusto árabe, para cuya construcción se aprovecharon muchos materiales de las basílicas bizantinas derruidas por un terremoto. Había de rivalizar con éstas en esplendor.

Jerusalén fue llamada El-Quds, *La Santa,* y poco a poco llegó a ser para los musulmanes la tercera ciudad santa, después de La Meca y Medina.

Tres dinastías se sucedieron en el país: la de los Omeyas (661-750) con capital en Damasco, la de los Abasidas (750-968) con capital en Bagdad, y la de los Fatimitas (969-1071) con capital en El Cairo.

[52] Los cristianos de Palestina nacen como una pequeña minoría con los Apóstoles y la primitiva Iglesia judío-cristiana; siguen siendo pequeña minoría con la llegada de los pagano-cristianos en el 135. Llegan a ser mayoría durante la época bizantina (312-638). Durante la dominación musulmana (638-1099) poco a poco pasan a ser de nuevo, y cada vez más, minoría. Durante el dominio de los cruzados (1099-1291) siguen siendo minoría, excepto en algunas ciudades. Bajo el régimen de los sultanes de Egipto (1291-1516) los cristianos de Palestina van disminuyendo. Y durante la dominación turca (1516-1917) siguen disminuyendo. Su condición mejora bajo el mandato británico (1920-1948), durante el cual fueron reconocidos sus derechos internacionalmente después de la primera guerra mundial, derechos que les han sido reconocidos y asegurados hasta el presente (Cfr. Arce, *Tierra Santa,* julio-agosto 1978, p. 233, reseñando la obra de Anton Odeh Issa *Les minorités chrétiennes de Palestine à travers les siècles.* Jerusalem, Franciscan Printing Press, 1977).

9. ITINERARIO PROBABLE DE LA SINDONE

Es probable, pues, que los lienzos sepulcrales de Jesús quedaran en poder de su Madre mientras ella vivió; a no ser que demos crédito a la noticia transmitida por el Evangelio según los Hebreos, de que hemos hablado anteriormente.

A la muerte de María y después de la partida de S. Juan para predicar el Evangelio, la Sta. Sábana pasaría, naturalmente, a la Iglesia de Jerusalén; la cual se la llevaría consigo a Pella en la huida de la guerra del año 60-70. Si hubiera estado en poder de la familia del «criado del pontífice», según lo afirmado por el Evangelio de los Hebreos, también hubiera partido hacia Pella (Fig. 2).

Acabada la guerra, los lienzos sepulcrales de Jesús no volverían a Jerusalén con el pequeño grupo de cristianos que tornó a ella, por las malas condiciones que presentaba la ciudad destruida. Probablemente se quedó en la comunidad de Pella.

Esta comunidad acabó bien pronto, por su aislamiento, haciéndose ebionita, con lo cual rompió toda relación con la Iglesia Madre de Jerusalén.

De Pella pasaría la Síndone a algún monasterio ebionita de Edesa; tal vez con motivo de la persecución de Bar Kokhba (132-135), tal vez cuando la de Juliano el Apóstata, muerto en 362. No sabemos. Pero lo cierto es que la Síndone ha estado durante bastante tiempo en Edesa,

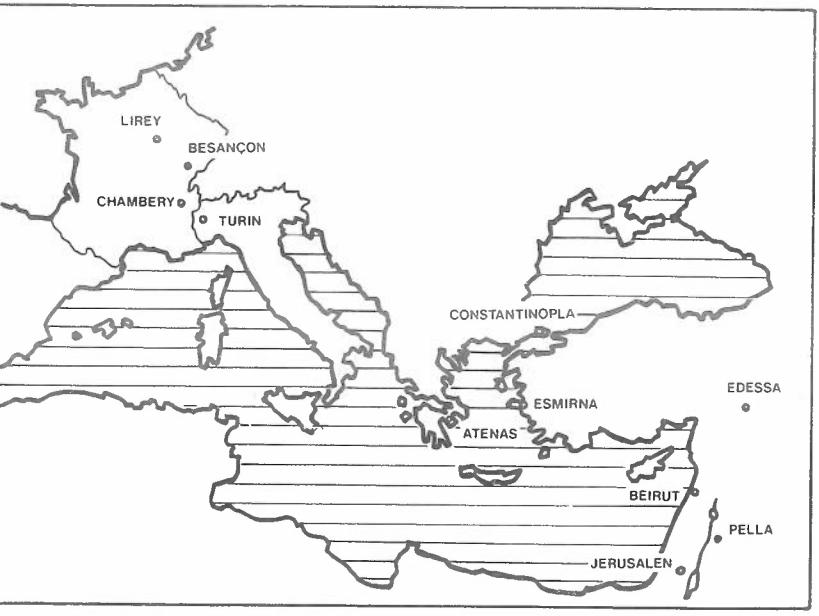


Fig. 2. Itinerario probable de la Síndone.

como indicamos ya más arriba y confirmaremos más adelante al estudiar la palinología de la Síndone.

De Edesa volvería la mortaja de Jesús a Palestina cuando se iba diluyendo la secta ebionita. Probablemente fue a parar al monasterio de mujeres, situado junto al Jordán, cerca del lago de Genesaret, donde parece localizarla el Anónimo plasentino en el 570. Allí irían a buscarla los emisarios de Justiniano I para medir la estatura de Jesús, allá por el año 537.

Extinguido este monasterio, pasaría de nuevo la Síndone a la Iglesia oficial, pagano-cristiana, de Jerusalén, donde la veneró Arculfo el año 670. En Jerusalén permaneció durante los siglos VII, VIII, IX y X. A finales del XI, hacia el año 1077, pasaría ocultamente de allí a Constantinopla, donde la hemos encontrado el 1092, probablemente con ocasión de la persecución de los turcos Selyúcidas.

En Constantinopla permaneció por lo menos hasta el año 1247. Después se pierde su pista hasta que aparece en Lirey el año 1356, en poder de Godofredo I de Charny.

En marzo de 1453 pasa a manos de la Casa de Saboya, con sede en Chambéry, hasta que fue trasladada definitivamente a Turín el año 1578.

10. CONCLUSION

Como vemos, hay no pocas y graves lagunas en la historia de la Sta. Síndone. Por sí sola, ella no puede probar la autenticidad de la Sta. Sábana de Turín, es decir, que ella sea realmente la sábana que envolvió el cuerpo muerto de Jesús en el sepulcro. Por esto algunos la rechazan categóricamente. Lo creemos un error. Pues también hemos constatado que la historia presenta suficientes indicios de su existencia a lo largo de los siglos. En modo alguno, pues, la historia prueba la no-autenticidad de la Santa Sábana. Esto nos basta por ahora. Más adelante veremos cómo otras ciencias prueban positivamente dicha autenticidad.

No perdamos de vista, además, que la Síndone es un objeto arqueológico, y a los objetos arqueológicos no se les exige una historia continuada y diáfana. Ellos mismos fundamentan la historia escrita. Son un documento histórico.

Los documentos escritos no son más que uno de los elementos para conocer la autenticidad de un objeto. Hay otros muchos datos arqueológicos, técnicos y científicos que pueden aportar tanta o mayor luz que la historia, y suplir con creces las lagunas de ésta. En los próximos capítulos presentaremos toda una serie de estudiosos técnico-científicos que confluyen en la autenticidad de este misterioso lienzo, sin dejar lugar a dudas, a nuestro parecer.

Si yendo por la calle, p.ej., me encuentro una fotografía-retrato, no necesito saber quién es la persona allí retratada, ni quién sacó aquella fotografía, ni de cuándo data. Me basta mirarla para saber que

aquello no es un dibujo, ni una pintura, ni un grabado, ni... sino una fotografía. Esto es lo que sucede con la Síndone.

Nos encontramos delante de un viejo lienzo con unas manchas misteriosas que, modo grosso, presentan la imagen de un hombre por delante y por detrás. Comprobaremos que aquello no es ni una pintura, ni un dibujo, ni un calco, ni una inversión de colores, ni... Se fotografía el lienzo, y sorprendentemente nos sale un positivo fotográfico maravilloso, con toda una serie de detalles y precisiones científicas que son la admiración de los entendidos. Con el agravante de que el lienzo en cuestión era conocido muchos siglos antes de la invención de la fotografía.

Esta es la clave de la autenticidad de la Sta. Sábana: *su carácter fotográfico,* inexplicable para una técnica humana, que no existía cuando aquellas manchas se produjeron.

Y los sabios se han puesto a estudiar con curiosidad creciente y con todo el rigor científico esa fotografía sorprendente. Y cuanto más la estudian, más exactitud científica encuentran en ella y más se persuaden de su autenticidad.

Nosotros intentaremos seguir sus pasos hasta ver si podemos deducir con ellos cómo se formaron aquellas improntas, quién fue el hombre envuelto en esa mortaja y qué detalles nos descubre ella sobre la muerte de dicho hombre. La fotografía auténtica no admite falsificaciones.

Este es el estudio cada vez más apasionante que intentaremos hacer en los capítulos siguientes.

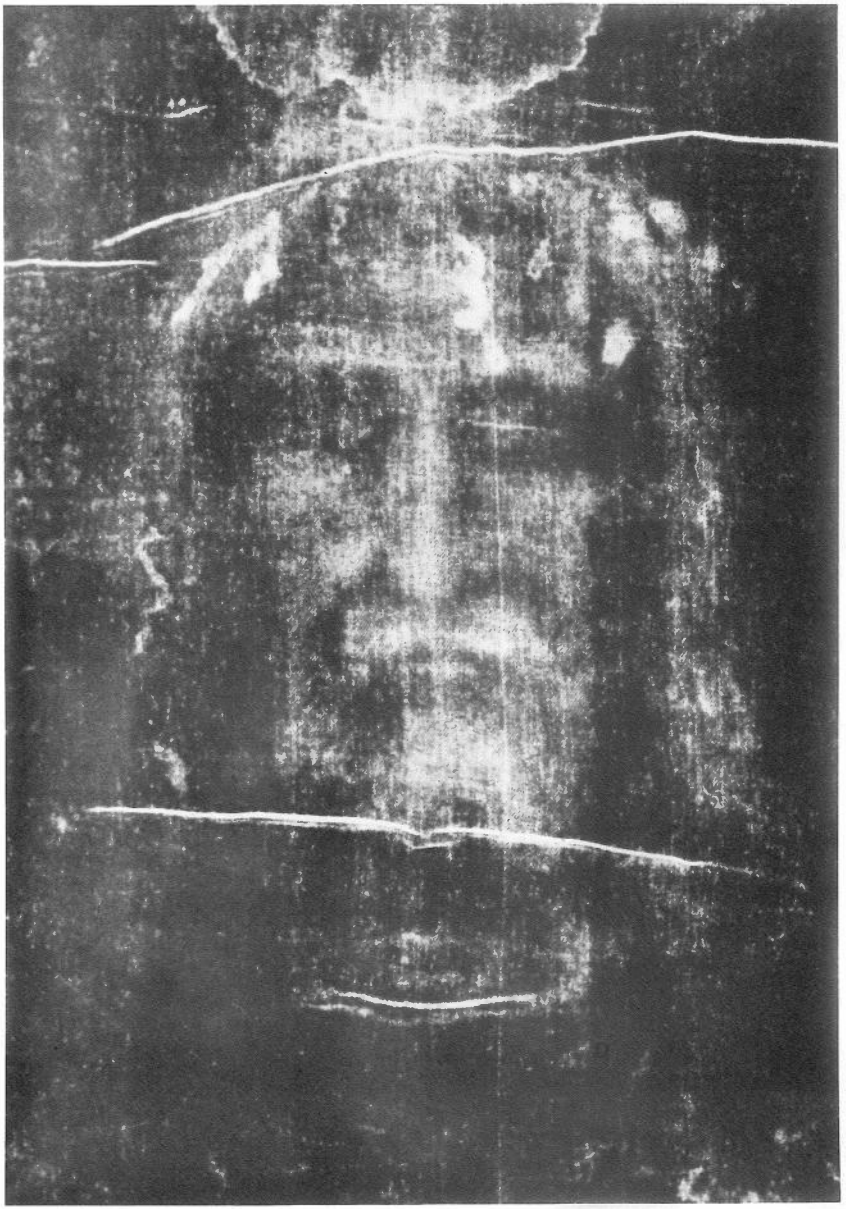


Lámina 1. La cara del hombre de la Sábana Santa (Foto Enrie). *(Ver pág. 32)*

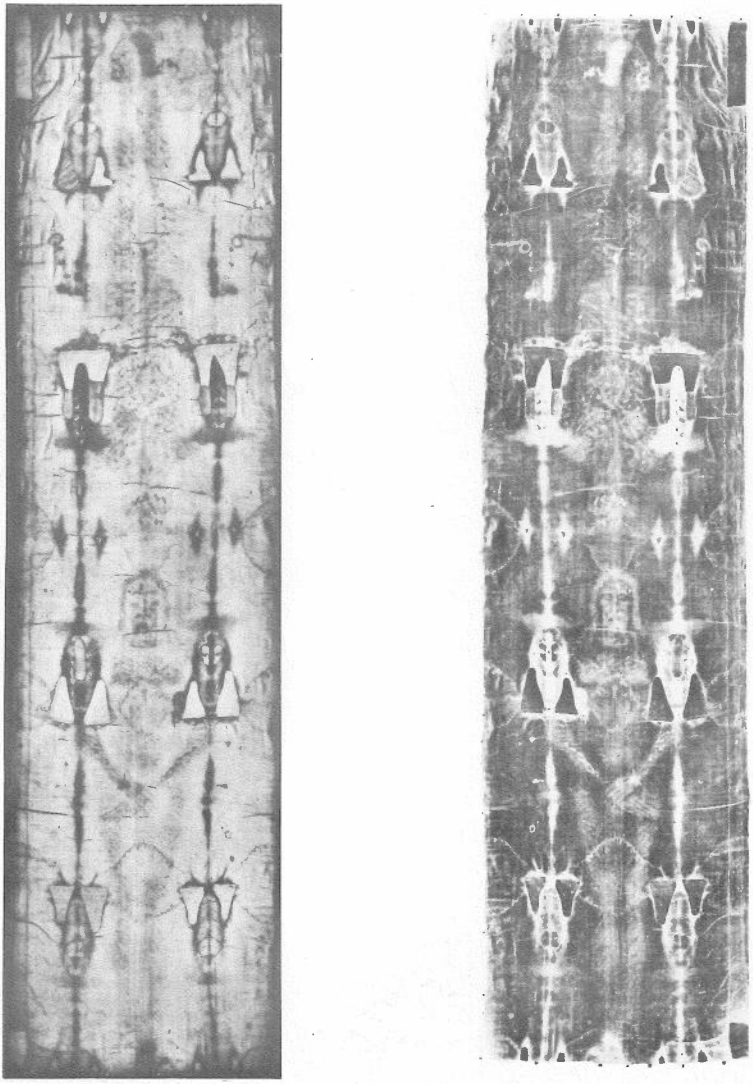


Lámina 2. Positivo y negativo de la Sábana Santa (Foto Enrie). *(Ver pág. 32)*

Lámina 3A. Catedral de Turín. Detrás de su cúpula blanca aparece la cúpula de la Real Capilla de la Sábana Santa (Ver pág. 45).

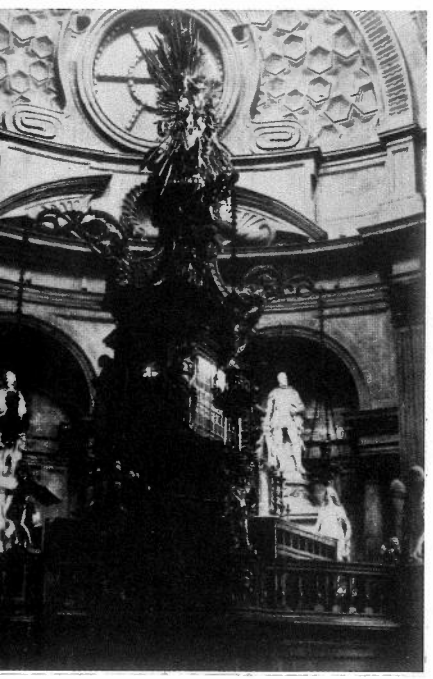
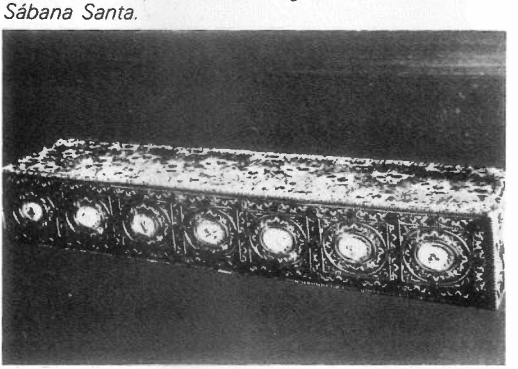
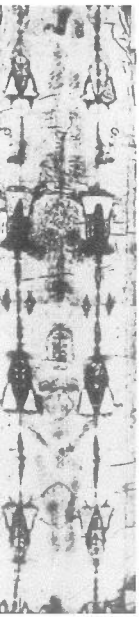


Lámina 3B. Interior de la Real Capilla de la Sábana Santa con el monumental altar de Bertola que sostiene la arqueta-relicario (Ver pág. 45).

Lámina 3C. Arqueta donde se guarda, enrollada, la Sábana Santa.



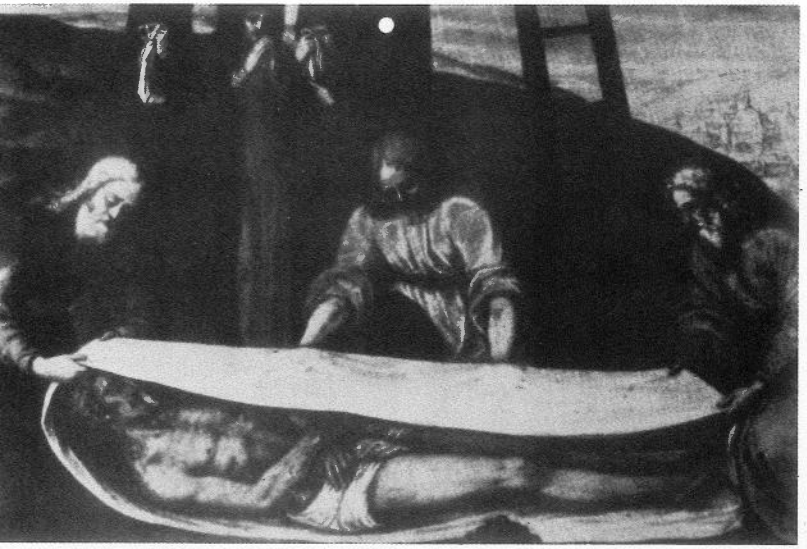

A

B

C

D

ámina 4A. La Sábana de Turín. Lámina 4B. Copia de Durero (1516) (Copyright A.C.L. ruselas) (Ver pág. 48). Lámina 4C. Una copia existente en Chambéry. Le han mpletado los brazos quemados en 1532 (Clisé Masson). Lámina 4D. Copia de la falsa ábana de Besanzon por el pintor Dargent (finales del s. XVI) (Clisé Dissard) (Ver pág.). Lámina 4E. Copia de la falsa Sábana de Besanzon publicada por J.J. Chifflet (s. VII) (Clisé Masson) (Ver pág. 48).



mina 4F. Miniatura de Giovanni della Rovere (Galería Sabanda, Turín).

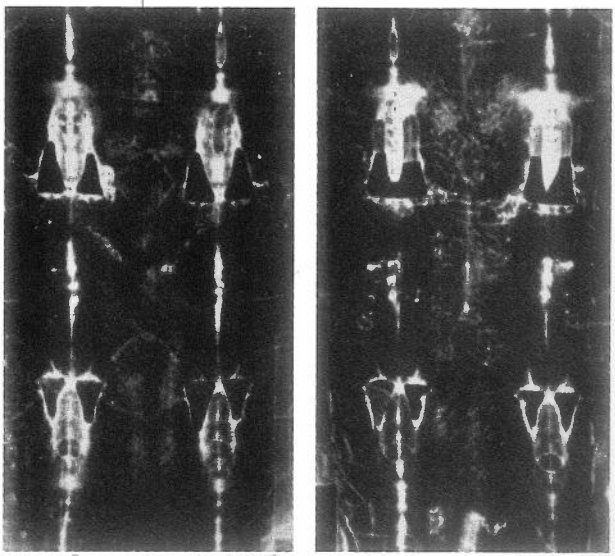


Lámina 5A. Negativo fotográfico del Hombre de la Síndone por delante y por detrás.

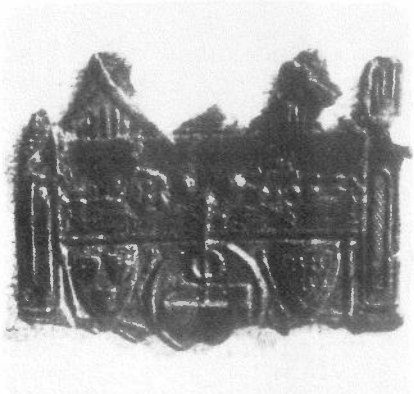


Lámina 5B. Un méreau *(museo de Cluny, París). Es la primera representación de la Síndone completa. Lleva las armas de G. de Charny (tres pequeños escudos) a la izquierda y las de Juana de Vergy, su mujer, a la derecha. En el medallón central aparece el sepulcro vacío (I. Wilson,* Actas II Cong. Int. *pág. 313). (Ver pág. 53.)*

Lámina 5C. Mensura Christi *existente en el claustro de San Juan de Letrán, en Roma. La medida es la distancia que va desde la losa superior del templete hasta el suelo. Sobran los dos grandes capiteles que han colocado delante y al lado. (Ver pág. 81.)*

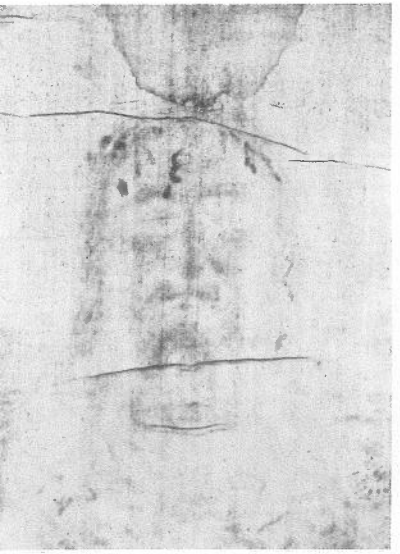


Lámina 6A. La Sta. Faz, tal como los artistas bizantinos la contemplan en la Síndone. (Ver pág. 86.)

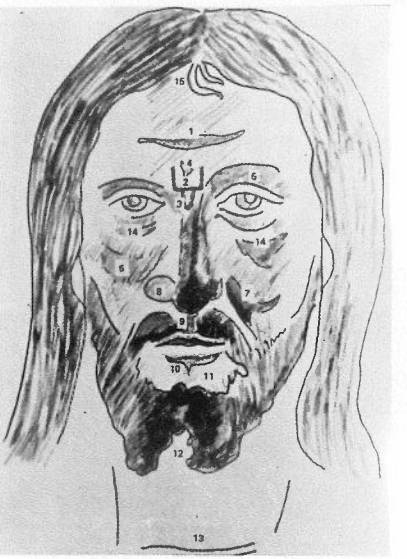
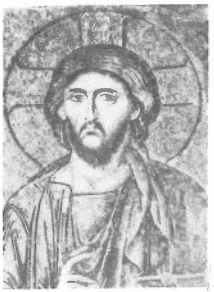
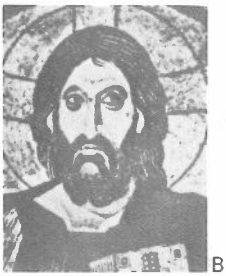


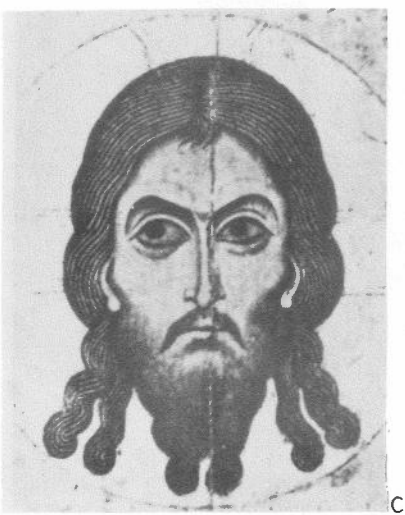
Lámina 6B. La Sta. Faz, tal como la reproducían. Rasgos recogidos por Vignon y Wilson, en la iconografía bizantina del rostro de Jesús, sacados de la Síndone: 1.— Una arruga transversal sobre la frente; 2.— espacio cuadrado delimitado por tres lados, en medio de la frente, entre ceja y ceja; 3.— una V sobre el inicio de la arista de la nariz; 4.— otra V en el interior del cuadrado 2; 5.— ceja izquierda más elevada que la derecha; 6.— el pómulo derecho muy acentuado; 7.— la mejilla izquierda muy acentuada; 8.— el lóbulo derecho de la nariz más abultado; 9.— una línea acentuada entre la nariz y el labio superior; 10.— una línea horizontal muy marcada bajo el labio inferior; 11.— un espacio desprovisto de pelo entre el labio inferior y la barba; 12.— barba bilobulada; 13.— unas líneas transversales sobre la garganta; 14.— ojos acentuados parecidos a los de una lechuza; 15.— dos mechas de cabellos que le caen de la parte superior de la frente (Cfr. Wilson, Le Suaire, *pág. 138).*
No todos los artistas recogen todos estos rasgos, sino unos, unos y otros, otros.



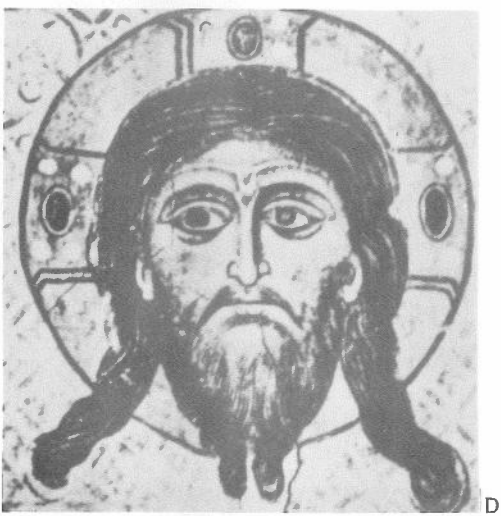
A



B

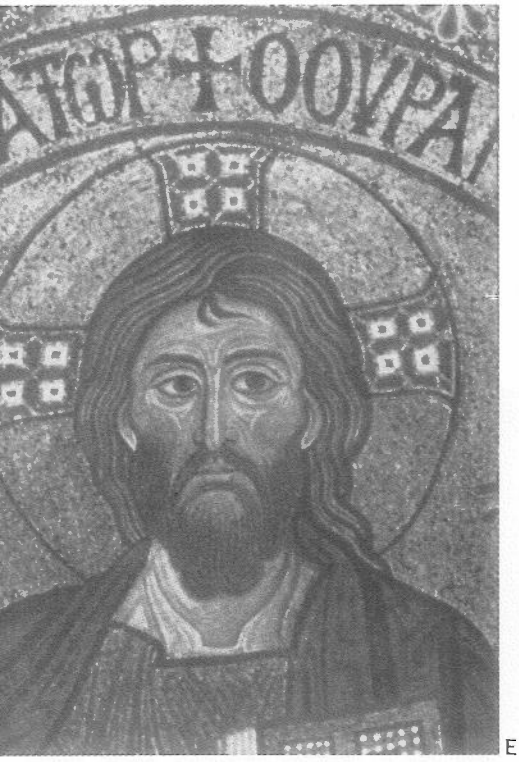


C

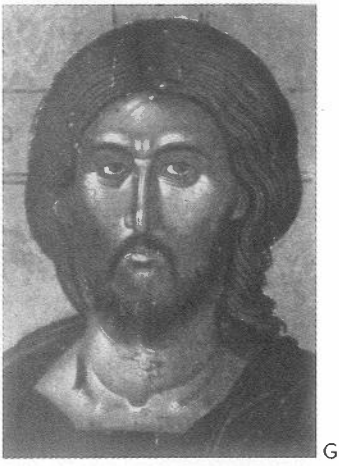


D

Diferentes imágenes bizantinas que reproducen el retrato oficial de Jesús sacado de la Sábana Santa:
Lámina 7A. Mosaico del s. XI en Dafni.
Lámina 7B. Mosaico del s. XIII en Santa Sofía de Constantinopla.
Lámina 7C. Icono del s. XII, de la Escuela de Novgorod (Galería Tret'jakov, Moscú).
Lámina 7D. Fresco de Nereditsa (Novgorod, 1199. Destruido).


E

F


G

erentes imágenes bizantinas que reproducen el retrato oficial de Jesús sacado de la Sábana ta:

nina 7E. Mosaico bizantino de la capilla palatina de Palermo (s. XII).

nina 7F. Rostro del pantocrátor románico de St. Climent de Taüll (Lleida), con influencias ntinas.

nina 7G. Cristo, Fuente de Vida. Galería de Arte de Skoplje (Yugoslavia) s. XIV.

Lámina 8A. Pantocrátor. Mosaico de la iglesia de San Apolinar Nuevo, de Ravena.

Lámina 8B. Jesús llevado ante el juez. Mosaico de la misma iglesia.

Lámina 8C. Pantocrátor de la Palla d'oro de la catedral de Venecia. (Ver pág. 84.)

Las tres presentan la pierna derecha más corta que la izquierda.

En el rostro de Jesús pueden observarse, además, varios de los rasgos señalados por Vignon y Wilson como procedentes de la Sta. Sábana, p. ej. la cabellera, la barba y el bigote, el bulto en medio de la frente, el mentón sin pelo por debajo del labio inferior y los ojos de lechuza.

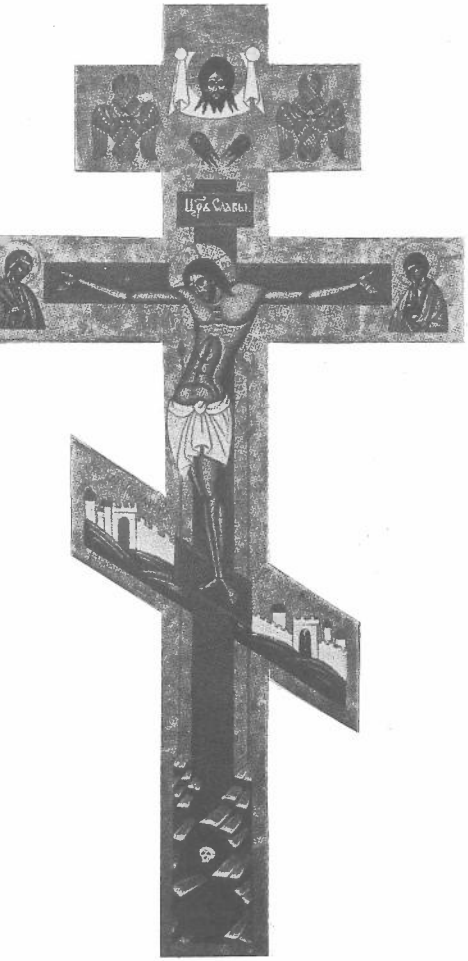


Lámina 9A. Cruz rusa, en el monasterio de la Dormición de Roma. En la parte superior se ve un mandylion escoltado por dos serafines. En la barra oblicua (suppedaneum) se representa el Templo y la Iglesia. El Cristo presenta la curva bizantina.

Lámina 9B. Mosaico bizantino (s. XIII) del Museo Real de Berlín. Cristo presenta la curva bizantina.

Lámina 9C. (pág 84) Ntra. Señora Hodigitria-Eleusa. Arte italo-bizantino, s. XV. Museo de iconos de Recklinghausen (Renania). Obsérvense los pies cruzados: el izquierdo normal, el derecho distorsionado mostrando la planta. Le suponían lisiado

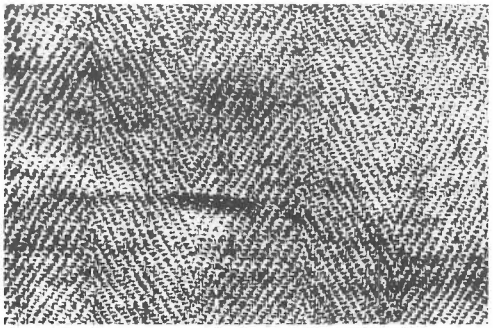


Lámina 10A. (pág. 130) Tejido algo ampliado de la Síndone: una sarga de cuatro.

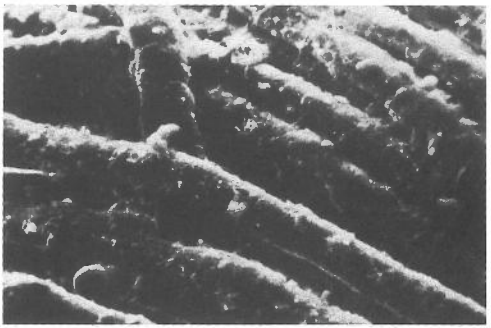
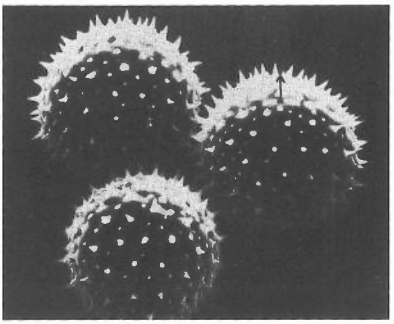


Lámina 10B. (pág. 121) Hilos de la Síndone a 900 aumentos (prof. Morano).

Lámina 10D. (pág. 134) Granitos de polen hallados sobre la Síndone y fotografiados por Max Frei con el microscopio de barrido.
(Cortesía del Centr. Int. de Sindon.).



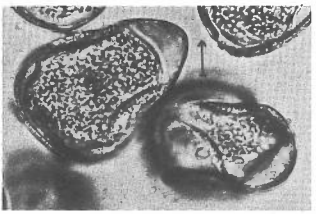
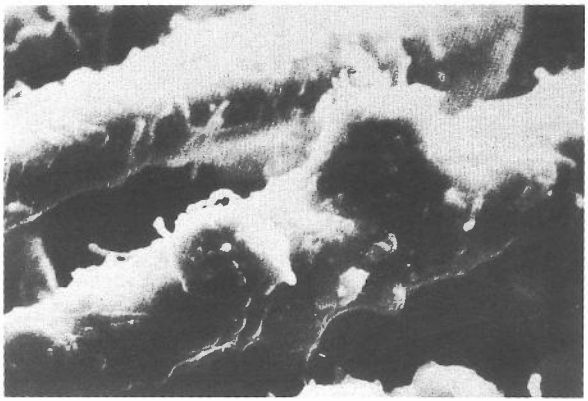
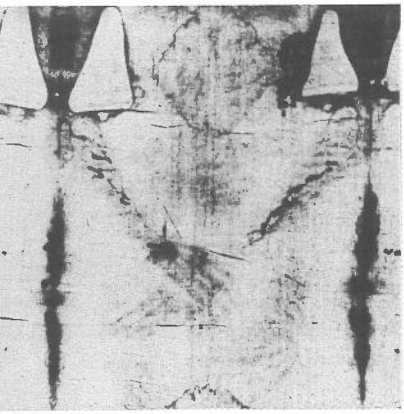


Lámina 10C. Hilos de la Síndone a 8.800 aumentos (prof. Morano). Como se ve, están llenos de materia extraña, íntimamente adherida a las fibras.





ámina 11A. (pág. 139) Fotografía de las manos y antebrazos.

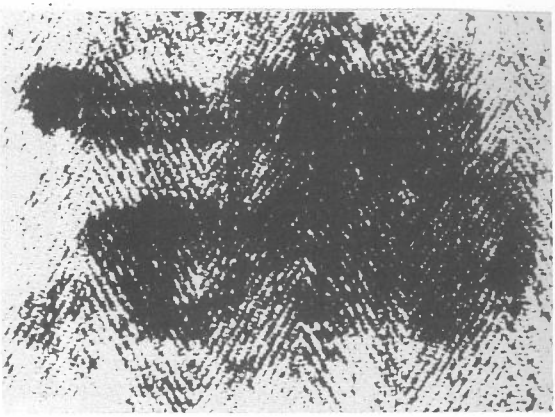


Lámina 11B. (pág. 139) Fotografía de la herida de la muñeca izquierda.

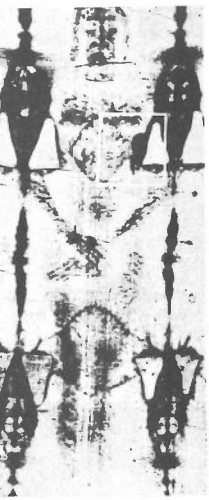
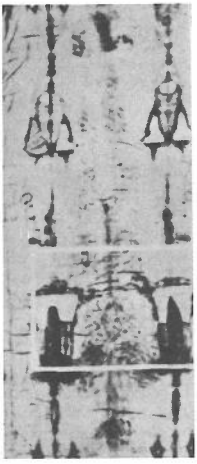


Lámina 11C. (pág. 141) Fotografía de la herida del costado derecho.



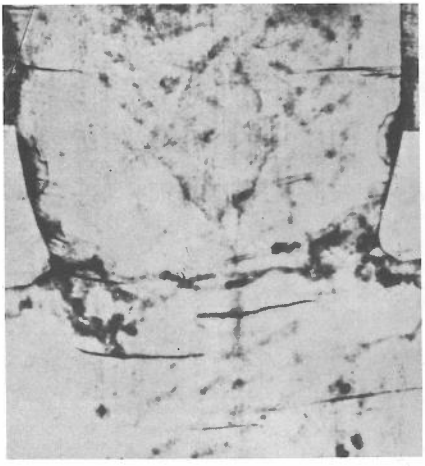


Lámina 11D. (pág. 268) Reguerillos de sangre en la espalda, a la altura de los lomos.

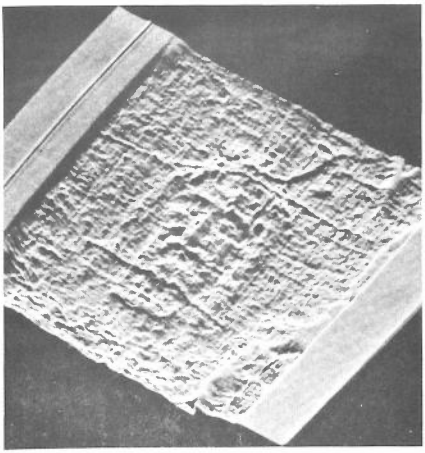


Lámina 12A. Fotografía tridimensional conseguida por los sabios de la NASA. (Ver pág. 165.)

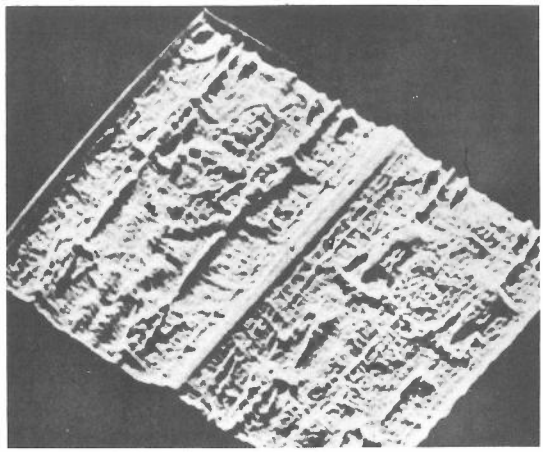


Lámina 12B. Detalle de la cara. Nótese, en ésta, los dos botoncitos o monedas sobre los párpados y la nariz rota.

Lámina 12C. Imagen tridimensional obtenida por el prof. G. Tamburelli y sus colaboradores del CSELT de Turín (Cortesía del Centro Int. de Sind.).

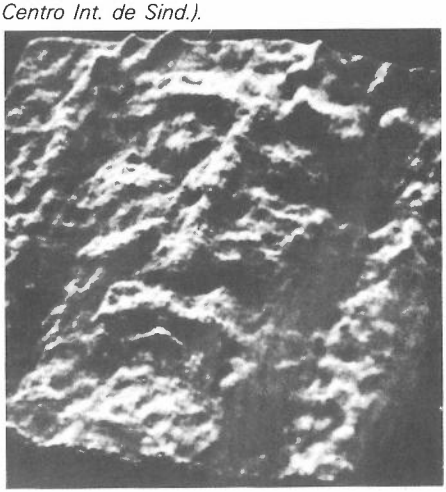


Lámina 12D. La misma imagen, poniendo de relieve los reguerillos y grumos de sangre (Cortesía del Centro Int. de Sind.).

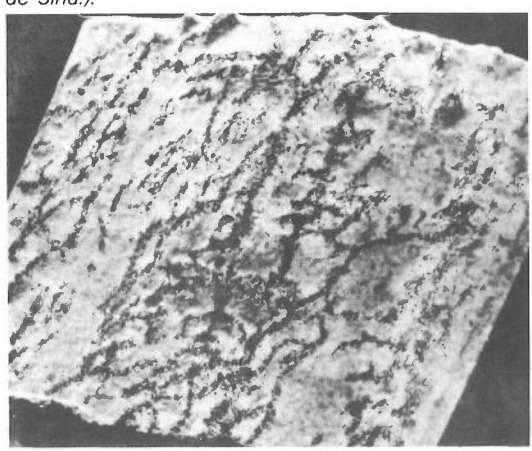


Lámina 13A. Fotografía tridimensional de Tamburelli, eliminados con su ordenador los principales elementos extraños. Así sería, aproximadamente, la cara natural del H. de la S.

Lámina 13B. La misma fotografía enderezada.

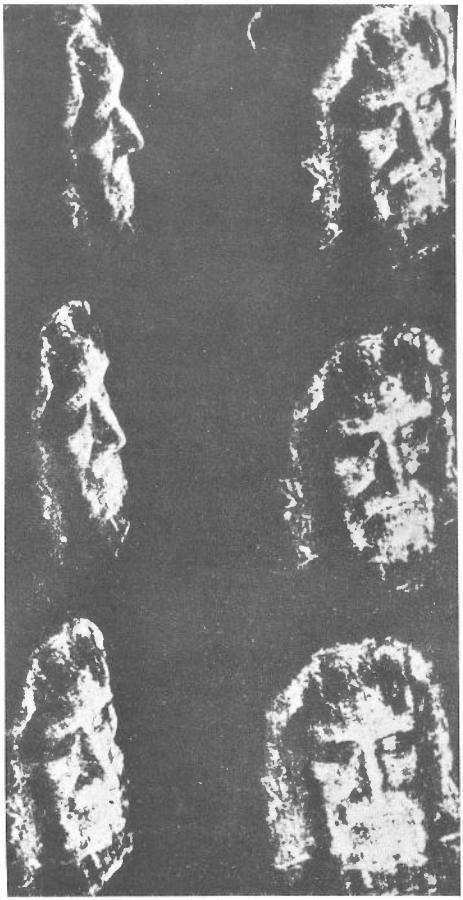


Lámina 13C. Fotografía de Leo Vala.

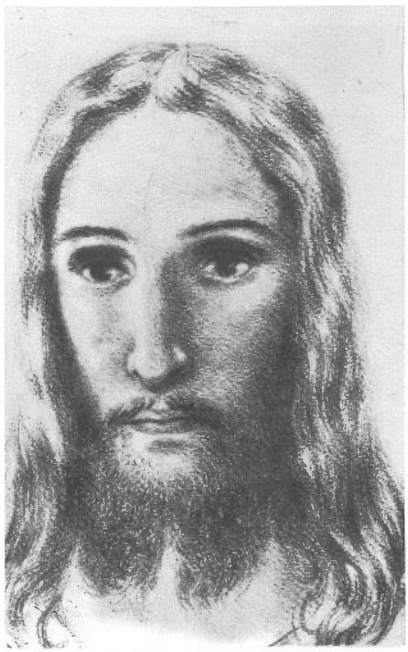


Lámina 13D. Dibujo de Mons. Ricci inspirado en la Síndone.

Lámina 13E. Dibujo de Bruñer inspirado en la Síndone.

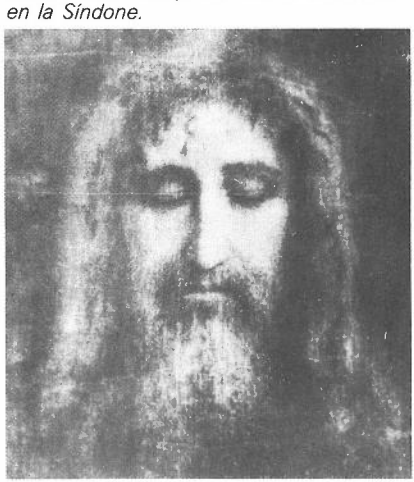
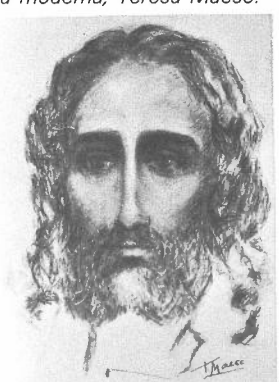


Lámina 13F. Dibujo de una pintora moderna, Teresa Maeso.

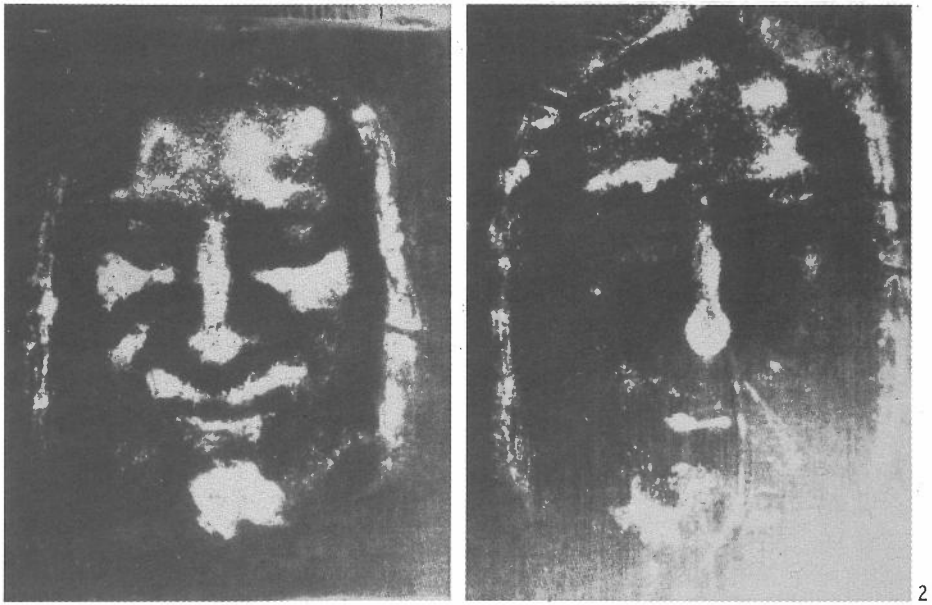


1

Lámina 14. Caras obtenidas por el método vaporigráfico por diferentes autores y con diferentes ingredientes y métodos:

1) Dr. Judica: Positivo y negativo.

2) Dr. Rodante: Con sudor de sangre la primera, con solución fisiológica la segunda.



2

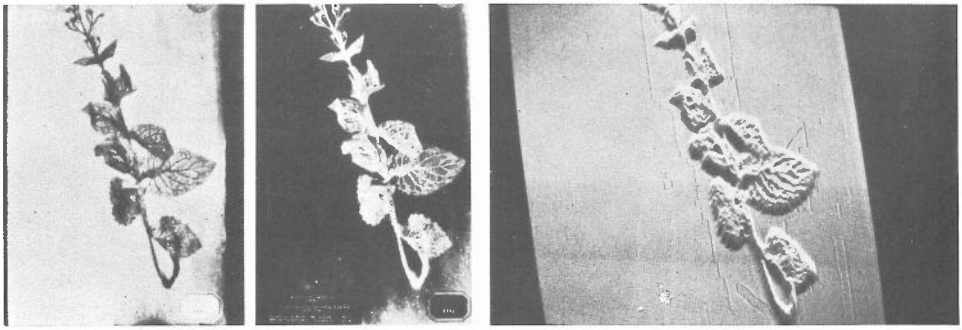


Lámina 15A. Efecto Volckringer (pág. 169). Scrofularia alpestris. Impronta, su negativo fotográfico y su fotografía tridimensional. De Salvo. (Cortesía del Centro Internazionale di Sindonol.).

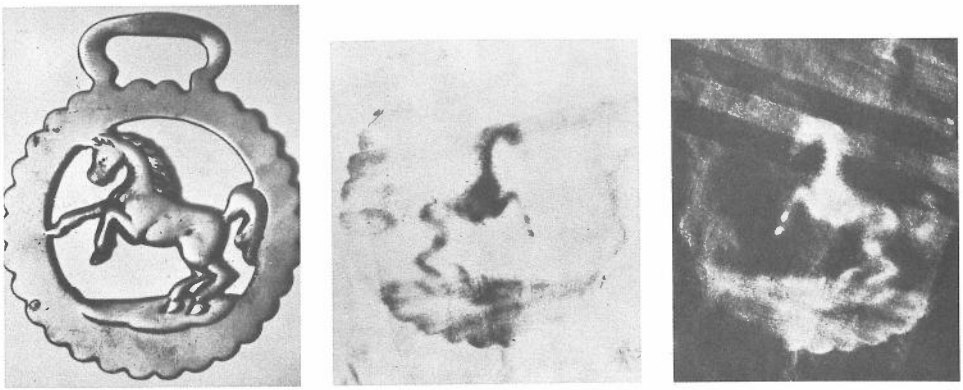


Lámina 15B. (pág. 174) Medallón de latón usado por Ashe, impronta negativa conseguida por el calor sobre una tela y fotografía positiva de la misma. (Cortesía del C. Int. de Sind.).

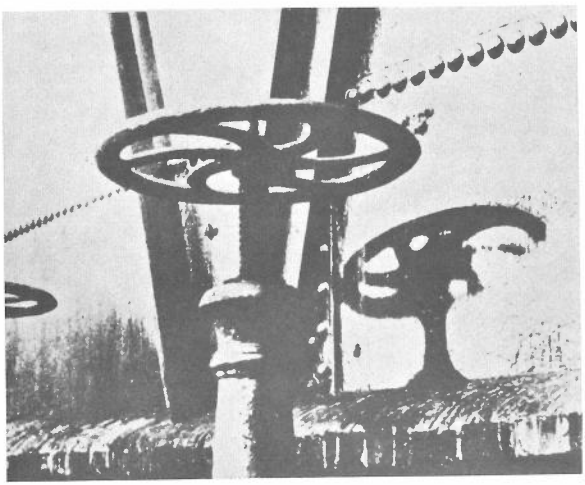
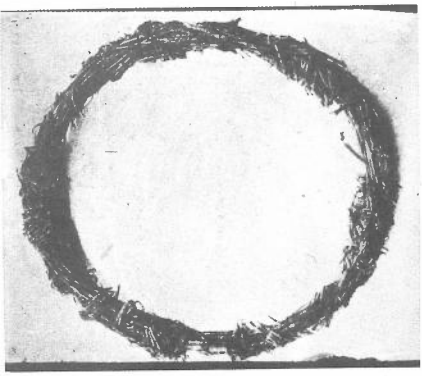


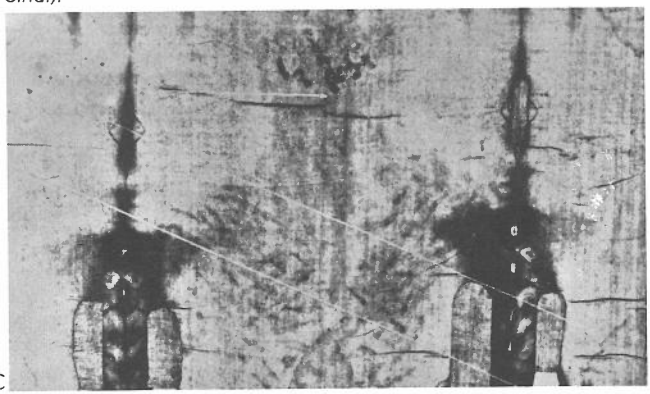
Lámina 15C. (pág. 177) Foto de Hiroshima. un volante de una compuerta, cuya sombra quedó impresa en una pared vecina. (Foto de la aviación americana).



B

Lámina 18A. (pág. 335) Corona de espinas (de juncos) conservada en París.

Lámina 18B. (pág. 226) Heridas de las espinas sobre la frente (Dr. Rodante). (Cortesía del Cent. Int. de Sind.).



C

D

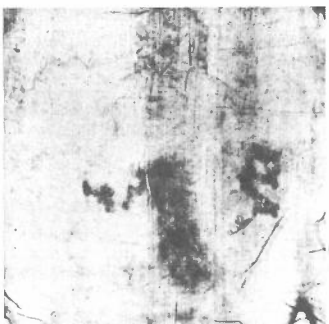
Lámina 18C. (pág. 228 y 235) Heridas de las espinas sobre la nuca. Dos líneas blancas marcan la posición del patíbulo, camino del suplicio, y las escoriaciones dejadas por él sobre la región escapular izquierda y la sobreescapular derecha hasta el acromión.

Lámina 18D. (pág. 413) Pintura de la Verónica conservada en S. Pedro de Roma.

Lámina 18E. Positivo de los pies (págs. 204 y 347). Huella del pie derecho completa. Del izquierdo sólo se ve el talón con regueros de sangre. (Recuérdese que es la positiva de un negativo; por eso los pies parecen invertidos).

Lámina 18F. El Santo Rostro de Jaén. *Conocido al menos desde el año 1246, pero que la tradición cree que estaba ya en dicha ciudad antes de la invasión sarracena (a. 711).*

Lámina 18G. La Santa Faz *de Alicante, venida de Roma, según parece, hacia el año 1487.*



E

G

III

LA TELA

Hemos consultado a la historia sobre esta misteriosa sábana. Ya que se nos presenta aureolada por la tradición de que es ella la mortaja de Jesús, hemos tenido que seguir esta pista en el capítulo anterior. El resultado no ha sido concluyente: la historia no puede comprobar lo que afirma la tradición, aunque recoge toda una serie de indicios favorables a ella a lo largo de los siglos.

Hemos de seguir, pues, nuestra investigación preguntando a la técnica y a la ciencia. A ver si ellos pueden darnos datos más seguros, que complementen lo que sólo nos ha insinuado la historia. Ya indicamos que, a partir de su fotografía, fueron precisamente los técnicos y científicos los que sintieron la comezón de descifrar el misterio de este lienzo. Las publicaciones sobre la Síndone se multiplican incesantemente: historia y arqueología, exégesis bíblica, iconografía e historia del arte, medicina legal, biología y botánica, química, física y matemáticas... Todas las ciencias tienen en ella algo que investigar y desvelar. Su estudio se hace cada vez más fascinante. De manera que el II Congreso Internacional de 1978, reunido en Turín, más que en final de un estudio, se ha convertido en el principio de una nueva etapa de investigación, mucho más intensa. Se han esclarecido muchas cosas de la Sta. Sábana, pero quedan todavía muchos otras por dilucidar (Véase el apéndice A al final del capítulo) (p. 130).

Comenzaremos, pues, por preguntar a la técnica textil. A ver qué nos dice ella sobre la tela. Aquí prescindiremos de la tradición. Consideramos a la Sta. Sábana como un objeto arqueológico simplemente.

1. DESCRIPCION

La Síndone es una gran sábana de lino, ligera, fina y suave al tacto en general, delicada y enormemente flexible. De forma rectangular, mide unos 4,32 m. de largo por 1,10 de ancho [53].

[53] La anchura media es de 1,15 m. En un extremo llega a 1,20 m.; pero en su mayor parte mide, 1,10 m. Antes se le atribuía la longitud de 4,36 m. Medi-

Consta de dos piezas muy desiguales, pues la menor se reduce a una franja de 8 cm. de anchura, cosida a lo largo del lado izquierdo de la pieza principal. Decimos «lado izquierdo» en relación a la doble figura humana que aparece en su centro y de la que nos ocuparemos después.

Se ignora el origen de esta franja lateral; incluso si es anterior o posterior a la impresión en la sábana de la doble figura. El tejido de ambas piezas es aparentemente idéntico. Parece, con todo, que su finalidad no es otra que el de centrar la doble figura humana que aparece en la Sábana. A esta franja le faltan unos 15 cm. en la extremidad de la parte facial y unos 37 en la extremidad de la parte dorsal. Ambos fragmentos han sido sustituidos por unos pedazos de tela diferente.

Lo primero que llama la atención, cuando uno contempla la Síndone desplegada, son dos gruesas líneas paralelas negruzcas, que resaltan enormemente sobre el fondo amarillento de la tela, una a cada lado y a cierta distancia de la línea central longitudinal del lienzo. Son líneas carbonosas, flanqueadas de vez en cuando, por unos triángulos y herraduras de tela blanca. Son las quemaduras del incendio de Chambéry (1532), de que dimos cuenta ya, con los remiendos que les pusieron.

Estudiando pacientemente la simétrica disposición de estas quemaduras, el P. A. Tonilli S.D.B. pudo deducir la forma en que estaba plegada la sábana, dentro de la caja de plata, cuando el incendio. Lo exponemos en el dibujo adjunto. Resultan 48 dobleces de 36 por 27 cm. cada uno (Fig. 3).

Primer doble: de abajo arriba por la línea 1-1
Segundo doble: de arriba abajo por la línea 2-2
Tercer doble: de izquierda a derecha por la línea 3-3
Cuarto doble: de derecha a izquierda por la línea 4-4

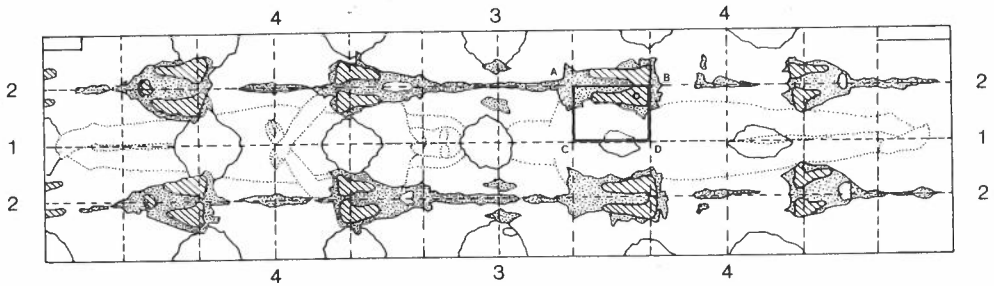


Fig. 3.

---

ciones más precisas ejecutadas en 1970 por el Dr. Judica, la han reducido a 4,32 *(L'Uomo...* p. 52). Decimos que es fina y suave al tacto *en general,* porque, siendo sus hilos de grosor vario por estar hilados a mano, el tacto lo constata de alguna manera.

Finalmente se doblaron sobre el rectángulo base, ABCD, primero los pliegues de la izquierda y por encima los de la derecha.

La tela así plegada estaba colocada en la caja de plata de manera que el rectángulo base quedaba encima, junto a la tapa. Por eso la amplitud de las quemaduras es mayor en ese rectángulo base, y va decreciendo sucesivamente en los que estaban debajo de él.

El lado A B estaría mirando hacia el exterior del nicho donde se guardaba la Reliquia. Este lado del relicario se puso incandescente por el fuego y causó la carbonización inicial de los dobleces próximos a él. Son las dos líneas paralelas semicarbonizadas. El color de estas quemaduras es parecido al de las chamuscaduras que deja sobre una tela blanca una plancha caliente, dejada demasiado tiempo sobre ella.

Además, la tapa del relicario empezó a fundirse por el calor, y unas gotas de plata derretida (960°) cayeron sobre los pliegues de la tela por el sitio que marca la mancha Q, quemándolos gradualmente. Estas quemaduras agujerearon por completo y simétricamente la Síndone.

Para apagar la caja en fusión le echaron agua desde la perspectiva del ángulo A. Esta empapó la Síndone, menos el trozo opuesto del relicario, marcado junto al ángulo C. Este fragmento, que quedó seco, dio origen a las figuras romboidales que se observan, simétricamente situadas, sobre la Síndone; especialmente en la figura frontal (rodillas, pecho, sobre la cabeza, etc.) (Fig. 4 y lám. 2).

Aparte esos deterioros debidos al incendio de Chambéry, presenta la Síndone cuatro series de pequeñas quemaduras irregulares. Su disposición indica también la manera cómo estaba plegado el lienzo cuando se produjeron. (Fig. 4.) No conocemos cuándo y cómo sucedió esto; pero ciertamente fue antes de 1516, pues los trae ya la copia de Durero. Su naturaleza es distinta de las de Chambéry. Estas presentan un gran halo moreno, aquéllas —pequeñas— sólo tienen los bordes

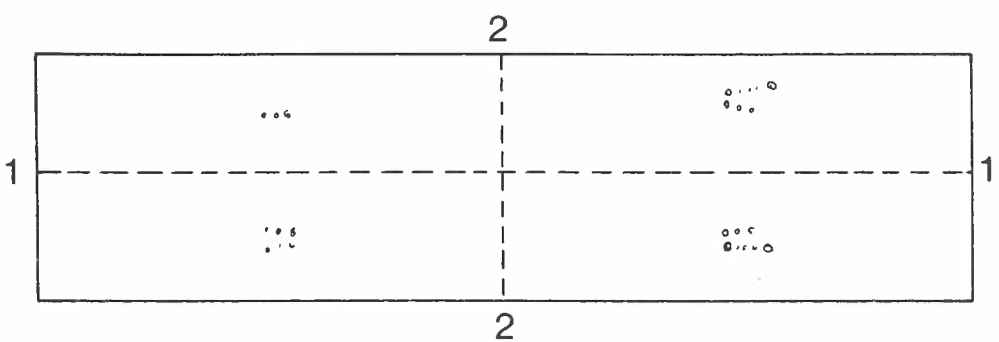


Fig. 4. Quemaduras anteriores a 1516. La Síndone estaba plegada en cuatro pliegues, siguiendo las líneas punteadas: primero por la línea 1-1 y luego por la línea 2-2. (Esquema de I. Wilson).

ennegrecidos[54]. Parece que alguien atravesó deliberadamente varias veces (¿para la prueba del fuego?) el lienzo plegado en cuatro dobleces con un bastón en brasa.

Todavía existen otras dos señales de carbonización incipiente, de origen desconocido, sobre la línea media longitudinal de la parte dorsal (mapa de la pág. siguiente 9 y 10, B, C). ¿Serán de otro incendio?

Consta que en Chambéry hubo otro incendio en 1510, más benigno que el de 1532[55].

Aparte estas señales de quemaduras, se observan en la fotografía unas pequeñas manchas blancas, de forma circular, de origen desconocido.

También se han formado en la tela pequeñas arrugas transversales (especialmente visibles son una por encima de la frente y otra bajo la barbilla) que afean las fotografías de la misma. Se deben al hecho de guardarse la Síndone durante tantos años enrollada sobre un cilindro, como indicamos, con el anverso hacia dentro. Por ello se ha propuesto enrollarla en adelante con el anverso hacia fuera. Al sacar las fotografías de Enrie, de que hablaremos luego, no pudieron ser eliminadas estas arrugas, y aparecen en ellas a manera de líneas blancas.

Para reparar los efectos del incendio, las clarisas de Chambéry comenzaron por coser al reverso de toda la Sta. Sábana una tela de holanda, blanca y fina, de la misma magnitud. Está cosida a lo largo de las cuatro orillas. A ella cosieron también los bordes libres de las quemaduras más pequeñas. Los agujeros mayores los taparon con pedazos de tela blanca de lino, sacada de corporales de misa, cosiéndolos firmemente a las dos telas. En total 21 remiendos (cfr. R. Gervasio: *Sindon,* 24). Esta holanda está tan estrechamente cosida a la Síndone que no puede descoserse sin grave peligro de dañarla (S. Curto, en el estudio pericial de 1969-73, p. 73).

Como quiera que estos remiendos estaban cosidos a los bordes quemados, muchos de ellos se rasgaron con el tiempo. Esto dio ocasión a sucesivas reparaciones. La primera la ejecutó el Bto. Sebastián Valfré, sacerdote del Oratorio y capellán del duque Víctor Amadeo II de Saboya, el año 1694. La segunda, la princesa Clotilde de Saboya, esposa de Jerónimo Bonaparte, en 1868; y últimamente, las religiosas Hijas de S. José, con ocasión del estudio pericial de 1969/1973.

---

[54] He aquí cómo distingue y explica el P. Tonelli unas y otras quemaduras. Las de Chambéry están rodeadas de un amplio halo esfumado, de color sepia. Su explicación es sencilla: el calor de irradiación causó una especie de destilación seca de la celulosa del lino, con producción de sustancias orgánicas diversas, gaseosas a aquella alta temperatura. Algunas de éstas, coloradas, se difundieron en forma de halo en torno a las quemaduras y se depositaron allí coloreando la tela.

Las quemaduras anteriores carecen de este halo moreno porque la tela fue quemada rápidamente, sin que se formaran abundantes gases de destilación (Cfr. L. Fossati: *«Osservazioni...»* p. 52).

[55] Tratan detalladamente este tema de las quemaduras y remiendos R. Gervasio en *«Sindon»* n. 19 y 24; L. Fossati en *«Osservazioni alle Perizie Uficiali»*... p. 50; E. Delorenzi en las Perizie Ufficiali, *«La S. Sindone»*. p. 107, ss.

Estas intervenciones sucesivas son claramente recognoscibles por el diverso tipo de tela de los pedazos y por el color y grosor del hilo usado, no menos que por la pericia de la ejecución. Esto explica la presencia de 6 remiendos de tela algo coloreada.

Siguiendo las líneas de los pliegues y quemaduras de este incendio, los profesores P. L. Baima Bollone y A. Ghio idearon una cuadrícula sobre la Síndone que permite a los estudiosos localizar sobre ella cualquier elemento de la misma. (Fig. 5).

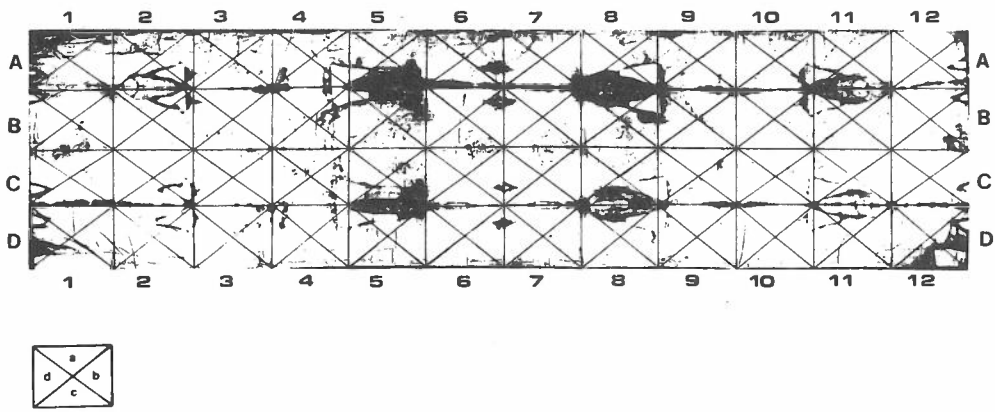


Fig. 5. Mapa de la Síndone. Para localizar, v.gr., uno de los grupos de quemaduras primitivas de las que acabamos de hablar basta buscar 4Dad.

Los remiendos que taponan las cuatro series de quemaduras pequeñas son también completamente diversos de los aplicados a las quemaduras de Chambéry.

Antes de pasar adelante hemos de anotar también que el Bto. Valfré, a la holanda que le habían cosido por detrás las clarisas de Chambéry, le añadió un forro de protección de seda negro, forro que la princesa Clotilde cambió por otro de tafetán rojo granate, que lleva todavía. Este cubre y protege las orillas de la Síndone.

2. EL TEJIDO

Pasemos a estudiar el tejido. La Santa Sábana es, técnicamente, una sarga de cuatro en espiga o espina de pescado (cfr. Apéndice B al final del capítulo p. 134).

Sus bandas longitudinales, a lo largo de la pieza, formadas por los bordones inclinados ascendentes y descendentes, tienen una anchura de unos 11 mm. y constan, cada una, de unos 40 hilos. El ángulo que forman los bordones ascendentes de una franja con los descendentes de la vecina es de 60° (lám. 10, A).

Es un tejido tupido, opaco, ligero y muy flexible, pero compuesto

de hilos bastante irregulares. Estos son de fibra basta, de lino. Su título en n. inglés Na es de 10,1 para los hilos de la urdimbre y 3,1 para el de trama. El sentido de la torsión es Z. (Raes, *Comissione di Experti,* p. 79).

A pesar de su extrema delgadez, son hilos hilados a mano, por lo que presentan bastantes irregularidades de grosor, abultamientos y botoncitos (el llamado hilo boutonneux).

El tejido contiene cerca de 38 hilos por centímetro cuadrado en la urdimbre y unas 25 pasadas de trama (Raes). Está confeccionado en un telar a mano, muy rudimentario, de cuatro lizos movidos a pedal. También el tejido es bastante irregular. Incluso el diseño en espiga queda interrumpido y falseado por irregularidades en la anchura de las bandas, en la interrupción de la nervatura, en los ángulos de término y por omisión de algunas pasadas de trama. Su peso es de 234 gr. por metro cuadrado (Timossi y Marchis).

3. SU ANTIGÜEDAD

Esta rudimentariedad del tejido de la Síndone indica ya su antigüedad. Ella sola, con todo, no puede precisar la época de su fabricación. Pero sí que podemos afirmar, desde luego, que esta sarga no procede de Europa, sino del Oriente Próximo. En Europa occidental no se tejió sarga hasta pasado el siglo XIV (T. Walsh), y la Síndone es conocida históricamente con certeza desde el año 1356. En Siria, en cambio, eran corrientes en el siglo I los tejidos de sarga. La ciudad de Palmira, al este de Damasco, era un emporio especializado en la fabricación de sargas de lino (de Gail, *Le Visage...* p. 61). No era difícil, pues, encontrar sargas de lino en los comercios de Jerusalén a principios del siglo I [56].

En consecuencia, la Sta. Sábana debe proceder de Siria o de Mesopotamia, regiones ambas estrechamente unidas a Palestina por el comercio.

---

[56] El profesor Silvio Curto, encargado de egiptología en la Universidad de Turín, rechaza decididamente el origen egipcio de la Síndone. Los paños que se conservan de Egipto, dice, son todos ellos de puro lino hasta el siglo III d.C.; pero tela de una simplicísima contextura ortogonal, no sarga. *(Comissione di Experti...* pp. 62-63). Los linos egipcios de la época de las dinastías faraónicas conservadas en las momias son tejidos en tela o tafetán, para los cuales bastan unos telares más sencillos que para la sarga (cfr. *Gazzetta del Popolo,* Turín, setp. 1978, p. 47).

Es verdad que en las excavaciones realizadas en Antinoe (Antinópolis) por los años 1897-1902, encontró Gayet dos momias de mujer que descansaban su cabeza sobre almohadas de clara textura en espiga. Su antigüedad se fija hacia el año 130, no más tarde del 200 (Savio, *Ricerche sul tessuto della Sta. Sindone,* p. 47). Con todo, advierte Curto, hay que tener presente que Antinópolis era fundación romana.

Que los romanos conocieran la sarga en el siglo I aparece claro en Pompeya, cubierta por la lava del Vesubio el 24 de agosto del 79 d.C. Se ha encontrado allí, semicarbonizado, un trozo de sarga, al menos en armadura de batavia o diagonal. (V. Marchis, *Sindon,* n. 4, p. 17.)

Por lo demás, en los museos egipcios de Turín, París y Londres se conservan numerosísimas telas de lino, de proporciones parecidas a las de la Síndone, de 2.000 y hasta de 4.000 años o más antes de Cristo. El lino, puesto en las debidas condiciones de sequedad, etc., se conserva bien durante muchos milenios. Por este lado, pues, no hay dificultad alguna en que la Síndone se remonte a la primera mitad del siglo I.

Por otro lado su armadura «en espiga» le ha permitido, por su mayor consistencia, llegar más fácilmente hasta nosotros en el discreto estado de conservación en que se halla, a pesar de los innumerables avatares que ha tenido que superar a lo largo de los siglos: incendios, baños, plegaduras y enrollados diversos antes y después de las ostensiones, traslados de una parte a otra, etc. (V. Marchis).

Otro dato puede ayudarnos a precisar un poco la fecha y lugar de su fabricación. El profesor Gilbert Raes, de la universidad de Gante y director del Laboratoire de Technologie des matières textiles, miembro de la Comisión de Expertos de 1969-73, examinó al microscopio y fotografió algunas fibras extraídas de la Síndone. Eran de lino. Pero tanto en el hilo de trama como en los de urdimbre, encontró, algunas trazas de fibras de algodón. Se ve que aquellos hilos de lino habían sido hilados en sitios donde se hilaba igualmente algodón.

Por otro lado, el entramado de nuestro lienzo no presenta nada de particular que permita determinar la época de su fabricación. Por ello concluye el profesor Raes:

«Basándome en el conjunto de observaciones hechas, se puede decir que no se dispone de indicación alguna precisa que permita afirmar con certeza que este tejido no es del tiempo de Cristo; si bien tampoco tenemos elementos precisos para afirmar categóricamente que dicho tejido fue fabricado efectivamente en dicha época» *(La S. Sin. Comisione di Experti...* p. 83).

A la misma conclusión llega Silvio Curto, profesor adjunto de egiptología en la Universidad de Turín, miembro de la misma Comisión de Expertos: «El paño puede remontarse a la época de Cristo. Precisar más la datación no es posible» *(Com. di Exp.* p. 64).

«Otra autoridad en materia textil, el profesor de la Universidad de Mayence, Wilhelm Geilmann, ha podido analizar un buen número de trozos de tejido parecidos. Les atribuye con gran probabilidad datos que van del primer al tercer siglo de nuestra era. Una de las piezas examinadas por él presenta exactamente el mismo diseño que la Síndone de Turín» (T. Humbert, *L'enigme du S. Suaire...* p. 23).

La misma opinión sostienen los técnicos del STURP: la sarga de la Síndone ha sido fabricada con las técnicas usadas hace dos mil años en Oriente Medio.

Esto, que estos autores afirman empíricamente, el técnico textil Timossi, ha querido comprobarlo. Ha fabricado un telar rudimentario, tal cual nos consta eran los de aquellos tiempos en el Oriente Medio, y ha conseguido una sarga parecida en peso e idéntica en estructura a la de la Síndone. Este telar rudimentario se conserva en el Museo Sindonológico de Turín.

Todavía hemos de añadir que las fibras de algodón halladas sobre los hilos de la Sta. Sábana por Raes son de la especie *gossypium herbaceum,* precisamente el que se usaba comúnmente en el Oriente Medio a principios de nuestra era.

Otro dato interesante. El naturalista romano Plinio el Viejo († 79) consigna en su *Naturalis Historia* que los tejedores de principios de nuestra era usaban el almidón para dar rigidez a los hilos de la urdimbre. Confeccionado el tejido, lo trataban con palo jabón (saponaria officinalis) para eliminarlo. Ahora bien, la saponina, contenida en dicha planta, es fungicida. Esto explicaría por qué la Sta. Sábana no presenta señal alguna patente de moho o añublo, a pesar de haber estado guardada largos períodos de tiempo en iglesias húmedas. También se ha comprobado experimentalmente que las telas tratadas con saponaria se chamuscan con más facilidad e intensidad que las otras. (Cfr. Ray Rogers y Diane Soran en *National Geography.* Washington, junio, 1980 pp. 750 y 751.)

De otras propiedades de la saponina, que interesan a nuestro caso, hablaremos en su lugar.

Ahora bien, la existencia de saponina sobre la Síndone no puede ya ponerse en duda después de que el médico forense Baima Bollone y el Presidente de la Academia de Agricultura de Turín, Giovanni Donna d'Oldenico, independientemente, la han detectado sobre ella, junto con la mirra y el áloe socotrino *(Sindon* n. 30, pp. 34 y 121).

4. EL CARBONO 14

Muchos preguntarán, al llegar aquí, si no se ha sometido la Santa Sábana a la prueba del carbono 14 para conocer su antigüedad. (Cfr. Apéndice C al final del capítulo, p. 136).

En principio, es posible realizar tal prueba. Pero los técnicos no han creído útil ni conveniente, hasta ahora, realizarla[57]. Las razones en que se apoyan pueden ser resumidas así:

Al principio era un inconveniente grave la excesiva cantidad de tejido que era preciso quemar para realizar este análisis. Se necesitaban unos 0,76 m^2 de tela, es decir, cerca de un sexto de su superficie total (Judica Cordiglia, *Sindon,* n. 10, p. 9). Más tarde (1976), el profesor Codegone calculaba que bastaría un cuadro de 30 cm. de lado para cada análisis. Habiéndose, pues, de repetir la operación dos o tres veces, sería preciso, para la datación, quemar un rectángulo de tela de 30 cm. de base por 90 ó 120 de alto. Es decir, unos 2.700 ó 3.600 cm^2.

Demasiada tela. Dolía mutilar la Síndone en un trozo tan grande.

[57] Léase, por ejemplo, el estudio pericial del prof. ing. Cesare Codegone, Director del Istituto di Fisica Tecnica e Impianti Nucleari del Politecnico di Torino *(La S. Sindone... Comissione di Experti,* pp. 31-38) y el parecer de otros sabios en *Sindon,* n. 3, p. 39. Especialmente toca este punto la respuesta de un grupo de sabios ingleses, preguntados expresamente sobre el particular por los editores de Sindon *(Sindon,* n. 7, p. 35).

Sobre todo teniendo en cuenta que los resultados son sólo aproximados (dentro del margen de 400 años) y que todavía son inseguros, como indicamos en el apéndice C de este capítulo.

Esta dificultad, con todo, se ha ido reduciendo con los años. En 1974 era suficiente ya un cuadrado de tela de unos 10 cm. de lado. Y, últimamente, se ha calculado que bastaría una muestra de 2 mgr. de Síndone (cerca de 10 mm^2) o sea, un cuadrado de unos 3,1 mm. de lado (cfr. Atti II Congr. Int. de 1978, pp. 428 a 445).

Como se ve, no radica ya la dificultad en la cantidad de tela que habría de ser destruida, realmente irrisoria. La verdadera dificultad viene de otro lado. Y es que al examinar los peritos al microscopio electrónico de barrido un hilito sacado de la Síndone en 1868, se halló completamente revestido de microorganismos (polen, esporas, hifas, hongos) y de otros cuerpos microscópicos extraños, que han ido depositándose sobre ella a lo largo de los siglos. Basta tener presente que los paños que la han envuelto, se han gastado por el uso, se han rasgado y ha sido preciso renovarlos. El polvo y las partículas vegetales provenientes de estos paños pueden también haberse adherido al lienzo.

Es tal la cantidad de materia extraña que contiene la Síndone, que se calcula constituye del 10 al 15 % de su peso. *(Sindon,* n. 26, pp. 15 ss.; *Actas del Congreso de 1978* pp. 201 ss.; *La Sindone e la Scienza* (folleto), p. 47). (Véase Lám. 10, B y C.)

Evidentemente que tal cantidad de materia orgánica, ajena al tejido original y muy posterior a él, habría de larvar forzosamente los resultados de su datación.

Por otro lado, no se puede obviar esta dificultad; pues resulta prácticamente imposible limpiar de tales impurezas las fibras de la Síndone sin destruirlas. Tan adheridas están a ella. Así se expresan los peritos Tino Zeuli y Bruno Barberis *(La Sindone e la Scienza* [folleto], 1978, p. 49).

Por lo demás, no es exclusivo de la Síndone este hecho de contener tantas impurezas adheridas. En las telas egipcias antiguas halladas en las momias se constata algo parecido.

Aparte de ésta, todavía otra dificultad grave encuentran los técnicos en contra de la objetividad de los resultados que podría aportar el carbono 14: son las vicisitudes pasadas por la Síndone a lo largo de los siglos. Estas podrían haber alterado la composición química del carbono contenido en ella.

Ante todo la Síndone ha padecido uno, dos o tres incendios, como indicamos antes, con temperaturas tan altas que se llegó a fundir la caja de plata (962 °C) que la contenía, y la chamuscaron y la quemaron a ella misma en buena parte. Para apagarla, fue empapada en agua casi toda ella, agua que arrastró consigo partículas carbonosas. No digamos nada si de verdad hubiera sido hervida en aceite, para probar su autenticidad, como indicamos. Ha permanecido expuesta muchas veces y por muchas horas al aire libre, tal vez incluso a los rayos directos del sol meridional, sometida al viento, posiblemente cargado de polvo. Conocido es el fuerte efecto que causa la luz solar, aun difusa,

sobre el lino. Otras muchas veces ha permanecido extendida por largas horas y días en iglesias húmedas y frías, en locales cerrados ocupados por multitudes de fieles (por tanto en ambiente cargado de dióxido de carbono) y en la cercanía de filas de cirios encendidos, con la consiguiente producción de humos. Ha sido tocada por centenares de manos que la han plegado y desplegado, la han sacado para las ostensiones y recogido... manos que bien podían estar llenas de sudor. Ha sido puesta en contacto con enfermos para obtener su curación y besada innumerables veces. Todo esto hace por ahora muy dudosos los resultados de la prueba del carbono 14 aplicados a la Síndone.

Recordemos que el fundamento del método se apoya precisamente en que no haya habido alteración alguna en el carbono contenido en las moléculas del objeto que se analiza, ni se le mezcle materia orgánica ajena alguna. Sobre lo primero tienen los técnicos dudas serias, como hemos indicado. Sobre lo segundo: la posibilidad de eliminar por completo del trozo de la Síndone a analizar toda la materia orgánica posterior que contiene, ya hemos dicho también cómo algunos técnicos lo juzgan prácticamente imposible.

En cambio los autores de una comunicación al II Congreso Int. de 1978 (p. 428), han ideado y describen toda una serie de manipulaciones físicas y químicas que, a su juicio, la eliminarían por completo. Por todo ello propone el profesor ingeniero Cesare Codegone *(La S. Sindone...* Comissione di Experti, p. 38) que se haga antes la prueba con lienzos de lino egipcios, de fecha conocida; o mejor aún, que se espere a que el método sea perfeccionado o sea substituido por otros más dignos de confianza.

A pesar de todo, el profesor Johh Robinson, teólogo anglicano de la Universidad de Cambridge, insistió, en el II Congreso de Sindonología de Turín (1978), en que se hiciera la prueba del carbono 14; e hizo subir a la tribuna a un científico quien afirmó que, por un método nuevo usado por él en su laboratorio, bastaría para ello quemar un hilito de unos 20 cm.

Entonces se levantó el Secretario del Congreso, Don Piero Coero Borga, quien indicó que, por las razones de todos conocidas, la prueba del carbono 14 no entraba en el programa de estudios que inmediatamente después de aquella ostensión pública se iban a realizar. Pero que tenían ya preparado para el efecto un pequeño fragmento de tela (2,5 cm^2), cortado de la Síndone con ocasión de los estudios periciales hechos en 1969/73. Este fragmento no sería encerrado en la urna con la Sábana cuando ésta volviera a ser colocada en ella, para que, en caso de necesitarlo, no tuvieran que renovarse los trámites jurídicos que se estilan para abrir la urna, romper los sellos, etc. Pues *era decisión* del Centro Internacional de Sindonología *efectuar la prueba del C 14* el día en que *dos universidades de solvencia* garanticen que pueden ser eliminados los factores de error (los antes indicados) y que, por tanto, den garantías científicas de que el resultado del carbono 14 será objetivo.

Confiamos, pues, que, a no tardar, se le aplicará a la Síndone el método del C 14 para fijar su datación.

5. PALINOLOGIA (Véase el apéndice D al final del capítulo, p. 139)

Si la prueba del carbono 14 es todavía problemática, y por tanto desaconsejable por ahora, otra ciencia modernísima, en cambio, ha venido inesperadamente a suplir en parte su falta, con la ventaja de no dañar para nada al tejido y poder señalarnos, además, el itinerario seguido por la Síndone a través de los siglos.

Cuando el año 1973, con ocasión de la primera ostensión televisiva de la Síndone, se quiso certificar ante notario la autenticidad (falta de retoques) de las fotografías de la Sta. Sábana sacadas por el Sr. Giovanni Battista Judica Cordiglia el año 1969, fue requerido para ello el Dr. Max Frei, especialista en microtrazas y director de la sección científica de la policía de Zurich[58]. Cuando éste examinó atentamente con una lupa la tela, observó con ojo de especialista que entre los hilos del tejido había un finísimo polvillo. «Yo no soy católico, escribiría él mismo más tarde *(La Gazzetta del Popolo,* Torino, set. 1978, n. Speciale, p. 39), pero la Síndone me interesaba igualmente como hecho científico. Puesto que oía decir que había una discusión sobre su datación, pensé poner a su servicio mi experiencia en palinología para esclarecer algunas dudas; si otras no, al menos la de su datación. Así pues, espontáneamente propuse al cardenal Pellegrino (el que había nombrado la Comisión de Expertos) llevar a término un estudio pericial, y pedí permiso para tomar muestras de aquel polvillo. Ayudado por el profesor Aurelio Ghio, conseguimos por medio de tiritas de scotch a propósito, tomar buena cantidad de polvo, simplemente aplicando sobre varios puntos del tejido la cinta adhesiva.»

En conjunto hizo doce tomas en sitios marginales de la Síndone. Era la noche del 23 de noviembre de 1973. Dobló aquellas cintas sobre sí mismas y se las llevó a su laboratorio de Zurich (Suiza). Allí sometió el material al tratamiento químico adecuado y comenzó a observarlo al microscopio.

«Comencé los análisis inmediatamente, dijo él mismo en una entrevista particular *(Sur le Pas de Saint Paul,* n. 2 de 1976). Empujado por mi curiosidad científica y sin prejuicios religiosos de ninguna clase, emprendí esta investigación a título personal, y por tanto, no oficialmente. Y claro está, a mis expensas. Al cabo de un año y medio de pacientes búsquedas, estaba ya en posesión de resultados decisi-

---

[58] El Dr. Max Frei Sulzer, ha sido uno de los criminólogos más famosos, nombrado por la ONU para investigar el fin misterioso del secretario de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld. Pero «mi verdadera vocación es la de botánico», nos dice él mismo. Ganó la cátedra de ciencias naturales en la Universidad Popular de Zurich. «Un buen día, dos policías, que seguían mis cursos, dice, consiguieron persuadirme que lo que yo enseñaba podía presentar un cierto interés para la Justicia.»

Así llegó a ser el fundador y director del laboratorio científico que la policía criminalista suiza tiene en Neufchâtel, y del de la alemana en Hiltrup. Ha trabajado treinta años en Zurich. Después, ya retirado, siguió sus trabajos en privado. «¡Qué de casos interesantes no he tenido que tratar!» dice él mismo (cfr. M.G.C. *Sur le Pas de Saint Paul,* París, n. 2 de 1976, pp. 8-10). Falleció el 15 de enero de 1983.

vos. Pero para confirmarlos, tuve que darme una vuelta por la mitad de los jardines botánicos de media Europa.»

Y en la Gazzeta del Popolo (p. 39) escribe: «Mi "tema", si así se puede hablar, era reconstruir el recorrido de la Síndone por medio de los varios tipos de polen depositado sobre ella. La Síndone había sido expuesta a los fieles, y por consiguiente, el polen, transportado con el aire por los vientos, por fuerza había de haberse depositado sobre ella. Clasificando los varios tipos de plantas (a que aquel polen pertenecía), podría trazar un mapa del recorrido hecho por la Síndone de lugar en lugar y de país en país. Quería saber si la Síndome había estado en el Oriente Medio. Era importante, pues, encontrar polen de plantas que no existan en Europa.»

En 1976 podía ya Max Frei publicar los primeros resultados espectaculares de su investigación «no desprovista de emoción también para mí, que no soy católico» dice él. Su comunicación a la Associated Press del 8 de marzo dio inmediatamente la vuelta al mundo a caballo de las ondas y de la prensa periódica. «La operación más importante había consistido en aislar aquellos tipos de plantas que no crecen en Europa Occidental, determinar en qué región se desarrollan, establecer la edad de los granitos de polen encontrados en el tejido y contrastar sus características con las de otros granitos de polen iguales, de la misma edad y encontrados en la misma región.»

Encontró polen de haya, de laurel, de acacia, de mirto... plantas que crecen en la Europa central y meridional. También encontró polen del cedro del Líbano; pero esta planta es común en los jardines europeos. Así llegó a identificar doce especies de plantas europeas. Esto confirmaba lo que ya se sabía con absoluta certeza: que la Síndone había sido expuesta al aire libre en Francia y en Italia.

Continuando su trabajo, encontró polen del «linum mucronatum», de la «romeria hibrida», de la «astragalis selensis», plantas que crecen sólo en Turquía. Hasta nueve especies de plantas logró aislar que sólo viven en Turquía. Esto quiere decir que aquel lienzo había estado también en Turquía, es decir en aquella tierra, Constantinopla, donde los cruzados de la IV Cruzada afirman haber venerado una Síndone con la imagen de Cristo impresa en ella.

«Pero me encontré también, sigue el Dr. Frei, tipos de granitos de polen que no están consignados en los libros de botánica. Me trasladé, pues, al Oriente Medio y conseguí allí encontrar ejemplares de polen idénticos a los no identificados. En Judea, no lejos de Jerusalén, encontré la «assueda», una planta que crece sólo en Palestina y cuyo polen se encuentra sobre la Síndone. Hasta ocho tipos de plantas encontré en Palestina, cuyo polen está presente sobre la Síndone.» «Este hallazgo, continúa el Dr. Frei, me permite afirmar sin posibilidad de dudas que la Síndone fue expuesta en Palestina. Algunos tipos de plantas se han extinguido, no existen ya hoy. Pero su presencia en el pasado, precisamente en los tiempos en que vivió Cristo, está testificada por los fósiles que encontré en el lodo del Mar Muerto.»

El polen más frecuente en la Síndone corresponde precisamente a vegetales de Galilea, algunos extinguidos ahora, pero de los que se

han hallado restos fosilizados en el fondo del lago de Genesaret y del Mar Muerto, en sus estratos sedimentarios de hace dos mil años. Señal que la Sta. Sábana estuvo expuesta durante mucho tiempo en algún sitio cercano al lago de Genesaret y al Mar Muerto en los primeros siglos.

Por lo demás cada tipo de polen en la Síndone ha sido aislado e identificado en cantidades tales que eliminan toda hipótesis de contaminación fortuita.

«Esta era, pues, la prueba decisiva, irrefutable: La Síndone no sólo lleva sobre sí polen de plantas que existen sólo en Palestina, sino especialmente de especies que vivían (allí) hace dos mil años y que hoy han desaparecido.»

«Frente a resultados de este género, que en cualquier momento pueden ser verificados por cualquiera, puedo afirmar, sin posibilidad de ser desmentido, que la Síndone fue expuesta en Palestina hace dos mil años. No sé si la tela de Turín ha envuelto el cuerpo del hombre que los Evangelios indican como Jesucristo, pero puedo afirmar con toda seguridad que la Síndone, hace dos mil años, fue abierta al aire en Galilea, y que sucesivamente fue llevada a Turquía y después a Francia.» *(La Gazzetta del P.* p. 39.)

En el simposio sobre la sábana de Turín tenido en Londres el 16 y 17 de septiembre de 1977 habló también el Dr. Frei. Al terminar, a una pregunta de un científico de Cambridge, asistente al acto, respondió: «Es absolutamente cierto que la Síndone estuvo en Palestina en el siglo I» (Carreño).

En su intervención en el II Congreso Internacional de Sindonología (Turín, 1978), expuso el Dr. Frei el resultado hasta entonces de sus investigaciones. Había llegado a identificar hasta 48 especies de polen. Dice así: «La geografía botánica no conoce localidad alguna donde una contaminación directa con elementos florales tan heterogéneos haya sido posible. Esta tela, por tanto, ha viajado y ha sido contaminada (de polen) en lugares diversos... Es posible que una parte del polen provenga del sitio donde se fabricó el tejido, e incluso de las sustancias aromáticas, como el áloe, usadas en los ritos funerarios, o de la misma piel húmeda del cuerpo envuelto por el lienzo. Pero los granos de polen posteriores son con seguridad de origen eólico, durante las ostensiones».

Después habla del polen perteneciente a especies propias de la Europa Central, hallado sobre la Síndone. Es natural el hecho, pues sabemos históricamente los diferentes lugares de Francia, Bélgica e Italia que ha recorrido la Sta. Sábana. Luego prosigue:

«Tres cuartas partes de las especies encontradas sobre la Síndone crecen en Palestina. De ellas trece especies son muy características o exclusivas del Neghef y de la zona del Mar Muerto (plantas halofitas). La palinología, pues, permite afirmar que la Síndone, en el curso de su historia (comprendida su fabricación), ha permanecido en Palestina.»

«La Síndone, según la palinología, debe haber sido expuesta al aire libre también en Turquía; ya que veinte de las especies encontra-

das son abundantes en Anatolia (Urfa o Edesa) y cuatro en las inmediaciones de Constantinopla, y faltan por completo en la Europa Central y Occidental.»

«No he encontrado polen de plantas que crezcan exclusivamente en Chipre. O la Sábana no ha hecho nunca escala en esta isla, o permaneció encerrada en su cofre, sin ser expuesta al aire libre» *(Act. II Conq. Int.* pp. 197 ss.)

Como vemos, pues, la palinología confirma plenamente el itinerario de la Síndone a través de la historia, que hemos expuesto más arriba: Jerusalén, Pella, Edesa (Anatolia), valle del Jordán cerca de Galilea, Constantinopla (¿Esmirna?), Francia e Italia.

Referente a su antigüedad, el Dr. Frei matizó más en este congreso que en sus escritos anteriores, y no se atrevió a afirmar tan categóricamente su edad de 2000 años, en tanto no lograse aclarar algunos puntos oscuros. No quiso adelantar o prevenir el resultado.

Pero en el II Convegno Nazionale tenido en Bolonia los días 27 y 28 de nov. de 1981, pudo ya presentar Frei sus últimas conclusiones. El espectro palinológico de la Síndone ha subido en total a 57 plantas, entre existentes todavía y extinguidas. Ha podido identificar, pues, nueve plantas más que hasta 1978. Como quiera que el polen fósil hallado en el lodo del Mar Muerto y del lago de Genesaret pertenece a estratos de hace dos mil años, podemos concluir que la Síndone, que contiene sobre sí granitos de polen de tales plantas, existentes entonces en aquella región y extinguidas después, hubo de ser expuesta al aire cerca de tales regiones y en aquel tiempo, cuando existían allí todavía tales plantas. (Cfr. *Sindon,* n. 31, pp. 79-80.)

Como criminalista y especializado en el análisis de las microtrazas, ha estudiado también el Dr. Frei el problema de una eventual falsificación de la Síndone. Dice así: «Puesto que el sagrado lienzo está controlado desde al menos hace cinco siglos (desde el año 1356), la falsificación habría sido perpetrada durante la Edad Media y probablemente en Francia. En aquel tiempo el estudio del polen no era todavía conocido. Si un falsario se hubiese procurado un trozo de tela de lino de Palestina (con evidentes dificultades) con polvo encima de esta zona, seguramente no habría hecho venir polvo de la Anatolia o de Constantinopla para simular un pasado para su obra fraudulenta, que en aquel tiempo no era discutida. El espectro polínico permite, pues, excluir una falsificación en Francia durante el Medioevo, región que carece de toda esa flora oriental, cuyo polen se halla, en cambio, sobre la Síndone». (La Sindone e la Scienza. *Atti del II Congresso internazionale di Sindologia,* 1978, pp. 191 a 200).

APENDICE

A. Movimiento científico en torno a la Síndone

El biólogo francés Paul Vignon, profesor en el Instituto Católico de París; el físico René Colson, profesor de la Escuela Politécnica de Pa-

rís; el biólogo Yves Delage, director del laboratorio Roscoff y miembro de la Academia Francesa de Ciencias; Virgilio Timossi, técnico textil; Pierre Barbet, cirujano responsable del Hospital de S. José de París; los doctores Rudolf W. Hynek de la Academia de Medicina de Praga, Giovanni Judica Cordiglia, profesor de medicina legal de la Universidad de Milán, y Giuseppe Caselli médico-forense, el Dr. S. Dezani, profesor de farmacología en la Universidad de Turín; Pietro Savio, archivero del Archivo Secreto Vaticano... son nombres ilustres, entre otros pioneros que pusieron su saber al esclarecimiento del misterio de la Síndone durante la primera mitad de nuestro siglo.

Después ha sido toda una pléyade la de esos modernos detectives científicos que se ha volcado sobre la Síndone para desvelar su misterio.

Mucho se ha conseguido; pero todavía estamos lejos de haber alcanzado plena claridad sobre todos los problemas planteados por la Sta. Sábana. Hace la impresión de que cuanto más se investiga y aclara sobre ella, más problemas nuevos se presentan.

En 1937 se erigía en Turín el «Centro dei Cultores Sanctae Sindonis», que estableció luego filiales en diversas naciones, entre otras en España. En 1939 organizó dicho Centro, en el mismo Turín, el «I Convegno Nazionale di studi sulla S. Sindone», y más tarde, en 1950 (durante el Año Santo), el «I Congreso Internacional», parte en Roma y parte en Turín.

En 1959 el Centro dei Cultores... se transformó en «Centro Internazionale di Sindonología» [59] que publica la revista científica «Sindon» a partir de octubre del mismo año. En ella se da cuenta de todos los estudios que se van realizando relacionados con la Síndone.

En 1960 el arzobispo de Turín, cardenal Miguel Pellegrino, nombró una Comisión de Expertos para estudiar la Síndone, comisión que publicó sus investigaciones en 1976.

Para conmemorar el cuarto centenario de la llegada definitiva de la Sta. Sábana a Turín en 1578, se decidió hacer de ella una magna ostensión desde el 27 de agosto al 8 de octubre de 1978. Tres millones trescientas mil personas se calcula que desfilaron por delante de ella.

Con esta ocasión surgió la idea de un segundo congreso científico internacional. La expectación fue enorme, y muchos hombres de ciencia de todo el mundo se dispusieron a exponer en él el resultado de sus últimas investigaciones.

A manera de preparación para el mismo, se tuvieron dos simposiums: uno en Albuquerque (Estados Unidos) los días 23 y 24 de marzo de 1977, y otro en Londres los días 16 y 17 de septiembre del mismo año. Nota característica de ambos fue la participación en ellos de personas pertenecientes a diversos credos religiosos, y no pocos agnósticos.

El simposio de Albuquerque publicó las actas del mismo: «Procee-

---

[59] Fue el Dr. Barbet el primero en proponer y emplear este nombre para indicar el conjunto de estudios sobre la Sta. Síndone, nombre que luego fue adoptado por todos los estudiosos de ella.

dings of the 1977 United States Conference of research on the Shroud of Turin»; el de Londres no publicó nada.

Así, pues, los días 7 y 8 de octubre de 1978, como remate de la magna ostensión, se reunía en Turín el «II Congreso Internacional de Sindonología» con una riquísima aportación científica. Asistieron a él más de 350 especialistas de varias docenas de países. Sus actas y comunicaciones se publicaron en 1979 bajo el título «La Sindone e la Scienza. Atti del II Congresso di Sindonologia, 1978».

Terminado el congreso y acabada la ostensión pública, se dejó la Síndone durante 120 horas seguidas (cinco días sin interrupción) en manos de cuarenta y cuatro científicos agrupados en dos equipos, el americano y el italiano, quienes la sometieron, a puerta cerrada, a toda clase de pruebas y análisis sirviéndose de los aparatos más sofisticados de la técnica moderna.

El grupo americano, organizado por el ingeniero aerodinámico Eric Jumper y el físico John Jackson, ambos de la NASA, se denominó Shroud of Turin Research Project (STURP). Tenía cinco coordinadores de todos los trabajos a realizar.

El instrumental llevado a Turín para el estudio directo de la Síndone pesaba cuatro toneladas y ocupaba 72 cajas. Era de lo más moderno de que se dispone actualmente; tanto que, en expresión de uno de sus miembros, el ingeniero Kenneth Stevenson, «los científicos del futuro probablemente se admirarán de la técnica utilizada». Y otro miembro del mismo equipo ha dicho: «Cabe esperar que todo el mundo se dé cuenta de que se han tomado todas las medidas para que nadie nos pueda acusar razonablemente de fraude o de penuria de medios científicos». Allí había aparatos de rayos X, espectroscopios, computadoras, máquinas fotográficas especializadas, aparatos de rayos ultravioleta e infrarrojos, de fluorescencia y de bandas magnéticas... Todo cuanto les pareció útil para el análisis directo, según los planes preestudiados.

Sin duda, nunca hasta aquí un objeto de arte o arqueológico ha sido sometido a un examen tan exhaustivo.

El objetivo principal del STURP era tratar de averiguar, en primer lugar, de qué está compuesta la imagen de la Síndone, y luego cómo llegó a formarse.

Se llevaron para ser estudiados en sus respectivos laboratorios una gran cantidad de datos, fotografías e incluso material de la Síndone (hilos, polvo y polen).

Dato interesante es que el equipo fue autofinanciado y que sus miembros profesan las creencias más diversas. Los había agnósticos, judíos, algún mormón, protestantes de diferentes sectas, católicos... Sólo les unía la intriga por aclarar un misterio científico. Las ideas religiosas estaban expresamente marginadas allí.

Expresan la disposición de ánimo con que algunos, al menos, del equipo habían ido a Turín las declaraciones que el Dr. Thomas D'Muhala, presidente de la Nuclear Technologie's Corporation de Amston (Conecticut) y coordinador del proyecto de investigación del STURP hizo en Woonsocket (USA) el 20 de noviembre de 1979: «Todos noso-

tros pensábamos, dijo, que lo que íbamos a descubrir no sería más que una falsificación y que antes de que transcurriera media hora, tendríamos que hacer nuestros equipajes y regresar. (El no había oído hablar antes de la Síndone.) Pero no fue así. Todos los que allí estuvimos, al menos todos aquellos con los que traté el tema, estamos convencidos de que el cúmulo de pruebas ha cambiado de rumbo. Ahora las pruebas están en contra de los escépticos» (Cfr. *El Noticiero* Universal-Barcelona, 27 nov. 1979).

El equipo americano celebró un simposio en New London, en el Auditorio Palmer del Connecticut College, los días 10 y 11 de octubre de 1981, para dar cuenta de los resultados de sus investigaciones hasta el momento. Reconocen que les queda todavía mucho por investigar.

No han publicado ningunas actas. Sólo artículos esporádicos y varios en diferentes revistas, escritos por diferentes miembros del equipo.

El equipo italiano, y europeo en general, se reunió también en Bolonia los días 27-28 nov. 1981 para lo mismo. Este ha publicado sus actas bajo el título de *La Sindone, Scienza e Fede,* Cluep, Bolonia, 1983.

B. Técnica textil

Para los profanos en el arte textil no estará de más una sucinta idea del mismo, tomando como base el telar clásico.

Sobre un bastidor o telar se tienden unos hilos paralelos, dispuestos longitudinalmente y formando un solo plano. Son la *urdimbre.*

A través de estos hilos se hace pasar, por medio de una lanzadera, un hilo continuo llamado *trama.* La lanzadera va y vuelve de un lado para otro dejando, a su paso, aquel hilo continuo, que queda entretejido con la urdimbre.

Cada uno de los hilos de ésta atraviesa una pequeña anilla, sujeta a un cable o tirante. Estos tirantes se llaman *lizos.* Cuando actúan, elevan su correspondiente hilo de urdimbre, con el fin de que la lanzadera pase por debajo de ellos y por encima de los que han quedado sin elevar.

Si los lizos levantan todos los hilos pares y dejan en su sitio los impares (o al revés) la lanzadera pasará alternativa y sucesivamente por encima de un hilo de urdimbre y por debajo del siguiente. Tenemos lo que se llama armadura o ligamento de *tafetán,* y el tejido compacto que resulta se llama *tela* o tafetán. Su aspecto es rectangular (Fig. 6).

Si, en cambio, el hilo de trama pasa por encima de uno y luego por debajo de dos, tres o más de la urdimbre, de modo que a cada diversa pasada de trama cambie sucesivamente el hilo de la urdimbre que queda debajo del de trama, el tejido resultante no presenta forma rectangular, sino que sobre el reticulado del tejido destacan unas líneas punteadas o bordones rectilíneos, diagonales respecto a la dirección de la urdimbre y paralelos entre sí. Tenemos la *sarga.* (Cfr. Lám.10.)

Se llama sarga de tres si el hilo de trama pasa alternativamente por encima de uno y a continuación por debajo de dos de urdimbre; sarga de cuatro, si la pasada de trama es por encima de uno y luego por debajo de tres de urdimbre. Y así sarga de cinco, etc. Se expresa con las fórmulas 2/1, 3/1, 4/1, etc.

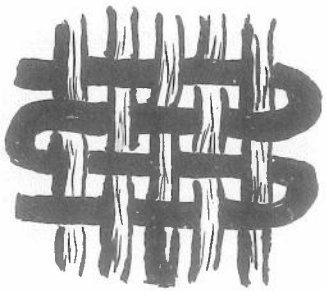


Fig. 6a. Tela o tafetán.

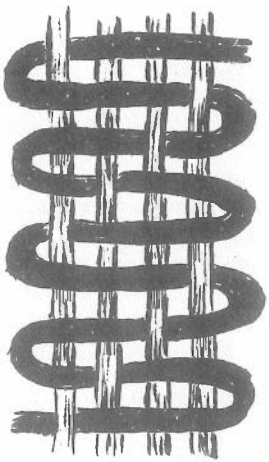


Fig. 6b. Sarga de cuatro.

Hay sargas cuyos bordones diagonales van de un orillo al otro de la pieza. Se llama armadura en batavia o diagonal. Pero si los bordones diagonales, propios de la sarga, al alcanzar cierta longitud cambian de dirección y prosiguen formando ángulo con el trazado anterior, resultan sobre la sarga unas bandas longitudinales, estrechas e iguales; unas con los bordones ascendentes y otras, descendentes, alternativamente. La figura resultante recuerda a la de una espiga o espina de pescado. Por esto se la llama armadura o estructura en *espina de pescado* o en *espiga*. (Cfr. Lám. 10.)

Esta armadura confiere al tejido una robustez y resistencia muy superiores a las de los simples tejidos de tafetán a causa de la mejor ligadura del hilo de trama con los de la urdimbre.

Para fabricar sarga en espina de pescado es necesario disponer de un telar que, por muy rudimentario que sea, tenga al menos cuatro lizos. Antiguamente estos lizos se elevaban con un pedal [60].

C. La prueba del carbono 14

Por ser ésta una prueba pedida con insistencia por muchos, nos parece conveniente indicar muy por encima en qué consiste.

---

[60] Este apéndice B ha sido revisado y corregido por el perito textil, Enric Rifà, S.I.

El carbono 14 (C14) es un isótopo radiactivo del carbono natural (C12 y C13). Se forma en pequeñísimas cantidades por la acción de neutrones de los rayos cósmicos, que continuamente bombardean nuestra atmósfera, sobre el nitrógeno existente en ella. Este carbono, así formado, reacciona con el oxígeno del aire formando dióxido de carbono (CO_2), que se diluye en la atmósfera.

El C14 empieza a desintegrarse desde el mismo momento en que acaba de formarse, volviendo a convertirse en nitrógeno 14. Se calcula que su vida media es de 5.580 años. Es decir, que a los 5.580 años una cantidad inicial cualquiera de C14 queda reducida a la mitad. Al final de otro período igual, queda reducido a un cuarto de la inicial. Y así en adelante.

No obstante existe equilibrio entre la cantidad del C14 que se desintegra y la del que se forma de nuevo; de manera que, al menos antes de la era atómica, se presumía que la cantidad de C14 existente en el dióxido atmosférico se mantenía prácticamente constante.

El carbono 12 y el 13 (que forman el 98,8 % y el 1,11 % de la atmósfera) son, en cambio, estables; no se desintegran.

Ahora bien, los seres vivos absorben el gas carbónico del aire y fijan en sus tejidos su carbono; también la pequeñísima cantidad que contiene de C14. La continua pérdida de éste, que por su paulatina desintegración experimentan los tejidos orgánicos, queda compensada por la continua y nueva absorción y fijación de carbono 14. Por consiguiente, la proporción de C14 que contiene un ser vivo se mantiene constante... mientras vive. Es decir, cada gramo de carbono del ser vivo contiene una cantidad determinada y constante de carbono radiactivo, que es la que existe en la atmósfera.

Cuando el ser muere, la pérdida de C14, por su continua y normal desintegración, no es compensada ya por aportación nueva alguna. Por tanto va disminuyendo en él la cantidad de C14 según el proceso antes indicado.

Esto sugirió (1947) al químico norteamericano Willard F. Libby, premio Nobel en 1960, la posibilidad de datar la muerte de los vegetales y animales cuyos restos se conservan.

Para ello se mide la cantidad del C14 que queda en los restos cuya antigüedad se quiere conocer, y se compara con la contenida en otras muestras de material fresco, idéntico en peso y sustancia al que se quiere datar. Mediante una precisa ley matemática puede deducirse, de la diferencia de ambas medidas, el número de años que hace que aquel ser orgánico murió.

Para realizar esta medición es preciso convertir la muestra en CO_2 por medio de la combustión o incineración. Sólo así se pueden contar los átomos de C14 existentes todavía en la muestra que se estudia.

Este método no consigue una datación precisa, sino sólo aproximada con un margen más o menos amplio. Para un objeto de 2.000 años la aproximación es de ± 200 años. Es decir, hay un margen de error de 400 años.

Otro inconveniente es que, teniendo en cuenta las pérdidas inevitables en la operación, es necesario (según Libby), para poder operar,

contar con un mínimo de 10 gr. de carbono puro; y, por consiguiente, la combustión de una notable cantidad de material de análisis.

Téngase presente que éste suele contener sólo un átomo de C14 por cada billón de C12.

Además, como es necesario repetir la operación una o dos veces para alcanzar, por el promedio, una cierta garantía de acierto, resulta que se necesitaban de 20 a 30 gr. de carbón para cada datación. Esto quiere decir, si se trata de un tejido, que se habrían de quemar de él al menos unos 200 ó 300 gr.

Con todo, el perfeccionamiento del método ha conseguido reducir, cada vez más, la cantidad de carbono necesario para cada prueba. Ultimamente bastan unos 2 cm^2 de tejido o unos 50 mgr. de peso. Y aun menos.

Lo esencial, para conseguir valores fiables, es que al objeto a analizar no se le haya incorporado materia orgánica posterior. En caso contrario, los resultados quedarían, naturalmente, adulterados.

Ultimamente un grupo de sabios norteamericanos y canadienses están desarrollando un nuevo procedimiento para el contaje del C14, que permitirá una más segura y ágil datación de los hallazgos arqueológicos. Con él bastará quemar una mínima porción de muestra, del orden de unos pocos miligramos. Este sistema, además, retrotrae el límite de datación a cerca de cien mil años. Sus autores, con todo, reconocen que su método está todavía en vías de perfeccionamiento; pero afirman que en un futuro muy próximo podrá resultar más preciso y económico que el corriente. (Cfr. prof. B. Barberis, *Sindon,* n. 27, p. 69; y otros autores en las *Actas del II Cong. Int.* de 1978, pp. 428 a 445.) [61]

D. La palinología

En los últimos 50 años se ha desarrollado a ritmo acelerado el estudio del polen y de las esporas de las plantas, dando lugar a una nueva ciencia, desgajada de la botánica, llamada *palinología* (del griego palýno = espolvorear). La geología, la arqueología, la biología, la agricultura, la medicina, e incluso la prospección petrolífera y la criminología se han beneficiado extraordinariamente de ella.

Todos tenemos idea de lo que es el polen: ese polvillo formado en las anteras de las flores, que sirve, como elemento masculino, para fecundar las plantas fanerógamas. Lo constituyen una infinidad de granitos microscópicos, de forma generalmente esférica o elipsoidal y de 10 a 200 micras (milésimas de milímetro) de diámetro. Lo mismo podríamos decir de las esporas o corpúsculos reproductores de las plantas criptógamas.

---

[61] Este apéndice C ha sido revisado y corregido por el director del «Departamento de Química Analítica» y «Métodos Electrométricos» del Instituto Químico de Sarriá (Barcelona) y profesor de Química Inorgánica en el mismo Instituto Dr. Lluís Victori, S.I.

El polen está rodeado de una doble membrana enormemente refractaria a la acción de los ácidos, de las substancias cáusticas y del calor; de manera que su conservación, en estado seco, es prácticamente indefinida. Se ha podido recoger polen sin alteración alguna, sobre las pirámides de Egipto, de hasta 5.000 años de antigüedad.

En orden a facilitar la fecundación, las plantas liberan una enorme cantidad de polen maduro. Pero como la mayor parte de las flores sólo se fecundan con polen procedente de otras flores, necesitan de agentes exteriores que se encarguen de llevar el polen maduro de unas flores a otras. De este transporte se encargan las corrientes de agua, los caracoles, los insectos... y sobre todo el viento.

Y es maravilloso estudiar la disposición de cada flor para que sea accesible precisamente a aquel agente exterior al que está encomendado por el Creador el aporte del polen fecundante. Así, p. ej., las flores que necesitan de los insectos, atraen a éstos por su vistosidad o por su aroma. Y su polen es pegajoso y con diversos relieves en su superficie... para que quede adherido con facilidad al pelaje de los insectos. Las flores cuyo polen es transportado por las mariposas nocturnas, despiden aroma sólo de noche; y las que son fecundadas con la intervención de las moscas, exhalan un olor fétido.

Los granitos de polen o las esporas cuyo transporte corre a cargo del viento (plantas anemófilas) son ligerísimos y lisos en su superficie, flotan en el aire ambiente y con él son arrastrados por el viento. Luego, poco a poco, caen sobre el suelo a manera de lluvia.

Estas plantas anemófilas producen cantidades impresionantes de polen. Así, v.gr., se ha calculado que de la Calluna vulgaris (el brezo) llegan a caer hasta 4.066 millones de granitos de polen por metro cuadrado de bosque; y del aliso (Alnus glutinosa), unos 2.160 millones (Erdtman). Se comprende que el polen llegue a especificar, en el plan estadístico, la composición del manto vegetal de un territorio en un tiempo dado de la historia. Y si uno se sitúa en las inmediaciones de un campo de trigo maduro, llega a aspirar hasta 500 granitos de polen cada 12 minutos. Este es el origen de tantas alergias, v.gr., la del heno.

El 90 % del polen se deposita dentro de los 100 m. de radio en torno a la planta que lo produjo, y el 5 % dentro de pocos km. El transporte normal no suele llegar más allá de los 8 km.; pero un huracán puede transportarlos hasta 80 km. Por ello la distancia de algunas decenas de km. se considera normal. Un viento excepcionalmente fuerte y seco puede incluso llevar *algunos* granitos de polen a centenares y aun miles de km. de distancia. Por ello no basta la presencia de algún que otro granito de polen de determinada especie sobre un objeto para poder deducir consecuencias válidas. Se necesita la presencia de muchos granos de polen de la misma especie. La presencia de algún que otro granito de polen sobre un objeto puede deberse a causas fortuitas accidentales. Así, p. ej., en el análisis de la Síndone hecho en 1978, después de la larga ostensión, se halló con sorpresa sobre ella algún que otro granito de polen de plantas típicas de América del Norte. Sencillamente había sido transportado por los mismos cien-

tíficos o aparatos venidos de allá para hacer dichos análisis. Lo confirmó el hecho de haber encontrado el mismo polen sobre los guantes traídos de América que usaban los científicos para manipular la Síndone. *(Sindon,* 31, p. 117.)

Ahora bien, cada especie vegetal produce su polen o sus esporas propios y diferentes del de las otras plantas; de manera que por su medio se puede identificar la especie de la planta de donde proceden.

También hay que tener presente que las plantas no pueden vivir todas en todos los sitios. Cada especie necesita, para desarrollarse, unas condiciones ecológicas de clima, de suelo, humedad, altura del lugar, temperatura, salobridad, etc., propias. Con esto han podido los botánicos establecer el mapa de los vegetales; es decir, señalar las «áreas de difusión» o zonas geográficas en que se puede desarrollar cada planta.

Con esto ya se ve que se puede deducir el lugar de origen de un tarro de miel por el polen que contiene. También por el polen que llevaba encima, ha podido dilucidar el Dr. Max Frei de dónde procedían las armas usadas por las Brigadas Rojas de Italia. Ya hemos indicado que el aire ambiente que respiramos está cargado de granitos de polen, aun dentro de los edificios, el cual va depositándose sobre los objetos juntamente con el polvo. La policía se aprovecha de este hecho. Estudiando los granitos de polen depositados sobre el vestido de un criminal, puede deducir con facilidad los países o parajes donde ha estado o por donde ha transitado, pues conociendo la flora de una región se puede saber con certeza si tal o cual objeto, tejido, etc., ha estado en dicha región.

Si se considera, además, que el polen procede de las plantas en flor, y que la mayoría de ellas florecen en tiempos determinados, se comprende que el hallazgo de cierta cantidad de polen sobre el vestido de un criminal puede incluso dar datos precisos sobre cuándo se cometió el crimen, cuánto tiempo permaneció en determinado lugar aquel vestido, etc.

Para ello se aplican sobre el objeto cuyo polen se quiere estudiar, unas tiritas adhesivas de scotch, completamente transparentes, haciendo sobre ellas una ligera presión. Gracias a su adhesividad, al ser arrancadas del objeto estas tiritas arrastran consigo y retienen las microtrazas o polvo de que aquél se hallaba cubierto, sin dañarlo ni alterarlo en nada. Estas cintas adhesivas se doblan sobre sí mismas por la parte adhesiva. Con ello se evita la pérdida de material recogido y la contaminación con polen del ambiente, que podría sobrevenir.

Estas tiritas se llevan a laboratorios especializados, y allí con una técnica adecuada, se limpia el polen recogido y es llevado al microscopio óptico y al electrónico de barrido[62]. Ambos son convenientes.

---

[62] El microscopio electrónico de barrido —a diferencia del microscopio óptico, que permite la visión por transparencia del interior del objeto observado, y del microscopio electrónico de transmisión que sólo ve la silueta opaca del objeto— permite ver la superficie del microobjeto con una gran profundidad de

Luego se compara el polen hallado con los modelos conocidos descritos por la botánica; y se identifica el polen estudiado.

Algo parecido puede hacerse con el polen adherido a objetos antiguos. La palinología resulta, pues, un valioso auxilio de la arqueología para establecer la edad de algunos hallazgos y su procedencia o para determinar el sitio donde han permanecido.

Si el polen cae sobre un lago o mar, se sumerge en el agua y queda aprisionado entre los sedimentos terrosos y orgánicos que se forman en el fondo del mismo. Si dichos sedimentos llegan a petrificarse, el polen queda fosilizado con ellos.

Si cambian, con los siglos, las condiciones climáticas o ambientales del lugar, también cambian las plantas que en él se desarrollan y el polen que ellas desprenden. Los sedimentos fósiles serán, pues, distintos, y el polen que contienen también. Con esto ya se ve que por el polen hallado en los estratos fósiles puede deducirse la flora de aquel lugar cuando aquellos estratos se formaban. Incluso puede el polen ayudar a datar la época del sedimento en que se encuentra englobado y aportar otros datos interesantes. Así, por ejemplo, en muchos sitios, la revolución del neolítico (paso de las culturas nómadas a las agrícolas) quedó perfectamente señalada en los estratos de aquel tiempo por el brusco descenso del polen propio de las especies forestales y el paso a primer plano de las plantas herbáceas, especialmente las gramíneas.

Incluso para sospechar y descubrir la existencia de bolsas petrolíferas puede cooperar la palinología. El complejo de determinados pólenes en una capa de terreno puede indicar la vecindad de un yacimiento.

Para estudiar el polen y las esporas fósiles es preciso separarlos de la materia orgánica o terrosa con que están mezclados. Para lo cual se usan reactivos fuertes que disuelvan a estas materias sin atacar al polen o a las esporas. Así queda un residuo rico en polen que es llevado al microscopio óptico (hasta 2.000 aumentos) o al microscopio electrónico de barrido (de 20.000 aumentos en adelante).

Así, conocido con todo detalle el granito de polen o de la espora, ha de confrontarse con polen o esporas conocidos y clasificados ya por la botánica o la paleobotánica. El polen de las plantas actuales está ya clasificado. Cuando se trata de plantas ya extinguidas hay que acudir al estudio de los estratos geológicos de aquel tiempo.

Igualmente la botánica y la paleobotánica son las que han de decir al palinólogo las áreas de difusión de las especies vegetales por la superficie terrestre en los diferentes periodos de la tierra. Es éste un trabajo ímprobo que dista mucho todavía de estar completo.

---

campo, de manera que da la sensación de ver su imagen tridimensional (Lám. 10, D).

Por eso se usa corrientemente en biología y en medicina, y también en los laboratorios médico-legales para el examen de materiales textiles y de las partículas extrañas presentes sobre ellos. Su aumento es mucho mayor que el del microscopio óptico y algo menor que el del microscopio electrónico de transmisión.

Un punto que ha de tener presente el palinólogo es que la muestra de polen que estudia no esté falseada. Es decir, que no contenga granitos de polen o esporas provenientes del medio ambiente en que trabaja o de otros estratos fósiles anteriores al que estudia, erosionados, pulverizados, y vueltos a sedimentar posteriormente.

Para lo primero, es preciso que los medios que usa para tomar las muestras de polen de los objetos estén de tal manera dispuestos que no pueda caer sobre dicha muestra polen extraño. También el laboratorio donde trabaja ha de estar dotado de unos filtros que no dejen entrar el polen del ambiente exterior. La presencia de algún que otro granito de polen o espora aislado puede hacer sospechar ese contagio extrínseco.

Para lo segundo existen indicios que pueden llevar a la sospecha de que en el material estudiado hay mezclado polen de estratos mucho más antiguos.

Todo esto y los mismos reactivos que se han de usar en la operación hacen vislumbrar la gran dificultad que encierra el análisis palinológico.

Por fin advirtamos que hay plantas de un área de difusión muy amplia. Estas apenas sirven para concretar el sitio donde estuvo el objeto estudiado. Otras tienen áreas de difusión muy limitadas y concretas. Estas son las mejores para delatar los diversos sitios donde estuvo el objeto que se estudia.

También hay que advertir que la abundancia de un determinado polen puede indicar el mayor o menor tiempo que el objeto estuvo en los correspondientes parajes (Cfr. Giovanni Charrier, *Sindon* n. 23, p. 10, y varios artículos de Max Frei en diferentes revistas).

IV

LA DOBLE FIGURA

Después de estudiada la tela y su antigüedad, hemos de dirigir nuestra atención a la doble figura que en ella se distingue. ¿Qué nos dice la técnica sobre ésta? ¿Es una pintura? ¿Es un calco? ¿Qué son esas dos imágenes? ¿Qué esas manchas de sangre que contienen?

Y en segundo lugar, según sea la respuesta a la anterior pregunta, formularemos otra: ¿cómo se formaron? Es este el punto más oscuro de esta misteriosa sábana, el que más intriga a los científicos y que todavía no ha podido ser del todo descifrado.

DESCRIPCION

Comencemos por describir las dos figuras.

Enmarcadas por las dos gruesas líneas carbonizadas, estudiadas en el capítulo anterior, y a lo largo de la línea media de la Sindone, se ven unas tenues manchas, difuminadas, indelebles, que recuerdan de manera burda una doble figura humana completa, de tamaño natural —frontal y dorsal— y opuestas ambas por la cabeza (Lám. 2). Causa la impresión como si la sábana hubiera sido extendida, en su mitad derecha, por debajo de un hombre, doblada después por detrás de su cabeza y extendida de nuevo en su otra mitad izquierda, por encima del mismo individuo, como indica la acuarela atribuida a Giovanni B. della Rovere guardada en la Galería Sabauda de Turín (Lám. 4, F).

El color de la sábana es blanco ligeramente amarillento, crudo, ocre pálido, crema claro, marfil o pergamino... por su antigüedad.

Las manchas que forman la doble figura humana son tenues, de poco relieve, difuminadas y como si emergieran de un segundo plano. Sus tonalidades son, a simple vista, moreno sepia anaranjado, ocre oscuro, ocre de carne, beige, bistre dorado... Más pálido en unos sitios que en otros.

Otras manchas, bien definidas en sus contornos, más oscuras, de un color rojo carmín de herrumbre (como ciclamina), carmín rosa malva, ocre rojizo tirando a siena quemado... presentan todo el aspecto de ser manchas de sangre.

La cuestión del color resulta compleja porque el lino es higroscópico. Por eso el lienzo cambia mucho de color según el grado de humedad del ambiente. También se ha observado que, después de un tiempo de exposición a la luz natural, aumenta la viveza de su colorido. Dn. Tonelli, que pudo observar de cerca la Reliquia en mayo de 1931, asegura que el color de las manchas de sangre, el 3 de mayo, era rojo anaranjado; el 22, había cambiado en rojo violáceo. Y la imagen se había hecho más viva *(Sindon,* 8, p. 33). Por lo demás su color presenta gran variedad de tonalidades, algunas de ellas tan tenues que sólo resultan visibles, a simple vista, en particulares condiciones de luz (Silvio Curto: *Comisión de Expertos).* Técnicos italianos, después de la ostensión de 1978, han calculado los diferentes colores y sus tonalidades a base de la longitud de onda de los mismos.

En general, con todo, podemos distinguir con el Dr. Judica Cordiglia *(¿Es Cristo...?* pp. 41 y 43) tres grados de intensidad de coloración: partes con distintos matices tenues, cuyo contorno se pierde en el fondo de la tela; partes con tinte más oscuro, correspondientes a las prominencias del cuerpo muerto envuelto por la sábana; y partes, en fin, con tinte más acentuado todavía, que indican manchas de sangre. El colorido, pues, es más intenso donde la tela ha estado en contacto con las partes prominentes del cuerpo; mientras que las depresiones de éste, más alejadas de la tela, presentan un colorido más difuso, hasta esfumarse del todo en el color amarillento claro de la sábana. A 4 cm. de distancia ya no quedó impresionada la tela (Jumper). Sólo las manchas de sangre presentan los bordes bien definidos. Las otras son difuminadas.

Otra diferencia hay que subrayar entre las dos imágenes y las manchas de sangre. El colorido de las primeras es sumamente superficial. Sólo afecta a las fibras más externas de los hilos. No los penetra, ni menos traspasa la tela, y es más intenso en las crestas que en los valles del tejido. Lo contrario de lo que sucede en las manchas de sangre. En éstas los bordones del tejido son menos coloreados que los valles. No aparece el color como algo sobrepuesto a la tela. «No hay sangre sobre el lienzo, dice A. Legrand *(Osservazioni...* p. 67), sino en el lienzo», entre los hilos. La sangre con todo tampoco empapó siempre todo el hilo, como se comprobó cuando uno, arrancado de una mancha de sangre, se rompió. Por dentro era blanco, coloreado sólo en su mitad exterior (Cfr. *Comis. di Experti...* p. 24). No obstante algunas manchas de sangre traspasan la tela y son visibles en el reverso hasta poder ser fotografiadas. Así el STURP fotografió en el reverso de la tela la mancha en forma de 3 que aparece en la frente. Ello se debe a las infiltraciones entre hilo e hilo de la sustancia sanguínea (P. Coero Borga). La mancha del codo derecho y las de los pies traspasaron incluso los pliegues vecinos de la tela. Por eso aparecen allí manchas simétricas a la principal.

Hace la impresión, además, como advirtió el Dr. Willis, de que aquellas manchas de sangre están como marcadas a fuego en el tejido, como se marcan las reses. Por eso no se diluyeron con el agua del incendio de Chambéry.

El color de las figuras, precisan los científicos del STURP, es un amarillo pálido, depositado sólo en la superficie de los hilos. No ha penetrado en lo interior de los mismos ni ha bajado por sus lados, ni ha dejado sedimento entre ellos. Volveremos sobre esto.

El color de la sangre, ya lo expusimos más arriba, es carmín malva.

Siendo, pues, tan distintas las manchas de sangre de las que forman la imagen, se impone estudiarlas por separado. Primero hablaremos de la imagen y después de la sangre que la mancha.

PRIMERA PARTE: LA IMAGEN

A. ¿Qué es esa doble imagen?

1. Se comporta como un negativo fotográfico

Ya hemos descrito cómo Secondo Pía descubrió en 1898 que aquellas dos figuras ininteligibles a primera vista, que aparecen sobre la Santa Sábana, se comportaban como un auténtico negativo fotográfico. «Verdadera placa sensible», escribió, «el santo lienzo había recogido en negativo el cuerpo de Cristo en el sepulcro». Ya dijimos que para Pía, el Hombre de la Síndone es Jesucristo.

Y este viraje de negativo a positivo se ha reproducido todas las veces que se ha fotografiado la Síndone.

Efectivamente, en 1931, con ocasión de casarse el príncipe Humberto de Saboya con la princesa María José de Brabante, se concedió otra solemne ostensión de la Síndone desde el día 3 al 24 de mayo. No podía dejar de aprovecharse la ocasión para fotografiarla de nuevo oficialmente y mejor, ya que el arte fotográfico había progresado tanto desde 1898.

Esta vez, se encargó del cometido un fotógrafo de profesión, director durante muchos años de la prestigiosa revista *Vita Fotografica Italiana* y propietario de un estudio y un laboratorio fotográfico en Turín, el comendador Giuseppe Enrie. Este sacó 12 nitidísimas fotos. Primero la sábana entera en tres secciones. El rostro fue fotografiado en varios tamaños, uno de ellos el natural. Anotemos que las placas de Enrie eran de cristal, de 40 × 50 cm. La herida de la muñeca izquierda fue objeto de una foto especial con un aumento de 7 diámetros, que por cierto pone de manifiesto la sarga del tejido (Lám. 11). Igualmente obtuvo detalles de los hombros y de la espalda. La distancia del objeto a la máquina, para las fotos de conjunto, fue de 8,17 m.; y el tiempo de exposición fue 8 minutos para unas y dos para otras.

Enrie estaba asesorado en su cometido, por no decir controlado, por otros cinco profesionales, que luego levantaron acta ante notario de lo realizado y afirmaron que, después de un estudio «atento y minucioso» de las placas, podían asegurar que no había en ellas rastro alguno de retoque, y que las copias fotográficas sacadas de ellas eran una fidelísima reproducción del original.

Por cierto, uno de los que estaban presentes y siguió casi con ilusión infantil toda la operación de Enrie, era el abogado Pía, ya de 75 años. Estaba intrigado por ver si también a éste le salía una imagen positiva, como a él, en la placa negativa. Sacada la primera fotografía de conjunto, corrieron Enrie y Pía a la sacristía de la catedral, donde se había improvisado un cuarto oscuro. A los tres minutos de revelado, se le escapó a Pía un grito:

—«¡Es igual!»

Allí, en la cubeta, aparecía el rostro tan conocido de él... todavía más claro y nítido. Era incuestionable: ¡La inversión se había repetido!

Todos los detalles técnicos de estas fotografías los publicó Enrie en una extensa obra: «La Santa Sindone rivelata dalla fotografia», Torino, 1933.

Llaman la atención la sensibilidad, delicadeza y contraste de estas fotos de Enrie, hasta el punto de que apenas han sido superadas por las posteriores de 1969.

En junio de 1969, con ocasión de los estudios de la Comisión de Expertos nombrada por el cardenal Pellegrino, arzobispo de Turín, fue de nuevo fotografiada oficialmente la sábana por el fotógrafo Giovanni Battista Judica Cordiglia (hijo). Sacó 39 fotografías: en blanco y negro y en color, de conjunto y de detalles particulares, a la luz normal y a la luz de Wood, simple y con filtro. El tiempo de exposición fue de segundos. Usó película de 24 × 36 mm. y las placas de 10,2 × 12,7 cm.

Para emular el vivo contraste que presentan las fotos de Enrie, echó mano Judica Cordiglia, para sus fotografías en blanco y negro, de la técnica del contratipo[63], lo que en nada debilita su autenticidad. El mismo describe en la *Comissione di Experti* (pp. 93-101) todos los pormenores técnicos y material empleado en su trabajo.

También estas fotografías fueron sometidas en octubre de 1973 a un examen pericial, efectuado por el Dr. Max Frei, de Zurich, por el Dr. Roberto Spigo y el profesor Aurelio Ghio, ambos de Turín. Los tres peritos declararon, en síntesis, ante notario:

1.° que las películas fotográficas no presentan elemento alguno o traza de retoque o cosa anómala que debilite su genuidad;

2.° que las particularidades encontradas en ellas permiten sancionar la autenticidad de dichas películas negativas o diapositivas y excluyen la derivación de otra película fotográfica;

3.° que las películas fotográficas dichas y su correspondiente estampa, confrontadas con el original de la tela, resultan ser la fiel y precisa reproducción del mismo, en cuanto se puede obtener mediante la adecuada técnica fotográfica *(Comis. di Experti* p. 27).

Se comprende este afán de autenticar pericialmente las fotografías de la Síndone por el hecho de que los estudios que se realizan sobre ella se basan principalmente en su fotografía.

Las de Judica Cordiglia, a pesar de «la imposibilidad actual de reproducir con toda fidelidad el verdadero color de la Síndone» *(Sindon,*

---

[63] Consiste ésta en doblar el primer negativo sobre otro negativo, con diversa gradación.

n. 26, p. 51), han revelado nuevos detalles y representan cuanto de más fiel y preciso se puede ver sobre ella. Sobre todo, las que reproducen partes particulares son de una fidelidad absoluta.

Con todo, dado que la fotografía se usa aquí como base del trabajo científico, era preciso someter la Síndone a una serie de fotografías, cada una con su función específica propia, cada una con técnica diversa y previamente calculada según lo que se quisiera estudiar. Sólo así podía recogerse toda aquella rica y fidedigna cantidad de datos documentales, necesarios para su estudio (A. Ghio). Es la labor que ha hecho el equipo internacional de estudio después del congreso de 1978, especialmente por obra del fotógrafo Vernon Miller. No olvidemos que la fotografía es la que nos ha revelado y ha de seguir revelándonos los secretos de la Síndone.

Precisemos un poco más. Acabamos de decir que las dos imágenes de la Santa Sábana se comportan como un perfecto negativo fotográfico. No es del todo exacto. Las manchas de sangre no son negativas sobre la tela, sino positivas. Es decir, presentan el color rojo oscuro natural indicado más arriba. Por tanto salen de color blanco en los negativos fotográficos y oscuro en los positivos. Es la figura del cuerpo la que tiene el carácter negativo, con sus claros y oscuros invertidos.

Ambas imágenes, frontal y dorsal, son invertidas también en el sentido de que la parte derecha aparece a la izquierda, y viceversa. La tela estaba colocada delante y detrás del cuerpo muerto como un espejo delante del que se mira en él: la parte derecha aparece frente a la derecha, y la izquierda frente a la izquierda.

Pero, dada la manera como la Sábana envolvía el cadáver, las dos figuras, dorsal y frontal, se oponen por la cabeza; y ambas tienen su parte derecha al mismo lado de la Sábana, y su parte izquierda en el lado opuesto.

Y las manchas de sangre, aunque no tengan invertido el claro-oscuro, sí presentan invertida su figura (derecha-izquierda), como toda la imagen.

Además, las dos imágenes son esfumadas y sin contornos definidos. Las manchas de sangre, en cambio, los tienen bien definidos; de manera que pueden medirse con precisión su tamaño, dirección y figura. La herida del costado en particular es un entramado de regueros de sangre y de intersticios blancos, que recuerdan un poco las labores de encaje (Lám. 11, C).

2. *No es una pintura*

Pero ¿no podría tratarse de una pintura?

Por de pronto las figuras de la Santa Sábana no presentan ninguna de las características propias de una pintura.

Ante todo, la coloración de las figuras, no la de la sangre, se acentúa más en las crestas que en los valles del tejido; todo lo contrario de lo que sucede en las pinturas.

Ninguna pincelada, ninguna delimitación de imagen, ningún contorno diseñado, como usaban los pintores de finales de la Edad Media o del Renacimiento. La imagen de la Sábana, por sus toques vaporosos, más bien recuerda, con matizaciones mucho mejores, a ciertos impresionistas del siglo II (De Gail).

Además, las partes más coloreadas de las figuras, aun las más marcadas, no contienen rastro alguno de pintura. Analizada la tela con una lupa de varios aumentos e incluso con un microscopio, no presenta la más mínima traza de pintura, laca, pastel o lápiz. La imagen desaparece a tales aumentos y sólo se ven los hilos limpios. Se distinguen perfectamente las crestas y los valles del tejido, pero ni traza de pintura. «Fuera de una pequeña cantidad de óxido de hierro, no hemos encontrado (el equipo del STURP) pigmento alguno» en la Sábana, afirma el químico Ray Rogers, del Los Alamos, National Scientific Laboratory. *(National Geographic,* Washington, junio 1980, p. 751.)

Digo mal: Mark Evans, del Brooks Institute y miembro del STURP, en las microfotografías que sacó de la Santa Sábana halló una concentración de herrumbre sobre ella, producida probablemente, según su opinión, por uno de los clavitos usados para sujetarla en la exposición de 1931 (Cfr. *National Geografic,* p. 741).

A pesar de esto Walter McCrone[64] dio la campanada en Londres *(Catholic Herald,* 19, septiembre, 1980) declarando haber encontrado trazas de óxido de hierro microscópicas en algunas fibrillas del rostro, que él atribuía a la mano de *un pintor.* Algunos dedujeron en seguida que la Síndone era un falso de agosto de 1356.

Sorprendido el mismo McCrone de las conclusiones que habían sacado algunos de su comunicación, publicó al día siguiente, 20 de septiembre, una nota en que, confirmando poseer pruebas fehacientes de la presencia sobre la Síndone de un pigmento debido a la mano de un pintor, añadía: «Esto no prueba que la Síndone sea un falso. Una precedente imagen auténtica, pero muy tenue, habría podido ser reforzada sucesivamente por un pintor, a fin de hacerla más fácilmente visible» *(Sindon,* n. 29, p. 70).

Esta declaración espoleó a los sabios del STURP a indagar más a

---

[64] Walter McCrone, propietario de un laboratorio de microanálisis, en Chicago, se hizo famoso con ocasión del discutido mapa de Vinland, según el cual los vikingos habrían pisado América quinientos años antes que Cristóbal Colón.

Existiendo dudas sobre la autenticidad de dicho mapa, la universidad de Yale le encargó analizarlo. No le resultó difícil a McCrone detectar la existencia en la tinta del mapa de un pigmento, la anatasa, que no ha sido sintetizado hasta el año 1920. Con esto quedó al descubierto la falsedad del documento. McCrone supo sacar del hecho «una inmensa publicidad lucrativa», como escribe un entusiasta suyo, David Sox.

Se comprende su interés por formar parte del STURP. Pero fue excluido de él a causa de una querella judicial que pesaba sobre él. Y también por ser el STURP autofinanciado y, por consiguiente, sin lucro.

Con todo, Ray Rogers, siempre complaciente, le prestó algunas de las cintas-muestra aplicadas a la Síndone para que las pudiera analizar en su laboratorio. (Cfr. B. Bonnet-Eymard, *La Contre-Réforme Catholique au XX siècle.* Supp. al n.° 156, agosto 1980, p. 14).

fondo este punto. Hallaron óxido de hierro en las manchas de sangre en la proporción en que el hierro se halla en ésta. Lo hallaron también en menor cantidad en las partes coloreadas de la imagen, lo mismo que en *las partes no coloreadas*.

El grosor de esas partículas de óxido es tan pequeño que no llega a una micra. Teniendo presente, pues, que el óxido de hierro, según McCrone, no ha podido ser reducido a partículas tan pequeñas hasta 1800, deduce él que este pigmento de óxido de hierro, rojo y amarillo, hubo de ser añadido *intencionadamente* en la Síndone durante los dos últimos siglos.

Esto va contra la historia. Los avatares de la Sta. Sábana durante los dos últimos siglos son perfectamente conocidos; y no ha existido durante este tiempo conato alguno de retoque pictórico en la misma.

La respuesta que dio al problema John Heller, profesor en el Colegio del Estado de Nueva Inglaterra, miembro del STURP, en la reunión de Connecticut (USA), es: «En la atmósfera terrestre hay una cantidad importante de partículas microscópicas de este tipo de hierro, bien detectables. Su cantidad varía según la altura, la longitud y latitud del lugar, en función de varios factores. Su origen es vario» (Tomado de Bonnet-Eymard, *Le Suaire,* número especial de *La Renaissance Catholique aux XX siècle,* supplement, sept. 1981, pp. 4 y 5). Especialmente puede proceder este hierro de los volcanes y terremotos, y también de la actividad humana. De hecho llena la atmósfera.

Por consiguiente, este hierro microscópico sobre la Síndone, si fuera éste su origen, no sólo se habría ido depositando sobre ella en los dos últimos siglos, sino desde que se fabricó.

Otros, como el profesor de química del Western Connecticut State College, Alan Adler, dicen que la presencia de este hierro en la Síndone puede deberse a las antiguas técnicas de fermentación del lino destinado a ser tejido. Estas provocaban una oxidación de su celulosa, que podría haber depositado en el agua hierro y calcio. En tal caso, este hierro microscópico de la Síndone sería anterior a su fabricación.

Otros, en cambio, hipotizan que esas diminutas partículas de óxido de hierro pueden proceder de las abundantes manchas de sangre, ricas en hierro, que cubren casi toda la Síndone. Podrían haberse corrido de ellas a toda la Sábana.

Pero hemos de subrayar que este óxido de hierro microscópico, detectado sobre la Síndone, es completamente distinto del que hubiera aportado la mano de un hombre. Y aquí radica el fallo de McCrone: suponer que este óxido de hierro está allí puesto intencionadamente por una mano humana. Por ello algunos creyeron que McCrone no buscaba más que la publicidad en toda su declaración[65].

---

[65] A la primera reunión que tuvieron los científicos del STURP en Sta. Bárbara, después de su vuelta de Turín, para confrontar los primeros resultados de sus respectivas investigaciones, asistió McCrone y expuso su teoría del óxido de hierro puesto sobre la Síndone intencionadamente después del año 1800. Ante las objeciones que le pusieron sus colegas, abandonó la sala. La impresión que se llevó el Dr. John H. Heler, como cuenta él mismo en su Informe, es que McCrone, a pesar de su reputación, había metido la pata hasta el corve-

No aparece tampoco por ningún lado señal alguna de diseño o líneas de contorno. Al contrario, estos se difuminan insensiblemente hasta desaparecer en el color básico amarillento de la tela. Son varios los peritos que la han analizado detenidamente a este propósito: Buttandier (1898), Loth (1907), Enrie (1931 y 1933), Renié (1937). Y últimamente los sabios del STURP (1978 ss.).

Un pintor no puede producir, anota Barbet por su parte *(La Passion...* p. 232), ese tránsito imperceptible de la imagen al fondo. Aquí el color crudo de la tela ha sido integrado perfectamente en la impresión negativa de las imágenes. Este conjunto conjugado de la tela y de la imagen es lo más característico del negativo sindónico, anota De Gail.

También le falta a la imagen sindoniana aquella iluminación convencional que está presente en toda pintura, observa la pintora M.ª Delfina Fusina *(Osservazioni...* p. 75). El cuerpo aparece aquí visto bajo una luz perpendicular al lienzo. No tiene sombras.

Por otro lado, la tela de Turín ha sido plegada, a lo largo de los siglos, en multitud y variedad de pliegues. Si hubiera en ella pintura, ésta se hubiera descascarillado, al menos en parte, y aparecerían señales de ello sobre el lienzo. Nada de eso.

Por su parte, el profesor de ciencias aeronáuticas, Eric Jumper, y el profesor de física, John Jackson, escriben: «Nuestros aparatos del Centro Jef Propulsion, de Pasadena (NASA), nos han permitido constatar la autenticidad de la Síndone, en el sentido de que podemos afirmar con absoluta seguridad que no ha sido pintada por un artista, en cuanto no revela aquella dirección preferencial, que cualquier pintor habría impuesto a su pincel». *(Gazzetta del P.* p. 38, c) «Las investigaciones de Donald Lyn y de Jean Lorre... han podido demostrar que la imagen no posee dirección alguna preferencial; lo cual prueba que la imagen sindónica no puede ser obra de un artista que haya usado la técnica usual de las pasadas de pincel» *(Actas II Cong. Int.* p. 169).

Además hemos anotado anteriormente que la coloración de la imagen se reduce a las fibras superficiales del hilo; no lo impregna. Esto sólo excluye ya materias colorantes debidas a pintura o estampado; pues, dada la extrema delgadez del hilo (1/4 de mm.), el color debiera haber penetrado por capilaridad hasta el interior del mismo (N. Mosso, *Osservazioni alle perizie of,* p. 112).

---

jón. Después hubo otras dos reuniones, una en Los Alamos y otra en Colorado Springs. McCrone prometió su asistencia, pero... no se presentó. Tampoco quiso asistir al congreso anual de la Asociación de Ciencias Forenses del Canadá, que le había invitado expresamente. Envió a un ayudante suyo. Por último tuvo lugar la reunión de New London en que se presentaron los resultados globales de todas las investigaciones realizadas. McCrone no quiso asistir.

Y lo peor es que no devolvió el material que Ray Rogers le había prestado para sus análisis, sino tardíamente e inutilizado para poder hacer una comprobación. (De los periódicos.)

El *Informe sobre la Síndone de Turín* del Dr. J. H. Heller fue publicado por Houghthon Mifflin, Boston, 1983, y apareció condensado en *Selecciones del Reader's Digest,* Madrid, marzo 1984, pp. 119 ss.

También hacen notar los técnicos que el agua que empapó la Síndone, al apagar el incendio de Chambéry, hubiera disuelto la cola de la pintura, estropeando las figuras. No se trata, pues, de colores al temple.

Igualmente el calor del incendio hubiera alterado las materias colorantes de origen orgánico. Nada de esto sucedió. El color de las imágenes es extraordinariamente uniforme hasta el borde de las quemaduras.

Por último, suponer que un pintor medieval anterior al año 1356 en que aparece la Sábana en Lirey, pudiera pintar un negativo fotográfico, es completamente inconcebible. Basta comparar la Síndone con las copias que de ella se hicieron. Todas ellas aparecen rígidas, burda mezcla de positivo y de negativo por no saber interpretar lo que veían sus ojos en el original. Incluso pintores de la talla de Durero, tropezaron en este escollo. Antes de inventarse la fotografía, nadie era capaz de imaginarse un negativo fotográfico con los claros y los oscuros invertidos. Cuanto menos pintarlo. Hubiera sido una precocidad histórica inconcebible.

Aun hoy día, que conocemos la fotografía, es poco menos que imposible pintar un negativo perfecto; es decir, un negativo tal que al ser fotografiado, dé en la placa negativa un positivo perfecto. Se han hecho varias pruebas inútilmente [66].

El profesor Yves Delage [67] hace al respecto otra atinada observación. Escribe: «¿Por qué este (supuesto) falsario (pintor de la Edad Media) se habría preocupado de ejecutar una obra de arte cuya belle-

---

[66] Los profesores de dibujo Reffo y Cussetti intentaron copiar lo que el ojo ve en la Síndone. Ambos trabajos parecen perfectos a simple vista. El de Cussetti se exhibe en la sacristía de la capilla de Turín. Algunos, poco conocedores del asunto, lo toman incluso por la Síndone original. Pero al ser fotografiados ambos dibujos... dan un resultado lamentable. Y ellos contaban con todos los medios para pintar un negativo, cuya naturaleza conocían perfectamente.

[67] Yves Delage, biólogo francés, director del Laboratorio de Roscoff, miembro del l'Institut y autor de numerosos trabajos científicos, presentó el 21 de abril de 1902, en la Sorbona, a la Académie des Sciences, de la cual era insigne miembro, una «comunicación» sobre el lienzo de Turín, acompañada de proyecciones.

El sabio expuso los trabajos realizados en su laboratorio y bajo su patrocinio por dos profesores Paul Vignon, doctor en ciencias naturales y profesor en el Instituto Católico de París, y el comandante René Colson, repetidor en la Escuela Politécnica.

Delage era descreído y tenía empeño en ser tenido por tal, lo que no le quitaba su apertura de espíritu y su libertad de acogida ante las verdades naturales.

Después de haber expuesto en su comunicación la tesis de Vignon (sobre la intervención del áloe en la formación de aquella imagen), creyó poder completar su exposición con algunas indicaciones, siempre en plan puramente científico, sobre la identidad del crucificado que aparece en el lienzo.

La tormenta provocada en la opinión pública y en la prensa por aquellas alusiones a Jesucristo fue encrespada. Acusaban a Delage de haber traicionado una causa sagrada entre todas, cual era la opinión existente entonces en Francia de la oposición radical entre la ciencia y la fe.

El secretario de la Academia rehusó, por este motivo, publicar en su boletín

za no aparece sobre la obra y que no se podía apreciar sino por una inversión (de luces y sombras) que no ha sido posible sino mucho más tarde (con la invención de la fotografía)? El trabajaba para sus contemporáneos y no para el siglo XX y para la Académie des Sciences».

¿Por qué, además, se había de reducir el artista a una sola obra de arte? No se conoce ninguna otra del estilo de la Síndone. Esta es única en su género.

Pero supongamos que la Síndone fuera una pintura. Veamos las reflexiones que, en este supuesto, se hace el Dr. John H. Heller, ex catedrático de medicina interna y de física en la Universidad de Yale (USA) y miembro del STURP:

«Como he dicho antes, no es posible ver la figura de la Sábana a menos de uno o dos metros de distancia. Pero un artista no puede pintar si no distingue (de alguna manera) los trazos que está dando con su pincel. El supuesto artista debió, pues, de utilizar un pincel de uno o dos metros de longitud. Además, el pincel tenía que estar compuesto de una sola cerda, pues sólo manchaba fibrillas aisladas, de diez o quince micras de diámetro. Las cerdas para pincel más finas que conozco son las de marta, y un pelo de marta tiene un gran diámetro comparado con el de una fibrilla de un tejido.»

«Por otra parte, el supuesto pintor tuvo que utilizar una pintura que no contuviera ni óleo ni agua, porque no encontramos (en la Síndone) señales de capilaridad.»

«Aún más, para distinguir lo que estaba pintado, habría precisado de un microscopio de gran aumento, bajo el cual habría movido el pincel. Pero las leyes físicas que gobiernan la óptica excluyen dicho microscopio, a menos que estuviera adosado a un televisor. Y, en este caso, tendría que ser un aparato de televisión en color, pues el amarillo pajizo es demasiado débil para que quede registrado en blanco y negro.»

«Otro obstáculo que habría tenido que superar el supuesto artista es el de las limitaciones del sistema nervioso humano. Nadie puede sostener un pincel tan largo con la necesaria firmeza para pintar el extremo de una fibrilla. Es necesario un micromanipulador del siglo XX, que operase hidráulicamente a una distancia de uno o dos metros. Y éste tiene que estar montado en un brazo mecánico especial, un invento de la era atómica. Asimismo, el artista tendría que haber sabido qué cantidad de microfibrillas pintar, y haberlo hecho a la inversa, como en un negativo.»

«Nuestro hipotético artista habría tenido que utilizar sangre, tanto premortal como postmortal. Y tendría que haber pintado con albúmina

---

el informe escrito, presentado por Yves Delage, sobre su propia comunicación. Entonces éste, a fin de poner las cosas en su punto y de protestar contra esta arbitrariedad, dirigió a M. Charles Richet, director de la Revue Scientifique, una carta de varias páginas que fue publicada en mayo *(Revue Scientifique* 31 de mayo de 1902, pp. 683-687). De allí están tomados estos párrafos citados. (Paul de Gail, *Le visage de Jésus-Christ et son linceul,* pp. 307-310).

de suero los bordes de las marcas de los azotes. Pero, como la albúmina de suero sólo es visible bajo rayos ultravioletas, hay que suponer que utilizó un medio invisible ante la luz blanca.»

«Habíamos llegado (el equipo del STURP) a la conclusión de que las imágenes eran producto de oxidación. El ácido sulfúrico es un agente oxidante; pero es evidente que nadie puede pintar con ácido sulfúrico, porque destruiría las cerdas, mostraría señales de capilaridad y se enfrentaría a todas las demás dificultades que puso al descubierto nuestro raciocinio.»

«El calor también puede causar el mismo tipo de oxidación que el ácido sulfúrico, pero cualquier fuente de calor irradia de manera difusa, y no podría explicar la tridimensionalidad de los rasgos del hombre de la sábana o la nitidez del color amarillo pajizo que hay solamente en los extremos de las microfibrillas.»

«Por último, aparte del método empleado, el supuesto artista habría tenido que crucificar a alguien para reproducir exactamente la patofisiología que presenta la imagen. Esta es perfecta (desde el punto de vista médico). Por lo tanto, a menos que hubiera trabajado con varios crucificados, le habría sido casi imposible reproducir la anatomía y la patofisiología precisas.»

Anteriormente ha citado el mismo Heller al Dr. Bucklin, médico forense de la ciudad norteamericana de Los Angeles, quien afirma que las características patológicas y fisiológicas de la imagen revelan unos conocimientos médicos ignorados hace 150 años.

Pero, concluye el Dr. Heller: «Ante la pregunta de cómo llegaron allí las imágenes, no tenemos respuesta.»

Otro dato todavía. Uno de los análisis a que fue sometida la Síndone en octubre de 1978 por los sabios del STURP fue el de una expectroscopia de reflectancia. Se pretendía sacar información acerca de la naturaleza de las imágenes. Si éstas se habían formado a partir de una sola sustancia, los análisis de las diferentes partes serían parecidos.

Pues bien, se halló que todos los resultados eran iguales, excepto los del latón. ¿Qué podía tener de particular el latón? El físico Samuel Pellicori lo examinó con el microscopio. Al máximo aumento pudo distinguir entre los hilos del tejido e introducidas en ellos, unas partículas de polvo. Es lógico encontrar polvo en el pie de un hombre que ha caminado descalzo. «Sin embargo, no había polvo suficiente para que fuese detectado a simple vista. Señal que no había sido puesto allí por un falsificador. Es improbable que un pintor ponga en un cuadro cosas que no se pueden ver» [68].

---

[68] *Informe sobre la Sábana de Turín* por el Dr. John H. Heller, Houghton Mifflin Co. Boston, Massachusetts, condensado por *Selecciones del Reader's Digest,* Madrid, marzo 1984, pp. 130-142.

3. *No es una inversión de colores*

Pero, ¿no podría hablarse de una *inversión natural de colores?* Es decir, ¿de una pintura normal cuyos colores pudieran haberse invertido con los años?

Dice el Dr. Judica Cordiglia *(L'Uomo della S...* Brescia, 1974, p. 46): «La objeción de que la Síndone fuera originariamente pintada en positivo y que el tiempo haya cambiado las partes oscuras en claras y viceversa, verificándose así una inversión total, una negativación de las improntas, no tiene fundamento. Y ello sencillamente porque actualmente encontramos coloración en la Santa Sábana sólo y precisamente en aquellas partes que un pintor no habría pintado».

También Yves Delage rebate esta posibilidad. Dice: «La idea de que la imagen hubiera sido pintada en positivo y que hubiera virado en negativo, como ha sucedido en ciertas pinturas sobre tela o en algunos frescos, queda excluida; entre otras razones, por el hecho de que la imagen es monocromática y no ha podido, en consecuencia, sufrir modificación de inversión de los claros en sombra y de las sombras en claros». (o.c.). Esto, aparte de lo que hemos consignado poco ha sobre la total ausencia de pintura en el lienzo de Turín.

Además ¿a qué pintor medieval podía ocurrírsele pintar una figura de Cristo crucificado, al que puede hacer referencia la Síndone, con la parte posterior del cuerpo opuesta por la cabeza a la parte delantera, con la corona de espinas en forma de capacete y no de aro en torno a las sienes, con la herida de los clavos en la muñeca y no en la palma, con ausencia del dedo pulgar de las manos y sin paño a la cintura? Efectivamente, algunos de los copistas del lienzo suprimieron en su obra la parte posterior del cuerpo, añadieron el dedo pulgar a las manos y el paño a la cintura, y corrieron la herida de la muñeca hacia la palma. Lo otro les parecía inverosímil por ir contra la tradición. Sobre todo un Cristo desnudo les parecía una irreverencia.

Todavía otra objeción. Las dos figuras de la Síndone presentan una serie de anomalías inconcebibles en un artista de la talla que habría de tener un falsificador capaz de producir un negativo tan perfecto en plena Edad Media o antes.

Aparte la impresión de ser la pierna izquierda más corta que la derecha, de que ya hemos hablado, llama poderosamente la atención ante todo lo aparente diferente longitud que presentan las extremidades inferiores vistas en la cara frontal y en la dorsal (Lám. 2). También una pequeña desviación de los muslos en la parte delantera, de manera que parecen querer salirse fuera de las caderas, mientras su posición es normal en la figura dorsal. Además el muslo derecho de la imagen frontal es desproporcionadamente más grueso que el izquierdo; mientras que en la figura dorsal aparece, correspondientemente, más delgado que el izquierdo (Lám. 2).

También hay que subrayar la desproporcionada longitud de los dedos de la mano derecha —¡hasta 7 cm.!— y que el codo derecho forma un ángulo más agudo y se separa más del tronco que el izquierdo,

dando la impresión de ser el brazo derecho más largo que el izquierdo (Fig. 7).

Todavía presenta la figura de la Síndone otras tres anomalías perfectamente explicables, si suponemos que se trata de un auténtico crucificado *envuelto en su sepultura con una simple sábana,* y muy difíciles de ser explicadas si las suponemos obra de un artista: el hombro derecho está visiblemente más bajo que el izquierdo y todo el cuerpo está ligeramente desplazado hacia la izquierda por las caderas.

La nariz, rota por el sitio en que el cartílago nasal se une al hueso,

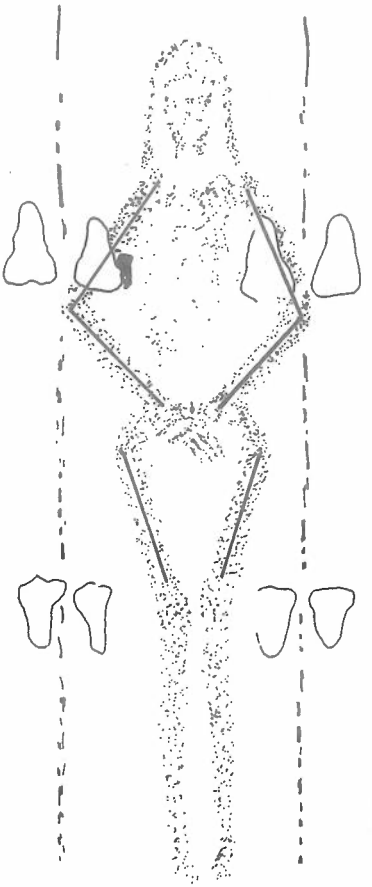


Fig. 7. Muslos aparentemente abiertos en exceso por la parte superior, y brazo derecho más largo y apartado del cuerpo que el izquierdo.

se desvía ligeramente hacia la izquierda y presenta la ventana derecha achatada y desproporcionadamente ensanchada y saliente.

También las rodillas están mucho más marcadas en la parte frontal que su lado opuesto, en la dorsal.

Todas estas anomalías no son concebibles en un artista de la talla que habría tenido que tener quien fuera capaz de pintar este lienzo; en cambio se explican perfectamente suponiendo que la sábana envolvía, al ser impresionada, un cadáver yacente, como detallaremos en particular en este mismo capítulo.

4. No es un calco

Dejando la palabra «pintura» y sustituyéndola por «tinte» formuló otra teoría el pintor parisino R. Clément, miembro de la Société Nationale del Beaux Arts, de París. El lienzo de Turín reproduciría, según él, un Cristo ligeramente estilizado de los siglos XIII o XIV. Un artista desconocido habría impregnado un lienzo en solución de áloe, que al aire se pone oscuro, y lo habría aplicado a una estatua de madera o de piedra, o a un alto relieve de la figura de Cristo. Luego lo habría recubierto con otro lino puro y, oprimiéndolo por encima, habría obtenido la coloración más intensa en los lugares salientes; mientras que, en las cavidades, el lino habría permanecido sin coloración. Así se explicaría el carácter negativo de las improntas. Las huellas positivas, que corresponden a la sangre derramada, podrían haberse obtenido echando sencillamente el líquido en la tela (Cfr. Daniel Rops. *Jesús et son temps,* p. 620). Clément cuenta cómo en su juventud se «divertían» los estudiantes calcando por este sistema en el museo de Nápoles.

«En primer lugar, contesta el Dr. Hynek *(El aspecto físico de Jesús...* pp. 77-79), difícilmente se comprende que un miembro de la Sociedad Nacional de Artistas franceses pueda estar tan poco informado sobre las representaciones de Cristo en el siglo XIII y aquellos crucifijos monstruosos, desde el punto de vista anatómico y fisiológico, que no tienen ni un mínimo de semejanza con el cuerpo de la Sindone, el cual revela, por el contrario, una perfecta belleza y simetría física.»

«La Santa Sábana presenta, así en la parte anterior como en la dorsal, la efigie de un hombre físicamente perfecto, en posición extendida, con los brazos cruzados y con la típica rigidez mortal... No creo exista en el mundo una imagen semejante... hecha con esta suma perfección y exactitud anatómica, ya de frente, ya de espaldas y aun quizá más perfecta en la parte dorsal. Y mucho menos se puede hablar de *un relieve,* que siempre carece de la parte dorsal de la figura representada. En nuestro caso, para la supuesta tintura de esta parte, hubiera sido necesario hacer un segundo relieve. Pero ¿cómo obtener una coincidencia exacta de los dos relieves, capaces de presentar en las improntas un mismo cuerpo humano? Como se ve claramente, la objeción del teñido ha sido poco meditada.»

«Parece, continúa Hynek, que Clément, anticuario de profesión, tenía un concepto extraño de la conciencia médica y de sus estudios, creyéndose llamado a advertirles de su error.»

«Es en verdad curiosa su afirmación de que el simple derramamiento de un líquido colorante haya imitado con tal perfección, imposible de distinguir de la realidad, no sólo la sangre que sale de un cuer-

po vivo, sino la postmortal, venosa y arterial, etc., ya que es sabido cuánta dificultad, casi insuperable, presenta a los pintores más célebres la representación pictórica de la sangre. Baste recordar la penosa impotencia de un Velázquez al pintar en su Cristo la sangre vertida por el costado traspasado.»

«Ahora bien ¿cómo, hace más de setecientos años, cuando la medicina estaba todavía en manos de medicastros más que primitivos, habría podido alguien ejecutar en una estatua, con la máxima perfección, tantos detalles médicos que sólo en los últimos años se han descubierto? Así, por ejemplo, la tranfixión de las manos en el espacio de Destot (Dr. Barbet), la mancha sangrienta en forma de 3 invertido que se formó por la contracción epasmódica del músculo frontal (Dr. Judica), la sangre y agua en coagulación típicamente postmortal en la cadera (Dr. Hyneck y Dr. López Gómez), la rigidez postmortal de todo el cuerpo con los músculos glúteos en forma esférica (Dr. Caselli), etc., etcétera una suma de particularidades que antes eran desconocidas por completo.» Trataremos de todas ellas más adelante.

«Cuanto más atentamente analizamos la objeción de Clément, concluye Hynek, más evidente resulta su inconsistencia, su nulo fundamento y su error». «La imagen (de la Síndone) es de un realismo extremo, impecable, sin un desfallecimiento, sin un olvido. Ella no tiene en cuenta la tradición sino de una manera muy imperfecta: no concede nada a la esquematización, nada a la convención, caracteres que no se encuentran en ninguna de las producciones iconográficas de aquella época, ni en un grado tan absoluto en las producciones de ninguna época» (Yves Delage, o.c.). Si hubiera existido un artista capaz de producir tal obra hubiera sido un caso de precocidad histórica inimaginable. Y que, por otra parte, ¡no hubiera dejado rastro alguno de sí mismo!

El Dr. Barbet quiso estudiar directamente ese calco obtenido por Clément. He aquí su veredicto, tal como lo trae el P. Carreño *(El último reportero...* 1976, p. 47): «El así llamado negativo presenta un claroscuro sin figura alguna, sin esfumadura, que nada tiene que ver con el rostro de la Sábana... Causa asombro ver cómo personas doctas (parece referirse al teólogo P. Braun, que se apoyaba en el testimonio de Clément para impugnar la autenticidad de la Síndone), tal vez demasiado doctas para tener una pizca de humor, llegan a considerar como un experimento científico lo que no es más que una gamberrada de pintores alegres...» «Una grosera calcomanía.»

Un ilusionista americano Joe Nickell ha presentado *(The Humanist.* dic. 1978) una teoría parecida a la de Clément. Afirma haber obtenido improntas negativas de un bajo relieve aplicándole un lienzo y frotándolo con polvo de áloe.

Igualmente, el antropólogo Vittorio Delfino Pesce, profesor de la Universidad de Bari (Italia) que se gloría de no haber visto nunca la

Síndone ni siquiera desde lejos *(Sindon,* n. 31, p. 121) presenta la suya, corroborada por experimentos. La diferencia con el pintor Clément está en que en vez de esparcir tinte sobre la estatua, como lo hacía aquel, Pesce esparce ácido sulfúrico. Las figuras de la Santa Sábana serían, pues, una corrosión del lino producida por ácido sulfúrico. «Yo reto a cualquier escultor, dice (L'Expresso, n. 39, 1.º octubre 1978) a que me haga en madera un bajo relieve y yo garantizo que sacaré de él una o varias copias gemelas de la síndone».

Las razones aducidas contra las teorías anteriores afectan también a éstas. No vale la pena, pues, entretenerse en ellas. Con todo a quien le interesa la teoría de Pesce puede verla expuesta brevemente en el apéndice de este mismo capítulo (p. 209).

5. No es tampoco un estampado

La profesora Noemí Gabrielli, miembro de la Diputación Subalpina de Historia Patria, Sobreintendente (retirada) de las Galerías y Obras de Arte medievales y modernas del Piamonte y uno de los miembros de la Comissione di Experti nombrada por el arzobispo de Turín, Cardenal Miguel Pellegrino en 1969, aventura una sorprendente teoría. Dice así: «Los recientes resultados de los profundos análisis físico-químicos han excluido que las improntas de la síndone sean de naturaleza biológica.»

«Por otra parte, resulta por los exámenes microscópicos que no se trata de pintura.»

«Si no se admite o una intervención milagrosa o un desconocido procedimiento fotográfico, no quedan más que dos hipótesis: La primera que se trate de un tejido estampado medieval, técnica que estaba ya en uso en el siglo VI d.C., pero que parece conocida en época más antigua» (Comissioni di Experti, p. 87).

Y el profesor Silvo Curto, miembro de la misma comisión y en parte la corea, añade: «La técnica del estampado existía en el Oriente mediterráneo y en Egipto ya en los tiempos de Cristo. Las matrices generalmente estaban grabadas en hueco y con cantos vivos, que producían imágenes de contornos nítidos. Matrices en relieve y con modelado continuo, que produjeran imágenes esfumadas, son también conocidas, pero más raras, y tal vez un poco más tardías».

Con todo, «las matrices conocidas de los primeros siglos cristianos son de madera y no superan los pocos centímetros de lado, Moldes de más de un metro, como los dos necesarios para imprimir la imagen sindónica de cara y de espaldas, es más fácil que pertenezcan a época posterior, de técnicas más perfeccionadas, probablemente al Renacimiento» (Comissioni di Experti, p. 67).

Y continúa la profesora Gabrielli: «Hay, con todo, una diferencia entre los ejemplares de telas estampadas medievales y la nuestra. En las primeras, la imagen es nítida y firme y de contornos bien definidos; mientras la impronta de la Síndone aparece evanescente respecto a la de los tejidos impresos, como si la tinta estuviese descolorida por excesivos lavados o por acciones corrosivas».

«En consecuencia se puede formular la hipótesis segunda, que tengo por plausible. Esta es que el modelo creado por el autor no haya estado grabado sobre una matriz de madera, según la técnica del estampado, sino directamente diseñado por el artista sobre una tela mojada (extendida sobre un telar) diluyendo las tierras color sepia y ocre amarillo en un líquido resinoso; y que este original, todavía húmedo, haya sido extendido sobre la Síndone, también ella bien extendida, y comprimido con un peso acolchado, como se hacía para estampar.

«La diferencia está en la matriz de tela, con la cual se consigue un efecto de morbidez que no se obtiene con una de madera.»

«La operación, según mi conjetura, se habría repetido dos veces: la primera sobre el diseño original, la segunda con el original estampado o calcado sobre la tela.»

Con esta doble impresión, cree ella poder explicar el carácter negativo de la imagen (?..!).

Como, por otro lado, tanto la parte anterior como la posterior parecen proyectadas sobre la tela como un diseño sobre una hoja de papel, rechaza la autora la hipótesis de que la tela envolviera un cuerpo. En tal caso, indica, la tela denotaría las curvas del volumen envuelto, con las deformaciones consiguientes.

«Examinando atentamente, continúa la Sra. Gabrielli, la cara y los miembros en las partes más legibles de la figura... ellos presentan una rara delicadeza de rasgos, una magistral precisión en marcar la musculatura y las articulaciones, un profundo conocimiento de la estructura anatómica; elementos estilísticos presentes en el arte clásico y paleocristiano hasta el siglo V, y que luego vuelven a reaparecer en la pintura toscana y en el arte italiano del Renacimiento.»

«Tienen además, como se observa en la cara, la expresión de una persona viva con las señales de un profundo sufrimiento, no sólo físico sino espiritual: aparece la búsqueda psicológica del carácter de un asceta. Una búsqueda, por lo tanto, de valores interiores morales; mientras en el arte clásico los maestros se preocupaban sólo de expresar con exactitud los rasgos somáticos exteriores de cada individuo.» «Esta penetración psicológica aparece en el arte románico... y en los maestros del Renacimiento.»

«Nuestra imagen presenta también, sea en las proporciones longitudinales, sea en los detalles de la cara y de los miembros, elementos realísticos de refinada elegancia, junto a una armonía de formas que se equilibran en el delicado modulado de las sombras y las luces a través de sugestivas vibraciones de movimiento.»

Concluye, pues, la profesora: Ha de ser «creación de un gran artista, de hacia finales del Cuatrocientos o de los albores del Quinientos, que ha usado la técnica del esfumado leonardesco».

En seguida establece un parangón entre la faz de la Síndone y la cara de Jesús de la Cena de Leonardo da Vinci, y halla un gran parecido de técnica y de espiritualidad entre ambas.

Pero como esta conclusión no ata con la historia conocida de la Síndone desde el año 1356, concluye la profesora: «Si se tienen en cuenta los caracteres estilísticos, se debe admitir que ésta no es la

misma Síndone aparecida por primera vez en el año 1356, perteneciente al Conde Godofredo I de Charny y pasada después a manos de los Duques de Saboya. Se debe tratar de una versión en unos 130 años posterior a aquélla, anterior con todo al 1532, data del incendio».

Sorprende, ante todo, que la Sra. Gabrielli se salte tan bonitamente la historia para poder asentar su teoría. La suposición de que la Síndone de Turín no sea la misma aparecida en Lirey en 1356 y pasada en 1453 a poder de los Duques de Saboya es completamente gratuita y contradice todos los testimonios de la época. Desde 1356 hasta nuestros días pueden seguirse todas las vicisitudes de la Síndone.

En segundo lugar, parece confundir el negativo fotográfico con la simple inversión de lado, cual sucede en el espejo. Aplicando la técnica del estampado, el positivo queda positivo y el negativo negativo. En el estampado hay simple inversión de lados, como en un espejo, pero no de los claro-oscuros.

Por lo demás, la hipótesis del calcado con paño húmedo no tiene comprobación en la realidad. La Sra. Gabrielli habría tenido que apoyar su hipótesis con algunos experimentos. Se le pidió que lo hiciera, pero ni siquiera contestó. (P. Scotti. *Osservazioni alle Perizzie Ufficiali,* p. 95).

Aunque es indiscutible la perfección anatómica de la figura sindoniana, no obstante presenta evidentes desarmonías, como hemos indicado más arriba. Esto diría muy poco en favor de un artista de tan profundos conocimientos anatómicos como se le suponen al autor leonardesco que la habría estampado.

Añadamos que antes del descubrimiento de la circulación de la sangre (1593) mal podría el autor dejar en el lienzo diferenciados los coágulos de sangre arterial y venosa. De éste y otros puntos nos ocuparemos en el capítulo próximo.

Recordemos también lo dicho en el capítulo anterior sobre la palinología y la Santa Sábana: ésta ha estado en Palestina, Edesa, Constantinopla y Centro Europa. Ciertamente que la Síndone no ha viajado por todos estos lugares después de mediado el siglo XV. Esto consta históricamente.

La historia, pues, y la ciencia, se oponen rotundamente a la hipótesis de la Sra. Gabrielli.

Y también la historia del arte. La Síndone es un «unicum» inimitable e irreproducible. Desde Durero a Reffo y Cussetti, todos los artistas que han intentado copiarla, han fracasado en su empeño... aun después de conocido el negativo fotográfico ¡Cuánto menos podrá nadie haberlo intentado antes de tal conocimiento!

La Síndone, además, no pertenece a ningún estilo. «En toda obra de arte que sea digna de tal nombre, afirmaba el Sr. Vittorio Viale, director de los Musei Civici de Turín, en el I Convegno Nazionale di studi sulla S. Sindone (Torino, 1939), el dato estilístico no puede faltar... Ahora bien, en la figura impresa sobre la Santa Sábana, por más que yo investigue, escrute y quiera, no consigo hallar ni percibir el dato estilístico... Esta imagen no es una obra de arte creada por un hombre; en la auténtica impronta, no cuenta cómo fue obtenida, de un

cuerpo verdadero y particular» *(Atti Convegno Nacionale...* Torino, 1941, p. 213ss).

6. Es un viraje químico de la celulosa del lino

El grupo de científicos americanos del STURP ha estudiado muy de propósito el punto de la coloración de la imagen y ha llegado a la conclusión de que «la celulosa de la tela padeció una transformación química en los puntos de contacto con el cuerpo (que envolvía), lo cual dio lugar a una decoloración». *(Notiziario del Centro Int. della Sindone,* 4 de junio de 1981, p. 6). Hasta dieciocho disolventes químicos emplearon en vano por ver si lograban eliminar el color de las fibras. Esto demuestra, indica el Dr. Samuel Pellicori, del Santa Bárbara Research Center y miembro del STURP, que la imagen no es producto del aporte de sustancias extrañas, es decir, que no es pintura, ni calco.

En cambio, advirtieron que se trataba de un viraje de color de las mismas fibrillas superficiales del lino, viraje que no tiene más profundidad que unas micras.

Con la particularidad de que la mayor o menor intensidad de coloración de la imagen no consiste en que las fibrillas de la celulosa sean, cada una, más o menos coloreadas, sino que es efecto de la mayor o menor acumulación, en aquel lugar, de fibras viradas. Esto sólo excluye ya toda pintura. En consecuencia, continúa Pellicori, «desde ahora hay que evitar decir que la imagen es de color sepia. "Sepia" es el nombre de un colorante, lo que podría inducir al viejo error de creer que la Síndone está pintada; lo que repito, hay que excluir en absoluto. La imagen de la Síndone es amarilla. Y basta».

Por su parte, el Dr. Robert Bucklin, médico forense de la ciudad norteamericana de Los Angeles, hace esta observación, fijándose en la perfección anatómica del H. de la S. Decía así en un informe: «Sea cual sea su origen (de la Síndone), disponemos de información suficiente para afirmar que las imágenes son anatómicamente correctas. Sus características patológicas y fisiológicas son claras, y revelan unos conocimientos médicos ignorados hace 150 años» (Citado por el Dr. John Heller en su Informe sobre la Sábana de Turín, al que hemos hecho referencia poco ha).

La Síndone, pues, no puede ser obra de un artista, sino que es obra natural.

7. Es un auténtico negativo fotográfico de un cadáver

Al mirar un clisé negativo de la Santa Sábana resalta al punto su parecido con el de una fotografía corriente. «Sobre la tela las medias tintas y todo lo que forma el claro-oscuro de las imágenes del cuerpo pasan de la sombra a la luz con una gradación progresiva perfecta. Exactamente lo mismo que observan nuestros ojos en una fotografía.

El rostro, en particular, es tan matizado, tan expresivo, que nos hace presentir imperiosamente la trascendencia del personaje» (De Gail. *Le Visage...* pp. 87-88).

«La tela con su color natural, juega el papel de las partes de sombra de la imagen. Ella forma parte, por tanto, de la figura. La tela y el color quedan integrados en las improntas sindónicas. Lo cual no sucede en las pinturas, calcos o estampados.» (De Gail, ib.)

«Igualmente la finura de la imagen sindónica es superior al de una pintura o calco. El examen conjugado de la calidad y de la formación de las imágenes del santo lienzo nos obligan a descartar radicalmente de su realización todo proceso artificial que pudiera ser usado por el hombre: el tejido, la pintura, el calcado...» (De Gail, o.c., p. 115).

Por ello, mientras los pintores no encuentran en la Santa Sábana los procedimientos y la realidad propios de su arte, los fotógrafos reconocen los del suyo. Oigamos a Enrie:

«Las copias de la Sábana Santa de Turín, sean las que fueren y de cualquier autor, reproducen siempre las características de una imagen negativa.»

«La fotografía asegura que (las improntas de la Síndone) no están hechas por mano de hombre, porque en este tejido de cuatro metros de superficie no se advierte el más pequeño error de imagen negativa. No ha existido en el mundo ningún pintor en condiciones de hacer una cosa semejante.»

«Todas las ampliaciones demuestran que el tejido está intacto; que debajo de la sangre no existe ningún diseño ni esquicio, ni cabe la menor sospecha de que haya en él hechura alguna de mano humana» *(La Santa Sindone rivelata dalla Fotografia.* Torino, 1933, p. 121).

Y más adelante (p. 138) añade: «Las improntas de la Sábana Santa apenas tienen apariencia de diseño; y sin embargo, ¡qué representativas son! ¡qué impresionantes! ¡qué ricas de sentimiento y de verdad! La imagen, además, está exenta de contornos; los medios tonos son, en algunos puntos, de una delicadeza extrema, a la que el pincel no puede llegar y que por ningún medio se podría obtener».

Por su parte el crítico de arte pictórico, Werner Jehle, termina así un comentario que hace sobre la Síndone: «Huelga preguntar si la Santa Sábana es *auténtica* o no. Su *autenticidad* está desde hace mucho tiempo fuera de duda. Esto encuentro yo tan *admirable* en la superreliquia de Turín, que como retrato atrajo siempre hacia sí la atención. La Sábana, de la cual se cree que es el lienzo en el que José de Arimatea envolvió el cadáver de Jesús, mueve fácilmente a meditar sobre el sentido de los cuadros en general. El lino que se amoldó al cuerpo del difunto, tomó, como una placa fotográfica, la apariencia auténtica de Cristo y ha superado el tiempo, mediante una forma imperecedera. Si yo tuviese que escribir una historia de la fotografía, empezaría con la Síndone de Cristo» [69].

Pero no nos adelantemos. Por ahora lo único que podemos decir es que la Síndone es un auténtico negativo fotográfico de un hombre

[69] Basler Magazin, n. 40, 9-X-1982 (semanario del *Basler Zeitung),* Basilea.

crucificado. No es obra artesanal ejecutada intencionadamente. Esta sábana *envolvió un cadáver que dejó en ella su impronta negativa,* no sabemos cómo.

Y decimos que envolvió un cadáver yacente guiados precisamente por las anomalías anatómicas que presenta la figura y a las cuales antes hemos hecho referencia.

Estas anomalías son inexplicables, si suponemos que la Síndone es obra artesanal; en cambio se explican perfectamente si suponemos que el lienzo envolvió un cadáver yacente en su sepultura. Recorrámoslas brevemente.

Ante todo se explica el que las dos imágenes, frontal y dorsal, se opongan por la cabeza. Basta con suponer que el lienzo cubría el cadáver por la espalda, fue doblado por detrás de la cabeza y extendido por encima del mismo cuerpo, como indicamos más arriba.

Se explica el que las manchas de sangre sean positivas y bien definidas, mientras las dos figuras son negativas y difuminadas. Las manchas de sangre se produjeron por contacto directo con la sangre húmeda de las heridas —después indicaremos cómo— mientras las figuras se produjeron por algo emanado del cuerpo —no sabemos qué— que impresionó la tela. También este punto lo estudiaremos muy pronto con detención.

La aparente mayor longitud de las piernas por delante que por detrás se explica porque la longitud de las rótulas, en la parte delantera, viene a sumarse espontáneamente a ellas. También los pies, fuertemente distorsionados, favorecen la misma impresión. Añádese además el hecho de estar la rodilla izquierda algo flexionada y apartada de la línea de la tibia, lo cual aumenta aparentemente la longitud anterior de la pierna y disminuye la de la posterior. «Pero la medida de su eje concuerda con la medida anterior» (M.ª Delfina Fusina, *Sindon,* 20, p. 16).

El muslo derecho aparece, hemos dicho, más grueso que el izquierdo en la figura frontal, mientras que en la dorsal aparece más delgado. Se ve que alguien, situado a la derecha del cadáver, debió introducir la parte de la sábana que colgaba por el lado derecho, por debajo del muslo, entre éste y la sábana subyacente.

Este hecho hizo que los dos muslos dispusieran, por encima, de menos tela en su sentido transversal. Por ello aparecen algo rebajados en su altura. Y por lo mismo, la tela se adhirió más estrechamente a la parte lateral externa del muslo izquierdo flexionado, dando por resultado que el músculo vasto externo, que es lateral, quedase más marcado. Con ello la línea media del muslo de la figura aparece bastante corrida hacia la izquierda, y los segmentos superiores del mismo han quedado recortados, aumentados en volumen y con los ejes aparentemente divergentes; cosa que no aparece en absoluto en la impronta dorsal. (Fusina, l.c.) (Fig. 7.)

También se explica con facilidad el hecho de aparecer la pierna izquierda más corta que la derecha en la impronta dorsal. Para crucificarle, habrían colocado los sayones la pierna izquierda del reo sobre la derecha con el fin de clavarle el pie izquierdo sobre el derecho. Al

sobrevenir la rigidez cadavérica, la pierna izquierda quedó más acurrucada, más encogida, y el pie izquierdo no quedó plano como el derecho, sino encorvado y torcido hacia el derecho. Esto hizo que de él sólo quedara marcado en la sábana-placa el talón y poco más, dando la sensación de ser la pierna izquierda más corta que la derecha.

Igualmente, la anormalidad anotada en el brazo derecho, más largo que el izquierdo y con el codo formando un ángulo más agudo, tiene fácil explicación. El lienzo, por encima, formaba puente entre el pecho y el brazo. Con esto no hubiera salido la grande herida que presentaba en el costado derecho. Se ve, pues, que una mano piadosa hundió la tela, apretándola, entre el pecho y el brazo para que cubriera la herida del costado: la cual, por lo mismo, salió perfectamente calcada (Fig. 7). Este mismo hundimiento de la tela entre el tronco y el brazo derecho hace que el pecho, ya de suyo hinchado por el aire que no pudo expeler —de esto hablaremos después— aparezca más hiperextenso todavía de lo normal (Fusina, l.c.).

Al extender, pues, en un plano la tela, aparece mayor la distancia del brazo derecho al tronco de lo que era en realidad, por haberse empleado allí mayor extensión de tela.

Parecida explicación tiene la excesiva longitud de los dedos de la mano derecha. Alguien aplicó la sábana formando una arruga a lo largo del lado exterior de la mano izquierda que estaba encima y también a la punta de los dedos de la misma mano derecha. Con esto, al extender la sábana en un plano, la impronta de los dedos de la mano derecha queda alargada por la arruga que la tela formaba a lo largo del borde izquierdo de la otra mano, y también por la arruga formada en el extremo de los dedos de la misma mano derecha. La impresión de las puntas de los dedos parece prolongar la longitud de los mismos. (Cfr. Ricci, *La Sindone Sta.*, pp. 260 y 265.)

Las demás deformaciones: el eje del cuerpo desviado respecto a la recta que va de la cabeza al pie derecho; la pelvis desplazada hacia la izquierda y oblicua de arriba abajo y de izquierda a derecha, subrayada esta oblicuidad, por encima, por la pendiente de la cintura dorsal ensangrentada y, por debajo, por la paralela oblicuidad de los surcos glúteos; el flanco izquierdo saliente y más alto que el derecho, entrante y más bajo, con la inserción de los dos fémures a altura desigual, superior el de la izquierda, inferior el de la derecha; la luxación de la cadera derecha con el músculo largo extendido y el anquilosamiento de la rodilla izquierda con una impronta dorsal que da la sensación de tener delante un hombre renco y cojo y con un pie equino; el hombro derecho hundido, la nariz rota y desviada... quedarán oportunamente aclaradas cuando estudiemos los tormentos padecidos por el Hombre de la Síndone.

Antes de dejar este aspecto de la proporción somática del H. de la S., hemos de subrayar con la técnica en arte, M.ª Delfina Fusina, que todas las deformaciones que estudiamos anteriormente, las cuales nos presentan un ser humano que da lástima y es casi irrecognoscible, «no pueden cambiar en absoluto el tipo, ni siquiera las proporciones fundamentales de la persona; es decir, no pueden alterar los seg-

mentos de su esqueleto y sus recíprocas proporciones. Y son éstas solas las que verdaderamente cuentan en la valoración, reconstrucción y medición, tanto antropológica como artística» *(Sindon,* 20, p. 9).

Y más tarde añade (pp. 22, 23): «No obstante todos los problemas que encierran, (las improntas) revelan abiertamente su tipo y proporciones e impiden colocarlo en otra cualquier categoría diversa» (de la que tenía en realidad el individuo).

«Referente a su estatura... en las deformaciones de la crucifixión y en su continente innatural, se trata sólo de retornar el individuo a su situación normal y colocarlo idealmente en la posición escolástica[70] antes de medirlo.»

«Las modificaciones debidas al envolvimiento de la tela, están bien individualizadas... A causa de ellas, las proporciones de la figura no sufren importantes cambios. Además dichas proporciones resultan las mismas, tanto en la figura anterior como en la posterior.»

«El vértice superior de la estatura de la persona, no el de la impronta, que resuelve automáticamente el problema del desarrollo de la redondez del cráneo y de la longitud del cuello, se encuentra fácilmente en un normotipo.» (Y expone cómo hay que proceder para ello.)

Para hallar «el punto de contacto de la planta con el suelo... cuando se dispone sólo de un pie en posición extendida, hay dos procedimientos: o se añaden 5 cm. al tobillo interno y así, en un pie ni plano ni cóncavo cual es el de la Síndone, se llega a la planta ósea; se le añade luego 1-2 cm. de revestimiento y otros 2 cm. de la concavidad, y se posee con certeza el suelo entre los 8 ó 9 cm. bajo el tobillo, o bien...» Prescindimos del segundo método propuesto, que no nos interesa.

Por último Fr. Louis Hardouin, O.P. pone de relieve otro indicio concluyente, a nuestro entender, que demuestra la autenticidad de la Síndone, es decir, que ella no es obra manual de un artista, sino que envolvió un cadáver (Cfr. *Sindon,* n. 32, pp. 81 ss.).

Recordemos la franja de tela de unos 8 ó 9 cm. de anchura, añadida a todo lo largo de la parte izquierda de la Síndone. Toda la razón de ser de esta añadidura no parece ser otra que la de centrar la doble imagen en la Sta. Sábana, en vistas a su exhibición para la veneración de los fieles.

Ahora bien «si un artista genial hubiera sido capaz de realizar esta obra maestra, no tenía razón alguna para ejecutar su trabajo sobre el flanco de un lienzo, en lugar de hacerlo en su centro. Todo artista ejecuta un retrato en el centro de la tela de que dispone, a no ser que algún otro personaje o elemento paisajístico le obliguen a descentrar el rostro principal; cosa que evidentemente no sucede aquí».

---

[70] «La posición escolástica es ligeramente diversa de la anatómica en medicina, aunque ambas hacen referencia al soldado en posición de "firme".

La posición convencional de la anatomía artística supone que el individuo está de pie, bien tieso, con las espaldas abiertas y los brazos pendientes junto al cuerpo, las palmas de las manos hacia adelante, los pulgares hacia fuera, los miembros inferiores con los talones juntos y los pies desviados según su ángulo natural» (Fusina).

«Por otro lado, es bien poco verosímil que un artista se haya visto constreñido a trabajar sobre una tela compuesta de dos piezas, siendo así que la anchura de una de ellas es más que suficiente para encuadrar un cuerpo humano, sin necesidad de añadirle esos ocho o nueve centímetros suplementarios.»

La Síndone, pues, envolvió un cadáver real ensangrentado, el cual dejó su impronta en ella. Ya estudiaremos cómo.

Por qué ese cadáver no fue envuelto en el centro de la sábana, lo tocaremos después al hablar de cómo fue enterrado.

Todavía otro argumento viene a corroborar esta teoría: son las manchas de sangre simétricas que aparecen junto al talón del pie derecho y junto al codo del mismo lado. Evidentemente la Sábana formó allí una o dos arrugas longitudinales paralelas al cuerpo, con lo cual la abundante sangre postmortal que salía de la herida del pie traspasó la tela formando una mancha simétrica en la parte de la arruga opuesta a la que estaba en contacto con el pie. En el codo derecho fueron dos las arrugas ya que aparecen tres manchas simétricas, cada vez más pequeñas. Al tratar de cómo fue enterrado el Hombre de la Síndone volveremos sobre este particular.

Por todo lo cual, creemos poder concluir este apartado con las palabras del ilustre espectroscopista Dr. Samuel Pellicori, quien resume así las investigaciones del STURP, del cual formaba parte, sobre este punto: «Ahora sabemos que la imagen sindónica es la auténtica imagen de un cuerpo humano... Sabemos que la imagen no es producto del aporte de material (extraño), sino que fue provocada por un viraje de color, que no alcanza más que unas micras de profundidad. Lo que no hemos podido descubrir es cómo la imagen ha pasado del cuerpo a la sábana... Sólo tenemos hipótesis» (Cfr. interviú con la Sra. Maria Gracia Cucco, publicado en *Famiglia Cristiana,* 8 de noviembre 1981, pp. 32ss).

De estas hipótesis trataremos en seguida, en el apartado siguiente B de este mismo capítulo.

Nada, pues, de un trabajo artesanal directo o por medio de una estatua o bajo relieve. La Síndone es obra natural.

8. Fotografía singular

Acabamos de decir que la Santa Sábana es un auténtico negativo fotográfico cuyo negativo resulta una auténtica fotografía positiva. Pero hemos de añadir algo singular.

En primer lugar se trata de una fotografía en la cual la figura fotográfica es de la misma extensión que el cuerpo fotografiado. Cada punto del cuerpo impresionó, por consiguiente, el punto de la tela que tenía delante. Es, pues, una fotografía ortogonal. Es decir, el elemento, fuera el que fuese —ya lo discutiremos después— que impresionó la telaplaca, salió del cuerpo de abajo arriba y de arriba abajo incidiendo perpendicularmente sobre ella. Por esto le falta a la imagen aquella orientación luminosa que indicaría la posición del foco. Aquí todo

el extenso cuerpo fotografiado aparece bajo una luz perpendicular. No tiene sombras.

En otras palabras, todo el cuerpo, al producirse el clisé, era foco. Sólo así cada punto de él podía impresionar el punto de la tela-placa que tenía delante, envolviéndolo.

Pero sólo se impresionaron las caras anterior y posterior del cadáver, no sus lados. Por esto hemos dicho que el elemento impresor iba de abajo arriba y de arriba abajo.

En segundo lugar llama la atención que el proceso de formación de las imágenes hubo de ser uniforme e independiente de las cualidades o variedades de la superficie del cuerpo: cabellos, piel, uñas, moneditas sobre los párpados (de ellas hablaremos más adelante). Esto quiere decir que la energía emanada del cuerpo que impresionó la Santa Sábana, era uniforme a lo largo y a lo ancho de todo el cuerpo fotografiado, y que además afectaba a objetos extraños, como las moneditas.

En tercer lugar llama la atención que «en su conjunto las improntas presentan una intensidad creciente desde las extremidades inferiores a la cabeza, excepción hecha de los cabellos y las uñas. Las mejor impresas son, desde luego, las líneas del rostro» (G. Imbalzano, *Sindon,* 29, p. 14). Los pies son apenas perceptibles, aparte de las manchas de sangre que contienen.

Se deduce también, contemplando las imágenes de la Síndone, que la tela-placa en el momento de la impresión debía estar relativamente horizontal, tanto en la parte que se extendía por debajo del cadáver, como en la que lo cubría por encima. Más aún, que ambas partes habían de estar paralelas entre sí. Así lo supone la perfección de ambas imágenes. Si la tela hubiera estado apretada al cadáver que envolvía, cuando se produjo la fotografía, difícilmente las imágenes hubieran podido salir tan regulares y exentas de deformaciones transversales por la convexidad del cuerpo, especialmente en la parte frontal.

Esta horizontalidad sobre todo sobre la cara, que es la más problemática, la explican los autores por los grandes mechones de cabellera que le ciñen el rostro por ambos lados. Ellos mantendrían la tela plana sobre la cara.

Esta misma perfección y uniformidad de las dos imágenes implica que éstas no han sido apreciablemente alteradas a lo largo de la historia por ningún agente degradante, sea bacteriológico, químico o térmico, aparte las quemaduras de que hablamos más arriba. De lo contrario las figuras presentarían anomalías en las partes afectadas. Al menos en el relieve vertical propio de la tridimensionalidad. Esto significa que dichas imágenes están intactas tal como fueron producidas en su origen, condición óptima para su estudio.

Implica también esta uniformidad de las imágenes que el proceso de formación de las mismas —tema en el que vamos a entrar en seguida— es idéntico. Una y otra imagen presentan prácticamente la misma elevación vertical, lo que supone parecidas distancias del cuerpo a la tela por delante y por detrás. Este concepto quedará más claro

después de hablar de la tridimensionalidad de esta fotografía, tema en el que vamos a entrar muy pronto.

Otro dato sorprendente constataron los técnicos de la NASA en el análisis que hicieron de ambas imágenes *(Procedings...* p. 82); es a saber, que la presión del cuerpo sobre la parte de la sábana colocada debajo de él —a sus espaldas— no era mayor que la presión que ejercía sobre el cuerpo la tela colocada encima del mismo; cuando normalmente había de ser tanto mayor la primera que la segunda, cuanto mayor era el peso del cuerpo que el de la tela. Ambas imágenes, la frontal y la dorsal, presentan prácticamente la misma intensidad de colorido; lo que no sucedería si la presión no fuera igual en ambas partes.

De aquí dedujeron una consecuencia sorprendente: el tal cadáver carecía de peso en el momento de dejar su negativo fotográfico impreso en la sábana. O, hablando en términos de la Era Espacial, dicho cadáver estaba ingrávido en aquel momento.

9. Fotografía tridimensional

Pero la singularidad más llamativa de las imágenes sindónicas es su tridimensionalidad; singularidad tan excepcional que es única. No existe ninguna otra fotografía tridimensional.

Tridimensionalidad quiere decir que la intensidad del colorido de las imágenes es inversamente proporcional a la distancia que separaba, en cada punto, la tela-placa del cadáver fotografiado. Esta es como un registro, en color, de los relieves volumétricos de aquel cuerpo. Algo así como los discos gramofónicos conservan, traducidos en relieve, los sonidos. Por consiguiente, midiendo la intensidad de este colorido, se puede perfectamente calcular y reproducir, como en una estatua, el relieve del cuerpo envuelto por esta tela-placa en el momento de producirse dicho negativo fotográfico.

Ya a principios de siglo el Dr. Vignon había observado que la intensidad de las improntas de la Síndone parecían variar de una manera inversamente proporcional a la distancia de cada punto de la tela al cuerpo envuelto por ella: cuanto menos distaba la tela de la superficie del difunto, más intensamente coloreada había quedado la imagen. Lo mismo observó más tarde el Dr. Barbet *(La Pass.* p. 42).

Esto no sucede con las fotografías normales basadas en la luz. La intensidad luminosa de la imagen depende de la mayor o menor iluminación del objeto fotografiado, no de su distancia a la placa fotográfica. Sólo en el caso de las fotografías de estrellas puede relacionarse la intensidad luminosa con su distancia a nosotros, por cuanto las estrellas se nos presentan como puntos en el firmamento, más o menos brillantes según la distancia a que se hallan de nosotros.

Pues bien, lo que Vignon no había podido más que aventurar como hipótesis, hoy, en la Era Espacial, existen aparatos que pueden comprobarlo. Esto es lo que han hecho unos técnicos de la NASA, el profesor de Ciencias Aeronáuticas Eric Jumper, y el profesor de Física John Jackson. Oigamos lo que ellos mismos nos cuentan.

«Cuando como científicos comenzamos a ocuparnos de las fotografías de Marte transmitidas al centro espacial de la NASA por las sondas cósmicas, pensamos que la misma técnica podía también ser aplicada a las fotografías de la Síndone. Las fotografías de Marte nos llegaban directamente del espacio, transmitidas por un elaborador electrónico instalado en la cápsula espacial; las de la Síndone habían sido tomadas en 1973 en Turín con ocasión de la ostensión televisiva de la sagrada tela» *(Gazzetta del Popolo,* sept. 1978, p. 37).

Sustancialmente dos son los estudios realizados por los miembros de la NASA: uno el refuerzo de la imagen mediante un elaborador electrónico; otro, el descubrimiento de la tridimensionalidad de la imagen.

El primer estudio se debe a los Drs. Donald J. Lynn, J. J. Lorre y a sus colaboradores del Propulsion Jet Laboratory de Pasadena (California) *(Procedings...* pp. 154 ss.). El método usado por ellos es el mismo que les permite recomponer en la tierra las fotografías sacadas por las sondas espaciales y enviadas hasta nosotros bajo forma de impulsos electrónicos. Sus estudios los llevaron a cabo sobre una fotografía de la Síndone de tamaño natural.

Sometieron esta fotografía al análisis de un microdensitómetro electrónico. En él la imagen queda descompuesta en una infinidad de puntos microscópicos de apenas una micra o milésima de milímetro de tamaño. Basta saber que un cuadrito de un milímetro de lado contiene un millón de estos puntitos.

Cada uno de estos puntos viene especificado por tres coordenadas: las dos cartesianas, que localizan con precisión dicho punto en el plano de la fotografía, y la tercera que señala con perfecta exactitud el grado de intensidad de colorido que posee. Con esto la imagen fotográfica original se ha convertido en una serie de cifras matemáticas.

Todas estas cifras fueron suministradas a un computador, el cual, una vez almacenados todos los datos, está en condiciones de operar con ellos, a voluntad del operador.

Efectivamente, este aparato puede recomponer la fotografía y perfeccionarla enormemente. Puede eliminar sus imperfecciones (rayas, manchas, etc.); puede mejorar las partes flojas o incompletas aumentando los contrastes o reforzando los aspectos que interesan, como, v.gr., la diferencia de color; puede poner de relieve los detalles de la imagen con el fin de apreciar su importancia o acabado.

También puede el computador seleccionar a discreción los datos que tiene almacenados y ofrecernos sólo aquellos que nos interesan. Así, v.gr., «puede ofrecernos por separado la lista de los dependientes y la de los obreros (de una empresa); puede darnos los datos de sólo los hombres nacidos en 1950 o bien sólo los de las mujeres», anotan ellos al explicarnos las funciones del aparato. *(Gazzetta del Popolo,* p. 38.)

Así, pues, puede el computador separar los componentes electrónicos pertenecientes al tejido, de los correspondientes a la impronta y,

en consecuencia, ofrecernos una imagen perfecta de sólo el tejido, o bien la imagen de sola la figura. «Así conseguimos observar, dicen, la trama del tejido sin las improntas, y luego las improntas sin el tejido.»

Por este camino han descubierto en la Síndone detalles interesantísimos e insospechados, que iremos anotando en los capítulos siguientes.

Las investigaciones de los Drs. Jackson y Jumper y de su equipo, profesores de la Academia de las Fuerzas Aéreas de Denver (Colorado) *(Procedings...* pp. 74 ss.) se orientaron en otra dirección. Primero midieron la distancia tela-cuerpo en el hombre envuelto por la Síndone, después midieron la intensidad luminosa de la imagen sindónica, y por último compararon las medidas de la distancia tela-cuerpo con las de la intensidad de colorido de la imagen en los diferentes puntos de la Sábana [71].

Para medir la distancia tela-cuerpo reconstruyeron la manera como había sido enterrado el Hombre de la Sábana. Para ello cubrieron con una tela igual que la Sábana un voluntario de altura y proporciones similares a las de aquél.

La manera correcta de disponer la tela sobre el cuerpo del voluntario era el paso más importante de esta etapa, pues había que asegurarse de que todos los puntos de la imagen quedaban en posición correcta sobre las partes correspondientes del individuo. Para ello proyectaron la fotografía de la Sábana sobre una tela a escala natural y marcaron sobre ella la imagen.

Dos fotografías de esta reconstrucción del Hombre de la Sábana, una con la tela echada encima y otra sin ella, les permitieron medir la distancia tela-cuerpo a lo largo de la cresta. Esta cresta indica la línea de puntos más altos del cuerpo en contacto con la sábana.

Para la segunda fase, es decir, para medir la intensidad de colorido de toda la imagen sindónica, echaron mano los científicos de la NASA de un microdensitómetro. Con él exploraron la imagen de la Síndone a lo largo de esta cresta y convirtieron en cifras su intensidad de colorido.

Una vez obtenidas estas dos series de medidas, es decir, las de las distancias cuerpo-tela y las de la intensidad de colorido, ambas referidas a la línea cresta, las representaron gráficamente. Y compararon.

Apareció claro que en la línea cresta, la intensidad de colorido de la imagen de la Santa Sábana correspondía (inversamente proporcional) al perfil tridimensional de la cresta *del cuerpo* envuelto en ella.

---

[71] Estos trabajos fueron presentados por primera vez, en varias ponencias, en el Congreso de investigación de Albuquerque, del 23-24 de marzo de 1977. Consignadas en «Procedings of the 1977 United States Conference of research on the Shroud of Turin. Albuquerque, New Mexico, USA».

Volvieron a hablar de ellos en el Simposio de Londres (16-17-IX-1977) en *Sindon* (n. 26, pp. 7 ss.), en *Gazzetta del Popolo* (Torino, septiembre 1978) y en el II Congreso Internacional de Sindonología de 1978.

Nosotros seguimos el resumen traído por el prof. Tino Zeuli y el Dr. Bruno Barberis en su opúsculo *La Sindone e la Scienza,* Lions Club, Rivoli Valsusa, 1978, p. 49 ss.

Es decir, que la Santa Sábana presenta, en la línea cresta, un color tanto más intenso cuanto menos distaba del cuerpo que envolvía en el momento en que se grabó la imagen.

Sólo faltaba extender el cálculo a todos los puntos de la Síndone para poder reconstruir la imagen completa de la superficie del Hombre de la Sábana. Lo consiguieron por medio de analizador de imágenes V P - 8.

Este aparato relaciona los grados de la intensidad luminosa de cada punto de la imagen con la correspondiente distancia existente entre el objeto y la placa. Así obtuvieron en el vídeo una brillante superficie tridimensional del Hombre de la Síndone. ¡Parecía un cuerpo real! (Lám. 12).

Semejante resultado asombró a los mismos científicos de la NASA —era el primer caso en la historia— y les animó a profundizar en su estudio. Las fotografías ordinarias no pueden ser transformadas en imágenes tridimensionales ya que su mayor o menor intensidad luminosa no depende de la distancia del objeto a la placa, sino de la mayor o menor iluminación del objeto. Para producir una imagen en relieve se requieren al menos dos fotografías del mismo objeto, tomadas desde dos puntos separados por una distancia conocida. Es la fotografía estereográfica.

Dispuestos, pues, a apurar las cosas, analizaron un positivo y un negativo fotográfico de Pío XI y dos copias pictóricas, al parecer perfectas, de la misma Síndone: las de Reffo y Cussetti. En el primer caso les salió una imagen con profundas distorsiones: nariz hundida en la cara, brazos hundidos en el pecho y todo el conjunto parecía plano y antinatural.

Lo mismo les sucedió con las reproducciones de Reffo y Cussetti. Al ser éstas analizadas por el computador dieron resultados decepcionantes. Si aparecía en ellas algo de relieve, éste estaba profundamente extorsionado. En cambio el retrato tridimensional de la Santa Sábana muestra un cuerpo natural, proporcionado y carente de distorsiones.

La relación, pues, entre la intensidad de la imagen y la distancia cuerpo-tela (la tridimensionalidad) es una característica matemática distintiva de la imagen sindónica. Es algo «fuera de serie», es un caso único. En consecuencia se confirma lo dicho anteriormente: es imposible que sea obra de un artista o falsificador. «Si la cualidad tridimensional, escriben los dos ilustres miembros de la NASA, no se puede obtener, como hemos visto, en las reproducciones artísticas pictóricas con el grado de precisión con que la encontramos en la Santa Sábana ¿cómo podría ningún artista o falsificador del siglo XIV incluir tal información en su trabajo?» *(Sindon,* n. 26, p. 11).

La Síndone, por tanto, indiscutiblemente ha envuelto un cuerpo volumétrico en el momento de impresionarse.

Partiendo de estas investigaciones de los técnicos de la NASA, pero por caminos diferentes, dos equipos de investigación italianos: el Instituto Electrotécnico «Galileo Ferraris», de Turín, bajo la dirección del profesor C. Egidi *(Sindon,* n. 27, pp. 9 ss.), y el Centro Studi e Laboratori de Telecomunicazioni del Gruppo Iri-Stet, de Turín, bajo la di-

rección del profesor Tamburelli, han conseguido (1978) por separado confirmar y perfeccionar algunos resultados de los técnicos de la NASA.

En orden a estudiar los informes sobre el Hombre de la Síndone, que ésta contiene, las imágenes de Jumper y Jackson le parecieron al prof. Tamburelli poco satisfactorias. Por ello creyó oportuno reelaborar la imagen tridimensional, especialmente la de la faz, usando una técnica particularmente ideada para el caso. Obtuvo una imagen nitidísima y rica en detalles.

En concreto, coloreando de rojo los reguerillos y grumos de sangre y aislándolos de todo lo demás, consiguió poder estudiar a fondo su formación, su recorrido y coagulación; y dedujo toda una serie de detalles no conocidos sobre la pasión y muerte del Hombre de la Santa Sábana. Los expondremos en el capítulo siguiente. (Lám. 12, C y D.)

Pero las heridas, los hilillos y los grumos de sangre desfiguran los rasgos de la imagen. Por esto procuró eliminarlos con su aparato a fin de obtener una cara natural: el aspecto que presentaría el Hombre de la Síndone antes de su pasión y muerte. Consiguió eliminar todas las heridas pequeñas y atenuar las mayores. Es el rostro viril más hermoso que conoce el arte (Lám. 13, A y B).

También elaboró la fotografía tridimensional de todo el cuerpo.

Para estas operaciones utilizó un ordenador electrónico y minicomputador Varians con terminal vídeo-gráfico.

«No es sino con una profunda emoción como yo contemplo las imágenes obtenidas, escribe el mismo Tamburelli. Parece como si me encontrara en la proximidad de lo divino y de lo eterno, a la vez que, bajo el golpe de una crueldad que me confunde y bajo el encanto de una belleza inefable.»

Así termina su artículo el ilustre profesor de Comunicaciones Electrónicas de la Universidad de Turín. El piensa, naturalmente, en Jesús de Nazaret al contemplar al Hombre de la Síndone[72], de lo cual nosotros todavía no hemos dicho nada.

Como curiosidad presentamos una serie de vistas tridimensionales de la faz del Hombre de la Síndone, sacadas por el fotógrafo inglés Leo Vala (Lám. 13, C) en 1966, por un sistema de su invención, proyectando el negativo de la faz sobre una superficie maleable de arcilla, que fue modelada en un diseño tridimensional fotografiable desde diferentes ángulos. (Cfr. el periódico inglés *Amateur Photographer,* 8 de mayo, 1967, y el Bristish Journal of Photography, 24 de marzo, 1967.)

---

[72] *Sur le pas de Saint Paul* Arpajon, n. 4 de 1978, p. 14. Véase también el n. 4 de 1979, p. 7, de la misma revista, las *Actas del II Congreso Internacional,* 1978, pp. 173 ss. y *Archéologia,* Dijon, n. 130, mayo 1979, p. 44.

La imagen de la Sta. Sábana fue traducida de alguna manera en relieve por primera vez por Gabriel Quidor en 1913. Su invento ha de colocarse entre los orígenes de los procesos de transmisión de imágenes a distancia (fototelegrafía) y de la belinografía (teleautografía) gracias a las cuales recibimos las imágenes de la TV. G. Quidor estuvo en contacto y colaboró con Belin, el inventor universalmente conocido de estas técnicas. (Cfr. Antoine Legrand: *Sur le pas de S. Paul,* n. 2, 1978.)

B. Cómo se sacó este clisé

Llegamos al problema crucial, no solucionado todavía, de la Síndone; el que más intriga a los investigadores: ¿Cómo, en un sepulcro oscuro, se pudo sacar este clisé, en parte positivo y en parte negativo, tridimensional, vaporoso... hace unos dos mil años? Naturalmente que la teoría que formulemos ha de explicar todas y cada una de las propiedades de la imagen.

1. Teoría del contacto

Ante todo, no pudo ser por mero contacto de la tela con aquel cuerpo sucio de sangre, polvo, sudor, y ungido con ungüentos. Pues en tal caso, la figura dorsal que soportaba el peso de todo el cuerpo, hubiera salido mucho más intensa que la frontal, que sólo supondría el ligero peso de la tela sobre el cadáver.

Además, la impronta frontal, al ser tensada la tela en un plano, debiera haber quedado deformada en el sentido transversal, por la forma convexa del cuerpo sobre el cual ella descansaba.

Es más, la deformidad sería más profunda todavía, si pensamos que la tela hubiera tenido que estar en contacto v.gr. con los lados de la nariz o los párpados de los ojos hundidos, etc.

Por otro lado, el Hombre de la Síndone no dejó material biológico alguno en ella, ni directa ni indirectamente, como lo demuestra la observación microscópica y ultramicroscópica y los profundos análisis físico-químicos realizados sobre ella.

También excluye la ciencia que las improntas sean debidas a sustancia vegetal. El fuerte calor del incendio a que fue sometida la Síndone en 1532, la hubiera destruido o al menos alterado.

Por todo ello la Comisión de Expertos de 1969 por boca del Dr. Silvio Curto, declaró categóricamente que la formación de las improntas por contacto había de ser del todo descartada (Comissioni di Experti, p. 65).

Igual fallo dieron los científicos de la NASA que descubrieron la tridimensionalidad de la imagen. «Se puede concluir, dicen, que la imagen que aparece sobre la Síndone no ha sido producida por contacto directo. Este habría decolorado el tejido sólo en los puntos de contacto entre la Sindone y el cuerpo. El contacto directo habría hecho, además, aparecer la imagen como aplanada. Por la misma razón, añaden, se debe excluir la hipótesis de un origen artístico de la imagen sindónica» *(Actas II Congr. Int.,* p. 978, p. 171). También ésta saldría aplanada, como en los experimentos hechos con la fotografía de Pío XI y con las pinturas. Efectivamente, si suponemos el contacto de la Sábana con el cadáver en toda su extensión, todas las partes de aquella hubieran distado lo mismo de la superficie de éste, por consiguiente no hubiera podido salir una fotografía tridimensional, sino plana. Y lo mismo sucedería con cualquier imagen artesanal.

El prof. Tamburelli, por su parte, hace notar que la sustancia que

impresionó la tela hubo de estar presente sobre toda la cara y cuerpo del difunto, ya que ha bastado una sola ley matemática para calcular el relieve, sea de las partes cubiertas por reguerillos o grumos de sangre, sea de las partes que carecen de ellos. No se advierten discontinuidades o deformaciones en el relieve. Al contrario, la cara por ejemplo, aparece muy regular, aun en las partes cubiertas por hilillos o grumos de sangre *(Sur le pas de S. Paul,* n. 4, 1979, p. 7).

2. *Teoría vaporigráfica*

Fue la primera hipótesis científica propuesta y que ha estado en boga durante muchos años. Fue ideada a principios de siglo por el biólogo francés Paul Vignon, secundado por el físico René Colson. *(Le Saint Suaire de Turín...* pp. 5-6)[73].

El cuerpo no fue lavado. Estaba cubierto de sudor. El sudor procedente de fiebre o de torturas es especialmente rico en urea. La fermentación de ésta produce vapores amoniacales húmedos (urea → carbonato de amonio → anhídrido carbónico, agua y amoniaco). El áloe, bajo la acción de los vapores amoniacales, se broncea o pone moreno, fijándose sobre la tela qué lo sostiene.

Efectivamente el áloe contiene una sustancia activa, la aloetina, insoluble en el agua, que se oxida fácilmente en contacto con reactivos alcalinos, produciendo una sustancia pardusca, viscosa. Se trata del áloe auténtico o medicinal (aloe officinalis o aloe vera, L.), un antipútrido; no del lignum-aloe o aquilaria agallocha, un perfume[74].

Supone, pues, el Dr. Vignon, que tanto el cuerpo martirizado como la mortaja en que fue envuelto al ser enterrado, fueron espolvoreados con una mezcla pulverulenta de mirra y áloe medicinal.

Estos vapores amoniacales broncearon la tela impregnada de áloe, sobre todo donde había presión o contacto perfecto del cuerpo con la tela, y tanto menos cuanto la distancia tela-cuerpo era mayor. A la distancia de 4 cm. la impronta es ya prácticamente inexistente (Jumper). Por esta razón, según Vignon, la imagen de la Síndone presenta un

---

[73] En cierta manera fue insinuada por primera vez esta teoría por el cardenal Louis Gorrevod, delegado del Papa Clemente VII en el reconocimiento de la Síndone después del incendio de 1532. Por su largo y asiduo trato con ella, era considerado un experto en la misma.

El mismo cardenal cayó en la cuenta también de que la derecha e izquierda estaban invertidas y de que las partes más relevantes del cuerpo eran las más oscuras en la tela, y las más hundidas eran las más claras. *(Osservazioni,* p. 90).

[74] El botánico Giacomo Galleri Damonte opina en cambio *(Sindon,* n. 29, pp. 48 ss.) que el áloe que se derramaba comúnmente en los sepulcros y sobre los cadáveres no era el áloe medicinal, antipútrido de débil olor resinoso, sino la aquillaria agallocha o madera de áloe, de penetrante perfume, que en el transcurso de los siglos se ha confundido fácilmente con aquél. Por eso, dice, se mezclaba con la mirra, el cinamomo, la casia... No se pretendía embalsamar el cadáver, sino paliar su molesto hedor, sobre todo en los sepulcros familiares, sujetos a sucesivas aperturas para la colocación en ellos de nuevos cadáveres. Era también un honor tributado al difunto.

Esto eliminaría por completo la teoría de Vignon.

bronceado (color sepia) neto en los puntos sobresalientes del cuerpo muerto que estaban en contacto con el lienzo, mientras que la imagen de las partes alejadas palidecen poco a poco hasta perderse en el color blanco amarillento del resto de la Sábana. Así se explicaría el difuminado de este negativo fotográfico.

El Dr. Vignon hubiera querido experimentar su teoría sobre algún cadáver reciente. Pero a pesar de sus instancias, a pesar del interés de otros profesores, médicos de hospitales y especialistas en medicina legal por complacerle, no lo consiguió. La ley retrasaba demasiado la posibilidad de experimentar con cadáveres. Tuvo que contentarse, pues, con operar sobre yeso.

Tomó un rosetón y lo metió un tiempo en una solución amoniacal rebajada. Luego lo sacó y lo dejó secar a medias. Sobre él colocó una tela espolvoreada de antemano con polvo de áloe. Antes de la media hora se le había formado sobre la tela un negativo bastante imperfecto del rosetón. También experimentó con una mano de yeso y con una mascarilla. Los resultados fueron menos satisfactorios todavía.

Por esto el mismo Dr. Vignon tenía sus reservas sobre su propia teoría. Las imágenes por él obtenidas estaban muy lejos de la perfección de la Santa Sábana.

A las mismas conclusiones que el biólogo Paul Vignon, llegó el químico, comandante René Colson, de la Academia de Ciencias de París.

Además de esto, objetaba (1933) Serafino Dezzani, profesor de farmacología en la Universidad de Turín, que el sudor, y por consiguiente la urea, presente sobre la piel del cadáver, difícilmente habría podido llegar a la cantidad necesaria para provocar una reacción de la importancia que suponen, por su extensión e intensidad, las improntas de la Síndone. Hizo notar también Dezzani que el sudor se habría secado sobre la piel, con lo cual la urea habría cristalizado, lo que volvería si no imposible, sí muy difícil, el proceso de fermentación necesario para producir vapores amoniacales.

Además, hay que recordar que las glándulas sudoríparas no están uniformemente distribuidas por la superficie del cuerpo. No pueden, pues, dar origen a una imagen de impresión tan uniforme, como es la de la Santa Sábana.

De semejante manera, si la imagen sindónica se debiera a una transformación del áloe y la mirra, anota el sindonólogo Luigi Fossati, SDB, habría que suponer una «homogénea, uniforme y perfecta» distribución de aquellas sustancias, en solución o en polvo, sobre todo el cuerpo o sobre toda la tela, casi como la pátina de gelatina de las películas fotográficas; suposición casi imposible de realizarse. *(Actas del II Congr. Int.,* p. 503.)

Todavía el ingeniero Eric J. Jumper indica otro inconveniente. El sometió a examen la teoría de la acción de los vapores amoniacales sobre el áloe, y comprobó que las manchas resultantes, de carácter viscoso, penetran toda la fibra de la tela... Y ya sabemos que las improntas de la Síndone son completamente superficiales, un viraje químico de la celulosa de las fibrillas superficiales del lino.

También advirtió el mismo investigador en sus experimentos una marcada tendencia a la saturación. Es decir, que la intensidad de la mancha alcanzaba en seguida un tope, más allá del cual no pasaba. Esto no se da en la Síndone, tan rica en matices de intensidad de color. Las fotografías tridimensionales nunca llegan a ese techo límite, que necesariamente se habría alcanzado de haber habido saturación de la imagen *(Proceedings...* pp. 182-188).

Todavía más. Conocido es, indica el Dr. Baima Bollone, médico forense, que muy precozmente, después de la muerte, se opera la total acidificación de los humores y de los tejidos del cadáver, la cual dura hasta el inicio de los fenómenos de putrefacción. *(Actas II Congr. Int.* p. 110). Esto impediría la formación de los vapores amoniacales.

Por último hay que advertir que los gases no se propagan ortogonalmente, sino por difusión. Difícilmente podrían, en consecuencia, incidir perpendicularmente sobre la tela-placa y producir una imagen de la nitidez y características que observamos en la Síndone de Turín.

A pesar de todo, los investigadores Romanese (1939), Scotti (1939), Judica Cordiglia (1941), Rodante (1975), Baima Bollone (1977) y otros han multiplicado sus experimentos introduciendo diferentes variantes en el áloe, mirra y otras sustancias aromáticas que podían haber cubierto el cadáver; y también en la esencia de trementina, humedad y temperatura... Los resultados no han sido satisfactorios (Lám. 14). El mismo Dr. G. Judica Cordiglia confiesa: «Los resultados obtenidos en tantos intentos... no dan una solución satisfactoria al problema de estas misteriosas huellas». «He probado todos los procedimientos y he llegado a la conclusión de que es imposible reproducir tales improntas con medio alguno» [75].

3. *Imagen retardada*

Modificación de la teoría vaporigráfica son las presentadas por el Dr. Samuel Pellicori, espectroscopista del Santa Bárbara Research Center y miembro del STURP, y por el artista Antoine Legrand, especializado en el estudio de la Santa Sábana. Ambos hablan de una *imagen retardada,* debida al sudor.

Insinúa el Dr. Pellicori que la imagen podría, tal vez, haberse formado por una reacción química entre el sudor y las grasas naturales del cadáver mezclados con diferentes ungüentos o especies, tales como la mirra, que, habiendo impregnado la sábana, degradase poco a poco la celulosa del lino.

Para comprobarlo, untóse las manos Pellicori con aceite de oliva, mirra y otros ungüentos funerarios y se las cubrió con una tela de

---

[75] *L'Uomo della Sindone* de Judica Cordiglia, Brescia, 1974, p. 102. Pueden verse además sobre estos experimentos *Sindon* n.21, p. 6 (Dr. Rodante) y n. 25, p. 10 (Dr. Baima Bollone). El Dr. R. Romanese publicó su estudio en *La Santa Sindone nelle richerche moderne,* Turín, 1941, p. 51.

lino. Luego sometió aquella tela a altas temperaturas para acelerar en ella los efectos del envejecimiento.

El lino perdió su color y mostró los contornos espectroscópicos de los dedos de Pellicori; algo similar a lo que se observa en la Sábana de Turín.

Pero, aplicando la misma técnica a su rostro, dio un resultado *francamente negativo.*

El artista Mr. Antoine Legrand, por su parte, propone algo parecido. Según él la imagen de la Síndone podría haberse producido por la simple *deshidratación del cadáver (Le Linceul de Turin,* p. 96).

Conocido es, dice, que «todo cadáver se deshidrata durante un cierto número de horas después de la muerte. Los médicos forenses están de acuerdo sobre este punto... Si se envuelve un cadáver con plástico, al cabo de cierto número de horas la humedad emitida por el cuerpo se condensa sobre la envoltura. Esta deshidratación acaba cuando comienza la descomposición».

«El líquido emanado del cuerpo muerto contiene una composición química análoga a la del sudor del cuerpo vivo.»

Esto supuesto, él hizo el siguiente experimento. Sobre un trozo de tela de lino blanco aplicó un poco de su propio sudor, y lo guardó. Hasta después de dos años nada distinguía el lugar de la tela mojado con sudor. Pero tres años después constató un bronceado de la misma coloración y de la misma intensidad que las improntas de la Síndone allí donde el sudor había mojado la tela.

En ambos casos, pues, se trataría en último término de una imagen formada por contacto, con todos los inconvenientes señalados para esta teoría. Especialmente que la imagen sindónica presenta detalles en la cara de sitios evidentemente no tocados por la tela.

Tampoco explican ambas teorías el hecho de la impresión en la Síndone de las dos moneditas colocadas sobre los párpados del difunto, de las que hablaremos después. Menos explican aún la tridimensionalidad de la imagen sindónica y otras de las características presentadas por ésta, como el hecho de no haberse impresionado los flancos del cadáver.

Otra observación: San Francisco de Sales cuenta en una carta a su dirigida, Sta. Juana Francisca Fremiot de Chantal (4 de mayo de 1614), cómo en la ostensión del 4 de mayo de 1613, en que él era uno de los obispos que la sostenían y mostraban al pueblo, el sudor de su rostro caía en forma de gotas sobre la Síndone; tanto que el Señor Cardenal, que presidía la ceremonia, se enojó por ello y se lo reprochó. Le parecía una falta de respeto al Señor.

Pues bien, casos como el de San Francisco de Sales sin duda que se deben haber repetido a lo largo de la historia. Y... no obstante no han dejado huellas perceptibles sobre la Sábana. Señal que el sudor no es el causante de estas improntas.

Y no sólo el efecto de los vapores amoniacales sobre la aloetina, sino todo método químico ha de ser descartado de la formación de es-

tas improntas sindónicas. Los estudios químicos efectuados sobre hilillos sacados de las mismas, tanto por la Comisión de Expertos de 1969 como, sobre todo, por el equipo de Científicos después del Congreso de 1978, no encontraron elemento químico alguno en dichas improntas que pudiera delatar algún método químico de impresión.

Por lo demás, el hecho mismo de no haberse encontrado hasta ahora, subraya el Dr. Judica, ningún lienzo funerario que presente imágenes análogas a las de Turín, es ya indicio claro de que éstas no se formaron por los medios existentes corrientemente en las tumbas[76].

Los que sostienen esta teoría retardada creen explicar por ella una anomalía histórica que sorprende a primera vista. Si la Síndone es realmente la mortaja de Jesús (los investigadores no pierden nunca de vista esta hipótesis sostenida por la tradición), se explicaría bien el que San Juan no diga nada de las improntas presentes sobre ella, en su evangelio: No eran visibles todavía. Recordemos que fue ésta precisamente la razón por la que la comisión de teólogos consultados por Henri de Potiers en el siglo XIV negaron la autenticidad de la Síndone.

Creemos que no prueba nada este hecho. San Juan describe lo que él vio al entrar en el sepulcro. Si la imagen estaba sólo en la parte interior de la mortaja, ya que no la traspasa, no era visible por fuera. A lo más vería algunas manchas de sangre; cosa natural si había envuelto un cadáver ensangrentado, y que, por tanto, no valía la pena consignarlo. Ya se suponía.

4. *Efecto Volckringer*

Tampoco podemos acudir al efecto Volckringer. Este señor, farmacéutico del Hospital de San José de París, descubrió (1942) que algunas plantas de sus herbarios habían quedado impresas en varias hojas del papel del mismo herbario que las contenía. Eran imágenes hermosas y parecidas por su perfección a las de la Síndone (Lám. 15, A). Incluso presentan tridimensionalidad al ser sometidas al analizador de imágenes V P-8, como les sucede a las de la Síndone. *(Sindon* n. 31, p. 47.) Se trataba naturalmente de tejidos vegetales y no animales. Pero vivos. Y todos sabemos las analogías que existen entre ambos reinos. Como la planta estaba fijada sobre una hoja de papel y colocada entre otras dos, la planta aparecía reproducida en las tres hojas: en la que le servía de soporte, y en las otras dos que la cubrían, una por encima y otra por debajo.

Pero este efecto jamás se ha advertido en herbarios recientes. Se necesitan muchos años para poderse producir estas imágenes. Las de Volckringer contaban hasta cien años. Plantas de 34 años de prensado

[76] El P. A. M. Dubarle O. P. habla en *Sindon* n. 28, pp. 15 ss. de un velo funerario hallado en Antínoe por Albert Gayet (1901-1902) con la figura de la cara sobre la que estuvo aplicado, que podría confirmar la posibilidad de improntas obtenidas por vapores orgánicos. Pero el Dr. Vignon, que hubo de conocer tal velo, no habla de él; tal vez por la enorme distancia que lo separa del de la Síndone. Tal velo ha desaparecido.

en el herbario apenas habian dejado traza de sí sobre las hojas de papel (Cfr. Barbet: *La Passion de Christ...* pp. 61-63). Y la Síndone fue separada del cuerpo que envolvía antes de que éste entrara en descomposición, como indicaremos en el capítulo siguiente.

Otra contra presenta este sistema de impresión y es que las imágenes de Volckringer traspasan el papel en que se han impreso, mientras que las imágenes sindónicas son extremadamente superficiales, como ya hemos señalado. (John A. De Salvo. *Sindon,* n. 31, p. 47.)

5. *Rayos mitogenéticos de Gurwitsch*

Otros han pensado en los *rayos mitogenéticos de Gurwitsch.* Estos son originados por la actividad de los tejidos orgánicos vivos, y pueden ser emitidos hacia el exterior del organismo. Esto supuesto, el Sr. Alfano planteó la siguiente hipótesis: *(Sull'autenticità della S. Sindone di Torino,* Nápoles, 1934, pp. 10-12; aducido por Fossati en las *Actas del II Congr. Int.,* p. 505). El cuerpo de Jesús (en el supuesto de que sea él el Hombre de la Síndone; de esto hablaremos más adelante) no llegó a descomponerse. Las células de sus tejidos permanecieron, pues, vivas y funcionando, capaces, por tanto, de emitir radiaciones. Como por otro lado el cuerpo de Jesús había permanecido desnudo y expuesto a los rayos del sol, o al menos a la luz difusa del mediodía, durante tres horas (mientras estuvo en la cruz), había podido almacenar radiaciones del ambiente y reemitirlas después.

El Dr. Judica Cordiglia, a quien ya citamos antes al tratar de la hipótesis vaporigráfica, extendió sus experimentos también a estos rayos mitogenéticos... con resultados negativos. «Hipótesis seductoras, escribe; pero las pruebas experimentales efectuadas no sólo no dan resultados satisfactorios, sino que han sido completamente negativas». (Ob. cit. p. 98.)

6. *Teoría calórica*

En vista de todo lo expuesto, el escritor inglés Geoffrey Ashe tiró por otro camino. Teniendo presente que el negativo sindónico es un doble clisé de 1,82 m. de longitud por unos 0,55 de anchura, y que todo él está perfectamente enfocado (a foco); advirtiendo además que en él no existen sombras, sino que parece formado por un agente que actuó perpendicularmente a la tela-placa en toda su extensión, pensó en una radiación salida del cuerpo del difunto. Y, en concreto, pensó en una radiación calórica, insinuada ya anteriormente por el P. Busnelli, S. I. y por el Dr. Caselli.

Tomó un medallón de latón de unos 9 cm. de diámetro, que tenía en relieve la imagen de un caballo (agosto de 1961). Calentó el medallón con una llama de gas; y ya bien caliente, lo dejó sobre una superficie plana con el relieve hacia arriba. Después colocó sobre el meda-

llón un pañuelo blanco, estirándolo suavemente para que quedara bien liso y de manera que el contacto con el medallón fuera lo más uniforme posible, sin presión directa alguna ni aflojamiento del pañuelo.

Así lo mantuvo durante algunos segundos. Se fue formando visiblemente sobre el pañuelo una imagen chamuscada de color marrón. Cuando ésta empezó a traspasar la tela, ésta fue retirada rápidamente de sobre el metal.

El resultado fue una imagen negativa de la cara del medallón, bastante detallada. Las partes más elevadas del relieve, que habían estado en contacto directo con la tela (v.gr. el cuerpo del caballo), habían chamuscado más la tela y aparecían más oscuras; las que no habían estado en contacto directo con la tela aparecían gradualmente más claras hasta no verse nada (Lám. 15, B).

Es curioso que este negativo, a pesar de ser tan tosco, capta detalles tan pequeños como el casco de la pata delantera del caballo que en el original no pasa de los 3 mm. de anchura.

A pesar, pues, de que el medallón tiene menos detalles que un cuerpo humano y que su relieve es más plano, la semejanza de este negativo, conseguido por chamuscamiento, con la figura de la Santa Sábana es sorprendente.

Según esto, los misteriosos negativos de la Síndone tendrían las características de una imagen impresa por chamuscamiento causado por un objeto caliente. Y concluye Ashe: «La Síndone tiene explicación si ha envuelto un cuerpo humano al cual le sucedió algo extraordinario. No tiene otra explicación». *(Sindon:* abril 1966, p. 19). Anteriormente había refutado Ashe la teoría del contacto directo, la vaporigráfica de Vignon, la química orgánica comparable a las marcas hechas por las plantas prensadas entre hojas de papel, propuesta por Volckringer la de la estatua embadurnada con tinte del pintor Clément.

Confirmación de esta teoría podría ser la observación del Dr. David Willis, ilustre radiólogo e investigador de la Síndone[77].

El fue uno de los pocos expertos extranjeros admitidos al examen visual y táctil de la Sábana en 1973. Escribió, pues, en el semanario londinense «The Tablet»: «Todos pudimos observar cómo las quemaduras de 1532 presentaban el mismísimo color que la imagen del cuerpo; lo cual vino a confirmar mi convicción de que, conforme a la teoría de Ashe, la figura de la Sábana es, de una manera o de otra, *una imagen obtenida por radiación...* Y las manchas de sangre no están en absoluto como en relieve sobre el tejido, sino marcadas a fuego en él, igual que la imagen del cuerpo» (Citado por *The Examiner,* Bombay, 6 abril 1974, p. 161 - *Osservazzioni...* p. 138).

El Dr. Raymond Rogers, un físico-químico-biólogo del Scientific Laboratory de Los Alamos (U.S.A.) ha recogido todas las características

---

[77] El Dr. David Willis era el último de una larga línea de ilustres facultativos ingleses. Uno de sus bisabuelos, el Dr. Thomas Willis, anatomista profesor de Oxford, descubrió en el siglo XVII la diabetes y el sistema de arterias relacionadas con la base del cerebro, llamado por ello «círculo de Willis».

físicas (coloración, geometría, estabilidad, reacción) y las características globales de la figura sindónica, y ha constatado que:

a) El color de las improntas corporales no se puede distinguir del color típico de las señales de quemadura dejadas sobre la tela por el incendio de Chambéry en 1532.

b) La geometría de la imagen, es decir, la limitación física de la misma, se ciñe a las fibras superficiales de los hilos de la superficie del tejido.

c) La imagen es estable, resistente tanto al agua como a la exposición a altas temperaturas.

d) La imagen reacciona a las radiaciones ultravioletas, es decir, es fluorescente.

e) En fin, el modelo relativo a la intensidad de la imagen sindónica muestra una característica curva decreciente de la cabeza a los pies.

Con ello, después de una serie de experimentos preparados cuidadosamente, saca las conclusiones siguientes:

«Ante todo, es poco probable (tengamos en cuenta que los físicos nunca hablan de imposibilidad física, sino de improbabilidad, mayor o menor), es poco probable que la imagen de la Sábana esté constituida por un colorante cualquiera, conocido o no, que hubiera podido ser usado por un artista.»

«En segundo lugar, es muy poco probable que la imagen sindónica haya sido producida por exudación corpórea, por ungüentos usados en la preparación del sepulcro y/o por aromas utilizados en la sepultura».

«La hipótesis más probable es que la imagen (sindónica) se debe a una coloración de origen térmico, o sea a algún tipo de quemadura» *(Actas II Con gr. Int.* pp. 163-164).

Y es verdad que los análisis hechos con varios instrumentos dan la impresión de que la imagen de la Síndone se comporta como una leve chamuscadura de la tela, de manera parecida a como lo hacen las partes ligeramente quemadas en el incendio de 1532, a las cuales se parecen también en el color.

Esta hipótesis explicaría, además, el que las imágenes sindónicas no hubieran sufrido deterioro en el incendio de 1532. Estaríamos, pues, ante una radiación térmica originada en el cadáver. Pero, ¿cómo un cuerpo, aunque esté vivo, puede emitir tanto calor como para chamuscar la tela que lo envuelve hasta dejar en ella su impronta? «Esto implicaría, dice el Dr. Libby, premio Nobel de Química, hablar de alguna especie de calor extranatural; y un fenómeno de esta índole pondría el problema, en su totalidad, fuera del ámbito de la ciencia» (Wilcox: *El Sudario,* p. 183). Cuando hayamos identificado al Hombre de la Síndone, volveremos sobre este particular.

Además, las chamuscaduras de 1532, analizadas con el espectroscopio, aparecen ligeramente más rojas que las improntas; lo que prueba que el color de ambas es diferente, aunque a simple vista parezca igual.

También a la luz ultravioleta las chamuscaduras de 1532 emiten

una fluorescencia rojiza, mientras que las imágenes del cuerpo no. (Cfr. John A. de Salvo, *Sindon* n. 31, p. 45.)

Además observan los autores, que de deberse a una chamuscadura, los puntos más salientes del cuerpo, en contacto directo con la tela, como la punta de la nariz y la rodilla izquierda, mostrarían quemaduras más profundas; en cambio ya hemos hecho notar que las fibrillas coloreadas son todas iguales y que la mayor o menor intensidad de coloración de la imagen en cada punto se debe exclusivamente a la mayor o menor abundancia de fibrillas coloreadas en dicho lugar.

Por todo lo cual, el Dr. Baima Bollone quiso salir de dudas por medio de la experimentación. Tomó la cabeza de una estatua de cemento, la calentó a diferentes grados de temperatura y le aplicó pañuelos de lino espigado, parecido al de la Síndone. A temperaturas del orden de 350°, apenas efectuada la superposición de la tela sobre la figura, se producía una inmediata pirólisis del tejido en los puntos de contacto. A temperaturas de 250° no se obtenía imagen alguna antropomorfa significativa *(Actas II Cong. Int.* p. 111).

Las improntas sindónicas no pueden deberse, pues, a un calor natural emanado del cadáver.

7. Una radiación luminoso-calórica

Los miembros de la NASA, que descubrieron la tridimensionalidad de la imagen sindónica y tantas otras propiedades en ella como hemos consignado anteriormente, no podían menos de dirigir su atención particularmente al problema que ahora nos ocupa: cómo pudieron haberse formado tales improntas. Después de rechazar, como consecuencia de sus hallazgos, las teorías anteriormente expuestas, creyeron, ampliando la teoría de Ashe, que una radiación *termo-luminosa* salida del cadáver y que incidiese perpendicularmente sobre el lienzo que lo envolvía, explicaría perfectamente todas las características singulares que presenta la imagen sindónica.

El Dr. Thomas D'Muhala, presidente de la Nuclear Technologie's Corporation de Amston (Connecticut, U.S.A.) y coordinador del STURP, sintetizaba así esta teoría en unas declaraciones hechas en Noonsochet (EE.UU.) el 20 de noviembre de 1979: Los muchos datos acumulados «permiten afirmar que la imagen tridimensional que se ve sobre el lienzo... (fue) impresa en la superficie del mismo a causa de un proceso de *proyección fotoscópica,* por radiación emanada de todas las partes del cuerpo en un flash de dos milésimas de segundo» (Cfr. *La Vanguardia,* Barcelona 21 de nov. de 1979). Una energía potente, pero instantánea. *Fotólisis relámpago,* le llama Ray Rogers, de una milésima de segundo.

Una radiación rectilínea que partiendo del cadáver, actuando de abajo a arriba y de arriba abajo, no por los lados (recordemos que las partes laterales del cuerpo no han quedado marcadas) o incidiendo en cada punto perpendicularmente sobre la tela que le envolvía, chamuscase ligeramente el lienzo hasta una distancia de 4 cm.

Hemos dicho que estos científicos creen poder explicar con esta teoría todas las singularidades que presenta la fotografía de la llamada *Santa Sábana de Turín.*

Efectivamente, ante todo queda explicado en esta teoría que la fotografía sea ortogonal, es decir, que todo el cuerpo fuera foco, iluminando la tela perpendicularmente y dando una imagen del mismo tamaño que el cuerpo fotografiado y sin sombras.

Puede explicarse que las improntas presenten una intensidad creciente desde los pies a la cabeza con sólo suponer que la radiación era más intensa en ésta que en aquéllas. Pero hasta después de identificado el Hombre de la Síndone no podemos hablar sobre esto.

Se explica igualmente que la imagen sea uniforme e independiente de las condiciones de la superficie del cuerpo (cabellos, uñas, piel), como indicamos poco ha, dando lugar a una figura del cuerpo natural, proporcionada y sin distorsiones.

Quedaría explicado incluso el que aparezcan en ella las dos moneditas sobre los párpados, de que hablaremos más adelante. La energía impresionante habría afectado al metal de dichas monedas, lo mismo que a la piel. Este hecho no es explicado por ninguna de las demás teorías.

Queda explicada la tridimensionalidad y la negatividad de la imagen, pues la energía radiante perdería fuerza con la distancia de la tela-placa al cuerpo irradiante, impresionándola, en consecuencia, cada vez con menos intensidad y dando lugar, de este modo, a su carácter negativo.

Se explica perfectamente en esta teoría que el proceso de formación de las dos imágenes, anterior y posterior, sea idéntico, ya que la distancia tela-cuerpo era prácticamente la misma por delante que por detrás.

Incluso, según algunos autores, se explicaría también el hecho sorprendente y que intriga tanto a los estudiosos, de que las dos partes de la tela, la superior y la inferior al cadáver, aparezcan como si estuvieran prácticamente horizontales y paralelas en el momento de la impresión.

Según Eric J. Jumper, de la NASA, el hecho de la tridimensionalidad de la imagen acaba con todas las hipótesis de formación propuestas, que no sea la de una radiación de las características descritas (Cfr. *Preecedings...* pp. 182-188).

Respecto a la ingravidez del cadáver en el momento de ser fotografiado, detectada por los técnicos de la NASA, no podemos hablar aquí. Lo haremos una vez identificado el Hombre de la Síndone.

Pero se nos plantea un problema grave: ¿cuál puede ser esa tan singular energía, irradiada de un cadáver y con semejantes características?

El Dr. Baima Bollone ha experimentado con varias radiaciones. Ha lanzado contra un trozo de sarga espigada de lino un chorro de rayos láser (energía del orden de los microjulios), rayos gamma utilizando las radiaciones del Co^{60}, rayos de luz ultravioleta muy focalizados de

500 watios de potencia... sin resultados positivos (Cfr. *Actas II Cong. Int.* p. 112).

Lo mismo han hecho otros varios autores con idénticos resultados. Nadie ha conseguido por radiación alguna, ninguna imagen que en algo se parezca a los de la Santa Sábana. «La hipótesis de una energía radiante se ha demostrado ser destructiva del lino» añade la Dra. M.ª Elisabetta Patrizzi *(Messaggiero di S. Antonio,* 9-XI-1978, p. 36).

No han faltado quienes han pensado incluso en la energía atómica, movidos por el conocido fenómeno acaecido en Hiroshima cuando la explosión de la bomba atómica el 8 de agosto de 1945. En algunas paredes aparecieron las improntas permanentes y oscuras dejadas sobre ellas por la sombra de diferentes objetos y personas proyectadas sobre ellas por el resplandor de la explosión. Así un pintor montado sobre una escalera de mano en el momento de mojar su pincel en el bote de pintura, apareció sobre la pared como una especie de bajo relieve oscuro. (Cfr. John Jersey, *Hiroshima,* Penguin Books, 1946, pp. 104-105). (Lám. 15, C.)

Pero no puede pensarse, en nuestro caso, en ninguna explosión atómica. Si el cuerpo envuelto en la Sta. Sábana se hubiera convertido de golpe en energía (explosión) según la conocida fórmula de Einstein, hubiera sido tal la cantidad de energía liberada por un cuerpo de unos 80 kgs. de peso, que no sólo hubiera volatilizado la tela, sino que hubiera destruido todo el sitio donde estaba enterrado y aun la ciudad vecina.

En resumen: No se conoce energía natural radiante alguna, que produzca estos efectos sobre una tela de lino. Por ello los autores que se inclinan por la hipótesis de una radiación luminoso-calórica emanada del cadáver, hablan de una radiación *de naturaleza desconocida.*

8. Conclusión

Se han probado todos los sistemas; y los resultados no son suficientemente satisfactorios. Hemos de decir, pues, que el problema queda en el aire, sin respuesta. No sabemos cómo han podido formarse estas imágenes. No se ha encontrado fuerza natural alguna, a pesar de tantas pruebas y experimentos como se han hecho, que sea capaz de producir improntas semejantes a las que aparecen sobre la Sábana Santa. Tal vez con el tiempo se halle. Aunque no parece probable, dada la gran variedad de experiencias que se han realizado.

El bioquímico John H. Heller miembro del STURP, resume así el parecer de sus colegas de equipo en este punto: «La imagen, dice, se ha producido por oxidación deshidratante de la tela y la formación de un cromófero de carbonilo amarillo». Para responder a la pregunta de cómo pudo realizarse esto, analizaron toda clase de posibilidades, viéndose obligados a descartarlas todas, una tras otra, para concluir que no saben cómo se pudieron formar dichas imágenes. Para la ciencia, la Síndone sigue siendo un misterio. No se conoce fuerza o agente humano capaz de producir sus imágenes. *(Informe sobre la Sábana*

de Turín por John H. Heller, condensado por Selecciones del Reader's Digest, Madrid, marzo de 1984).

2.ª PARTE: LAS MANCHAS DE SANGRE

A. ¿Es sangre lo que se ve?

Ya indicamos más arriba las diferencias que existen entre las manchas que parecen de sangre y la imagen general. Mientras esta última es un perfecto negativo fotográfico, que se convierte en positivo en la placa al ser fotografiada, las manchas de sangre aparecen naturales y positivas. Al ser fotografiadas salen negativas.

En segundo lugar, son nítidas y bien definidas en sus contornos. Es más, el gran manchón de sangre de la herida del costado derecho presenta intersticios blancos entre los reguerillos de sangre. Nada de aquella difuminación de contornos que se observa en la imagen. Su color es carmín-malva o carmín herrumbre más o menos oscuro según las llagas, e incluso dentro de una misma llaga; lo que da la impresión, a veces sorprendente, de un espesor variable, como si se viese allí el relieve de un cuajarón. También dan la impresión, por la misma razón, de ser las manchas más gruesas por los bordes que en el centro y con frecuencia se las ve rodeadas de una aureola mucho más pálida, un halo, que el Dr. Barbet atribuye «al suero que trasuda de un coágulo todavía fresco que se forma sobre la piel». «Lo que llama inmediatamente la atención de un cirujano añade, es el aspecto evidente de cuajarones formados sobre la piel, que tienen todos estos calcos» *(La Passion...* pp. 42-43).

Además, las manchas de sangre traspasan la tela, las principales al menos, mientras que la imagen no. Su esencia, pues, y su proceso de formación son distintos del de las imágenes.

Por todo ello, para los médicos forenses, por su forma, su disposición, su localización en el cuerpo y otras características que estudiaremos en el capítulo próximo, no cabe la menor duda de que se trata de auténticas manchas de sangre (Cfr. Judica Cordiglia. *L'Uomo della Sindone...* p. 42).

El Dr. Barbet llega a probar la autenticidad de la Síndone por sus manchas de sangre. Su aspecto, dice, corresponde a los caracteres que presentan las manchas de sangre sobre un tejido (Cfr. *Sindon.* dic. 1970 p. 21ss).

No obstante llama la atención el color carmín-malva desleído que presentan. «La sangre coagulada, dice un célebre médico forense, el Dr. Piedelièvre, no continúa siendo roja. Con el tiempo se hace marrón-oscuro, y al cabo de unos años se vuelve verdosa.» ¿Cómo, pues, aquí aparece tan roja como si se tratara de sangre fresca?

Sólo experimentos recientes han demostrado ser posible esta coloración carmín-malva desleída por la presencia en tela de sustancias alcalinas, tales como el áloe y la mirra. El mismo efecto produce el palo-jabón (saponaria officinalis) que, como indicamos más arriba, se

usaba al principio de nuestra era para eliminar de los hilos el almidón en que se les había empapado para darles consistencia. Estas sustancias pueden bloquear desde el principio el proceso de decoloración de la sustancia sanguínea apresada entre la fibrina. «Característica declarada irrepetible, dice Mns. Ricci *(La Sindone Sta.* p. 300), con el pincel del más avispado de los médicos modernos.» No olvidemos que esta tela ha superado uno o dos incendios. Pues bien, las tres sustancias han sido descubiertas en las manchas de sangre de la Síndone por el médico forense, Dr. Baima Bollone *(Sindon,* n. 31, p. 34).

No obstante, los expertos de la Comisión de 1969 no hallaron rastro de sangre en la Síndone... Cierto que los Drs. A. Zina y G. Filogramo, analizando al microscopio óptico primero y al electrónico después, dos trocitos de hilo sacados de una de las manchas rojas, hallaron en ellos algunos gránulos, de diversa forma y diámetro, de color rojo; pero no «corpúsculos que puedan ser identificados con glóbulos rojos». «La posibilidad de que tales formaciones sean glóbulos rojos no se puede excluir con absoluta certeza, dicen; pero algunos caracteres: dimensión, aspecto de las granulaciones... nos hacen tener por improbable tal posibilidad.» Con todo, se sinceran añadiendo: «Recordemos, de pasada, que las indagaciones morfológicas realizadas sobre trazas hemáticas, rara vez dan resultado positivo más allá de un tiempo relativamente corto» *(La S. Sindone...* p. 57). ¡Y han pasado muchos siglos desde que se formaron estas manchas de sangre sobre la tela!

También el profesor Pier Giorgio Frache, director del Instituto de Medicina Legal de la Universidad de Módena, y Eugenia Maria Rizzatti y Emilio Mari, sus ayudantes de cátedra, hicieron varias investigaciones sobre hilitos arrancados a la Síndone. *(La S. Sindone...* pp. 49-54.) Dichos fragmentos, en el examen microscópico, aparecían de un color blanco-marfil, pero con alternancias bastante regulares de proporciones más oscuras, correspondientes al juego de la trama y de la urdimbre. Las partes del hilo que cabalgaban sobre otro eran más coloreadas.

Mirados al microscopio estereoscópico, se vio que la coloración sanguínea interesaba sólo las fibras más superficiales del hilo. Es lo que hemos indicado ya anteriormente: la sangre no penetra los hilos.

Estos profesores, pues, echando mano de los métodos y reacciones más sensibles (fluorescencia a la luz ultravioleta, reacción a la benzidina, examén microespectroscópico, cromatografía de estratos ultradelgados, diagnosis de la especie humana, grupo sanguíneo A, B, O) no han conseguido descubrir en la Síndone traza alguna de sangre. Ni siquiera lograron que las incrustaciones pigmentarias se disolvieran en los disolventes ácidos o alcalinos usados ordinariamente para ello.

Con todo, también ellos advierten que «el diagnóstico de la sangre sobre material de época tan antigua, sometido por diferentes contingencias a la influencia de factores atmosféricos y a la acción de agentes físicos tales como las altas temperaturas, sólo tienen valor real en el caso de un resultado positivo. En efecto, las proteínas específicas de la sangre y de su pigmento, sujetas por diversas causas a proce-

sos de degradación, pueden perder las características que permiten su identificación»... «Por esto, el resultado negativo de las investigaciones realizadas no consiente un fallo absoluto sobre la exclusión de la naturaleza hemática del material examinado». *(Sta. Sindone...* págs. 49-54).

Por todo ello, uno de los estudios primeros que ha realizado el grupo de sabios después del Congreso de 1978, ha sido éste de la sangre.

1. Es realmente sangre

Ante todo los técnicos del STURP, Samuel Pellicori, Alan Adler, profesor de química en el Western Connecticut Institute, y John Heller, bioquímico y profesor en el New England Institute, constataron en sus análisis que las manchas de sangre contenían restos de hemoglobina (un cristal que podía ser una forma de hemoglobina alterada por el tiempo), materia colorante de la sangre y restos de proteína, existente en el suero. También se han encontrado porfirina, proteínas y albúmina, otros de los componentes de la sangre.

Ya indicamos, además, que las radiografías revelaron la presencia de hierro, en las manchas de sangre, en la proporción propia de la hematina contenida en la sangre.

Para mayor seguridad, los miembros del STURP presentaron unos fragmentos de hilo, arrancados de una de las manchas de sangre de la Síndone, al analista Samuel Adler, que no formaba parte del STURP, pero sin decirle de dónde procedía dicho hilo. Adler estaba muy lejos de sospechar su origen. Pensó que se trataba de un caso difícil de medicina legal. Como él mismo expuso en el Simposio de New London, Adler sometió la muestra a 12 tests entre ellos la prueba de la albúmina, la de los pigmentos biliares, la de las proteínas, el test hemocromógeno y el fundamental de la fluorescencia de Heller. Todos los resultados coincidieron en confirmar la presencia de sangre en la Síndone. Y por si alguno de los asistentes no le hubiera oído bien, deletreó la palabra *blood* (sangre). «Es tan cierto, concluyó, que hay sangre en la Síndone como en nuestras venas» (Crónica del Simposio, de Maria-Grazzia Cucco, en *Famiglia Cristiana.* 8 nov. 1981, pág. 37).

También el Dr. Baima Bollone, del equipo italiano de investigadores, se dio con fervor a descifrar el problema que nos ocupa. He aquí las conclusiones a que ha llegado *(Sindon,* n. 30, p. 34).

«La búsqueda de la hematoporfirina con el método de Dotzauer y de Keding ha resultado positiva.»

«La preparación de los cristales de hemina o de clorhidrato ácido de hematina (de Teichman) ha resultado positiva.»

«Conclusión: el primer ciclo de indagaciones sobre hilos sacados por mí de la Síndone la noche del 9 de octubre de 1978 consiente afirmar que... la composición inorgánica de las manchas de sangre corresponde a la de manchas experimentales obtenidas con sangre, áloe y saponina.»

«La investigación de hematología forense demuestra la efectiva presencia de sangre» en la Síndone.

Nada, por tanto, de un colorante, ni de una corrosión producida por ácido sulfúrico, que nos han propuesto Clément y Pesche.

Más adelante *(Sindon,* 30, pp. 55-56) añade Baima Bollone: «No han sido resueltos en cambio tan satisfactoriamente los problemas del diagnóstico cronológico. Se puede más bien decir que la datación de estas manchas de sangre, a pesar del interés de los investigadores, no ha encontrado hasta ahora solución...» «Sólo después de haber obtenido datos y pistas precisas será posible afrontar el problema de la datación de la sangre presente sobre la Síndone.»

2. Es sangre humana del grupo AB

No se paró aquí el ilustre profesor de medicina legal en el ateneo de Turín. Siguió adelante con más entusiasmo en sus investigaciones para dilucidar si se trataba de sangre humana y ver si podía incluso llegar a determinar el grupo sanguíneo a que pertenece. «Mediante el empleo de anticuerpos fluorescentes, dice, hemos logrado averiguar que se trata de sangre humana.» (Baima Bollone, Jorio y Massaro, 1981, *Sindon* n. 31, p. 5. También en *La Síndone,* Scienza e Fede, Bolonia, 1981, p. 175).

Luego expone el método seguido para concluir: «Por las razones indicadas estamos en condiciones de concluir que las trazas de sangre de la Síndone, examinadas por nosotros, pertenecen al grupo AB». *(Sindon,* n. 31, p. 8).

B. ¿Cómo se imprimió en la tela?

¿Cómo se imprimieron, pues, en la tela esas manchas de sangre?

Si se tratara de sangre fresca, ésta hubiera empapado el tejido, penetrando por capilaridad en sus hilos. Y ya hemos consignado que las manchas son superficiales: no empapan los hilos. Ha de tratarse, pues, de sangre seca.

Efectivamente, hemos de suponer que el Hombre de la Síndone estuvo pendiente del patíbulo durante varias horas, expuesto tal vez, a los rayos del sol y al aire. Además, si se tratara de Jesucristo, tuvo esto lugar en un clima extremadamente seco, cual es el de Jerusalén en el mes de abril. La sangre, por consiguiente, de las varias hemorragias padecidas, una vez coagulada, debió sufrir un proceso de secado total.

Perdido, pues, todo el contenido de agua y humedad, aquella sangre no podía en modo alguno mojar la Síndone, ni dejar en ella señal o rastro alguno.

«No podía separarse de las heridas, de los cabellos, de los pelos y del vello de todo el cuerpo» (Cfr. Dr. Giuseppe Caselli, *Osservazioni.* p. 108).

Al ponerse en contacto la sangre con el aire ambiente se coagula y se seca. Sus glóbulos rojos quedan como aprisionados entre las mallas de la fibrina coagulada formando como un cartón de sangre.

Pero la fibrina es soluble en los álcalis. Por tanto la humedad amoniacal producida por la deshidratación del cadáver, de que hemos hablado anteriormente, iría penetrando lentamente los diversos coágulos secos o cartones de sangre que lo cubrían, reblandeciendo la fibrina coagulada hasta disolverla. Es lo que se llama *fibrinolisis.*

Escribe el Dr. Barbet: «Es posible que coágulos, más o menos secos, hayan podido, en atmósfera húmeda, reblandecerse de nuevo. Lo suficiente para formar, sin licuefacción de la fibrina, una especie de pasta más o menos blanda. Así transformados, pueden perfectamente estar en condiciones de impregnar incluso la tela puesta en contacto con ellos y de determinar en ella aquellos calcos de margen tan nítido, que reproducen la forma de los mismos. Estos calcos tienen una coloración tanto más intensa cuanto más considerable es el espesor del coágulo». (Cit. por Ricci en *La Sindone S...* p. 232).

Recientes descubrimientos sobre la licuefacción de coágulos de sangre en determinadas condiciones pueden mayormente iluminar este problema. Escribe el Dr. Back: «El fenómeno fibrinolítico, en sujetos que han sido sometidos a stress violento, está ahora bien documentado. Los coágulos formados sobre la piel "ante mortem" pueden fácilmente dar lugar al proceso de fibrinolisis "post mortem" debido a la acción de las fibrinolisinas de los tejidos o a acción bacteriana. Los coágulos disueltos por la fibrinolisis pueden ser absorbidos por una tela, y se puede proceder a experimentos para determinar su forma». (Comunicación privada al Dr. Willis, 27 diciembre 1968, aducida por Mns. Ricci en *La Sindone S.* p. 232).

Las manchas de sangre, pues, que existen en la Santa Sábana son calcos perfectos de la sangre coagulada existente sobre la piel del cadáver crucificado, como indicara el Dr. Barbet. Sólo la mancha de los talones se debe a impregnación de sangre todavía fresca, como declararemos en su lugar.

El calcado explicaría porqué la sangre no penetró los hilos y en cambio se escurrió entre hilo e hilo hasta traspasar la tela. No era del todo líquida.

Una observación importante. Asegura el Dr. Vignon, después de haberlo comprobado varias veces en sus experimentos: «Cuando la fibrina está a medio disolver, ni antes ni después, es cuando se consigue un buen calco» *(Le Saint Suaire de Turin,* p. 23). En otras palabras: el proceso fibrinolítico tiene su ritmo temporal. Antes de que la fibrina esté suficientemente disuelta, o no se produce calco alguno o muy débil; si la fibrina está ya demasiado disuelta o licuada, se comporta casi como sangre líquida y las manchas de sangre que deja sobre la tela son informes.

«Llegada a este estado de reblandecimiento, añade por su cuenta el Dr. Barbet, la sangre se licúa rápidamente; con lo cual, si el contacto con la tela no cesa, la sangre se extiende por ella casi como si fuera fresca y sus contornos se vuelven borrosos e imprecisos.»

«Dada, pues, la precisión de las coladas sanguíneas visibles sobre el lienzo, termina M. Legrand, ha sido preciso —y aquí radica el meollo del problema— que el contacto del lienzo con el cuerpo cesase en el momento en que la sangre, llegada a un estado viscoso —de una densidad comparable a la gelatina de grosella—, estuviera suficientemente relicuada para que pudiera calcarse sobre la tela; pero no tanto que se extendiera por ella». *(Le Linceul...* p. 190).

Esto nos sitúa ante otro enigma. Siendo los calcos de la Síndone tan perfectos, señal que el proceso fibrinolítico había llegado a su pleno desarrollo; pero no se prolongó más allá de lo necesario. Es decir, que el proceso fibrinolítico fue interrumpido bruscamente; o sea que la sábana fue separada del cadáver pocas horas después de enterrado. ¿Por qué?

Y más intrigante todavía: ¿cómo pudo ser separada una tela de casi 5 metros de longitud por 1,10 de anchura de un cadáver ensangrentado, envuelto por ella, en pleno proceso fibrinolítico, es decir, con la sangre reblandecida y apta para el calcado, sin que quedara señal alguna del despegue en esos mismos calcos?

El Dr. Langton Fox *(The Hoy Shroud,* p. 23) dice: «Siempre resulta prácticamente imposible separar o despegar un sólo coágulo de sangre de un lienzo sin estropear la impresión dejada en él por la sangre». Aunque, no se necesita ser médico ni enfermero para comprender que, si se arranca una tela pegada a una herida con sangre reblandecida, deja chafarrinadas sus huellas, por más cuidado que se ponga en la operación.

Aquí en cambio, en la Síndone, los calcos de sangre son nítidos, con perfiles bien definidos, de formas diversas y extendidos por gran parte del cuerpo.

El biólogo Vignon, en sus experimentos para conseguir calcos de sangre coagulada, nunca tan perfectos como los que presenta la Sta. Sábana, jamás consiguió separar la tela sin estropear en algo la huella de la sangre calcada en ella. ¡Y él operaba bajo excelentes condiciones de laboratorio, con pequeñas cantidades de sangre y con lienzos pequeños! Por esto estaba él convencido de que ningún agente humano habría podido separar la Sábana sin desfigurar la extrema precisión de los reguerillos de sangre que aparecen en la frente, en la muñeca izquierda, en los antebrazos y sobre todo el gran manchón de sangre del costado derecho en el que los reguerillos se entrecruzan y separan a semejanza de un encaje.

Además, la Síndone nos dice que la muerte había empezado a hacer su obra en el cadáver. Unas gotitas líquidas habían comenzado a rezumar sobre la frente, en el occipio, en los omoplatos... aunque dejan intactas las improntas, que la putrefacción habría anulado. «La carne de este muerto no se había en absoluto corrompido», cuando dejó sus huellas en la Síndone, asegura Vignon *(Le Suaire...* p. 5). El cadáver no había entrado todavía en descomposición.

De aquí que se calcule el plazo máximo de unas 36 horas y el mínimo de unas 30 para el contacto entre la Sábana y el cadáver para que los calcos pudieran quedar tan perfectos. No más allá, afirma

Yves Delage. Algunos autores, con todo, alargan el plazo posible hasta las 40 horas y otros lo acortan hasta 24.

También la rigidez cadavérica que presenta el Hombre de la Sábana corrobora estos mismos cálculos (Yves Delage).

Evidentemente que todos estos detalles son absolutamente incompatibles con la suposición de que la Síndone pueda deberse a un antiguo falsario o a un artista cualquiera. Ni siquiera hoy sería nadie capaz de plasmarlos en el lienzo.

Cuando hayamos identificado al Hombre de la Sábana volveremos sobre este particular para desvelar el enigma.

CONCLUSION

Como consecuencia de todo lo expuesto, creemos que nadie puede ya negar la autenticidad de la Sta. Sábana de Turín. Es decir, nadie puede afirmar *científicamente* que dicha Sábana no sea un clisé fotográfico de tela, impresionado hace siglos, no por arte humano, de un hombre crucificado; aunque no sepamos cómo pudo realizarse dicha operación, ni quién sea ese hombre. Hablar hoy, después de tantos estudios realizados por los peritos y hombres de ciencia, de *una falsificación intencionada,* es o ignorar por completo los estudios realizados hasta aquí sobre ella, o, lo que sería peor, cerrar los ojos a la evidencia a causa de algún prejuicio más o menos inconfesable. Como mínimo, sería una ligereza científica incalificable.

APENDICE AL CAPITULO IV

Teoría de Pesce

El antropólogo Vittorio Delfino Pesce, profesor de la Universidad de Bari, asegura (octubre de 1978) que después de dos años de investigaciones ha encontrado un sencillo procedimiento químico capaz de producir imágenes semejantes a las de la Síndone de Turín.

Según él, las manchas de color sepia de la Sta. Sábana son corrosiones producidas en el lino por la acción del ácido sulfúrico: «Todos los ácidos y bases minerales fuertes, dice, producen imágenes del modelo que se quiera (sea cadáver o escultura); pero sólo el ácido sulfúrico produce imágenes que responden plenamente a la premisa aceptada por vía de método. Los numerosos experimentos realizados y la constancia de sus resultados no dejan lugar a duda sobre el asunto».

Precisamente el hecho de ser corrosiones explicaría por qué las improntas de la Síndone son indelebles, comenta.

Hay, además, un dato histórico, «confortante» para Pesce, que asume las características de una datación: «El ácido sulfúrico, dice, era ciertamente conocido de Ramón Llull (1235-1315) y de sus contemporáneos. La destilación, purificación y concentración del ácido sulfúrico

es todavía más antigua. Cierto, esas técnicas eran ya conocidas de los árabes en el siglo nono, indica Baima. De la Sábana de Turín se tiene la primera noticia cierta a mitad del 1300. La continuidad de la técnica coincide, pues, con el dato histórico.»

«Los cáusticos conocidos por los árabes hacia el 1200, continúa, eran la potasa, el ácido nítrico y el ácido sulfúrico. Con la potasa salieron manchas rojizas; con el ácido nítrico, manchas amarillas. Sólo el ácido sulfúrico da manchas color sepia.»

Supone, pues, el autor que un artífice desconocido, entre 1150 y 1350, estampó la Síndone sirviéndose de una estatua de madera. Una estatua acéfala. Para la cara habria echado mano de un bajo relieve de desniveles poco pronunciados. Sólo una escultura así, indica el profesor, puede dar una cara estrecha y regular, como la de la Santa Sábana. Practicó diversas hendiduras en la frente, en los pies, en la mano, costado, etc., de la estatua, con el fin de que el ácido sulfúrico se concentrase en ellas y quemara más la tela para simular así las manchas y regueros de sangre de las espinas, los clavos, los azotes, y la lanza del costado. Unió la cabeza (bajo relieve) a la estatua acéfala, trató aquel compuesto escultórico con ácido sulfúrico y le aplicó por uno o dos minutos el lienzo de lino. Este quedó corroído en todos los puntos de contacto. Y salió la Santa Sábana que hoy poseemos.

Así cree Pesce poder explicar «los tres datos fundamentales del problema»: el color de las manchas, su indelebilidad y la tridimensionalidad de la imagen.

El excluye positivamente que la operación se hiciera sobre un cadáver. «La imagen regular y de contornos definidos que presenta la cara de la Síndone, dice, induce a excluir que el modelo hubiese sido un cadáver», pues, «envolviendo un cadáver en una sábana se obtiene una imagen mucho más irregular y ancha que la de la Santa Sábana». Por esta razón introdujo el bajo relieve para la cabeza. Además, «mojando el cabello de un cadáver con ácido sulfúrico, se produce una masa compacta, pegajosa, mientras que en la Santa Sábana el cabello aparece esponjado y elástico» [77bis].

Realmente sorprende semejante teoría en un catedrático de univer-

---

[77bis] Pesce publicó varias fotografías de sus experimentos en 1978 aunque muy deficientes, prometiendo un libro para más adelante. Este salió al fin en 1982 con el título: *E l'uomo creò la Sindone,* Ed. Dedalo, Bari, presentado a bombo y platillos en la Feria de Levante como «un viaje a través de un falso».

Lo primero que llama la atención es que no presente el autor una copia fotográfica de la síndone fabricada por él. Sólo pequeños fragmentos de tela que no permiten la confrontación con la de Turín, de la cual, por cierto, tampoco presenta la fotografía. Hace la impresión de que él no ha reproducido la Síndone, ni mucho menos; sólo ha experimentado con pedazos de tela pequeños. Los borrones o manchas que presenta en su libro no tienen nada que ver con la majestad y delicadeza, p.ej., de la faz sindónica.

La crítica de este libro, que presenta *Sindon* (n. 31, p. 99) concluye: «Hemos de preguntarnos con qué derecho se supone que todos los lectores son ... ignorantes, casi analfabetos y fácilmente obcecados por cuatro formulitas o citas sobre las cuales sólo los expertos pueden decir algo y que el lector corriente supone y ni siquiera lee».

sidad. Y sorprende más cuando, al ser invitado el autor en el II Congreso Internacional de Turín (octubre 1978) para exponer de alguna manera su teoría y discutirla científicamente con los demás especialistas allí reunidos, no lo aceptó[78]. En vista de lo cual, el Dr. Baima Bollone expuso la teoría de Pesce en el congreso y presentó algunos experimentos realizados por él sobre el particular. Todos con resultado negativo.

Ante todo, dice Baima, «hace ya tiempo que la investigación científica ha demostrado estar privada de todo significado la hipótesis de ser una obra de arte confeccionada mediante una estatua». Tengamos presente que el inconveniente que encuentra el mismo Pesce en que el estampado de la cara se hiciera sobre un cadáver, por ser éste volumétrico, tiene igual aplicación al resto del cuerpo.

Si, empero, suponemos dos bajo relieves, el frontal y el dorsal, caemos, como indicó ya el Dr. Hynek, en otra dificultad grave, la del acoplamiento de ambos. Aparte de que no se ve qué interés podía tener para el artista y para los destinatarios de la obra, la parte dorsal de la figura, opuesta por la cabeza a la facial.

No obstante, en prevención, había querido el Dr. Baima Bollone, experimentar la teoría del profesor de Bari. Tomó la cabeza de una estatua de cemento y aspergió su cara con ácido sulfúrico variadamente concentrado. La sucesiva aplicación de pañuelos de lino en espiga, como es el de la Síndone, permitía la formación de manchas morenas, pero sin aspecto alguno antropomórfico preciso. Con la particularidad de que en poco tiempo, el tejido quedaba completamente destruido. *(Actas II Congr. Int.* p. 111).

Lástima que no estuviera allí el Dr. Pesce para precisar y defender sus experimentos.

Todas las contraindicaciones para admitir una realización artística intencionada en negativo antes de conocerse la fotografía, que hemos expuesto en su lugar, alcanzan también a la teoría de Pesce. Suponemos que no piensa él en una obra artística casual e incomprensible, guardada no obstante con inmensa veneración durante tantos siglos, pues resultaría un enigma más indescifrable todavía.

Pesce conocía algo de los estudios del Dr. Max Frei sobre el polen palestinense hallado en la Síndone. Por ello escribe: «Un objeto como el santo sudario se coloca bien en el horizonte cultural y político de Palestina del 1200 al 1300. Por ello es perfectamente aceptable que haya estado en Palestina o que haya sido realizado en la misma. En tal sentido dan una indicación los pólenes estudiados por Frei».

Pero parece ignorar el Sr. Pesce que no sólo se ha hallado sobre

---

[78] Pesce se queja de no haber tenido ocasión de exponer su teoría en el congreso de Turín de 1978. No dice toda la verdad. Cuarenta y ocho horas antes de principiar dicho congreso, cuando estaban ya distribuidas y aceptadas por los diferentes especialistas todas las ponencias del mismo, telefoneó Pesce a Turín reclamando una para sí. Se le contestó que era imposible darle una ponencia a aquellas alturas, pero que, no obstante, fuera allí, que podría él presentar sus objeciones a las ponencias de los demás y exponer de alguna manera su teoría. No lo aceptó. *(Sindon,* n. 31, p. 99.)

la Síndone polen de Palestina, sino también de Anatolia (Edesa), de Constantinopla y de Europa central. No parece probable, como subraya Frei, que el supuesto falsario, cuando todavía no se conocía el estudio del polen, paseara su tela, antes o después de su maravillosa creación, por tierras tan distantes entre sí *para engañar a la posteridad del siglo XX.*

Referente a lo del «horizonte cultural y político de la Palestina del 1200 al 1300» habríamos de recordar lo escrito en el capítulo II, es a saber, que el año 1077 dominaron Palestina los turcos selyúcidas, quienes oprimieron duramente a los cristianos, prohibieron su culto, saquearon sus iglesias y asesinaron a muchos, dando lugar a la primera cruzada; que en 1092 se hallaba ya en Constantinopla, en el templo de Blaquernas, una síndone de las características de la de Turín; que después de establecido el Reino Latino de Jerusalén, en 1099, es impensable el traslado de la Síndone de Palestina a Constantinopla, donde de hecho la veneró en 1147 el rey Luis VII de Francia y en 1171 el rey Amalrico de Jerusalén; que en 1202 estaba allí a la veneración de los fieles, donde permaneció hasta pasado el año 1247, cuando desapareció para reaparecer en Europa. No estaba, pues, en Palestina la Síndone por los años 1200 al 1300. Pesce parece ignorar todos estos datos históricos.

Aparte esto, nos parece que Pesce no logra siquiera explicar con su teoría los tres datos fundamentales que él mismo se señala: el color, la indelebilidad y la tridimensionalidad de las improntas.

El color pajizo de la Síndone tiene una infinidad de matices y tonalidades, desde el más fuerte de los puntos de contacto, hasta esfumarse en el color natural amarillento de la sarga; todos convergentes en dar una imagen perfectísima positiva al ser fotografiada la Síndone. No vemos cómo, una escultura o bajo relieve de madera humedecida con sulfúrico pueda comunicar por contacto a una tela tal gama de tonalidades en orden a conseguir un negativo fotográfico, sólo descifrable al cabo de varios siglos. Porque si suponemos que la operación fue casual, no intencionada, todavía nos parece más inverosímil. Además, la mayor cantidad de sulfúrico retenida en las incisiones practicadas en la madera, podrían explicar una quemadura mayor o total del lino, pero no el color carmín-malva que presentan las manchas de sangre.

La indelebilidad de la impronta ciertamente se consigue, de alguna manera, por este método. Pero habría de explicarnos el Sr. Pesce por qué no aparecen, al microscopio electrónico de barrido, las señales de la corrosión en el lino, por el ácido.

La tridimensionalidad no sabemos cómo la haya podido comprobar (si es que la ha comprobado) el Dr. Pesce en sus telas experimentales. Al menos, los científicos de la NASA, que la descubrieron con asombro en la Síndone, no están de acuerdo con la posibilidad de una tridimensionalidad conseguida por contacto.

Sorprende, por otro lado, enormemente que un especialista en antropología, como es el Dr. Pesce, pueda admitir que un artista del siglo XII-XIII pudiera, por un sistema tan rudimentario (madera humedeci-

da con ácido sulfúrico) transmitir con tanta precisión al lienzo el conjunto de detalles anatómico-patológicos que tantos patólogos y médicos forenses descubren con sorpresa en la fotografía del lienzo de Turín, y que nosotros expondremos en el capítulo próximo. Tales detalles suponen conocimientos relativamente modernos, y no son fáciles de trasladar a un madero, y por su medio a una tela, por corrosión y en negativo.

Nos parece sencillamente ridículo pensar que «una hendidura (practicada) en la frente del bajo relieve para que el ácido sulfúrico quedase retenido (en ella) y quemase más el lienzo (pudiese dar la impresión) de un reguero de sangre provocado por la corona de espinas», etc., cuando los especialistas descubren en la Sábana auténticas manchas de sangre arterial y venosa, derramada en vida de la persona, y otras manchas constituidas por grumos semicoagulados de sangre hipostática vertidos después de muerto ya el Hombre de la Síndome, como indicaremos más adelante.

No queremos repetir aquí lo dicho sobre la imposibilidad moral de que un artista del siglo XIII pudiera elaborar intencionadamente un negativo fotográfico no descifrable hasta después de varios siglos.

Francamente, causa la penosa impresión de que no se trata aquí de una investigación científica objetiva, sino de un prejuicio profundo contra la autenticidad de la Síndone, al que se le quiere vestir con un ropaje científico, suponiendo además que los lectores comulgaremos con ruedas de molino.

Confirma esta impresión un hecho. El grupo marxista-leninista de Rionero in Vulture (Sicilia) organizó a principios de 1983 un debate sobre la Síndone. Entre los participantes estaba el profesor Pesce por la reciente aparición de su libro. Algunos de los presentes, preguntados por el Centro de Sindología de Turín, estuvieron concordes en reconocer, junto con la prensa local, la pobreza de los argumentos aducidos por el profesor y en subrayar que éstos iban siempre, más contra la Iglesia Católica que contra la Síndone. (Cfr. Notiziario del Centro Internazionale della *Sindone,* n. 6, junio 1983.)

V

EL CUERPO DEL DELITO

Cuando se ha cometido un crimen, la policía y los detectives se dedican con ahínco a reseguir las pistas del hecho para esclarecerlo y ver si pueden deducir de ellas, quién es el interfecto, quién lo mató y los móviles que le movieron a ello. Aquí tenemos una sábana que ha envuelto un cadáver evidentemente torturado y crucificado, el cual ha dejado su impronta en ella. No podemos desear un «cuerpo del delito» más adecuado para investigar quién es ese hombre, qué clase de sufrimientos padeció, por qué y por quién fue torturado y muerto de aquella manera... Se comprende perfectamente el interés que se ha apoderado de los sabios, desde el día en que la máquina fotográfica reveló que aquella imagen es una auténtica fotografía, para desvelar el enigma. Escribe el profesor, médico forense de la oficina del condado de Los Angeles (USA) y patólogo del hospital de la misma ciudad, Robert Bucklin: «un patólogo experimentado en el campo de los exámenes médico-legales, que imponen la valoración de las pruebas de naturaleza médica, se encuentra (aquí) en una posición especialmente ventajosa para un estudio de este género» *(Actas II Congr. Inter.* p. 121).

Este es, pues, el cometido que pretendemos sintetizar ante tus ojos, lector, en este capítulo. Nos limitaremos a recoger y presentarte con orden las investigaciones realizadas por los diferentes peritos para que tú mismo vayas contemplando el desarrollo de esta intrigante película detectivesca, que permite la reconstrucción policial de un crimen histórico horrible, convirtiéndonos casi en testigos presenciales del mismo. Pues, como ha dicho un especialista en estos estudios, Antoine Legrand, la Sábana de Turín registra, como en «un filme en sobreimpresión», las diversas etapas de un martirio *(Le Saint S. temoigne...* p. 3).

Ante todo, no nos ha de llamar la atención la manera singular como está enterrado el Hombre de la Síndone, es decir, envuelto longitudinalmente con una sábana. Uno de los esqueletos hallados en las ruinas de Qumrán[79] en 1951 estaba sepultado así (V. Barchlay: *The*

[79] *Hirbet* (montón de ruinas) *Qumrán* son los restos de un cenobio de esenios, secta religiosa judía, destruido por las legiones de Vespasiano el año 68.

Catholic Herald, 18 marzo 1960). Se ve, pues, que al principio de nuestra era cristiana, no era raro que algunos judíos enterraran así a sus muertos. Después estudiaremos las razones que pudieran dar pie a ello.

1. UNA SEPULTURA HONORABLE

Pero lo que sí llama realmente la atención es que un crucificado no fuera echado a la fosa común; antes bien fuera sepultado honoríficamente. Esto es lo que nos demuestra a las claras la Síndone de Turín. Este crucificado fue envuelto en una amplia sábana de tejido delicado: una sarga de lino, ligera, fina y muy flexible, a pesar de su rudimentaria confección debida a su antigüedad. Sólo una persona rica podía permitirse semejante lujo. Los pobres usaban entonces telas de lana.

Otra cosa: la insólita coloración carmín-malva desleída que presenta la sangre indica que la tela estaba de alguna manera impregnada de áloe y mirra, sustancias, por lo demás, halladas en las manchas de sangre de la Sta. Sábana.

Por lo tanto parece claro que el H. de la S. fue enterrado envuelto de alguna manera en aromas de áloe y mirra.

A la misma conclusión nos lleva la fluorescencia de la imagen sindónica. Ya para confirmar su teoría vaporigráfica hubiera deseado el Dr. Vignon poder constatar si sobre la Síndone había algún indicio de áloe medicinal. Para ello bastaría iluminar el lienzo, decía, con luz ultravioleta. Si los bronceados se dorasen en virtud de la fluorescencia propia de esta sustancia, sería un indicio positivo de contener áloe. *(Le Saint Suaire...* p. 6.)

Lo que Vignon no pudo realizar, lo han hecho los investigadores modernos: la Comisión de Expertos de 1969/76 y los investigadores de después del II Congreso de 1978. La fluorescencia de la imagen es patente. Ello parece confirmar que contiene indicios de áloe.

Presenta además la Sta. Sábana a la altura del tercio inferior de las tibias (impronta facial) y en la misma línea de los dos pliegues laterales longitudinales del incendio de Chambéry, unas pequeñas manchas oscuras, distintas de las quemaduras, que parecen residuos de áloe y mirra en polvo o en disolución líquida, fijadas allí por el calor del incendio. Conocido es que el áloe y la mirra son muy sensibles al calor. Entre los pliegues con que la Sábana fue ajustada a las piernas y pies del cadáver durante el sepelio, debió quedar aprisionada una mayor cantidad de aromas. (Ricci, *La Sindone Sta.* pp. 269-271.)

Recordemos también lo escrito por Mesarites, quien afirma que la

---

Cinco campañas arqueológicas (1951-1956) han desenterrado el complejo de sus instalaciones y su cementerio. Fue habitado desde el año 128 al 31 a.C. y desde el año 4 a.C. al 68 d.C. Está situado a unos 19 km. al sur de Jericó y a unos dos al oeste del Mar Muerto. En las múltiples cuevas existentes en sus contornos es donde ha tenido lugar «el descubrimiento de manuscritos más importante de los tiempos modernos» (W. F. Albright). Se habla de más de 20 cuevas con cerca de un millar de manuscritos.

Sta. Sábana, guardada entonces (1201) en Constantinopla, olía todavía a mirra.

No se puede dudar, pues, de la presencia de áloe y de mirra sobre la Síndone. Es decir, que este crucificado fue enterrado envuelto en aromas. Su sepultura fue, pues, honorífica.

La presencia de sustancias aromáticas en algunas sepulturas antiguas es cosa bien comprobada. (Cfr. U. Fasola: *Atti del II Congreso...* p. 59 ss.; y el apéndice de este mismo capítulo). En 1485 se encontró junto a la vía Appia un sarcófago de mármol con el cuerpo intacto de una joven yacente, «inmerso» se podría decir, bajo una espesa capa de una «sustancia grasa y perfumada» (G. Galleri, *Sindon,* 29, p. 53). Los perfumes tenían el objetivo de preservar en parte el cadáver de la putrefacción y de contrarrestar su hedor; pero ante todo eran un honor tributado al difunto.

El cadáver está ligeramente encorvado hacia adelante, con las piernas juntas, algo encogidas y con las rodillas levantadas hacia arriba, la izquierda más que la derecha; lo cual causa la impresión, como hemos indicado ya, de ser la pierna izquierda unos 3-4 cm. más corta que la derecha. Los pies tienen los talones separados y las puntas convergentes. La punta del pie izquierdo apunta hacia el empeine del derecho, sobre el que se pierde. Los brazos están forzados y doblados hacia el centro del cuerpo de manera que las manos se cruzan sobre la región sobrepública, cubriendo la mano izquierda, y abrazando en parte, la muñeca de la derecha.

Sin duda le ataron ligeramente las muñecas para que los brazos no cayeran, por su propio peso, hacia los lados del cuerpo. En cambio no se ve señal alguna de atadura en el cuello de los pies.

La cabeza está en posición normal (como si el individuo estuviera de pie), no echada para atrás hasta apoyarse en el banco de la sepultura. Parece, pues, que pusieron sobre la piedra del sepulcro, algún cojín o fardo de telas de unos 10 cm. de altura. Con ello la Síndone, sobrepuesta, pudo estar en contacto perfecto con los hombros y con la cerviz del difunto, de modo que pudieron calcarse perfectamente en aquélla las heridas y regueros de sangre de ésta, y pudo quedar bien marcada también la parte superior de los hombros. Por lo mismo la cerviz queda, en la Sta. Sábana, alargada.

Con esto la fotografía frontal del Hombre de la Síndone causa la impresión de que tenemos delante una persona de pie. (Lám. 2, A.)

Se ve, pues, que los enterradores no forzaron el cadáver ya rígido sino en lo indispensable: los brazos extendidos, que hubieran estorbado para la operación y difícilmente habrían podido pasar por la estrecha puerta del sepulcro. La cabeza, el tronco, los dedos de las manos, las piernas y rodillas, los pies... fueron dejados tal como habían quedado en la cruz.

También le cerraron la boca y le ataron con una venda la mandíbula inferior a la cabeza. Por ello el labio inferior de la boca aparece algo apretado contra el superior. Esta mentonera explica por qué no aparece en la impronta facial la parte lateral de las mejillas, por qué los cabellos le caen algo salientes por ambos lados de la cara, por

qué la barba está algo adelantada y por qué no quedó fotografiada la parte superior de la cabeza (unos 10 cm.). Por allí la Sta. Sábana pasaba por encima de dicha atadura.

La existencia de esta mentonera, intuida y supuesta por los especialistas, ha sido detectada claramente por la fotografía tridimensional de los sabios de la NASA. Ella muestra p. ej. cómo la barba, que aparece a simple vista como cortada bajo el mentón, estaba, de hecho, recogida bajo él por la mentonera que pasaba por encima de ella. La punta inferior de la barba, en cambio, se levanta de nuevo hacia el pecho.

La mentonera le pasaba por detrás de las mejillas cubriéndole las orejas, mantenía levantados los mechones delanteros de la larga cabellera a ambos lados de la cara, los cuales sin ella, estando como estaba el difunto en posición supina, le habrían caído por los lados.

Por otro lado, el uso de la mentonera para atar la mandíbula de los difuntos era corriente entre los judíos de la primera mitad del siglo I, como escribe Don Tonelli *(Sindon,* n. 8, p. 33): «En el Talmud, que se remonta a aquella época y aun más allá, se propone un caso de conciencia sobre si se podía en sábado atar la mandíbula a un muerto».

La abundante cabellera, partida en dos por la raya central, le cae esponjosa y ondulante sobre los hombros. Se ve que una mano piadosa la ha compuesto ligeramente sacando de debajo de la mentonera los mechones delanteros. Esto contribuye también a la sensación de tener delante un hombre de pie. Toda la cabellera está impregnada de sangre.

Hay que subrayar también que esta posición saliente de la cabellera por ambos lados de la cara mantuvo prácticamente plano el lienzo-placa sobre el rostro, con lo cual éste aparece normal en la fotografía y sin la deformidad transversal que habría de presentar por tratarse de un cuerpo convexo.

Por la espalda la cabellera es larga. Desciende por el centro estrechándose cada vez más a manera de «cola de caballo» hasta la parte inferior de los omoplatos. Tapa, en consecuencia, la pequeña parte central superior de la espalda. (Fig. 8 y Lám. 2.)

El hecho de que el H. de la S. posea esta larga cabellera hasta los hombros y peinada por detrás a manera de cola de caballo flotante, y el hecho de llevar barba puede apuntar al pueblo a que pertenecía. Los romanos, salvo raras excepciones, iban con el cabello corto y se afeitaban la barba. Los judíos, en cambio, llevaban cabellera larga y barba. No se rasuraban ésta sino para testimoniar su profundo dolor en ocasión de una defunción. Pero, «tal vez, el hecho más característicamente judío..., observa el historiador Ian Wilson *(Le Suaire...* p. 69), es la forma en que el muerto llevaba sus cabellos por detrás y que se constata sobre la imagen dorsal de la Síndone.» Independientemente, un erudito alemán, H. Gressman, ha demostrado que ésta era una de las maneras más corrientes de peinarse entre los judíos de la antigüedad: ellos sujetaban su larga cabellera con un simple nudo a la altura de la nuca. Otro competente historiador moderno, Daniel Rops, nos confirma que, salvo los días de fiesta, los judíos llevaban esa cola de

caballo «trenzada y arrollada por debajo del lienzo que les cubría la cabeza». «Sobre la Síndone, en esta región, la imagen parece tener un tinte grisáceo. Es tentador suponer que este tinte proviene del aceite con que se aliñaban entonces los cabellos» (Wilson, l.c.).

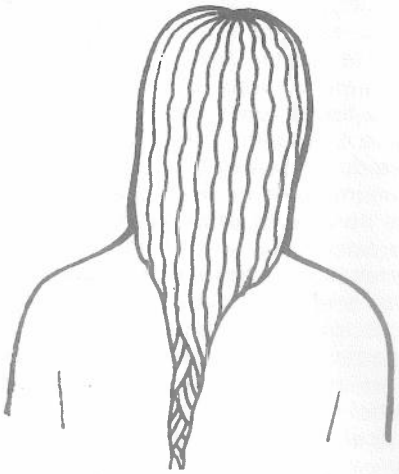


Fig. 8. Peinado típico judío, por la espalda.

Moneditas sobre los párpados. Otro descubrimiento interesantísimo hicieron los tres científicos de la NASA, John P. Jackson, Eric J. Jumper y R. W. (Bill) Mottern, al analizar su fotografía tridimensional de la Sta. Sábana. Sobre cada uno de los ojos aparecía un botón o plaquita redondeada en relieve. Por su forma, insinuaron la probabilidad de que se tratase de dos moneditas colocadas sobre los párpados para mantenerlos cerrados. Especialmente pensaron en dos leptopes [80], pequeñas moneditas de bronce acuñadas por los procuradores romanos (Lám. 13, B).

---

[80] El leptón era una pequeña monedita de bronce, que valía la mitad de un *cuarto,* o sea la octava parte de un *as:* un *ochavo* (cfr. José M.ª Pabón S. de Urbina, *Dic. griego-español,* Vox).

El P. F. Filas ha hecho analizar el leptón de Pilato, que él posee, por métodos no destructivos modernos. Ha encontrado que su composición es de 96,5 % de cobre, 3 % de estaño, y 1,5 de otros metales. Mide 12 mm. en su parte más ancha y 15 mm. en su parte más alta. Su peso es de 1,7972 gr.

El *as* (de bronce) era la unidad monetaria romana. Como nuestra peseta.

Un *denario* (de plata) valía 10 ases. Era el jornal de un obrero a principio de nuestra era.

Existen leptones de varios procuradores romanos. Los reyezuelos sometidos a Roma (Herodes el Grande, Arquelao, Herodes Agripa, etc.) podían acuñar, además de los leptones, otras monedas de bronce, no de plata. Existen hermosos ejemplares.

Aunque eran monedas romanas, llevaban, por hallarse en Oriente, la inscripción en griego.

Dos leptones fueron las moneditas de cobre que echó en el gazofilacio o cepillo del templo aquella viuda pobre, alabada por ello por Jesús (Mc. 12,42).

No era rara entre los hebreos esta costumbre de colocar sobre los párpados algún pequeño objeto plano para mantenerlos cerrados: una piedrecita o trocito de cerámica... entre los pobres, una monedita entre los ricos. Con todo, anota el profesor Tamburelli, el uso de la monedita, «ya no muy común en los primeros años de la era cristiana, desapareció en el siglo II» y cita a G. Ricciotti *(Vita di Gesú,* 2 vol., Oscar Mondatori, 1974). De donde concluye que la Síndone no puede ser una falsificación del siglo VI, como sostienen algunos que niegan su autenticidad. Sin duda se refiere a P. A. Gramaglia que por entonces había escrito un folleto queriendo probar que el H. de la S. era un crucificado «a la manera de Jesús» en el siglo VII.

Confirma esta costumbre de colocar a veces una moneda sobre los párpados del difunto durante la primera mitad del siglo I el descubrimiento hecho hacia finales de la década 1970 en las excavaciones realizadas en un cementerio judío situado sobre unas colinas cercanas a Jericó. Aquella gran necrópolis había sido utilizada durante el siglo I hasta la destrucción de Jericó el año 68. Allí, pues, se encontraron dos monedas dentro de un cráneo. Eran monedas de Herodes Agripa (41-44) que evidentemente habían sido colocadas sobre los ojos del difunto (Rachel Hachilili, «Ancient Burial customs preserved in Jericho Hills» en *Biblical Archeology Review,* julio-agosto 1979, pp. 28-35. Citado por Stevenson, en *La Verité...* p. 156).

El P. Francis Filas S.I., profesor de Teología en la Loyola University de Chicago, concreta más este punto: «Las moneditas en los ojos de un cadáver, dice, hacían referencia a la observancia del sábado judío. Si el difunto era enterrado en sábado o próximo a comenzar éste, se le colocaban las dos moneditas sobre los ojos. Así consta por documentos de la Edad Media; pero nada impide que se hiciera así ya mucho antes». Lástima que no especifique las fuentes de donde lo saca. Sería éste un dato más, y valioso, para identificar al Hombre de la Sta. Sábana.

Pero ni el profesor Tamburelli ni los técnicos Jackson y Jumper, de la NASA, lograron descifrar con sus aparatos los relieves o letras de la monedita. Ella aparecía como una plaquita oscura en relieve. Ultimamente el P. Francis L. Filas S.I., en una nota de unas 50 líneas aparecida en el *Chicago Sunday Times* del 12 de noviembre de 1979 y posteriormente en un folleto del 30 de junio 1980 (The dating of the Shroud of Turin from coins of Pontius Pilatus) afirma creer haber podido identificar dicha monedita.

Impresionado por el descubrimiento de los científicos de la NASA, «por mera curiosidad, nos dice, y sin finalidad definida» fotografió esta zona (agosto 1979) sobre una ampliación de la cara, de la que él se servía en sus charlas televisivas. «Esta ampliación, concreta, había sido sacada de una copia en sepia procedente en segunda generación de la placa fotográfica de Enrie.»

Con sorpresa advirtió entonces sobre el ojo derecho la presencia de una figura con una espiral, en la que nunca antes había reparado. Un tanto intrigado, llevó su foto a un numismático de Chicago, Mister Michael Marx. (Lám. 16.)

Al examinar éste con su lupa aquella figura, fue él quien no pudo refrenar su asombro: sobre el dorso de la espiral, en el arco correspondiente al de las 9,30 a las 11,30 de la esfera del reloj, señaló al P. Filas la existencia de cuatro letras mayúsculas YCAI. No le cabía la menor duda de que se trataba de una moneda. Y aconsejó al P. Filas consultar el libro de Madden: *History of Jewish Coinage and of Money in the Old and New Testament.*

Efectivamente en la página 149 de esta obra hallaron pronto la xilografía de tres moneditas, cuyo anverso presentaba una figura semejante a la que se ve sobre la Síndone. Es la figura de un cayado, el cayado de los augures o adivinos romanos, llamado *lituus.* Los dibujos de los leptones solían ser palmeras, ánforas u otros adornos. «Sólo Pilato acuñó monedas con las figuras impresas de estos (dos) utensilios del culto pagano, el lituo (báculo que empuñaban los augures al proceder a sus augurios) y el *símpulo* (cucharón usado por los mismos en sus libaciones sagradas)» (Arie Kindler, *Coins of the Land of Israel,* trad. inglesa de R. Grafman, Jerusalén, 1974, p. 94).

Aquellas monedas de Pilato eran una bofetada a los sentimientos religiosos del pueblo judío, cosa muy conforme con el talante de Pilato y con el desprecio que sentía por el pueblo que gobernaba. «Parece que Pilato se complacía en mortificar en todo lo posible a sus despreciados súbditos... (especialmente) no respetando la tradición religiosa de sus súbditos» (R. M. Fondevila, S.I.: *Realidad histórica de Jesús de Nazaret,* p. 160). Tal vez quiso halagar con este hecho a Tiberio en la fuerte pasión que éste sentía por los augures y astrólogos (F. W. Madden, o.c., p. 149); o tal vez fue más bien a L. Elio Sergio Sejano a quien quiso agradar, el prefecto de la guardia imperial de Tiberio y luego lugarteniente todopoderoso del mismo, de sentimientos furiosamente antijudíos (el año 19 de C. los desterró a todos de Roma) y quien había propuesto a Pilato para procurador de Judea. De hecho, al ser asesinado Sejano el año 31, dejó Pilato de acuñar tales monedas.

Es verdad que Augusto, al proclamarse Pontífice Máximo, había colocado ambos símbolos del sacerdocio pagano en su «denario». Pero se trataba de adornos pequeños y adicionales. No eran la figura central, como en el caso de los leptones de Pilato. Además, el denario, no estaba acuñado en Palestina, ni era de uso exclusivo de los judíos.

Consultando, pues, la obra antes citada de Kindler, director del *Kadman Numismatic Museum* de Tel Aviv, hallamos cuatro diferentes acuñaciones de leptones hechas por Pilato en Palestina, dos el año 16 de Tiberio y las otras dos los años 17 y 18; o sea los años 29/30, 30/31 y 31/32 de nuestra era[81]. La primera de ellas lleva marcado en el an-

---

[81] Las acuñaciones de Pilato llevan en el reverso la inscripción L I S, L I Z, o L I H. L es un signo que significa año. No es letra. La I (iota) del alfabeto griego equivale a 10, el S (stigma) a 6, la Z (zeta) a 7 y la H (heta) a 8. Por consiguiente indican los años 16, 17 y 18 (10 + 6, etc.) del reinado de Tiberio; es decir, los años 29/30, 30/31, y 31/32 de nuestra era. Tiberio empezó a gobernar hacia el año 14, a la muerte de Augusto, pero, por la dificultad de precisar el

verso un símpulo, las tres restantes un lituo. Todas cuatro llevan la inscripción (más o menos completa) en los bordes: T I B E P I O Y K A I C A P O C (de Tiberio César). En el reverso llevan todas la fecha. Entre dos ramitos de laurel, las tres últimas; la primera en cambio (la del símpulo), lleva tres espigas de cebada: la central, en posición vertical, y las dos laterales dobladas sobre su tallo hacia fuera y hacia abajo. Una inscripción recorre el borde: I O Y L I A K A I C A P O C, Julia (Livia, la madre de Tiberio) emperatriz. En la parte baja lleva la fecha: L I S.

Miden estas moneditas (en su parte más ancha) unos 15 mm. de diámetro y su peso se acerca a los dos gramos.

Su acuñación y conservación es con frecuencia muy deficiente. En muchas de ellas, las figuras e inscripción están descentradas y generalmente muy erosionadas. Por ello rara vez se conserva la leyenda, T I B E P I O Y K A I C A P O C, completa. Además las dos palabras unas veces están separadas y otras unidas como formando una sola.

Los bordes de las monedas nunca son perfectamente circulares: muchas veces presentan uno o más trozos rectilíneos. El lituo, en las primeras emisiones, tiene el fuste recto desde la parte alta del cayado; en las posteriores lo tiene curvo hasta la parte inferior de la espiral. Hace la impresión de que con la práctica se fue perfeccionando la técnica de los acuñadores.

El numismático de Atlanta, Mister Bill Yarbrough procuró al P. Filas un leptón de Pilato de los más toscos y primitivos. Su parecido con el que aparece en la Síndone es sorprendente. El fuste del lituo es rectilíneo desde arriba, la moneda tiene un corte recto en el arco que va de la una a las tres de la esfera del reloj, y de la inscripción sólo quedan, a simple vista, las letras IOY. Pero la posición que ocupan éstas sobre el cayado corresponde exactamente a la que tendrían en el leptón de la Síndone, si éste conservara las seis letras I O Y C A I. La fecha del leptón de Mr. Yarbrough es también a primera vista indescifrable por estar comida por el uso y el tiempo.

La hipotética monedita del ojo de la Sta. Sábana tiene el cayado del augur tan imperfecto o más que el de Yarbrough y su fuste es también rectilíneo desde la parte alta del cayado; conserva sólo cuatro letras, Y C A I, de la inscripción griega seguida, TIBEPIOYCAICAPOC en la posición antes indicada sobre el borde curvo del cayado. Estas letras tienen aproximadamente 1,3 mm. de altura. El cayado mide de 11

---

inicio de su reinado, muchos autores expresan la correspondencia como hemos indicado. Con todo, generalmente, se admite como fecha de esos leptones los años 29, 30 y 31 de nuestra era.

El stigma (σ) que tenía forma como de una S inclinada pero con el seno superior más amplio y abierto que el inferior, o bien como de una C inclinada con un rabillo hacia atrás en la parte inferior, no era una letra fonética, si no un signo numeral equivalente a 6. Ocupó el lugar de la antigua digamma (F), que también significaba 6. Aparte el stigma, el sampri, que significa 90, y el coppa, que significa 900, los demás números se formaban con los fonemas o letras del alfabeto griego y sus respectivos tildes. (Cortesía de la lic. en Filología Clásica y profesora de griego, Pura Violadé, S.F.)

a 12 mm. desde su base a la parte más alta de su curva. Las mismas medidas prácticamente que las del leptón de Yarbrough. Sus bordes son, si cabe, menos circulares que los de éste. Hasta 24 coincidencias encontró el P. Filas entre ambas moneditas.

No parece, pues, se pueda dudar de que la monedita que aparece sobre el párpado derecho del H. de la S. sea un leptón de los primeros acuñados por Pilato.

Esta misma figura y letras aparecen también en las fotografías recientes de Judica Cordiglia (1969) y en la de Vernon Miller (1978); pero en las copias de Enrie, de tamaño natural, se ven con mucha mayor claridad. Basta una lupa para distinguir perfectamente en ellas el lituo y las letras.

La objeción más seria es la inscripción griega CAICAPOC. Habría de estar escrita con K, no con C. Habría de leerse, pues, YKAI, en lugar de YCAI.

Esto, para Michael Marx, no es dificultad. Según él «las faltas de ortografía en las monedas de aquella época no es cosa inaudita, ya que cada pieza era acuñada singularmente».

Por lo demás, es conocida la mala prensa de que goza Pilato entre los numismáticos como acuñador: mal troquelado, baja calidad técnica, leyenda y efigie defectuosas y descentradas... Aparte que en la Palestina de su tiempo se alternaban el arameo, el griego y el latín; y había monedas latinas (el denario), griegas (el leptón) y hebreas o tirias (el siclo). No parece, pues, fuera de lugar suponer que el obrero troquelador de aquel leptón pusiera una C latina por una K griega, que al fin y al cabo sonaban igual.

También se hace la pregunta el P. Filas de si no podría ser la figura que aparece sobre el párpado derecho efecto de conectar, con líneas imaginarias diferentes manchas y puntos del tejido.

Una figura, se contesta, tan compleja y precisa de cuatro letras mayúsculas, sobre un lituo, con las dimensiones, posición, proporción, figura y rotación angular propias de una moneda que circuló hace dos mil años (por tanto con perfecto sentido) no parece pueda ser fruto de la casualidad.

Y como además de teólogo, es matemático, hizo un cálculo de probabilidades[81]. Le resulta la cifra $1/6{,}2273 \times 10^{42}$. Es decir, una probabilidad entre seis, seguido de 42 ceros de que la figura del lituo con las letras YCAI, tal como están, sea efecto de una casualidad. Una probabilidad tan infinitesimal que raya con el cero, o sea, con la imposibilidad.

Una confirmación. El 28 de mayo de 1981, personal de la Iog E/Interpretations Systems de Overland Park, Kansas (el equipo de la Standard Earthview), llevó al computador la fotografía de esta zona de la imagen sindónica y la digitalizó a un aumento nunca antes realizado.

---

[81] Para los no familiarizados con las matemáticas indicaremos algo sobre el cálculo de probabilidades y su significado al tratar de identificar al H. de la S. en el capítulo siguiente. Por la importancia del tema, aquél parece lugar más oportuno que el actual.

Así pudo comprobarse que las huellas descubiertas sobre el ojo derecho por el P. Filas (el cayado de astrólogo y las cuatro letras YCAI, que recuerdan un leptón de Pilato) eran fuertemente tridimensionales, es decir, que presentan el relieve propio de una moneda, confirmando así plenamente la teoría del P. Filas. (Lám. 16, C.)

También el Dr. Robert M. Haralick, del Spatial Data Analysis Laboratory de Virginia (USA) ha digitalizado con un computador la zona del ojo derecho de la Síndone sobre una foto de Enrie a finales de 1983 y ha encontrado dos letras más: una O antes de YCAI y una C (S) después, e indicios de otras tres letras al final: POC. Resultaría, pues, visible la palabra OYCAIC POC (OUCAISAROS escrita en letras latinas), restos de la palabra TIBEPIOYCAICAPOC (TIBERIU CAISAROS): De Tiberio César.

El mismo análisis lo ha repetido el Dr. Haralick sobre la fotografía sacada de la Síndone por Vernon Miller en 1978, con resultados substancialmente idénticos (Nota publicada por el P. Filas, el 13 de dic., 1983).

Es más; estos nuevos análisis electrónicos de la imagen, no sólo confirman la existencia de una moneda de Poncio Pilato sobre el ojo derecho, sino que añaden nueva información respecto de la colocada sobre el ojo izquierdo. Los perfiles de ésta, quedan determinados con bastante precisión. Otros detalles empero de la misma son tan escasos que no permiten su identificación con seguridad. Parece tratarse de la otra moneda del mismo Pilato, acuñada el año 29 en honor de Julia, la madre de Tiberio, de que hemos hablado no hace mucho. En la fotografía digitalizada de la Sábana aparecen dos líneas dobladas que se separan a manera de cuernos y que podrían ser las de las dos espigas laterales dobladas hacia afuera. Pero su identificación es mucho menos segura que la de la moneda del ojo derecho. (Nota del P. Filas publicada el 11 de junio 1981.)

No paró aquí el afán investigador del P. Filas. En septiembre de 1981, tras un análisis más detallado del leptón que él posee, el de Yarbrough, distinguió con sorpresa en él las tres letras que siguen a IOY, y en concreto, la C en lugar de la K: PIOYCAI. Entonces, proyectando sobre una pantalla las dos imágenes superpuestas, la del leptón y la de la figura que aparece en el ojo derecho de la Síndone, logró que ambas coincidieran casi del todo. De aquí dedujo que probablemente ambas monedas eran dos ejemplares de una misma emisión.

Por si esto fuera poco, como no cesaban las impugnaciones contra la posibilidad de haber acuñado una C en lugar de una K, cosa desconocida de los numismáticos, se dio el P. Filas a remover con afán colecciones de monedas. En noviembre de 1981 notificó que había encontrado en la Rare Coin Department of Marshall Field and Company, de Chicago, otro leptón de Pilato, más perfecto y posterior al de Yarbrough, en el que el nombre de KAICAPOC aparece *claramente* escrito con una C latina en vez de la K griega (Lám. 16, D). Es más, todavía se ha encontrado una tercera moneda de Pilato con el error de la C por la K. Pertenece a Michael Mirror, de Texas (Lám. 16, E - *Sindon* n. 32). Son ya, pues, tres al menos las monedas de Pilato existentes

hoy con el error ortográfico de una C por una K: CAICAPOC en lugar de KAICAPOC.

No cabe ya duda alguna de que la C (del YCAI), que aparece en la monedita colocada sobre el párpado derecho, es un error ortográfico del acuñador.

En abril de 1982 el Dr. Alan Whanger, de la Universidad de Duke, un psiquiatra geriátrico que estudia la Sta. Sábana como hobby, usando una técnica fotográfica con luz polarizada, desarrollada por él, y un computador, halló hasta 74 puntos de coincidencia entre la imagen del ojo derecho de la Síndone y el leptón de Yarbrough. Sus hallazgos fueron completamente independientes de los trabajos del P. Filas.

Whanger logró leer además, en el reverso de la moneda de Yarbrough, la fecha: LIS, es decir, el año 16 de Tiberio, o sea el 29 de nuestra era.

Casi al mismo tiempo, en marzo del mismo año, Mr. William Pettit, investigador especialista de la Standard Catalog of World Coins, visitó al P. Filas para pedirle poder analizar el leptón de Pilato que él posee: el de Yarbrough. No se fiaba. También él pudo descifrar la fecha: LIS, año 29 de nuestra era.

Es más, el mismo Dr. Whanger analizó con su mismo método (luz polarizada y computador) la moneda que aparece sobre el ojo izquierdo del H. de la S. y confirmó lo que el P. Filas había sólo adelantado como una posibilidad: que se trata de la moneda acuñada por Pilato con la figura de un símpulo y dedicada a la emperatriz Julia; tantas son las coincidencias existentes entre la monedita que aparece sobre

Fig. 9. Leptón de Pilato acuñado el año 29 de nuestra era y dedicado a Julia, madre del emperador.

el ojo izquierdo con el leptón dedicado a Julia. Es más, él creyó descifrar incluso la fecha: año 16 de Tiberio. Es decir, que tendríamos sobre el ojo izquierdo la otra moneda de Pilato acuñada también el año 29 de nuestra era (Fig. 9).

Concluye el P. Filas: «Es completamente imposible que un falsificador de la Edad Media o anterior haya sido capaz de marcar huellas tan diminutas sobre los dos ojos (del H. de la S.) en negativo fotográfico, sin pigmento y reproduciendo letras y dibujos de dos monedas romanas acuñadas en Palestina el año 29».

Por otro lado, «es difícil imaginar cómo podrían haber sido puestas juntas estas dos monedas sobre los ojos del difunto, si éste no hubiera muerto precisamente en tiempo del gobernador que las acuñó, es decir, de Poncio Pilato». «Esto data la Síndone (mucho mejor sin comparación que el Carbono 14) en el tiempo de Poncio Pilato y sitúa su origen en Palestina, justo después del año 29.» Tenemos, pues, otro poderoso indicio de que el H. de la S. era judío y de que murió en Palestina hacia el año 29/30.

Ya nos perdonará el lector el que nos hayamos entretenido tanto en este detalle de las monedas. Su excepcional importancia lo justifica.

¿Filacterias?

Otra cosa llama la atención en la frente del H. de la S. Encima del inicio de la nariz, entre ceja y ceja, se ven tres líneas en ángulo recto, como un cuadrado al que le falta el lado superior. Dentro de este cuadrado, en su parte superior y en el centro, se puede observar una V, y debajo del mismo cuadrado, otro triángulo isósceles con la punta más aguda hacia la arista de la nariz. Vignon creyó que no era más que «algunos hilos del lienzo, que por azar, se han oscurecido aquí más que los otros» *(Le S. Suaire...* p. 130). No obstante, estas líneas tuvieron una gran resonancia en las copias bizantinas de la faz de Jesús, que le ponían aquí un bulto (Láms. 6 y 7), como ya expusimos anteriormente.

Modernamente, la fotografía tridimensional de los miembros de la NASA descubre en este mismo lugar un abultamiento.

También el análisis digitalizado con computador hecho por el Dr. Haralick, del que hemos hablado hace poco, descubre una especie de banda que le ciñe la frente con «una área blanca rectangular en el centro de la misma» (F. L. Filas, en nota publicada el 13 dic. 1983).

Esto ha hecho pensar a algunos estudiosos que el difunto sería judío y que este abultamiento no es más que las filacterias[82] que le ha-

[82] Filacterias eran unas bolsitas cuadradas de piel que encerraban, escritos en pergamino, cuatro determinados pasajes de la ley mosaica. Según la costumbre rabínica, todo varón israelita debía llevarlas durante la oración de la mañana. Una se ataba a la cabeza de manera que la cajita cayera en medio de la frente, y otra se ataba al brazo izquierdo, para que la cajita cayera sobre el corazón. Era una interpretación literal del mandato dado en sentido metafóri-

brían colocado sobre la frente al enterrarlo, aunque no tenemos noticias de semejante uso.

Otros pormenores

El cuerpo está completamente desnudo; ya que, sobre todo en las fotografías a rayos ultravioleta, aparecen por delante los muslos llenos de heridas hasta la ingle, y por detrás la región glútea de ambos lados está también cubierta de heridas.

Los pies están en la máxima distensión, los talones separados y las puntas convergentes. La punta del pie izquierdo se pierde sobre el empeine derecho. La parte anterior de los pies apenas se adivina. No debía haber allí contacto con la Sábana. En cambio la planta del pie derecho está perfectamente marcada con sangre. «Como la huella que deja en el piso un pie mojado después del baño», observa Barbet. En fin todo el cuerpo aparece lleno de sangre, de polvo, de sudor y también de esputos. Los expertos en medicina legal subrayan además «la acentuada rigidez del Hombre de la Síndone, característica de las muertes excepcionalmente fatigosas y dolorosas». *(La S. Sindone, Comitato por l'ostensione de...* Turín, 1978.)

Todavía presenta la imagen unas curiosas marcas en los pies. Parecen las huellas digitales del portador. Resumamos lo que dice Mns. Giulio Ricci, el investigador que las descubrió y que mejor las ha estudiado.

Suponen los investigadores que el H. de la S. fue desclavado de la cruz sólo por los pies y que fue trasladado al sepulcro con la cara hacia arriba y las manos clavadas todavía en el patíbulo. El sepulcro no debía distar mucho del lugar de la ejecución. Dos hombres cogieron el patíbulo, uno por cada extremo, y otro hombre cogió el cadáver por los pies, ya rígidos. Señal de este traslado es un reguero de sangre que le va de parte a parte de la espalda, a la altura de los riñones. Algunos suponen que, para llevar tanto peso (unos 140 kg.), le atravesaron por la parte renal un lienzo arrollado cuyos extremos estarían sostenidos por otras dos personas más. Así se explican ellos mejor ese reguero transversal de sangre. Con todo, dado que el cadáver, ya rígido, estaba algo encorvado hacia adelante por la cintura, se explica suficientemente este reguero de sangre postmortal, salida de la llaga del costado al ser trasladado el cuerpo, sin necesidad de este lienzo atravesado. Ya volveremos sobre esto más adelante.

Pero el dato más curioso que nos da la Síndone de este traslado está en los pies, particularmente en el talón izquierdo. Nos referimos a esa especie de huellas digitales de que acabamos de hablar. La sangre postmortal que salía del agujero de los pies recientemente desclavados, se acumulaba en los talones. Al agarrarlos, pues, el por-

---

co (Dt. 6,8): «Las atarás (las palabras de esta ley) como una señal sobre tu mano y como insignia las pondrás entre tus ojos». (Cfr. *Dic. de la Biblia,* Ausejo.)

tador para trasladar el cadáver, se manchó de sangre los dedos dejando la huella de los mismos en los talones del cadáver. Su forma contraída y arqueada revela la posición de las manos y el esfuerzo hecho para llevar aquel peso. Se distinguen perfectamente las huellas de los dedos meñique, anular y medio de la mano izquierda del portador sobre el talón izquierdo. Las huellas de la mano derecha sobre el talón derecho son menos claras. Los pulgares e índices del portador no aparecen. Estarían naturalmente apoyados sobre la parte superior de los pies para cogerlos con vigor. Parece pues que los portadores, al llevar el cadáver hacia el sepulcro, avanzaban con los pies de éste por delante y la cabeza hacia atrás; y el que lo cogía por los pies caminaba de frente, con los pies del cadáver a su flanco izquierdo. (Cfr. Ricci: *La Sindone Santa,* pp. 248 ss.) (Figs. 10 y 11) (Lám. 18, E).

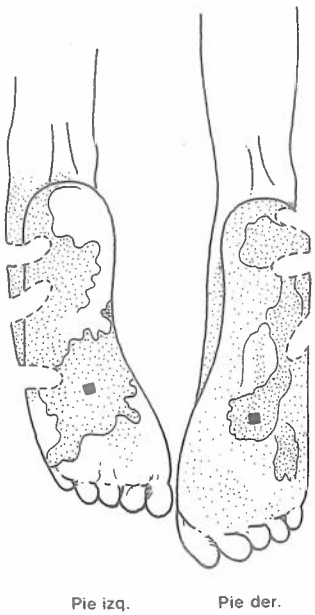


Fig. 10. Huellas digitales que aparecen en cambos talones, según Mons. Ricci. (Cfr. lám. 18, E).

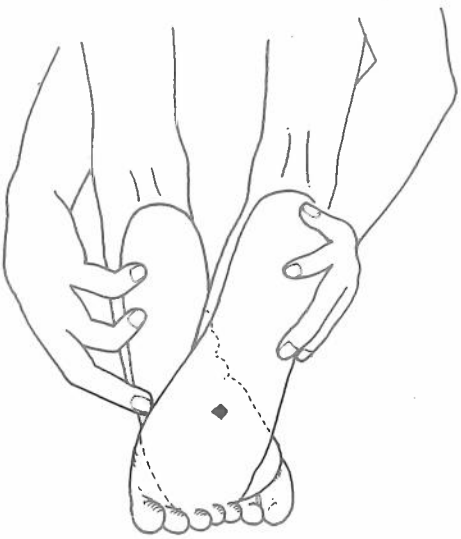


Fig. 11. Manera como serían agarrados los pies por el portador, según Mons. Ricci.

Llegados al sepulcro le desclavaron las manos y le forzaron los brazos, ya rígidos, hasta tomar la posición antes descrita. Extendieron sobre el banco sepulcral la mitad de la Sábana y colocaron el cadáver sobre ella. Luego extendieron sobre él, a partir de la cabeza, la otra mitad hasta los pies. Arrimaron a los lados del cuerpo los bordes sobrantes de la tela y la sujetaron al cadáver con algunas vendas. Una

sujetaría la Sábana a la altura de los codos. Prueba de ello parece ser que el grumo de sangre acumulado en el codo derecho, se repite a 10 y 15 cm. más afuera, cada vez más pequeño; señal de que el lienzo formaba allí dos pliegues, sujetos al cuerpo por alguna venda, y la sangre los traspasó.

Otra venda ligaría la Sábana al cadáver por los tobillos. También aquí unas manchas de sangre se repiten lateral y simétricamente junto a la impronta correspondiente de cada pie.

Por último otra venda sujetaría la Sábana al cadáver a la altura de las rodillas. De lo contrario no se explicaría la fuerte imagen posterior de los muslos y pantorrillas, si hubiera distado demasiado la tela del cuerpo. Recordemos que las rodillas estaban juntas y algo flexionadas hacia arriba. Otros en cambio suponen que las rodillas no estaban flexionadas, sino que las habían forzado para dejarlas planas. De todos modos es innegable que la rodilla izquierda sobresale sobre la derecha.

La impresión delantera del tercio inferior de las piernas es muy tenue. Algunos suponen que la tela colocada debajo del cadáver daba la vuelta por encima de la punta de los pies y caía sobre la parte delantera de las piernas. ¿Sería el trozo de Síndone cortado por Balduino II en Constantinopla para hacer reliquias? Como unos 40 por 100 cm. Pero en este caso parece que habría de verse nítida, sobre las canillas, la línea donde terminaba este pliegue; línea que no aparece por ningún lado. Más bien, como supone la reconstrucción de la NASA, parece que la Sábana hacía puente desde la punta del pie derecho a las canillas.

Otros colocan otra atadura en el cuello (Ricci). Y lo prueban por el hecho de que la impronta dorsal presenta el cogote alargado por un evidente acercamiento de la Sábana. Esto no sucede en la impronta anterior. Por ello dicen, al extender ahora la Sábana, da la impresión de tener el H. de la S. la cabeza más elevada de lo normal. Tal vez, con todo, pueda explicarse mejor este hecho por el cojín que dijimos debieron ponerle debajo de la cabeza y de la cerviz. No olvidemos que los expertos de la NASA suponen la Sábana en una posición casi horizontal sobre el cadáver para poder explicar su fotografía tridimensional.

No es tampoco necesario suponer un banco sepulcral excavado en el centro a manera de pila, de modo que la Sábana quedase plana por encima del cadáver, como han supuesto algunos. No parece concordar esto con los datos que aporta la Síndone.

También hemos de constatar que el cadáver fue puesto sobre el banco funerario con el lado izquierdo junto a la pared del sepulcro y el derecho junto al borde libre del banco. Sólo así se explican las manipulaciones de la Sábana de que hemos hablado anteriormente, hechas sobre la parte derecha del cadáver: La Sábana fue mucho mejor aplicada sobre el lado derecho que sobre el izquierdo. A aquél llegaban bien las manos de la persona que con cariño compuso en el último momento la Sábana sobre el cadáver, a éste no. Gracias a esta manipulación ha quedado mucho mejor marcada en la Síndone la par-

te derecha del H. de la S. que la izquierda, sobre todo el calco de su herida en el costado debido a una lanzada, de la que hablaremos después.

Queda, pues, bien patente que este crucificado hubo de ser persona principal, ya que su sepultura fue tan atildada y honrosa, a pesar de ser incompleta.

No nos ha de llamar la atención un crucificado sepultado honoríficamente. La ley romana a este respecto era categórica: «Corpora animadversorum quibuslibet petentibus ad sepulturam danda sunto» (Dig. XLVIII, 24, n. 3). «Los cuerpos de los condenados han de ser entregados a cualquiera que los pida para sepultarlos.» Algún familiar, pues, o amigo poderoso debió pedir a las autoridades el cuerpo del H. de la S. para sepultarlo y librarlo de la fosa común o de ser destrozado y comido por las fieras y las aves de rapiña.

La ley judía ordenaba (cfr. *The Universal Jewish Encyclopedia*, p. 598) que los condenados a muerte fueran echados a la fosa común. De hecho en Jerusalén había cementerios-sepultura para los ajusticiados. Con todo, también la ley judía permitía que los familiares reclamasen el cadáver. En tal caso, el muerto había de ser envuelto en una sábana usada, más aún, vieja y andrajosa, como desprecio hacia el condenado, considerado maldito por la ley (Ricci, *La Sind. Sta.*, p. 251).

Además el ajusticiado rescatado por sus familiares, debía ser sepultado en un sepulcro en el que no hubiera nadie más, para que el cadáver del «maldito» no contaminara los cuerpos de los justos yacentes allí. Sólo cuando la carne se había corrompido y convertido en polvo, se consideraba «purificado» el esqueleto del condenado y podía ser exhumado y trasladado a un sepulcro común con otros. Tal es el caso de Yehohanán, cuyos huesos estaban recogidos en un pequeño osario dentro del sepulcro familiar. (Véase el apéndice del capítulo, p. 375.)

2. SEPULTURA APRESURADA

Hemos de subrayar otro aspecto. En nuestro caso la sepultura, aunque honrosa hubo de ser apresurada. Se le compusieron bien los cabellos, se le ató la mandíbula, se le pusieron dos moneditas sobre los párpados y se le envolvió en una amplia sábana nueva y rica, la cual fue bien compuesta y sujeta al cadáver, se le pusieron aromas... aparte de flexionarle y componerle los brazos sobre su propio cuerpo. Todo esto se podía hacer en poco tiempo. Pero no fue lavado el cuerpo, ni vestido, ni se le rasuraron los cabellos como era costumbre, al menos en Palestina, ya que hay indicios de tratarse de un judío. Todo esto suponía mucho tiempo. Probablemente, pues, se trata de una sepultura apresurada y provisional, tal vez por echarse encima un día de fiesta. Consta que los judíos eran extremadamente escrupulosos en no trabajar *nada* en día de fiesta.

Ya volveremos sobre este particular después de identificado el H. de la S.

3. MALOS TRATOS

Antes de estudiar las grandes torturas padecidas por el H. de la S. que nos revela la Sta. Sábana, fijaremos nuestra atención en otras menores, indicio de malos tratos recibidos por él antes de su ejecución y algunos, al parecer, antes de su condena a muerte (Fig. 12).

Y lo primero que nos sale al paso es una contusión en forma de triángulo alargado, de unos 2 cm. de base, situado bajo la región cigomática derecha. La punta más aguda de dicho triángulo apunta hacia la cresta de la nariz, que aparece rota y desviada hacia la izquierda. He aquí lo que escribe el ilustre profesor de medicina legal de Milán, el Dr. G. Judica Cordiglia, que ha dedicado más de 40 años al estudio de la Síndone y ha tenido ocasión de estudiarla directamente. *(L'Uomo della Sindone è il Gesu dei Vangeli?,* p. 66.)

«Precisamente allí donde confina el cartílago con el hueso nasal, y donde se observa una zona escoriada y contusa, la nariz inicia una ligera desviación hacia la izquierda. Se trata, evidentemente, de un bastonazo, propinado con un palo más bien corto y redondo, de un diámetro máximo de 4 a 5 cm., cuya fuerza de contusión ha sido más violenta en su extremidad, es decir sobre la nariz, y de violencia algo menor debajo de la región cigomática derecha. El golpe lo descargó un individuo que se encontraba a la derecha del agredido y empuñaba el bastón con la izquierda.»

De la misma opinión es el Dr. R. W Hynek, miembro de la Academia de Medicina de Praga.

«El cartílago dorsal ha sido fracturado junto a su inserción sobre el hueso nasal, que ha quedado intacto» precisa el Dr. Pierro Barbet, cirujano del Hospital Saint-Joseph de París *(La Passion... selon le Chir...* p. 124) [83].

---

[83] Ya que citamos tantas veces al Dr. Barbet hasta tomarlo como guía principal de nuestro estudio, bien estará consignar cómo y por qué empezó él a interesarse por el estudio de la Sta. Sábana.

Daba una conferencia sobre la Síndone el P. d'Armailhacq, uno de los pioneros de estos estudios en Francia, a los estudiantes de medicina de la Conférence Laënnec. El Dr. Pierre Barbet, cirujano de l'Hôpital Saint-Joseph de París, que había llegado a hacer hasta 30 operaciones por semana y que no estaba dispuesto a aceptar sin más cualquier explicación, preguntó al conferenciante si se habían hecho experiencias para constatar si era posible que un clavo penetrara por el sitio indicado por la Sábana sin que se quebrara hueso alguno. El P. d'Armailhacq respondió que, por desgracia, ningún médico lo había intentado.

Desde aquel momento, Barbet decidió hacerlo él, y multiplicó sus experiencias durante los años 1932 y 1933. Y de una posición bastante escéptica, que tenía en un principio, llegó a ser uno de los más ardientes y competentes defensores de la autenticidad de la Síndone. Sus estudios son clásicos en la materia. Oigamos lo que él mismo dice de sí: «Siempre me he preocupado de considerar la cuestión como un problema científico y he expuesto mis conclusiones como hipótesis sólidamente fundadas, a mi entender; pero susceptibles de modificación, al menos en sus detalles» *(La Passion...* p. 21).

Y en otro lugar dice (ob. cit., p. 27): «Emprendí este estudio con plena libertad de espíritu, tan dispuesto a declarar el lienzo como una superchería absur-

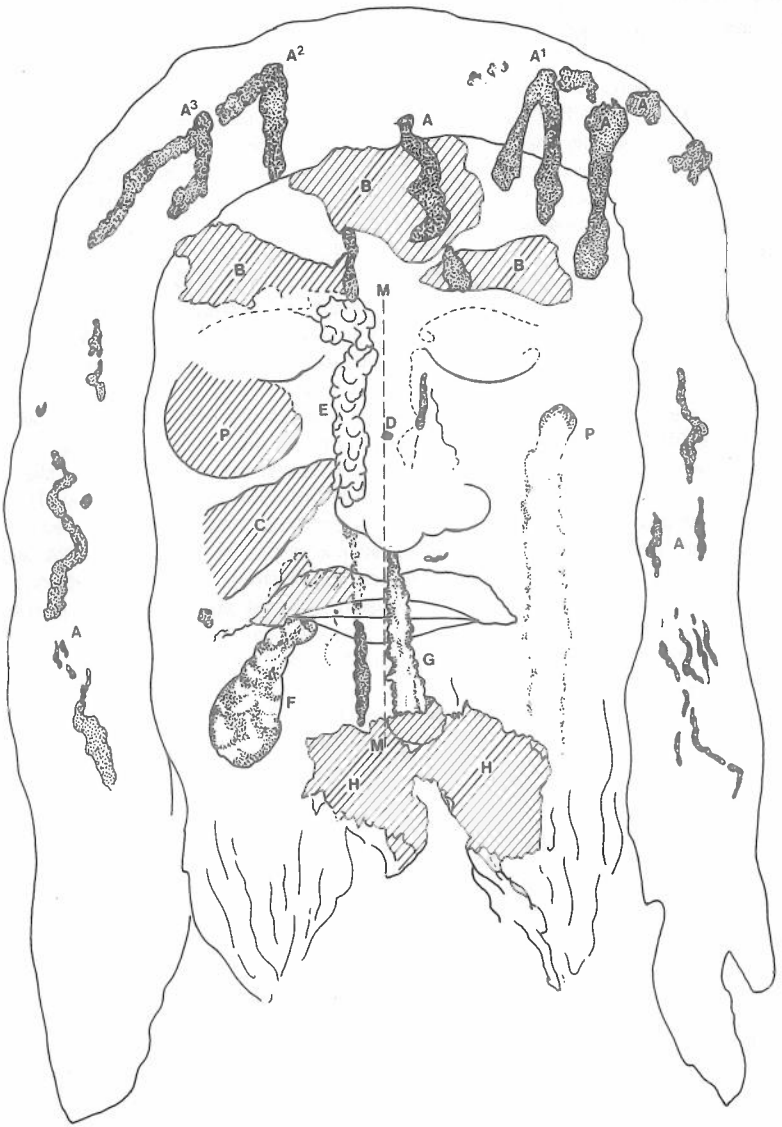


Fig. 12. Esquema de las contusiones del rostro, sacado de Mons. Ricci. A. Regueros de sangre debidos a espionas. B. Contusiones e hinchazones en la frente. C. Contusión de la mejilla derecha. D. Herida de la nariz y cartílago roto. E. Reguero irregular a lo largo de la comisura derecha de la nariz. F. Colada de sangre con saliva que le sale de la boca. G. Dos regueros de sangre que le salen de las narices y le llegan hasta la barba. H. Mentón hinchado y contuso. P. Pómulos contusos e hinchados. MM. Línea mediana del rostro que pone de manifiesto la torcedura de la nariz.

Tal vez por esto, la ventana izquierda de la nariz aparece ensanchada y achatada.

Este golpe hubo de provocar en el H. de la S. una fuerte hemorragia por la nariz. Efectivamente, sus bigotes, sus labios, su mentón y su barba estaban impregnados abundantemente de sangre.

En la fotografía tridimensional se observa perfectamente esta incisión del cartílago de la nariz. También se ve en ella un hoyo en la mejilla izquierda «que parece, dice Tamburelli, producido por el mismo golpe asestado contra la nariz y la mejilla derecha». En la misma fotografía aparecen también claramente visibles dos regueros de sangre que salen de las narices, remontan el bigote y saltan por encima de los labios cerrados hasta perderse en la barba. (Cfr. *Actas II Congr. Int.* p. 180.)

Antes de seguir adelante, tengamos presente la observación que hace el Dr. Barbet (ob. cit., p. 123). Las contusiones pueden producir «equimosis (morados), hematomas bajo la piel (concentraciones de sangre por hemorragia interna en el seno del tejido) y lesiones viscerales profundas. Ninguna de estas lesiones puede dejar trazas, salvo que ellas hayan causado alguna deformación de la superficie, que modifique su forma... Para que la Sta. Sábana nos muestre cosas de otro tipo, es necesario que haya habido rotura de la piel, esto es, alguna herida sangrante».

Esto supuesto, sigamos estudiando el rostro del H. de la S.

«Sobre la cara se encuentran excoriaciones un poco por todas par-

---

da, como a reconocer su veracidad. Pero, poco a poco, he tenido que constatar, bajo todos los puntos sin excepción, que estas improntas eran exactas. Más aún, las más absurdas en apariencia eran las que mejor cuadraban con la experimentación. Las imágenes sanguíneas manifiestamente no habían sido hechas por mano de hombre. No podían ser más que calcos de coágulos formados con antelación sobre un cuerpo humano. Un artista no habría jamás podido imaginar todas las minucias de estas imágenes, cada una de las cuales refleja un detalle de lo que sabemos hoy sobre la coagulación de la sangre, pero que era ignorado en el siglo XIV. Aún hoy día, nadie de nosotros realizaría tales imágenes sin cometer alguna plancha».

«Es este conjunto homogéneo de constataciones, sin una sola falta, el que me ha decidido, de acuerdo con los cálculos de probabilidades, a declarar que bajo el punto de vista anatómico-fisiológico la autoridad del lienzo es una verdad científica.»

«Estudioso modesto, pero agudo y profundo, le llama el Dr. Judica en su nota necrológica *(Sindon,* abril, 1962, p. 45), de una gran riqueza de saber y de profundos conocimientos históricos, lleno de brio dialéctico y de humor, y original artista modelador de arcilla, a través de la cual manifestaba su fina y profunda sensiblidad.»

«*Las cinco llagas de Cristo* y más aún *La Passion du Christ selon le chirurgien* tuvieron una resonancia mundial y varias ediciones en diferentes lenguas.»

«El prestigio de Barbet, continúa el Dr. Judica, quedará imperecedero entre cuantos se ocupan del estudio de la Síndone por la marcada originalidad de sus planteamientos críticos y por la profundidad de sus intuiciones. Se puede disentir en alguna de sus afirmaciones, pero no se podrá olvidar nunca la sugestión que Pedro Barbet ha proyectado sobre el misterio de la Síndone, como tampoco su profunda honradez de investigador.»

tes, pero sobre todo en la mitad derecha. Esta mitad es la más deformada, como si bajo sus excoriaciones sangrantes hubiera hematomas» (Barbet, o.c., p. 123).

«Las dos arcadas supraciliares presentan llagas contusas, de estas bien conocidas que se producen de dentro a fuera bajo el golpe de un puño o de un palo. La arcada huesosa rasga la piel por su cara profunda» (Barbet, ibíd).

«El arco de la ceja derecha está también algo hinchado, y continúa la hinchazón, más pronunciada, en la parte interna del ojo» (Dr. Hynek, *Lo que revela el S.S.*, p. 33).

«La mejilla derecha está notablemente hinchada... Es una hinchazón que se extiende y aumenta en el surco entre la nariz, la mejilla y los labios» (Hynek, ibíd.).

«El lado derecho del mentón (región mandibular) aparece hinchado también» (Ricci, p. 85).

«También el labio inferior y la parte izquierda del mentón, cubierto por la breve barba, aparecen notablemente hinchados» (Hynek, o.c., p. 34).

«En la prominencia ósea del pómulo (derecho) hay una tumefacción que ha determinado el cierre parcial del ojo derecho» (Dr. R. Bucklin, *Actas del II C.*, p. 124).

El Dr. Judica descubre también en la frente varias excoriaciones: unas lineales y de bordes aserrados, otras más anchas, producidas por agentes vulnerantes, estrechos unos (una vara) y algo más anchos otros (un puño), que han golpeado repetidamente una región ya contusionada y con varias equimosis.

«Excoriaciones confluyentes de diverso tamaño y producidas también por agentes contusivos se ven sobre la mejilla izquierda, en el vértice de la nariz y en el labio inferior; zonas todas edematosas profundamente lesionadas» (Judica, *¿Es Cristo el H. del S.S.?*, p. 67).

«En la región del mentón, con más exactitud, en correspondencia con el surco mentolabial, se llega a identificar solamente una gran hinchazón, a causa de la barba empapada en sangre en abundancia. Esta parte se puede suponer también excoriada, herida o contusa, como el resto del rostro». (Judica, ibíd.)

El prof. Tamburelli señala además una excoriación en el pómulo izquierdo *(Actas II C.*, p. 181) debido al parecer a alguna caída, camino del suplicio.

También se le aprecia una gran colada de sangre y saliva salida de la boca por su extremo derecho.

En fin, todo «el rostro resulta estar cubierto de una acongojadora máscara de sangre, a cuya vista aparece increíblemente cruel el sufrimiento del H. de la S. Es algo turbador» constata el prof. Tamburelli en su fotografía tridimensional (Lám. 12, C, D).

Aparte esto, la corta barba aparece toda maltrecha y mesada. Es bilobulada, pero el lóbulo derecho es visiblemente más corto que el izquierdo. Esto explica que algunas de las copias antiguas, sacadas directamente del original negativo, presenten al H. de la S. con una barba corta bilobulada, trilobulada o también monolobulada.

Otro reguero irregular aparece a lo largo de la comisura de la nariz con el pómulo y la mejilla derecha, desde la altura del ojo hasta casi el final de aquélla. Ciertamente no es de sangre por el color que tiene. Tampoco puede tratarse de lágrimas por la posición que ocupa. (Ricci, *La Sindone Sta.* p. 88 n.) Tiene todos los visos de tratarse de un gargajo.

Tenemos, pues, delante de nosotros un rostro que ha sido fuertemente maltratado con bastonazos, golpes, puñetazos, bofetadas, escupinajos, tirones de la barba... El que sea sobre todo la parte derecha de la cara la más maltratada hace suponer a Mons. Ricci que fueron sobre todo hombres zurdos, colocados delante, los que le golpearon, le abofetearon, le dieron puñetazos y le mesaron la barba *(La Sindone Santa,* p. 85).

4. AZOTADO

Después de estos malos tratos, evidentemente arbitrarios, es decir, no ordenados por el juez, pasamos a lo que a todas luces fue ya efecto de una condena. Pero de una condena singular.

Efectivamente, todo el cuerpo del H. de la S., por delante y por detrás está lleno de unas pequeñas heridas iguales, parecidas a pequeñas pesas de gimnasia de unos 3 cm. de longitud, formadas por pequeños circulitos sangrientos de unos 12 mm., algo distanciados entre sí, pero unidos por una línea también sangrienta (Lám. 17, A). Evidentemente el H. de la S. ha sido durísimamente flagelado.

Pero resulta claro también que fue azotado por un «crimen leve», a manera de escarmiento. Si hubiera cometido un crimen de pena capital, hubiera sido condenado, sin más, a la cruz.

Ahora bien, los condenados a morir en cruz, eran ciertamente azotados previamente; pero este azotamiento tenía lugar camino del suplicio, para obligarles a avanzar. Para ello iban desnudos y los golpes caían sobre ellos sin orden ni concierto. Los mismos reos, con sus movimientos espontáneos para evitar los golpes, contribuían a ello.

Nuestro crucificado, en cambio, ha sido azotado con método y precisión por gente que dominaba perfectamente la técnica de su oficio, y estando él inmovilizado con ataduras.

Los golpes cubren como un mosaico todo su cuerpo: espalda, región glútea, piernas, pecho, vientre... sin dejar apenas espacio entre golpe y golpe, pero sin caer casi nunca dos veces sobre el mismo lugar. Un solo sitio ha sido perdonado: la parte del pecho que cae sobre el corazón. «De hecho ningún golpe le fue infligido sobre la zona del corazón» nos dicen Jackson y Jumper *(La Gazzeta...* p. 38). Evidentemente se quería evitar la muerte del condenado, no rara por lo demás, en casos semejantes. Dicen los médicos que golpeando fuertemente esta parte se origina fácilmente una «pericarditis serosa traumática» que puede ser mortal (Fig. 13).

El reo «estaba completamente desnudo: las heridas recibidas en glúteos y caderas tienen la misma profundidad que en el resto del

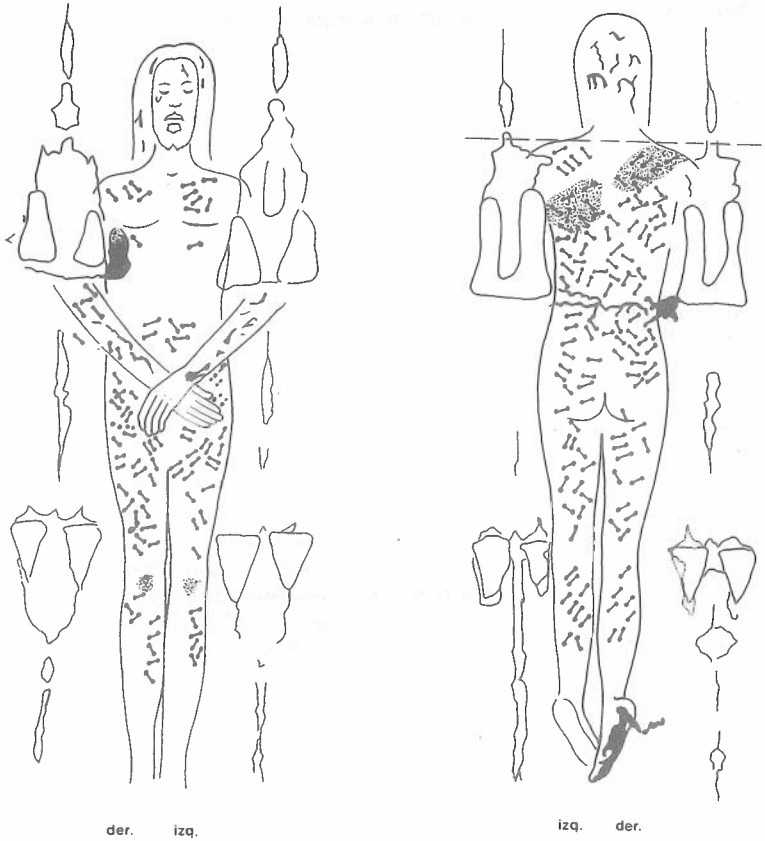


Fig. 13. Esquema de los azotes.

cuerpo» (Dr. Joaquín Carrasco, *Blanco y Negro,* abril 1971, p. 27, d. Cfr. también Barbet, *La Passion...* p. 124).

La profusión de golpes que en las fotos a rayos U.V. fluorescentes se observan en la parte delantera superior interna de ambos muslos, junto a las ingles, delata que los sayones se ensañaron con el reo golpeándole repetidamente con el flagellum esta región. Sadismo escalofriante por tratarse de un miembro tan delicado y sensible al dolor.

«El flagelo usado con el H. de la S. era no sólo contundente, sino también lacerante», nos dicen los dos profesores de la NASA, E. Jumper y J. Jackson *(Gazzeta...* p. 38). Es decir, que abría la piel del reo y provocaba la salida de sangre a cada golpe. Parece que el azote empleado con el H. de la S. fue el más lacerante de los usados por los

romanos: *el flagellum taxillatum*[84]. «Con los hombres libres se solían usar varas flexibles verdes, de cualquier árbol; con los militares, fustas o bastones; con los esclavos y criminales vulgares, látigos, cuyas correas tenían entreverados pedazos de hueso o de metal que desgarraban la carne de la víctima. Este último instrumento se llamaba flagelo» (R. Fondevila: *Realidad histórica de Jesús de Nazaret,* Aymá, Barcelona, 1968, p. 168). Y cita a Apuleyo: Metamorf. VII, 30, 154 y al *Codex Theodos,* 8, 5, 2; 9, 35, 2). *Horrible* le llama Horacio (Horribili flectere flagello Sat. I, 3, 119). Las varas, en frase de Cicerón, eran *honestiores,* es decir, eran consideradas como menos degradantes.

El P. B. Manzano, S.I. interpretando los escritos de diferentes autores antiguos, distingue entre el *lorum* o simple correa ancha, el *flagrum,* compuesto de dos o más correas estrechas, y su diminutivo, el *flagellum,* compuesto de nervios o cuerdas delgadas y duras. Tanto el flagrum como el flagellum terminaban en bolitas metálicas esquinadas o con fragmentos de huesos. La longitud del azote solía ser de 35 a 40 cm. «El *lorum* amoratabа las carnes, el *flagrum* las destruía, el *flagellum* las cortaba y desgarraba» *(Jesús, Escándalo de los hombres,* Barcelona, 1974, p. 496). Tanto el flagrum como el flagellum eran capaces de causar la muerte de la víctima.

El azote usado con el H. de la S., por lo que ésta revela, fue, según Ricci, un flagellum taxillatum de tres ramales, terminados cada uno de ellos en dos trocitos o bolitas de metal (taxilli). Los dos taxilli estaban unidos entre sí por un alambre, remendando el conjunto pequeñas pesas de gimnasia de unos 3 cm. de longitud. Estaban sujetas al extremo del nervio o cuerda *como prolongación* de la misma (Fig. 14).

De lo dicho podemos deducir dos hechos:

a) «Como el flagrum (o flagellum) era empleado por los romanos y no por otros pueblos de la antigüedad observan Stevenson y Habermas *(La Verité...* p. 155), tenemos una prueba arqueológica de que el Hombre de la Síndone fue flagelado por los romanos». Y citan a Wilson.

b) Por otro lado, como las leyes Porcia y Sempronia prohibían azotar a los ciudadanos romanos, se desprende también que el H. de la S. no era ciudadano romano. Sería un esclavo o un «bárbaro» o extranjero.

Lo mismo se deduce de la posterior crucifixión que estudiaremos en seguida. Esta nunca se infligía a un ciudadano romano. Los ciudadanos romanos condenados a muerte eran decapitados con la espada.

Por otro lado, estando las dos bolitas o taxilli unidas a las cuerdas del azote como *prolongación de las mismas,* las marcas dejadas por ellas sobre el H. de la S. revelan la posición y número de los flagelantes. Forman dichas marcas dos abanicos sobre el cuerpo de la víctima, cuyos radios convergen en el punto donde estaría la mano del azotador. En el dorso alto, las marcas están inclinadas hacia abajo,

---

[84] Taxillus era un dado pequeño para jugar. Flagellum taxillatum era, pues, aquel flagelo en cuyas correas y especialmente en sus extremos se hallaban ensartados pequeños dados u objetos esquinosos que podían ser de madera, hueso o metal.

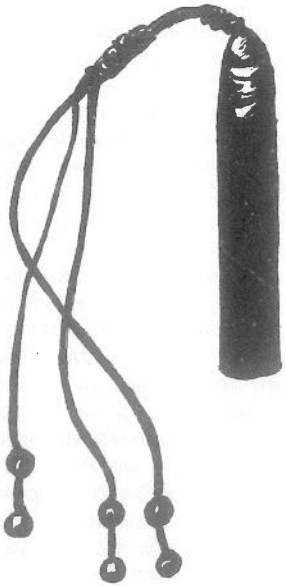


Fig. 14. Flagellum taxillatum.

son horizontales a la altura de los riñones y están inclinadas hacia arriba en las extremidades inferiores (Fig.).

En las extremidades inferiores aparecen, además, en la imagen frontal largas estrías oblicuas en la misma dirección de las heridas posteriores, que no pueden haber sido producidas más que por las cuerdas o nervios. Estos se han enroscado en las piernas: sus bolitas han golpeado fuertemente las pantorrillas, y las cuerdas han dejado sobre la parte delantera de las piernas estas largas estrías.

«Con el empleo del computador, nos dicen Jumper y Jackson *(Gazzeta...* p. 38), hemos podido calcular incluso la fuerza del impacto de los golpes, y en consecuencia, la estatura, la fuerza muscular, la robustez de los mismos flagelantes.»

Además, cuando el analizador de imágenes enfocaba las huellas de los azotes desde un lado y a un ángulo de 45°, unas aparecerían más destacadas que las otras; al enfocarlas desde el lado opuesto, ese relieve se invertía: las huellas más destacadas ahora eran las que antes lo parecían menos. Señal evidente de que los azotes le fueron infligidos al paciente desde los dos flancos.

Los flagelantes, pues, fueron dos: uno a cada lado de la víctima, situados como a un metro de distancia y algo detrás de ella, que descargaban sus golpes simultáneamente. Ya el Dr. Barbet (ob. c., p. 125) había incluso llegado a detectar antes de los estudios de la NASA, que eran de diferente estatura (el de la derecha un poco más alto que el

de la izquierda) ya que la inclinación de los golpes no es igual por ambos lados.

El flagelante colocado a la izquierda del paciente, según Mons. Ricci, golpeó preferentemente el lado centro derecha de la parte superior del dorso. El situado a la derecha golpeó casi él solo, toda la parte de las extremidades inferiores y parte de la espalda izquierda. Por la dirección de los golpes deduce el Dr. Barbet, que ambos golpeaban con la mano derecha.

«Podemos constatar también, añade el Dr. Judica C. *(¿Es Cristo...?* p. 137), que los golpes han caído sobre una piel ya (maltratada anteriormente) con equimosis y con muchas contusiones.»

Al querer precisar el número de golpes recibidos por el H. de la S. los autores difieren entre sí. Unos hablan de golpes binarios, es decir, con flagelos de dos ramales con las dos bolitas terminales cada uno. Otros hablan de golpes ternarios, es decir, con flagelos de tres cuerdas, con sus correspondientes bolitas. Al fin y al cabo el número 6 es múltiplo de 2 y de 3. Mns. G. Ricci, después de un detenido estudio y de haber confrontado las opiniones de los diferentes autores, se inclina por golpes ternarios. «Son demasiados, dice, los golpes ternarios completamente aislados de los demás» y que por tanto no se pueden juntar con ellos *(La Sindone Sta.,* p. 29). El cuenta unos 120 golpes, de los cuales unos 70 presentan claramente la disposición ternaria; 12 golpes parecen binarios por presentar muy tenue la señal de la tercera cuerda; 18 muestran sólo las huellas de dos cuerdas, y los restantes sólo dejaron las huellas de una de las tres cuerdas. Tengamos presente que el Dr. Baima Bollone por su parte, ha llegado a contar en total más de 600 contusiones y heridas en el H. de la S.

Si tenemos presente que los brazos están quemados en la Síndone, que los lados del cuerpo no aparecen marcados en ella, que los antebrazos y manos cubren parte del vientre y la pelvis y que el cabello cubre parte de la espalda central superior, podemos deducir que el H. de la S. recibió bastantes más de 120 golpes de azote, cada uno de los cuales le percutió con 6 bolitas metálicas punteadas, fijadas de dos en dos al extremo de tres cuerdas o nervios. Esto mismo demuestra que los azotes no se los propinaron esbirros hebreos, que no podían pasar de 39 golpes. Los romanos, en cambio, no tenían tope para el número de azotes. Realmente había de quedar aquel hombre bañado en sangre y hecho una llaga, desde la cabeza a los pies.

No presenta, en cambio, el H. de la S. señales de otro azotamiento anterior a éste.

Está claro también que la flagelación precedió a la condena a muerte del reo. Ya hemos dicho algo sobre el particular hace poco. Pero hemos de añadir otro dato. Como indicaremos en este mismo capítulo, el condenado portó atada sobre sus espaldas la viga sobre la que había de ser suspendido. Ahora bien, esta viga dejó sobre sus espaldas unas fuertes excoriaciones. Pero en ellas aparecen, como prensadas y magulladas, las heridas de los azotes. Señal evidente de que este condenado había sido azotado con anterioridad.

Los indicios parecen indicar que antes de la condena y sin pensar

en ella —de lo contrario los azotes se le habrían reservado para durante la marcha hacia el suplicio—, el H. de la S. fue azotado por algunas faltas no dignas de muerte.

Pero ¿cómo explicar un azotamiento tan duro por faltas leves?

Tal vez el que le condenó a los azotes pretendía solamente dejarle malparado que moviera a compasión su vista: ¡todo su cuerpo convertido en una llaga! Tal vez obraba presionado por alguien que exigía la crucifixión de aquel reo y a quien el juez no se atrevía a encarar. Al identificar a ese crucificado, esperamos que quedará claro este punto.

Y pasemos a hablar de la posición en que el paciente recibió los golpes. Algunos han supuesto que estaría atado a una columna elevada que le impidiera desplomarse por el dolor y agotamiento. Y lo confirman con el hecho de no presentar heridas claras de azotes en los antebrazos, que estarían elevados en alto.

Con todo, en esta suposición, las heridas situadas en la parte alta del dorso habrían de aparecer mucho más inclinadas de lo que están. Son casi horizontales, como las de la región renal. Tampoco se comprende bien, supuesta esta posición, las abundantes heridas existentes sobre el pecho y el abdomen. En semejante posición el reo habría tenido que estar con el pecho y abdomen pegados a la columna o a la pared sin dar lugar a que penetraran por allí los azotes. Por esta razón algunos autores le suponen atado a una argolla puesta en alto y separada de cualquier columna o pared. La clave para resolver este problema nos la dan los reguerillos de sangre que salen de cada herida, puestos de manifiesto, sobre todo, por las fotografías a la luz de Wood. Que son reguerillos de sangre, no se puede dudar por su color carmín-malva.

Pues bien, los reguerillos de las extremidades inferiores son nítidos y dirigidos verticalmente hacia abajo. Los reguerillos de la parte dorsal están algo esfumados; porque, como diremos en seguida, después de azotado se le pusieron de nuevo al reo sus vestidos y parte de la sangre quedó impregnada en ellos. Como el vestido de entonces tenía forma de túnica, no tenía contacto estable con las extremidades inferiores; en cambio lo tenía sobre el dorso y los hombros. Por esto los reguerillos del dorso son menos precisos que los de las piernas.

Con todo se ve que entre la flagelación y la puesta de nuevo de los vestidos medió un pequeño intervalo de tiempo, el suficiente para que parte de la sangre de aquellos reguerillos se coagulase y secase. Por esto se pueden observar lo suficiente estos reguerillos de sangre por estar ya secos cuando volvió a vestirse al reo. Sólo en las partes del dorso, magulladas por la viga atada a la espalda camino del suplicio, han desaparecido por completo dichos reguerillos para formar una sola llaga compacta. Allí la viga restregó la túnica contra las heridas, reabriéndolas, y desaparecieron los surcos de sangre dejados por los azotes, quedando sólo las señales, más profundas, de los taxilli: como unas 20.

En las zonas laterales del dorso y en el techo de la espalda, se distinguen, pues, muchos de estos reguerillos de sangre. Con la particularidad de que, saliendo de la misma herida, unos van espalda

abajo y otros hacia los lados, con un ángulo mayor o menor de inclinación respecto a la vertical del cuerpo según el sitio en que se hallan. Algo parecido puede observarse en los reguerillos formados sobre ambas regiones glúteas.

«Si queremos indagar el origen de este hecho, dice Mns. Ricci, habremos de concluir que se debe a dos posiciones tomadas por el cuerpo del flagelado durante y después de la flagelación» *(La Sindone Sta.* p. 56). Mientras era azotado, los reguerillos caían hacia los lados del cuerpo; al tomar el flagelado la posición erecta —de pie o sentado—, después de azotado, los reguerillos fluyeron espalda abajo. Siempre por donde había mayor pendiente (Fig. 15).

No cabe duda, pues, de que el H. de la S. fue azotado atado a una columna o poyo bajo, de menos de un metro de altura, que le obligaba a estar encorvado y a presentar la espalda curva a los golpes (Fig. 16).

Lo confirma también el hecho de que en la parte central de la espalda, junto a la espina dorsal, se pueden observar unos redondeles de sangre y los reguerillos que de ellos nacen son más gruesos. La espalda, mientras le azotaban, tenía menos inclinación en aquella parte. En cambio las heridas laterales no presentan esa pequeña rosa de sangre, y sus reguerillos son más filiformes. La pendiente de la piel era aquí más pronunciada.

Incluso llega Mns. Ricci a deducir algunos de los movimientos convulsivos que hubo de hacer el flagelado al recibir los golpes, debido al dolor, por el trazado irregular de varios de estos reguerillos.

La misma postura confirma el computador. Nos dicen categóricamente Jackson y Jumper: El H. de la S. «no fue flagelado de pie... sino en posición curva» *(La Gazzetta,* p. 38).

Todo esto no impide, a nuestro entender, que el H. de la S. se cayera tal vez desfallecido sobre su propio charco de sangre al ser desatado de la columna y que permaneciera en el suelo durante unos minutos. Las manchas de sangre que esto le había de ocasionar en las nalgas, como más superficiales y no continuadas por un flujo de sangre, pudieron ser absorbidas por los vestidos que evidentemente le volvieron o se volvió a poner él después de flagelado. De esto detectaremos señales claras al hablar, pronto, de su crucifixión. Pero ya desde ahora hemos de subrayar lo indicado antes: no todos los reguerillos de sangre salidos de las heridas de los azotes han quedado igualmente marcados. Algunos, según su situación, han quedado debilitados, algo borrosos o esfumados y como absorbidos por alguna tela sobrepuesta a ellos después de producidos.

Caso singular el de este reo, ya que los romanos azotaban a los condenados desnudos, camino del suplicio, y así los crucificaban, sin volverlos a vestir.

No podemos cerrar este apartado, sin consignar la observación que hace el Dr. Barbet al terminar este tema. «¿Hay algún pintor (o artista), dice, que haya podido imaginar y realizar todos estos detalles?... Los pintores se contentan, a lo más, con varias excoriaciones informes» (ob. cit., p. 125). Y Barbet no conocía las filigranas de los dobles reguerillos de sangre que nos ha revelado después la fotogra-

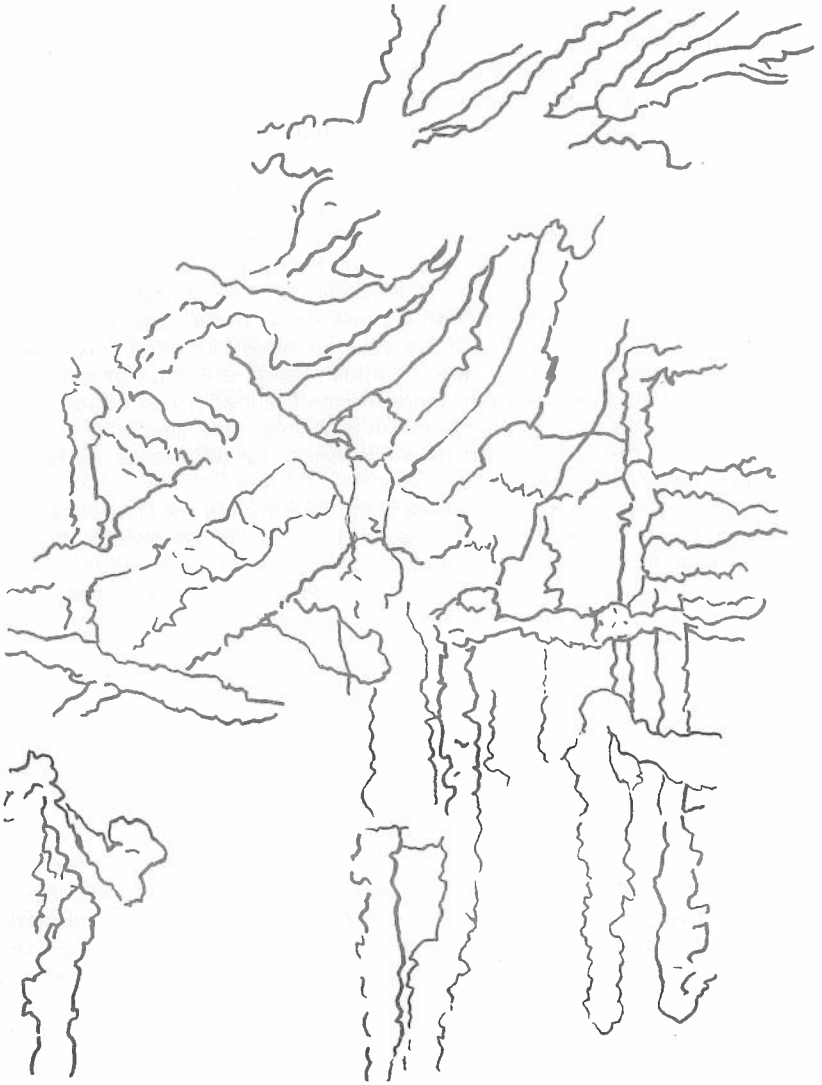


Fig. 15. Esquema de los reguerillos de sangre de los azotes, que aparecen sobre la zona escapular y supraescapular derecha. Regueros salidos de la misma herida, forman entre sí ángulos de 100, de 90, de 70 y de 30 grados (mons. Ricci: *Preceedigs...* p. 61 y *La Sindone Santa...* p. 55).

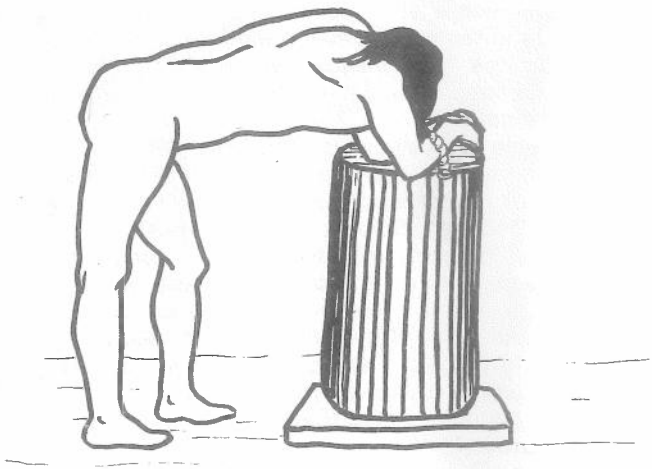


Fig. 16.

fía a rayos ultravioleta. El suponía, más bien, que el H. de la S. había sido azotado atado a una columna *alta...*

5. CORONADO DE ESPINAS

Si llama la atención, la manera singularísima como fue azotado este reo, mucho más nos sorprende e intriga otro dato: ¡Ese hombre fue coronado de espinas! Sólo se conoce un caso semejante en la historia. ¿Quién puede ser, pues, este hombre y qué habría hecho para que le coronaran de espinas? ¿Sería un iluso que se había proclamado rey, y que por eso fue torturado con esta sarcástica y sangrienta burla? Ya sabemos cuán expeditivos eran los romanos cuando se trataba de salvaguardar su dominio sobre los pueblos.

Y digo «burla» porque no parece que le fuera impuesta esta tortura

por sentencia judicial. No se halla este tormento en código penal alguno.

Vamos, pues, a entrar con ilusión en este apartado para deducir cómo fue coronado y ver si ello nos da alguna pista que nos lleve a la identificación de este hombre singular y a conocer por qué le maltrataron así.

Miremos la cabeza del H. de la S. por delante y por detrás.

Dice el Dr. Judica Cordiglia: «Singulares calcos de gotas de sangre interesan la región frontal, parietotemporal y occipital. Son la expresión de lesiones sobre el cuero cabelludo. Considerando su distribución a modo de aureola, debemos deducir que han sido causadas por objetos puntiagudos, aguijonados, clavados y frotados sobre el copiosamente regado cutis de la cabeza, en forma de corona o cofia de espinas» *(L'Uomo della S. ...»* p. 70).

El Dr. Rodante Sebastiano precisa más: «Puesto que las lesiones llegan hasta las regiones parieto-occipitales, podemos suponer que la corona de espinas, tuviera forma de cofia» («La coronazione di spine alla luce della Sindone», *Sindon,* n. 24, pp. 16-30).

El Dr. Barbet concreta más todavía: «La corona consistió en una especie de casquete formado por ramitas espinosas trenzadas, y no por una banda (en torno a la cabeza)». *(La Passion...* p. 123.)

El Dr. Giuseppe Caselli cree incluso poder deducir, por la forma de las heridas de la parte posterior, la dirección de delante hacia atrás en que estuvieron colocadas las ramitas sobre la cabeza.

«Este casquete era preciso fijarlo sobre la cabeza con alguna atadura», sigue Barbet. Y él cree que esta atadura fue un manojo de juncos. Volveremos más adelante sobre el particular (Fig. 17).

Recordemos de pasada, que las coronas reales en Oriente eran a manera de mitras o casquetes preciosos, no un aro en torno a la cabeza.

«Una corona semejante hubo de herir el cráneo en toda su superficie» (Barbet) produciendo una abundante salida de sangre. «Es bien sabido, observa el patólogo profesor Dr. Robert Bucklin, que cualquier pinchazo sobre el cráneo produce una copiosa salida de sangre por la retractibilidad de los vasos lacerados» *(Actas II C.* p. 124).

Miremos ahora el lienzo. La parte superior de la cabeza no presenta huellas. Debió quedar cubierta por la mentonera destinada a mantener cerrada la boca. Tampoco se pueden estudiar las lesiones causadas en las regiones parieto-temporales, pues en la Síndone no han quedado impresas las partes laterales del cuerpo (Rodante).

Tengamos presente, antes de comenzar el estudio directo de las heridas, lo que nos recuerda el Dr. Rodante. Si pinchamos un vaso sanguíneo y quitamos luego el pincho, sale sangre, arterial o venosa según sea el vaso herido, hasta que, por el proceso coagulante de la misma, se forma el trombo correspondiente que tapona la herida, y cesa, en consecuencia, la salida de sangre. Tal hecho, en un organismo sano y normal, sobreviene a los pocos minutos. Pero si el pincho sigue clavado por un período de tiempo (en un organismo vivo se entiende), él mismo bloquea en parte la salida de la sangre; pero, a

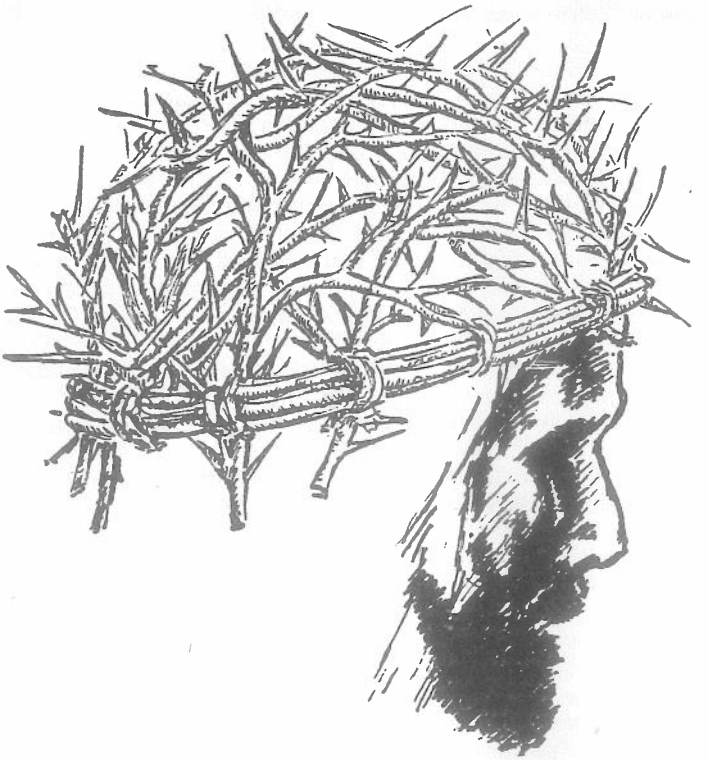


Fig. 17. Corona de espinas en forma de casquete.

poco que se mueva, mantiene la herida abierta y la sangre sigue manando.

Ciñéndonos, pues, a nuestro caso, los espasmos del músculo frontal, que se contraía como consecuencia del dolor producido por el estímulo lesivo, hacían que se moviera el pincho; con lo cual la herida no se cerraba y seguía manando.

Si el vaso herido era una vena, se producía un flujo de sangre lento pero continuo, favorecido en su decurso por los movimientos dolorosos de arrugamiento de la frente. Si el vaso era una arteria de cierto calibre, la misma pulsación arterial producía un movimiento en el punto perforado, y la herida no se cerraba.

La presión arterial y la elasticidad de la pared, pulsada rítmicamente por el impulso sistólico, favorecían, pues, la salida de sangre junto a la espina clavada en una arteria; y la contracción del músculo frontal, moviendo desde fuera la espina clavada en una vena, favorecía también la salida de sangre. En ambos casos la cantidad era mayor o menor según el calibre del vaso perforado.

«Echando, pues, una mirada de conjunto a la frente del H. de la S.,

prosigue el Dr. Rodante, advertimos que hay en ella coágulos aislados o agrupados y coágulos que siguiendo el movimiento de la cabeza y partiendo del punto de la herida sobre la piel, se dirigen en regueros hacia abajo, verticalmente o casi, o bien divergen hacia la derecha o hacia la izquierda. Los coágulos aislados fueron producidos, por su exigüidad, por lesiones de capilares cutáneos. Los coágulos reagrupados de dimensiones algo mayores (nn. 8, 9, 11, 12, 13) fueron producidos por la lesión de vasos más grandes situados entre el caparazón óseo, el tejido muscular y la piel. En la Síndone se distinguen entre los cabellos. En fin, los coágulos con recorrido a derecha o a izquierda (nn. 1, 2, 4, 7) fueron producidos por la lesión de la pared de vasos de un cierto calibre situados en una zona libre de cabello, lo que favoreció la salida de sangre en reguerillos.»

«Es lógico que cada perforación vasal fuera determinada por al menos un aguijón del entramado, pero no se puede excluir que algún coágulo pudiera ser causado por la perforación de dos espinas casi contiguas.»

«Sobre toda la frente y sobre las regiones frente-temporales de derecha e izquierda, hay señal de perforación de al menos 13 aguijones.»

«Los de la parte posterior de la cabeza no pueden ser individuados todos. No es posible distinguir los reguerillos escondidos en la espesa cabellera. Complementando (no obstante) el contaje de los coágulos, llegó a la conclusión de que al menos veinte espinas se le clavaron sobre la región occipital.»

Pero como no tenemos manera de estudiar las lesiones de la parte superior de la cabeza, por estar cubierta por la mentonera, ni las de las dos regiones parieto-temporales, por no haber quedado impresos los lados, «podemos deducir, termina el Dr. Rodante, que al menos una cincuentena de espinas torturaron la cabeza del crucificado» *(Sindon,* n. 24, pp. 16-30).

«Para comprender bien el tormento de esta tortura, añade por su parte el Dr. F. La Cava *(La Passione e la morte di N. S. Gesù Cristo illustrata della Scienza Médica* pp. 18, 19), basta considerar que la frente, las sienes y en general todo el cuero cabelludo poseen una rica inervación sensitiva derivada en parte del trigémino y en parte de los nervios cervicales, cuyas afecciones neurálgicas son de las más dolorosas del cuerpo humano. Consideremos que las sienes y la frente son lugares cutáneos donde la sensibilidad dolorosa es exquisitísima, casi como en la punta de la lengua. Téngase presente, además, la cantidad de sensaciones dolorosas producidas por las décenas y decenas de puntas agudísimas que estimulaban directamente, lacerándolas, las terminaciones nerviosas, no sólo del cutis, sino también de todos los planos de los tegumentos y de los mismos huesos del cráneo (algunas heridas eran profundas), y se comprenderá con cierta aproximación el dolor de la trágica coronación.»

Recordemos además lo que nos ha dicho poco ha el Dr. Judica: que las espinas fueron «clavadas y frotadas» sobre el cutis de la cabeza.

Una observación referente a la atadura del casquete. Escribe el Dr. Barbet: «En la imagen posterior se ven en toda la altura del cráneo, reguerillos de sangre —me refiero a los coágulos que ellos dejaron— que bajan cada uno de ellos de un pinchazo de espina y que siguen trayectorias irregulares. Todos se paran al nivel de una línea un poco cóncava hacia arriba que señala evidentemente el paso del manojo de juncos atados sobre la nuca (el que sujetaba las ramitas espinosas). Después, por debajo, reaparecen otra serie de largas coladas que parecen perderse en la masa de los cabellos. Es detrás donde hay más sangre acumulada. Nada sorprendente, por lo demás, puesto que durante todo el tiempo que estuvo el reo sobre la cruz, la corona debía por este sitio apoyarse y golpear sobre el patíbulo (o palo transversal) a cada elevación de la cabeza, hundiendo, cada vez un poco más las espinas en el cuero cabelludo». Supone, pues, el Dr. Barbet que el reo llevó la corona de espinas hasta en la cruz.

En la parte delantera las coladas sanguíneas son pocas, pero más legibles. También aquí se puede observar el punto por donde pasaba el manojo de juncos que sujetaba las espinas por delante.

Una de estas coladas frontales le llama especialmente la atención al ilustre cirujano. Escribe: «Una de ellas es especialmente sorprendente y de un realismo tal que yo no he visto jamás cosa semejante, imaginada y realizada por un pintor. Comienza en un pinchazo situado muy arriba en el límite de los cabellos». Se refiere a la colada 4 en forma de E de la Lám. 18.

Cada pinchazo, nos advierte el Dr. Rodante, se hace patente en las fotografías ampliadas, y aun en las de tamaño natural, por un circulito de sangre más intenso, formado en torno a él y situado al inicio de cada reguero. Véanse por ejemplo los coágulos A1, A2, A3 y A4 de la Lám. 18, B.

Y sigue el Dr. Barbet: «De ahí, del lugar del pinchazo, la colada desciende hacia la parte interna de la arcada supraciliar izquierda por un trayecto sinuoso, algo oblicuo por abajo y hacia afuera. Se ensancha progresivamente, como lo hace sobre un herido una colada real que encuentra obstáculos. No hay que olvidar nunca, en efecto, que lo que vemos aquí no es más que la parte de sangre que se había coagulado poco a poco anteriormente sobre la piel.»

«Hay que subrayar también que la sangre no ha descendido verticalmente en colada rectilínea. Este error casi nunca es evitado por los artistas. Cuando el trayecto es irregular en sus pinturas se debe a puro capricho, no explicado claramente por ningún obstáculo o razón natural. Aquí en cambio, ondula un poco a derecha e izquierda y es del todo natural, sea que la sangre siguiese momentáneamente una arruga de la frente, sea más bien que una branquita espinosa, aplicada oblicuamente sobre ella, obligase a la colada a seguir por un momento su oblicuidad.»

«Todos los pintores, dice en otro lugar (p. 55), aparte de que representan llagas sin relación con la realidad, pintan coladas de sangre de bordes más o menos paralelos, y mucho es que respeten la ley de la gravedad, haciéndolas descender, v. gr., de la mano hacia el codo (en

los crucifijos). Pero aquello son coladas de sangre líquida, no coágulos. ¡Y así creen ellos ser realistas! Sobre la Síndone no hay coladas de sangre, lo que hay son coágulos calcados. Es sangre que se ha coagulado sobre la piel, deslizándose sobre ella. Si hablo a veces de coladas de sangre sobre el lienzo es porque esos grumos evocan la sangre que ha corrido sobre la piel en el pasado.»

Y sigue en su descripción del coágulo del centro de la frente. «Hacia la parte baja de la frente, la misma colada, que realmente merece este análisis minucioso, se para encima de la arcada supraciliar y se extiende horizontalmente hacia la línea media, ensanchándose hacia arriba, al mismo tiempo que el espesor del coágulo ha aumentado manifiestamente, lo que hace más intensa la coloración del calco. Presenta todas las trazas de una parada en el descenso, una especie de encharcamiento detrás de una esclusa. La sangre ha sido forzada a acumularse allí lentamente y ha podido coagularse según sus leyes. De aquí el ensanchamiento en anchura, el alargamiento en longitud y el espesamiento en grosor del coágulo.»

«Había allí un obstáculo. Evidentemente es el sitio por donde el manojo de juncos ceñía la parte baja de la frente por encima de las arcadas supraciliares. Se ve que algunos de los juncos, colocados transversalmente, estaban allí, durante un trecho, en contacto directo con la piel de la frente. Por esto hay allí una franja horizontal sin coágulos a todo lo ancho de la frente. A derecha y a izquierda, hacia los lados, dos grupos se paran claramente al mismo nivel. Se puede seguir, pues, en su conjunto la trayectoria del manojo.»

«Por debajo de él reaparece la sangre en la vertical de la colada frontal que acabamos de analizar, por debajo del punto donde ella había comenzado a extenderse horizontalmente y a rebajarse hacia la línea media del rostro.»

«Como el obstáculo sigue allí pegado a la piel, la sangre ha terminado por filtrarse por entre los juncos del manojo y saltar la esclusa. El grumo que se forma debajo es, al principio, tenue y estrecho sobre la región supraorbital. Después se ensancha y se engrosa progresivamente en la parte interna de la ceja izquierda hasta el hueco orbitario. Siempre el mismo mecanismo de deslizarse y de coagularse.»

Ya se nos perdonará tan larga cita del ilustre cirujano del Hospital San José de París. Pero es que esta colada de sangre ha sido llamada «el sello de la autenticidad» por su fuerza demostrativa que excluye toda posibilidad de que la Síndone sea intencionada, obra de un artista o de un falsario. Ella sola prueba que la Sta. Sábana ha envuelto realmente un auténtico cadáver ensangrentado. Por esto termina el Dr. Barbet su descripción:

«Yo desafío a cualquier pintor moderno —a menos de que sea un cirujano que conozca a fondo la fisiología de la coagulación y haya meditado largamente sobre todas las transformaciones posibles de este delgado hilo de sangre que se coagula lentamente en medio de obstáculos— a que se imagine y reproduzca este coágulo frontal. Y aun en estas condiciones, es más que probable que aquí o allá alguna equivocación denunciase al falsario y a su obra fingida.»

«En cuanto a la especie de un pintor hipotético, que alguien ha osado pretender capaz, después de haber pintado o teñido imágenes negativas en plena Edad Media, de imaginar —fuera cual fuere su genio— todas las minucias de este grumo que proclama a gritos su verdad, igual que si estuviera sobre un ser vivo, hay que asquear a un fisiólogo y a un cirujano. Por favor; no hablemos más de ello! Esta imagen, ella sola, habría de bastar para probar que nadie ha tocado el lienzo fuera del mismo crucificado. Y ésta es una huella entre cien.»

Lo mismo viene a decir el Dr. Francesco Zoara: «Esta famosa gota de sangre que descendió sinuosamente por las arrugas de la frente y se coaguló formando en el fondo un grumo circundado por un halo de suero, es tan real, tan imposible de pintar, que ella sola es un *sello de la autenticidad de la Síndone» (Le Reliquie della Passione* p. 129).

Si seguimos estudiando, aunque sea sólo someramente, las manchas de sangre, nos esperan otras no pequeñas sorpresas.

Escribe el Dr. Giuseppe Caselli: La sangre de la nuca «es un líquido denso que se ha abierto camino a través del obstáculo de la cabellera donde se ha coagulado más tarde. Son bien visibles por su espesor, gracias a las fotografías a siete aumentos y a tamaño natural, circulitos claros, de pocos milímetros, que se formaron al coagularse la sangre por la separación del suero. Un hallazgo muy interesante es el de la comprobación de manchas hemorrágicas, más evidentes en la parte alta, que van desde el occipital hasta el vértice de la cabeza, producidas por las ramas que formaban la corona de espinas y surcaban la cabeza de delante hacia atrás» («Note médico-legali sulla S. Sindone» en la revista *Forze Sanitarie,* Roma, 30 abril, 1940, p. 558).

Y el mismo autor, en el *Convegno Nazionale di Studi sulla Santa Sindone,* Turín, 1939, con gran agudeza de investigación, fue el primero que distinguió sobre el lienzo la sangre arterial de la venosa. Hablando de las coladas de la cara, dijo: «Analizando estas lesiones, vemos sobre la sien derecha, en la raíz de los cabellos, una pequeña herida puntiforme (Lám. 18, B) de la cual parten dos reguerillos de sangre. Uno de ellos, inclinado, desciende a lo largo de la cabellera hasta el hombro; el otro baja verticalmente por sobre la frente hasta la sobreceja. La espina ha lesionado la rama frontal de la arteria temporal superficial. La sangre, de hecho, tiene carácter netamente arterial» («Le Constatazioni della medicina moderna sulle impronte della S. Sindone». *La S. Sindone nelle ricerche moderne,* Lice, Turín, 1941, p. 29).

El Dr. Rodante Sebastiano, después de citar a Caselli, prosigue: «Añadamos a esta consideración verdaderamente importante cómo la sangre, partiendo del punto de infixión de la espina A1, brota y baja como un reguero a lo largo de la cornisa de los cabellos, mantenido por la pulsación de la arteria. La onda esfígmica, en su progresión por el interior del vaso, al llegar al punto de infixión del aguijón, por la elasticidad de la pared y por la presión arterial, mantiene rítmicamente viva la herida en torno a la espina, favoreciendo la salida de sangre».

«Mirando en cambio hacia el medio de la frente, continúa Caselli,

un poco hacia el lado izquierdo de la línea media (Lám. 18, B y 6, A), vemos una breve hemorragia en forma de ε..., cuya sangre densa, de tinte homogéneo, uniforme, opaco y muy oscuro, tiene netos caracteres de sangre venosa, que la diferencian bien de aquella de la sien derecha poco ha descrita. La espina aquí ha lesionado ciertamente la vena frontal, llamada por los anatomistas "vena preparada", a veces única, generalmente doble como en este caso... (Este es el reguero estudiado más arriba con tanto detalle por el Dr. Barbet). El curioso aspecto de la ε de tal reguerillo se debe tal vez al arrugamiento, bajo el espasmo del dolor, del músculo frontal.» Lo mismo que nos ha dicho el Dr. Rodante.

Este cree que para explicar la rara forma de 3 invertido de esta colada, a más de las arrugas de la frente, hay que suponer sobre todo la sucesiva inclinación de la cabeza hacia la derecha y hacia la izquierda. Colocando con una pipeta sangre sobre una frente arrugada, el reguero que se forma no presenta esta figura.

«Después de esta sorprendente correspondencia anatómica, comenta el Dr. Rodante, a mí me parece más próximo a la realidad diferenciar las características de la sangre venosa, no tanto por la densidad de la sangre o de su homogénea uniformidad, como ha hecho Caselli en un serio estudio, cuanto por la modalidad de coagulación de la misma, expuesta magistralmente por Barbet. El, en efecto, analizando el coágulo de sangre en forma de tres invertido dice que es sangre con caracteres venosos porque tiene un flujo lento y continuo. Y puesto que la coagulación de la sangre requiere algunos minutos para producirse, sólo una pequeña parte de ella se coagula en las cercanías de la herida. Cuanto más se aleja de ella, reguero abajo, tanto mayor es la cantidad de sangre que llega a su punto de coagulación. Si aquélla continúa fluyendo, se acumulan los coágulos unos sobre otros en estratos sucesivos. La masa del coágulo es, por lo tanto, más espesa y más ancha cuanto más abajo está. Y tanto más si la sangre ha encontrado obstáculos, como aquí» (Barbet, ob. cit., p. 128).

Y continúa el Dr. Rodante: «Si después de esta precisa descripción del cirujano francés, observamos atentamente este coágulo, veremos efectivamente cómo es más estrecho y menos espeso junto a la herida; después, alejándonos del punto de infixión sobre la piel, el coágulo se vuelve más espeso, más ancho —como en el nivel medio o codo del 3—, y todavía más al alejarnos más —en la parte terminal o del recodo del 3—, tanto que una gota de sangre ha caído sobre la sobreceja izquierda» (Lám. 1 y 18, B).

«He observado atentamente sobre diversos mapas anatómicos la posición de la vena frontal de la arteria temporal superficial en relación con la posición de los dos regueros que acabamos de estudiar. La perfecta correspondencia de ambos coágulos de sangre... impresos sobre la Sábana..., con la vena y la arteria estudiadas, nos da la certeza de que esta tela ha envuelto el cadáver de un hombre, que *en vida* ha padecido la lesión de estos vasos sanguíneos.»

Dice «en vida» porque si se pincha un cadáver en el cuero cabelludo, no sale ninguna gota de sangre; o si sale, por pinchar, v.gr., la

vena frontal después de su bifurcación, «nunca se podrá formar un coágulo de sangre en forma de 3. Se sabe de hecho que tal figura ha sido determinada por la contracción espástica del músculo frontal como reacción al dolor provocado por la lesión de las finísimas terminaciones nerviosas sensitivas, en las cuales es rico el cuero cabelludo... Un muerto no reacciona al dolor. Tampoco podría obtener el coágulo de sangre arterial en la región frontal-temporal, que llega hasta el hombro a lo largo de la cabellera, pues éste ha sido empujado por la pulsación de esta arteria «viviente».

Aquí hace el doctor una observación. Reconoce las lagunas existentes en la historia de esta misteriosa sábana a lo largo de los siglos; recuerda también el memorial enviado por el obispo de Troyes, Pedro d'Arcis, al papa de Aviñón, Clemente VII, según el cual el obispo Enrique de Poitiers, hecha investigación, «descubrió el fraude y de qué manera aquel lino había sido pintado artificiosamente y cómo el mismo pintor lo había reconocido». Le basta saber, y esto nadie lo puede poner en duda, que la Síndone llegada hasta nosotros es con certeza la misma que en 1532 fue deteriorada en el incendio de la capilla ducal de Chambéry y dos años más tarde fue remendada durante 15 días con pedazos triangulares colocados sobre las quemaduras por las clarisas de aquella ciudad (cfr. cap. II y III). Esto supuesto prosigue: «Ahora bien, a mí no sólo no me interesa el hecho de que, por largos períodos de tiempo, haya habido graves lagunas históricas —pido perdón a los historiadores— en las peregrinaciones de la Síndone; sino que, sin más, no me interesa saber qué ha sucedido con esta Sábana hasta el 1534. En cambio, creo de valor excepcional tener la certeza de que la Sábana de que me ocupo, es aquella misma de 1534».

«Estudio esta Sábana, o mejor, me limito sólo a hacer un examen objetivo de las manchas de sangre de la frente, producidas por una corona de espinas. Y llego a la conclusión de que la perfecta correspondencia de los coágulos de sangre de la frente impresos en el lienzo, que se sobreponen claramente a la vena y a la arteria estudiadas, nos da la certeza de que aquella tela ha envuelto el cadáver de un hombre que *en vida* ha sufrido la lesión de estos vasos sanguíneos.»

«Ahora bien, puesto que la circulación de la sangre —es decir, la diferencia entre la sangre arterial y sangre venosa— fue descubierta por Andrés Cesalpino en 1593, por consiguiente 60 años después del incendio (de Chambéry), nadie en tiempos anteriores al incendio pudo jamás tener la noción precisa de la diversa modalidad de coagulación, sobre la piel, de la sangre arterial y de la venosa» [85].

---

[85] El célebre pensador español (humanista, teólogo, médico, etnógrafo, geógrafo...) Miguel Servet, quemado vivo por Calvino en 1553, describe ya la pequeña circulación de la sangre, o circulación pulmonar, en su obra *De Christianismi restitutione* (1546).

Según algunos arabistas, Servet pudo sacar sus conocimientos de un médico de Damasco, Ibn al-Nafis, quien al comentar a Avicena, dos siglos antes, ya habla de ella.

Cesalpino dio a conocer la circulación mayor de la sangre (la que parte del

«Esto para mí, médico que busco estudiar objetivamente las manchas de sangre, es el más importante *detalle intrínseco* que me constriñe a declararme de manera incontrovertible y por encima de las lagunas históricas, efectivamente existentes, por la autenticidad de la Síndone, documento médico legal.»

Mns. Ricci hace notar que la melena izquierda de la cabeza está más impregnada de sangre que la derecha. «Parece extraño, dice, que precisamente los mechones de la cabellera izquierda aparezcan más empapados de sangre, como lo muestran las fotografías a rayos ultravioleta y las elaboradas por Jackson y Jumper» *(Gazzetta,* p. 21 a). Esto concuerda con lo que diremos en seguida sobre la dirección prevalente hacia la izquierda de los regueros de sangre de la nuca.

De aquí concluye el ilustre investigador que los bofetones y golpes sobre la cabeza coronada de espinas, que tuvieron lugar durante esta sangrienta burla le venían más bien del lado derecho, determinando un repliegue de la cabeza hacia la izquierda.

Otra observación añade Mns. Ricci: «Toda la calota, dice *(La Sindone Sta.,* pp. 81-82), desde el occipucio al bregma (punto de unión del hueso frontal con los dos parietales, en el centro de la cubierta craneal) está atormentada por regueros de sangre, mientras el bruñido de la misma zona hace pensar en el sudor mezclado con la sangre que invadía la masa de los cabellos».

«De las ocho heridas de la nuca parten... doce regueros en varias direcciones, con preferencia hacia la izquierda». En concreto, siete van hacia la izquierda, cinco hacia la derecha y dos son casi verticales, al menos en un tramo de su recorrido. (Lám. 18, C) (Fig. 18.)

«En cambio la cara presenta sólo pocas coladas de sangre y solamente en dos direcciones bien definidas: una vertical y otra inclinada hacia la derecha». Ninguna hacia la izquierda, fuera del reguero en forma de 3 que acaba de describirnos el Dr. Barbet, por las causas especiales descritas.

¿Indicaría esto, se pregunta Mns. Ricci, que alguien enjugó el rostro de aquel hombre después de su coronación de espinas y poco antes de su crucifixión? La libertad de movimientos de la cabeza antes y después de la coronación de espinas, habría de traducirse en regueros de sangre en todas las direcciones, como de hecho se observa en la nuca. Si alguien le enjugó el rostro camino del suplicio, evidentemente que esta acción debió ceñirse al rostro, no al occipucio.

Y concluye: «Por ahora me atengo a la lógica explicación de una cara enjugada inmediatamente antes de la crucifixión, que, mientras ha dejado intactos los regueros de sangre de la nuca, nos explica que la... cara debió estar recubierta, antes de ser limpiada, de otros regue-

---

corazón por la aorta y vuelve a él por las venas cavas), y fue el primero que usó el término *circulación.*

La descripción exacta de los mecanismos de la circulación sanguínea la dio más tarde William Harvey en su obra *Exercitatio Anatómica de cordis et sanguinis in animalibus* (1628). Estos conocimientos, pues, eran completamente ignorados o muy confusos en la Europa de 1532, cuando el incendio de Chambéry. Queda por tanto en pie el razonamiento del Dr. Rodante.

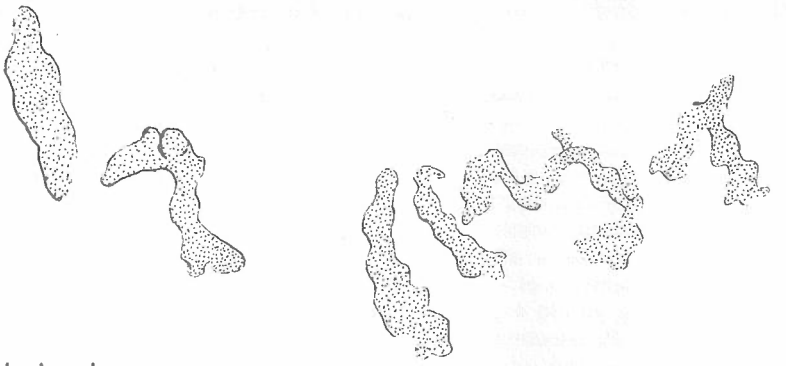


Fig. 18. Calco de los regueros de sangre de la cerviz.

rillos en todas las direcciones. Si durante la crucifixión y la agonía no fue de nuevo cubierta por tales reguerillos, se debe a la técnica particular usada en su crucifixión que obligaba al cuerpo, en su movimiento de elevación, a doblarse hacia la derecha. De esto la Síndone nos ofrece abundante documentación» *(La Sindone S.* p. 84). Próximamente hablaremos de estos movimientos de elevación del cuerpo.

Confirma en parte estas reflexiones de Mns. Ricci lo que añade por su cuenta el Dr. Rodante: «Podemos estar ciertos de que los tres (dobles) regueros de sangre (de la frente) se formaron (estando el reo) sobre la cruz... producidos por la corona de espinas que *el condenado llevó incluso sobre la cruz»*... «Si las tres heridas hubieran sido producidas por la corona de espinas antes de la crucifixión... la sangre habría debido formar sobre la frente, indiscriminadamente, regueros hacia la derecha y hacia la izquierda, conforme a los movimientos de la cabeza que el condenado hubo de adoptar mientras los verdugos le sacaban de los brazos y de la cabeza la túnica» al desnudarlo. Recordemos que el H. de la S. fue hacia el cadalso vestido, como podremos comprobar después, y murió en él desnudo.

En cambio el reguero en forma de 3 de cerca de la línea media de la frente, cree el doctor que fue producido antes de iniciar la marcha hacia la cruz precisamente por presentar direcciones hacia la derecha y hacia la izquierda, motivadas no sólo por las arrugas de la frente sino también por la inclinación de la cabeza hacia un lado y otro.

El Dr. Judica Cordiglia cree que esta colada se verificó en dos tiempos. «La sangre se ha abierto camino, dice, entre las arrugas de la frente en dos momentos: primero cuando se contrajeron los músculos de la piel en el espasmo del dolor (al colocarle la corona sobre la cabeza), y luego en su relajamiento final en el momento de la muerte» *(L'Uomo della S.* ... p. 70). Supone, pues, el ilustre médico forense que el reo llevó la corona hasta la muerte sobre la cruz.

Ni Judica, ni Rodante, ni Barbet hablan de que alguien le pudiera

haber limpiado el rostro por el camino. Aunque bien es verdad que, si este reguero en forma de 3 fue en parte anterior a la marcha hacia la ejecución, podía estar ya seco, y por tanto no ser eliminado, al enjugarle alguien el rostro poco antes de llegar al lugar del suplicio.

Que el pobre reo llevase la corona de espinas sobre la cruz lo confirma con estas palabras el Dr. Rodante: «Por la abundancia de coágulos de sangre sobre la nuca estamos seguros de que el crucificado llevó la corona de espinas a lo largo del camino hacia el lugar del suplicio. Si no hubiera estado (allí) la corona, el patíbulo (o palo transversal, atado a la parte alta de las espaldas), durante las caídas (que ciertamente padeció el H. de la S. durante su marcha, como veremos más adelante), yendo a golpear fuertemente la región occipital, habría determinado allí un empaste informe y oscuro y un cúmulo amorfo de coágulos. La corona, en cambio, actuando de aislante entre la nuca y el patíbulo, ha permitido que los coágulos se mantuvieran tan limpios y nítidos que se pueden contar» *(Sindon,* n. 24, pp. 16-30).

La misma observación hace el Dr. Hynek: «Si, como opinan algunos, dice, le hubieran quitado la corona antes de la crucifixión, los hilillos de sangre no se hubieran marcado tan nítidamente en la Síndone, sino que la cabellera, toda ella reblandecida por la sangre, hubiera formado una única masa sanguínea» *(Lo que revela...* p. 32).

Lo mismo supone, como subrayamos antes, el Dr. Barbet. Y en cuanto al Dr. Judica, escribe: «En la nuca son bien visibles lesiones de vasos más gruesos —arteria y vena occipitales— con grandes hemorragias debidas, quizás, a la fuerte opresión de la nuca, recubierta de espinas, contra el brazo de la cruz» *(¿Es Cristo...?* p. 54). Supone, pues, también que llevó la corona hasta el final.

Por otro lado, las dos direcciones, vertical y hacia la derecha, que siguen los tres regueros A1, A2, A3, de la frente, formados sobre la cruz, indican dos posiciones que detectaremos más adelante por otros datos. Esto mismo confirma que se formaron sobre la cruz.

Si, pues, parece cierto que el condenado llevó puesta la corona hasta la muerte, hemos de concluir que o bien, una vez puesta la corona en son de burla, ya no se la quitaron más; o bien que, si se la quitaron acabada la burla para vestirle su túnica antes de emprender el camino hacia el lugar de la ejecución, inmediatamente después de vestido se la volvieron a poner. Y la misma acción de quitarle y ponerle de nuevo la corona hubo de repetirse al llegar al sitio de la ejecución, para despojarlo de nuevo de su túnica. Es claro, como indicaremos próximamente, que iba vestido durante su marcha hacia el lugar del suplicio y que murió desnudo sobre la cruz.

La primera suposición tropieza con la dificultad de vestirle y sacarle una túnica, que suele ser de cuello algo estrecho, con la cabeza coronada de espinas. Por esta razón Mns. Ricci y otros suponen que, acabada la burla, le quitaron la corona definitivamente para vestirlo, antes de emprender el camino del suplicio. *(La Sindone S.* p. 89; *Sindon,* n. 19, p. 31.)

En cambio el Dr. Rodante, que constata la presencia de la corona sobre la cruz, supone obviamente que dos veces le quitaron momentá-

neamente la corona (para vestirlo y desnudarlo) y que se la volvieron a colocar después inmediatamente.

Por último indicaremos cómo en la fotografía tridimensional del prof. Tamburelli quedan bien de manifiesto otra multitud de pequeños reguerillos de sangre que le cubren todo el rostro, formando grumos sobre los párpados, la mejilla izquierda, el bigote, los labios... hasta perderse en la barba (Lám. 12, D).

Los cabellos, el bigote y la barba aparecen empapados de sangre.

Por cierto que uno de esos grumos de sangre, grande, el que está situado sobre la mejilla izquierda y cerca de la nariz, le llama la atención al ilustre catedrático de Comunicaciones Electrónicas en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Turín. Este grumo aparece hendido claramente por un surco. Más adelante escucharemos la posible causa de esta hendidura.

Otra observación hace también Tamburelli; y es que del hecho de que haya podido servirse de una sola transformación matemática para calcular el relieve, tanto de las regiones cubiertas de reguerillos y coágulos como de aquellas que carecen de ellos, deduce que la sangre que impresionó la tela debía estar presente en todo el rostro, como si le hubieran embadurnado de sangre toda la cara antes de formársele sobre ella los regueros y grumos descritos.

La interpretación que da el ilustre director del CSELT (Centro Studi e Laboratori Telecomunicazioni del grupo IRI-STET) a estos dos hechos supone la identificación del H. de la S. Por ello la dejaremos para cuando lleguemos a ella.

Terminemos con la conclusión que pone el prof. Tamburelli: «El hecho de que algunas de estas particularidades hayan salido a flote sólo después de la elaboración tridimensional excluye definitivamente la posibilidad de cualquier intervención manual en la formación de la imagen de la Síndone». *(Actas II C.*, p. 183.) Lo mismo que indicaron los ténicos de la NASA después de describir su hallazgo de la tridimensionalidad de estas dos imágenes.

6. CAMINO DEL SUPLICIO

Después de la cruenta y sarcástica burla de la coronación de espinas, debida sin duda a la iniciativa de los esbirros aunque con la anuencia —tácita al menos— del juez, se ve que éste, presionado, acabó por condenar al reo a muerte.

Los condenados a morir en cruz habían de llevarla sobre sus hombros desde donde estaban —cárcel o tribunal— hasta el lugar de la ejecución [86].

---

[86] El P. Holzmeister, S.I, publicó un estudio magistral y casi exhaustivo sobre la crucifixión, con abundantes citas y bibliografía: *Crux Domini eiusque crucifixio ex archaeologia romana illustrantur* en «Verbum Domini», revista del Instituto Bíblico pontificio de Roma, mayo, julio, agosto, septiembre de 1934. De él tomamos muchos de los datos que siguen.

Constaba la cruz de dos postes o vigas sin pulir. Uno, el más largo —llamado *stipes*—, estaba sólidamente plantado de antemano en el lugar de la ejecución. En Roma, en el Esquilino, había todo un bosque de centenares de tales postes, preparados para la crucifixión de los esclavos condenados a ella. Terminaba el stipes con un vástago o con una hendidura para ensamblar sobre él, perpendicularmente, el *patibulum* o poste transversal (Fig. 19).

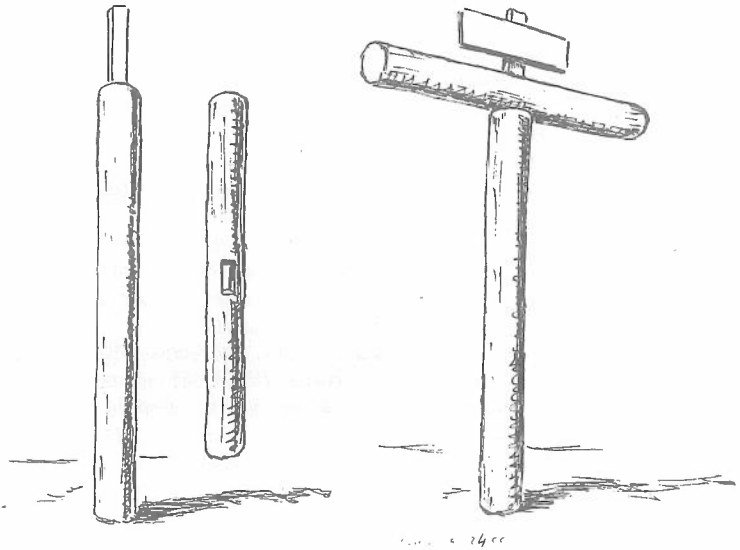


Fig. 19. Elementos (stipes y patíbulo) y forma de la cruz según S. Justino (S. II).

Este, algo más corto, era colocado sobre las espaldas del condenado y atado a ambos brazos extendidos en forma de cruz. De esta forma cargado el reo, era conducido —arrastrado más bien— al suplicio.

Patibulum, del verbo patere (estar abierto), era originariamente la barra de madera que, empotrada en dos agujeros laterales del muro, servía para atrancar por detrás la puerta de la casa; quitada la cual, la puerta *patebat,* quedaba abierta. De ella se servían los amos para enviar los esclavos rebeldes a la crucifixión. De ahí vino a significar el palo transversal de la cruz.

El palo vertical es el que dio el nombre a todo el aparato del suplicio. La palabra latina *crux,* concuerda con la raíz gótica hrugga, báculo; y la correspondiente palabra griega *staurós* no significaba sino un poste firmemente fijado en tierra.

Había dos clases de cruces, según la longitud o altura del palo vertical: la *crux humilis* (baja) y, la *crux sublimis* (alta). En la cruz baja,

que era la más ordinaria, los pies del crucificado quedaban a poca distancia del suelo. Así podía su cuerpo, vivo o muerto, ser pasto de las fieras [87]. La crux sublimis se usaba más bien en casos de especial significación.

A veces el patíbulo era colocado sobre el extremo superior del stipes dando lugar a la *crux commissa,* en forma de T; otras veces el stipes poseía una ranura a cierta altura donde se sujetaba el patíbulo, dando lugar a la *crux immissa* o *capitata:* la cruz latina, †. La cruz en aspa, o cruz de San Andrés, no estuvo jamás en uso. El primer documento que de ella hace mención es el del siglo X y la primera imagen del siglo XIV.

Durante el camino hacia el suplicio, los infelices condenados eran colmados de injurias, burlas, denuestos y de toda clase de malos tratos, incluso por parte de los transeúntes o espectadores. «Era un maldito». Pero especialmente eran azotados sin piedad. Este era el azotamiento previo a la crucifixión. Como se ve, era un azotamiento sin orden ni concierto, pues los reos se movían continuamente procurando evitar los golpes. Muy distinto del azotamiento que hemos constatado en el H. de la S. infligido con método y precisión, lo que supone que el reo estaba inmovilizado. Por esto dedujimos que este reo fue azotado antes de ser condenado a muerte.

Llegados al lugar del suplicio, era izado en alto el reo, con los brazos atados al patíbulo tal como estaba, hasta encajar éste sobre el stipes y sujetarlo allí con una cuña, un clavo, cuerdas o como fuere. Si la cruz era baja, bastaba poner una piedra u otro objeto junto al stipes y obligar al reo a subirse sobre él. De ahí las frases *in crucem ascendere* (subir a la cruz), *in crucem tolli, elevari...* (ser elevado o izado sobre la cruz). Si ésta era alta, se usaban escaleras, cuerdas y horcas para elevarlo.

También era sujetado a veces el patíbulo, con el cuerpo del condenado colgando, sobre un árbol.

Lo más corriente con todo era que, llegados al lugar de la ejecución, se le desatara al reo el patíbulo de las espaldas para clavarle en él. Echado el madero al suelo, se le obligaba al condenado a tenderse de espaldas sobre él de manera que éste le quedase atravesado al cuerpo a la altura de los brazos. Se taladraba un poco el madero a la distancia conveniente para facilitar la entrada de los clavos en él e inmediatamente se clavaban con dos gruesos clavos las muñecas del reo o el extremo de ambos antebrazos, entre los huesos cúbito y radio, al madero. Así, con el cuerpo del reo colgando de él, era izado el patíbulo y sujetado sobre el stipes o palo vertical.

Una vez colgado de éste, se sujetaban o clavaban los pies del infe-

---

[87] Era frecuente en el anfiteatro romano el sádico espectáculo de crucificar a un individuo y dejarlo despedazar por las aves y las fieras a la vista del público (Marcial, Eusebio, etc.).

Es más, Suetonio cuenta en la vida de Nerón (29,1) cómo este emperador, «cubierto con una piel de fiera», se echó sobre unos individuos fijados al stipes para desgarrarlos. ¡Horripilante y degradante!

liz al stipes. Nunca se hacía esta operación con el stipes y patíbulo unidos ya y echados ambos sobre el suelo.

Plauto parece suponer que se clavaban ambos pies por separado: «ea lege, dice, ut affigantur bis pedes, bis brachia» (Mostel. 359 s. 2, 1, 12) —fijémonos, de pasada, que habla de clavar *los brazos,* no las manos—; pero no era esto regla general. La frase de Plauto también puede entenderse de la trafixión de ambos pies, uno sobre el otro, con un solo clavo.

Según Tertuliano *(Adv. Marcion,* 3, 19) los clavos eran «lo más atroz de la cruz».

El stipes poseía a veces un tarugo o saliente clavado a la altura conveniente para que el reo pudiera sentarse o apoyarse al menos sobre él. Era el *sedile.* Con frecuencia este sedile consistía en un palo corto sujetado perpendicularmente al stipes, de manera que el reo cabalgaba sobre él. De ahí la frase *crucem equitare* (cabalgar sobre la cruz) (cfr. S. Justino, *Adv. Triphonem,* 1, 1, c. IX; P. G. 6, 693. A). En cambio no existía ese otro tarugo de madera que los artistas ponen bajo los pies del crucifijo (el subpedaneum). El primero que habla de él es San Gregorio de Tours (s. VI).

Los crucificados cuyo stipes estaba provisto de sedile podían durar vivos hasta dos y más días en la cruz. Cuando se les quería acelerar la muerte se suprimía esta pieza. En tal caso la asfixia acababa con la vida del infeliz en poco tiempo. El sedile se añadía, pues, para prolongar el tormento.

El pobre crucificado, para evitar la asfixia, había de hacer esfuerzos inauditos para levantar su cuerpo, pendiente de los brazos, apoyándose sobre los pies sujetos al poste vertical. Por ello, cuando querían acabar rápidamente con él, los verdugos le quebraban las piernas, con lo cual el paciente, no pudiendo apoyarse ya sobre los pies, no podía erguirse para expeler el aire inhalado, y así moría rápidamente. Era el golpe de gracia: el crucifragium.

Recordemos, con todo, que los verdugos no estaban obligados a seguir una técnica fija, común para todos. Flavio Josefo (de B.I., V, 11, 450) testigo ocular, escribe a propósito del sitio de Jerusalén: «Los soldados, por escarnio, crucificaban a los judíos prisioneros en posiciones distintas». Y Séneca atestigua lo mismo, aludiendo explícitamente a algunos crucificados cabeza abajo.

El reo era llevado, o arrastrado más bien, hacia el lugar de la ejecución por medio de una cuerda atada a la cintura. Si los que habían de ser crucificados eran varios, caso el más frecuente aunque no fuera más que para ahorrarse trabajo los verdugos, parece solían ir atados de alguna manera entre sí; v.gr., uniendo con una cuerda los diferentes patíbulos por uno de sus extremos.

El nombre y la causa de la condena solía escribirse en una tablilla que llevaba el reo colgada al cuello, si era pequeña. Si era voluminosa, era llevada delante, clavada sobre un palo, por uno de los verdugos o servidores. Cuando la causa era común y pública, sólo se escribía el nombre propio del reo. Eusebio nos ha conservado un ejemplo:

«Este es Atalo, cristiano» (P.G. 20, 425). Estas tablillas eran luego fijadas en algún sitio sobre la cruz.

El oficio de crucificar era propio de los soldados, presididos por un centurión. Ellos, después de la ejecución, custodiaban al crucificado, vivo y muerto, para impedir que nadie le bajara de la cruz, ni siquiera para sepultarlo, si no era con una autorización especial del que le había condenado, es decir, del que tenía el *ius gladii.* No siempre se daba esta autorización.

Para acelerar su muerte les rompían las piernas, como hemos indicado. Otras veces eran rematados por el fuego o el humo. Tertuliano nos dice que los cristianos eran llamados *sarmentarii* por ser crucificados rodeados de sarmientos, que luego se encendían.

Los cuerpos muertos quedaban muchas veces insepultos durante un tiempo, pasto de las aves de rapiña y de las fieras. Alguna vez, en Cartago, se colgó de la cruz a un reo cuando todavía pendía de ella el cuerpo de otro. Si eran quitados de la cruz, eran echados en una fosa común.

Después de esta visión de conjunto que nos da la arqueología sobre cómo solía ejecutarse la crucifixión entre los romanos, hasta que la suprimió Constantino al convertirse al cristianismo, echemos una mirada al H. de la S. para ver qué síntomas de crucifixión presenta.

Fijémonos en la espalda. Bajo el hombro derecho, en la región acromial y supraescapular «se observa, nos dice el Dr. Judica, una vasta zona escoriada y contusa de forma casi rectangular, que se extiende algo oblicuamente de arriba abajo y de fuera adentro, como de unos 10 × 9 cm. Otra zona de iguales características redondeada y de unos 14 cm. de diámetro (Barbet) se observa en la región escapular izquierda», hacia la punta del omóplato (Lám. 18, C).

«Un examen atento de ambas zonas nos revela que sobre ellas ha gravitado, aunque fuera por encima de alguna prenda de vestir, un instrumento rugoso, de considerable peso, movible y confricante, de un espesor como de unos 14 cm., el cual ha allanado, deformado y vuelto a abrir las lesiones producidas por la flagelación (precedente), lacerando los labios de las heridas y produciendo otras nuevas. Este complejo traumático de contusiones y excoriaciones induce a pensar que ha sido causado por el patíbulo que el condenado sostenía transversalmente atado a ambos brazos sobre los hombros en su viaje hacia el lugar del suplicio» *(L'Uomo...* pp. 68-69).

Conociendo la talla del H. de la S. (1,81 m., como estudiaremos más adelante), podemos deducir que sus brazos en cruz presentarían una envergadura como de 1,65 m. Esto implica que el palo habría de tener como 1,70 m. de longitud y unos 14 cm. de grosor. Su peso, en consecuencia, se aproximaría a los 50 kg.

Parece claro, pues, que el H. de la S. fue hacia la crucificación cargado con el patíbulo atado a los brazos y colocado transversalmente sobre sus espaldas.

Por otra parte añade Mns. Ricci: «La contusión escapular izquierda, más extensa que la derecha, indica que esta región fue la que sostuvo principalmente el peso del madero».

También hay que notar otra particularidad digna de mención: «La contusión de la zona supraescapular derecha se extiende algunos centímetros por el techo de la misma espalda». Hacia el hombro.

Esto prueba que el patíbulo no iba enteramente horizontal sobre las espaldas, sino inclinado hacia abajo por el lado izquierdo.

Esta posición del patíbulo sobre la espalda ha hecho sospechar la existencia de alguna cuerda que sujetase el extremo izquierdo del patíbulo a la pierna correspondiente.

Efectivamente en ésta, por encima del tobillo, se observan unas líneas sangrientas, que suben desde la parte interior hacia la exterior, por delante y por detrás de la pierna. La parte más marcada es la interior, y van difuminándose a medida que llegan a la exterior, donde desaparecen. Las fotografías de la NASA detectan perfectamente estas líneas *(La Gazzeta...* p. 38, b). Son varias, a diferente altura del tercio inferior de la pierna izquierda.

La explicación que dan los técnicos a estas líneas sangrientas es la presencia allí de una cuerda atada a la pierna y tirante por fuera hacia arriba, hacia el extremo del patíbulo.

Por bien atada que estuviera la cuerda a la pierna, no podía menos de hacer algún juego sobre ella durante el fatigoso andar del reo camino del suplicio, y con los tirones a que sin duda estuvo éste sometido. Por ello hay sobre el tobillo varias líneas paralelas a diferentes alturas.

Las piernas habían sido duramente castigadas por los azotes. Con el roce de la cuerda se abrirían de nuevo sus heridas y la sangre empapó el lazo de la cuerda, la cual, en su forzado corrimiento hacia arriba y hacia abajo, a lo largo del tercio inferior de la pierna, dejó sobre ella esas líneas sangrientas inclinadas. Por esta razón apenas son perceptibles en este lugar los golpes del flagellum.

Naturalmente el lazo de la cuerda tenía el nudo en el lado exterior de la pierna. Esto y el que desde él tirase la cuerda hacia arriba hizo que las líneas apenas quedasen marcadas por el lado exterior de la pierna. La pantorrilla era la que impedía al lazo subir más arriba.

La existencia de esta atadura hizo que el patíbulo, con el andar del reo, fuera inclinándose cada vez más hacia la izquierda, gravitando mucho más sobre el omóplato izquierdo que sobre el derecho y lastimándolo más fuertemente.

También se explica por qué la contusión del omóplato derecho está más arriba y es más extensa, alargándose hasta el acromion. Estando la viga inclinada hacia abajo por el lado izquierdo, obligaba al reo a levantar el brazo y hombro derechos hacia arriba; con lo cual la viga —al andar el reo— frotaba y hería la espalda derecha en un lugar más elevado que por la izquierda, hasta alcanzar el hombro. Por esto la contusión supraescapular derecha se extiende hacia arriba hasta afectar incluso al acromion.

En estas dos zonas escoriadas aparecen claras, como dijimos, las heridas de los azotes, señal de que éstos fueron propinados al reo con anterioridad al hecho de llevar el patíbulo a cuestas.

También se deduce que las espaldas, durante el camino, estaban

protegidas por los vestidos de la víctima. De lo contrario «un madero rasposo, de haber estado en contacto directo con la piel, habría causado notables desgarros en los labios de las heridas, desfigurando evidentemente las trazas de los azotes en estas escoriaciones». (Ricci, *La Sindone Sta.* pp. 94-96), que, no obstante, conservan su forma *(Gazzeta,* p. 21 b).

La inclinación del patíbulo sobre las espaldas fue, según Ricci, de unos 20°.

Otro dato escalofriante nos revela este cuerpo del delito. Dice el Dr. Judica: «Las rodillas presentan excepcional interés. La rodilla derecha, además de parecer más contusa, presenta numerosas excoriaciones de tamaño y forma diferentes, más o menos marcadas» («con bordes desgarrados sobre la región rotular» dice Barbet). «Un poco más arriba y hacia el exterior hay dos llagas de forma redondeada de unos 2 cm. de diámetro, situadas una encima de otra.»

«La rodilla izquierda, también contusionada, no presenta más que excoriaciones diversamente dispuestas de tamaño y forma diferentes, pero mucho menos marcadas y numerosas.»

«Estas lesiones, por su dirección y ubicación, nos indican cómo han podido producirse. Es decir acusan la caída sobre un terreno no uniforme, sino cubierto de piedras desiguales, cuya acción hiriente fue quizás atenuada al interponerse los vestidos del condenado.»

Las caídas debieron repetirse algunas veces a juzgar por la fuerte contusión de las rodillas.

Causa escalofríos de horror pensar en estas repetidas caídas. ¡Un hombre con unos 50 kg. de peso a la espalda y los brazos atados de modo que no pudiera servirse de las manos para amortiguar el golpe...! Su cabeza iría a dar fuertemente contra el suelo. Varias de las heridas que hemos detectado anteriormente en el rostro del H. de la S., por su profundidad, suponen los autores que se las causó en estas caídas. No bastan las bofetadas y bastonazos de que fue objeto.

Y no olvidemos que aquella cabeza llevaba encasquetado un yelmo de espinas que se le clavarían profundamente al dar contra el suelo; y que el mismo patíbulo, atado a la espalda, se correría, al caer, hacia la cabeza golpeando las espinas de la nuca, que por esto aparece tan horriblemente maltratada.

Si, como solía suceder, el H. de la S. iba al suplicio juntamente con otros condenados, con la extremidad alta del patíbulo unida por una cuerda a los patíbulos de los demás, se comprenden más fácilmente estas caídas. Los otros condenados iban desnudos y eran azotados durante el camino. Con sus movimientos bruscos para esquivar los golpes, tirarían con fuerza del patíbulo de nuestro hombre, ya muy debilitado por el terrible azotamiento y coronación de espinas precedentes, dando con él en el suelo. Mns. Ricci ha hecho el experimento de cargar una viga sobre la espalda de un joven voluntario, atada a sus brazos extendidos y unida con una cuerda al tobillo. Cualquier tirón ejercido sobre la otra extremidad libre de la viga, producía inevitablemente la caída del joven. (Cfr. *La Sind. Sta.* p. 103.)

7. CRUCIFICADO

Hemos indicado ya anteriormente cómo eran crucificados los reos. El H. de la S. no fue suspendido simplemente del stipes, con los brazos atados al patíbulo, como iba, sino que fue clavado en él. Para ello hubo de ser previamente desnudado de sus vestidos.

De esta desnudación quedan señales en la Síndone. El vestido estaba pegado a las llagas y, al arrancarlo, las abrió de nuevo. Esto aparece especialmente en las excoriaciones escapular y supraescapular, recientemente estudiadas.

Tres son, pues, las razones que hacen suponer que el H. de la S. iba vestido camino del suplicio: la que acabamos de indicar ahora, que las llagas aparecen como abiertas de nuevo; la que anotamos poco ha de que los labios de las heridas del flagelo prensadas por la viga, aunque algo desgarradas, no lo están tanto que no permitan ser identificadas claramente y contadas; y la que subrayamos al investigar la posición en que fue azotado. Allí observamos que los reguerillos de sangre producidos por los azotes están más borrosos en la espalda, donde el vestido estaría más en contacto con el cuerpo, que en las extremidades inferiores, donde el vestido de aquellos tiempos, en forma de túnica, apenas se aplicaba a la piel.

Inmediatamente después de ser desnudado, le obligarían a echarse sobre el patíbulo, tendido en el suelo, para clavarle las manos en él. Aunque no sea visible la llaga de la mano derecha ni se vea clara la del pie izquierdo, no obstante, anota el Dr. Judica: «La disposición de las manchas (de sangre) proclama inequívocamente y confirma que el hombre que ha dejado su impronta en la Sábana ha sido crucificado» *(L'Uomo...* p. 72). Y crucificado con clavos.

De la mano del Dr. Barbet, vamos a seguir paso a paso la crucifixión de ese hombre.

Lo primero que llamó la atención del ilustre cirujano es que el H. de la S. presenta la herida de la mano izquierda, bien visible, en la muñeca; no en la palma de la mano, como estábamos acostumbrados a ver en nuestros crucifijos.

El hizo esta experiencia: acababa de amputar un brazo en su tercio superior a un hombre vigoroso. Cogió entonces un clavo de fuste cuadrado de 8 mm. de lado, cual sería el usado con el H. de la S. a juzgar por la herida que dejó sobre la Sta. Sábana, y lo clavó en la palma de aquella mano, en el tercer espacio metacarpiano, y suspendió en alto todo el brazo. Luego colgó con cuidado cuarenta kilos. Después de diez minutos la llaga se había alargado y el clavo se hallaba a la altura de las cabezas de los huesos metacarpianos. Provocó entonces en el brazo una sacudida muy moderada, y vio cómo el clavo franqueaba bruscamente el estrecho espacio existente entre las dos cabezas metacarpianas y desgarraba la piel hasta la comisura de los dedos. Una segunda ligera sacudida rompió lo que quedaba de la piel y el brazo cayó al suelo.

Subraya el doctor que el brazo acababa de ser amputado y que, por tanto, aparte la circulación sanguínea, estaba todavía vivo. «Los

tejidos no mueren sino poco a poco, después del último suspiro. Durante un tiempo más o menos largo los músculos y los nervios reaccionan todavía a las excitaciones eléctricas y aun mecánicas». *(La Passion...* p. 147).

Y tengamos presente que la tracción que hubo de soportar cada uno de los brazos del H. de la S. fue de unos 95 kilos[88]. No posee la palma de la mano, si está viva (no medio momificada ya), tejidos ni ligamentos capaces de sostener ese peso. Si hubieran clavado al H. de la S. por la palma de las manos, se les habría caído al suelo. Esto habían de saberlo perfectamente por experiencia los verdugos, expertos como eran en crucificar.

No se puede objetar que tal vez el H. de la S. tendría también los brazos atados al patíbulo con cuerdas o que podría ser que aquel stipes estuviera provisto de sedile. Las cuerdas no se usaban nunca juntamente con los clavos; aparte que no hay rastro de ellas en la Síndone. Y en cuanto al sedile, sólo se le añadía al stipes cuando se quería prolongar el suplicio, cosa que aquí no nos consta. Al contrario, la sepultura precipitada que hemos detectado anteriormente más bien induce a pensar en un suplicio acelerado.

Pero sobre todo excluye estas dos suposiciones el hecho que constataremos más adelante, de que el H. de la S., para evitar la asfixia, tuvo que adoptar dos posiciones en la cruz: una de desplome, pendiendo sólo de los brazos, y otra de erección apoyándose sobre los pies. En la primera los pies no aligeran apenas la tracción del cuerpo sobre los brazos; casi todo el cuerpo gravita sobre éstos.

Entonces hizo el doctor otra experiencia. Habiendo amputado un brazo en su tercio superior, cogió, inmediatamente después de la operación, un clavo de sección cuadrada de 8 mm. de lado y 5 cm. de longitud. Extendida la mano con el dorso sobre una tabla, colocó la punta del clavo, bien vertical, en medio del pliegue de flexión de la muñeca y lo golpeó fuertemente con un gran martillo, procurando mantener el clavo bien vertical.

A pesar de apretar con su mano izquierda la muñeca, notó que el clavo se ladeaba un poco hacia adentro, penetraba sin resistencia ni ruido el carpo, luego se inclinaba un poco (la cabeza hacia los dedos y la punta hacia el codo) saliendo ésta a través de la piel dorsal a un centímetro del punto correspondiente al de entrada. Inmediatamente sacó una radiografía de la mano traspasada (Fig. 20).

El temía, al comenzar la operación, que el clavo atravesaría el hueso semilunar destrozándolo. Pero «los movimientos del clavo, a

---

[88] Efectivamente, se trata de la descomposición de un peso P en dos fuerzas simétricas oblicuas de componentes superiores a P/2. Su cálculo es: P/2 cos. X, siendo X el ángulo de los componentes con la vertical. Un cuerpo, pues, de unos 80 kilos, cual sería el peso del H. de la S. de unos 1,81 m. de altura (como diremos más adelante), al pender de sus dos brazos formando un ángulo de unos 65° con la vertical, como indicaremos también en su lugar, había de descomponerse en una tracción sobre cada brazo de 80 kg./2 cos. 65° o sea 40 : 0,4225... = cerca de 95 kilos.

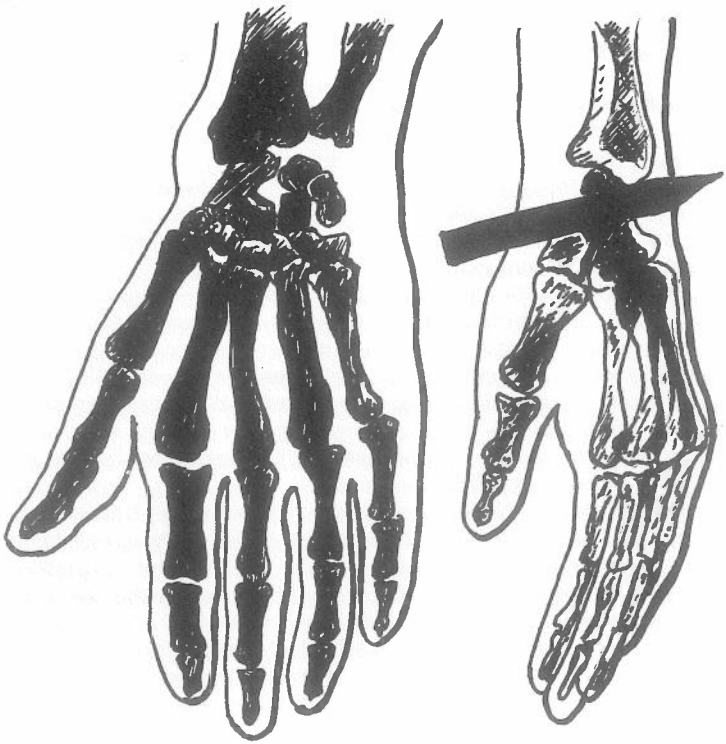


Fig. 20. Esquema de la radiografía de la mano derecha, hecha de frente y de lado por el Dr. Barbet.

medida que se hundía, ya me hicieron sospechar, escribe, que éste había encontrado un camino más anatómico».

«En efecto, en la radiografía de perfil el clavo, algo oblicuo hacia atrás y hacia arriba, pasa por entre las proyecciones del semilunar y del gran hueso, que quedan intactos. La radiografía de frente es todavía más interesante: la sombra del clavo cuadrado aparece rectangular a causa de su oblicuidad. El clavo ha entrado en el espacio de Destot y ha separado, sin romper uno solo, los cuatro huesos que lo limitan» (Figs. 21 y 22).

La disección de la mano le confirmó la constatación radiográfica. «El punto central de entrada caía un poco fuera del espacio de Destot, de tal manera que la punta del clavo había llegado a tocar el extremo del gran hueso, sobre cuya superficie interna se había deslizado hasta caer en el espacio antedicho y atravesarlo. Los cuatro huesos han sido separados; pero, precisamente a causa de esta separación, quedan intactos y sólidamente apretados alrededor del clavo que, por otra

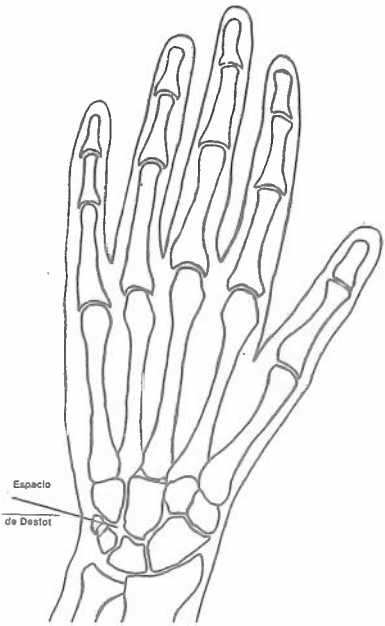


Fig. 21. Cara anterior de una mano normal. Esqueleto.

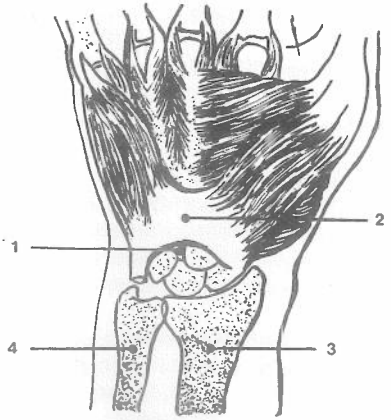


Fig. 22. La muñeca con el ligamento anular anterior (Barbet). 1. Espacio libre de Destot. 2. Ligamento anular anterior. 3. Radio. 4. Cúbito.

parte, se apoya sobre el borde superior del ligamento anular... El punto de salida se halla un poco más elevado y un poco más interno que el punto de entrada.»

«La oblicuidad del clavo hacia atrás y hacia arriba es consecuencia obligada de la disposición de las superficies óseas alrededor del espacio de Destot, ya que se ha reproducido en todas mis experiencias.»

En efecto, repitió esta experiencia «una docena de veces, cambiando el punto de implantación de la punta del clavo alrededor del pliegue de flexión del carpo. En todos los casos la punta del clavo se orientaba por sí misma. Parecía deslizarse sobre las paredes de un embudo y dirigirse espontáneamente hacia un espacio prefijado», el de Destot.

«Si se intenta, prosigue el ilustre cirujano, fijar el clavo más abajo, en el ligamento anular anterior del carpo, no lo perfora, sino que el clavo resbala, ya sea hacia arriba para entrar por el espacio de Destot, o bien hacia la palma donde se pierde. Y entonces no puede sostener el peso de un cuerpo sin desgarrarse».

Por último repitió la experiencia con un bisturí de hoja de 8 mm. Lo hundió en el pliegue de la flexión de la muñeca y empujó sin forzar. Este atravesó el carpo sin hallar resistencia hasta salir por el dorso de la muñeca en el mismo sitio de siempre. «Este sitio, en la mano de un hombre normal, se encuentra en todos los casos a unos 8 cm. de

la cabeza del tercer metacarpiano. Es la misma distancia que he medido en la Sábana Sta.»

Y concluye el doctor: «existe, pues, un paso anatómico preformado y normal, camino natural por donde el clavo pasa fácilmente, y donde es mantenido muy sólidamente por los huesos del carpo y el ligamento anular anterior, sobre cuyo extremo superior se apoya».

Tengamos presente que este ligamento anular (ligamentum carpi transversum volare) es tan fuerte que puede sostener, sin rasgarse, hasta 200 kilos de peso.

«La efusión de sangre, continúa el Dr. Barbet, debió ser moderada, casi únicamente venosa. El clavo no encuentra ninguna arteria importante.» (De cortar los arcos palmares) «habría determinado un gran derrame de sangre sobre toda la región dorsal de la mano aplicada sobre la cruz e (incluso) habría podido ocasionar una hemorragia mortal.»

Los verdugos habían de conocer empíricamente un sitio tan adecuado para la crucifixión de las manos y tan fácil de hallar. Este es precisamente el sitio donde la Sta. Sábana presenta la señal del clavo, «un sitio concluye el Dr. Barbet, donde un falsario nunca hubiera tenido la idea ni el atrevimiento de situarla» [89].

---

[89] En 1959 se descubrió sobre la pared de una taberna romana, no lejos del anfiteatro de Pozzuoli un grafito que representa un crucificado. Todo el conjunto se puede datar hacia mitad del siglo I de nuestra era. Es de suma tosquedad, pero de bastante realismo. La cara es una caricatura, pero muestra los espasmódicos sufrimientos del condenado. La boca abierta en busca de aire. Las costillas marcadas podrían apuntar a la sofocación. Las piernas, muy imperfectamente delineadas, están del todo abiertas, una hacia cada lado. El stipes presenta un pequeño travesaño sobre el que cabalga el condenado. Tenía, pues, sedile. Los clavos de los brazos le atraviesan las muñecas. Los pies, cruzados uno sobre otro, parecen clavados con un solo clavo.

«Quien lo ha trazado sobre aquella pared, dice el arqueólogo prof. U. Fasola *(Actas II Conc. Int.* p. 76) debía conservar en su memoria una fuerte impresión del espectáculo.» «Sabemos que en el programa de espectáculos se incluían, a las veces, las ejecuciones capitales». Y aquella taberna estaba cerca del anfiteatro de Pozzuoli sobre la vía que comunicaba esta ciudad con Capua y Roma. (Fig. 23.)

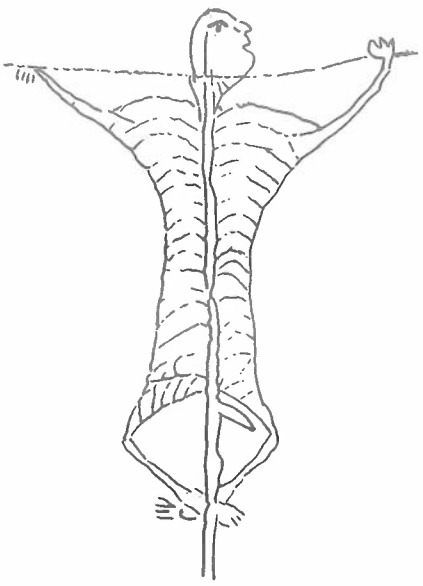


Fig. 23.

Por esta misma finalidad de que no se rasgasen las manos con el peso del cuerpo y cayera éste al suelo, recordemos que Yehohanán, de quien hablaremos en el apéndice de este mismo capítulo, fue crucificado penetrándole el clavo por entre el cúbito y el radio del antebrazo, por encima y junto al carpo.

Otra sorpresa le esperaba al Dr. Barbet en estas experiencias. «Operaba yo, nos dice, sobre manos vivas inmediatamente después de la amputación del brazo. Desde la primera vez observé, y regularmente en todas, que en el momento en que el clavo atravesaba las partes blandas anteriores, estando la palma hacia arriba, el pulgar se flexionaba bruscamente (colocándose atravesado a la dirección de los demás dedos) por contracción de los músculos ternarios, mientras que los otros cuatro dedos se flexionaban sólo ligeramente, debido quizás a la excitación mecánica de los tendones musculares flexores mayores.»

«Las disecciones subsiguientes me revelaron que el tronco del nervio central había sido gravemente lesionado por el clavo: había sido seccionado y triturado en su mitad, en dos tercios o en un tercio, según los casos. El nervio motor de los músculos oponente y flexor del pulgar nace precisamente del nervio mediano a este nivel. La contracción de los músculos ternarios, vivos aún, así como de su nervio motor, explícase, pues, fácilmente por excitación mecánica del central... He aquí por qué en la Sta. Sábana las dos manos vistas por el dorso no presentan más que cuatro dedos. Los pulgares se hallan ocultos bajo las palmas.»

El Dr. Domenico Tarantini, cirujano del Ospedale Generale di Trani, ha reemprendido recientemente el estudio de este punto también de una manera experimental, y confirma plenamente la tesis de Barbet. Sólo añade la hipótesis de una concomitante laceración del tendón, la cual habría producido la hiperextensión de los cuatro dedos largos que se observa, en ambas manos, en el H. de la S. *(Sindon,* 29, p. 86).

Barbet concluye su exposición con la siguiente reflexión: «Un presunto pintor (o artista) ¿podría haber imaginado esto? ¿Se habría atrevido a reproducirlo?» Tanto es así que muchos antiguos copistas de la Síndone, sorprendidos por esta anómala falta de los pulgares, se los añadieron por su cuenta.

Aquí el Dr. Barbet se estremece. «Los nervios medianos, dice, no son meramente motores, sino también muy sensitivos. Heridos y estirados por los clavos en aquellos brazos, como cuerdas de violín tensadas sobre el puente, han debido provocar dolores de paroxismo. Los que durante la guerra han visto lesiones en los grandes troncos nerviosos, saben que es una de las torturas más horribles que se pueda imaginar, de tal manera que su persistencia sería incompatible con la vida, si no se interpusiera una especie de inhibición: muy a menudo provocan el síncope» *(Las llagas...* pp. 53-58).

La infixión del clavo en el carpo es, en consecuencia, muchísimo más dolorosa que en el antebrazo, lugar donde la constatamos en Yehohanán.

Aquí interviene el Dr. Judica Cordiglia. La herida de la muñeca izquierda (15 × 19 mm.), es nítida; la de la derecha no se ve, cubierta como está por la palma y dedos de la mano izquierda. Pero los dedos de la mano derecha aparecen desproporcionadamente largos.

Aparte la hiperextensión de los cuatro dedos visibles de ambas manos (se ve que los músculos extensores han prevalecido sobre los flexores) y la suposición de Mns. Ricci de que las puntas de los dedos fueran recalzadas en el sepulcro por la sábana mortuoria, con lo cual, al ser extendida ésta, aquellos aparecen más largos de lo real; el Dr. Judica sospecha otra causa de esta anomalía. Escribe: «La mano derecha ha sido más torturada... a juzgar por las zonas que han sido forzadas a adherirse al patíbulo con maniobras violentas... Mientras la mano izquierda quedó clavada con rapidez y precisión, no parece que haya sucedido lo mismo con la mano derecha, puesto que el clavo (tal vez por ser más grueso o menos agudo) no penetró al primer martillazo, sino que hubo de ser extraído y vuelto a clavar varias veces antes de alcanzar el madero» *(L'Uomo...* p. 75). Volveremos sobre este detalle más adelante.

Concluida la operación de clavarle las manos, cogiendo los verdugos el patíbulo por ambos extremos, obligarían al reo a ponerse de pie y a subirse, de espaldas al stipes, sobre una piedra u otro objeto cualquiera colocado al pie de éste. Barbet supone que el stipes no se elevaba más de dos metros sobre el suelo (Fig. 24).

Luego de encajar y sujetar bien el patíbulo sobre el stipes, quita-

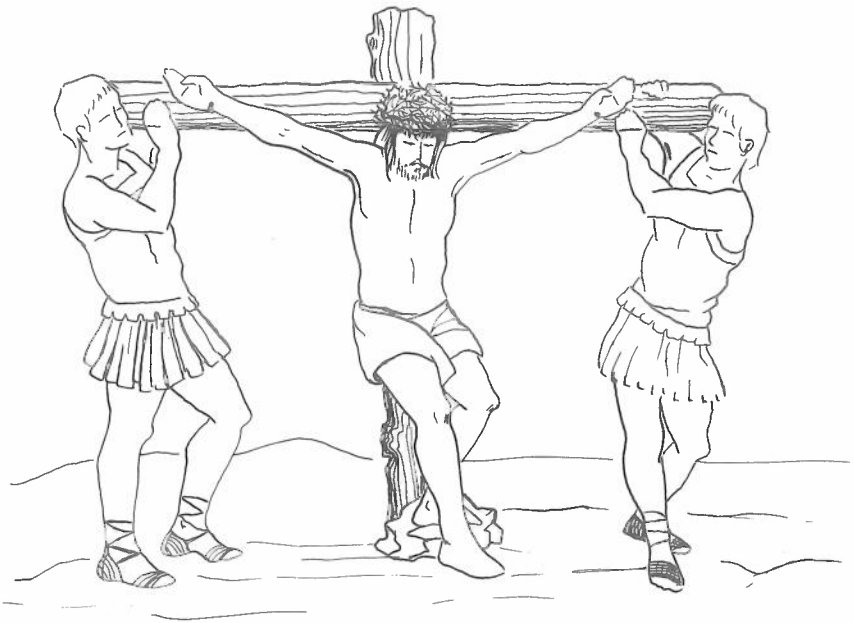


Fig. 24.

rían la piedra u objeto que había servido para subir a la cruz, y el cuerpo del condenado quedó colgando de los brazos. Todo el cuerpo se hundiría por su propio peso unos 25 cm. y los brazos, alargándose unos 4 ó 5 centímetros, pasarían de la posición de 90° a la de 65° respecto de la vertical (Fig. 25); pero sin dislocarse. Volveremos sobre el particular.

Todos los especialistas están concordes en que el H. de la S. no tuvo en la cruz sedile.

Clavadas, pues, las manos en el patíbulo y colocado éste sobre el stipes, se procedió a clavar los pies del reo directamente sobre el poste vertical.

La localización de la llaga del pie derecho es patente en la Sábana.

Recordemos también que en la impronta dorsal aparecen los pies algo cruzados: los talones separados y las puntas convergentes. El pie derecho ha marcado sobre la Sábana su huella completa. Del izquierdo sólo se ve el talón y la parte central. Los dedos no aparecen. Además está como encorvado sobre sí mismo, acentuando la concavidad de su planta.

Esto parece indicar que en la cruz el pie izquierdo estuvo clavado sobre el derecho y cruzado sobre él: la planta del pie izquierdo sobre el empeine del derecho. Ambos pies aparecen con el tarso hiperextendido.

Se ve que, una vez puesto el cuerpo horizontalmente sobre el sepulcro, le forzaron ambas piernas para que recobrasen su posición natural; pero la rigidez cadavérica mantuvo algo cruzados los pies, en la forma que hemos descrito, y algo acurrucadas las piernas especial-

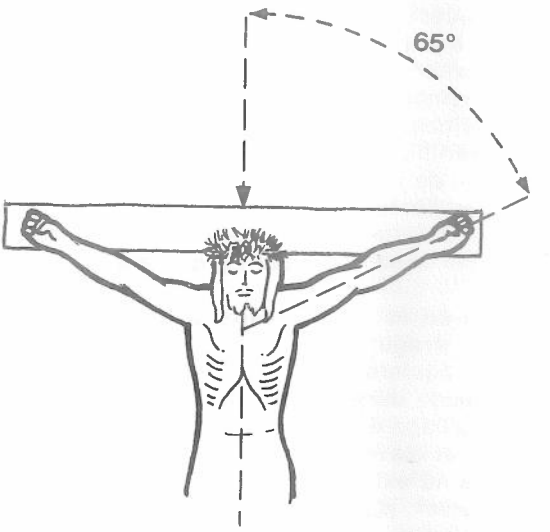


Fig. 25. El ángulo de los brazos con el tronco pasó de 90 a 65 grados.

mente la izquierda. No se entretuvieron los enterradores en corregir estos defectos.

«La rigidez cadavérica, anota Barbet, debió ser seguramente rápida y considerable, dadas las fatigas de la agonía... y la contracción de los músculos. Se debió necesitar un cierto esfuerzo para reducir los brazos hasta cruzar las muñecas sobre el pubis. Pero, en cuanto a los pies, ninguna razón determinaba a modificar su postura puesto que en la tumba podían conservar la misma de la crucifixión, o sea cruzados y en hiperextensión.»

La huella del pie derecho es normal, como la que deja un pie mojado sobre el pavimento con la concavidad de la planta ni poco pronunciada, ni muy hueca.

«Sobre esta huella están marcados, en sinuosidades caprichosas, los coágulos de la eclosión de sangre, de un tinte carmín que se destaca del bistre del pie. Hacia la mitad se ve una mancha rectangular, un poco más cercana al borde interior que al externo de la huella; y los distintos flujos parecen tener ahí su centro. Unos se dirigen hacia los dedos (sangre derramada sobre la cruz); pero la mayor parte va hacia el talón (sangre postmortal).»

Esta mancha cuadrangular central y más oscura es con seguridad la herida del clavo. Se encuentra en la base del espacio que separa el segundo del tercer metatarsiano. «Podemos, pues, concluir con bastantes probabilidades, dice Barbet, que el clavo se encuentra en la base del espacio que separa el segundo del tercer metatarsiano.» «Podemos, pues, concluir con bastantes probabilidades, dice Barbet, que el clavo ha pasado por la parte posterior del segundo espacio intermetatarsiano. He realizado la experiencia. La introducción (del clavo por ahí) es fácil. No encuentra más que partes blandas, separando el segundo del tercer metatarsiano. En el dorso, la arteria del pie se ha sumergido en la parte posterior del primer espacio. En la planta, el clavo ha podido evitar su arco profundo, que cruza la base de los metatarsianos... La hemorragia, pues, no es mortal y la sangre (venosa) debió chorrear principalmente después que fuera retirado el clavo. Esto explica el gran flujo de sangre hacia el talón» una vez desclavado de la cruz el H. de la S. y colocado horizontal. En la imagen anterior, las partes inferiores de las piernas se difuminan de tal manera que la región del empeine es de difícil interpretación. Parece que el lienzo hacía puente desde la mitad de las piernas hasta la punta del pie derecho.

En el empeine de éste se observa una gran huella de sangre de forma trapezoidal, irregular, que se prolonga hacia abajo con un reguero, por el lado izquierdo. «Parece muy probable que este gran coágulo se haya formado durante la permanencia en la cruz, por la sangre que salía de la llaga de la planta izquierda y de la parte frontal derecha, unidas por el clavo. La presión del pie izquierdo sobre el empeine del derecho ha extendido esta sangre que continuaba fluyendo por entre ambos pies». *(La Passion...* p. 168). Véase la fig. 26.

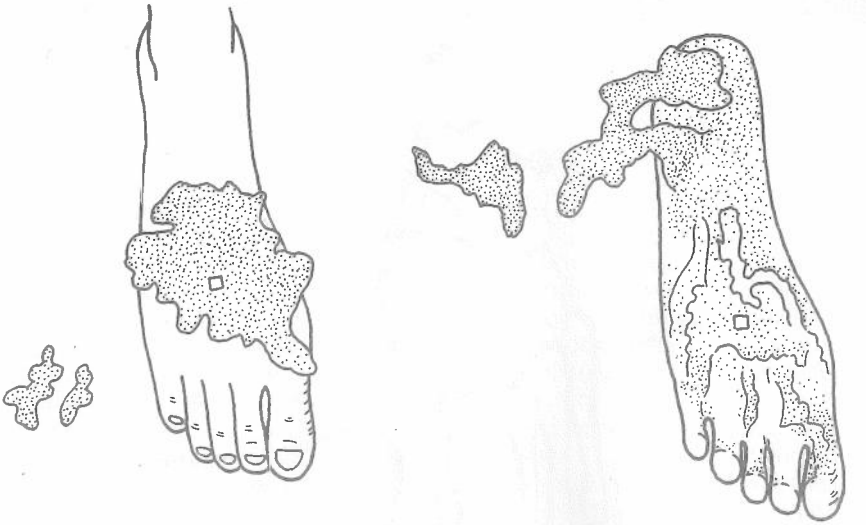


Fig. 26. Huella plantar y empeine del pie derecho.

ción, no presenta más que el talón y un vestigio oblicuo inmediatamente por encima de la señal del clavo. Por esto propone Barbet su explicación como hipótesis.

Supone, pues, el ilustre cirujano que al H. de la S. se le clavaron los pies directamente sobre el stipes, el izquierdo cruzado sobre el derecho, con un solo clavo, por el segundo espacio intermetatarsiano (Fig. 27). La rodilla izquierda habría quedado doblada sobre la derecha. Y en el sepulcro, a causa de la rigidez cadavérica, la pierna izquierda habría mantenido prácticamente la posición de la cruz. Por ello aparece en la Síndone algo más corta que la derecha.

Para realizar esta operación bastaba acurrucar un poco las piernas sobre el stipes y colocar los pies en estado de hiperextensión, sin necesidad de luxación alguna.

Efectivamente, «basta extenderse sobre el suelo, dice Barbet, y hacer la prueba en vivo para darse cuenta del estado de las cosas. Es suficiente doblar muy ligeramente las rodillas para que los pies toquen por completo el suelo, sin gran dificultad y sin ningún dolor. La cosa se hace todavía más fácil por el movimiento de varus, que avecina las puntas de los pies hacia la línea media, girando el pie hacia dentro».

«Naturalmente me refiero, continúa, a un pie de hombre bien constituido y con sus articulaciones ajustadas y no relajadas. El pie de la mujer llegaría a una extensión mayor. Las bailarinas andan sobre las puntas de los pies, colocados éstos en el mismo eje de la pierna.» «Hay que eliminar, pues, resueltamente, aun en el hombre, toda lesión de las articulaciones del pie, toda torcedura o esguince y toda luxación» *(La Passion...* p. 163).

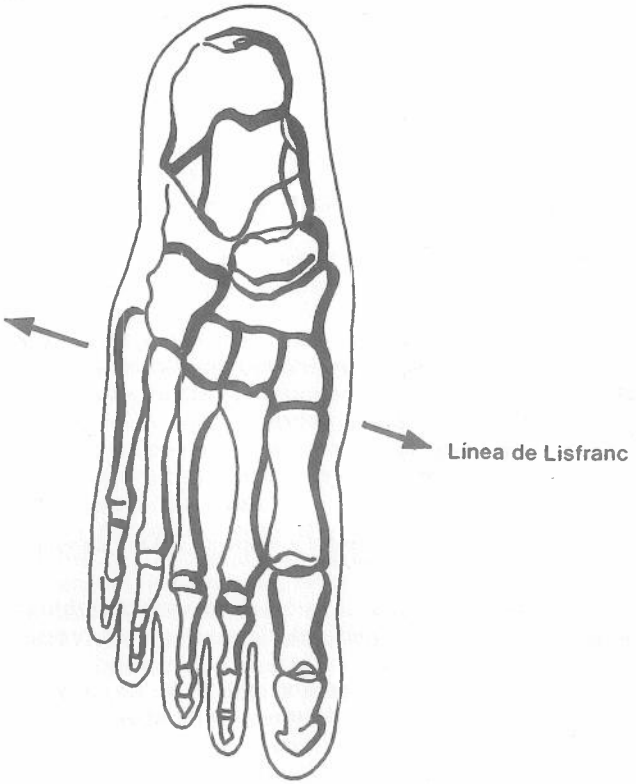


Fig. 27. Localización del clavo en el pie.

Y calculó el doctor los ángulos que se formarían. Las rodillas por su parte posterior, formarían un ángulo de cerca de 120° y las piernas formarían con el empeine de los pies, uno de casi 150° abierto por delante.

Dada esta flexión de las piernas, los pies quedarían, sobre el stipes de 2 m., a unos 50 cm. del suelo.

Los verdugos, pues, que «conocían perfectamente su oficio», traspasarían primero con el clavo el pie izquierdo. Luego, colocándolo convenientemente cruzado sobre el derecho, traspasarían también a éste y los fijarían a ambos en el poste vertical. La planta del pie derecho estaría plenamente apoyada sobre el madero, formando las rodillas y el tarso los dos ángulos señalados.

No contento Barbet con calcular de antemano todos estos datos: peso, angulación de los brazos al hundirse el cuerpo por su propio peso sobre la cruz, angulación de las rodillas y de los tarsos, quiso verificarlos por la experimentación. Tomó pues, un cadáver, «fresco y

perfectamente flexible» y lo clavó en una cruz de chillas, colocada para mayor comodidad sobre un carro capaz de bascular.

Colocó los dos brazos extendidos y planos en posición perpendicular al cuerpo y los clavó a la cruz con clavos de sección cuadrada de 8 mm. de lado. Un solo golpe de martillo, y el clavo atravesó el carpo y se fijó en la madera. Luego clavó los dos pies, el izquierdo sobre el derecho, flexionando un poco las rodillas. Colocó primero el pie izquierdo plano sobre el madero, y un golpe de martillo bastó para atravesarlo. Cruzó entonces este pie izquierdo, con el clavo saliente por la planta, sobre el derecho, mantenido plano sobre el poste de la cruz. Otro golpe de martillo bastó para que el clavo atravesara el pie derecho y se fijara sobre el madero. El único trabajo algo fatigoso, pero fácil, fue el de horadar la madera en los sitios convenientes para que los clavos se fijasen en ella sin demasiada dificultad. «El tiempo anatómico de la crucifixión duró unos segundos», dice.

Entonces basculó el carro hasta que la cruz quedó en posición vertical, y constató que el cuerpo se abajaba hasta quedar *en la posición y con las angulaciones previstas.* Los brazos pasaron de la angulación de 90° a la de 65°, el cuerpo resbaló hacia abajo 25 cm., las rodillas formaron por detrás un ángulo de 120° y los pies uno de 150° con las piernas, por delante. Todo como él lo había calculado de antemano.

El cuerpo quedó firmemente sujeto, suspendido de los clavos de las manos. Ya podia inclinar todo el conjunto hacia adelante o tirar del cuerpo habia abajo; éste seguía bien fijo. Los clavos de los pies sólo servían, al parecer, para impedir que el cuerpo se separase de la cruz y flotase hacia adelante. No había puesto ni sedile ni subpedaneum a aquella cruz. La cabeza se inclinó hacia delante por sí misma y hacia el lado. (Cfr. *«La Passion»...* pp. 227-228).

Que los pies fueran clavados con un solo clavo parece corroborarlo el hecho de que también Yehohanán presenta ambos pies atravesados por un solo clavo, aunque en posición diferente del H. de la S. Este los tendría cruzados, el izquierdo sobre el derecho, y aquél yuxtapuestos, el derecho sobre el izquierdo. También el crucificado de Pozzuoli parece tener los dos pies clavados con un solo clavo. Véase la figura correspondiente.

Como alguien le replicase al Dr. Barbet que los pies podían haber sido clavados por el tarso, en correspondencia con los carpos de las manos, probó de atravesar el tarso con un clavo. Hubo de dar más de 20 contundentes martillazos para atravesarlos; y... no lo consiguió sino rompiendo algunos huesos.

No obstante lo dicho, el Dr. Judica Cordiglia, en su último libro *(L'Uomo...)* indica que también podría interpretarse la figura que presenta el H. de la S. suponiendo que los pies le fueron clavados por separado, primero el derecho y luego el izquierdo con sendos clavos.

No habla Judica de experimento alguno. Antes subraya expresamente: «Las interpretaciones (de Barbet) no son menos probables que las nuestras».

En ambas hipótesis se supone que el pie derecho quedó plano so-

bre la superficie del palo vertical; sin subpedáneo por consiguiente, que, como dijimos, sólo apareció mucho más tarde.

Parece que la razón principal que mueve al Dr. Judica a formular su hipótesis es explicar el por qué el H. de la S. tiene el hombro derecho más bajo y el pie izquierdo más corto que el derecho.

Primero le habrían clavado el pie derecho, tirando de la pierna para que la planta del mismo quedase en contacto perfecto con el madero *en el centro* del stipes. Luego, al querer clavar el pie izquierdo, el cuerpo, que con el estirón se había ladeado ligeramente hacia la izquierda, no pudo ya ser enderezado sobre el eje del stipes, ni pudo el pie izquierdo alcanzar el nivel del derecho por estar éste firmemente clavado. Por ello tuvieron que doblar la rodilla izquierda; y aun así no lograron que la planta del pie izquierdo se aplicara del todo al poste. El clavo le penetraría oblicuamente hacia abajo por entre el astrágalo y el navicular y entre el cuboides y el calcáneo.

Aunque no entendamos en medicina, la teoría de Barbet nos parece más sencilla y congruente; y ella explica también, y tal vez mejor, la impronta plantar completa del pie derecho, el cruzamiento de los pies, la mancha de sangre sobre el empeine del pie derecho, la impronta incompleta del pie izquierdo, la aparente mayor cortedad de la pierna izquierda e incluso que el cuerpo aparezca ligeramente ladeado hacia la izquierda.

Referente al hecho de que el hombro derecho esté más bajo que el izquierdo, que es a nuestro entender el auténtico problema a resolver y que no resolvió tampoco satisfactoriamente el Dr. Barbet, creemos que el mismo Dr. Judica en un comunicado posterior ha dado una explicación más satisfactoria (cfr. *Sindon,* n. 25, p. 57). La expondremos en el capítulo siguiente, donde tiene su propio lugar.

Por su parte el Dr. Hynek añade: «Referente al número de clavos, un hecho importante permite asegurar que fueron tres, es decir que los pies fueron clavados con un solo clavo. Observando con atención las huellas dorsales se advierte que el eje de la cabeza y del tronco continúa en línea recta hacia el talón derecho. El cuerpo, por tanto aparece ligeramente ladeado hacia la izquierda». «¿Cómo ocurrió ésto? De un modo muy sencillo. La pierna derecha clavada en el centro del eje vertical del stipes quedó también en el centro del eje del cuerpo, aun después de la rigidez cadavérica. En la deposición de la cruz, la pierna izquierda fue separada de la derecha, sobre la cual había sido clavada obligándola a una pequeña flexión, y fue colocada en el plano de ésta, sin forzar para nada su ligera curvatura. Esto precisamente causó la diferencia de longitud en las piernas, que es de unos cuatro o cinco cm.» *(Lo que revela»...* p. 70).

Es impresionante ese ir y venir de los sabios, modificando y completando sus hipótesis hasta hallar una satisfactoria explicación de todos y cada uno de los problemas que encierra la correcta lectura de este misterioso *cuerpo del delito.* Es la expresión de su sinceridad: buscar la verdad más que sostener sus propias teorías. Esos son los auténticos sabios, que nos dan a nosotros una gran seguridad y verdadera satisfacción.

8. AGONIA HORRIPILANTE

Nos queda todavía otra constatación escalofriante que hacer, marcada también en la Sta. Sábana: cómo fue la lenta agonía del hombre envuelto por ella.

La llaga de la muñeca izquierda presenta dos regueros de sangre que forman entre sí un pequeño ángulo. Escribe Barbet: «Si se mira más de cerca la muñeca izquierda se advierte que hay dos coladas principales de sangre, salidas de una misma zona central, que es la llaga del clavo. Estas dos coladas son ligeramente divergentes formando un ángulo de unos cinco grados. Yo he meditado largo tiempo sobre esta extraña imagen, una de las más instructivas y más veraces de todo este estudio, sin captar sú significado. Por fin creo haberlo hallado en los cambios de posición del cuerpo» sobre la cruz *(La Pas...* p. 143).

Por supuesto que ambas coladas han fluido de la llaga «en vivo», es decir, mientras estaba el crucificado colgado del patíbulo y antes de morir. «La expulsión de sangre por la muñeca debió cesar muy pronto (aún en vida del ajusticiado), porque en tal lugar no se traspasa ningún gran vaso sanguíneo» (Hynek: *Lo que revela...* p. 42). La sangre de las muñecas supone, pues, la actividad cardiaca.

También los regueros que, partiendo de la llaga de ambas muñecas, van recorriendo los antebrazos hasta el codo presentan dos direcciones: una a lo largo del antebrazo y otra, a trechos, transversal y prácticamente paralela a los de la muñeca izquierda.

Recordemos además las dos direcciones divergentes de los regueros de sangre formados sobre las tres heridas de la frente: vertical uno y hacia la derecha el otro, que se formaron durante la permanencia sobre la cruz del H. de la S.

Todo esto ha movido a los estudiosos, especialmente a Mns. Ricci, a desarrollar la primitiva intuición de Barbet. Vamos a seguirles en sus deducciones.

Ante todo recordemos que el Dr. Ledény, catedrático de anatomía en Presburgo, descubrió «que la prolongada distensión de los brazos, cual sucede en la crucifixión, reduce enormemente la respiración por la insólita tensión del diafragma; de manera que basta ella sola para producir la cianosis y la sofocación» (Dr. Hynek: *Lo que revela...*» p. 55).

El profesor Herman Mödder quiso experimentarlo. Con la colaboración de algunos jóvenes estudiantes de medicina del Hospital S. Francisco de Colonia (1949) se suspendió, primero a sí mismo y después a sus discípulos, de una barra de hierro sujetándose a ella por las muñecas por medio de unas vendas de tela. Los resultados de esta benigna crucifixión fueron:

1.º descenso continuo de la presión
2.º fuerte aceleración del pulso
3.º reducción de la silueta del corazón con insuficiencia circulatoria del miocardio y colapso ortostático

4.º desvanecimiento a los 6 minutos (algunos jóvenes, a los 12 minutos).

En algunos experimentos se dio la posibilidad de apoyarse por unos momentos sobre un poyo con las puntas de los pies. En tal caso la circulación se volvía rápidamente normal y en brevísimo tiempo se verificaba el restablecimiento (cfr. Ricci, *La Sindone Sta.* p. 152).

Nos ha dicho Barbet que probablemente fue clavado el crucificado por sus muñecas con los brazos extendidos en posición perpendicular al cuerpo (90°). Al ser suspendido de la cruz el cuerpo, por su propio peso, descendería unos 25 cm. pasando los brazos de 90° a 65° y alargándose de 4 a 5 cm. De hecho los regueros de la mano y brazo izquierdo indican que éste formaba preferentemente sobre la cruz, un ángulo de 65°. Los pies fueron clavados, según él, formando los tarsos por delante un ángulo de 150°, y las rodillas por detrás uno de 120°.

«En esta posición, nos dice el Dr. Hynek, el peso del cuerpo produce terribles calambres generalizados, causados por una total tetanización de los músculos estirados.» El cuerpo era sostenido, según él «no por los huesos y tendones, sino únicamente por la musculatura». «El músculo, cuando está demasiado fatigado o excitado, reacciona de este máximo esfuerzo con una contracción espasmódica muy semejante al tétanos traumático.»

Los calambres empezarían en los músculos del antebrazo, que habrían de sostener el desproporcionado peso del cuerpo suspendido. Luego seguirían los calambres en los músculos de los brazos, en los del pecho, en los dorsales del tronco y del abdomen, y finalmente en los de las extremidades inferiores.

«Estos calambres producían un dolor enorme porque las extremidades de los nervios se comprimían fuertemente y la circulación de la sangre, por estas contracciones que comprimían también los vasos sanguíneos, se hacía fatigosa e insuficiente.»

«Fue también Barbet, nos dice el Dr. Hynek en otro lugar, quien descubrió involuntariamente otro nuevo y cruel manantial de indecibles tormentos para todos los crucificados. Los espantosos dolores producidos por la tetanización de los músculos se aumentan hasta el paroxismo por el espasmo de los nervios, cuando el cuerpo queda suspendido (como en nuestro caso) de un nervio herido o clavado.»

«Todo esto sucedía estando el ajusticiado en su pleno conocimiento, sin concederle un solo instante de tregua». (Cfr. *Lo que revela...* pp. 40, 41, 64 y 65).

En esta posición, pues, suspendido el infeliz crucificado por las muñecas y formando los brazos 65° con el tronco, no habría podido sobrevivir mucho tiempo. Pronto habría perdido el sentido y hubiera muerto a los pocos minutos. «Es cosa admitida en medicina legal que la posición del hundimiento, con la sola respiración diafragmática, el paciente, especialmente si ya está gravemente debilitado, después de un breve período de unos 15 minutos, muere por asfixia y por colapso ortostático.» (Ricci, *La Sindone Sta.* p. 153.)

Por ello, apoyándose el crucificado sobre los pies, se erguía. Los

brazos, según Barbet, pasarían de 75° a 70°, mientras el ángulo de los tarsos y el de las rodillas se abrirían también un poco. (Fig. 28.)

Con esto los músculos de los brazos y del tronco se distendían, y el crucificado podía expeler el aire del pecho y seguir respirando. Y aun hablar.

Estos movimientos alternantes de erección y hundimiento del H. de la S. sobre la cruz, con la consiguiente rotación de cada muñeca, e incluso de ambos pies sobre los clavos y la abrasión de los puntos de contacto entre ambos (clavo y muñeca) lo detectan perfectamente los estudios de la NASA. Y añaden sus autores que, para respirar, se encorvaba sobre sí mismo el infeliz, «evidentemente para mantener durante más tiempo la lucidez» (Jumper y Jackson, *La Gazzetta...* p. 38, c).

De este movimiento de descenso y de erección del cuerpo, y en consecuencia del movimiento de rotación de la muñeca sobre el clavo, aparecen en la Síndone, a más de las diversas direcciones de los regueros de sangre, otras señales inequívocas. Todo el dorso de la mano derecha, especialmente la parte correspondiente a los dedos, aparece fuertemente excoriado. Se ve que la mano «fue frotada con violentas maniobras, contra las asperezas de la cruz» (Judica, *¿Es Cristo...?* p. 59). Téngase presente advierte Mns. Ricci *(La S. S.* p.162) que, al erguirse, el cuerpo del crucificado se abalanzaba inevitablemente hacia adelante. Los brazos se convertían, en consecuencia, en

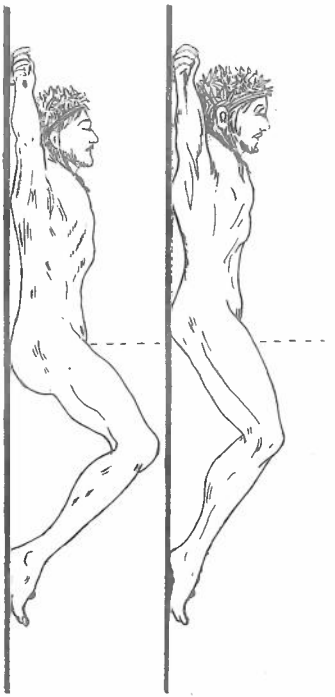


Fig. 28. Doble postura del crucificado, en estado de erección y de hundimiento, sobre la cruz.

una palanca de primer género cuyo punto de apoyo eran los mismos clavos. La extremidad más corta de la palanca estaba constituida por las manos, las cuales, por lo mismo, eran apretadas con fuerza contra la superficie rugosa del patíbulo. Al girar, pues, el brazo sobre el clavo, obligaba al dorso de las manos a rozar violentamente con el patíbulo rugoso. De ahí que aparezcan los dorsos de ambas manos fuertemente escoriados. (Lám. 11, A y Fig. 29.)

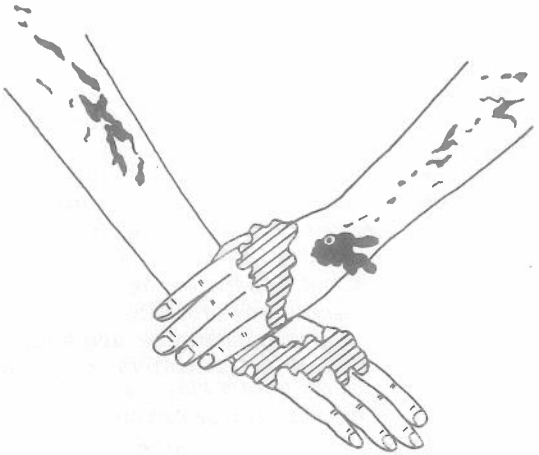


Fig. 29. Escoriaciones producidas en el dorso de ambas manos por el movimiento de rotación de las mismas en torno a los clavos, según Mons. Ricci.

También el esqueleto de Yehohanán, como hemos indicado ya, muestra evidentes señales del roce del clavo con el hueso cúbito en las cercanías de la muñeca a causa de este movimiento de rotación del brazo sobre el clavo mientras aquél pendía de la cruz.

Así se explica perfectamente, además, la práctica de quebrar las piernas de los crucificados usada con aquellos reos cuya muerte se quería acelerar. Era el golpe de gracia. Con las piernas quebradas, no podía ya el infeliz apoyarse sobre los pies para erguirse y seguir respirando. Y moría inmediatamente.

Estaba un amigo mío, M. Antoine Legrand, explicando en una conferencia este doble movimiento de hundimiento y erección del crucificado cuando uno de sus oyentes le interrumpió: «¿Ha vivido Vd. en Dachau?» La respuesta negativa de Legrand le sorprendió «porque la descripción, dijo, de la agonía de los crucificados (que el conferenciante acababa de exponer) coincidía exactamente con las torturas que él había visto inflingir en Dachau a otros deportados durante el invierno 1943-44».

Llamábase éste Sr. R. Gieser, luxemburgués, que, enrolado a la fuerza en el ejército alemán, había acabado siendo deportado a Dachau.

Pocos días después el P. G. Delory, que había sido capellán militar

clandestino de las juventudes S. T. O. en Alemania y había pagado su fidelidad al ministerio sacerdotal con la deportación a Dachau, le confirmaba a M. Legrand la narración de Gieser en todos sus puntos.

En resumen, la narración de estos dos testigos, según la narración de A. Legrand, venía a decir:

«Se suspendía al condenado por las muñecas de una barra horizontal. Desde el primer cuarto de hora, el condenado comenzaba a hacer contracciones, relativamente débiles y de poca amplitud. Estas contracciones se iban poco a poco ampliando y acelerando de donde se seguía un fuerte calentamiento del cuerpo y el agotamiento consiguiente con sudores.»

«Después de una hora de suspensión, el paciente no podía ya espirar el aire viciado que le llenaba el pecho y hacía unas contracciones de los brazos a razón de cerca de una cada dos minutos. Con el tiempo las contracciones se debilitaban.»

«Sucedía que, a veces, un individuo particularmente vigoroso se mantenía en contracción durante bastante tiempo (de 30 a 70 segundos) para reanudar su respiración. En este caso le gravaban los pies suspendiendo pesos de ellos.»

«Sólo al final del suplicio, cuando las fuerzas traicionaban al paciente, comenzaba la asfixia con una rapidez que iba de 2 a 4 minutos. A los individuos robustos les quitaban entonces los pesos de los pies, lo que hacía revivir al condenado permitiéndole nuevas contracciones. Así se prolongaba el suplicio.»

«La caja torácica estaba hinchada al máximo; por el contrario, el hueco epigástrico estaba extremadamente acusado y el vientre muy hundido.»

«Cuando los brazos estaban atados verticalmente en la prolongación del cuerpo, la muerte llegaba al cabo de tres horas; si los brazos estaban algo más separados, a las seis horas.»

«El sudor mojaba todo el cuerpo, comprendidos los cabellos y la barba» a pesar de que la temperatura ambiente era inferior a 0°...

«Al final del suplicio, el sudor parecía aumentar... las gotas corrían gruesas y caían canalizadas por los dedos gruesos de los pies para formar sobre el suelo de cemento charquitos húmedos de poca extensión».

«La caída de este sudor era para los detenidos, testigos forzados de la tortura, la señal de que a su desgraciado camarada no le quedaban más que uno o dos minutos de vida.»

«Después de la muerte, la parte inferior del vientre se hinchaba, pero el hueco epigástrico quedaba considerablemente acentuado. La coloración de la piel se volvía violeta. La cabeza caía hacia delante en el eje del vuerpo, cuya rigidez era extrema.»

«Tal es, en su realismo brutal, la muerte por suspensión.» (A. Legrand: *«Le Linceul de Turin»* pp. 160-163). Ella nos puede dar luz para conocer más a fondo la agonía y muerte del H. de la S. Notemos, con todo, que los ángulos de los brazos de éste, siendo más abiertos que los de las víctimas de Dachau, no le permitían erigirse haciendo fuerza con sus brazos. Necesitaba para ello apoyarse en los pies.

Otra observación podemos hacer con el Dr. Hynek: «Los calambres continuos (producirían) seguidamente un estado febril, proveniente del derroche enorme de energía muscular. Se ha podido comprobar, en muertos a consecuencia de tétanos traumático, que la temperatura puede llegar hasta los cuarenta y cuatro grados centígrados» con abundante sudor *(Lo que revela...* p. 65). Es decir, que el crucificado había de padecer un frío intenso, desnudo como estaba, a más de la sed abrasadora que le devoraba por la pérdida de tanta sangre y por la abundancia de sudor derramado.

Pero el tormento intolerable que debía acrecentar hasta el paroxismo los dolores tetánicos de nuestro crucificado debían ser esos movimientos de rotación de las muñecas sobre el clavo como eje. Ya hemos indicado cómo el nervio mediano quedó siempre seccionado en parte, en los experimentos de Barbet, «por su parte interna, que es exclusivamente sensitiva, jamás quedaba seccionado del todo» *(La Passion...* p. 158). Restregar, pues, constantemente (por el movimiento de los brazos) y con fuerza (por la tensión de los mismos bajo el peso del cuerpo) un nervio sensitivo herido con un objeto duro, cual eran los clavos, había de producir un dolor de paroxismo.

Nada raro que el prof. Tamburelli crea descubrir en su fotografía tridimensional que el H. de la S. perdió el conocimiento durante unos minutos al menos, antes de fallecer, por la violencia del dolor. Escribe: «El arrugamiento del grumo (de sangre) sobre el ojo izquierdo indica que inicialmente el hombre no se había desvanecido, pero la sucesiva desviación de los reguerillos hacia la derecha y hacia adelante indica que probablemente se desvaneció antes de morir, dado que la salida de sangre en tales regueros desviados resulta todavía copiosa» *(Actas II Congr.* p. 181) (Lám. 12, C).

Para poder realizar estos movimientos de erección y hundimiento del cuerpo, no sólo las muñecas habían de girar sobre el clavo que las sujetaba sino también los pies sobre el suyo propio. Señales de este giro son, para Mns. Ricci, los tres diversos regueros de sangre que, saliendo del agujero del clavo del pie derecho, se dirigen hacia los dedos. *(La Sindone Sta.* p. 154). Este giro, con todo, no sería ni con mucho tan doloroso como el de las muñecas por no rozar aquí el clavo con ningún tronco nervioso sensitivo importante.

Una consecuencia: Estos movimientos de erección y hundimiento del cuerpo sobre la cruz excluyen categóricamente que se le hubiera colocado al H. de la S. sedile sobre el stipes o le hubieran atado los brazos por las axilas al patíbulo. Con cualquiera de estas dos cosas hubieran resultado innecesarios e imposibles tales movimientos.

Se ve, pues, que para el Hombre de la Sábana Santa se escogió la crucifixión más dolorosa que existía: clavos y no cuerdas, clavado por las muñecas, con lesión del nervio mediano en su parte sensitiva, y no en el antebrazo, y carencia de sedile para descansar sobre él.

El Dr. Barbet concluye: «Soy cirujano. He desempeñado cátedras de anatomía durante largo tiempo. He vivido durante trece años en estrecho contacto con cadáveres y he pasado toda mi carrera examinando cuerpos vivos (hasta 30 operaciones por semana). Pues bien: la

mera idea de que un artista del siglo XIV hubiera podido concebir y luego ejecutar por su cuenta estas imágenes negativas provocan la indignación de cualquier fisiólogo o cirujano. Esta imagen es de por sí la prueba suficiente de que nadie ha tocado la Síndone más que el crucificado (que por ella fue envuelto) en persona» *(Doctor at Calvary,* New York, 1953, p. 73). Tan real en su anatomía y sobre todo el proceso de coagulación de su sangre.

También el prof. Tamburelli se declara abiertamente contra la posibilidad de que la Síndone pueda ser obra manual. Escribe: «El hecho de que algunos de estos detalles hayan emergido sólo después de la elaboración tridimensional excluye la posibilidad de cualquier intervención manual en la formación de la imagen de la Síndone» *(Actas II C.* p. 183).

Queda por precisar, si es posible, la postura de los brazos y del tronco sobre la cruz en ese alternante erguirse y desplomarse del cuerpo del crucificado.

Ya hemos indicado que el Dr. Barbet supuso que el H. de la S. había sido clavado en el patíbulo con los brazos del todo extendidos, formando un ángulo de 90° con el tronco. Al hundirse después el cuerpo por su propio peso, al ser incrustado el patíbulo sobre el stipes, los brazos habrían tomado la angulación de 65°. Al apoyarse sobre los pies para erguirse y poder respirar, los brazos tomarían la posición de 70°.

Observemos los regueros de sangre marcados sobre ambos antebrazos (Fig. 30). En ellos se distinguen, ante todo, dos direcciones prevalentes: una que va desde la herida de la muñeca hasta el codo, a lo largo de todo el antebrazo, donde forma un grumo (codo derecho) y de donde caía al suelo, y otra que de cuando en cuando se aparta de esta dirección para caer, transversalmente, hacia abajo. Esta segunda dirección es prácticamente igual a la de los dos regueros de la muñeca izquierda. Podría indicar la dirección vertical de la sangre cuando los brazos formaban 65° con el tronco. Es decir, cuando el cuerpo estaba hundido y pendiendo sólo de las muñecas.

Cuando, en cambio, el crucificado, apoyándose sobre los pies, se erguía para poder expeler el aire viciado de los pulmones, su cabeza subía unos 20 cm., y los antebrazos debían tomar una posición casi vertical. Por ello los regueros de sangre seguían el eje del antebrazo hasta el codo. Los surcos formados sobre el antebrazo por los músculos en tensión no bastan para canalizar la colada en una dirección contraria a la gravedad. No son suficientemente profundos.

Por esta razón el eminente sindonólogo y artista A. Legrand, cree que los brazos no podían estar clavados completamente extendidos formando 90° con el tronco. Para cerciorarse, hizo bastantes pruebas. Escribe: «Después de reproducir sobre una persona viva (estos regueros de sangre), la distancia entre sí de los clavos de ambas muñecas se revela que debía ser cerca de 1,80 m. En este supuesto, la inclinación de los antebrazos corresponde perfectamente a las coladas paralelas a las de la muñeca (izquierda)».

Si se disminuye la separación de los clavos entre sí, aunque los

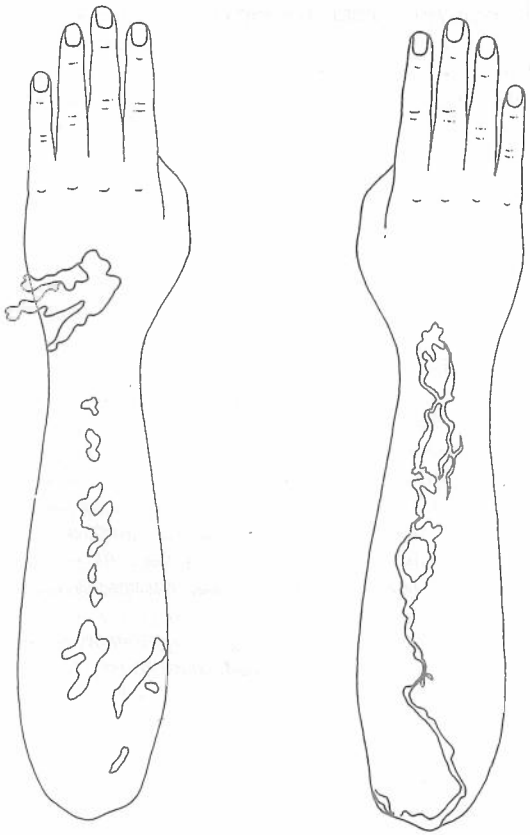


Fig. 30. Regueros de sangre marcados sobre ambos antebrazos.

antebrazos puedan tomar la posición casi vertical al erguirse el cuerpo, cuando éste se deja caer y pende sólo de las muñecas, las coladas transversales existentes en los antebrazos no siguen ya la vertical. En cambio, si se alejan los clavos hasta clavar los brazos completamente horizontales, las coladas transversales de la muñeca y antebrazos quedan suficientemente verticales, pero las que corren a lo largo del antebrazo no serían verticales al erguirse el cuerpo (A. Legrand, *Le Linceul...* p. 152).

Presentó el Sr. Legrand sus experiencias al Dr. Barbet y éste aceptó plenamente sus conclusiones (cfr. *La Passion...* p. 159).

En tal caso las dos posiciones de los brazos en la cruz serían prácticamente las indicadas en la figura 31.

Los autores que sostienen esta hipótesis suponen que las diferencias que se ven entre las coladas del antebrazo derecho y las del izquierdo se deben sólo a que las del derecho quedaron perfectamente

calcadas, mientras que las del izquierdo no. En realidad, sobre el H. de la S. ambas serían prácticamente idénticas. Recordemos que todo el costado derecho del cadáver ha quedado mucho mejor marcado sobre la Sta. Sábana por estar más al alcance de las manos de la persona que, a última hora, aderezó la Sábana sobre él.

Pero Mns. Ricci no es de este parecer. Cree que ambas coladas son realmente distintas y que arguyen una posición diferente de los brazos cuando el H. de la S. se erguía sobre sus pies en la cruz.

En confirmación de esto, cree advertir, que el ángulo formado por los dos regueros visibles sobre la muñeca izquierda forman un ángulo de 25°, no de 5° como indicara Barbet.

Hay que explicar además el por qué las tres heridas de la frente (A1, A2 y A3), debidas a las espinas, presentan sólo dos regueros de sangre y bien definidos: uno vertical y otro hacia la derecha, los tres con el mismo ángulo. La cabeza del crucificado debió de estar, pues, inclinada largos ratos en dos posiciones fijas y alternantes: unas veces hacia la derecha y otras hacia adelante, nunca hacia la izquierda o en posiciones intermedias; mientras estuvo vivo sobre la cruz.

Por todo ello supone Mns. Ricci, como A. Legrand, que el H. de la S. no fue clavado en el patíbulo con los brazos completamente abier-

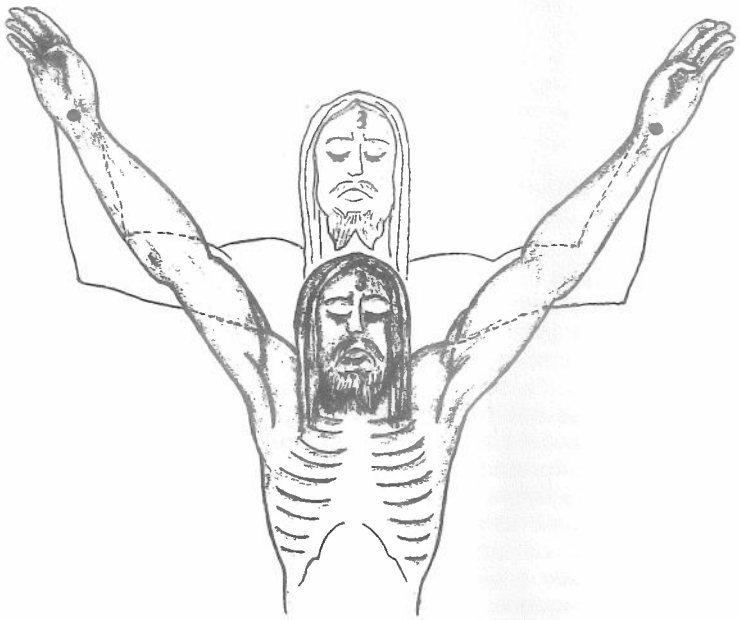


Fig. 31. La doble postura que tomarían los brazos del crucificado sobre la cruz, según M. Legrand y el Dr. Barbet.

tos y formando ángulo recto con el tronco, sino a una distancia menor, formando con el tronco un ángulo de 48° a 50°, que es el ángulo que corresponde a los regueros transversales del antebrazo izquierdo.

Supone que una vez clavadas las muñecas en el patíbulo y encajado éste sobre el stipes, dejaron un rato el cuerpo colgando sólo de los brazos. Entonces se formó el reguero primero de la muñeca izquierda que llama la atención por lo rectilíneo que es.

Pronto tuvieron que clavarle los pies, pues de lo contrario hubiera muerto el reo por asfixia; ya que con los brazos tan abiertos no podía con ellos hacer fuerza para erguirse. Era preciso clavarle los pies para que, apoyándose sobre ellos, pudiera elevarse y expeler el aire viciado de los pulmones; y... así prolongar su terrible agonía.

Al tener los pies clavados, pudo ya apoyarse sobre ellos y erguirse. Entonces tomaría la postura indicada en la figura 32 con la cabeza inclinada hacia la derecha.

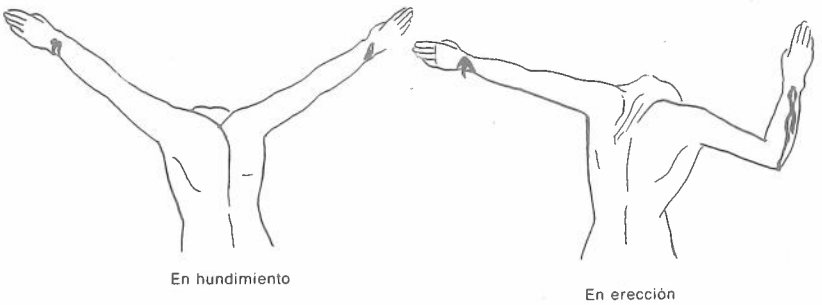


Fig. 32. Las dos posturas adoptadas por el crucificado sobre la cruz, según Mons. Ricci.

Luego volvería a dejarse caer, pendiendo sólo de los brazos.

«Esta alternativa de movimientos, dice, pienso que, muy probablemente, se verificó sólo pocas veces y al principio de la crucifixión. Al sobrevenir los calambres musculares bien pronto fijaron éstos al crucificado en la posición de erección. La cual debió perdurar hasta después de muerto, es decir, hasta que la rigidez cadavérica se apoderó de manera estable del cadáver.» *(La Síndone Sta.* p. 162.)

No tenemos autoridad para dilucidar entre ambas teorías. La de Mns. Ricci, explica tal vez mejor el *diferente trazado* de los regueros sanguíneos del antebrazo derecho y del izquierdo, la forma singular de los dos reguerillos que surcan, entrecruzándose, el antebrazo derecho hasta el codo y sin salirse nunca del antebrazo para caer al suelo, y los dos regueros que salen divergentes 25° del agujero de la muñeca izquierda por su parte dorsal.

Los dos regueros del antebrazo derecho son continuos, hasta el codo, donde se formó un gran grumo de sangre antes de caer de allí al suelo. Los coágulos del antebrazo izquierdo son discontinuos y con

predominio de los regueros transversales en dirección al suelo. La sangre no llegó en él al codo. Se ve que la sangre fluyó en abundancia hasta el codo en el antebrazo derecho y no así en el izquierdo.

Causa por tanto la impresión de que el antebrazo derecho estuvo en posición vertical sobre la cruz mucho más tiempo que el izquierdo.

Pero sobre todo la hipótesis de Mns. Ricci explica mejor, a nuestro entender, las tres dobles coladas de la frente (A1, A2 y A3 de la Lám. 18, B), que quedan sin explicar en la primera hipótesis. La cabeza del crucificado adoptó sobre la cruz dos posiciones bien definidas, sostenidas y distintas: una hacia la derecha y otra hacia adelante. La inclinación hacia la derecha no se explica tan fácilmente en la primera hipótesis.

Otra congruencia favorable: Tal vez el mayor destrozo que hemos constatado anteriormente en la mano derecha, se deba a este mayor esfuerzo realizado por ella en ese reiterado erguirse y hundirse del cuerpo sobre la cruz en la forma indicada por Mns. Ricci, sin necesidad de tener que suponer un reiterado clavado y desclavado de la misma, que parece menos verosímil. En la hipótesis de Mns. Ricci, el movimiento de rotación de la mano derecha sobre su clavo sería mucho más amplio que el de la mano izquierda. Además en esta hipótesis, la mayor parte del peso del cuerpo debía gravitar sobre la muñeca derecha. Aunque, según Hynek, también en la primera hipótesis, «todo el peso del cuerpo... siendo suspendido sólo de tres clavos, estaba sostenido especialmente por la pierna y el brazo derechos. Ambos estaban en la máxima tensión y tuvieron que soportar, además, la contracción de la musculatura; y después de la muerte quedaron, por tanto, más rígidos» *(Lo que revela...* p. 71).

El Dr. Caselli advierte, por su parte, que los dos regueros de sangre que se ven en el dorso de la muñeca izquierda son de carácter venoso. El clavo ha dañado allí «vasos cutáneos de la red venosa dorsal de la mano, que en aquel punto se reúne en vasos de cierta importancia». En cambio «los regueros tortuosos que descienden a lo largo del antebrazo izquierdo provienen ciertamente del agujero de entrada del clavo por la parte palmar. Su carácter es prevalentemente arterial, y provienen de las arterias volares del carpo». Así se explica el espacio libre de sangre, que se observa al comienzo del antebrazo, junto a la muñeca. Por la postura del antebrazo, en la cruz, la sangre pasaba de la parte delantera a la posterior del antebrazo. Esto confirmaría también la diferente postura prevalente de ambos brazos sobre la cruz.

Como se ve, quedan todavía no pocos puntos oscuros en la «lectura» de la Sta. Síndone, que espolean a los científicos a su estudio.

Para concluir este apartado, escribe Mns. Ricci: «El aspecto técnico revelado no más que por la indagación hecha sobre esta herida del carpo izquierdo indica tal refinamiento que era capaz de acabar con la vida de cualquier crucificado en pocas horas». *(La Síndone Sta.* p. 163.)

Y el Dr. Hynek anota por su parte *(Lo que revela...* p. 72): «La muerte en cruz era verdaderamente la más atroz. Las fuerzas del condenado se consumían lentamente y le causaban tremendos calam-

bres» ... «que con pleno conocimiento, se le extendían hasta el diafragma y a todos los músculos dilatadores y compresores del tórax» (p. 65). Es la tetania.

«Por el progresivo desgarramiento el dolor aumentaría tanto, que arrancaría a los crucificados enervantes gritos.» *(Lo que revela...* p. 72.)

«Nunca hubiera podido creer ni imaginar siquiera, que (la crucifixión) tuviera tanto de atroz y de cruel, como nos lo da a entender la Sta. Síndone con su mudo pero elocuentísimo lenguaje... La crucifixión excede en crueldad a todo cuanto podemos imaginar» (ob. cit., p. 51).

Antes de cerrar este apartado consignemos también una observación hecha por Gerard Cordonnier *(La Pass. et le crucif...* p. 17). «Algunas llagas le supuran, dice, infectadas ya antes de la muerte (del H. de la S.)... Se observan numerosos cercos en torno a ellas». Lo que confirma Barbet *(La Passion,* p. 253).

9. MUERTO

En medio de tan atroces tormentos le llegó la muerte. Agotadas sus fuerzas físicas, llegó un momento en que ya no pudo el crucificado erguirse sobre sus pies, y quedó en la posición de desplome, pendiente sólo de las muñecas. En esta postura se presentaba inmediatamente la asfixia. Inclinada, pues, la cabeza hacia adelante, expiró.

«Mientras el crucificado tenía vida, nos dice Barbet, le era posible inclinar la cabeza hacia los lados, solamente si estaba en posición erguida. Si se dejaba caer, la tetania, que afectaba igualmente las dos masas musculares de ambos lados del cuello, derecho e izquierdo, le obligaba a mantener la cabeza simétrica, más o menos inclinada hacia delante o hacia atrás, según predominasen los esternocleidomastoideos o los trapecios.»

«Al morir, el mismo equilibrio de los músculos, fijados por la rigidez cadavérica en la posición de tetania, había de imponer a la cabeza una posición centrada, simétrica e inclinada hacia delante sobre el esternón. Los dos esternocleidomastoideos, músculos robustos inspiradores, quedaban contracturados[89] por la asfixia.» *(La Pass.* p. 164.)

De hecho el H. de la S. presenta la cabeza centrada y ligeramente inclinada hacia adelante.

Y naturalmente la muerte le sobrevino sobre la cruz. Escribe el prof. Tamburelli, basándose en sus propias fotografías tridimensionales:

«La posición de la sangre (sobre la cara), casi limitada a la parte anterior del rostro, indica bien a las claras que el H. de la S. murió sobre la cruz. De lo contrario existirían reguerillos y grumos de sangre sobre las partes de menos relieve del rostro y en el hueco de las órbitas de los ojos» *(Actas...* p. 181).

---

[89] Contractura es una contracción permanente e involuntaria del músculo, el cual se presenta duro al tacto, rígido y resistente, aunque retenga cierta elasticidad fluctuante. Contracturado es, pues, un músculo en contractura.

Es decir, el hombre murió en posición más o menos erecta y con la cabeza inclinada hacia adelante. Cuando fue bajado de la cruz, ya no salía sangre de sus heridas de la cabeza: había muerto.

Los expertos en medicina legal subrayan «la acentuada rigidez del H. de la S., característica de las muertes excepcionalmente fatigosas y dolorosas» *(La Sindone.* Comitato per l'ostensione, p. 12). Esta rigidez cadavérica le sobrevino casi instantáneamente en el momento de expirar. «Después de esta lucha física espantosa, anota el Dr. Barbet *(La Pass...* p. 193), después de esta tetania, la rigidez debió de ser brutal, instantánea, total de un golpe.»

De la misma opinión es el Dr. Hynek *(Lo que revela...* p. 65), quien aduce como ejemplo la rigidez instantánea del ciervo sometido al máximo esfuerzo muscular en la caza de acoso a caballo. «Cuando recibe el golpe de gracia, el cuerpo se queda instantáneamente rígido.»

Las señales de esta rigidez las describe Hynek: «En la figura frontal llama la atención el que se descubra tan poca cosa de la parte inferior del cuello, de las clavículas y de la parte superior del pecho. La musculatura del cuello forma con los cabellos una única masa adherente, primeramente sobre el leño de la cruz y luego sobre la Sábana. La maciza corona de espinas inclinaba algo hacia delante la cabeza e impedía que se formase el opistótono[90] del cuello, que es la forma final y más intensa de este tetanismo regular. Por esto en la figura posterior se observa el cuello fuertemente marcado».

«Mucho más importantes, sin embargo, son las observaciones que podemos hacer sobre los músculos pectorales mayores, los más fuertes para la dilatación del tórax necesaria a la respiración, los cuales, a causa de los calambres, habiéndose contracturado en la rigidez cadavérica, quedaron contraídos y salientes.»

«También en la espalda los omóplatos, con toda su musculatura, se presentan muy contraídos y adherentes a las costillas.»

«Los calambres del diafragma son fáciles de distinguir por el hecho de que el epigastrio ha sufrido una depresión y el hipogastrio en cambio es prominente.»

«Al tétanos traumático debe atribuirse la notable y característica conformación de la gran musculatura dorsolumbar, que describe una curva convexa hacia adelante, llamada lordosis[91]. Esta lordosis lumbar, en el cuerpo del (H. de la S.), era tan pronunciada que cuando se le hubo bajado de la cruz y colocado en posición horizontal, la sangre procedente de la vena cava inferior y de las venas hepáticas no pudo seguir hacia abajo en dirección a los músculos glúteos, sino que debió desviarse hacia el costado izquierdo. Este hecho queda testificado en el Sagrado Lienzo.» De esto hablaremos en seguida.

---

[90] *Opistótonos* es «una forma de espasmo tetánico en el cual el cuerpo forma un arco apoyado por el occipucio y los talones» (Espasa).

[91] *Lordosis* es la incurvación de la columna vertebral, de prominencia anterior, debida a una flexión forzada del muslo o a parálisis de los músculos motores de la columna o de los extensores del abdomen.

«Los glúteos están marcados en la Sábana intensamente, el derecho más que el izquierdo debido a la flexión de la rodilla izquierda.»

«La rigidez cadavérica en los crucificados... era más pronunciada en las extremidades superiores por el esfuerzo de la suspensión del cuerpo, que pesaba casi exclusivamente sobre ellas.»

«La rigidez de los músculos deltoides (hombro-brazo) no era tan resistente que no pudiera ser superada por la fuerza. Los brazos pudieron así ser dispuestos a lo largo del cuerpo y los antebrazos cruzados, con la mano izquierda sobre la derecha, como se ve en la Sábana Santa.»

«Todo el peso del cuerpo..., siendo suspendido sólo por medio de tres clavos, estaba sostenido especialmente por la pierna y el brazo derechos. Ambos estaban en la máxima tensión y tuvieron que soportar, además, la contracción de la musculatura. Por ello después de la muerte, quedaron más rígidos.» *(Lo que revela...* p. 67-71.)

Otra cosa que llama la atención en este singular crucificado es que no le rompieron las piernas, como era lo corriente. No pudiendo deberse a una muerte retardada y por extenuación, dada la ausencia de sedile, hay que concluir que murió prematuramente, antes del tiempo en que se solía ejecutar el golpe de gracia. La extremada dureza de la ejecución, con la durísima flagelación sistemática precedente, la coronación de espinas, las caídas camino del suplicio, la crucifixión con clavos en la muñeca y la ausencia de cuerdas avalan esta suposición.

En cambio le abrieron el costado derecho con una lanza.

«La razón de este golpe de lanza propinado extrañamente a un cadáver, escribe Barbet, (es que) el cuerpo del ajusticiado debía haber sido legalmente entregado a la familia por el juez. Pero el verdugo no lo podía entregar sin haberse antes cerciorado de su muerte y, si era preciso, provocarla con una lanzada que le abriera el corazón. Este gesto, que nos parecía extraño, no es más que la ejecución de un reglamento militar» *(La Pass.* p. 171). Aunque el crucificado, pues, estuviera ya muerto, y precisamente por estarlo no se le quebraran las piernas, quiso el verdugo practicar esta cautela.

«La lanzada alcanzó la aurícula derecha del corazón, perforando el pericardio» sigue Barbet, de donde la abundante sangre y suero que salió de la herida.

Efectivamente, sobre el costado derecho del H. de la S. aparece clara una herida oval de 4,4 cm. de larga por 1,4 cm. de ancha. Su eje mayor está ligeramente inclinado hacia arriba por el lado exterior del cuerpo.

Esta herida ha sido causada por un instrumento de punta con dos aletas laterales cortantes; es decir, por una lanza. De ahí la forma elíptica de la herida (Judica).

De ella fluye una masiva colada de grumos de sangre, cortada en parte (en su borde exterior) por uno de los pedazos de tela cosidos por las clarisas de Chambéry después del incendio de 1532. Ella se extiende por arriba en una anchura de al menos 6 cm. y desciende ondulante, estrechándose hacia abajo, como unos 15 cm.

Su borde interior está extrañamente recortado por escotaduras re-

dondeadas, que no se explican bien de buenas a primeras en una colada de sangre sobre un cadáver inmóvil y vertical. La colada no se extiende de manera homogénea, antes presenta incluso algunos pequeños espacios intermedios no teñidos y blanquecinos.

«Ningún pintor, concluye el Dr. Barbet, ha pensado jamás en representar una colada de sangre tan irregular. Por consiguiente hay que pensar que corresponde a una realidad. Una vez más es la imaginación de los artistas la que falla. Sólo la naturaleza, y por consiguiente el lienzo (que la recoge), podía anclarse en la impecable verdad.» *(La Pass...* p. 175.)

El artista M. Antoine Legrand tuvo la ingeniosa idea, partiendo de los puntos de referencia que fijaremos luego, sacados del lienzo, de pintar la llaga del costado y el coágulo que la acompaña sobre el pecho, de músculos bien desarrollados, de un hombre de la talla del H. de la S. La pintura fue hecha, naturalmente, en la posición del amortajamiento con las manos cruzadas sobre el hipogastrio. Luego le hizo tomar la posición de crucifixión, con los brazos a 65°. Pues bien, en esta posición, vio inmediatamente cómo las costillas medianas se destacaban con fuerza, y sobre cada una de ellas la extremidad anterior de una digitación del músculo gran serrato. A cada ondulación del borde del coágulo correspondía una de estas prominencias musculares. La posición, pues, de los brazos, costillas y músculos pectorales durante la crucifixión explican la extraña figura de esta mancha de sangre. Ella se formó estando todavía pendiente de la cruz el crucificado.

«Los pintores, concluye Barbet, pintan coladas de sangre, pero ellos ignoran que la sangre debía extenderse, retardarse en su descenso y coagularse más fácilmente en un grumo más ancho en cada uno de estos huecos intermusculares.»

La mancha, vista a plena luz del día, resalta sobre el color bistre del lienzo por su color carminoso, como las demás manchas de sangre, pero más oscuro que el de ellas (Judica).

«Ha existido allí evidentemente un importante derramamiento de sangre, una gran parte de la cual ha debido caer a tierra y el resto se ha coagulado al contacto con la piel por capas sucesivas. La parte superior del coágulo, la más cercana a la llaga, es la más espesa, como es la más ancha, porque la colada era masiva...» Otra cosa sucede cuando la sangre brota lentamente, se para en su descenso y se acumula delante de un obstáculo, como es el caso de la colada de la frente, ya estudiada. De la forma de esta colada, ancha por arriba y estrecha por abajo, deduce Barbet que la sangre salió a presión, a manera de chorro que saltó hasta el suelo. (Lám. 11, C.)

«La extremidad inferior interna de la llaga está situada sobre una horizontal que pasaría a 3 cm. por debajo de la punta del esternón, y a 12 cm. de la línea media del cuerpo. La extremidad superior externa está sobre una horizontal que pasaría a 0,5 cm. por debajo de la punta del esternón y a una distancia de 16 cm. de la línea media» (Barbet, *La Pass.,* p. 177).

La sangre de esta colada es claramente postmortal, densa y oscu-

ra, que se deslizó, como cualquier otro líquido, por su propio peso, puesto que habían cesado ya, con la muerte, los latidos del corazón (cfr. Hynek, o.c., p. 45). Los grumos de sangre aparecen como aureolados por líquido seroso (Ricci, *La Sta. Sindone,* p. 187).

Recordemos además, lo dicho en el cap. IV, que esta colada de sangre no habría podido ser registrada en la Síndone si ésta no hubiera sido aplicada sobre el tórax, hundiéndola suavemente entre el pecho y el brazo derecho; el cual, por esta razón, aparece más alejado del cuerpo y más anguloso que el izquierdo, como advirtió sagazmente Antoine Legrand (Dossiers du Saint Suaire, París, nov. 1939).

Por último, el Dr. Barbet, colocando una plaquita metálica del tamaño y forma de esta llaga y fijándola (según las medidas señaladas más arriba) sobre el pecho de alumnos de talla semejante a la del H. de la S., pudo deducir por medio de radiografías que la lanza se había introducido por el espacio intercostal quinto deslizándose por encima de la sexta costilla, había atravesado la pleura y el pulmón y había alcanzado la aurícula derecha del corazón, que se halla a 8 cm. del centro de la herida.

La dirección de la lanza hubo de ser una línea bastante cercana a la horizontal, un poco oblicua hacia el centro del pecho y hacia arriba (Fig. 33).

Si la dirección de la lanza hubiera sido una línea más cercana a la vertical, difícilmente hubiera podido perforar el espacio intercostal. Hubiera resbalado por encima de las costillas; y si lo hubiera perforado, se habría perdido en el pulmón, donde a lo más hubiera cortado algunas venas pulmonares. Hubiera salido sólo una pequeña cantidad de sangre, no el chorro que se ve en la Síndone. La llaga cae claramente por encima del hígado.

Ya hemos indicado cómo el Dr. Barbet cree que la cruz era baja, de unos dos metros de altura a lo más. Bastaba, pues, que un soldado de a pie levantara el brazo en posición de ataque para poder infligir tal lanzada.

Y añade el Dr. Barbet: «Este golpe a la derecha, al corazón, *siempre mortal,* debía ser clásico y enseñado en la esgrima de los ejércitos romanos; tanto más cuanto el costado izquierdo estaba normalmente cubierto por el escudo. Por otro lado, releyendo los Comentarios de César *(De bello gallico,* lib. I, 25,6; lib. VII, 50, 1; *De bello civili,* lib. III, 86,3) me encuentro con que la expresión «latus apertum» (costado descubierto) era clásica para designar el costado derecho... Las heridas asestadas en los espacios intercostales, al borde derecho del esternón, son fatales, porque abren la pared muy delgada de la aurícula derecha. Y esto es verdad, generalmente, a pesar de la intervención rápida del cirujano». Y aquí es bien evidente la intención del soldado ejecutor de infligir la muerte al crucificado, caso de que no estuviera ya muerto.

«En consecuencia, sigue el Dr. Barbet, la punta pasa naturalmente a través de la parte anterior, estrecha, del pulmón derecho y afecta, según las radiografías (hechas por él para confirmar su teoría) el borde derecho del corazón, después de un trayecto de 8 cm. de longitud.»

Fig. 33. Lanzada en el costado.

Tengamos presente, prosigue el ilustre cirujano, que «la parte del corazón que desborda por la derecha el esternón, es la aurícula derecha. Y esta aurícula, prolongada hacia arriba por la vena cava superior y hacia abajo por la vena cava inferior, está siempre, en los cadáveres (recientes), rellena de sangre líquida».

«Si la lanzada le hubiera sido dada en el lado izquierdo, habría desgarrado los ventrículos, que están vacíos de sangre en los cadáveres. No habría podido salir una colada de sangre» *(La Passion...* pp. 180-181).

Ya se nos perdonarán citas tan largas; pero pronto veremos que son necesarias dado el empeño de algunos por tergiversar los hechos. Al fin y al cabo son ellos, los sabios, los auténticos detectives que nos llevan de la mano en esta investigación.

Y continúa el Dr. Barbet describiendo las múltiples experiencias repetidas por él sobre cadáveres con gruesas jeringas aspiradoras. Mientras no perforaba la aurícula derecha no encontraba sangre ni

otro líquido alguno. Al atravesar la aurícula, inmediatamente podía llenar la jeringa de sangre líquida. La misma experiencia repitió clavándole al cadáver un largo cuchillo de amputar. Al traspasar la aurícula derecha le salía un chorro de sangre a lo largo de la hoja, a través del túnel excavado en el pulmón. Cada experiencia era seguida de la correspondiente disección.

«La sangre, pues, proviene naturalmente del corazón y no puede venir, en tal cantidad, más que de allí», concluye el ilustre cirujano.

Todavía nos espera otra sorpresa. De esta llaga del costado derecho salieron dos coladas distintas. Una, la más abundante, es la descrita: vertical, sobre el costado derecho del pecho, formada mientras el cuerpo estaba erecto y pendiente de la cruz.

Pero sobre la imagen dorsal del Lienzo se ve en la base del tórax... un importante reguero transversal de coágulos, bastante ancho sobre el borde derecho del tronco que se divide luego en varios reguerillos, hasta alcanzar el borde izquierdo. Se trata evidentemente de una colada de sangre, como lo delata el color rojizo de la misma vista a la luz del día. El mismo color carminoso que presenta la colada vertical de la misma herida, en el costado derecho, especifica el Dr. Vignon *(Le Saint Suaire...* p. 25) y el mismo que presenta el reguero de la frente en forma de 3 y el de la muñeca izquierda. (Lám. 11, D.)

Su origen es claro. Mientras estuvo el cuerpo erecto sobre la cruz se vació, por la herida del costado, la aurícula derecha y la vena cava superior que en ella desemboca. Pero al poner el cuerpo en posición supina para llevarlo al sepulcro, pudo irse vaciando por la misma aurícula, la vena cava inferior que había quedado completamente llena de sangre sobre la cruz. Esta es larga y gruesa y todos los cirujanos saben que al cortarla en una autopsia se provoca al instante una verdadera inundación de sangre en el vientre. Resbalando, pues, esta sangre de la herida transversalmente por el costado derecho hasta la espalda, formó allí esos reguerillos de coágulos. Recordemos que, como indicamos, el cuerpo fue llevado, al parecer, al sepulcro todavía clavados los brazos en el patíbulo y en posición supina. El cuerpo estaba rígido. Por ello era natural que la sangre proveniente de la herida del costado resbalase por la espalda en forma de reguerillos, según los movimientos que los portadores transmitían al cadáver.

Para explicar mejor la forma de este reguero, que va de parte a parte del tronco, y también por el excesivo peso del cadáver (unos 80 kilos) más el patíbulo, al que él supone 50 kilos, cree el Dr. Barbet que el cadáver fue llevado al sepulcro, no por tres personas: una a cada extremo del patíbulo y otra a los pies del muerto, sino por cinco. Supone que le pondrían un paño por debajo de los lomos a manera de faja o cincha y que era sostenido por otras dos personas, tirando una de cada extremo. Este paño se habría empapado completamente de sangre. Parte de ella se habría coagulado sobre la piel por fuera del mismo paño y parte entre los pliegues del mismo, allí donde éste no comprimía la piel. Así se explica él que el calco presente esos meandros irregulares, varias veces bifurcados y vueltos a juntar, y que llegue hasta el costado izquierdo, que naturalmente había de estar algo

más alto que la línea media del dorso del cuerpo, al ser éste trasladado al sepulcro (cfr. o.c., p. 199).

Pero el hecho más sorprendente es que esta doble colada de la herida del costado, la vertical por delante y la horizontal por detrás, presenta claros indicios de estar mezclada con abundante serosidad.

En la colada vertical, sobre el lado derecho del pecho, «la sangre coagulada y seca sobre la piel deja ver muy claramente espacios intermedios no teñidos, blanquecinos. Estos fueron seguramente producidos por una serosidad incolora» nos dice el Dr. Hynek *(Lo que revela...* p. 45).

También el Dr. Vignon, que observó directamente el Lienzo en 1931 y 1933, se inclina a pensar que un derramamiento de suero acompañó a la sangre en su salida, diluyéndola o rebasándola más o menos. Echa de menos, con todo, una buena ampliación fotográfica de ambas coladas, entonces no existente, para precisarlo con más seguridad. (Cfr. *Le Saint S...* p. 20.)

Y Mns. Ricci, hablando de los regueros transversales de la región renal y citando al Dr. Giordano, escribe: «La coloración de esta sangre, *que se revela rica en plasma,* es tal que permite calificarla como efecto de la sedimentación postmortal de los hematíes en la cavidad cardiaca, perforada por el golpe de lanza» *(La Síndone S.,* p. 249).

Es que envolviendo y desbordando por encima y por debajo, estos regueros transversales de coágulos sanguíneos de la región renal, llama la atención un ancho halo de tinte muy pálido y fluorescente, que parece producido por una abundante cantidad de suero. La sangre seca no es fluorescente.

El Dr. Barbet siguió, pues, en su investigación. ¿De dónde pudo salir ese suero? Algunos autores han supuesto que se trata del líquido pleural o del suero sanguíneo, separado de la sangre al coagularse ésta. Tanto él como el Dr. Judica lo rechazan como absurdo.

El Dr. Barbet nos recuerda que en sus experiencias antes anotadas, al pinchar con la jeringa o abrir con un cuchillo el costado de un cadáver, si iba con cuidado, al atravesar el pericardio y antes de penetrar en el corazón, hallaba siempre una cantidad notable de serosidad. Es el hidropericardio que envuelve el corazón. Deduce, pues, que junto con la sangre, hubo de salir por la herida del costado una cantidad de suero pericárdico.

Supone, además, que una agonía excepcionalmente dolorosa, cual fue la del H. de la S., pudo acrecentar la serosidad del hidropericardio haciéndola más abundante.

El Dr. Judica en 1937 emprendió también él una serie de experimentos para dilucidar el caso *(Medicina Italiana* 1937) y dedujo igualmente que la sangre de esta herida no puede proceder más que de la aurícula derecha del corazón; y la serosidad, del pericardio. Sólo que en las más de dos mil autopsias por él practicadas o presenciadas, jamás encontró más de treinta o cuarenta centímetros cúbicos de exudado pericárdico, aun en los casos de una larga agonía precedente.

De ahí concluye que ese líquido pericárdico, salido en abundancia junto con la sangre del costado del H. de la S., no es el hidropericar-

dio normal, que siempre rodea el corazón, sino que se trata de una «pericarditis serosa traumática».

No le desagradó del todo a Barbet esta explicación del profesor de anatomía patológica en la facultad de Milán, antes confiesa que cada vez le iba pareciendo más aceptable. Y él mismo saca las terribles consecuencias que de ella se deducen.

Esta pericarditis habría sido provocada por los golpes, bastonazos, malos tratos... Sobre todo por la atroz flagelación que afectó también en parte al tórax. Tales violencias pueden determinar una pericarditis. El hidropericardio reacciona rapidísimamente a tales ataques externos violentos. Después de un estadio muy corto de hiperemia, de pocas horas, determina la rápida formación de un exudado seroso abundante.

Y termina el Dr. Barbet un poco espantado: «Cualquier médico puede imaginarse los graves trastornos que ha podido acarrear al H. de la S. una tal lesión: dolores precordiales desgarradores, opresión, angustia, escalofríos, fiebre, disnea intensa en fin, que se añaden a la asfixia por tetania de los músculos inspiradores». *(La Pas.,* p. 184.)

Todo esto había de reducir al reo a un estado de debilidad extrema. ¡Y tuvo que cargar con el pesado patíbulo hasta el lugar del suplicio!

Al recibir la lanzada había brotado, pues, un chorro de sangre y suero. Dice Judica: «La distensión del pulmón después de la muerte, la adhesión de las dos pleuras en el cadáver, la notable cantidad de líquido contenido en el pericardio que (debido también a la posición del crucificado) empujaba hacia arriba, hacia adelante y hacia la derecha a todo el corazón, apretándolo, tras la lanzada, con el pericardio a la pleura visceral, obligaron a la sangre a salir fuera... por el único túnel —es decir, la discontinuidad del cutis, pleuras, pulmón, pericardio y corazón— abierto por la lanza». *(L'Uomo...* p. 84.)

Al llegar aquí el Dr. Barbet vuelve sobre sus pasos para hacer una pequeña rectificación, que le honra en alto grado. El ha asegurado siempre que estaba dispuesto a rectificar sus hipótesis siempre que se le presentaran en contra hechos o experimentos convincentes. «Es de probidad científica elemental» decía.

Pues bien, el Dr. Barbet operaba sobre cadáveres de más de 24 horas, según la disposición francesa sobre el particular. No disponía de otros. En estos cadáveres el pulmón no se encogía ni la pleura se abría. El Dr. Vincent Donnet, agregado de fisiología de Marsella y el Dr. Métras, especialista en cirugía torácica, también en Marsella, le hicieron notar que sobre un cadáver *reciente,* como era el del H. de la S. al recibir la lanzada, el pulmón se encoge y la cavidad pleural se dilata. Y se lo probaron.

Al abrir, pues, la lanza la aurícula del corazón, sometido como estaba éste a cierta presión por la expansión del pericardio, hubo de brotar con fuerza la sangre hasta caer en tierra. Sacada la lanza, parte de aquella sangre se deslizó sobre el pecho formando sobre él, el coágulo anterior. Mientras el hierro estuvo en la herida, él mismo servía de guía para la salida de los líquidos. Por otro lado, ensartando la

lengüeta pulmonar precardiaca derecha, dificultaba la retracción del pulmón.

Una vez sacada la lanza, en seguida por tanto después de la salida brusca de sangre, el pulmón se encogió y la cavidad pleural se dilató. Por tanto en el seno diafragmático, muy profundo por detrás, se acumuló lo que quedaba de serosidad pericárdica y la sangre proveniente de la vena cava superior. Ningún coágulo tuvo tiempo de formarse en la aurícula antes de que esta sangre venosa pudiera vaciarse en su mayor parte en la pleura.

«Se puede admitir, pues, concluye Barbet, que en el momento de la deposición (del crucificado) había en la pleura una cantidad importante de sangre procedente de la cava superior, más o menos diluida en serosidad (o.c. p. 191).

Durante el transporte al sepulcro en posición horizontal supina, teniendo presente que la herida del costado es netamente lateral y está situada en la región infraxilar, es muy verosímil que el líquido pleural aflorase por esta llaga y desbordase sobre el costado derecho. Esta salida estaría favorecida por las oscilaciones transversales del cuerpo, inevitables durante el transporte.

Es esta mezcla hidro-hemática la que se extendería transversalmente por la parte baja del dorso en medio de los pliegues de la faja, que él supone se empleó para transportarle. «Esta dilución de sangre, concluye, tal vez explique el ancho halo de la pintura, de tinte muy pálido, que envuelve y desborda por encima y por debajo, los coágulos irregulares de la colada posterior. Tal vez lo explique incluso mejor que la exudación de suero por los coágulos todavía frescos, calcados sobre el Lienzo, como yo había creído hasta ahora» (o.c. p. 192). «La colada transversal posterior no provendría, pues, directamente del corazón a través de un túnel pulmonar, sino de la pleura, donde la sangre se había acumulado.» Es posible que la sangre acumulada en la vena cava inferior no pudiera ya salir fuera al colocar al H. de la S. en posición supina.

La lanzada le fue infligida al crucificado como unas dos horas después de muerto. Así opinan la mayoría de los entendidos.

A pesar de esto, el Dr. Rodino en un artículo del *Giornale di Medicina Militare,* marzo-abril 1953, insiste en que la primitiva teoría de Barbet podría ser exacta, dada la fulminante rigidez cadavérica que sobrevino al H. de la S., así que expiró. Tal rigidez se extiende a todos los músculos involuntarios y en particular a los del corazón y de los bronquiolos.

De donde concluye que el pulmón pudo muy bien no encogerse, como sucede en un cadáver fresco ordinario. El túnel pulmonar ha podido quedar abierto. Y después de la primera salida de sangre y suero a lo largo del hierro de la lanza, ha podido dejar correr directamente hacia fuera, al menos durante cierto tiempo, los líquidos cardio-pericárdicos.

Los médicos tienen la palabra.

Como se ve, las investigaciones siguen en curso.

10. IMPUGNACION A LA MUERTE DEL H. DE LA S.

Al llegar aquí nos para los pies una afirmación sorprendente y absurda: «El hombre de la Síndone no murió sobre la cruz». El frescor de la tumba y el efecto de los aromas le reanimaron, salió por sus propios medios del sepulcro, huyó de su patria y emprendió una nueva vida. Un autor, «de cuyo nombre no quiero acordarme», presenta con toda seriedad científica (?!) las andanzas del H. de la S. en esa nueva etapa de su vida. Incluso nos asegura haber visitado su tumba, cuya fotografía presenta, y haber hablado con algunos de sus descendientes, que le tienen por el fundador de su secta. Y se sorprende, no sé si con ingenuidad o mala fe, de que los científicos no tomen en serio y se *traguen* sus lucubraciones, que no llegan a la categoría de una novela de ciencia-ficción y están impregnadas, en cambio, de un sectarismo rabioso, aunque muy bien camuflado.

Naturalmente, los que tales cosas afirman identifican al hombre de la Síndone con Jesús de Nazaret (y aquí está la madre del cordero), cosa que nosotros no hemos estudiado todavía.

No obstante, no podemos dejar de ocuparnos aquí de afirmación tan grave por ser tan manifiestamente contraria a cuanto hemos ido exponiendo hasta aquí, llevados siempre de la mano de los científicos. Tanto más cuanto se apoyan esos autores precisamente en la Síndone para probar su aserto. Si no se apoyaran sobre ella, no tendríamos por qué ocuparnos aquí de sus teorías.

El primero que formuló esta afirmación fue un tal Kurt Berna, de Stuttgart; aunque su verdadero nombre es Hans Naber. Y cuando escribe en inglés, se firma John Reban. Es más, algún libro *escrito* por Kurt Berna, aparece *editado* por Hans Naber *(Sindon,* IV, p. 21).

A los 15 años abandonó la escuela, nos cuenta él mismo. Confiesa, pues, no tener más estudios que los elementales... aunque a las veces se presenta como doctor y profesor (?!).

Asegura, en cambio, que a las cuatro de la madrugada del 18 de febrero de 1947 tuvo una visión. Toda la pasión de Jesús se le presentó proyectada en tecnicolor sobre la pared de su dormitorio. «Eran tan reales las escenas, escribió en una revista, que me quedé con la impresión de que estaba sucediendo en aquel mismo momento.»

La cosa se prolongó, según él, durante siete días y siete noches seguidas, en los cuales no pudo comer, ni apenas beber, ni dormir, ni levantarse de la cama.

Al final, cuando estaba ya «físicamente exhausto y al borde de la locura», se le apareció Jesús. Este le reveló un secreto: «Mi muerte no tuvo lugar en la cruz... La bestia me abrió el costado... clavándome la lanza desde abajo en el pecho, (pero) sin alcanzar el corazón... Mi cuerpo estaba exánime, pero no muerto. El corazón seguía latiendo... Me ungieron las heridas con bálsamo... José de Arimatea me depositó en una tumba de roca... donde mi cuerpo pudo descansar... Mi corazón se tonificó... Y volví a levantarme... Tú, Hans, debes dar testimonio de ello» (Cfr. Wilcox *«El Sudario...»* p. 92).

Por fin vio también, en visión, cómo la punta de la lanza, clavada

en trayectoria ascendente, se asomaba al exterior por el músculo pectoral izquierdo, unos centímetros por encima de la tetilla.

La confirmación de estas «visiones» la buscó Berna en la Sta. Sábana de Turín, manchada de sangre. «Los muertos no sangran» dice que le había dicho un médico; y como aquella está manchada de sangre, señal que Jesús, cuando fue envuelto por ella, no estaba muerto, sino que el corazón le funcionaba. Así discurre Kurt Berna.

El se presenta como católico. Pero un católico que, por lo visto, puede prescindir del dogma fundamental del cristianismo: la resurrección de Jesús. Un católico que antepone una supuesta revelación personal *privada* a la revelación *pública* contenida en las Sgdas. Escrituras. La resurrección para él no sería más que una *reanimación.* ¿Qué catolicismo es ése? Pero así puede hacer más impacto su ataque. Si la Síndone probase algo *contra* la resurrección de Jesucristo, lo que probaría —para los católicos— es que ella no era auténtica.

Kurt Berna en 1954 escribió una carta a SS. Pío XII, reproducida por él mismo en su obra inglesa *Inquest on Jesus Christ,* p. 176, y de la cual envió copias al presidente Truman y a los obispos alemanes. En ella relata todo lo que él había visto en su visión. Y como el Vaticano dejara de contestar a tales simplezas, lo tomó él como señal del embarazo en que había puesto a la Iglesia Católica (!).

Desde entonces se dio K. B. a una propaganda activísima publicando libros, folletos y artículos con profusión de fotografías, pasando notas a la prensa internacional, etc. Incluso llama un poco la atención que dispusiera de los cuantiosos fondos que tal actividad propagandística supone, ya que él mismo confiesa que era de posición modesta y que después de la guerra se había ganado el sustento dedicándose al estraperlo.

Lo que nunca ha hecho Kurt Berna es presentarse en los congresos científicos habidos en estos años para defender sus teorías, ni ha admitido debates con los médicos que le han escrito.

Fundó en Berna un Deutschland Konvent, al cual, según él, pertenecían cardenales que cita, ¡pero que nunca han existido!, profesores y doctores, algunos tan imaginarios como los cardenales y otros que, al leer allí sus nombres, se apresuraron a protestar y declarar que nunca habían apoyado a tal individuo, ni menos pertenecido a su Konvent. Berna los citaba como si colaborasen con él y asumieran sus tesis (Cfr. *Sindon,* IV, pp. 21 ss.).

En 1964 creó la «Fundación Internacional de la Sta. Sábana». Pero al preguntarle Wilcox (o. c. p. 100) por los científicos que la formaban, se negó Berna a decir nombres, alegando que «se verían sometidos a injustos ataques de poderosos sectores católicos». Con ella, dijo, se procuraba fondos.

Aparte de la oficina que tenía en Stuttgart, Berna no tardó en abrir otras en Londres y en Zurich.

Consultadas las autoridades eclesiásticas de esta última ciudad por personas a las que se pedía ayuda económica para dicha fundación, respondieron que era «un timo».

También el P. Werner Bulst, S.I., profesor de teología en la Univer-

sidad Católica de Francfort, quiso indagar en 1960 sobre los miembros de esta Fundación Internacional, y... no halló más que a su secretario: Kurt Berna. No existía allí nadie más. Escribe:

«A un lector poco informado puede hacerle impresión el hecho de que Kurt Berna, en sus escritos, apele con frecuencia a la autoridad de científicos famosos, como el profesor de Heidelberg Dr. Von Campenhausen, el profesor Dr. Siegmund de Fulda y el profesor Dr. Reiner de Stuttgart. Interrogados personalmente estos ilustres sabios declararon todos no tener nada que ver con Berna ni con sus ideas» *(Sindon,* IV, pp. 22 ss.).

Las publicaciones del P. Bulst hicieron a Berna más cauto. En un libro posterior habla más bien de «un trust secreto de cerebros» que trabajan para él. Sus ocho miembros observarían un especial «código de honor». Con todo, en ese mismo escrito toman la palabra «un cierto Dr. prof. Hirt, de la Universidad de Colonia» y «su asistente, el Dr. Ernst». Los tres son personajes completamente inventados por él (Cfr. *Sindon,* IV, p. 30).

El mismo Sr. Wilcox pudo constatar el hermetismo de Berna en este punto. Escribe: «Como a Bulst en la década de 1960, se me hizo difícil (en 1973) confirmar los argumentos de Naber (Berna) acudiendo a autoridades médicas y bíblicas. Naber se mostró muy renuente a darme nombres y direcciones; y cuando conseguí que lo hiciera, tuve poca suerte. Las cartas que dirigí al radiólogo de Stuttgart que (según él) había defendido su afirmación de que la lanza no había atravesado el corazón, al profesor de la Universidad de Tubinga que afirmaba (siempre según Berna) que los cadáveres no sangran, y al editor británico de «Indagación sobre Jesucristo» *(Inquest on Jesus Christ)* no obtuvieron respuesta, o bien me fueron devueltas con la indicación de «destinatario desconocido» (ob.c. p. 104). El único que le contestó fue el anestesista de Glasgow, W. B. Primrose, de quien hablaremos en seguida.

No obstante, todavía siguió Berna aduciendo en sus escritos nombres de sabios como el prof. Edward A. Wenschel, conocido por sus estudios históricos y exegéticos sobre la Síndone; el fotógrafo oficial de la misma, Giuseppe Enrie; el prof. Dr. Giovanni Judica Cordiglia, que hemos citado tantas veces; el conocido historiador de la Síndone, prof. Pietro Savio; Max Frei, el descubridor del polen en la Síndone, y otros. Personalmente interrogados, dichos autores, han declarado que no tenían nada que ver con Kurt Berna y sus ideas. Más aún, varios han protestado vigorosamente por el abuso arbitrario de algunas de sus afirmaciones, sacadas del contexto «deformando y distorsionando su significado en apoyo de tesis erróneas» (J. Cordiglia, *Sindon* IV, 25).

Para terminar este aspecto biográfico, hemos de consignar que en su exaltación, varias veces Berna ha llegado a acusar públicamente a la Iglesia Católica de querer hacer desaparecer la Sta. Síndone para que no pudiera ser refutada su teoría (Cfr. Wilcox o.c.). Algo rayano con lo demencial.

Tampoco podemos silenciar —para hacernos idea de quién es

esta persona— una última «revelación» estrafalaria de Kurt Berna según la cual ha conocido que «en el invierno de 1947, en América, ha renacido el Niño Jesús, en el cual Jesucristo personalmente revive otra vez sobre la tierra» *(Sindon,* IV, p. 22). También asegura que «en muchos casos pudo ver incluso a través de la tierra» *(Sindon,* IV p. 21).

A ese pobre iluso desequilibrado debemos agradecer, no obstante, el que los médicos especialistas hayan profundizado más en el tema.

Lo inexplicable, en cambio, es que un ilustre anestesista inglés, W. B. Primrose, conocido por sus profundos trabajos sobre las técnicas de reanimación, se dejase coger por esa fantástica idea [92].

No siguen, con todo, la misma trayectoria los dos autores. Por ello estudiaremos en particular las afirmaciones de ambos, guiados, como siempre, por los especialistas.

Referente a los otros autores que, partiendo de la quimérica afirmación de estos dos, fingen toda una odisea de Jesús, después de su salida del sepulcro, en busca de las diez tribus dispersas de Israel hasta morir en Cachemira, no vale la pena ocuparse. No son más que un ataque solapado contra la divinidad de Jesucristo y la veracidad de los evangelios a quienes citan —como a S. Pablo— fragmentariamente, sacando los textos del contexto e interpretándolos a su talante. Por lo demás no entra este punto dentro de nuestro tema.

Mirada de conjunto de la medicina legal

Antes de entrar en el análisis detallado de las afirmaciones de estos dos autores, bueno será consignar cuatro normas generales de medicina legal. Oigamos de nuevo al ilustre profesor de la Universidad de Milán, el Dr. Judica Cordiglia. Dice así (en extracto):

Bien conocida es la dificultad que encuentra el forense cuando trata de determinar si las lesiones que presenta un cadáver se han pro-

---

[92] W. B. Primrose era director del departamento de narcosis de la Glasgow Royal Infirmary, anestesista principal en la sección de narcosis del Princess Louise Scottish Hospital, Bishopton.

Escribió varios artículos: «A surgeon books at the crucifixion» y «St. John XIX, 34», en *The Hibbert Journal,* 1948. En febrero de 1970 publicó en Sunday Express, otro artículo: «St. John reports the life after the cross, not the death».

Este último artículo de Primrose fue divulgado con profusión por Kurt Berna por todo el mundo y enviado (25 de mayo de 1970) para su publicación a todos los redactores-jefe de publicación acreditados en Italia, U.S.A., Francia, Gran Bretaña, Austria, Alemania, España, Benelux, Suiza... y aun en Asia, Africa, Australia y Sudamérica (Rodante, *Actas II Cong.* p. 132, n. 12). Realmente llama un poco la atención tanto interés, sobre todo conociendo las diferencias existentes entre las teorías de Primrose y de Berna.

Pero como ambas suponen que el H. de la S. es Jesús de Nazaret y a éste es a quien ambos pretenden atacar, se comprende perfectamente el mutuo apoyo. Si Jesús no murió en la cruz, no pudo resucitar. Luego no es Dios; ya que El mismo y los Apóstoles, el gran argumento que esgrimen en favor de la verdad del Evangelio es la propia resurrección de Jesús. He ahí la clave de la posición de nuestros dos autores.

ducido en vida (intra vitam), inmediatamente después de muerto o más tarde (post mortem). Los autores de medicina legal dan estas normas:

a) *Las excoriaciones,* si se han producido después de la muerte, no dejan trazas de hemorragia en la dermis descubierta, pues uno de los primeros fenómenos de la muerte es el vaciarse los vasos capilares cutáneos, debido a que la sangre se concentra, sobre todo, en la parte derecha del corazón y en los grandes troncos venosos. De ahí la palidez que suele aparecer generalmente durante la agonía.

b) *Las contusiones* hechas a un cadáver no son reconocibles porque han cesado ya en él las reacciones vitales; fuera de aquellos casos en que quedan deformadas total o parcialmente amplias zonas.

c) *Las heridas* profundas producidas después de la muerte no presentan hinchados sus bordes o labios. No hay «retracción vital».

d) En cuanto a *las hemorragias,* hay que tener presente que las heridas causadas *en vida* sangran siempre abundantemente. Por consiguiente, en ellas o cerca de ellas habrá siempre sangre coagulada o seca. En cambio, si la herida ha sido infligida a *un cadáver,* tan sólo habrá hemorragia de alguna consideración si han desgarrado vasos de gran calibre, llenos de sangre líquida. Si la lesión ha interesado sólo la piel, no hay hemorragia. Con todo, si la herida se halla en las partes declives, puede determinar una hemorragia debido al acúmulo allí de sangre, en vida o después de la muerte (hipóstasis). Pero se trata sólo de un rezumo de sangre, a menos que hayan sido lesionados gruesos vasos profundos.

e) Por lo que se refiere a la *coagulación,* ésta está presente, como regla general, en las lesiones hechas en vida. En las lesiones postmortales, la regla general —si bien no absoluta— es que no haya coagulación. Y si la hay, los coágulos son lacios, flojos, difluentes.

Teniendo, pues, presentes, concluye el Dr. Judica, los caracteres diferenciales de las lesiones, bien constatables en el Hombre de la Síndone, se ve que todas ellas —fuera de la del costado derecho— presentan los caracteres peculiares de las lesiones inferidas a una persona viva. De hecho:

1. Todas las escoriaciones, y en especial las más numerosas debidas al flagelo... presentan un fondo irregular en la dermis, con hemorragias y pequeños grumos de sangre coagulada.

2. Si el edema difuso y la deformidad de la media cara derecha podrían hacer pensar en una turgencia hipostática (postmortal), otra serie de datos (que él enumera y no es del caso aducir por su tecnicismo) deponen claramente en favor de traumatismos ocurridos en vida (intra vitam).

3. Las heridas de las manos y los pies, para limitarnos a las más marcadas, presentan una turgencia típica (visible a la lupa) y aquella restricción de los bordes que es signo de vitalidad en los tejidos en el momento de producirse la herida.

4. Las hemorragias, abundantísimas, son todavía hoy identificables después de veinte siglos y a pesar de las conocidas y afortunadas vicisitudes pasadas por la Sta. Sábana. Como he podido reciente-

mente constatar (1973) —recordemos que habla el Dr. Judica Cordiglia— ellas se presentan de color rojo carmín (oscuro), debido verosímilmente a las reacciones químicas que tuvieron lugar entre las drogas empleadas en la sepultura y la sangre. Además han desaparecido aquellas «costras hemáticas» o «sero-hemáticas» que indudablemente debían estar presentes antiguamente sobre las heridas y sobre los focos escoriativo-contusivos. Actualmente, el tejido de la Sábana y las improntas sanguíneas hacen un sólo cuerpo, es decir, se yuxtaponen sin confines, sólo diferenciados entre sí por el color.

Luego pasa el eminente médico forense a ocuparse especialmente de la lanzada del costado, «infligida con toda certeza después de la muerte y a distancia de ella», aunque no es posible determinar el tiempo transcurrido entre la muerte y la lesión. Las razones que da son:

a) No se nota turgencia en los labios de la herida.

b) Aun estando separados en forma elíptica, la lesión es «de naturaleza pasiva», es decir, se debe a la elasticidad de la piel, enormemente tensa en aquellos momentos por la posición de la víctima sobre la cruz (brazos extendidos, cuerpo abajado, etc.).

c) La sangre brotada en los dos tiempos y posturas diferentes ya descritas no han dejado más que trazas difusas en el ámbito de la lesión y en el exterior. Estas trazas difusas tienen además una coloración no muy intensa, poco marcada sobre el pecho y menos aún en la espalda, sin ninguna señal visible de tendencia a la coagulación.

d) La grande cantidad de líquido de suero-hemático demuestra una evidente plenitud de la parte derecha del corazón y una cierta presión (corazón en diástole).

e) La fluidez de esta sangre, con algún que otro coágulo disperso, sin halo de suero, indicaría una agonía prolongada.

Con todo esto, llega el Dr. Judica a las siguientes conclusiones:

a) «Todas las lesiones (del H. de la S.), con excepción de la del tórax, se produjeron en vida».

b) «La lesión en el hemitórax derecho ha sido infligida después de la muerte (post mortem); pero, con certeza, no a mucha distancia (ya que no se trata de verdadera coagulación), debida a una concentración y aglutinamiento de los glóbulos rojos en las mallas de la fibrina precipitada» *(L'Uomo della S...* pp. 86-90).

Detalles particulares. Después de esta magnífica mirada de conjunto que nos ha dado el Dr. Judica Cordiglia, pasemos a los detalles particulares.

El Dr. Sebastiano Rodante, de Siracusa, ha querido ahondar en el estudio de este punto, y nos presentó sus resultados en el II Congreso Internacional de Turín *(Actas,* pp. 127-136). «He procedido con riguroso método científico, nos decía, y respetando las opiniones de los demás. Pero cuanto más adelantaba en mi estudio, más claras, más convincentes se me ofrecían las pruebas de la muerte (del H. de la S.) sobre la cruz.»

«Al hacer hipótesis sobre esta muerte partiendo de los datos científicos que nos ofrece la Síndone... las consideraciones lógicas que sal-

tan a la vista del examen objetivo y del estudio médico-legal de las manchas de sangre impresas sobre ella, nos demuestran con certeza que (el hombre envuelto por la Síndone) estaba realmente muerto.»

Pasemos ahora a las tesis de Kurt Berna.

Resulta científicamente imposible, según él, que un cadáver sangre, al menos en la forma en que lo hizo el cuerpo envuelto en la Sta. Sábana. Por tanto, las coladas de sangre registradas sobre ésta prueban la actividad cardiaca del crucificado en el sepulcro, cuando lo envolvió dicha tela. Es decir, el crucificado ¡estaba vivo en el sepulcro!

Al publicar Berna esta tesis en su libro *Inquest on Jesus Christ* con el nombre de John Reban, le contestó el Dr. Derek Barrowcliff, patólogo, consultor del Ministerio de la Gobernación de Londres:

«La carencia de conocimientos médicos del autor (K. Berna) y el no haberse asesorado por algún experto en medicina, le han llevado a esas conclusiones de fantasía. El supone, y hasta basa toda su argumentación, en esta suposición: que de un cuerpo muerto no puede fluir sangre, y que el hecho de haber fluido sangre del Hombre de la Sábana es *ipso facto* prueba de que todavía le latía el corazón...»

«En muchas circunstancias, incluyendo las que concurrieron en la muerte del Señor (el Dr. habla en la misma suposición de Kurt Berna, de que el H. de la S. es Jesús de Nazaret), la sangre permanece líquida, o se vuelve a licuar rápidamente después de la muerte, y puede verterse. Después de verterse, generalmente no se coagula.»

«En el depósito de cadáveres puede comprobarse que una pequeña herida punzante o cortante en la piel de la nuca, comparable a las heridas producidas por la corona de espinas —o también por una incisión en cualquier otra parte descendente— sangra libre y continuamente sin detenerse por los mecanismos naturales, como el espasmo del vaso sanguíneo o la coagulación de la sangre, que en un organismo vivo tenderían a parar o taponar la hemorragia. Una vena abierta seguirá sangrando mientras las leyes normales de la gravedad actúen sobre la presión hidrostática...» Es lo mismo que nos acaba de decir el Dr. Judica.

«La respuesta del autor (Kurt Berna, al profesor Brinkman, S.I.) en la página 197 es tanto más arrogante y presuntuosa cuanto más burdamente inexacta. El hecho de que el autor aparece aquí tan ignorante proyecta una considerable duda sobre el crédito que, por otra parte, podría darse a algunas de sus conclusiones» (Aducido por el Dr. Willis en un ensayo publicado en *Ampleforth Journal.* Vol. LXXIV, part. 1, 1969, p. 31).

Por su parte el Dr. Barbet escribe: «He de recordar algunas nociones elementales de fisiología, válidas para todas las heridas. La sangre queda líquida y no se coagula jamás en un vaso intacto. Queda líquida incluso en las venas de un cadáver; y esto casi indefinidamente, hasta la putrefacción o la desecación. Durante un tiempo, queda incluso viva, puesto que en Rusia se han hecho transfusiones de sangre de un cadáver. Si en Francia no usamos este método es tal vez por razones sentimentales».

«La sangre se coagula cuando ha salido de su vaso. Se extiende,

todavía líquida, deslizándose sobre la piel, y sobre ésta se coagula progresivamente una parte de la corriente formando un coágulo de fibrina, rojo, porque aprisiona entre sus mallas los glóbulos rojos.» *(La Passion...* pp. 185-186.)

De cuanto hemos expuesto queda claro que si se pincha un cadáver en una parte elevada del mismo y fuera de un vaso venoso importante, no sale sangre de él por haber cesado el bombeo del corazón. Pero, como indica el Dr. Barbet, si en una autopsia se corta una vena profunda, se inunda el cuerpo de sangre líquida. Es que ésta, después de la muerte, queda estancada especialmente en las venas importantes y en la aurícula derecha del corazón, va descendiendo lentamente, por su propio peso, de los puntos más elevados a los más bajos del cuerpo, y sale al exterior, si halla alguna herida en su camino; o bien se acumula en algunos puntos en declive formando los depósitos de sangre llamada hipostática. Su color pasa del rojo claro al azul oscuro y aun al negruzco.

Según los especialistas, tres clases de manchas de sangre se observan sobre la Síndone.

1. Sangre salida antes de la crucifixión. Tal es la de las numerosas heridas de la flagelación y la coronación de espinas, la de las rodillas, la de la mejilla derecha y pómulo izquierdo, la de la parte orbital derecha y superorbital izquierda.

2. Sangre salida durante la crucifixión. Son los regueros que arrancan de los clavos de ambas manos y descienden por los antebrazos hasta el codo, la ancha rosa de sangre que hay sobre el empeine del pie derecho y los trazos de sangre de la planta del mismo pie que, partiendo del agujero del clavo, van hacia los dedos. También los tres regueros dobles de la frente y parcialmente el de forma de tres, producidos por las espinas en la cruz.

3. Sangre postmortal. Tal es el grande chorro de sangre y suero localizado sobre el costado derecho y en la región renal posterior en forma de regueros transversales; sangre tan rica en plasma que permite ser calificada, según el Dr. Giordano como «efecto de la sedimentación postmortal de los hematíes en la cavidad cardiaca, perforada por el golpe de la lanza». Esta sangre pudo salir perfectamente por su propio peso, sin necesidad de actividad cardiaca alguna. La del costado derecho, mientras el crucificado estaba erecto, clavado en la cruz; la de la región renal, cuando el crucificado era llevado al sepulcro en posición supina, como hemos expuesto en su lugar.

También es sangre postmortal la localizada en los talones y zonas vecinas, salida de los agujeros de los clavos de ambos pies cuando, desclavados éstos, el crucificado era llevado al sepulcro y dejado en él en posición supina. Esta sangre, según el Dr. Giordano, «es efecto de un edema producido o en vida por insuficiencia circulatoria, o después de muerto por hipóstasis cadavérica». (Cfr. Ricci *La Síndone...* p. 230 ss.).

El Sr. Berna no niega, naturalmente, que le saliera sangre antes y durante la crucifixión; pero afirma de manera categoríca que, habiéndose ella coagulado y secado antes de la deposición, «la Síndone no

era capaz de absorberla» (p. 6). El no conoce, por lo visto, la fibrinolisis.

Y dando por descontado este axioma, se empecina en hablar hasta la exasperación de la actividad cardiaca del H. de la S. en el sepulcro. Esta actividad sería la que, yacente él en el sepulcro, habría empujado fuera de las heridas la sangre que se ve sobre la Síndone.

No advierte, o no quiere advertir, lo que a cualquier profano se le ocurre en seguida: ¿cómo es posible que, estando tumbado en el sepulcro el H. de la S., se le formaran sobre el cuerpo regueros verticales, es decir, que siguen la dirección de arriba hacia abajo, o cabellera abajo hasta el hombro, ni la gran colada que, saliendo de la herida del costado, le baja pecho abajo, ni los reguerillos que de la herida del pie derecho van hacia los dedos?

«En segundo lugar, continúa el Dr. Barbet en el lugar últimamente citado, ese coágulo se encoge, exudando su parte líquida, el suero, que se extiende en torno a él. Coágulo y suero pueden manchar, uno en el centro y otro en la periferia, el lienzo aplicado sobre la piel. No se ha de hablar de coladas de grumos y de suero. Es la sangre líquida la que corre; el coágulo se forma sobre la piel, se adhiere a ella y se deseca sobre ella», dejando en torno a sí un exudado de suero.

Este exudado, formado por la sangre fresca al coagularse sobre la piel, ha dejado también su huella sobre la Síndone formando un pequeño halo en torno a los principales coágulos calcados. De él hablan Judica, Barbet, Michel...

La solución, pues, está en otro lugar. «La sangre estaba ya seca cuando el cuerpo fue envuelto por el lienzo, como observa por su parte el especialista en el estudio de la Síndone, el artista M. A. Legrand. Si hubiera estado líquida, se hubiera extendido por el tejido, bebida como por un secante» *(Le Linceul...* p. 189).

El mero hecho de que aparezcan sobre la Síndone regueros de sangre bien definidos indica ya a las claras que aquella sangre salió de la herida correspondiente, corrió sobre la piel y se coaguló y secó sobre ella *antes* de poner el lienzo en contacto con el cuerpo. De lo contrario aparecerían por capilaridad sobre la tela manchas difusas y sin figura determinada, aunque algo redondeadas. Nunca regueros definidos. Así son las manchas de sangre líquida empapada en cualquier tela que cubre una herida abierta. Y así son, de hecho, las manchas de sangre que aparecen en los talones, salida mientras el cadáver era llevado al sepulcro. Estaba todavía líquida al envolver a aquél con la Síndone en el sepultura, y siguió manando aún algo en el sepulcro.

Kurt Berna es consciente de esta dificultad. Por ello mutiló y falseó las fotografías de Enrie en su obra, presentándolas de modo que aparezcan manchas de sangre imprecisas.

Puede verse el parangón que presenta Mns. Ricci *(La Síndone Santa,* pp. 224-236) de las auténticas fotografías de Enrie con las presentadas por Berna, *sacadas de las de Enrie.* El no tenía otras.

Otro dato interesante: «La gota de sangre situada sobre la arcada supraciliar izquierda, observa Legrand, es más espesa en sus bordes que en su centro cóncavo. Este hecho indica manifiestamente que se

trata, no de sangre fresca, sino de sangre seca». Nos fijamos en esta mancha por ser especialmente visible en ella este fenómeno.

Y en general, tanto los regueros de sangre de la muñeca izquierda y de ambos antebrazos, como los de la cabeza y costado presentan los caracteres de sangre coagulada sobre la piel y calcada después sobre el lienzo. «Para un cirujano, escribe Barbet, son de un realismo impresionante, que no he visto jamás en ninguna pintura.» Al poner, pues, en contacto la tela con aquel cuerpo, el proceso de coagulación de la sangre había terminado: la sangre se había secado.

«Fue preciso que aquella sangre seca se reblandeciera lentamente, bajo la acción de las emanaciones húmedas del cadáver, hasta llegar al estado pastoso. Sólo así pudo adherirse al lienzo y dejar en él calcada la imagen de sus coladas y de sus serosidades.»

Es el fenómeno de la fibrinolisis, de que hablamos en el capítulo anterior y que el Sr. Berna parece desconocer.

Pasemos ahora a recorrer algunas de las afirmaciones concretas de Kurt Berna. «A causa de la separación de las espinas, dice, cuando le fue quitada la corona, se le volvieron a abrir las heridas de la cabeza. Por consiguiente brotó sangre fresca que fue absorbida a continuación por la Síndone. En un cadáver hemorragias de este género son científicamente imposibles.» Y hace referencia especialmente a las tres heridas A1, A3 y a la en forma de 3 de la frente, que hemos estudiado con detención más arriba.

Responde el Dr. Rodante: «El punto de penetración de la espina (en el reguero en forma de 3) presenta una densidad más homogénea, de forma perfectamente circular. Esto demuestra con certeza que este coágulo se formó sobre la piel en torno a la espina durante todo el tiempo en que ésta permaneció clavada dentro de la pared del vaso y moviéndose en él por la contracción del músculo frontal que dejaba abierta, a ratos, la pared del vaso traspasado por el pincho. Lo mismo puede decirse tanto del coágulo venoso A3, que se presenta circular en su origen precisamente en la zona que rodeaba la espina, cuanto del coágulo arterial A1» (Lám. 18, B).

«Esta sencilla observación nos da la certeza de que los susodichos regueros sobre la frente, fueron causados por la corona de espinas y sobre todo de que los coágulos circulares en torno de las tres espinas sólo se pudieron formar porque éstas estaban allí, "in situ", clavadas en la pared del vaso... Si la sangre hubiera salido de las tres heridas después de extraídas las espinas, por estar vivo durante la deposición (el H. de la S.); los coágulos circulares no se habrían podido formar. Estos presuponen la presencia allí de las espinas. Si éstas ya no estaban... tenemos una contradicción "in terminis."»

«Otro particular importante, que por sí sólo podría demostrar la ausencia de la circulación sanguínea, continúa el Dr. Rodante, emana de la cinética de la crucifixión. Ya en 1934 el gran cirujano francés profesor Barbet, examinando atentamente la impronta del pulso izquierdo, pudo establecer que la colada hemática del carpo, partiendo del punto de penetración del clavo, se dividía en dos trazados divergentes. Desde entonces intuyó él las dos posiciones de abajamiento y

de erección que (el H. de la S.) hubo de adoptar sobre la cruz para defenderse de la asfixia.»

«Basándose sobre tan profundas observaciones y relacionando la doble colada del pulso izquierdo con dos de las tres de la frente (la A1 y la A3), determinó Mons. Ricci las posiciones "obligadas" de abajamiento y de erección de la cabeza del condenado sobre la cruz. Los dos reguerillos, de hecho, tienen una trayectoria obligada, que partiendo del punto de penetración de la espina, toman dos direcciones:

1) una vertical, o casi, hacia abajo cuando en el abajamiento del cuerpo la cabeza era arrastrada hacia adelante y hacia abajo;

2) inclinada otra hacia la derecha cuando, en el estado de erección, el crucificado desplazaba la cabeza hacia la derecha.»

«El estudio sobre la Sábana de la dirección de las dos sobredichas improntas sanguíneas correspondientes a los dos regueros A1 y A3, que seguramente se formaron durante la crucifixión, constituyó para mí, dice el Dr. Rodante, una válida premisa para demostrar que durante la deposición no había ya circulación sanguínea.»

«La certeza me viene, con todo, de la impronta de sangre venosa en forma de 3, que por lo mismo ha de considerarse como sello de la autenticidad de la Síndone y la revelación cierta de la ausencia de circulación sanguínea en el cuerpo exánime del crucificado. La forma característica de 3 se produjo por el arrugamiento de la frente a causa de las contracciones dolorosas del músculo frontal, pero *sobre todo* por los movimientos de la cabeza hacia la derecha y hacia la izquierda.» Ya hemos matizado este punto.

«Son precisamente los trazos que van hacia la izquierda de esta maravillosa impronta venosa, los que nos dan la certeza de que el corazón del crucificado no latía ya cuando fue quitado de la cruz. Porque si, quitada la corona de espinas, la sangre hubiera seguido fluyendo de las tres heridas abiertas por estar todavía vivo el condenado, durante la marcha hacia el sepulcro los tres regueros de sangre fluyente habrían tenido que registrar sobre la frente los movimientos de la cabeza, movimientos que debían ser evidentemente *iguales* para los tres. Por consiguiente o los tres regueros habrían de presentar las direcciones hacia abajo y hacia la derecha, como A1 y A3, o bien hacia la derecha y hacia la izquierda, como el reguero en forma de 3. Esta simple observación "direccional" proveniente de los movimientos de la cabeza durante el traslado del cuerpo al sepulcro... basta por sí sola para demostrar que no podía existir circulación sanguínea alguna en el crucificado después que le fueron quitadas las espinas de los vasos heridos. Tales reguerillos, formados en tiempos diversos, antes y durante la crucifixión, se imprimieron sobre la Sábana cuando estaban ya secos y porque, con la muerte, había ya cesado la circulación sanguínea.»

Ya hemos indicado anteriormente que los regueros A1, A2, A3 se formaron probablemente sobre la cruz. En cambio el reguero en 3 suponen los autores (Judica y Rodante) que se formó parte antes y parte durante la crucixión. «Además, continúa el Dr. Rodante, la característica forma de 3, determinada también por la contracción del músculo

frontal como reacción al dolor demuestra una vez más que en el momento de la deposición (el H. de la S.) estaba muerto. Si hubiera estado vivo, apenas quitado el casco espinoso, habría cesado el estímulo doloroso sobre las terminaciones nerviosas, y con la distensión de la frente, habrían disminuido las arrugas.»

«Un último argumento de relevante importancia: el reguero arterial A1 es indicio cierto de una poderosa presión sanguínea. La fuerza de la onda esfígmica, haciendo brotar la sangre a través de la herida, determinó el reguero hacia la derecha, que a lo largo de la cornisa de los cabellos, llega directamente hasta la parte baja venciendo el roce en medio de la espesa cabellera. Ahora bien, tan fuerte pulsación arterial no podía darse en un hombre que en el momento de la deposición si hubiera estado vivo, habría de estar de tal modo colapsado e hipotenso que pareciera muerto a los ojos de todos, especialmente de quien tenía obligación legal (de cerciorarse de ello). La verdad es que no "parecía" muerto, sino que lo estaba efectivamente.»

También hace referencia Kurt Berna en su libro (p. 14) a las heridas de los azotes. Algunas de las heridas de los antebrazos causadas por la flagelación se reabrieron también, según él, al ser bajado el cuerpo de la cruz; pues los antebrazos estaban tan adheridos a la cruz que «formaban un cuerpo único con el madero de los postes» (?!).

Pero ya hemos expuesto cómo los regueros de los antebrazos, con dos direcciones precisas, proceden de las heridas de los clavos de ambas muñecas y suponen dos posiciones concretas que hubo de adoptar el condenado sobre la cruz para evitar la asfixia. Al bajarlo, pues, de la cruz, ya estaban aquéllos formados y secos.

Además, ¿cómo explicaría Kurt Berna la impresión en la Síndone de las demás heridas de los azotes: las de la espalda, pecho, vientre y piernas? Habían de estar ya secas. ¿Cómo se reabrieron para marcar la Síndone? Estas, al menos, no estaban en contacto con el madero...

Una segunda serie de observaciones se refieren a la importante *herida del costado.* El anestesista inglés W. B. Primrose, del hecho de que de la herida saliese suero con la sangre deduce que el H. de la S. no estaba muerto, sino vivo, al serle infligida aquélla. Según él esta herida «situada aproximadamente sobre la sexta costilla», sería «efecto de un desgarro de la piel y de los tejidos subyacentes, producido por el flagrum». En cambio él localiza el «golpe de la lanza en *el costado»* de que habla S. Juan, en la parte inferior derecha del abdomen.

Para entender al Sr. Primrose, hemos de recordar de nuevo que él da por supuesto que el H. de la S. es Jesús. Por consiguiente, él pretende explicar las frases del Evangelio de S. Juan (19,34 y 35): «uno de los soldados le abrió el costado con la lanza y en seguida salió sangre y agua». Y aquella otra: «Después, dice a Tomás... trae tu mano y métela en mi costado» (Jn 20,27).

La herida, en la cual Tomás podía meter los dedos después de la resurrección es, según Primrose, la situada sobre la sexta costilla, debida según él a los azotes (¿!).

Al localizar, en cambio, el «golpe de la lanza *en el costadó,* en la

parte inferior derecha del abdomen, supone que Jesús, a más de la flagelación a la romana con el flagellum fue sometido —una vez entregado a los judíos— a otra segunda flagelación con vergas en el abdomen. Este severo castigo sería el que determinó un grave shock «que degenera rápidamente en shock quirúrgico primario», dice.

El agua de que habla S. Juan sería, según él, «la resultante de la turbación nerviosa de los vasos sanguíneos causada localmente por el sobreexcitante de la flagelación con vergas». De este modo en la cavidad abdominal «la infiltración de líquido proveniente de los vasos se recoge en la misma cavidad, descendiendo a su parte inferior». De ahí salió el agua de la herida abierta por la lanza en la cavidad abdominal, agua que observó S. Juan «estriada de sangre», que fluyó de los vasos superficiales abdominales, ya que el condenado estaba vivo, sí, pero en estado tan grave de shock que parecía muerto.

Dice «estriada de sangre» porque, según él, «habría tenido lugar una inmediata salida de suero, estriado con alguna línea de sangre proveniente de uno o más pequeños vasos sanguíneos abiertos por la lanza».

Ante todo hemos de anotar que S. Juan no dice que salió agua (suero) «estriada por alguna línea de sangre», sino simplemente: «al instante salió sangre y agua» (Jn 19,35). Primrose, pues, no explica a S. Juan, sino que le hace decir lo que no dice.

Contesta el Dr. Rodante (ponencia ya citada en el Congreso): «Las lesiones impresas sobre la Sábana no muestran señal alguna de esta importante flagelación en el abdomen, que comportara tal desequilibrio neurovegetativo en el crucificado hasta determinar en él un shock quirúrgico primario. Ninguna señal de esquimosis o escoriación producidas por tales vergas se advierte en la Síndone. En cambio están impresas sobre ella, evidentes y ciertas, las señales de la flagelación romana, la única padecida por Jesús (ya que ellos lo identifican con el H. de la S.), contada por el Evangelio y registrada fielmente sobre el lino funerario (la Sta. Sábana) como incisiones visibles sobre cinta magnética».

«Si el golpe de lanza hubiera sido vibrado contra la parte inferior derecha del abdomen y hubiera salido de él el líquido existente en la cavidad abdominal, mezclado con estrías de sangre, ésta hubiera resbalado con seguridad por la parte anterior del muslo, que está debajo, dada la posición "forzada" de las extremidades inferiores clavadas en el leño. Y sobre todo habríamos de ver impresa sobre la Síndone la "grande herida" del costado en la parte baja derecha del abdomen, junto con los sobredichos regueros sanguíneos sobre la parte anterior del muslo. Digo "grande herida" del costado porque Juan es el mismo testigo ocular tanto de la lanzada (del soldado) como de la incredulidad de Tomás (Jn 19,34 y 20,27). El evangelista intentaba evidentemente referirse precisamente a aquel golpe de lanza que, bien vibrado por el soldado romano, dejó sobre "el costado" una brecha abierta por la cual podían pasar todos los dedos de una mano: "Extiende tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente" (20,27).»

«Esta gruesa herida en el costado, la más grande que existe (sobre la Síndone), está en cambio localizada entre la quinta y sexta costilla.» Incluso Kurt Berna la localiza allí.

«Además, ella no pudo ser hecha por el flagelo, por la simple razón de que "del desgarrón de la piel y de los tejidos subyacentes producido por el flagrum" no podía salir tanta abundancia de sangre cual aparece visiblemente impresa sobre la parte anterior derecha del tórax, y continúa abundante sobre la región dorsal.»

En cambio Kurt Berna, que admite la lanzada en el costado, recalca que Cristo no murió de ella, «porque la lanza no tocó el corazón, sino que traspasó sólo el pulmón, sin dañar el corazón.»

Supone, pues, gratuitamente que la muerte del H. de la S. depende precisamente de la lanzada. Si ésta no alcanzó el corazón, el crucificado había de seguir vivo.

Nadie ha dicho semejante cosa. Lo que dicen los médicos es que la lanzada fue el golpe de gracia, infligido unas dos horas *después* de muerto el crucificado. El centurión romano no podía entregar el cadáver a los familiares y amigos sin cerciorarse de su defunción. El H. de la S. estaba ya muerto. Por eso no le quebraron las piernas. Pero quiso el soldado romano asegurarse de ello. Tal vez por haber muerto tan pronto. Y decidió traspasarle el corazón con la lanza. La lanzada era como el certificado de defunción de aquel condenado.

Volvamos a Kurt Berna. «Las huellas de la Síndone, dice, muestran claramente que la lanza traspasó el pulmón sin lesionar el corazón».

Para demostrarlo, supone él que la lanza formó un ángulo de 29° con el plano horizontal trazado a la altura de la herida del costado. Es más, asegura que la punta de la lanza asomó por el costado izquierdo, a través del músculo pectoral, entre la primera y segunda costilla, unos centímetros por encima de la tetilla, dejando allí visible la herida de salida. «Era circular, le dijo a Wilcox, y se la podía diferenciar de las marcas de la flagelación, que son rectas y más pequeñas» (o.c. p. 95). Así, asegura él, haberlo visto en su famosa visión.

Escrutado este punto por Mns. Ricci, no halla ninguna señal de corte... sino sólo «una sombra circular, como tantas otras, probablemente la huella de un golpe de flagrum» *(La Sin. Sta.* p. 223).

Tampoco el Dr. Rodante, ni ningún otro especialista, ha logrado identificar sobre la Síndone esta herida, que Berna dice haber visto en su visión.

Para mayor confirmación, Berna se hizo sacar a sí mismo una radiografía con la dirección de la lanza y demás circunstancias por él indicadas, y le salió un «negativo de la cavidad torácica (propia), en el que la trayectoria de la lanza pasaba a unos siete centímetros y medio de la parte superior del corazón» (Wilcox o.c. p. 98). La publicó en su libro *Inquest on Jesus Christ.*

No podemos detenernos a demostrar, como lo hace Mns. Ricci, que el ángulo de la trayectoria de la lanza con el plano horizontal no pudo ser de 29°, sino que hubo de ser menor.

Nos fijaremos en la respuesta que le dio el Dr. David Willis, ya conocido de nosotros por aportaciones anteriores, en un ensayo apareci-

do en *Ampleforth Journal* (vol. LXXIV, part. 1, p. 29) con el título de «¿Murió realmente en la cruz?» Escribe:

«No tiene sentido decir que una herida se halla en el espacio que separa la quinta y la sexta costillas, si no se precisa y matiza más; pues entre la parte anterior y posterior de dicho espacio puede haber una diferencia de 15 a 17 cm. de desnivel, debido a la curvatura hacia abajo de las costillas. Atravesando este espacio por su parte delantera (tal como lo indica la Síndone), aun admitiendo el ángulo arbitrariamente fijado por Reban (Berna) de 29°, la lanza no podía evitar el corazón.» Esto afirma Willis haberlo confirmado por radiografía.

Lo que sucede es que Berna sitúa la herida de la lanza más arriba de lo que está en la Síndone, aunque la coloque en el quinto espacio intercostal.

Respecto a la fotografía presentada por Reban en su obra *Inquest on Jesus Christ,* Willis le acusó de falsificación. El diagrama anatómico presentado por Reban como de un adulto era en realidad el diagrama de la cavidad torácica de un niño. Si la lanza no había interesado el corazón era porque este órgano no había completado su desarrollo.

El ataque de Willis hizo a Berna más cauto. Incluso «admitió en diversas entrevistas que varias fotografías publicadas en *Inquest on Jesus Christ* habían sido retocadas» para aumentar la credibilidad de sus teorías. Aunque «aseguró que no lo había hecho para engañar a nadie... El quería que las fotografías de su libro reflejaran realmente lo que había sucedido» (Wilcox o.c. p. 101, 102). Por eso puso en sus fotografías lo que él imaginaba o deseaba que hubiera sucedido.

Por su parte el Dr. Rodante añade las siguientes observaciones:

1) El abundante flujo sanguíneo que vemos en la Síndone «no pudo salir del túnel que la lanza había abierto, de traspasar sólo los pulmones y rozado el corazón del crucificado vivo»... «Sólo puede haber salido de un depósito natural, cual es la aurícula derecha».

2) «La sangre de esta cavidad lacerada por la lanza, en vez de recogerse en la cavidad pleural con la formación de un hemotórax (como sucede en vivo por la presión negativa endotorácica) salió afuera de manera copiosa y quedó impresa sobre la Sábana» en el pecho y en los lomos, iniciando los dos tiempos y posturas sucesivas del crucificado: erecto sobre la cruz y supino, rostro arriba, al ser llevado al sepulcro.

«Esto significa que el trayecto formado por la hoja de la lanza en el tejido pulmonar quedó despejado y abierto. Es decir, que no había actos respiratorios»... «Estos dos copiosos regueros de sangre, objetivables sobre la Sábana, demuestran, pues, "que el crucificado de la Síndone no respiraba ya, sino que estaba muerto" al recibir la lanzada.»

3) «La hoja de la lanza, siguiendo la trayectoria (señalada por Berna) hasta salir por entre la primera y segunda costilla del lado izquierdo, habría desgarrado los gruesos vasos situados precisamente en aquella zona, entre la primera y segunda costilla izquierda: la aorta ascendente, el cayado de la aorta y el grueso tronco venoso braquiocefálico izquierdo. Aun admitiendo, pues, que (el H. de la S.) es-

tuviera vivo antes del golpe de la lanza, solamente una inmediata y delicada intervención quirúrgica tóraco-cardiovascular (ciertamente no realizable hace veinte siglos) habría podido salvarle de una muerte segura por la gravísima hemorragia que hubiera seguido a la rotura de los sobredichos vasos gruesos.»

«Si no queremos, pues, admitir la muerte ya antes del golpe inferido (por el soldado), debemos lógicamente aceptar que con aquella lanzada al corazón, la muerte debía necesariamente sobrevenir.»

Acaba el Dr. Rodante refiriéndose a las técnicas de reanimación evocadas por los que sostienen que el crucificado sólo había muerto aparentemente y que luego fue reanimado por alguien.

«Sólo me apena, dice, que tal suposición haya sido hecha también por mi colega anestesista (el Dr. Primrose), en contacto diario con individuos aquejados por graves shocks. El sostiene que en el estado de colapso en que se hallaba el crucificado, con el frescor de la tumba y con el cambio de postura de vertical a horizontal que se dio en el decúbito, se podía esperar una reposición, cuya primera señal habría sido un escalofrío o cualquier temblor.»

Son estas últimas, palabras del Dr. Primrose; quien afirma además que José de Arimatea (no perdamos de vista que tanto Primrose como Kurt Berna es a Jesús de Nazaret a quien tienen siempre presente en el H. de la S.) al quedar solo en el sepulcro —ya que las mujeres y Juan, acabadas las operaciones de la sepultura, se habían partido— advirtiendo que Jesús se estaba reponiendo, con la ayuda de algún criado transportó el Maestro a la casa vecina. De dónde saca Primrose estos datos, no lo dice. Naturalmente.

Allí, continúa, «los cuidados y una ligera dieta líquida, aplicados inmediatamente, habrían bien pronto incrementado su reposición y restablecido su actividad física de manera que Cristo pudo comparecer la mañana del tercer día» *(St. John,* XIX, 34»).

Y termina Primrose: «Tales son los hechos salientes revelados por *un estudio a fondo* (el subrayado es nuestro) de la crucifixión y expuestos en términos de anatomía y fisiología humana, unidos a la evidencia puesta a la luz por la Sta. Síndone» *(St. John reports...»).*

Perdone el lector, pues no pretendemos burlarnos de él al exponer tan peregrina y absurda teoría. La presenta, y muy en serio como se deduce de sus mismas palabras, un hombre de ciencia. Se ve que ésta no libera a alguno de sus poseedores de la facultad de imaginarse las cosas como ellos desearían que fuesen y de sacar de quicio los datos científicos o históricos según sus ideas y sentimientos.

Naturalmente, no se detiene Primrose en decirnos cómo habría quedado de chafarrinada de sangre la Síndone con esos traslados de aquel cuerpo traumatizado y sangrante, que ella envolvía. Tampoco se preocupa de estos Kurt Berna al decirnos que el H. de la S. salió del sepulcro *por sus propios medios.* ¡Tan nítidas y definidas como aparecen las manchas de sangre sobre la Síndone!

Además, como hace notar atinadamente el P. Carreño *(Al cerrarse la Urna...* p. 254), ¿cómo, en la suposición de Berna, habría podido un hombre con los pies y manos y el pecho traspasados, traumatizado,

desangrado y sin alimento ni bebida desde unas 24 horas antes, hacer rodar *desde dentro* del sepulcro la piedra que cerraba la entrada? Esta era angosta y baja. Había que agacharse para mirar a dentro desde fuera y entrar en él (Jn 20,5). No había, pues, espacio suficiente para hacer palanca. El diámetro de la piedra, como en todos los sepulcros, excedía ampliamente el hueco de entrada y era enormemente grande (Mc 16,4). Pesaría más de una tonelada. No tenía, por lo demás, agarradero alguno en su superficie lisa interior. Tampoco era posible tumbarla empujando desde dentro. Estas piedras redondas estaban encajadas en unos carriles inferiores y emparedadas por un lado dentro de la roca lateral del sepulcro. Sólo podía ser abierto éste haciendo rodar la piedra hacia un lado. Para ello se necesitaba la cooperación de dos hombres forzudos; y éstos actuando desde fuera y no desde dentro del sepulcro.

Además dice S. Mateo (27,66) que los sanedritas habían sellado la piedra y puesto guardia ante ella precisamente «para que no lo pudieran robar los discípulos y luego decir que había resucitado de entre los muertos». Hemos de suponer que los sanedritas no eran tan lerdos que antes de sellar la puerta del sepulcro no se cercioraran bien de que efectivamente el cadáver del odiado nazareno estaba allí. ¿De qué les hubiera servido, de lo contrario, sellar la puerta? De que estuviera realmente muerto, no hacían problema. Todos estaban seguros de ello.

Se ve que el testimonio de los evangelistas, para algunos autores, sólo es aceptable en la medida que a ellos les conviene. Francamente, nos parece demasiado pretender que nos traguemos ciertas afirmaciones solamente porque a ellos les interesa.

Por todo lo cual concluye el Dr. Rodante: «Altamente cualificada es hoy la aportación de los colegas anestesistas, quienes, sirviéndose de aparejos modernos y de las defensas terapéuticas cardio-respiratorias más oportunas, consiguen —en las salas de reanimación— hacer recobrar las normales funciones vitales a muchos individuos, presos de graves shocks o colapsos. En el caso, además, de graves lesiones traumáticas del tórax y del corazón, colaboran con un equipo especializado en tóraco-cardiocirugía que, sirviéndose de la circulación sanguínea extracorpórea, actúa sobre los órganos lesionados».

Pero prosigue con cierta sorna: «Querría sugerir aquí a mi colega inglés que tomase un individuo flagelado, coronado de espinas, crucificado, colapsado, traumatizado, con el pulmón y el corazón traspasados por una lanza; un hombre que haya padecido un shock quirúrgico primario y secundario, como él mismo egregiamente describe a Jesús, quien según él era "muy susceptible a los shocks quirúrgicos, tanto primarios como secundarios"... y en lugar de transportarlo en seguida a una sala de reanimación, le propondría (digo) dejarlo por algunas horas abandonado, clavado sobre una cruz y transportado finalmente al "fresco" de una tumba nueva, excavada en la roca. Ciertamente el frescor del lugar no podría nunca bastar para reanimarle y hacerle volver del grave shock».

«Me parece que se concede demasiado a la fantasía y nada a la hi-

pótesis científica.» «Se niega la muerte de Cristo (en el supuesto de todos esos autores, repetimos, el H. de la S. se identifica con él. Esto nos ocupará en el capítulo siguiente) porque se quiere negar su resurrección, y en consecuencia su divinidad.»

Este es realmente el móvil inconfesable de las afirmaciones de tantos como hemos encontrado a lo largo de nuestro estudio. No les importa el H. de la S. y su estudio objetivo. Ellos quieren servirse de la Síndone para atacar a Jesucristo. Son sospechosas sus aportaciones. Por esto, cuando desde el plano científico se les convida a un debate serio, dan la callada por respuesta. Esto hizo Pesce; esto han hecho Primrose y Kurt Berna. Intentó el Dr. Rodante ponerse en contacto personal con los dos últimos para discutir el tema. No recibió respuesta. Tampoco se presentaron en Turín para defender sus teorías en el congreso de 1978. Dan pie a pensar que no les interesa dilucidar la verdad científica, sino propagar sus ideas.

Por ello concluye el Dr. Rodante su ponencia en el Congreso: «Si se hace referencia a la Síndone, estudiada atentamente en sus mínimos detalles, cualquier suposición de una muerte no real (del Hombre allí marcado) debe ceder ante las evidentes consideraciones médicas que emergen de un servero y razonado examen objetivo de las improntas de sangre existentes sobre el lino».

«Y precisamente por estas consideraciones objetivas la Síndone es y permanece el documento irrefutable de la pasión, muerte y resurrección de Cristo.» *(Actas del II Cong. Int. de Sindon.* p. 127-136.)

Sobre esto último volveremos en los dos últimos capítulos. Aquí sólo nos queda por hacer reflexión: ¿Cómo la prensa española se hace eco con tanta frecuencia de los infundios de semejantes autores? Un mínimo de sentido crítico les habría de hacer sospechar, al menos, las intenciones que se ocultan detrás de tales comunicados. ¿Será tal vez el afán sensacionalista? ¿Será el deseo de parecer abiertos a las nuevas corrientes de los tiempos? «Creer es vergonzoso, se ha escrito, dudar da prestancia» (P. Carnarc: *Le Suaire* p. 221). Así es: Blasonar de incrédulo se tiene por cosa propia de espíritus fuertes y progresistas... Aunque por ello se caiga, tal vez, en consecuencias ilógicas o disparatadas [93].

---

[93] A la vista de los datos que acabamos de exponer, causa una triste impresión tropezar a veces en nuestra prensa con noticias como las que siguen:

Londres. 1-(Efe): «Tras siete años de investigaciones sobre el sudario que envolvió su cuerpo, varios científicos han llegado a la conclusión de que Jesucrito fue enterrado vivo».

«Las 28 manchas de sangre del sudario avalan esta teoría. Resulta científicamente imposible que un cadáver sangre de la forma que lo hizo el cuerpo envuelto en el sudario, aseguran los investigadores.»

«Los resultados de las investigaciones, iniciadas en 1969 a requerimiento de la Iglesia ("autorizadas por la Jerarquía Católica" dice otro), fueron anunciados hoy por la Fundación Internacional del Santo Sudario, con sede en Suiza.» (Viernes, 2 de abril de 1976.)

Otro periódico añade: «Entre los investigadores destaca la personalidad del profesor Max Frei, de Zurich (2 de abril)».

Y otro: «Pero los expertos que forman parte de la Fundación Internacional

Para terminar no queremos omitir el testimonio de María Grazia Siliato, Presidenta de la Asociación de Arqueología Cristiana y Antigüedades Paleocristianas de Roma y relacionada con el equipo STURP. Interrogada por el Sr. Javier Pérez Pellón ante la televisión española, aseguró que las deducciones sacadas del estudio de la Sta. Sábana por los técnicos son tan seguras que bastarían para fundamentar una sentencia judicial criminal. Se refería, suponemos, al hablar así, a las conclusiones del STURP; pero creemos que lo mismo puede decirse de las deducciones de los demás técnicos y científicos aducidos en este estudio.

APENDICE AL CAPITULO V

Yehohanán

El 4 de enero de 1971 saltó a la publicidad un descubrimiento sensacional: el hallazgo, en la colina rocosa de *Giv'at ha-Mivtar* (Jerusalén) a unos 1.700 metros de la puerta de Damasco sobre la carretera

---

del Santo Sudario de Cristo, con sede en Suiza, no nos han dado a conocer nada nuevo. El descubrimiento es el mismo que en 1969 expuso su presidente el alemán Kurt Berna».

Es más. En una revista gráfica un ilustre escritor, apoyándose en la anterior comunicación de la Agencia Efe, cree poner una pica en Flandes añadiendo por su cuenta: «La noticia nos larga algo que justificaría todo el antedicho descrédito de la Sábana Santa».

Esto supone un completo desconocimiento de quién es Kurt Berna y su ficticia fundación internacional. Supone también falta de sentido crítico el creerlo y ligereza al publicarlo: una comisión de expertos reunidos en Suiza para estudiar la Sta. Sábana que se guarda *en Turín* y que publica el resultado de sus investigaciones *en Londres;* unas investigaciones iniciadas a requerimiento de la Iglesia... para llegar a la conclusión de que Jesucristo no murió en la cruz (lo que destruiría la misma base de la Iglesia), y publicada, se supone, con la anuencia de la misma Iglesia; una comisión de expertos de los cuales no se publica el nombre (el querer involucrar al ilustre profesor Max Frei con esa Fundación Internacional roza ya con la calumnia, por haberlo él negado expresamente)... ¿No son datos suficientes para dudar de tal comunicado?

Además, la afirmación final del artículo de la mencionada revista gráfica «Es un hecho científico claro e irrevocable que Cristo fue enterrado vivo, a menos que existiera un segundo Jesús»... «es ya algo aterrador, escribe el P. Carreño *(El Ult. Rep.* «2.ª edic. p. 294). El *bulo* se ha convertido en *hecho,* lo *visionario* en *científico,* lo *architurbio* en *claro,* lo *inexistente* en *irrevocable* y la *información,* no ya en mera *deformación,* sino en pura perversión». ¿Sobre quién cae el «descrédito»; sobre la Sta. Sábana o sobre el autor que publica tales infundios?

Sinceramente, creemos que el público español se merece más respeto y exige de sus informadores profesionales más seriedad, más veracidad y más imparcialidad de lo que esas crónicas demuestran. Puede el informador tener sus ideas, pero al informar ha de ser objetivo y antes ha de cerciorarse de la verdad de lo que comunica. Esto es lo que exige la ética profesional; y esto, al fin y al cabo, es lo que le ha de dar verdadero prestigio entre sus lectores u oyentes.

a Naplusa, del esqueleto de un hombre crucificado a principios de nuestra era.

En los trabajos para construir unos bloques de viviendas, en junio de 1968, el conductor de un «Bulldozer» descubrió en el declive de la colina la entrada de un pequeño túnel. Advertida la Dirección de Antigüedades, destacó al lugar varios especialistas que constataron la existencia de una tumba, y luego de otras tres. Más tarde aparecieron hasta nueve, pero el Dr. Tzaferis describió sólo las cuatro primeras. Eran cámaras excavadas en caliza blanda, con un área central rodeada de pequeños departamentos o «lóculos», abiertos en la pared. Eran tumbas familiares y que formaban parte de un cementerio judío.

Había dos tipos de sepulturas: en unas el cadáver yacía en un lóculo; en los otros, los huesos —después de la descomposición del cadáver— habían sido depositados en osarios, pequeñas urnas de piedra empotradas en la pared, cubiertos con una losa. Se encontraron hasta 15 de estas urnas.

Por los restos de cerámica y otros indicios, la pequeña necrópolis puede datarse, según el Dr. V. Tzaferis, entre el siglo I antes de nuestra era y principios del siglo I d.C.; no más tarde de la destrucción de Jerusalén el año 70. En concreto parece que hay que situarla entre los 30 años antes y los 30 después del principio de nuestra era.

La tumba más importante era la primera, que constaba de dos cámaras funerarias a distinto nivel. Todos los indicios confluyen en que se trataba de una familia pudiente de Jerusalén. Los osarios eran lujosos y los utensilios que en la tumba se hallaron, también.

Los restos humanos recogidos en las cuatro tumbas corresponden en total a 35 individuos: 11 hombres, 12 mujeres y 12 niños. Tres de éstos habían muerto de hambre. Otro, de unos cuatro años, tenía la cabeza perforada por una flecha. Un joven de 17 años había sido quemado vivo sobre una parrilla. Una mujer de casi 60 años había muerto de un golpe de maza y otra mujer quemada. Trágico vestigio de las difíciles condiciones que atravesó la Palestina durante el siglo anterior y el posterior al inicio de nuestra era. Tal vez la revuelta del año 7 d.C. con ocasión de un censo...

Algunos osarios llevaban inscrito el nombre del difunto: Simón, Jonatán, Marta, Juan, Saúl (dos veces), Salomé, hija de Saúl. Los nombres estaban en arameo, en hebreo o en griego.

El estudio de las tumbas, inscripciones y esqueletos corrió a cargo, respectivamente, de los Drs. V. Tzaferis, J. Naveh y Nicu Haas de la Universidad de Jerusalén, quienes publicaron los resultados en *Israel Exploration Journal* vol. 20, nn. 1-2 (1970), pp. 18-59.

El esqueleto que desde luego polarizó el interés del anatomista y antropólogo Dr. Haas fue el colocado en el osario n. 4 de la primera tumba, que presentaba señales inequívocas de crucifixión. Era la primera vez que se encontraban restos humanos de un crucificado.

En la parte exterior del osario y en su centro se leía, grabado, el nombre de Yohohanán (Juan).

Por el estudio de los huesos y sobre todo del cráneo, perfectamente conservado, se deduce que Yehohanán era adulto de unos 24 a 28

años, de 1,67 m. de estatura. El cráneo es un poco irregular, debido quizás a algún accidente o crisis de su madre durante las primeras semanas de embarazo o a un parto difícil. No era, con todo, deforme; antes más bien presentaría cierta finura de rasgos. El Dr. Haas pudo reconstruir su retrato. No era robusto, sino más bien grácil, y no se había dedicado a ejercicios violentos que supusieran esfuerzo muscular. No era, por tanto, un esclavo ni un vulgar criminal. Lo que también viene ratificado por su valiosa sepultura. En el mismo osario de 57 × 34 cm. había depositados los restos de un niño de tres o cuatro años, tal vez su hijo.

En el fondo del osario, cubierto con los huesos del cráneo, había un bulto óseo atravesado por un clavo; todo ello recubierto por una costra calcárea. Sometido el conjunto con minuciosidad a un lento y delicadísimo tratamiento, reveló los siguientes detalles:

El clavo tenía la punta encorvada a manera de gancho. En posición recta habría alcanzado unos 11,5 cm. (Dr. J. W. Kulm, cfr. *Actas II Cong.* p. 73). Con la curvatura de la punta, el clavo mide 9,8 cm.

Según Haas, el clavo atravesaba los pies en sentido lateral, primero el talón derecho y luego el izquierdo, pegado al derecho por su cara interna, pero con un ligero desplazamiento hacia atrás. El clavo penetró por entre los huesos calcáneo y astrágalo del pie derecho. La cabeza del clavo sobresalía unos 2 cm. sobre la superficie externa del calcáneo derecho y tenía adheridas algunas briznas de madera. El análisis microscópico paleobotánico demostró que se trataba de madera de acacia o pistacho. Se ve, pues, indica el Dr. Haas, que entre el pie derecho de la víctima y el clavo se había interpuesto una placa de acacia de unos 1,5 a 2 cm. de grosor para fijar mejor los pies y *para escribir sobre ella el nombre de la víctima.*

Los pequeños fragmentos de madera que se han conservado adheridos a la punta retorcida del clavo son, en cambio, de olivo. Como quiera que este árbol no se presta para hacer postes con él, probablemente Yohohanán no fue clavado en una cruz ordinaria, con el poste vertical plantado de antemano en tierra, sino que, una vez clavados los brazos al palo transversal, éste sería izado sobre un olivo, entre sus ramas. Los pies le serían clavados en el tronco mismo del olivo, la punta del clavo habría sido retorcida expresamente después de clavado.

Esto supondría una ejecución precipitada hecha en circunstancias extraordinarias, tal vez por tratarse de ejecuciones en serie, como atestigua Flavio Josefo haberse hecho en las innumerables ejecuciones de durante el asedio de Jerusalén el año 70. (Cfr. Carlo M. Martini, SI. *La Civil. Catt.* n. 2910, sept. 1971, p. 495.)

Parece que los que fueron a retirar el cadáver de la cruz para sepultarlo, no consiguieron, tal vez por las prisas, arrancar el clavo de los pies. Salieron del apuro cortándoselos con un hacha. La cara superior del astrágalo conserva la huella de este corte.

Los huesos de las piernas de Yehohanán están rotos al mismo nivel, en su tercio inferior, a consecuencia de un único golpe seco y violento. La tibia derecha (no se encontró el peroné) fue astillada por

efecto directo del golpe. La tibia y el peroné izquierdo están rotos en línea oblicua dentellada. De la dirección de la fractura deduce el Dr. Haas que las piernas formaban un ángulo de 60-65° con la vertical en el momento del golpe. Las piernas, por tanto, estaban paralelas y flexionadas, pegada la derecha sobre la izquierda, y la rodilla derecha montaba levemente sobre la izquierda, en una postura forzada de violenta contorsión. La caja torácica estaba también fuertemente contorsionada.

Otro hueso de Yehohanán presenta señales de violencia: el radio del antebrazo derecho. Por su parte interior y cerca ya del extremo contiguo a la muñeca presenta este hueso una pequeña erosión causada por un objeto duro. Evidentemente el crucificado había sido fijado al patíbulo, o palo transversal de la cruz, por un clavo que le penetró por entre el cúbito y el radio del antebrazo en la proximidad de la muñeca. El hueso está allí como gastado y pulido, dice Haas, «por un frotamiento... que hubiera ido aumentando poco a poco... entre el radio y el clavo, hacia el final de la crucifixión».

Este interesante dato confirma las sucesivas elevaciones y hundimientos del cuerpo del crucificado para evitar la asfixia, que descubriremos también en el H. de la S.

La postura del joven crucificado, según la reconstrucción de Haas, es como sigue (Fig. 34): la cabeza y el tronco de frente, los brazos horizontales extendidos a lo largo del patíbulo o palo transversal y clavados a él por entre el cúbito y el radio de cada antebrazo, junto a la muñeca. Las extremidades inferiores, fuertemente flexionadas por las caderas y las rodillas, se desviarían violentamente hacia el lado izquierdo para poder clavarle los pies juntos, de lado y con un solo clavo, que le atravesó ambos talones, después de traspasar la tablilla de acacia que llevaría el nombre del ajusticiado.

También le coloca Haas un tarugo transversal, el sedile, por debajo de la región glútea sobre el que descansaría, medio sentado su cuerpo. Tal como está la figura, hace la impresión de que todo el peso del cuerpo descansaría sobre el sedile y sobre las piernas dobladas; no sobre los clavos de los antebrazos que se mantienen horizontales.

En tal postura (con los brazos horizontales y las piernas tan flexionadas) parece imposible el movimiento de erección y hundimiento del cuerpo para evitar la creciente asfixia, como constatamos en el H. de la S. No tenía manera de hacer fuerza, ni con los brazos, ni con los pies, para levantar el peso de su propio cuerpo.

Por otro lado, si el cuerpo no pendía de los brazos, sino que se apoyaba en el sedile, no parece fueran afectados los músculos torácicos de la respiración. Por consiguiente no tendría dificultad en respirar. Con sedile, los crucificados podían vivir días enteros antes de agotarse.

Pero si no existieron estos movimientos ascendente y descendente del cuerpo de Yehohanán, tampoco existiría movimiento alguno de rotación de sus antebrazos sobre los respectivos clavos que los sujetaban a la cruz. No se explicaría, en consecuencia, la erosión y pulimen-

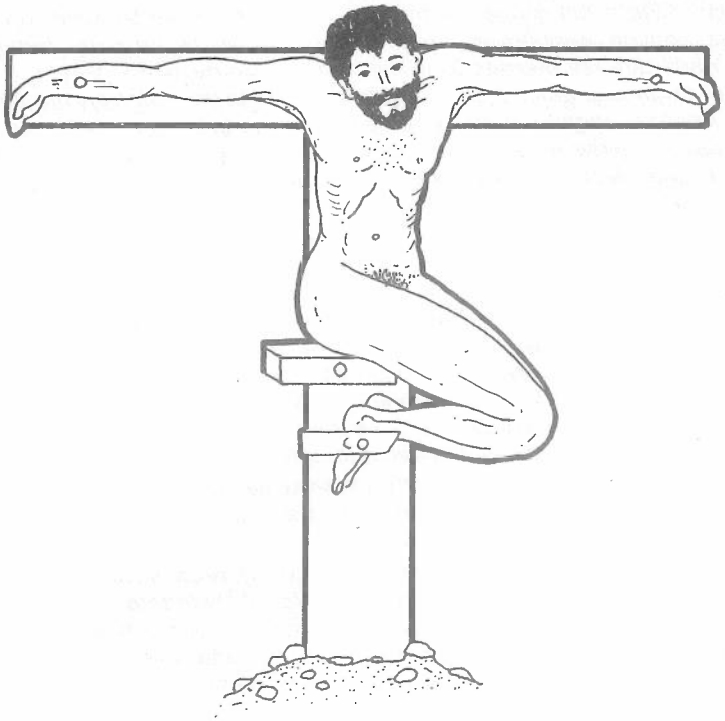


Fig. 34. Crucifixión de Yehohanán, según el anatomista y antropólogo Dr. Nicu Haas.

to observados en el radio derecho. No creemos bastara para producirlos los pequeños movimientos espasmódicos del moribundo.

Tampoco se explicaría, a nuestro entender, el porqué de la fractura de las piernas como golpe de gracia para precipitar la muerte del condenado. No creemos que el mero trauma de la fractura pudiera producir por sí solo la muerte rápida del crucificado. En cambio, si el condenado necesitaba apoyarse en los pies para poder elevarse y expeler el aire que llenaba sus pulmones, sí que se comprende perfectamente que al quebrarle las piernas y no poder apoyarse con ellas sobre los pies, no pudiera respirar más y muriera de asfixia. En este caso sí que el quebrantamiento de las piernas constituía un auténtico «golpe de gracia».

Tal vez por estas razones el Dr. Joaquín Carrasco indica en un artículo *(Blanco y Negro,* 10 de abril, 1971, pp. 33, 34) que «no sería precisa una flexión tan acusada de las rodillas como sugiere el dibujo del profesor Haas». Recordemos también que el mismo Dr. Haas ha indicado que la dirección de la fractura de ambas piernas parece suponer que, en el momento del golpe, formaban éstas un ángulo de 60-65° con la vertical; no un ángulo recto, como aparece en el dibujo de la figura.

Por todo lo cual nos inclinamos a pensar que a Yehohanán no le pusieron sedile ni tuvo las piernas tan flexionadas.

Aparte esto recordemos que el «crucifragium» (quebrantamiento de piernas) era obligatorio en Israel si al caer de la tarde estaba todavía vivo el crucificado. Había de ser muerto y enterrado el mismo día, para que su cuerpo no contaminara la tierra (Deut. 21,23). Supone, por tanto, una muerte pronta. El sedile era, pues, superfluo.

Por lo demás, creemos que todo esto quedará más claro al estudiar en este mismo capítulo, estos movimientos de erección y hundimiento sobre la cruz del H. de la S. para evitar la asfixia.

La hipótesis de que Yehohanán fuera colgado de un olivo con los brazos clavados en el palo transversal explicaría mejor, dice el profesor Fasola, la extraña posición del cuerpo del condenado (cfr. *Actas II Congr.* p. 73).

Parece claro, además, que los restos de Juan fueron exhumados de otro sepulcro anterior y llevados a la tumba familiar de Giv'at ha-Mivtar después de haberse descompuesto del todo su carne y convertida en polvo. Dice el Dr. Haas: «El examen anatómico y antropológico confirma que los restos óseos (de Yehohanán) fueron colocados en un determinado orden intencional, una especie de agrupación acorde con el reenterramiento en uso. Este consistía en meter el cadáver del ajusticiado en un ataúd y después de la descomposición de su carne, recoger los huesos para colocarlos en un osario». En algún caso los huesos más largos fueron encontrados, añade, en la parte superior de los osarios, todavía atados junto con tallos de plantas entrelazados, o fueron hallados manojos de flores marchitas o de espigas de cereales entrelazadas.

Otra constatación interesante hace el Dr. V. Tzaferis, y es que los huesos colocados en la parte superior de algunos osarios estaban cubiertos de un pigmento negro o moreno, probable testimonio de los aromas oleosos esparcidos encima durante el segundo sepelio.

Concluyamos con una observación del Dr. Isidro Gomá Civit, profesor de Sgda. Escritura en la Facultad Teológica de Barcelona, hecha en un artículo sobre este descubrimiento *(Perseverancia,* Barcelona, n. 376, feb. 1975, p. 22). Prescindiendo de la Sábana de Turín, «el estudio, dice, de los restos de Yehohanán ha hecho posible verificar por primera vez en sus detalles un caso de antigua crucifixión romana, con esa incomunicable sensación de proximidad psicológica que da la arqueología a quienes tienen despierto el sentido de percibir la voz de las ruinas y de los sepulcros».

En orden a nuestro estudio nos interesa especialmente subrayar que los pies le fueron clavados a Yehohanán con un solo clavo, un pie sobre otro, y que los brazos le fueron clavados en el patíbulo por entre el radio y el cúbito de cada antebrazo, ya cerca de la muñeca, y no por las palmas de las manos. También resulta muy interesante la ligera rotación del brazo sobre el clavo, que se detecta en el radio derecho, el crucifragium o rotura de las piernas y el hecho de estar sepultado en una tumba familiar y honorable, a pesar de ser un crucificado.

VI

EL HOMBRE DE LA SANTA SABANA

Después de haber estudiado con horror los tormentos padecidos por el hombre que dejó sus huellas fotográficas en la Sta. Sábana, vamos a enfocar nuestra atención con creciente curiosidad al mismo individuo. ¿Qué nos revela de él la Síndone a la luz de la antropometría y de la antropología? Incluso intentaremos descifrar su psicología. Siempre partiendo de los datos que nos da esta fotografía misteriosa, impresa sobre un lienzo hace unos dos mil años.

1. ASPECTO FISICO

a) Hermosura y majestad del rostro

Y ante todo, lo primero que llama la atención y se impone irresistiblemente es la hermosura, la impresionante nobleza, la serena majestad, la sencilla y apacible grandeza de este rostro, a la vez que su realismo trágico. Los malhechores no presentan jamás semejantes rasgos. En el rostro del hombre se refleja su alma.

«Cara de inefable y serena belleza y de una majestad verdaderamente sobrehumana» la llama el ilustre escritor Daniel Rops. «Cara que inspira amor» dice el cardenal Michele Pellegrino. «La imagen es de una veracidad que espanta... Más que una imagen es una presencia», añade el conocido poeta Paul Claudel.

El prof. Tamburelli, después de haber eliminado con su minicomputador los elementos extraños y accesorios de este rostro, causados por los malos tratos y la trama de la tela, exclama admirado: «No podemos menos de subrayar la belleza de la imagen obtenida... superior a la de todas las obras de arte. Auguramos que tal imagen pueda inspirar las obras artísticas del futuro» *(Actas II Cong. Int.* p. 183).

Los mismos resultados habían obtenido los investigadores de la NASA. «Hemos descubierto una imagen electrónica del cuerpo (del H. de la S.) de extraordinaria belleza» (E. Jumper y J. Jackson, *La Gazzetta...* p. 38. c).

El P. Tonelli, por su parte, escribe: «Sobre este rostro se translucen sentimientos de dolor tranquilo y resignado, de tristeza dulce y suave, que se unen admirablemente a una actitud de serena majestad. Tiene los ojos cerrados, pero no parece muerto; más bien parece un dormido que se va a despertar de un momento a otro. Nunca vi sobre ningún lienzo un rostro semejante, tan expresivo, a pesar de tener los ojos cerrados. Ningún pintor alcanzó jamás una expresión artística tan poderosa; ni siquiera inspirándose directamente en este rostro» *(La Sta. Sindone).*

Tan sorprendente es el encanto de esta cara, que uno de los más acérrimos impugnadores de la Síndone, en el sentido de que ella sea la mortaja de Jesús, el P. F. M. Braun, O.P., exclama: «Cierto, la impronta conmovedora dejada sobre el venerable Lienzo de Turín, su asombroso realismo, su carácter impersonal y casi escultural, ciertamente ajeno a la pintura medieval, permanecen un misterio» *(Nouvelle Rev. Théol.,* nov.-dic. 1939, p. 1041).

Que venga, pues, ahora un Clément o un Pesce a decirnos que la Síndone reproduce un Cristo ligeramente estilizado de los siglos XIII o XIV, o bien un bajo relieve de los siglos XII al XIV, aun prescindiendo de los burdos métodos empleados para conseguirlo que ellos proponen... Cuanto menos, hace sonreír. Ya el director de los Museos Cívicos de Turín, Sr. Viale, en su comunicación al *Convegno Nazionale de Sindonología* de 1939, había hecho notar que la Síndone no puede en absoluto clasificarse con el arte medieval. Ni siquiera presenta estilo alguno.

«La belleza de los contornos impresos en la Santa Síndone, concluye por su parte el Dr. Hynek, revela una perfección incomparable. Y lo que más importa aún es que la belleza intuida se comprueba por las exactas medidas antropométricas» *(El aspecto físico...* p. 90). Demos paso, pues, a la

b) Antropometría

Teniendo presente lo que dijimos: que se trata de una fotografía ortogonal, es decir, que cada parte del cuerpo impresionó directamente la parte de la tela que tenía encima o debajo, hemos de deducir que la imagen fotográfica reproduce aquel cadáver a tamaño natural, con todas las proporciones del mismo. Puede, pues, la antropometría volcarse sobre ella.

Varios son los investigadores que lo han hecho.

Fijémonos en primer lugar en *su estatura.* Varias son las medidas propuestas. En general oscilan entre 1,78 y 1,83 metros.

El Dr. Vignon escribía: «La efigie anterior sería la de un hombre de 1,80 m. si la Síndone no hubiera tenido ni recodos ni pliegues» *(Le S. Suaire...* pp. 85 ss.). Barbet coincide: «El Lienzo nos muestra un hombre de 1,80 m. con una anatomía espléndida» *(La Pass.,* p. 188). La misma estatura encuentran G. Cordonnier, el Dr. Baima Bollone y el P. de Gail, S.I. Y no podemos dejar de señalar que esta misma era la

medida de la famosa cruz de Justiniano, calculada sobre la Sta. Sábana.

El Dr. Luigi Gedda, después de tener en cuenta las dificultades provenientes de los pliegues de la Sábana sobre el cadáver, que determinaron desarmonías métricas en varios segmentos, después de considerar los eventuales estiramientos de la tela debidos a las reiteradas ostensiones y asesorado por el perito textil Timossi, se inclina por una estatura de 1,83 m. *(Relazione al Convegno Int...* de 1939). Gedda se ha volcado sobre el tema «con profundidad de antropólogo constitucionalista[94] y según los cánones científicos en uso» en frase de Judica, y ha publicado sus resultados en multitud de publicaciones (Cfr. *Sindon,* 11, p. 20).

Esta era la estatura tradicionalmente atribuida a Cristo en la Iglesia Oriental según Nicéforo Calixto, en relación también, sin duda, con la Síndone. Ellos tenían como cosa cierta que ésta era la mortaja de Jesús. Esta misma medida pasó luego a la Iglesia occidental y quedó plasmada en el templete *Mensura Christi,* existente todavía hoy en el claustro de la basílica romana de S. Juan de Letrán, en Roma. (Lám. 5, C.)

Esta misma estatura hallada por L. Gedda es la que acepta el Dr. Hynek *(El Aspecto físico...* p. 95), aunque él no la haya calculado.

Beaumont, en cambio, le da 179,1 centrímetros y Garello, 178.

Creemos que no pueden tenerse en cuenta ni las medidas propuestas por el escultor y pintor Lorenzo Ferri (187 cm.), ni las de Mns. Ricci, por lo demás tan benemérito de los estudios sindonológicos. El primero por no haber usado métodos científicos para la medición; el segundo porque «fruto de una personal interpretación y usando un método igualmente personal» como escribe el Dr. Judica *(Sindon 11,* p. 16) atribuyó al H. de la S. primero la estatura de 1,60 m. *(L'Uomo della Sindone,* 1965); después, la de 1,62 m. *(L'Uomo della Sindone è Gesú,* 1969, p. 278), dando por supuesto que el H. de la S., por ser de raza mediterránea, había de ser bajo. Ultimamente se ha desengañado de ella y así lo ha declarado, cosa que le honra *(Recentissime acquisizioni sulla Sindone, documento originale della Passione di Cristo,* en: Vita e Pensiero, 1973, pp. 242 ss.).

El Dr. Judica ha hecho un estudio profundo y completo de las figuras sindónicas midiendo y elaborando con cuidado los índices y proporciones del H. de la S. Estuvo asesorado en su estudio por el Dr. Viola, médico clínico de Bolonia y constitucionalista de fama mundial; quien «después de haberse hecho cargo, con aquella escrupulosidad que le distinguía, de la exacta aplicación de los métodos, avaló los resultados y las conclusiones» escribe el mismo Judica *(Sindon,* 11, p. 18). La estatura hallada por éste es de 1,81 m.

No nos ha de sorprender esta variedad en las medidas. Si se tratase de una pintura, la cosa sería más sencilla, dice el Dr. Vignon, «pero del hecho de que este Lienzo ha captado la medida de un cuerpo, son

---

[94] Antropólogo *constitucionalista* es el que estudia la constitución morfológica del cuerpo humano y de cuanto con ella se relaciona: medidas, ángulos, etc.

las dimensiones de éste las que interesa conocer; y por más que las queramos precisar, ellas nos son inaccesibles. Las improntas son demasiado grandes como efecto de los recodos que la tela hacía y de los pliegues que en ella se disciernen: nada de todo esto puede ser exactamente evaluado. Más dificultades: Tanto sobre la impronta anterior como sobre la posterior, ¿dónde colocar con precisión el vértice de la cabeza? Por delante, la parte baja de las piernas no ha dejado trazas. Por detrás, ¿en cuánto la extensión de los pies, que nos es desconocida, ha hecho subir los talones, que no se ven, aunque se pueden localizar?» *(Le S. Suaire...* p. 85). Esto, aparte las deformaciones que haya podido experimentar el Lienzo a causa de sus reiteradas exposiciones verticales y longitudinales.

La medición más concienzuda y más completa es, sin duda, la del Dr. Judica. Por esto es la comúnmente aceptada hoy[95].

Si suponemos, como muchos, que el H. de la S. era judío (de esto hablaremos en seguida), no estará de más saber que la talla media de los esqueletos hallados en el cementerio judío de Giv'at ha-Mivtar (siglo I), según el Dr. Nicu Haas era de 1,77 m. (Véase el apéndice al cap. anterior). Lo cual queda confirmado por el hecho de que los vestíbulos centrales de las tumbas judías del siglo I halladas en Jericó medían aproximadamente 1,80 m. de altura, lo suficiente para permitir mantenerse en ellos de pie a una persona de 1,77 m. (Cfr. Rachel Hachlili, «Ancient Burial customs preserved in Jericho Hills» en *Biblical Archeology Review,* jul.-ag. 1979, pp. 28-35).

Copiemos las conclusiones que saca Judica de su profundo estudio, sumamente interesantes:

«Todas las referencias se orientan en sentido "normotípico" con masa corpórea superior a la media. Por tanto (el Hombre Sindónico) puede ser clasificado entre los "normotipos". Como es fácil advertir, esta clasificación repite la encontrada por el Dr. Gedda», el otro autor que más a fondo y científicamente ha estudiado como antropólogo constitucionalista al H. de la S.

«Dando, pues, una mirada de conjunto a todos los datos anteriormente expuestos, vemos surgir ante nosotros un hombre antropométricamente perfecto, extraordinario, en toda su imponente hermosura; hermosura que trasciende de las suaves líneas del rostro, a pesar de estar éstas alteradas por las numerosas y profundas lesiones con que está marcado.»

«Al lado de esta belleza fisionómica, se delinea también una belle-

---

[95] El Dr. Judica hizo además todo un estudio completo de la constitución del cuerpo del H. de la S.: medidas compuestas del tronco, valores fundamentales del tronco, relaciones fundamentales, relación de los diámetros ántero-posterior-transverso, relaciones abdomen-tórax, valor del tronco y de las extremidades, estatura del Hombre recostado (183 cm.) y erecto (181 cm.), peso aproximado 77 kg. (Barbet le adjudica unos 80 kg.), índice craneal (79,9). De donde deduce que el H. de la S. es un *normotipo* morfológico, según el método de Viola, por ser iguales los valores del tronco y el de las extremidades *(L'Uomo della S.* ... pp. 54 ss.). No trasladamos aquí dichas medidas para no hacernos prolijos.

za de perfección corporal superior en más de 8, en la masa somática, a la proporción del hombre medio. Es de hecho un hombre de estatura alta el que aparece ante nosotros, mesocéfalo y con cráneo capaz. La cara un tanto alargada; amplia y derecha la frente; la nariz rectilínea, levemente vuelta hacia abajo; con pómulos grandes y un poco salientes; armoniosas las líneas del tronco y de las extremidades; y proporcionado de manera escultórica, tanto en la longitud como en la anchura: un *normotipo,* en suma» *(L'Uomo della S.* ... p. 58), «de quien son principales atributos la fuerza y la virilidad» y una vida vegetativa y de relación con un desarrollo armónico superior a la media. «Cierto que este cuerpo, dice Judica *(Sindon,* 11, p. 18), poseía con toda certeza, en modo unitario y correlativo, los tres aspectos de la persona: robustez física, intelectual y moral.»

c) Proporción somática

Los tratadistas de arte han establecido unos *módulos* o medidas fijas que, multiplicadas por un número exacto de veces, dan la medida ideal de las varias partes del cuerpo. Así establecen el *canon de belleza.* Existe el canon de Lepsius, el de Vitruvio, de León B. Alberti, Miguel Angel, Leonardo... Los antropólogos han dado siempre gran importancia a estos módulos, hasta escribir que la «búsqueda de estos cánones es uno de los fines científicos de la antropometría» (Livi, *Antropometría,* Hoepli, Milán).

Pues bien, el profesor Stefano Vigna, escultor, estudió las proporciones del H. de la S. según este canon de belleza del cuerpo humano. Después de estudiar los diferentes módulos, concluye: «Estos hallazgos... expresión de la presencia de tres módulos constantes en las varias partes del cuerpo, vienen a confirmar la perfección somática (del H. de la S.) y se alinean con los datos antropométricos puestos de relieve por otros estudiosos con técnica idónea» *(Sindon,* 2, p. 40).

«Desde el punto de vista artístico, dice Hynek, no se puede silenciar el hecho de que las dimensiones del cuerpo de la Sindone ostentan exactamente la regla de oro, es decir, el canon de belleza clásica, según la cual la longitud de la estatura debe corresponder a la altura máxima de la cabeza multiplicada por ocho» *(El Aspecto Físico...* p. 98).

Por su parte el Dr. Vignon añade *(Le Linceul...* pp. 72, 73): «Sabido es que, en un hombre de pie, la distancia que separa del suelo el eje de la rótula es igual a dos veces la longitud de la cabeza». Midiendo, pues, él la longitud de la cabeza, halla 3,5 cm.; y midiendo la pierna izquierda (en la impresión dorsal) desde el eje de la rótula hasta el nivel que ocuparía la bóveda del pie, halla 7,2 cm. «La longitud de la pierna es, pues, completamente correcta», concluye. Con todo, añade: «el ojo es el juez más seguro. Basta estar habituado al dibujo para estimar que el cuerpo reproducido en el Lienzo es perfectamente proporcionado».

Esta es la sorprendente proporción somática de los miembros del H. de la S.

«A un sujeto de tales características, continúa el Dr. Judica, se suelen asociar una piel morena y cabellos oscuros». *(L'Uomo...* p. 58.)

La espesa cabellera, partida en dos por una crencha central, le cae ligeramente ondulada, lacia y esponjosa por ambos lados de la cara hasta los hombros. Por detrás le baja en forma de cola de caballo por el centro de la espalda hasta la parte inferior de los omóplatos. El bigote, no demasiado abultado, le cubre todo el labio superior con los dos extremos ligeramente apuntados hacia ambos extremos de la boca. Esta es pronunciada y de fino trazo. La barba, bien poblada, tiene unos pocos centímetros de longitud, está recogida hacia el cuello por la mentonera y sobresale por debajo de ésta terminando en dos lóbulos, el derecho algo acortado y maltrecho.

d) Edad

El H. de la S. aparenta tener de 40 a 45 años. Con todo por «la deshidratación» del cadáver, debía ser algo más joven de lo que parece, apunta el Dr. Hyneck.

También De Gail cree que se trata de una apariencia. Por ser la cara de un muerto, le falta la amable movilidad de sus rasgos; lo cual le hace parecer más viejo de lo que era en realidad.

De la misma opinión es el profesor Tamburelli: «Se trata, dice, de un efecto de la uniformidad del color; pues si se prueba de oscurecerle la barba y los cabellos, resulta el rostro de un hombre, más joven». Y remite a la fotografía tridimensional conseguida por él con su minicomputador (Lám. 13, A). «Si se tratara de un anciano, añade, habrían aparecido patentes las arrugas provocadas en la cara por la vejez.» *(Actas II Cong. Int.* p. 182.)

También hemos de tener en cuenta que las personas curtidas al sol y al viento con trabajos duros, cual debió ser el H. de la S. a juzgar por varios indicios, parecen muchas veces mayores de lo que son en realidad.

e) Oficio ejercido

Presenta el H. de la S. el hombro derecho ligeramente más bajo que el izquierdo. Esto se quiso explicar, en un principio, como efecto del peso de la cruz llevada a cuestas sobre él, camino del suplicio. Pero, prescindiendo de si tal peso, llevado durante tan poco tiempo, podría dejar en el cuerpo semejante huella permanente, el hecho de haber llevado solamente el patíbulo y éste atravesado y atado a la espalda, descartó por completo tal hipótesis.

Entonces se pensó en el ligero desplazamiento que presenta el cuerpo hacia la izquierda efecto de la postura forzada que hubo de adoptar el cuerpo sobre la cruz al serle clavado el pie izquierdo sobre el derecho, y éste en el centro del palo vertical. Esta desviación habría quedado petrificada con la rigidez cadavérica.

Pero más bien parece una «deformación profesional», puesta tal vez más de relieve por esa misma desviación hacia la izquierda. Ya el Dr. Gedda había adelantado esta hipótesis, que últimamente *(Sindon,* 25, abril 1977, p. 57) ha abrazado también el Dr. Judica Cordiglia.

Según éste, el H. de la S. habría ejercitado un oficio manual que requería llevar con frecuencia grandes pesos cargados sobre el hombro derecho... Como les sucede con frecuencia a las mujeres del campo que acostumbran llevar pesos (cántaro de agua, fardos, etc.) cargados siempre sobre la misma cadera, que se les desvía ligeramente la columna vertebral.

Sin duda que por la misma razón de un ejercicio físico fuerte, presenta el H. de la S. un «tórax de sobria conformación atlética, que dibuja en una maravillosa arquitectura ósea el relieve de los músculos pectorales» (Luis del Peyral, *Cristo hoy,* abril de 1979).

Y en general, toda su musculatura es vigorosa, tanto en las extremidades superiores, en lo que se salvó del incendio, como en las inferiores. «Los músculos de las piernas indican que se trata de un caminante» (R. Serrou, *Blanco y Negro,* 10 abril, 1971, p. 21).

Sin duda que se trata de un individuo avezado al esfuerzo físico.

Otro dato todavía: «Los dedos de los pies están ligeramente separados los unos de los otros, como los de un pie que no ha conocido jamás el calzado, y ha caminado siempre descalzo o con simples sandalias» (Barbet, *La Pasión...* p. 165).

Estas pequeñas desproporciones físicas (si así queremos llamarlas) no le quitan al H. de la S. su perfección somática básica o fundamental de que hemos hablado anteriormente. Son debidas a su comportamiento o manera de vivir y trabajar; no a su constitución morfológica.

f) Tipo racial

Por la nariz larga, enérgica y fina, los arcos superciliares de bella curvatura, ojos grandes y hundidos, cabellos abundantes y lacios, bigote y barba bien poblados, boca aguda y armónicamente bien formada... muchos han clasificado al H. de la S. como semita. Así T. Dale Stewart, del Smithsonian Museum de Ciencias Naturales. Ciertamente no se trata de un greco-romano.

Algunos aseguran que este tipo racial se conserva puro en algunas regiones árabes, concretamente en el Yemen, país completamente aislado hasta ahora de toda mezcla extranjera. «Es con este tipo yemenita con el que se identifica perfectamente la figura de la Síndone» nos dice A. Legrand *(Le Linceul...* p. 101).

El ex profesor de Harvard, Carleton S. Coon, citado por Wilson como «uno de los etnólogos más distinguidos del mundo», después de estudiar las fotografías del rostro del H. de la S. a tamaño natural, de frente y de perfil, conseguidas por el fotógrafo inglés Leo Vala (Lám. 13), escribió: «Fuera quien fuese el individuo a quien representan (esas fotos), es de un tipo físico que en la época moderna se halla en-

tre los judíos sefardíes[96] y los árabes nobles. Las partes blandas de la nariz se han encogido un tanto, lo que no es más que un signo de muerte. Lo mismo hemos visto en las momias de los faraones egipcios» (R. K. Wilcox, *El Sudario,* p. 167).

En fin, otros autores creen ver en el H. de la S. una mezcla racial irano-semita.

El Dr. Judica toca también este punto y da un paso adelante. Escribe: «A qué tipo étnico puede pertenecer este hombre no es fácil de establecer. Si se presta atención a la forma mesocéfala de la cabeza, con un índice de 79,9, y a la estatura quizás un poco demasiado alta, podría ser clasificado entre el tipo mediterráneo».

«El H. de la S. es, de todos modos, un individuo que se distancia, por algunos de sus caracteres somáticos, de las peculiaridades que los antropólogos han establecido para diferenciar las razas.»

«Afirmar, como hizo alguien, basando únicamente el aserto en la fisonomía, que el H. de la S. refleja las características semitas, es, diría, interpretar solamente a primera vista, sin el sufragio de elementos positivos.»

«El H. de la S. presenta, por el contrario, características somáticas del todo peculiares, y diría casi especiales y excepcionales por su alto grado de perfección corpórea; tanto que podría y debería ser clasificado *por encima y al margen de todo tipo* étnico» *(¿Es Cristo el H. de la S.S.?,* p. 96).

Es lo mismo que el Dr. Hyneck resume en estas palabras: «Este es un auténtico supremo *normotipo humano*».

Para más abundamiento, citaremos al español, doctor en medicina, D. Joaquín Carrasco. Escribe: «Según estos datos (los antropométricos hallados por el Dr. Judica Cordiglia), el hombre de la Santa Síndone pertenece, en la clasificación de Viola, a los normotipos medios; aunque, con la medida de su estatura, alcance el límite superior. En la biotipología de Kretschmer, corresponde al biotipo atlético, estimado como prototipo de la belleza física» *(Blanco y Negro,* 10 abril, 1971, p. 31. a).

2. TEMPERAMENTO

«Si tenemos presentes, continúa el Dr. Judica, el concepto unitario del organismo y el significado biológico del psiquismo, y admitimos, sobre el cúmulo de tales datos, también para el (H. de la S.) aquella correlación sostenida por varios autores entre caracteres psíquicos y somáticos, deberemos ver en él un individuo incluso psíquicamente perfecto» *(L'Uomo della S.* ... p. 58).

Esto que el Dr. Judica no hace más que insinuar, lo ha tocado más de propósito el Dr. Hyneck. Comienza diciendo: «Todos los médicos

---

[96] Son los judíos oriundos de España, de la cual fueron expulsados en 1492 y que se establecieron en muy diversas naciones. En gran parte conservan todavía, como lengua familiar, la castellana.

están de acuerdo en (que) son improntas de un hombre muerto en el pleno desarrollo de sus fuerzas, de hermosura y elevada estatura, de esqueleto y musculatura perfectamente plasmados. No se nota huella alguna de adiposidad o de cualquiera otra imperfección o deficiencia somática. Las improntas, sobre todo las de la parte dorsal, revelan un crecimiento y un desarrollo muy perfecto» *(El Aspecto Físico...* p. 84).

Luego, tomando como base la biotipología de Kretschmer, aparecida el año 1925, que distingue tres tipos: el leptosómico o asténico, el atlético y el pícnico, escribe:

«El tipo leptosómico de Kretschmer, está caracterizado por la estatura esbelta y delgada, por la espalda estrecha y delicada musculatura. Sus miembros son enjutos, el tórax largo, estrecho y aplanado, las costillas prominentes y el abdomen sin adiposidad.»

«El tipo pícnico, en su total desarrollo, se distingue por la evolución preponderante de las cavidades del cuerpo, la cabeza, el tórax y el abdomen. Tiene tendencia a la gordura. Las extremidades y la espalda presentan formas redondeadas y bastante apreciadas.»

«En seguida nos damos cuenta de que el H. de la S. no pertenece a ninguno de estos dos tipos. Nuestro competente biotipólogo, profesor B. Krajnik *(Programma e metodi dello studio biotipologico,* p. 187), nos ha confirmado que la efigie (del H. de la S.) revela un tipo atlético bien pronunciado.»

Este tipo «se caracteriza por la espalda ancha, tórax poderoso y abdomen muy tenso. El tronco se va estrechando en su parte inferior. La cabeza es más bien fuerte y de armónico aspecto. La musculatura maciza, de prominente plasticidad. El esqueleto fuerte y la piel tensa, pero muy elástica».

«Respecto al temperamento, según Kretschmer... los atléticos son hombres de una cierta flema, de carácter equilibrado y a la vez enérgico. Revelan estas características en sus movimientos tranquilos, en su habla reservada, en su perseverancia continua, en su sobriedad en las actividades espirituales y sociales, en la fidelidad e impecabilidad en las relaciones sociales. Este tipo, detalla aún Kretschmer, es original, tranquilamente moderado, equilibrado, aunque algunas veces se revele impulsivo.» *(El Aspecto Físico...* pp. 85 ss.)

Más a fondo y con más precisión ha abordado el tema un amigo mío, el P. Alejandro Roldán, catedrático de Psicología en la Universidad Pontificia de Salamanca. Este aplica al H. de la S. la biotipología de W. H. Sheldon *(Introducción a la Ascética Diferencial,* 3.ª edic. pp. 368 ss.), más ventajosa que la de Kretschmer «porque los biotipos de éste (y lo mismo puede decirse de los psicotipos) no son auténticamente polares», (puros) como los de Sheldon (o.c. p. 57).

Sabido es que el temperamento de cada individuo descansa sobre su tipo somático. Y a éste lo relaciona Sheldon con el desarrollo predominante de las tres hojas blastodérmicas del embrión: entodermo, mesodermo y ectodermo. Tres tipos[97].

---

[97] Sheldon habla más bien de *componentes* o *radicales* temperamentales, que de tipos. Esta es la principal aportación de Sheldon: en vez de estudiar los

El primero, que Sheldon llamó *endomorfo,* resulta del predominio en el individuo del sistema visceral (tubo digestivo y glándulas que proceden embriológicamente de él: hígado, bazo, páncreas); el segundo —*mesomorfo*— tiene especialmente desarrollado el sistema muscular, óseo, conjuntivo y circulatorio; en el tercero —*ectoformo*— predomina el sistema cerebroespinal con sus terminaciones periféricas sensoriales.

Al tipo somático endomorfo corresponde el temperamental que Sheldon llamó *viscerotónico.* La cenestesia, fruto del recto funcionamiento visceral, produce un bienestar somático que influye inmediatamente en la vida emotiva o afectiva del individuo, y mediatamente puede incluso contribuir a los goces superiores del espíritu.

El tipo somático mesoformo da origen al temperamental *somatotónico.* En él pueden desarrollarse plenamente las tendencias sensitivas, los instintos y pasiones de que se sirve la voluntad para la acción.

El ectoformo desemboca en el temperamento *cerebrotónico.* El especial desarrollo del sistema nervioso con sus terminaciones sensoriales, órganos del conocimiento periférico (sensación) y central (imagen), facilita extrínseca y mediatamente la producción intencional de las ideas.

Sheldon describe principalmente tres componentes, y en consecuencia tres tipos polares o puros, en los que uno de los componentes se da en grado máximo y los otros dos en grado mínimo. Y los esquematizó en un triángulo equilátero en el que cada tipo polar ocuparía uno de los vértices.

Pero la realidad es mucho más compleja. Nadie posee un temperamento polar puro; nadie se encuentra exactamente en uno de los tres vértices. Los individuos reales estaríamos situados en uno de los infinitos puntos del triángulo, participando más o menos de cada tipo polar, según se halle más o menos cerca de él y alejado de los otros dos.

Somatotipo. El hecho de poseer del H. de la S. las dos fotografías, de frente y de espaldas, resulta tentador. Si poseyéramos una tercera fotografía, la de lado, se podría ya hacer un estudio, siquiera parcial y aproximado, de su somatotipo sheldoniano. Ahora hemos de contentarnos «con una inspección antropológica global». Lamenta en concreto el P. Roldán no poder conocer el peso exacto y las medidas de perfil del H. de la S.

También es un inconveniente la difuminación de los contornos de su imagen. Las mediciones hechas por Gedda no le sirven por no coincidir su paradigma con el que pide Sheldon.

Hay que tener en cuenta, además, que se trata de un cuerpo muerto.

---

tipos globales, busca los radicales que lo componen. Cierto que él describe los polos o extremos puros, que coloca en los vértices del triángulo temperamental del que hablaremos en seguida; pero lo más importante para él es el concepto de *componente,* que nos dice cuánto hay en cada individuo concreto de cada uno de los tres polos o componentes fundamentales.

A pesar de todas estas limitaciones, concluye su estudio el P. Roldán con estas palabras: «La impresión clara que produce la imagen del Sto. Lienzo es de una cierta predominancia del componente mesomórfico...» «El tercero, el ectomórfico, domina también algo sobre el primero (el endomórfico)». Con todo, el conjunto es de un gran equilibrio de los tres componentes.

Precisa el P. Roldán que si se tratase de un tipo atlético *bien definido,* como sostienen el profesor B. Krajnik y el Dr. Hynek, «esto sería adjudicarlo a un tipo polar, en contra del equilibrio somático que sin género de duda acusa la Sta. Sábana». Por ello añade: «Judica opina más justamente que se trata —conforme al método antropométrico de Viola— de un *normotipo* con masa corpórea superior a la media». Es cuanto hemos expuesto más arriba.

Se trata, pues, de un normotipo, equilibrado, con un ligero predominio del componente mesomórfico (atlético), al que sigue el ectomórfico y por último el endomórfico. Aproximadamente le correspondería la anotación numérica, en el sistema de Sheldon, de 3,5,4 [98].

«Es sabido, sigue el P. Roldán, que la biología no se atiene siempre a la fórmula exacta matemática que, según ley, le correspondería. El grupo representado por 4,4,4 es, según Sheldon, "psicológicamente el más complejo y el más interesante". Sin embargo, ese equilibrio absoluto de componentes suele ser, de hecho, inestable, como si hubiese tres fuerzas que tirasen por igual en direcciones opuestas. En

---

[98] Para entender el significado de la puntuación 3,5,4 recordemos lo que acabamos de decir, que Sheldon esquematiza y sitúa los tres somatotipos en un triángulo equilátero. Cada uno de los tres somatotipos puros o polares ocupa uno de los vértices de dicho triángulo, cuya puntuación quimérica sería el número 12.

Quimérica, porque no puede existir un individuo con un componente tan desarrollado que carezca por completo de los otros dos. Sería un monstruo. En cambio, cuanto más equilibrados están en un individuo los tres radicales temperamentales, más se acerca su posición figurada al centro matemático del triángulo, al cual le da Sheldon la puntuación 4,4,4 (Fig. 35).

Pero en seguida diremos también que no se dan tipos tan equilibrados que participen por igual de los tres radicales. Serían inestables. De ahí que un tipo 3,5,4, que tanto se acerca al 4,4,4, centro ideal matemático del equilibrio psíquico, sea un individuo realmente equilibrado, con ligero predominio del segundo radical a expensas del primero.

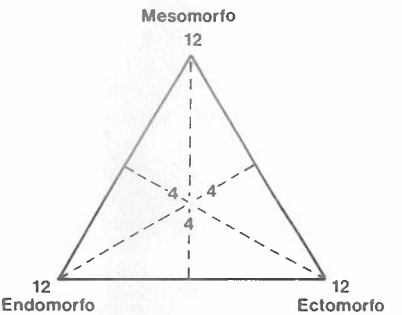


Fig. 35.

realidad, pocos sujetos de este biotipo son eminentes y dotados; y en cambio, no pocos de ellos presentan transtornos mentales. El equilibrio que de hecho se da en la experiencia es el de la zona *cercana* al 4,4,4.»

«De este somatotipo (3,5,4), dice Sheldon que es de singular salud física y mental, con inmunidad natural a infecciones y dolencias degenerativas» (o.c. pp. 377, 378).

«Los pormenores que el documento de Turín aporta son del máximo interés, sigue el P. Roldán y la impresión que produce es fascinante.» Y más adelante añade: «Destaca el aspecto varonil y majestuoso».

«Ahora bien, masculinidad, en su sentido genérico, quiere decir fuerza frente a debilidad, ímpetu activo y acometedor frente a pasividad defensiva, iniciativa arriesgada frente a timidez inoperante, etc.»

«Pero ya se ve que el hombre perfecto no representa el máximo absoluto de las cualidades viriles... Si reuniésemos en grado acentuado y en un solo hombre todas las cualidades activas de la virilidad —la impetuosidad, acometividad, agresividad, etc.— no tendríamos un caballero, sino una perfecta caballería.»

Ahora bien, «la egregia efigie de la Sta. Sábana tiene una dosis de masculinidad tan acertada y tan en su punto, que ella sola sería capaz de conceder al Sto. Lienzo el sello de lo auténtico. Efectivamente, en él está el hombre perfecto que posee en su difícil medida y proporción el preciado don de la masculinidad. Hay que confesar que el Sto. Lienzo tiene una virtud peculiar, de la que están privadas las representaciones pictóricas»... «Es *un somatotipo equilibrado,* no un tipo polar y anguloso; una acertada combinación de los tres componentes: visceretónico, somatotónico y cerebrotónico.»

Psicotipo. «Sobre este fondo constitucional equilibrado... se estructura un psiquismo también perfecto y modélico» (o.c. p. 380-382).

Y sigue el autor estudiando profusamente la psicología del Hombre de la Síndone, tanto en su temperamento (que radica más en lo somático) como en su carácter (que radica más en lo anímico). Pero para ello da por averiguado ya que se trata de Jesús de Nazaret, aspecto no estudiado todavía por nosotros. Por ello y por apoyarse el autor en otros datos ajenos a la Síndone, prescindimos de tal estudio. Sólo indicaremos que él llega a la conclusión de que Jesús poseía un psiquismo perfecto, correspondiente al biotipo revelado por la Sta. Sábana.

Ya nos perdonará el lector que hayamos tenido que adentrarnos por estos vericuetos científicos con tanto nombre técnico. Era necesario para conseguir una idea objetiva del tipo equilibrado que revela la Sta. Síndone.

Pero me imagino al lector impaciente por desdoblar el gran interrogante de todo este estudio:

3. ¿QUIEN PUEDE SER ESE HOMBRE?

Hemos podido constatar, a lo largo de nuestro estudio, que muchos

de los autores aducidos daban por supuesta la identificación del Hombre de la Sta. Sábana con el Jesús de Nazaret histórico, de que nos hablan los evangelios. Es la tesis mantenida durante siglos —desde que tenemos noticias de este lienzo— por la tradición. Pero ¿tiene sólido fundamento esta tradición? ¿Se puede asegurar que el Hombre de la Síndone es Jesús de Nazaret?

Estamos ante el nudo central de nuestra investigación.

Hemos interrogado en primer lugar a la historia. ¿Qué dice ella? No nos ha podido responder categóricamente. Sí, hay fundados indicios para pensar que la Sta. Sábana puede ser la mortaja con que José de Arimatea y Nicodemo envolvieron el cadáver de Jesús en el sepulcro. Pero la historia no puede asegurarlo por ahora. Hay demasiadas lagunas en ella.

Después hemos acudido a la técnica y a la ciencia, las cuales han emprendido un análisis interno y profundo del lienzo de Turín. El resultado ha sido mucho más esclarecedor.

Vamos, pues, a analizar los datos de la historia, de la técnica y de la ciencia para deducir de ellos la respuesta a nuestra pregunta.

A. Indicios

a) La tradición

Ante todo, el mero hecho de conservarse durante tantos siglos ese lienzo sin valor intrínseco, manchado de sangre y con unas figuras grotescas estampadas en él, algo dice en favor de su autenticidad. Nadie guarda un objeto cualquiera, y menos una mortaja sucia, si él no tiene un valor intrínseco excepcional para la persona que lo guarda. Y no sólo para ella. El objeto, la mortaja en nuestro caso, ha de tener el mismo valor excepcional para sus hijos o herederos, durante generaciones y generaciones, durante siglos y más siglos. De lo contrario, alguno de ellos se desprendería de él. El hecho es que la Síndone es un caso único. No se conserva mortaja alguna de ninguno de tantos personajes célebres, antiguos o modernos, como han llenado la historia.

No se trata aquí de un objeto artístico o curioso, capaz de excitar la avaricia de un coleccionista; ni de un objeto histórico digno de figurar en un museo.

Es verdad que la Síndone, ahora, se nos presenta como un objeto sorprendente por su majestad y por su fidelidad anatómica y de un valor arqueológico innegable. Pero esto no se supo hasta que la fotografía, hace un siglo, descubrió su carácter negativo.

Tampoco existía hace siglos la afición coleccionista y museística de hoy. Esta es relativamente moderna. Y el problema de la Síndone radica precisamente en por qué se conservó en los siglos más lejanos. Y no precisamente enterrada, como los lienzos de las momias de nuestros museos, sino a la pública veneración.

Evidentemente que los que la han conservado en medio de tantos avatares en que se ha encontrado a lo largo de su historia, han mos-

trado tener un aprecio de ella excepcional. Creían que era de Jesús. Sólo esta suposición puede explicar su conservación a lo largo de tantos siglos.

Por ello, desde que conocemos la Síndone, directa o indirectamente, siempre va rodeada de esta aureola: *es la mortaja de Jesús.* Así, cuando aparece de súbito en Lirey en 1355, Godofredo no dice de dónde la ha sacado, pero él sabe que es *la mortaja de Jesús,*y como tal la exhibe al pueblo. Lo mismo digamos de los testimonios de Bizancio. Allí era venerada y expuesta al público como *la mortaja de Jesús.* Y los artistas del siglo IV, de Oriente y Occidente, que copiaron sus rasgos en sus representaciones de Jesús, no nos dicen de dónde los sacaban; pero ellos sabían que su modelo era *la imagen de Jesús,* «no hecha por mano humana».

b) Su misma perfección física y psíquica

«Dos cosas llaman particularmente la atención en las imágenes de Turín: la sorprendente proporción anatómica y la incomparable hermosura del rostro» nos dice el Dr. Hernández Villaescusa *(La Sta. Sábana,* p. 77).

Hemos estudiado particularmente la excepcional proporción y perfección corpórea del H. de la S. «Un hombre antropométricamente perfecto, extraordinario en toda su imponente belleza» nos decía el Dr. Judica; un hombre de una perfección corporal muy superior, en su masa somática, a las proporciones del hombre medio: *un normotipo.* Un individuo, en fin, de rasgos tan proporcionados y excepcionales que «debe ser clasificado por encima y fuera de todo tipo étnico» (Dr. Judica).

«Es precisamente esta armonía y perfección corporal, bajo el punto de vista antropométrico, amalgamadas en un todo que pasma, lo que nos convence a nosotros, especialistas en constitucionalística, que el lienzo de Turín ha realmente envuelto a Cristo muerto, independientemente de todo otro dato ausente o presente, en pro o en contra de su autenticidad. Todas las intuiciones, las hipótesis... sobre la modalidad de la sepultura —envolvimiento del cadáver— y sobre la génesis de las imágenes —misteriosamente todavía oscura—, si bien son útiles en función de estímulo para la investigación, pierden su valor frente a los hallazgos biométricos obtenidos a través de una metodología universalmente adoptada, apreciada y confirmada por decenios de experiencia» (Judica, *Sindon,* 11, p. 17).

Y pasando de esta belleza y perfección corporal a su psiquismo, nos ha descubierto también el P. Roldán en el H. de la S. un normotipo psíquicamente perfecto, equilibrado, enérgico, tenaz...

«Así debía ser Cristo, concluye el Dr. Judica: un hombre de vigorosa y firme complexión, de aspecto majestuoso, de cara visiblemente hermosa, como nos lo muestra la iconografía antigua y conocemos por la tradición oral y escrita» *(L'Uomo...* p. 60).

«Cierto que este cuerpo poseía con toda seguridad de una manera

unitaria y correlativa los tres aspectos de la persona: robustez física, intelectual y moral; es decir, aquellos aspectos que Lucas incisivamente, como un auténtico constitucionalista antes de que existiera la palabra, expone en su evangelio sobre el desarrollo físico y morfofisiológico de Jesús hombre» (Judica, *Sindon,* 11, p. 17).

Y partiendo de los datos antropológicos del H. de la S., encontrados por él, se lanza el Dr. Judica, como antropólogo, a profundizar en el parangón que él descubre entre el H. de la S. y Jesús de Nazaret. Dice así *(L'Uomo...* pp. 61-62):

«Los evangelistas nos presentan a Jesús como un hombre dotado de una resistencia física extraordinaria.»

«Sus jornadas eran intensas. Se desplazaba rápidamente de un lugar a otro de Palestina, eterno viandante de todo camino real; consecuencia de su constitución robusta, las fatigas no le afectan, las privaciones no le causan sufrimientos. Nunca le toca enfermedad alguna, y todos los sufrimientos que le afectan, le afectan porque él quiere, y porque quiere ser en todo igual a sus hermanos.»

«Los evangelistas revelan de manera clara y sintéticamente precisa, la perfección de su complexión psíquica. Jesús es lúcido y decidido en sus acciones, en la exteriorización de su "yo" en su vida de relación. Voluntad firme a la que siguen actos igualmente firmes y decisivos: todas sus facultades se ejercitan constantemente en un equilibrio tan armónico que aleja incluso la mera sospecha de cualquier anomalía somato-psíquica.»

«El alma de Cristo se mueve fácilmente en dos planos, el divino y el humano; y no se confunden en ellos ni la naturaleza ni la voluntad. A su arbitrio, él actúa ora con la una, ora con la otra. Dualidad y unidad dinámica que desconcertaba a los antiguos fariseos. Como él es inclasificable por su constitución somática, por estar por encima del hombre medio común, así también por su carácter está por encima de todo otro hombre y no puede ser parangonado más que con él mismo. Una fascinación particular ejerce el aspecto físico de Jesús. Sus ojos son "como la llama del fuego"; arrastran, hieren, sanan, lloran y sonríen. Su voz, velada de tristeza, se pliega a veces a la ironía o tiembla de indignación; pero, no obstante, su espíritu queda límpido y en sus palabras no aparecen trazas de ella, ni en su rostro se vislumbra la turbación que deja tras de sí, en todo hombre, el disgusto. El es el hombre perfecto, el paradigma de todos los hombres. Este es el Jesús que nos revelan los evangelistas».

«Después de todo lo dicho, *al leer* la Síndone y los evangelios, nos parece que la definición dada por Clores de que lo somático está en función de lo psíquico, tiene una magnífica comprobación. En Cristo había aquella armonía corpórea, funcional, de los sentimientos y del entendimiento, que son las características del hombre biopsíquicamente perfecto.»

En el mismo sentido escribe el Dr. Gregorio Marañón en carta particular a la Delegación de Cultores Sanctae Sindonis en Barcelona, con ocasión de un obsequio bibliográfico hecho por éstos al insigne médico y polígrafo. Dice:

«Esta turbadora imagen no es la efigie solamente de un ser humano excepcional... El estremecimiento que causa su contemplación hace pensar... que sí, que así debió de ser el Dios hecho hombre» (Cfr. L. Huidobro: *El Misterio del Sto. S.*, p. 81).

Por su parte el Dr. Yves Delage, como ateo y librepensador que era, concluía así su famosa conferencia en la Academia de Ciencias, en la Sorbona de París, el 22 de abril de 1902: «Al tratar estas cuestiones quise permanecer fiel al espíritu y a las exigencias de la ciencia. Me he esforzado por encontrar la verdad sin preocuparme de que gustase o no a cualquier partido religioso, ya que el que se dejase influir por semejantes consideraciones sería un traidor a los métodos científicos».

«Es Cristo mismo el que se imprimió en esta sábana funeraria. Y si no es Cristo ¿quién puede ser? ¿Quizá un condenado por delito común? Pero entonces ¿cómo conciliar todo lo dicho con la expresión admirable de nobleza que se lee sobre esta figura?»

«No es científico encogerse de hombros diciendo, para dispensarse de la discusión, que no se trata más que de hipótesis gratuitas. Estas son hipótesis corroboradas en la medida en que lo pueden ser» *(Revue Scientifique,* 31 mayo 1902).

Lo mismo proclamó otro descreído, el profesor Romanese, en el I Convegno Nazionale di studi sulla Sta. Sindone, Turín, 1939: Nadie más que Cristo puede ser el hombre retratado en esa Sábana funeraria (Cfr. L. Huidobro; *El Misterio...* p. 72).

Es que esta «imagen es de una veracidad sobrecogedora», nos dice Paul Claudel. Más que una «imagen es una presencia».

c) El rostro en particular

Pero si esta proporción y equilibrio admirable de la imagen sindónica es ya de por sí un dato en gran manera orientador en pro de que se trata de la auténtica mortaja de Jesús y de que es suya la efigie en ella impresa, «lo es más, si cabe, la soberana hermosura de aquella cara sin rival, en la cual se descubren, armonizadas por modo sorprendente, la escogida humanidad y la divinidad[99] inefable del Redentor del mundo» (Dr. M. Hernández Villaescusa, *La Sábana Sta.*, p. 79).

Por su parte el Dr. Hynek[100] escribe:

---

[99] Creer en la divinidad de Jesucristo presupone una fe específicamente teologal, la cual se sale de nuestro estudio. No obstante, no nos parece conveniente omitir, y mucho menos mutilar los textos de las personas que citamos, aunque ellos hagan referencia expresa a dicha divinidad o a la «naturaleza divina de Jesús», al «Hijo de Dios», etc.

[100] Tengamos presente que el Dr. Hynek se declaraba «ateo rabioso», «enemigo declarado de todo sentimiento religioso», «librepensador»... Pero que, inquieto en su vacío religioso, recorrió Oriente y Occidente en busca de la verdad. Hinduismo, budismo, artes mágicas del hombre primitivo, teosofía, antroposofía, sufismo del Islam, taoísmo, mística india, neoplatonismo, gnosis, metapsíquica... todo lo escudriñó antes de rendirse a la verdad católica. Y desde entonces quedó fascinado por la imagen de la Sta. Sábana (Cfr. *Salesianum.* Roma, 1954).

«La parte más importante del cuerpo humano es la cabeza y, en ésta, lo más expresivo es el rostro, por ser lo más característico y personal de cada hombre. En el rostro se recogen y reflejan su vida, su alma, sus arcanos e incluso su obra; en una palabra, todo aquello que amamos y estimamos, y lo que tememos y odiamos. El rostro es, como el nombre, símbolo y quintaesencia de la personalidad... ¡Qué subyugante belleza se revela en el rostro de la Sta. Sábana, a pesar de la cabellera que lo alarga al servirle de marco, y de las huellas que en él se observan de las torturas que le ocasionaron la muerte!»

«Pero, su fuerza más persuasiva, reside en el hecho de vislumbrarse en esta efigie una incomparable personalidad. No es la fantasiosa imagen de uno de los actuales apóstoles de la Humanidad, ni el tipo empalagoso de los débiles y fatuos sectarios. Es el rostro de un asceta, del fundador de una religión y moral perfectas, de un hombre que sabía claramente lo que quería y vivió lo que sentía. No fue «la caña agitada por el viento», sino el hombre de los fines rectos y metafísicos, que vivió las propias riquezas interiores de su espíritu excelso, superior a todo. No un soñador, sino un varón de acción: un realizador». *(Lo que revela...* p. 118).

«Este rostro es sobrecogedor, casi sobrehumano», escribe por su parte Daniel Rops, «un rostro tal como desearíamos contemplar a Cristo en la eternidad» *(Breve historia de Cristo Jesús,* p. 82).

«Lo que más sorprende el ánimo en esta extraña y conmovedora aparición (el negativo de Pía iluminado a trasluz), dice por su parte Arthur Loth, laureado por la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, de París, es la serena grandeza, la calma divina de aquel rostro, no obstante las crueles señales de toda suerte de sufrimientos. Ve uno verdaderamente en ella al Hijo de Dios; y la naturaleza divina, resplandeciente y majestuosa, aparece allí tras la naturaleza humana crucificada.»

«Algo, sin embargo, cautiva principalmente en ella la atención, y es la especie de vida misteriosa que conserva aquel rostro muerto: la resurrección se anuncia desde el entierro. Aquella augusta cabeza piensa, ruega y perdona, como no ha cesado jamás de hacerlo. No es un cadáver cualquiera el que se tiene ante los ojos; es el cuerpo de Aquel que ha dicho: "Yo soy la resurrección y la vida", y uno se apresura a repetir como el centurión: "Este era, en verdad, el Hijo de Dios"» *(Le portrait de N. Sr. J. C...* p. 29).

«Mirando con detención la imagen, uno no sabe afirmar si representa un cadáver o un hombre dulcemente dormido, ya que aquellos ojos semiabiertos, aquella boca entreabierta, aquella expresión dulcísima de paz, de majestad, de amor y de perdón, ofrecen tal mezcla a la vez de muerte y vida, que no parece sino que el alma continúa latiendo todavía en aquel semblante de incomparable belleza y hermosura, encerrado en un marco de cabellos ondulantes, cuyas severas líneas, así como las sombras que limitan la faz, le prestan un encanto indecible» (M. Hernández Villaescusa, *La Sábana Sta...* p. 79).

Por lo mismo se comprende también la expresión del P. Roldán: «Teniendo ante los ojos el rostro del santo Lienzo, léase todo el Evan-

gelio, y se le verá pasar de una expresión a otra con gestos magistrales de un dominio inigualable: rostro terrible, manso, sublime, doloroso, alentador, misericordioso...; rostro en el que cada afecto encontraba su expresión adecuada sin ser turbado por ningún género de complejos» *(Introducción a la Ascética Diferencial* p. 380).

Y un poco después, añade: «La imagen del Cristo del Sto. Lienzo no sólo no decepciona —como sucede con las de los grandes artistas—, sino que, cuanto más uno la contempla, más se persuade de que la realidad debió ser así. Sólo en ella el ideal que poseemos (de Cristo) no se rebela ante su concreción» (ibíd. p. 381).

«Contemplemos esta (imagen), nos dice el abogado Sr. Huidobro. Aunque no conociéramos su origen, advertiríamos en ella los destellos inconfundibles de la Divinidad. Nunca la majestad y la serenidad se conciliaron en un rostro de modo más augusto» (ob. cit. p. 59).

Realmente, es inexplicable que un hombre tan maltratado físicamente, cual aparece ante nuestros ojos el Hombre de la Síndone, no presente en su rostro señales de crispación, de odio, de ira impotente, de agotamiento, de perversión moral... Sólo un superhombre, un hombre no sólo inocente, sino Hijo de Dios, de tanta grandeza moral, de tanto dominio propio, de un corazón tan grande que ama, excusa y perdona a sus propios verdugos y encarnizados enemigos mientras ellos se estaban cebando en su sangre... sólo Jesucristo podía presentar, ya difunto, un rostro de tanta paz, de tanta majestad, de tan resignada aceptación de la muerte, de tan serena belleza... cual aparece en la Sta. Sábana.

Y esto, teniendo presente que los cadáveres suelen deformar la belleza natural de la persona viva. «Si este rostro, subraya el Dr. Hyneck, después de las dolorosas contracciones y las congojas de la muerte gota a gota, es tan indeciblemente bello y conmueve a la primera mirada que fijamos en él, ¿qué sería en vida?»

Claro que ni la perfección física y psíquica del hombre de la Síndone, ni la majestad y expresión de su rostro prueban que él sea Jesucristo. Pero son una pista que nos hace volver la mirada hacia él. Así debería ser Jesucristo.

«Todas las obras de arte que representan a Cristo no pueden sino parcialmente aproximarse al modelo, expresando sólo algún aspecto de su personalidad. No hay una sola obra de arte que presente a Cristo en su plenitud. Esto es privilegio exclusivo de los evangelios... y ahora también de la Sta. Sábana» (A. S., autor citado por Hyneck: *El Aspecto Físico...* p. 105).

«¿Qué otro rostro proponéis para que por él se asome, como por un ventanal luminoso, al mundo de nuestros sentidos ese Cristo Hijo de Dios, embeleso de las turbas galileas, atracción de sus pequeñuelos, envidia de las madres palestinas, terror de hipócritas e impostores, imán irresistible de descarriados? (J. L. Carreño, *Las huellas...* p. 36).

Otro ilustre salesiano, Don Tonelli, especialista también él en el estudio de la Sta. Sábana, concluye la descripción, que hemos consignado más arriba, de la expresión del rostro del H. de la S. con estas

palabras: «De esta paz majestuosa se transparenta la divinidad, y experimento la sensación de que éste es el verdadero rostro de Jesús muerto, una incomparable iconografía de Cristo» *(La Sta. Sindone).*

El Dr. Judica, comentando estas palabras de Don Tonelli, añade: «Estas expresiones (pueden parecer) dictadas por el corazón de un fanático o quizás de un creyente exaltado. Pero si se piensa que (algunos) han negado y niegan aún tenazmente la autenticidad de la Síndone, hay que tomar entonces en las manos una ampliación fotográfica de aquel rostro, dejar a un lado cualquier prejuicio y ¡mirar! Después de esto, no podemos menos de quedar sorprendidos y admirados... de la soberbia *belleza* de esta faz y de aquel no sé qué profundamente sugestivo que emana de aquel rostro, pertenezca a quien sea». *(¿Es Cristo el H. de la S.?* p. 45).

También el papa Pablo VI, con ocasión de la presentación en directo de la Síndone por la televisión italiana (23 nov., 1973) manifestaba a los telespectadores de toda Europa en este mismo sentido la profunda impresión que le había causado su proyección sobre una gran pantalla luminosa en mayo de 1931. Dijo: «El rostro de Cristo, allí representado, nos pareció tan verdadero, tan profundo, tan humano y divino, cual no lo habíamos podido admirar y venerar en ninguna otra imagen. Aquel fue para Nos un momento de singular encanto» *(Sindon,* 19, p. 8).

Sin duda que algunos «espíritus fuertes» se sonreirán socarronamente al leer las anteriores reflexiones, «¡Fruto de crédulos exaltados, se dirán, que queriendo sublimar a la persona de Jesucristo, ven en la Sta. Sábana un instrumento apto para sus fines!»

Creemos que ni Yves Delage, ni el profesor Romanese, ni el mismo Hynek, ni Barbet, ni Judica Cordiglia ni tantos otros como han desfilado ante nosotros pueden ser tildados de parciales y apriorísticos en sus conclusiones. Precisamente los sabios más reacios, en general, a aceptar la autenticidad de la Sta. Sábana son los teólogos y biblistas católicos. En cambio sí que causan la fuerte impresión de aprioristas muchos autores que la rechazan. Los argumentos que aducen son tan flojos y a veces incluso tan ridículos e inverosímiles, que no tienen otra explicación que el partido tomado de antemano contra la persona y la obra de Jesucristo o, al menos, contra la intervención de la Providencia en las cosas humanas.

Por lo demás, en este caso particular del rostro, es bien sencillo salir de la duda. Basta mirar con despreocupación la cara del Hombre de la Síndone y juzgar por nosotros mismos. Si no nos impresiona su serenidad y majestad, si nos parece que aquella cara puede ser la de un vulgar ajusticiado... entonces podemos tildar de exagerados y parciales a los autores citados anteriormente. Véase la lámina 1.

d) Una dificultad aparente

Para que el H. de la S. se identifique con Jesús de Nazaret se presenta una dificultad. Este murió, se dice, hacia los 33 años, mientras que el H. de la S. aparenta una edad mayor.

Pero ya indicamos no hace mucho que no se trata más que de mera apariencia. El H. de la S. era más joven de lo que aparenta. El profesor Tamburelli, en el lugar allí citado, concluye su razonamiento con las siguientes palabras: una «edad de 33 años no resulta imposible» para el H. de la S.

Además, tengamos presentes que, según los cálculos más probables, Jesús nació el año siete o seis antes de nuestra era. Por consiguiente, si murió —como indicaremos más adelante— el año 30, tenía al morir 36 ó 37 años. Esta es precisamente la edad que los estudiosos asignan al H. de la S.: de 35 a 40 ó 45 años, como hemos indicado anteriormente.

B. Cálculo de probabilidades

Acabamos de exponer lo que dice la tradición sobre la autenticidad de la Sta. Sábana y lo que dicta la intuición ante la perfección física y psíquica del H. de la S. y especialmente la de su rostro. Pero a lo largo de todo nuestro estudio nos han ido revelando los científicos toda una serie de datos que confluyen también hacia la identificación del H. de la S. con Jesucristo.

Recordémoslos: El Hombre de la S. fue crucificado por romanos; no era, pues, ciudadano romano, sino extranjero o bárbaro. El H. de la S. va peinado al estilo judío. El H. de la S. fue crucificado de manera idéntica a como sabemos lo fue Jesucristo por los evangelios, y en concreto fue coronado de espinas y no se le quebraron las piernas, fue alanceado su costado y luego enterrado honoríficamente. Todo como a Jesús. Al H. de la S. le cerraron los ojos con dos moneditas acuñadas por Poncio Pilato, procurador de Judea, el año 29 ó 30 de nuestra era.

Todo esto convence a los científicos y a los artistas en general. Escribe Stevenson y Habermas: «No sorprende, pues, que Yves Delage pusiera su reputación profesional en la conclusión de que el Hombre de la Sta. Sábana es Jesús. El estaba convencido de ello por la correlación de detalles».

«Las pruebas son indirectas, ciertamente, pero Vignon, Barbet, Sava, Bucklin y tantos otros excelentes médicos, creyentes o no, todos han llegado a la misma conclusión. Y el cúmulo de pruebas va creciendo. Uno de nuestros amigos, un sabio, ha declarado: Sería un milagro mucho mayor si la Síndone se demostrase falsa que auténtica» *(La Verité...* p. 65).

El P. J. Loring S.I. cuenta una anécdota: «Pregunté al Dr. Bucklin, patólogo, que tiene fama en Los Angeles por sus trabajos de medicina forense: "¿Podríamos decir que tenemos el noventa por ciento de probabilidades de que el crucificado de la Sábana Sta. es Jesucrito"?

«Me contestó: —"El noventa por ciento, no. En mi opinión, el cien por cien."»

«Yo le repliqué en plan de broma: —Bueno, no tenemos las huellas dactilares».

«Me contestó: —"No hace falta."»

«O sea, que para un médico, para un entendido, para una persona de la categoría del Dr. Buckling, es tan seguro que el Hombre de la Sábana de Turín es Jesucristo, que no se puede dudar». *(La autenticidad...* p. 169).

Es que la Síndone, dice un especialista, es «síntesis completa y análisis minucioso (del martirio de Jesús), cual no habríamos podido desear otro mejor de un cronista ocular y hábil reportero gráfico» (Luigi Fossati, Semanario, *Il nostro tempo,* 2, dic, 1973).

Pío XI, el papa archivero e historiador, confesaba el 5 de diciembre de 1937 al P. Righini, S. I.: «Nos no habíamos creído nunca en la autenticidad de la Síndone; pero ahora, la revelación de las fotografías (del año 31) y de toda una serie de estudios críticos nos han convencido» *(Les grands textes de la documentation catholique,* n. 20 p. 2). A él se le atribuye también la siguiente frase: «Vale más esta fotografía que cualquier estudio».

El mismo Sumo Pontífice, recibiendo, el 5 de septiembre de 1936, a unos jóvenes, les repartió imágenes de la Sta. Sábana, diciendo: «Estas son las imágenes más bellas, más sugestivas, más amadas que se pueden dar. Ellas proceden de ese objeto, todavía misterioso, pero ciertamente no hecho por mano humana, que es la Santa Sábana de Turín» (Nicolet. *Le Christ...* p. 42). Y añadió que les hablaba como científico, no como papa.

«Su fotografía es realmente el carné de identidad oficial del Hijo de María, con las líneas dulces y viriles del rostro y la escultórea y sobrehumana belleza de un rostro que no está apagado, aunque los ojos estén cerrados en la compuesta serenidad de la muerte» escribe otro especialista, R. Gervasio, en *Sindon* 19, p. 33. A ningún otro objeto arqueológico se le han exigido tantas pruebas de credibilidad.

Pero los físicos no admiten la certeza absoluta. Ellos hablan sólo de mayor o menor probabilidad. Así el equipo de sabios americanos que formaron el STURP en 1978, integrado mayoritariamente por físicos y químicos, evita la cuestión de la identificación del Hombre de la Síndone. Se ciñen a las cuestiones técnicas. Creen que tal identificación no es de su incumbencia. Ellos se limitan a subrayar que la imagen de la Síndone ha sido formada por un auténtico cadáver, en una auténtica tumba. Ellos no pueden decir cómo técnicamente ha sucedido esto. Sólo afirman el hecho. La imagen no ha sido pintada por un falsario. Tampoco se ha formado por contacto. La hipótesis más probable es la de un chamuscamiento superficial de las fibras de la tela producido por una irradiación instantánea de energía salida del mismo cadáver. Ignoran qué clase de irradiación pueda ser ésta. «Sea como sea», escribe Stevenson, miembro del STURP *(La Verité...* p. 128), «lo cierto es que el hombre envuelto en la Sábana ha existido ciertamente, que era un judío del siglo I, crucificado de la misma manera que lo fue Jesucristo por los romanos según el evangelio». Rehúyen ahondar más en el problema.

Pero otros autores, aun manteniéndose en su posición científica de no afirmar categóricamente tal identificación, dan un paso más y esta-

blecen el cálculo de probabilidades; método, por lo demás, que cae completamente dentro del campo de las ciencias exactas. Vamos, pues, a decir dos palabras sobre el particular.

Oigamos al profesor Tino Zeulí y al Dr. Bruno Barberis, de la facultad de ciencias de la Universidad de Turín *(La Sindone e la Scienza,* p. 36ss.):

«A fin de aclarar la demostración que sigue, escribe, es necesario sentar algunas premisas. Ante todo, observamos que la ciencia no establece nunca: esto es verdadero o esto es falso. A lo más dice: esto es extremamente probable, o esto es extremamente improbable. Y establece el grado de probabilidad. Un ejemplo que puede parecer paradójico; pero que en realidad no lo es. Supongamos la pregunta: ¿Es posible que un ladrillo que está en la calle pueda subir volando por sí mismo hasta colocarse por sí solo en las manos del albañil que está reparando la casa en el último piso? Según la física podemos responder que esto podría suceder como consecuencia de choques causales de las moléculas que constituyen el ladrillo, pero que es extremamente improbable; y que la probabilidad de que suceda es de una vez cada tantos años cuantos son los representados por la cifra 1 seguido de 10 mil millones de ceros» [101].

«Como vemos, la respuesta no ha sido "sí" o "no", sino que ha sido dada mediante una valoración cuantitativa de probabilidad»

«Aclaremos ahora brevemente el concepto de probabilidad. Si tiramos al aire una moneda, tenemos una probabilidad sobre dos de que salga cruz. En este caso se dice que la probabilidad es de uno sobre dos, y se expresa su valor con 1/2. Si tiramos en cambio un dado, tenemos una probabilidad sobre seis de que salga, por ejemplo, la cara 5. En este caso se dice que la probabilidad es de 1 sobre 6, y se expresa su valor en 1/6. Si tiramos a la vez la moneda y el dado, la probabilidad de que se obtenga simultáneamente cruz y 5, como se puede intuir y también demostrar, es 1/2 de 1/6; es decir, 1/2 × 1/6, o sea 1/12. De ahí que la probabilidad de que esto suceda es de uno sobre 12. Normalmente habríamos de repetir 12 veces el experimento para que nos saliera una vez la combinación simultánea cruz y 5). En consecuencia, la probabilidad de que dos hechos independientes sucedan simultáneamente viene dada por el producto de las probabilidades de cada uno de ellos.»

«Consideremos ahora el caso de una moneda defectuosa que tenga cruz por ambos lados. De cualquier modo que la echemos obtendremos siempre cruz; o sea, la probabilidad de conseguir cruz es de 1 sobre 1. En otras palabras, la probabilidad 1 expresa certeza. En cambio, en este caso, tenemos cero probabilidades de conseguir que nos salga cara. O sea la probabilidad cero equivale a imposibilidad.»

---

[101] «Por curiosidad, notemos que esta asombrosa cifra (que en notación compacta se escribe $10^{10.000.000.000}$) escrita por extenso llenaría 10.000 volúmenes de cerca de 1.000 páginas cada uno.»

«Concluyendo, cuanto más la probabilidad de un suceso se acerca al valor 1, tanto más probable es el suceso; cuanto más este valor se acerca a cero, tanto más improbable es el suceso.»

«El primero que aplicó esta técnica a La Síndone fue el francés Yves Delage, miembro de la Academia de Ciencias de París, profesor en la Sorbona y notoriamente agnóstico, que es tenido por el primero y el más completo científico que se ha ocupado de la Síndone.»

«En 1972 otro francés, el ingeniero Paul de Gail, reemprendió y precisó los cálculos de Yves Delage a la luz de los datos emergidos de los más recientes y cuidadosos análisis históricos y científicos sobre la Sta. Sábana.»

Siguiendo, pues, los rasgos señalados por De Gail, se puede establecer la siguiente demostración (Cfr. *Le Visage...* p. 193 ss.):

a) *El Hombre de la Síndone tuvo como Cristo, una sábana por mortaja y fue sepultado honoríficamente.* La mayoría de los crucificados, ejecutados por los romanos eran abandonados, como pasto, a las aves de rapiña y a las fieras salvajes; o bien eran echados en una fosa común. Admitamos —hipótesis muy generosa— que uno de cada tres ajusticiados hayan gozado de sepultura honorífica y hayan sido envueltos en una sábana, rodeados de aromas, etc. Según lo expuesto, la probabilidad de que el H. de la S. no sea Jesús sería de 1/3.

b) *El crucificado de la Síndone, como Jesucristo, permaneció poco tiempo envuelto en su sábana mortuoria.* Efectivamente, para que el calco de las manchas de sangre que ella presenta pudiera producirse, es preciso que el cadáver haya estado en contacto con la sábana al menos durante 24 horas, pero no mucho más de 36, ya que el calco es perfecto y además la figura no presenta señal alguna de putrefacción. ¿A cuántos ajusticiados se les ha concedido el lujo de una sábana por mortaja para quitársela a tan poco espacio de tiempo? Supongamos con gran amplitud que esto le haya sucedido a uno de cada veinte. La probabilidad, pues, de que el H. de la S. no sea Jesús queda en 1/20.

c) *El Hombre de la Síndone ha sido separado de la tela con una técnica misteriosa* que ha dejado nitidísimos los calcos de los grumos de sangre, con su correspondiente espesor y sin chafarrinada alguna. Lo normal era que los grumos aparecieran en la Síndone chafarrinados, ya que por la fibrinolisis ellos se habían reblandecido. El hecho es extraordinariamente sorprendente. Jesucristo, al resucitar, es decir, al desaparecer su cuerpo —espiritualizado— de entre los pliegues de la Sábana, pudo dejar así de intactos esos calcos sanguíneos.

Pero ¿en qué otro crucificado pudo tener lugar una operación semejante, es decir, que se pudiese separar el lienzo que cubría sus heridas con la sangre reblandecida, sin chafarrinar sus calcos? El hecho es tan sorprendente que mucho es suponer un caso cada mil o cada cien. Pero quedémonos en 50. La probalidad, pues, de que no sea Jesús la dejamos en 1/50.

d) *El crucificado de la Síndone, como Jesús, ha sido fijado en la cruz con clavos.* Este tipo de crucifixión parece estaba reservado a casos particulares. La mayoría de los crucificados eran atados al patíbu-

lo con cuerdas[102]. Pero estiremos la proporción hasta suponer dos clavados por cada tres atados. La probabilidad de que no sea Jesús queda, pues, en 2/3.

e) *El crucificado de la Síndone presenta las heridas de una corona de espinas.* Caso rarísimo. Se citan algunos ejemplos de cristianos crucificados, a los cuales, por burla, se les puso una corona de espinas para asemejarles más a su Maestro. Supongamos —caso ciertamente irreal— que esto haya sucedido a uno de cada mil crucificados. La probabilidad de que no sea Jesús queda, pues, en 1/1.000.

f) *El crucificado de la Síndone ha recibido, como Jesús, una lanzada en el costado.* El uso era romper las piernas de los ajusticiados cuando se quería acabar con ellos. S. Juan anota como un hecho inesperado, insólito, y excepcional el que a Jesús no le quebraran las piernas, sino que un soldado le abriera el costado con la lanza. Faltan datos históricos precisos sobre este punto. Pero, estirando mucho, admitimos que esto se haya hecho con uno de cada cinco crucificados. La probabilidad quedaría en 1/5.

g) *El rostro del Hombre de la Síndone presenta una expresión majestuosa y triste, pero al mismo tiempo serena.* Es de una hermosura fuera de serie, que deja muy lejos a las mejores tentativas de los artistas que han querido dar una expresión adecuada al Hijo de Dios hecho hombre. Pensemos en cualquier malhechor ajusticiado con el tremendo suplicio de la cruz, con clavos en las muñecas, flagelado sistemáticamente, coronado de espinas... ¿Cuántos de ellos habrían podido conservar, después de tan horrible suplicio, un rostro con una expresión tan majestuosa, serena y noble? ¿Uno por cada millón? No obstante, para atenernos también aquí a una apreciación modesta, dejémoslo en uno por cada diez mil. Probabilidad: 1/10.000.

Calculemos ahora la probabilidad de que estas siete características se den simultáneamente en otro crucificado que no sea Jesús de Nazaret: Tenemos

$$\frac{1}{3} \times \frac{1}{20} \times \frac{1}{50} \times \frac{2}{3} \times \frac{1}{1.000} \times$$
$$\times \frac{1}{5} \times \frac{1}{10.000} = \frac{1}{225.000.000.000}$$

cantidad tan pequeña que se acerca mucho a cero, es decir a la imposibilidad.

Y concluye de Gail: «Es extremamente problable que la Síndone de Turín sea la que envolvió a Jesucristo. La probabilidad de que no lo sea es de uno partido por 225 mil millones». «En otras palabras, si durante toda la historia hubieran existido en el mundo 225 mil millones

[102] El P. De Gail supone que la mayoría de los crucificados eran suspendidos sobre el stipes con los brazos atados al patíbulo; no clavados. Ya hemos indicado que no parece fuera así, sino al revés. Pero este dato influye poco en el cálculo de probabilidades, máxime cuando no contabiliza el autor otros varios datos que aumentarían mucho más el denominador del resultado. Por ello hemos preferido dejar el cálculo tal cual él lo establece.

de crucificados (hipótesis evidentemente absurda, añaden Zeuli y Barberis, ya que en la cuenca del Mediterráneo el suplicio de la crucifixión ha estado en uso sólo en el período que va de Alejandro Magno a Constantino el Grande, cerca de setecientos años), en todo ese astronómico número de ajusticiados no se encontraría más que uno sólo que presentase las siete características de Jesucristo señaladas antes».

Y añade de Gail: «En todo este cálculo de probabilidades me he limitado a tomar en consideración pocos elementos (siete en total), y para cada uno de ellos he querido reducir al mínimo la valoración favorable al resultado obtenido. No sería difícil, con una valoración más extensa y cuidadosa, precisar la probabilidad no en uno sobre 225 mil millones, sino en uno sobre 50 billones».

Efectivamente, no ha tomado en consideración de Gail el porrazo que le rompió al H. de la S. la nariz, la flagelación sistemática de castigo *anterior a la sentencia,* las heridas de las rodillas indicio de haber caído varias veces camino del suplicio, la monedita de Pilato sobre el párpado derecho... y otros detalles que hemos señalado anteriormente, los cuales rebajarían todavía más el grado de probabilidad.

El P. Carreño repite por su cuenta ese mismo cálculo con más elementos, y ¡llega a la probabilidad de 1 sobre cinco mil trillones!!! *(Las Huellas...* p. 53); una cantidad tan infinitesimal que raya ya con el cero, es decir, con la imposibilidad de que el crucificado de la Síndone no sea Jesucristo.

Para hablar a la imaginación pone de Gail un ejemplo: «Si un joven, habituado a vivir en la casa paterna, rehúsa un buen día reconocer y abrazar a su padre bajo la idea de que no es imposible que un doble le haya sustituido, este joven *matemáticamente* tendría razón. La probabilidad de la sustitución sería también del orden de uno sobre algunos centenares de miles de millones. El joven tendría razón... pero habría de ser tratado médicamente». Por ello concluye de Gail categóricamente:

«En una palabra, el crucificado del lienzo de Turín es Jesucristo, sólo Jesucristo».

Yves Delage había operado sólo con cinco elementos y había llegado a la probabilidad de uno sobre diez mil millones. Y había sacado la misma conclusión: «¡Este hombre es Jesucristo!»

También el Dr. Thomas D'Muhala, presidente de la «Nuclear Technologie's Corporation» de Amston (Connecticut-USA) y coordinador del STURP, aunque el equipo como tal no quiso entrar en este campo de la identificación del H. de la S. para no salirse del terreno de la pura *observación* o análisis técnico de la Sta. Sábana, no obstante, personalmente, en unas declaraciones que tuvo en Woonsocket (USA) el 20 de noviembre de 1979 manifestó: «Hasta el momento, hay pruebas concluyentes de que la Sábana Santa de Turín es la mortaja en la que fue envuelto el cuerpo de Jesucristo» (cfr. La Vanguardia, Barcelona, 21 de noviembre de 1979).

«Considerada, pues, en *términos realísticos,* la probabilidad contraria es *matemáticamente* nula» (P. Coero; *Sindon,* 29, p. 85).

C. Hallazgo inesperado: la cuasifirma

Que el hombre fotografiado en la Síndone sea Jesucristo, acabamos de probarlo. Pero he aquí que un profesor de la Universidad de Milán. Aldo Marastoni, nos sorprende con un nuevo descubrimiento sensacional. *(Sindon,* 29, p. 9ss.)

Ya en las Actas del II Congreso Internacional de 1978 el químico-farmacéutico Dr. Piero Ugolotti, que de años atrás se interesaba por las investigaciones sindónicas, nos llamó la atención con una comunicación del todo inesperada. El había elaborado un copioso material fotográfico partiendo de las fotografías de Judica Cordiglia (hijo) (1969) y de Enrie (1931) con el fin de dilucidar la presencia sobre la Sta. Sábana de trazas de varios elementos químicos.

Esta investigación le había permitido descubrir, sobre las fotos de que disponía, signos que él creía debían interpretarse como letras.

Más tarde llevó su material al profesor Marastoni, experto en literaturas antiguas y profesor de la Universidad Católica de Milán, para que, si era posible, descifrara aquellos signos y los interpretara.

El profesor trabajó sobre una fotografía de Enrie (1931), reproducida por el Dr. Ugolotti con el auxilio de filtros de color de frecuencia varia. Para facilitarle el trabajo, le procuró también las fotos tridimensionales de Tamburelli. «No sin sorpresa, dado el silencio total sobre el caso en la literatura sindónica más conocida, escribe el profesor Marastoni, constaté la existencia sobre la Sábana turinesa de restos de algunas inscripciones, escritas en lenguas y alfabetos diversos.»

«En la foto (Enrie) del rostro, debidamente filtrada, se observan sobre la ceja derecha, los trazos de tres letras del alfabeto hebreo cuadrado: una *Tau,* una *Wau* (que, dada la inseguridad del rasgo descendiente, podría ser leída como una Iod) y una *Shadé* final. Sigue un signo constituido por dos puntos sobrepuestos verticalmente y unidos entre sí por una sutil línea oblicua, inclinada de derecha a izquierda. Se trata, supongo, de una grafía del *Soph pasuh,* el signo de puntuación plena. Las tres primeras letras constituyen, pues, la parte final de una palabra aramea, supongo, no reconstruible con certeza. El cuarto signo indicaría que, con aquella palabra, terminaba la frase.»

«En el centro de la frente se distinguen trazas de una inscripción en caracteres latinos lapidarios, de lectura muy incierta. Son dos fragmentos de palabra alineados; uno más arriba y ligeramente desplazado hacia la derecha, el otro un poco más abajo en el centro. Parece se trata de una doble impresión de los mismos signos. En la línea inferior parecen reconocerse las letras IB; en la superior se lee IBER, con la R final, con todo, inciertísima, fuera de la línea e inclinada hacia la derecha. La inscripción merece ulteriores exámenes, aunque se puede ya prudentemente excluir que se trate de pequeños trazos debidos a la casual convergencia de otros factores (Fig. 36).»

«La génesis de ambas inscripciones, la aramea y la latina, no puede ser reconstruida sino por conjeturas. Excluiría, por razones prácticas, que ellas hayan sido trazadas directamente sobre la frente del condenado. Pienso, más bien, en una mitra, una capucha de infamia

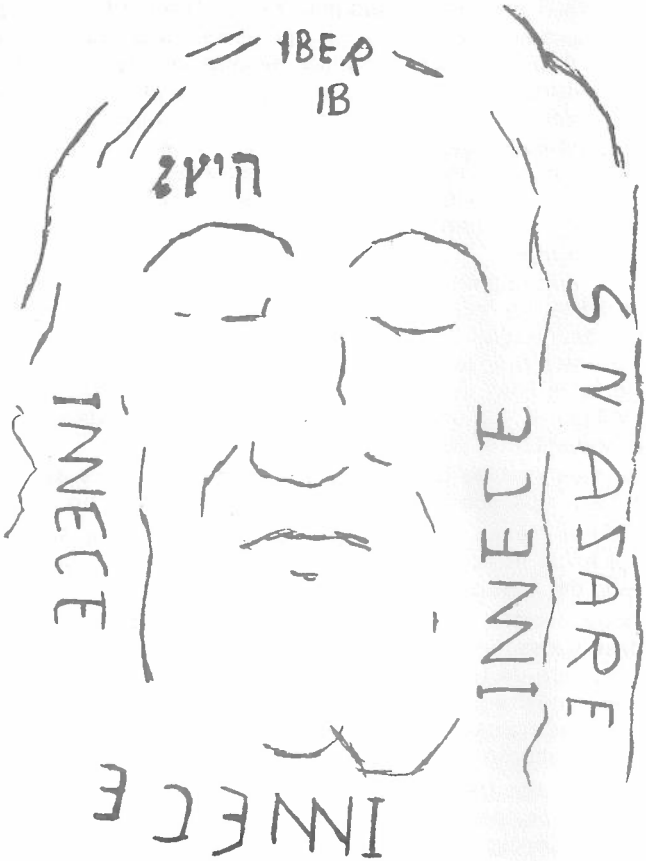


Fig. 36. Esquema de las inscripciones descifradas por el profesor Aldo Marastoni sobre la faz del H. de la S.

de material permeable —papiro o tela—, improvisada con medios al alcance de la mano, que llevase escrita sobre la frente la inscripción políglota que constituía el *título de la condena.»*

Esta suposición del Dr. Marastoni puede parecer rara y gratuita. No obstante no lo es, si tenemos en cuenta la antiquísima fórmula de condenación a muerte de cruz usada por los Duunviros, que aduce M. T. Cicerón (asesinado el 43 a.C.) en su defensa de C. Rabirio, n. 13: *I lictor, colliga manus, caput obnubito, arbori infelici suspendito.* «Ve, lictor, átale las manos, *vélale la cabeza,* suspéndelo del árbol infeliz.» Se les cubría, pues, la cabeza durante los preparativos. Y para cubrirles con eficacia la cabeza, nada mejor que ponerles una mitra o capucha que les bajara hasta el cuello. En esta mitra o capucha se podía escribir la sentencia.

«El contacto con la frente sudada, sigue Marastoni, ha provocado el traspaso sobre ella de algunas de las letras. La doble impresión IB-IBER se explicaría por algunos ligeros desplazamientos en la posición de la "mitra" durante la ejecución. Es casi espontánea, por lo fácil, la tentación de ver en IB-IBER el residuo del nombre de TIBERIUS CAES., el emperador reinante en el tiempo de la condena. Con todo, como ya he indicado, esta zona de la Sábana merece un ulterior y atento examen para confirmar la hipótesis. Las pocas letras hebreas observadas pertenecerían a la parte final del mismo *título,* redactado en la lengua local.»

«Sobre el lado izquierdo de la cara, con dirección de abajo arriba, orientadas las letras con la base hacia el borde de la Sábana, se lee, nítidamente delineadas a pincel, en caracteres unciales cursivos del siglo I de nuestra era, las palabra INNECE —es decir IN NECEM, con omisión de la M final de acusativo, que ya no se pronunciaba en el lenguaje vulgar—. Es un «A muerte». Las dos N están unidas, de modo que presentan el palo central común: NN.»

«Trazas bien visibles de una inscripción igual, legible al revés respecto a la cara, aparecen sobre una línea horizontal, bajo el mentón.»

«Debilísimas trazas de igual inscripción, escrita de arriba abajo, con la base hacia el borde exterior de la sábana, se encuentran en el lado derecho del rostro.»

«Es recognoscible, como instrumento portado de esta inscripción repetida tres veces, una tosca moldura de madera, obtenida uniendo entre sí a manera de U tres listones. Lo que hace pensar que en torno al rostro del condenado se puso una "horca", cuyas dos extremidades superiores —las puntas de la U, para entendernos— fueron fijadas al travesaño del patíbulo.»

«En la fotografía tridimensional de Tamburelli, es posible reparar en otra inscripción, parcialmente visible también sobre una foto sacada por Judica Cordiglia... Está situada sobre el lado izquierdo de la cara, descendiente de arriba abajo y orientada hacia el interior de la sábana; en consecuencia vuelta al revés respecto a la inscripción IN-NECE, a la cual está yuxtapuesta. De ella se leen las siguientes letras latinas mayúsculas: S N AZARE. Es decir, una S final de palabra, un espacio vacío, una N, un espacio en el cual parecen reconocerse trazos en una E, que no hemos puesto en la transcripción dada la incertidumbre de la lectura. Siguen una A, una Z trazada con todo por mano inexperta con la línea oblicua inclinada erróneamente de izquierda a derecha, luego las letras ARE. Se trata evidentemente de cuanto resta de la palabra NAZARENUS. Resultaría en realidad NEAZARENUS, si se confirmase la letra E no transcrita por nosotros. Pero el error es suficientemente explicable por la ignorancia del escribiente, que no supo superar la inseguridad fonética de la pronunciación aramea, poco familiar para él. Soporte de la inscripción sería también la horca de que hemos hablado.»

Es, como si dijéramos, *¡la firma! de ese carné de identidad de Jesucristo.*

Y termina el profesor Marastoni: «La presencia de inscripciones, mientras por un lado aporta nuevos y preciosos subsidios al estudio de este antiguo objeto, por otro aviva su enigma».

«La inscripción NAZARENUS puede constituir la prueba histórica, que hasta ahora se echaba de menos, de la identidad entre el así llamado "Hombre de la Síndone" y Jesús de Nazaret; mientras el nombre de TIBERIUS CAER, si es correcta la lectura, reforzaría dicha identificación.»

«La inscripción IN NECEM, repetida tres veces, es un insulto al condenado. La "horca" sobre la que fue trazada podría formar parte del bagaje usual de los condenados a la cruz y podría haber sido utilizada en otras ocasiones. Lo hace pensar la fuerza de los trazos y la relativa perfección de los mismos. Pero a la vez aquella inscripción reaviva el enigma. Es necesario, de hecho, suponer lo que, en cuanto me consta, no ha sido todavía tomado en consideración: la sábana estuvo en contacto también con el patíbulo o, al menos, con alguna de sus partes. ¿Cuándo? ¿Cómo?»

Otra dificultad, que no menciona el profesor Marastoni, es cómo compaginar la existencia de esa capucha y de esos tres listones colocados en forma de U en torno al rostro, con la corona de espinas, presente incluso sobre la cruz, de lo que hemos hablado anteriormente. ¿Cuándo le habrían puesto encima al condenado estos dos instrumentos de irrisión?

Se nos ocurre que esto pudo hacerse al condenarlo a muerte, cuando le quitaron la corona de espinas para vestirle sus vestiduras, y antes de volvérselas a colocar de nuevo, para emprender camino hacia el lugar de la ejecución. Entonces fue cuando le cubrirían la cabeza, según ordenaban las palabras de la sentencia.

El condenado, pues, no habría llevado la capucha camino del suplicio, lo cual parece evidente pues le hubiera impedido la vista para caminar, ni tampoco habría llevado la horca sobre la cruz, clavada al patíbulo. Hemos comprobado que el reo cambiaba de postura sobre la cruz, irguiéndose y dejándose caer e inclinando la cabeza hacia la derecha. Esto no habría sido posible, si hubiera tenido la cabeza sujeta al patíbulo mediante esta horca de madera; la cual, por otra parte, no se halla mencionada por ningún lado en la literatura contemporánea.

No es necesario, en consecuencia, que la Sta. Sábana estuviera en contacto ni por un instante con el patíbulo; lo cual, por lo demás, no concordaría con todo lo expuesto sobre la crucifixión.

Por otro lado, el IN NECEM de sobre el mentón está escrito de derecha a izquierda; lo cual hace sospechar que la inscripción sobre la horca fue pintada antes de aplicarla a la cabeza del reo. Sus trazos son más fuertes y perfectos que los demás. Luego, invertida de lado de modo que la pintura cayera hacia la cara, la aplicarían sobre el rostro del reo, sea directamente, sea por encima de la capucha. En este caso la pintura, fresca todavía, habría traspasado el papiro o tela de la capucha.

La inscripción IESUS NAZARENUS, que va en sentido contrario del

IN NECEM adjunto, estaría escrita sobre la capucha, no sobre la horca [103].

Como se ve, pues, los misterios que rodean a la Sta. Sábana son todavía muchos. Pero, sea lo que sea de esta última explicación, lo cierto es que una inscripción semejante sobre la Síndone es como la *firma* que identifica al Hombre en ella representado.

TIBERIUS CAESAR
IESUS NAZARENUS
IN NECEM

TIBERIO CESAR
JESUS NAZARENO
CONDENADO A MUERTE

[103] Tengamos presente que el profesor Marastoni no se había preocupado anteriormente de la Sta. Sábana y más bien era escéptico sobre su autenticidad.

VII

REPORTAJE GRAFICO DE LA PASION Y MUERTE DE JESUS

Hasta aquí hemos comprobado:

1.º Que la Síndone es auténtica; es decir, que no es obra de un artista, sino que se formó envolviendo realmente un cadáver recientemente crucificado. Y esto es científicamente cierto.

2.º Que este cadáver dejó su impronta en ella probablemente por un fenómeno de chamuscamiento de sus fibras superficiales, producido por un flash de una energía (luz-calor) desconocida de la ciencia, emanada del mismo cadáver.

3.º Que el tipo del tejido, el polen hallado sobre él, el peinado del difunto, las monedas colocadas sobre sus párpados, el instrumento con que el difunto fue azotado, propio de los romanos, y la misma manera de ser sepultado apuntan a un judío crucificado por los romanos en Palestina durante la primera mitad del primer siglo de nuestra era.

Estas son las conclusiones a que llega el equipo de sabios del STURP (cfr. Stevenson y Habermas: *La Verité...* cap. 8).

4.º Por último, acabamos de probar en cuanto cabe, con certeza casi matemática a nuestro parecer, que ese cadáver crucificado no puede ser otro que el de Jesucristo. Incluso nos ha señalado el profesor Marastoni su nombre escrito sobre ella.

La Síndone es, pues, un auténtico *reportaje gráfico de la pasión y muerte de Jesús,* en el cual todos sus tormentos han quedado marcados (superpuestos unos a otros), y testigo de su *resurrección.* Por ello se le ha llamado por extensión «el quinto evangelio».

Si esto es así, los datos que nos suministra la Síndone han de coincidir en un todo con los que nos proporcionan los cuatro evangelios, en cuanto son documentos históricos. Y no sólo han de coincidir, sino que, como en todo reportaje gráfico, ellos han de completar, precisar y hacer más viva la narración evangélica, poniendo de relieve algunos puntos que ella omite o deja en la penumbra, y añadiendo otros nuevos. La Síndone da un realismo impresionante a los relatos de la pasión y muerte de Jesús.

Vamos, pues, a reseguir punto por punto lo que nos dice ese «cuerpo del delito», que es la Sta. Sábana, sobre lo que padeció el

hombre envuelto por ella, y a confrontarlo con cada uno de los datos que consignan los evangelistas sobre la pasión, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, entreteniéndonos especialmente en aquellos pormenores en que ambos crucificados parecen diferenciarse entre sí.

1. SUDOR DE SANGRE

El primer tormento o expresión de dolor intenso de la pasión, señalado por los evangelistas, es la agonía en el huerto de Getsemaní, horas antes de entregarse a los enemigos. La lucha era aterradora. Un ángel se le presenta para confortarlo: «Entonces se le apareció un ángel venido del cielo que lo confortaba. Pero El, puesto en agonía, oraba más intensamente. Y sudó como gruesas gotas de sangre, que corrían hasta el suelo» (Lc 22, 43-44).

El único evangelista que registra el hecho era médico. Oigamos al Dr. Barbet:

«Aquí tenemos un sudor de sangre que ciertos exegetas racionalistas, oliendo en el hecho algo milagroso, han calificado de "simbólico". Es curioso constatar qué de simplezas pueden llegar a proferir en materias científicas estos materialistas modernos.»

«Nuestro venerable colega Lucas, en cambio, aquel "querido médico" como le llama S. Pablo escribiendo a los Colosenses, lo relata con la concisión de un buen clínico.»

«La hemathidrosis (o sudor de sangre) es un fenómeno muy raro, pero perfectamente documentado.» «Ocurre en condiciones excepcionales, escribe el Dr. Le Bec: un agotamiento físico acompañado de un trastorno moral, consecuencia de una emoción profunda, de un miedo atroz» *(Le supplice de la Croix,* París, 1925).

«El pavor, el espanto, el trastorno moral llegaron aquí a su grado de intensidad máxima, sigue el Dr. Barbet. Es lo que Lucas llama *agonía,* palabra que en su original griego quiere decir lucha, ansiedad. Entró en agonía... y se hizo su sudor como gotas de sangre, que corrían hasta el suelo.»

«¿Cómo explicar este fenómeno? Una dilatación de los vasos capilares subcutáneos puede provocar una ruptura de los mismos en su punto de contacto con la base de los millones de glándulas sudoríparas. La sangre se mezcla con el sudor y se coagula sobre la piel después de la exudación. Es esta mezcla de sudor y de coágulos la que se va juntando hasta correr por encima de la piel de todo el cuerpo en cantidad suficiente para caer al suelo.»

«Hay que hacer notar que esta hemorragia microscópica tiene lugar en toda la piel; la cual queda por lo mismo lesionada toda ella, dolorida y muy sensible a los golpes» *(La Passion...* pp. 241-42).

¿Nos dice algo sobre este sudor de sangre la Sta. Sábana?

El ingeniero prof. Tamburelli, con su minicomputador, ha detectado que la cara del Hombre de la Síndone, aparte los innumerables reguerillos y grumos de sangre que la surcan, está toda ella como embadurnada de sangre. Así debería quedar el rostro de Jesús después del

copioso sudor de sangre experimentado en la oración del huerto de Getsemaní.

Dice así el ilustre profesor *(Sur les Pas de Saint Paul,* n. 4, 1979, p. 7): «Hemos constatado también que ha sido posible utilizar una sola transformación matemática para calcular (en el microcomputador) el relieve de las partes cubiertas por los reguerillos y los grumos, y las partes que morfológicamente carecen de ellos, sin que se presenten discontinuidades o deformaciones apreciables del mismo relieve. Este resultado indica que la sustancia que ha impregnado la tela, a saber la sangre, debía estar esparcida por toda la cara. Esto podría explicarse por el sudor de sangre de la faz de Jesucristo, mencionado por el Evangelio en el episodio del huerto de Getsemaní; o bien por una expansión manual de una solución de áloe, de mirra y sangre, producida durante la aspersión de los ungüentos. Esta segunda interpretación parece menos probable, ya que la repartición manual de tal solución habría debido ser poco uniforme; mientras que el relieve de las partes no recubiertas con reguerillos y grumos de sangre aparece muy regular».

La Síndone, pues, confirma ese extraño y abundante sudor de sangre que padeció Jesús en Getsemaní.

2. LA BOFETADA

Pasemos ahora al bastonazo que rompió el cartílago de la nariz del H. de la S. y le deformó la mejilla derecha.

En los evangelios no se halla tal pormenor. Mejor dicho, no se halla en *las traducciones.* Efectivamente, S. Juan dice que, durante el interrogatorio que hizo a Jesús el ex pontífice Anás, uno de sus servidores, dando por supuesto que Jesús había contestado descortésmente a aquél, le dio a Jesús *una bofetada* diciendo: «¿Así respondes al pontífice?» (18,22).

Pero la palabra *rápisma,* que usa aquí S. Juan (probablemente testigo ocular del hecho, ya que, por ser conocido del pontífice, como él mismo subraya (18,15), había entrado en el palacio junto con el pelotón del reo y los esbirros), no significaba en un principio bofetada sino *bastonazo* (rapís = bastón, rapítzo = apalear). Sólo más tarde pasó a significar también bofetada. Y así lo tradujo S. Jerónimo en la Vulgata; y tras él la mayoría de los traductores.

En este caso la Síndone corrige a los traductores y precisa más que ellos. Recordemos lo que nos ha dicho el Dr. Judica Cordiglia. Esa ruptura del cartílago de la nariz y la subsiguiente desviación de la misma se debe a un porrazo infligido por un palo corto, cilíndrico, de 4 a 5 cm. de diámetro. Y ha sido dado por un hombre zurdo situado a la derecha del reo.

El que fuera zurdo hace sospechar al Dr. Judica que se trataría de un escriba hebreo, avezados como estaban éstos a escribir con la mano izquierda de derecha a izquierda. Este sirviente o subordinado

del pontífice sería, pues, un levita escriba, que había intervenido en la captura de Jesús.

Aquí sólo hay que añadir que un porrazo en la nariz capaz de romper el cartílago de la misma y desviarla de su plano normal no pudo ser encajado sino con abundante salida de sangre. De hecho toda la barba y los bigotes están completamente impregnados de ella, e incluso se ven en la fotografía de Tamburelli, dos reguerillos que de las narices bajan al bigote, saltan por encima de los labios y se pierden en la barba. *(Actas II Cong.* p. 180.)

Es verdad que algún autor interpreta esa doble herida (mejilla derecha-nariz) como efecto de una de las caídas, camino del Calvario. La correlativa situación de ambas, con todo, parece favorecer a la hipótesis de los Drs. Judica y Barbet: un fuerte bastonazo.

3. MALOS TRATOS

También hablan los evangelistas de que, una vez pronunciadas las fatídicas palabras «reo es de muerte» en la sesión nocturna del Sanedrín en casa de Caifás, los mismos sanedritas (Bover) se avalanzaron sobre El, le escupieron en el rostro y le acribillaron a puñetazos. Después, otros (los satélites o criados del sumo sacerdote, según Bover) le recibieron a bofetadas, le cubrieron el rostro con un paño y le golpeaban preguntando con sorna: Profetiza, Mesías ¿quién te dio? (Trad. de Mt 26, 67-68; Lc 22, 63-64).

También los soldados del pretorio, al coronarle de espinas «le daban bofetadas» (Jn 19,3), se mofaban de El y le escupían en el rostro y tomándole la caña de las manos, le golpeaban con ella la cabeza (Mt 27, 29-30; Mc 15,19).

El H. de la S. presenta señales de todo esto: hinchazones en diferentes partes de la cara, y... un enorme gargajo que le baja desde la punta interior del ojo derecho hasta la parte inferior de la nariz a lo largo de la línea de unión de ésta con la mejilla. Se ve que, por estar más resguardado por el hundimiento de esta línea, resistió mejor a los agentes que pudieron hacer desaparecer los demás, p. ej., si alguien le enjugó el rostro.

Una observación. Hemos subrayado en su sitio que el H. de la S. presenta mucho más maltratada la parte derecha de la cara que la izquierda. Mons. Ricci deduce de ello que la mayoría de los que así lo maltrataron eran zurdos. Esto no llama la atención si suponemos que los que con más odio se cebaron en Jesús fueron los mismos sanedritas, la mayoría de ellos escribas, y los criados del Sumo Sacerdote que serían levitas y también escribas, zurdos probablemente en consecuencia.

Otro dato corrobora esta suposición. El rostro del H. de la S. presenta la parte derecha de la barba con mechones de pelos arrancados. Evidentemente que un hombre zurdo, puesto frente a él, se ha entretenido en mesarle la parte derecha de la barba.

Este tormento no lo consignan expresamente los evangelios; pero

lo consignó, en visión, el profeta Isaías cuando hablando en nombre de Cristo, dijo: «Mi espalda ofrecí a los que me herían y *mis mejillas a los que me arrancaban la barba.* Y no hurté mi rostro a las afrentas y salivazos» (50, 6).

La Síndone, pues, confirma estos malos tratos y completa la narración evangélica.

4. FLAGELACION

Aquí sólo hemos de señalar cómo la Síndone precisa mucho más que los evangelistas. Fue ante todo un tormento de castigo, *previo* a la condena a muerte, ya que bajo las excoriaciones de la espalda aparecen claras las heridas de los azotes infligidas antes de cargar la cruz.

En esto, pues, concuerda plenamente la Síndone con Lucas: «Nada digno de muerte se le ha probado. Después de darle una lección (paideusas), pues, le soltaré» (23, 15-16 y 22). Este era el plan de Pilato: castigarle y soltarle.

Pero la Síndone, como reportaje gráfico que es, nos descubre toda la terribilidad de este tormento. Los evangelistas no tenían necesidad de ponderarlo ni describirlo. Era suficientemente conocido de sus lectores. Les bastaba decir: «Pilato tomó a Jesús y le azotó» (Jn 19,1). Los evangelistas no son ponderativos ni efectistas. Casi parecen insensibles.

La Síndone, en cambio, nos da un cuadro mucho más completo, preciso y horrendo de la flagelación: Más de 120 golpes ternarios, infligidos por dos sayones forzudos, uno más alto que el otro, peritos en su oficio, los cuales, puestos uno a cada lado del reo, le cubren metódicamente con sus golpes toda la superficie del cuerpo (pecho, vientre, espaldas, muslos y piernas, incluso el órgano genital), a excepción de la parte del pecho correspondiente al corazón. Sin dejar apenas espacios libres.

El flagelo con que le azotaron fue el *horribile flagellum taxillatum,* compuesto, al parecer, de tres ramales o nervios terminados en dos bolitas de metal esquinadas y unidas entre sí por un alambre a manera de las pesas de gimnasia. Cada golpe abría y desgarraba la piel del reo provocando la salida de pequeños reguerillos de sangre de cada herida. Gracias a estos reguerillos y a la *dirección* de los golpes se ha podido deducir la postura encorvada de Jesús sobre una columna baja durante el azotamiento [104].

---

[104] Venérase en Jerusalén en la iglesia del Sto. Sepulcro, un fragmento de columna de pórfido rojizo de 75 cm. de altura y unos 25 ó 30 de diámetro que una tradición inmemorial asegura ser la de la flagelación de Jesús. Está en la capilla católica latina de la Aparición de Cristo a su Madre. Consta que ya antes de las cruzadas (1099) se veneraba en la iglesia del Sto. Sepulcro un fragmento de la columna de la flagelación. Anteriormente Sta. Paula (finales del siglo IV) la había venerado en el pórtico de la iglesia de Sión o del Cenáculo, se-

Recordemos aquí lo que nos ha dicho Barbet: los millones de hemorragias microscópicas intradérmicas, propias de la hemathidrosis o sudor de sangre, de que hemos hablado antes, tienen lugar en toda la piel del cuerpo; por lo cual «toda ella queda lesionada, dolorida y sumamente sensible a los golpes». Nada extraño, pues, que aquellos brutales azotes abrieran y desgarraran la piel con efusión de sangre a cada golpe.

Así aparece Jesús en la Síndone, herido y sangrante «desde la planta del pie hasta el vértice de la cabeza» conforme a lo que había predicho de El el profeta Isaías (1,6).

Tuvieron cuidado los sayones de no golpearle la parte del corazón para no causarle la muerte. No estaba todavía el reo condenado a esta pena. Se trataba sólo de un castigo; pero tan terrible, que no pocos infelices sucumbían en él. (Cfr. Ulpiano, Dig. 48, 19, 8, 3.)

Acabado, pues, el azotamiento, Jesús se desplomaría al suelo, sentado sobre el charco de su propia sangre. Estaba completamente desnudo, Parece le alargaron sus vestidos para que se cubriera, ya que S. Mateo (27, 27) anota expresamente a continuación que, al comienzo de la coronación de espinas, le quitaron sus vestidos.

5. CORONACION DE ESPINAS

Pasado un cierto tiempo y algo repuesto Jesús de los azotes, los soldados se lo llevaron al interior del atrio del petrorio, donde estaban sus dependencias. Allí solían ellos pasar sus tiempos de ocio. Todavía existen grabadas en las losas del empedrado (lithostrotos) diferentes tableros de juego.

Uno nos interesa especialmente, el llamado «juego del rey». Una corona radiada ocupa el sitio más destacado. La letra B *(basileus* en griego o *basilicus* en latín) parece deslizarse a lo largo de uno de esos itinerarios punteados con pequeñas figuras circulares o cuadradas, que termina en una horca cortada bruscamente por una espada. Un escorpión, un casquete de soldado pretoriano, un águila con las alas extendidas... (Lám. 17, C).

El juego del rey era un juego de azar practicado por niños y adultos, siempre con cierto matiz de crueldad. Así, por ejemplo, Herodoto cuenta cómo Ciro, adolescente, jugaba a él con niños campesinos, entre los cuales distribuía funciones, graduaciones y *golpes de vara* (I, 114). Horacio hace alusión al rey de los festines, nombrado a suertes

---

gún consta por S. Jerónimo (Epist. CVIII). Y el Anónimo de Burdeos afirma haberla visto allí ya él.

Parece, en cambio, carecer de todo fundamento la autenticidad de la esbelta columnita de 70 cm. de alta, de mármol negro veteado de blanco, que se conserva en Sta. Práxedes de Roma. Su forma es la de un pedestal descantillado algo en su parte superior. Fue traída de Jerusalén por el legado pontificio, el cardenal Giovanni Colonna en 1233. Parece que la encontró entre las ruinas del pretorio y se la llevó a Roma «por si fuera la de Jesús».

(«regna vini sortiere talis» Od. IV, 18). Pollux (IX, 110) escribe: «Se tiran suertes. El que es elegido rey (basileus) ordena cuanto debe hacerse. A quien la suerte ha reservado el papel de súbdito (hypertés) ha de ejecutar todo cuanto se le ordena».

«Este juego, prohibido por la *lex talaria* (ley de los dados), era no obstante tolerado y en consecuencia practicado con frenesí durante los siete días de juerga de las Saturnales (del 17 al 23 de diciembre).» Mascaradas (en las cuales todo el mundo prescindía de la toga y se cubría la cabeza con el pileus —emblema del hombre libre—, mezclados esclavos y libres), amnistías, regalos, comilonas y francachelas en las que corría el vino, juegos de azar y combates de gladiadores marcaban estos días de desenfreno, de los cuales no estaba ausente naturalmente ni la licencia ni la crueldad. Eran un remedo de las Saceas babilónicas, en las cuales se acompañaba por las calles a un rey elegido por suerte. Dion Crisóstomo cuenta que en su tiempo se elegía a un condenado a muerte como rey de la fiesta. El podía entonces permitírselo todo; pero al fin de la bacanal, era degollado.

«Que esta costumbre de las Saceas haya sobrevivido en los ritos, a veces crueles, de las Saturnales romanas lo demuestran las Actas de S. Dasius. Los soldados romanos del puerto de Durostulum (Misia) tenían la costumbre de echar a suertes, un mes antes de las Saturnales, el nombre de aquel de entre ellos, que sería rey de la fiesta. El infeliz tenía entonces todos los derechos; pero el último día, debía inmolarse él mismo sobre el altar de Saturno. En noviembre de 303, cayó la suerte sobre el cristiano Dasius quien, rehusando prestarse a esa costumbre pagana, fue muerto por sus compañeros *(Analecta Bollandiana* XVI, 1897, pp. 5-16)».

Así se expresa Marie Aline de Sion en su tesis doctoral sobre *La forteresse Antonia à Jérusalem et la question du prétoire.* Franciscan press, Jerusalem, 1956, pp. 139-142. Y concluye:

«No me atrevería a afirmar que esta práctica fuese general en el ejército romano; pero este hecho prueba al menos que los soldados, particularmente los que estaban de guarnición en Oriente, conocían de oídas estas costumbres bárbaras.»

«Se puede percibir de ello un eco —ciertamente bajo forma de juego— en el tablero de la Antonia. La mayúscula B, que parte de la corona radiada, va a parar, después de un itinerario que la suerte de las tabas (se han encontrado algunas entre las ruinas de la Antonia) podía complicar, a esa horca tan clara que la espada corta de una manera brutal, casi espectacular.»

«Ningún esquema podía sugerir más explícitamente la muerte de un rey de juego. No podemos, pues, admirarnos de que este gráfico haya sido espontáneamente relacionado con la parodia de realeza impuesta a Jesús la mañana de su pasión.»

Resulta sumamente espontáneo, pues, que a los soldados de la guardia, oyendo hablar de las veleidades de realeza de aquel despreciado judío, azotado ya cruelmente, se les ocurriera llevarlo al sitio donde ellos jugaban al juego del rey, para divertirse a su costa coronándolo solemnemente rey de burlas. La flagelación había sido un

castigo legal; la coronación de espinas fue un desahogo brutal de la soldadesca (Bover).

Para ello, pues, congregan a toda la cohorte (de 400 a 600 hombres), le desnudan de nuevo de todos sus vestidos, le hacen sentar sobre cualquier poyo, le echan a las espaldas una clámide color grana (Mt 27, 28) [105], tejen con espinas una corona real en forma de capacete y se la encasquetan con fuerza sobre la cabeza, le ponen una caña por cetro en la mano derecha... y empieza la farsa: Venían a El, doblaban la rodilla en señal de reverencia y, mofándose de El, le saludaban diciendo: ¡Salud, rey de los judíos! Y le daban de bofetadas, le escupían en el rostro y, tomándole la caña, le golpeaban la cabeza con ella (Mt 27, 26-30; Mc 15, 15-18; Jn 18, 1-3). Y otras cosas que se pueden imaginar en tales circunstancias y con tales personas.

La palabra «corona» nos ha inducido a pensar en un cerco de espinas en torno a la cabeza. Así nos lo presentan nuestros crucifijos. La frase empleada por S. Marcos «le ciñeron una corona de espinas» podría parecer que confirma esta hipótesis. Pero S. Mateo (y equivalentemente S. Juan) dice: pléxantes stéphanon ex acanthón... epéthekan *epí* tes kefalés autoú: «entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron *sobre* su cabeza» (27, 29). No dice «perí», en torno; sino «epí», sobre. Para que la burla fuera completa, la forma de la corona había de remedar la de las coronas reales de entonces en Oriente, que tenían forma de mitra o capacete.

El escritor eclesiástico S. Vicente de Lerina, de la primera mitad del siglo v, escribe: «Le impusieron sobre su cabeza una corona de espinas. Tenía la forma de un *pileus,* de manera que ella recubría y tocaba la cabeza por todas partes» *(Sermo in Parasceve).*

El *pileus,* explica Barbet, era entre los romanos una especie de cofia semioval de fieltro, que cubría la cabeza, y se usaba, sobre todo, durante el trabajo. Era distintivo de libertad, de manera que «servum ad pileum vocare» —llamar a un esclavo al píleo— significaba otorgarle la libertad.

La Sta. Sábana no deja lugar a dudas. Supone claramente una corona en forma de capacete que le cubría toda la cabeza, desde la frente a la nuca. La palabra stéphanon indica, pues, una corona tal como entonces se estilaba entre los reyes orientales: en forma de mitra o casquete. También aquí la Síndone precisa a los evangelios.

Esta corona estaba formada por ramitas espinosas entrecruzadas, de delante hacia atrás, y sujetadas sobre la cabeza.

«Se admite generalmente que (estas ramitas espinosas) pertenecían a un arbusto espinoso común en Judea, el (llamado en botánica) zyzyphus (o xiphus) spina Christi (espino de Cristo), especie de azufaifo» (Barbet, *La Passion...* p. 127), que se usa a veces entre nosotros como seto. Es un arbusto de unos 2 a 3 metros de altura con ramas

---

[105] «La clámide militar era una pieza cuadrada de tela que se prendía al hombro derecho. Su color era grana, rojo más claro que la púrpura» (Bover, *Sda. Biblia,* en Mt 27, 28).

muy flexibles, los arranques de cuyas hojas están provistos de dos espinas «largas y muy aceradas» (Barbet).

El Dr. W. Hynek, en cambio, se inclina más bien por «el espino albar oriental o espina egipcia (acanthus orientalis), de puntas largas, gruesas y agudas» *(Lo que revela...* p. 32).

Otros hablan del poliurus aculeatus y del poliurus spina Christi. Y bien pudiera ser una mezcla de todas ellas.

Todas esas plantas abundan en los entornos de Jerusalén. Sin duda que los soldados tendrían por allí fajos de tales plantas para calentarse. Las tenían, pues, a mano.

Este capacete de espinas había de ser fijado de alguna manera sobre la cabeza. Dr. Barbet, pensando en la «corona de espinas» existente en París [106], cree que esta atadura estaría formada por un manojo de juncos (los mismos que ataban los haces de leña) que le rodearía la cabeza *horizontalmente,* de la frente a la nuca, pasando por encima de las orejas. Recordemos que en la formación del coágulo de sangre en forma de 3 sobre la frente del H. de la S. ha hecho él intervenir esta corona de juncos.

San Juan, como testigo ocular, precisa bien que este tormento tuvo lugar después de la flagelación y bastante antes de la sentencia de muerte; pues, a la vista de Jesús así maltratado y coronado de espinas, impresionado Pilato, se lo sacó fuera para moverles a compasión: «He aquí el hombre» les dice. «Os lo saco fuera para que conozcáis que yo no hallo en él delito alguno.» Y siguió forcejeando con la multitud para librarle, hasta que le dijeron: «No tenemos más rey que al César». «Si sueltas a ése, no eres amigo del César» (Jn 19, 2-15).

Sólo entonces cedió Pilato, temeroso de ser acusado ante el emperador. «Sacó fuera (del pretorio) a Jesús y se sentó en el tribunal, situado en el lugar llamado lithóstrotos (o embaldosado) y en arameo, gabbathá (altura)» (Jn 19, 13) [107].

---

[106] Efectivamente, en Nôtre-Dame de París se conserva la llamada «corona de espinas» de Jesús. Se guardaba en Constantinopla junto con las otras reliquias de la Pasión venidas de Jerusalén. Consta que ya en el siglo VI, en tiempos de Justiniano I, se veneraba allí. El emperador latino, Balduino II, necesitado de dinero para defenderse de los griegos, la empeñó a los venecianos. Pero no pudiendo pagar su rescate, se la ofreció a su tío S. Luis, rey de Francia, quien tuvo que pagar por ella a los venecianos la enorme suma de 200.000 libras de oro, como hemos indicado más arriba. Para guardarla dignamente, hizo levantar el rey en París, adosada a su palacio, la Sainte Chapelle, preciosa joya del arte gótico. Allí estuvo hasta la Revolución Francesa. Después de varias vicisitudes, fue devuelta por el Gobierno al arzobispo de París, quien la depositó en Nôtre-Dame en 1806. (Lám. 18, A.)

Esta corona no contiene espina alguna. Es un aro de juncos formando haz y ligados por otros 15 ó 16 de la misma especie. Son juncos delgados, huecos y estriados, probablemente el *juncus effusus L.* que abunda en Palestina, el cual, cuando se seca, presenta estas estrías. El diámetro interior de la corona mide 21 cm.; mucho más, pues, de lo que pide una cabeza humana normal. Se comprende; porque había de abarcar las ramitas espinosas que cubrían la cabeza.

[107] Aquí tenemos otro dato del testigo ocular, anterior a la guerra del 70. Al desplomarse la Torre Antonia, cuando la destrucción de Jerusalén, sepultó este

Las frases, pues, con que describen la coronación de espinas Mateo, Marcos y Juan no contradicen en absoluto a cuanto nos revela la Síndone sobre la misma (casquete, golpes, etc.); al contrario, ésta precisa y enriquece enormemente la sobria descripción evangélica.

6. CON LA CRUZ A CUESTAS

Vencida al fin la resistencia de Pilato, pronunció éste la condena: «I, lictor; colliga manus; caput obnubito; arbori infelici suspendito». «Ve, lictor; átale las manos; vélale la cabeza; suspéndelo del árbol infeliz.»

Inmediatamente le despojaron los soldados de la clámide de grana, advierte S. Mateo (27,32), le vistieron sus vestidos y lo sacaron a crucificar. Es significativo que no diga que le quitaron también la corona de espinas. Ya anotamos que la Síndone parece indicar que el reo la llevó hasta la muerte sobre la cruz.

Entonces le pondrían sobre la cabeza la mitra o capucha de infamia de que nos ha hablado el profesor Marastoni mientras le preparaban la cruz.

La palabra cruz nos suscita la idea de una cruz completa: palos vertical y transversal. Pero si sólo el palo transversal pesaba ya unos 50 kilos, según calculan los estudiosos, la cruz completa habría de pesar bastante más del doble. ¿Cómo un hombre azotado tan terriblemente y desangrado habría podido con un peso tan grande, durante unos 600 metros de camino (la distancia existente entre la Torre Antonia y el Calvario), por un terreno pedregoso, con subidas y bajadas? Aun así, llevando sólo el patíbulo o palo transversal, no pudo llegar con él hasta el lugar del suplicio, como diremos en seguida, sino que tuvo que ser ayudado por otro.

Acabamos de consignar, además, que la sentencia judicial habla de «atarle las manos». No parece que esta acción se refiera al momento de «suspenderlo del árbol infeliz», sino al momento inmediato a la sentencia, antes de emprender el camino hacia el lugar de la eje-

---

embaldosado que no ha vuelto a la luz hasta las excavaciones modernas. Son unas magníficas baldosas de piedra de hasta dos metros de largas que cubrían todo el patio interior de la Torre Antonia (unos 2.500 m²). Grabadas sobre ellas aparecen en la franja central, unas estrías perpendiculares para que no resbalasen los caballos; también señales de diferentes juegos para pasatiempo de los soldados y sobre todo el tablero del juego del rey; se ve la meta final de alguna carrera o forcejeo, y otras particularidades realísticas propias de aquellos tiempos y circunstancias.

Pueden verse hoy en los sótanos del convento de Ntra. Sra. de Sión y en los del convento adjunto de los PP. Franciscanos (Cfr. S. M. Aline de Sion, *La Forteresse Antonia à Jérusalem et la question du prétoire).*

Se le llamaba *«gabbathá* (elevación) por hallarse emplazado sobre la punta meridional de la colina Bezaa, la más alta de las que formaban Jerusalén» (Bover, *Sda. Biblia.* Cfr. L. H. Vincent, *L'Antonia et le Prétoire; Revue Biblique,* 42, 1933, pp. 83-113).

cución. Sabemos que el reo había de llevar sobre los hombros el instrumento de su suplicio. Esto supuesto, es evidente que el reo no podía caminar con la cruz entera a cuestas y atadas a ella las manos. Llevaba sólo el patíbulo a la espalda, atados ambos brazos a él. Es lo que nos dice la arqueología. El stipes o palo vertical de la cruz estaba plantado en el lugar del suplicio.

Por lo demás, recordemos que el mismo Jesús, al aparecerse más tarde a los siete discípulos en la ribera del lago (en Tabgha), para pronosticar a Pedro «con qué clase de muerte había de glorificar a Dios» le dirá: «cuando hayas envejecido, extenderás tus manos y otro te llevará adonde tú no quieres» (Jn 21, 18-19). Que la frase *extender las manos* (y los brazos) *para ser llevado adonde uno no quiere* se emplee para indicar que será llevado a morir en una cruz, se entiende perfectamente en el supuesto de que el reo fuera a la ejecución con los brazos extendidos en forma de cruz y atados al patíbulo. En otro supuesto, no se entiende tan fácilmente. La frase *extender las manos* no parece referirse, pues, a la postura del crucificado sobre la cruz, sino a la postura con que el reo era *llevado* a ella.

También hemos de hacer notar que la palabra staurós, usada por S. Juan, significa *«palo tieso,* empalizada, instrumento de suplicio, patíbulo, cruz» (R. Mendizábal, *Dic. griego-español).*

Los evangelistas, hablando a un público familiarizado, por desgracia, con el tormento de la cruz, no necesitaban especificar más. Bastábales decir: «Salió (del pretorio) cargado con su cruz» (Jn. 19,17).

El reportaje gráfico de la Síndone nos aclara, pues, también este detalle. Ella nos dice claramente que el H. de la S. llevó atado a la espalda su patíbulo.

A Jesús, pues, al ser condenado a muerte, le quitaron el cetro de las manos y la clámide de la espalda, le vistieron de nuevo sus vestidos y le encasquetaron sobre la cabeza la capucha ignominiosa de tela o papiro con la sentencia de muerte, capucha que le cubrió toda la cara y dejó en ella trazos de las inscripciones escritas sobre ella.

Mientras, buscaron un patíbulo apropiado a su estatura y se lo ataron a las espaldas y a ambos brazos extendidos en forma de cruz.

Otro dato nos da la Síndone. Este travesaño o patíbulo atado a la espalda fue unido por una cuerda a la pierna izquierda de Jesús. Recordemos que por encima del tobillo izquierdo aparecen en la Síndone unos anillos ensangrentados, dejados allí por esta cuerda movediza.

Efecto de esta cuerda, el patíbulo se fue inclinando, con el andar, elevándose por la parte derecha y abajándose por la izquierda. Por ello la región escapular izquierda y la supraescapular derecha aparecen especialmente lastimadas en la Síndone, como indicamos más arriba.

Consecuencia de esta inclinación del patíbulo, el andar del reo había de ser mucho más fatigoso y su equilibrio más inestable.

Sabemos también que Jesús no fue ejecutado solo. Otros dos facinerosos lo fueron con él. Era normal juntar a varios. Probablemente el Calvario no tenía cabida más que para tres cruces. Por ello, al sumar tres los condenados en capilla, fueron ejecutados los tres. Todo ello

hubo de ser causa de que los otros dos se enfurecieran contra Jesús, pues por él se les adelantaba la ejecución.

Estos dos facinerosos iban desnudos, pues habían de ser azotados durante el camino, a diferencia de Jesús que lo había sido antes.

Los reos eran puestos en fila, uno tras otro, unidos entre sí por una cuerda sujeta al extremo libre del patíbulo de cada uno (el que no estaba unido a la propia pierna) (Fig. 37). Así emprendieron la marcha entre insultos, golpes de los soldados, tropezones y... caídas.

La Torre Antonia (más de dos hectáreas de superficie) estaba en el extremo noreste de la ciudad. Su puerta de entrada estaba situada fuera de las murallas mirando a occidente. Siguiendo, pues, por junto a la antigua muralla restaurada por Nehemías, en dirección oeste, la comitiva penetró en la ciudad por la puerta de los Peces y fue siguiendo la muralla por la parte interior hasta la Puerta Judiciaria o de Efraím, cuyos umbrales se conservan todavía en el Hospicio Alejandro, y era la salida de la ciudad hacia occidente.

La distancia que separaba la Torre Antonia, lugar de la condena, del Calvario, lugar de la ejecución, era de unos 600 metros. Primero bajaba rápidamente el camino desde la altura de Bezatha, la parte más alta de la ciudad, hacia el valle de Tiropeón; y luego volvía a subir hasta la puerta de Efraím, cerca de la cual, extra muros, estaba el Calvario. «Pese a los innumerables derribos y rellenos ocurridos en el área de Jerusalén desde el primer tercio del siglo I hasta nuestros

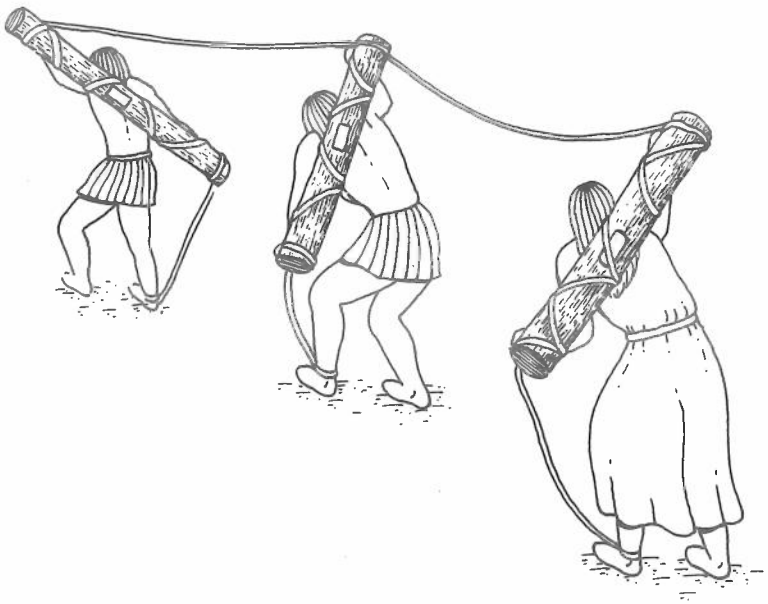


Fig. 37. Probable formación en que caminaban los tres reos, camino del Calvario, según Mons. Ricci.

días, se han podido fijar las curvas de nivel de aquella época» como anota B. Manzano, S.I. *(Jesús, escándalo de los hombres,* p. 490). Estas curvas de nivel están expresadas en una maqueta existente en el convento de Ntra. Señora de Sión, en Jerusalén.

7. CAIDAS

No nos dicen nada de ellas los evangelios. La tradición considera tres. La manera como marchaban los tres condenados, unidos entre sí por el extremo libre del patíbulo, los gestos bruscos de los que eran azotados, para esquivar los golpes, el corrimiento del patíbulo hacia la izquierda a causa de la cuerda que lo sujetaba al tobillo y la debilidad física de Jesús, agotado por la terrible flagelación, hacen verosímiles tales caídas.

Referente a la debilidad física de Jesús, recordemos lo que nos ha dicho el Dr. Judica sobre la probabilidad de que el H. de la S. hubiera cogido una pericarditis serosa traumática, provocada por los malos tratos y sobre todo por la atroz flagelación que afectó también a gran parte del tórax. Cualquier médico puede imaginarse los graves trastornos que una tal lesión pudo acarrear a Jesús, añade el Dr. Barbet: dolores precordiales desgarradores, opresión, angustia, escalofríos, fiebre, disnea intensa. Se comprenden perfectamente las repetidas caídas de Jesús.

La Sta. Sábana las constata claramente: el H. de la S. presenta ambas rodillas abiertas por violentas caídas sobre terreno pedregoso. También varias de las heridas que presenta en la cara (pómulos fuertemente escoriados) y en la frente, no pueden deberse a bastonazos o bofetadas. Requieren golpes más fuertes, cual serían las caídas.

Estas causan grima. La cabeza de Jesús, no pudiendo parar el golpe con las manos por llevarlas atadas al patíbulo, iría a dar con fuerza contra el suelo pedregoso; el patíbulo se correría hacia la cabeza golpeando fuertemente la nuca cubierta con las espinas. Se comprende que ésta aparezca en la Síndone tan horriblemente maltratada. La práctica romana preveía la posibilidad de morir el condenado camino del suplicio como efecto de tales caídas. En tal caso se daba por ejecutada la sentencia de morir en cruz.

Tan fatales hubieron de ser estas caídas que los sayones tuvieron miedo de que se les quedase el reo por el camino. Por ello, al salir la comitiva de la ciudad por la puerta de Efraím, a menos ya de cien metros del Calvario, y toparse con un extranjero, de Cirene, llamado Simón, que venía del campo, le requisaron forzándole a tomar la cruz de Jesús y llevarla detrás de El (Mt 27,32; Mc 15,21; Lc 23,26).

S. Marcos añade una circunstancia, la de que Simón era *el padre* de Alejandro y de Rufo, dos cristianos por lo visto muy conocidos de la primitiva Comunidad y que vivían todavía entre ellos cuando fue escrito el evangelio. Un dato más para colocar la redacción de este segundo evangelio antes del año 50, como lo hace el P. José O'Callaghan al interpretar el texto de uno de los papiros hallados en la Cueva

7 de Qumrân como los versículos 52 y 53 del cap. VI de este evangelio [108].

8. LAS PIADOSAS MUJERES

Aquí, en la puerta de Efraím, debe tal vez situarse la escena que describe S. Lucas: aquel grupo de mujeres que le seguían plañendo y lamentando su condena. Jesús, libre ya de la cruz y con las estrecheces de la puerta de la ciudad, pudo dirigirse a ellas: «No lloréis por mí, sino más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos... porque si esto hacen en el leño verde, ¿qué se hará en el seco?» (23, 27-31). Y en cuatro pinceladas les anuncia los horrores de la guerra de exterminio del año 70 (cuarenta años más tarde), que padecerían algunas de ellas y sus hijos. Siempre bueno y compasivo, Jesús se duele más de nuestras desgracias que de las suyas propias.

¿Sería también entonces cuando, según la tradición, una mujer se adelantó para enjugarle el rostro con un paño? ¿Es auténtica la Sta. Faz de la Verónica?

En cuanto a lo primero, ya hemos indicado la opinión del eminente estudioso de la Sindone. Mns. Ricci, en sentido positivo: es muy posible y aun probable que alguien le enjugase el rostro poco antes de llegar al Calvario.

A quien le interese la segunda pregunta puede leer el apéndice A de este mismo capítulo.

El otro episodio conmovedor y muy verosímil que considera el Viacrucis en la cuarta estación: el encuentro de Jesús con su santa Ma-

---

[108] Cfr. *Los papiros griegos de la Cueva 7 de Qumrân,* BAC, Madrid, 1974. «La escritura pertenece al "Zierstil" (escrito ornamental) y puede datarse del 50 a.C. al 50 d.C.» dice O'Callaghan, citando a M. Baillet, en la p. 44.

Si esta datación de Baillet es correcta, la *copia* del Evangelio según S. Marcos, un fragmento de la cual se ha hallado ahora en Qumrân, habría sido escrita antes del año 50 de nuestra era; señal que la redacción, al menos parcial, del evangelio original es todavía anterior. ¡Antes de los veinte años de la muerte de Cristo ya corrían copias del Evangelio de S. Marcos! Al menos esta copia ha de ser anterior al año 68 fecha de la destrucción de Qumrân. Para que hagamos caso de los racionalistas que lo suponían escrito dos o tres siglos después.

«El papiro es un junco de tallo alto que crece en las marismas de Egipto... Cortado longitudinalmente, presenta al aire su pulpa, que remojada en agua, prensada luego, endurecida al sol y raspada con una concha, ofrecía una superficie apta para la escritura. Las tiras dispuestas una al lado de la otra, primero, y cruzadas luego por otras transversales, adquirían la cohesión de una página al quedar encoladas por su propia pulpa endurecida». (Carreño, *El Ult. Report.* p. 190.)

Era un material de escritura muy endeble, pero apto para los usos cotidianos y caseros. los pocos fragmentos que se han conservado se hallaron preservados de las inclemencias del tiempo en recipientes de barro y en sitios desérticos.

No se ha de confundir el papiro con el papel, aunque esta palabra derive de aquélla. El papel no fue introducido en Europa hasta el siglo XII por los árabes.

dre, puede colocarse también aquí, en la puerta de la ciudad, o antes en cualquier punto del trayecto.

9. LA CRUCIFIXION

Al oeste de Jerusalén, la muralla que corría de norte a sur formaba un ángulo recto, entrante hacia la ciudad. Cerca del vértice de dicho ángulo estaba situada la Puerta de Efraím: hacia el occidente. Junto al camino que de ella arrancaba hacia el norte y hacia el oeste, se erguía una roca de unos seis metros de altura. Gracias a diferentes trabajos de excavación se ha podido reconstruir de alguna manera su forma. Según el diseño del arquitecto Chistós Katsimbinis (1976), que ha dirigido tales excavaciones, su corte horizontal se asemejaba a una S., ligeramente deformada en su trazo inferior, de siete metros de larga por tres en su parte más ancha, orientada de noroeste a sudeste. Su cima tenía tres pequeñas protuberancias: una en el extremo noroeste y las otras dos, más cercanas entre sí, en la parte sudeste. Las tres estaban casi en línea recta (Fig. 38).

Se subía a la cima de la roca por unas escaleras excavadas sobre el flanco septentrional de la misma. (Cfr. B. Bagatti, *Il Golgota e la Croce,* Franciscan Printing Press, Jerusalén 1978, lám. 2).

La roca formaba parte de una cantera de piedra blanca (mezzy). No había sido aprovechada por los canteros esta parte por su baja calidad, ya que contiene muchas vetas de tierra roja. La roca destacaba del suelo irregular de la cantera 8,10 metros. Por su forma, se la llamaba «el Cráneo» y en arameo Golgoltha. Se explica, pues —hace notar el P. M. Piccirillo, O.F.M., especialista en arqueología de Tierra Santa—, la utilización de dicha roca (por su forma y posición junto a la entrada de la ciudad) como lugar de las ejecuciones ejemplares. (Cfr. *Tierra Santa,* revista franciscana de los Santos Lugares, abril-mayo 1979, pp. 93 ss.)

Al trasponer, pues, la comitiva la puerta de la ciudad, apareció de pronto a la vista de todos la roca del Cráneo, situada allí cerca, con los tres postes verticales de las cruces plantados a lo largo de su estrecha cima y preparados para recibir a los reos. Sin duda que su vista fue ocasión de que se redoblasen los llantos y lamentos de las piadosas mujeres y de que Jesús les hablase.

Llegados a la roca le dieron a beber vino mezclado con hiel, dice S. Mateo, o vino mirrado, como especifica S. Marcos. Era la pócima que se daba a los sentenciados a muerte como narcótico y que solían preparar algunas mujeres compasivas. Jesús lo aceptó, lo gustó por deferencia con las que se lo habían preparado; pero no lo quiso beber (S. Mateo). La entereza con que Jesús va a soportar la crucifixión no había de ser efecto de un narcótico, sino fruto de su fortaleza sobrehumana (Bover).

Serían como las 11,30 de la mañana cuando llegaron al Calvario; y la operación duró hasta cerca de las 12, dentro todavía de la hora ter-

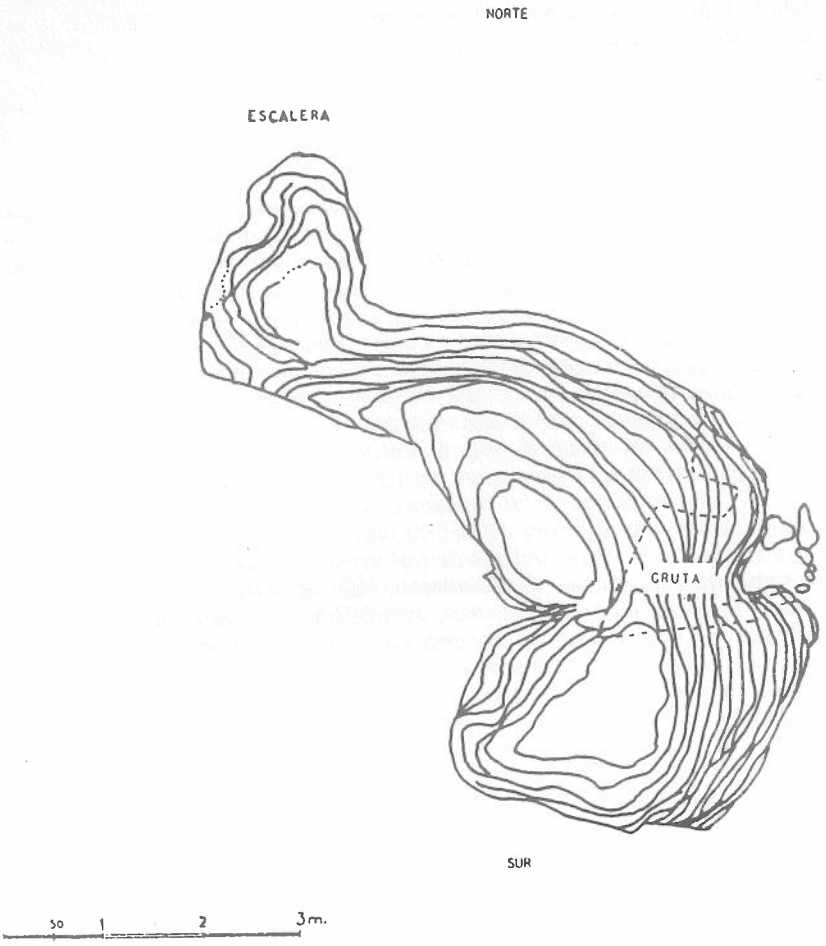


Fig. 38. Curvas de nivel de la Roca del Calvario, según el arquitecto Christós Katsimbinis. (Cfr. B. Bagatti, o.c. lám. 2).

cia (de 9 a 12), como indica S. Marcos, y cerca ya de la hora sexta (las 12), como puntualiza S. Juan.

Lo primero que hicieron los soldados fue despojarle violentamente de sus vestidos. La túnica interior estaba pegada a las llagas por la sangre coagulada. El dolor por lo tanto, hubo de ser atroz. Arrancar un vendaje aplicado sobre una grande llaga contusa y desecada requiere a veces la anestesia total, advierte el cirujano Dr. Barbet. «Cada hilo de lana se ha pegado a la superficie desnuda, dice, y cuando se lo arranca, arrastra consigo una de las innumerables terminaciones nerviosas puestas al descubierto con la llaga. Estos millares de

choques dolorosos se suman y multiplican, aumentando cada uno, en consecuencia, la sensibilidad del sistema nervioso».

«Ahora bien, aquí no setrata de una lesión local, sino de casi la totalidad de la superficie del cuerpo, especialmente del dorso tan maltratado... Los verdugos tenían prisa y no iba a ir con contemplaciones. Tal vez fuera mejor así. Con todo ¿cómo explicarse este dolor tan agudo y atroz, sin síncope? Cuán evidente aparece, de un extremo al otro, que El dominaba y dirigía su Pasión» *(La Passion...* p. 250). La sangre corre de nuevo. Se le tumba en el suelo, de espaldas sobre el patíbulo tirado a los pies del stipes. Las llagas de su dorso, muslos y pantorrillas se llenan de polvo y menudas arenillas.

Los verdugos toman medidas. Taladran luego un poco el patíbulo por ambos extremos a la distancia conveniente, para facilitar la entrada en él de los clavos. Uno de los soldados le extiende y sujeta los brazos, la palma al aire. Otro toma un clavo de hierro, agudo, grueso, cuadrado y largo[109], y lo coloca sobre la muñeca. Un solo martillazo basta para que el clavo penetre en el madero. Dos o tres golpes más lo sujetan sólidamente a él.

Jesús no ha exhalado ningún grito; pero su rostro se ha contraído horriblemente. Su pulgar, con un movimiento violento, se ha doblado sobre la palma colocándose en oposición a los otros dedos. Es que ha sido herido su nervio mediano. «Un dolor indecible, fulgurante, sigue el Dr. Barbet, se ha apoderado de sus dedos, ha saltado como un dardo de fuego hasta su espalda y ha estallado en su cerebro. Es el dolor más insoportable que un hombre puede experimentar el que da la le-

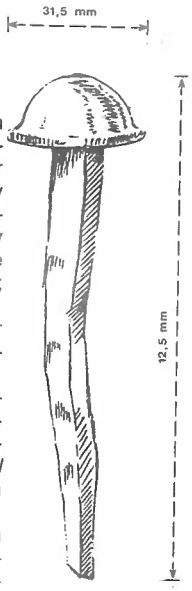


Fig. 39.

[109] Consérvase en la iglesia de Sta. Cruz de Jerusalén, en Roma, un clavo que, según la tradición, es uno de los que sirvieron para la crucifixión de Jesús y fue llevado a Roma por Sta. Elena. Mide 12,5 cm. de largo. Su fuste es cuadrado y mide 9 mm. junto a la cabeza y 5 hacia la punta. Está despuntado. La cabeza del clavo es cupuliforme, vacía por dentro y con el borde saliente, como en las campanillas. Sería uno de los clavos de las manos. El de los pies hubo de ser más largo; como lo es el de Yehohanán.

Prescindiendo de su autenticidad, que no vamos a discutir ahora, sirve, al menos, para hacerse una idea de cómo hubieron de ser los clavos con que crucificaron a Cristo (Fig. 39).

Estudia el hallazgo por Sta. Elena de las reliquias de la pasión conservadas en Roma, en la iglesia de Sta. Cruz de Jerusalén: la cruz, el rótulo o elogium y los clavos, D. Balduino Bedini, S.O. Cist. en *Le Reliquie Sessoriane della Passione del Signore,* Tip. Pío X, Roma 1956. Es una obrita bastante bien documentada. Su juicio es favorable.

También lo trata a fondo el P. Emmanuele Testa, O.F.M. en *Il Golgota e la Croce,* escrito junto con el P. Bagatti, Franciscan Printing Press, Jerusalén, 1978. Su juicio es, al menos, escéptico.

sión de un grueso tronco nervioso. Casi siempre entraña el síncope. Y ello es una suerte. Jesús no ha querido perder el conocimiento. Y ojalá el nervio hubiera sido del todo cortado. Pero no (yo tengo experiencia de ello), sólo ha sido parcialmente destruido. La herida del tronco nervioso queda en contacto con el clavo; y pronto, cuando el cuerpo sea suspendido de la cruz, quedará el nervio fuertemente tenso sobre el clavo, como una cuerda de violín sobre su puente, y vibrará a cada sacudida, despertando el horrible dolor. ¡Y hay para tres horas!» (o.c. p. 251).

Luego le estiran el otro brazo. Y se repiten los mismos gestos y los mismos dolores. Con esto ha quedado Jesús fijado al patíbulo, tendido sobre el suelo, con los dos brazos extendidos en forma de cruz.

Recordemos la opinión de Legrand y de Ricci de que el H. de la S. no fue clavado con los brazos extendidos formando ángulo recto con el cuerpo, sino un poco inclinados según Legrand, y hasta formar un ángulo de unos 50° según Ricci.

También indicamos que la mano derecha aparece en la Síndone más maltratada que la izquierda. Algunos autores lo interpretan como si el clavo de esta muñeca hubiera tropezado con algún impedimento, un nudo por ejemplo, y hubiera tenido que ser desclavado y vuelto a clavar. No nos satisface esta interpretación, por el hecho de que para facilitar la penetración del clavo parece se le abría de antemano camino en el madero por medio de un taladro. Más bien nos inclinamos, con Mns. Ricci, a pensar que en los repetidos movimientos de elevación y descenso del cuerpo sobre la cruz para evitar la asfixia, de que hablaremos en seguida, el antebrazo derecho hubo de ejecutar un movimiento de rotación sobre el clavo mucho más amplio que el antebrazo izquierdo, abriendo en consecuencia mucho más la herida de la muñeca y lastimando más el dorso de la mano derecha por el frotamiento con el patíbulo.

Una dificultad. Hemos colocado los clavos en las muñecas, según aparece en la Síndone. Pero el salmo mesiánico 21, v. 17 dice expresamente: «Han taladrado mis manos y mis pies»; y tanto Sto. Tomás como Jesús, después de la resurrección, hablan de manos: «Si no viere en sus manos la marca de los clavos y no metiere mi dedo en el agujero de los clavos... no lo creo». Y Jesús: «Mete acá tu dedo y mira mis manos» (Jn. 20,25 y 27). También los artistas, en su inmensa mayoría, reflejan esta opinión: ponen los clavos en las palmas de las manos del crucifijo [110].

---

[110] Existe en la sala del Tronetto, en el Vaticano, un gran crucifijo de marfil, regalo de los Caballeros de S. Juan de Jerusalén al papa Pío IX. Lleva los clavos en las muñecas, aunque demasiado abajo. Lo mismo le sucede a un Rubens del Rijkmuseum de Amsterdam y a tres Van Dyck, uno en Amberes, otro en Bruselas y el tercero en Brujas. También la Real Academia de Venecia posee otro parecido. Van Dyck había visto con sus propios ojos la Sta. Síndone.

En cambio en el Museo de Etnografía del Trocadero (París) hay un artístico crucifijo de marfil, de principios del siglo XVII, con una anatomía casi perfecta. Los clavos están situados exactamente en el pliegue de flexión de la muñeca, tiene los pulgares, ligeramente flexionados, en oposición sobre las palmas. Por

Con todo, los textos sagrados aducidos no hablan explícitamente de las palmas de las manos, sino de las manos en general. Ahora bien, «la mano y el brazo se consideran en el pensamiento semítico como formando tal unidad, que frecuentemente se emplea uno por otra. Así, el hebreo *yād* (palma de la mano) se halla junto y en lugar de *zerō'a* (brazo), como en asirio *idu* (brazo), en lugar de kâtun (mano)». Así se expresa S. de Ausejo, O.F.M. Cap. en su *Diccionario de la Biblia.* Es más, la misma palabra *cheir* griega, la usada en el texto original por S. Juan, significa también mano, puño, palma, *brazo...* (R. Mendizábal, S.I.; *Dic. griego-español).* Así se explica mejor la frase de Jesús a S. Pedro, al pronosticarle la forma de muerte con que había de glorificar a Dios: «Cuando hayas envejecido, extenderás *tus manos* y otro te ceñirá y te llevará adonde tu no quieras». (A la cruz) (Jn. 21,18). Lo normal parece que sería decirle: extenderás tus brazos...

«Son los anatomistas los que nos han de decir qué constituye la mano, concluye Barbet. Y los anatomistas de todos los tiempos y de todos los países coinciden en este punto: la mano se compone de carpo (muñeca), metacarpo (palma) y dedos» *(La Pass.* p. 140).

Pero, es que también los estigmatizados, aquellas personas a quienes misteriosamente se les reproducen en las manos, pies y costado las llagas de Jesús, presentan las llagas en las palmas...

Ante todo hemos de señalar que no en todos los estigmatizados esas llagas presentan las mismas características. En unos son superficiales, en otros profundas; en unos son meras excoriaciones, en otros agujeros abiertos.

Tampoco, la localización de los estigmas es exactamente la misma en todos ellos; antes varía por toda la extensión de la zona metacarpiana, a veces hasta muy cerca del carpo. Es más, la llaga del costado unos la tienen en el lado derecho, otros en el izquierdo.

San Francisco de Asís, el primer estigmatizado conocido de la historia, presentaba una particularidad muy curiosa, según nos cuentan las encantadoras *Florecillas de S. Francisco.* En el centro de cada llaga de las manos y de los pies tenía una excrecencia carnosa de naturaleza desconocida, a manera de una cabeza de clavo, «de modo que aparecían las manos y los pies taladrados como de clavos cuyas cabezas se hallaban en las palmas de las manos y *en las plantas* de los pies, fuera de la carne. Las puntas salían por el dorso de las manos y de los pies, donde estaban retorcidas y remachadas de tal modo que por debajo del remache, que sobresalía por encima de la carne, se podía introducir fácilmente el dedo como en un anillo. Las cabezas de los clavos eran redondas y negras» (2.ª parte, cap. 3.º Cfr. p. 129 de la

---

añadidura, los dos pies están clavados planos sobre el stipes, el izquierdo sobre el derecho (Barbet).

En España tenemos el crucifijo de Secundino Martín O.P., los de Isabel Biscarri, otro en el convento de PP. Carmelitas Descalzos de Tarragona, otro lo tienen las Carmelitas de la Caridad de Barcelona; y así existen otros varios en diferentes ciudades con estas mismas características (Cfr. Domenico Leone *El Santo Sudario en España).*

edic. Salvat, 1970). Algo más adelante, afirma que dichos clavos eran movibles dentro del agujero que los alojaba. Así se constató después de su muerte (ibíd. p. 138).

Por su parte Teresa Neumann, la estigmatizada de Kennersreuth fallecida en 1962, tenía las llagas bien marcadas en medio del dorso y de la palma de ambas manos; con la particularidad de que «en el dorso se dibujaba la cabeza cuadrada del clavo, y en la palma la punta del mismo, exactamente al revés de como sucedía en los crucificados, en los cuales la cabeza estaba delante y la punta detrás». (Hynek, *Lo que revela...* p. 38.)

Con esto ya se ve que las llagas de los estigmatizados no son la reproducción exacta de las del Salvador, como lo son las de la Síndone. Es inconcebible que se le clavaran los pies por la planta y las manos por el dorso. Por ello diremos con Barbet: «Hay que concluir que los estigmas no pueden darnos ninguna información sobre la localización ni sobre la forma de las llagas de la crucifixión» *(La Pas.* p. 139).

Es más, para los mismos estigmatizados sus llagas no tienen más que un valor místico. Así la misma Teresa Neumann dijo un día: «La gente cree con frecuencia que nuestro adorable Salvador fue clavado en la cruz como indican mis llagas; pero se equivocan grandemente. El fue clavado en la cruz mucho más segura y exactamente. Estas llagas mías y las de otros estigmatizados no son más que fuentes prodigiosas de gracias» (Hyneck o.c. p. 39).

A continuación tomarían dos soldados, uno por cada extremo, el patíbulo y lo levantarían, obligando así al reo a sentarse sobre el suelo. Luego lo levantarían más, forzando al condenado a ponerse de pie con el patíbulo a la espalda y clavadas en él las dos manos. Entonces obligándole a recular, le situarían de espaldas junto al poste vertical. Sin duda habrían colocado al pie de éste, una piedra o cualquier objeto móvil. Y obligarían al condenado a subirse sobre él, siempre de espaldas al poste vertical. Es típica la frase latina que sintetiza todo este tormento horrible: *crucem ascéndere,* subir a la cruz. Como quien sube un escalón. (Fig. de la p. 303.)

Había en uso, entre los romanos, dos clases de cruces: *la cruz humilis* y *la cruz sublimis.* La primera sobresalía del suelo como dos metros, lo suficiente para que los pies del crucificado no tocaran al suelo, ni fuera tampoco demasiado incómodo para los verdugos el clavarle en ella los pies. El poste vertical de la segunda, incluyendo la parte que quedaba clavada en el suelo, tenía hasta cuatro metros y más según los casos. Esta *cruz sublimis* era excepcional. Se reservaba para casos muy especiales. La corriente era la *crux humilis.* Esta era más cómoda para los crucificadores. Además, se cumplía con ella más que suficientemente la finalidad pretendida en las ejecuciones de que el tormento del crucificado sirviera de espectáculo-escarmiento para los espectadores; y también la otra de que su cuerpo, todavía vivo o muerto ya, fuera pasto de las aves y de las fieras.

Aunque Jesús era un caso excepcional, no obstante los postes verticales estaban plantados ya en «El Cráneo» con antelación. No vamos a pensar, con las prisas con que se desarrolló su juicio, sentencia y

ejecución, que tuvieran oportunidad de plantar para El un poste especial. Jesús, fue, pues, crucificado sobre una *cruz humilis,* de unos dos metros de altura según Barbet. Cuando hablemos, en seguida, de la bebida que le dieron estando ya clavado en la cruz, lo podremos confirmar.

Supuesta una cruz baja, al ponerse Jesús de pie sobre la piedra o soporte de junto al stipes, llegaría con el patíbulo, que tenía sujeto a las espaldas, a la parte superior del palo vertical. Allí lo ensamblaron los soldados con una gruesa cuña o de otra manera, fijando el patíbulo sobre el stipes. Luego le quitaron la piedra o soporte de los pies y Jesús quedó suspendido de los clavos que le atravesaban ambas muñecas y le laceraban ambos nervios medianos. Por su propio peso, el cuerpo de Jesús se deslizó hacia el suelo unos 25 cm. y los brazos, alargándose de 4 a 5 cm., pasarían de la posición de cerca de 90° a la de 65° respecto de la vertical.

El dolor hubo de ser horrible, ya que todo el peso del cuerpo se apoyaba sobre un nervio sensitivo, herido y en tensión.

Jesús, quedó, pues, colgando de las muñecas con los pies al aire.

No podía quedar así mucho tiempo. «Es admitido por la medicina legal que en esta posición de hundimiento, con la sola respiración diafragmática, el paciente, especialmente si está fuertemente debilitado, muere por asfixia o por colapso ortostático en el breve período de 15 minutos» (G. Ricci, *La Síndone...* p. 153). Recordemos los experimentos de H. Mödder, expuestos anteriormente. Los verdugos tenían que proceder, pues, a sujetarle los pies con diligencia, si no querían que el reo se les quedase muerto antes de acabar la crucifixión. Le cogieron el pie izquierdo, le hicieron acurrucar un poco la pierna hasta que la planta del mismo quedara plana sobre el madero vertical y se lo traspasaron con un largo clavo por el metatarso. Un solo martillazo bastaría para atravesar el pie de manera que la punta del clavo asomara por la planta.

Tomándole entonces el mismo pie izquierdo, atravesado ya con el clavo, lo colocarían, cruzado, sobre el empeine del pie derecho de manera que la punta del clavo, que asomaba por la planta del pie izquierdo, cayera sobre la parte superior del segundo espacio metatarsiano, cerca de la articulación tarso-metatarsiana o línea de Lisfranc, del pie derecho, colocado plano sobre el stipes. Este es el sitio donde aparece localizada, bien visible, la herida en la planta del pie derecho. Otro certero martillazo y el clavo atravesó también el pie derecho. Con dos o tres martillazos más ambos pies quedaron sólidamente fijados al madero (Lám. 18, E).

Ya hemos calculado anteriormente con el Dr. Barbet el ángulo que formarían las rodillas y los tarsos.

Eran ya cerca de las doce cuando acabó la operación, nos dice S. Juan.

10. EL TITULO DE LA CRUZ

Pilato había escrito un rótulo en que constaba la causa de Jesús. Era el llamado *elogium.*

Cuando los condenados eran varios y todos habían sido condenados por el mismo crimen, bastaba escribir el nombre de cada uno de ellos en una tablilla que llevaban colgada al cuello y luego era fijada sobre la cruz de modo que pudiera ser leída por el público. Recordemos que a Yehohanán, según el Dr. Haas, se la clavaron junto a los pies.

Pero el caso de Jesús era del todo singular. Por ello se escribió sobre una tabla el nombre del reo y la causa de su condena. Estaba escrito en griego, en latín y en hebreo o arameo, nos dice S. Lucas (23,38).

Cada evangelista lo transcribe a su manera. No coinciden. Ellos van a la idea más que a la literalidad. S. Mateo (27,29) dice: *Este es Jesús, el rey de los judíos;* S. Marcos (15,26): *El rey de los judíos;* S. Lucas (23,38): *Este es el rey de los judíos.* La expresión de S. Juan, más jurídica y detallada, reproduce el texto original (19,19): *Este era el escrito: Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos.* Se delata de nuevo el testigo ocular que quiere poner de relieve, además, la realeza mesiánica de Jesús como causa de su muerte.

Por ello añade la anécdota: «Decían, pues, los pontífices de los judíos a Pilato: No escribas: "El Rey de los judíos; sino que él dijo: soy rey de los judíos". Pero Pilato respondió: "Lo que he escrito, escrito está"». (Jn. 19,21-22). Era la Providencia del Padre la que quería que figurase claramente la causa de la muerte de Jesús, el Redentor del mundo, pasando por encima de todas las malicias humanas. Juan, el evangelista teólogo, lo captó y lo quiso consignar expresamente.

Las letras habían de serlo suficientemente grandes para poder ser leídas desde cierta distancia, desde el camino que rodeaba la roca, donde sehallaba el pueblo contemplándolo todo.

Esta tabla fue fijada sobre la cabeza de Jesús, una vez crucificado.

Esto parece indicar que la forma de la cruz usada con Jesús era la *crux immissa* o latina, es decir, aquella en que el palo vertical sobresalía sobre el horizontal; fuera que realmente fuese el mismo palo vertical el que sobrevalía, fuera más bien la cuña con que se sujetó el patíbulo sobre el stipes. La impresión en ambos casos era la misma: una cruz latina.

«Este título lo leyeron muchos de los judíos, anota S. Juan (19,20), pues estaba cerca (de la puerta) de la ciudad el sitio en que fue crucificado Jesús.» Efectivamente, de la puerta de Efraím, frente a la cual se levantaba el Calvario, arrancaban dos caminos, uno hacia el norte, que rodeaba en parte la roca del Cráneo por el sur y el oeste, y otro hacia occidente (Bover). Pudo pararse, pues, en ellos mucha gente para presenciar el espectáculo.

El año 1492, el cardenal Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo y titular de la iglesia de Sta. Cruz de Jerusalén, en Roma, hizo varias obras de reparación en su iglesia titular. Sobre el arco que divi-

de la nave central del transepto había una inscripción en mosaico, ilegible por haberse gastado los caracteres y haber caído muchas letras. Los albañiles advirtieron que detrás de la inscripción había un hueco. Quitaron el revoque y encontraron un pequeño vano como de una pequeña ventana. En él había un ladrillo con esta inscripción por su parte interior: TITVLVS CRVCIS. Detrás del ladrillo apareció una caja de plomo como de dos palmos de largo, cerrada y atada con un cordoncito. La caja llevaba tres sellos con la inscripción *Gerardus Cardinalis Stae. Crucis.* Se trata del cardenal Gerardo Cacianemici (1143), quien a la muerte de Celestino III el año 1144, fue elegido sumo pontífice con el nombre de Lucio II. Murió en septiembre del año siguiente.

Era el 1 de febrero de 1492. (Cfr. Balduino Bedini, *Le Reliquie Sessoriane della Passione dell Signore,* Roma, 1956, pp. 47 ss.)

Dentro de la cajita se encontró una tablilla de madera de palmo y medio de largo, casi un palmo de alto y de un grosor de más de dos dedos. Era una tabla viejísima y muy deteriorada, tanto que no se puede determinar el árbol de que procede. Sobre una de sus caras había tres renglones de escritura esgrafiada sobre la madera. En el renglón inferior se leía en latín: VS NAZARENVS RE. Los caracteres eran rectos y unciales, como se usaban en las leyes fijadas por los romanos en el registro pretoriano. La leyenda iba de derecha a izquierda. Sobre la leyenda latina corría, en el mismo sentido, otra similar griega: NAZAPENYC B, y sobre ésta, otra con caracteres hebreos o sirocaldaicos, muy averiados. Con todo, D. Santa Pagnini († 1541) en su: *De nominibus hebraicis* escribe haber podido leer en ella claramente la palabra Notzeri = Nazareno.

Los bordes de la tablilla estaban lastimados. Esta conservaba acá y allá manchas blanquecinas y en las letras esgrafiadas sobre la madera se advertían vestigios de minio. Toda ella presentaba un color castaño oscuro.

No cabía duda, se trataba de un fragmento del título que Pilato había hecho colocar sobre la cruz de Jesús en hebreo o arameo, en griego y en latín (Jesús Nazareno Rey de los judíos), llevado a Roma seguramente por Sta. Elena.

El descubrimiento hizo ruido en Roma y hablan de él varios contemporáneos. Bucardo, maestro de las ceremonias pontificias, que lo tuvo en sus manos, lo describe minuciosamente en sus diarios manuscritos (Tomo V, 12 marzo, 1492).

Por desgracia, cayeron en la tentación de arrancarle trocitos para reliquias. Lo mismo se repitió más tarde en el siglo XIX. Esto, la carcoma y el mutilamiento para meterlo en el relicario mandado construir por el cardenal Mendoza, han hecho desaparecer casi por completo las letras hebreas, así como la VS antes del nombre latino NAZARENVS. De las letras hebreas sólo quedan algunos pequeños trazos de su parte inferior. Ahora la tablilla mide 23,5 cm. de largo por 13 de alto; y las letras (de color rojo sobre fondo blanco) miden de 2,8 a 3 cm., lo suficiente para ser leídas a cierta distancia.

Como hemos indicado, las inscripciones van de derecha a izquierda en las tres lenguas, práctica no rara entre los romanos y griegos

de aquel tiempo. Se han encontrado varias inscripciones, tanto en griego como en latín, escritas así. Bedini, a quien seguimos en este apartado, aduce dos, una latina y otra griega. La primera dice:

.....NA TIXIV · ƎVQ · AITNƎƆNIV · AIJƎ
...SINIƆ . . ЧIV · MVƆ · II · SISƎM · TƎ

(Elia Vicenta que vivió... años y 2 meses con el marido Cinis). (Boldetti, *Cimit, di Pretestato,* II, cap. 18, p. 555).

La griega es la leyenda de una moneda efesina en torno a la imagen de Diana. Dice:

ƆIMƎTЧA · NΩIƆƎΦƎ

(Artemisa [Diana] de los Efesios)

En nuestro caso, además, se ve la intención de facilitar la lectura a los hebreos, acostumbrados a leer de derecha a izquierda.

Llama la atención que la palabra NAZAPENOC esté escrita con E (epsilón), no con H (heta), que sería lo normal. Bedini responde que los antiguos usaban promiscuamente la epsilón por la eta y viceversa. Y cita a Montfaucon (Paleographia graeca, lib. II, c. III). Lo mismo se puede decir, añade, del diptongo OY usado a veces en lugar de la omicrón. Y cita a De Corrieris *(De Sessorianis... Reliqüiis Commentarius,* pp. 197 ss.).

ΝΑΖΩΡΑΙΟΣ

(Nazareno)

Más aún, Nazareno, en griego habría de escribirse NAZ'RAIOΣ (Natzoraios) como lo hace S. Juan en su evangelio. Pero también es verdad que durante el imperio romano muchas palabras latinas eran escritas con caracteres griegos *sin cambiarlas.* En los evangelios existen muchos ejemplos. «No hay por qué maravillarse, pues, concluye Bedini, de que el grabador de Pilato, siguiendo un uso establecido en su tiempo y aun antes, escribiera en griego lo que había escrito en latín, tanto más cuanto se trata de su nombre» (o.c., p. 52).

J. Marini en 1887 reconstruyó el título entero del *elogium* de Jesús partiendo del fragmento que se conserva en Roma (Fig. 40). El rectángulo interior reproduce el fragmento conservado. Esta reproducción se conserva también, como el fragmento original, en la basílica de Sta. Cruz de Jerusalén, en Roma (Fig. 40).

Teniendo presente las dimensiones del fragmento conservado, podríamos calcular en unos 60 cm. por 20 la dimensión de toda la tabla.

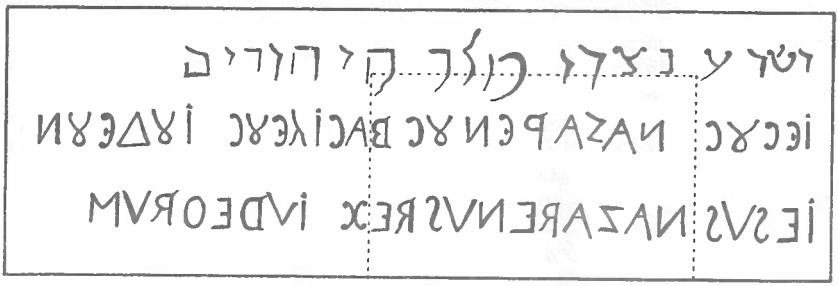


Fig. 40. Título de la cruz, reconstruido por J. Marini.

Demasiado grande y pesada, como se ve —recordemos que el grosor sobrepasa los dos dedos—, para ser llevada colgada al cuello, camino del Calvario. La llevaría, pues, delante un alguacil, sujeta sobre un palo, como solía hacerse.

Se preguntará el lector por qué una reliquia tan preciosa, como el título de la cruz, había sido colocada sobre el arco del transepto.

«Antiguamente, para preservar las reliquias de posibles robos (y tal vez también de las apetencias de los príncipes y personas principales que en seguida pedían un pequeño fragmento de ellas), se usó colocarlas en lugares altos de las iglesias. Se podrían citar ejemplos de reliquias emparedadas en lo alto de los ábsides; con lo cual no era raro que con el tiempo se perdiera el recuerdo de su existencia. Sta. Elena, pues, o algún otro poco después de ella, colocó el título sobre el grande arco. Tal vez también por considerar que en la iglesia de la Cruz había de dominarlo todo el trofeo que indicaba la dignidad mesiánica de la Víctima que en ella había exhalado el último suspiro.» Así habla Bedini en su documentada obrita ya citada, p. 50. De hecho el vano excavado en el muro a manera de ventana estaba hecho evidentemente a propósito para guardar allí la reliquia.

Terminada la crucifixión, ponen los evangelistas una escena al parecer baladí, pero pronosticada por el salmista: «Los soldados, después de crucificar a Jesús, tomaron sus vestidos e hicieron con ellos cuatro partes, una para cada uno y echaron suertes sobre ellas para ver cuál tocaba a cada uno. La túnica la pusieron aparte. Era inconsútil, tejida de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: No la rasguemos, sino juguémonosla a suertes para ver a quién le toca». «Para que se cumpliera lo dicho por el Profeta (Ps. 21,19): Repártense entre sí mis vestidos y sobre mi túnica echan suertes» (Mt 27, 35-36; Mc 15, 24; Lc 23, 34; Jn 19, 23-24). Y concluye S. Juan, como sorprendido del hecho. «Esto hicieron los soldados.» Se delata otra vez el testigo ocular.

Los soldados eran, pues, cuatro; conforme al reglamento romano, «que asignaba oficialmente cuatro para cada crucificado» (Fco. Miguel William: *La Vida de Jesús en el país y pueblo de Israel*, Espasa-Calpe, Madrid 1944, p. 510).

Los vestidos de Jesús, como los de los judíos en general, constarían de la túnica o vestido interior, el amplio manto o vestido exte-

rior, el velo de la cabeza con el cordón que lo sujetaba, el ceñidor o cinturón y las sandalias.

La túnica, llamada en hebreo *kuttonet* o *chaluk* y en griego *chitón,* podía ser de lino, de algodón o de lana, con o sin mangas. Se acomodaba al cuerpo y se llevaba directamente sobre él. Llegaba hasta las pantorrillas. Durante el trabajo o de camino, se levantaba y se la ceñía a la cintura. Algunas personas acondicionadas llevaban además, debajo de ella, una especie de camisa sin mangas, el *sadiu.*

El vestido exterior o manto se llamaba generalmente *simla* o talith. Era un paño casi cuadrado de 1,30 × 1,20 m. poco más o menos, rayado, de hilo grueso, que echado sobre uno o ambos hombros, caía largamente hacia abajo, dejando libres lateralmente grandes aberturas para los brazos. Para dormir servía de manta. No podía empeñarse definitivamente. Se lo quitaban para trabajar y caminar. Se lo ceñían al cuerpo con el cinturón.

También existía otra prenda interior a manera de faldellín, el saq, pieza de tela basta, cuadrangular, que se ataban, hombres y mujeres, alrededor de la cintura. Si sólo llevaban esta pieza y el sadiu, p. ej. para el trabajo, se decía que iban desnudos. Este parece ser el caso de S. Pedro cuando estaba pescando *desnudo,* es decir, sin túnica (Jn. 21,7). (Pueden verse Ausejo, *Dic. de la Biblia;* Bover, *Sda. Biblia;* Daniel Rops, *La vida cotidiana en Palestina en tiempos de Jesús,* Hachette, Buenos Aires, p. 239.)

La observación hecha por los soldados de no rasgar la túnica por ser inconsútil puede dar a entender que el manto lo rasgarían por sus costuras, no sabemos en cuantas partes. Con éstas y con las prendas menores hicieron cuatro lotes, uno para cada uno. La túnica, de mayor valor, la sortearon entre todos.

No deja de tener un sentido teológico profundo el que S. Juan especifique que la túnica era *inconsútil* o de una sola pieza. El sumo sacerdote, litúrgicamente, había de llevar una túnica así. Jesús es, pues, el Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, a la vez que la Víctima (D. Rops).

Además, «la túnica "no rasgada" expresa la unidad mesiánica del pueblo de Dios. Después de las divisiones pasadas, los hijos de Dios dispersos van a ser reunidos en la unidad en el momento de la Hora, es decir, a la muerte de Jesús (Jn. 11, 52)» [111].

Tengamos presente que «los vestidos de los martirizados pertenecían a los verdugos. Eran los *pannicularia,* sus propinas. Un decreto de Adriano, recogido en el *Digesto,* se lo concedía por derecho» (D. Rops: *Jesús en su tiempo,* Ed. Caralt, Barcelona, 1956, p. 500).

---

[111] I. de la Potterie, S.I. *Maternidad espiritual de la Madre de Jesús y nacimiento de la Iglesia (Jn. 19, 25-27).* Scripta de Maria, Anuario, 1982, p. 18. En ese artículo estudia igualmente el ilustre profesor del Instituto Bíblico de Roma, el significado teológico del título de la cruz, del «tengo sed», del «todo está cumplido» y de la lanzada, pero especialmente el legado de Jesús de María como Madre de la Iglesia. Aduce la autoridad de varios otros autores, católicos y protestantes. Nosotros no nos entretendremos en todos ellos. No es de nuestra incumbencia.

Ni ha de sorprendernos tampoco que los soldados tuvieran dados a mano. Los llevaban siempre consigo para matar el tiempo sobrante en sus quehaceres.

¡Cuán sensible hubo de ser para la Madre de Jesús aquella repartición de los vestidos de su Hijo, confeccionados sin duda por sus manos maternales!

Sobre la túnica, puede verse el apéndice B al fin del capítulo.

Hecho esto, los soldados, «sentados, guardaban a Jesús» (Jn. 19, 24).

11. AGONIA ATROZ Y PALABRAS DE JESUS

Jesús había quedado clavado en la cruz completamente desnudo:

Esta era la costumbre romana.

Los Stos. Padres así lo afirman también, casi unánimemente, y comparan la desnudez de Jesús en la cruz con la de Adán en el paraíso y con la de Noé en su tienda. También indican que el sol se oscureció para cubrir su desnudez.

De hecho, tres antiquísimas imágenes de Cristo crucificado carecen de todo vestido *(Dic. d'Archéologie 3,* pp. 3049 s., fig. 3356-8).

Si luego, en el sepulcro, la Síndone nos lo muestra completamente desnudo, no vamos a pensar que sus amigos enterradores le hubieran quitado la pequeña pieza de tela. (Cfr. U. Holzmeister, S.I., *Verbum Domini,* 1934, p. 261.)

Poco o nada dicen los evangelistas sobre la agonía física de Jesús. Se ciñen al aspecto psíquico-moral, de mucha mayor importancia para nosotros; consignan las palabras pronunciadas por él, las pronunciadas por los malhechores crucificados con él y por los soldados, las de los transeúntes por el camino y espectadores y las de sus encarnizados enemigos.

Mientras le estaban crucificando, «Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23, 34). «Decía», es decir, no fue una expresión aislada, sino una frase que iba repitiendo.

«No hay en todo el Evangelio palabras más conmovedoras que éstas», anota Bover *(Concordia).* «Torturado por los dolores atrocísimos de la crucifixión, abrasado de sed y ardiendo en fiebre, abrumado por la humillación y la vergüenza, ultrajado por sus insolentes enemigos allí presentes... no pide que baje fuego del cielo y los consuma (como Elías); antes, compadecido, enternecido, pide al Padre perdón (para ellos). Jamás hombre alguno ha mostrado tanta nobleza, tanta elevación moral, tanta grandeza de alma, tanta generosidad y, más que nada, tanta bondad de corazón como muestra Jesús con estas palabras. Pero, si cabe, más aún que el perdón que suplica, asombra la excusa que alega: "no saben lo que hacen". ¿No lo sabían aquellos fariseos y aquellos escribas?»

Realmente, Jesús es más que hombre. Un puro hombre no es capaz de tal sublimidad de sentimientos; no es capaz de hablar así, mientras cuantos le rodean se ensañan contra El.

Durante toda la escena de la crucifixión «todos sus conocidos y las mujeres que le habían acompañado desde Galilea estaban allí a bastante distancia, viendo estas cosas» (Lc. 23, 49).

¿Estarían presentes también algunos Apóstoles y otros discípulos? La expresión «todos sus conocidos» parece insinuarlo. Es más; así que muere Jesús, veremos que empiezan a actuar José de Arimatea y Nicodemo; señal que se hallaban allí presentes.

«Estaban a bastante distancia», es decir, abajo de la roca. En la iglesia del Sto. Sepulcro de Jerusalén se muestra un sitio entre el Calvario y el sepulcro, que quiere señalar el sitio donde estaban.

También «el pueblo estaba allí mirando» (Lc. 23, 35). «Y los que pasaban por allí (por el camino próximo) le ultrajaban sacudiendo sus cabezas y diciendo: ¡Ea! tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo. Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz» (Mt. 27, 39-40; Mc. 15, 29-30).

En el mismo estilo se burlaban de El los soldados ejecutores y los mismos malhechores crucificados con El.

Pero los dardos más envenenados y punzantes venían, como es narural, de los sanedritas, los sacerdotes, escribas y ancianos. Ellos eran los culpables del proceso, ellos eran los más conscientes de lo que hacían y los más encendidos en odio personal, irreconciliable, contra El: «A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse, ¡El Mesías, el Rey de Israel, el escogido de Dios...! que baje ahora de la cruz, para que lo veamos. Nos comprometemos a creer en él. ¿Confió en Dios? Líbrele, pues, Dios, si es verdad que le ama... Ya que dijo: Soy Hijo de Dios» (Mt 27, 41-43; Mc 15, 31-32).

La expresión «también los crucificados con él le ultrajaban» de S. Marcos, o bien es un plural genérico, o significa que al principio ambos ladrones lo hicieron. Pero bien pronto uno de ellos, impresionado por la majestad y dominio de sí mismo que mostraba Jesús y admirado de su magnanimidad sobrehumana que, lejos de devolver injurias por injurias y malos tratos, perdonaba a sus injuriadores y torturadores, les excusaba y rogaba a Dios por ellos, cayó en la cuenta de la identidad de aquel singular condenado. Lo detalla S. Lucas (23, 39 ss.): «Uno de los malhechores que estaban colgados (con él) le insultaba... Mas el otro le reconvenía: ¿Ni siquiera tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio? Nosotros, en verdad, recibimos el justo pago de lo que hicimos; mas éste nada inconveniente ha hecho. Y volviéndose a Jesús le dijo: Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino».

Es el único que, en medio de aquel ambiente furiosamente encrespado y hostil, se atreve a proclamar en voz alta la inocencia y la divinidad o mesianidad de Jesús. Y éste se lo recompensa al instante y con esplendidez. Pero, no librándole de la cruz como pedía el otro malhechor, sino dentro del campo de la fe: «Cierto, hoy mismo estarás conmigo en el paraíso». No convenía entonces un milagro que le librara de la cruz.

Todo esto hubo de suceder luego después de la crucifixión, cuando todavía los crucificados podían hablar sin dificultad. Pero muy pronto,

«llegadas las doce, cubrieron las tinieblas toda la tierra hasta las tres de la tarde» (Mt 27, 45; Mc 15,33; Lc 23, 44-45).

Prescindimos de la naturaleza y extensión de estas tinieblas. Pero, sea cual sea la explicación que se le quiera dar a la frase, parece que hemos de admitir una intervención especial de Dios en este fenómeno subrayado por los tres evangelistas sinópticos.

Este hecho de las tinieblas y el que la multitud empezase a dispersarse, sobrecogida por ellas, facilitaron sin duda el que se le permitiera a María, su Madre, a Juan y a dos o tres mujeres más, subir sobre el Calvario y acercarse a los pies del Crucificado. Al menos por un tiempo. Lo cuenta S. Juan (19, 25-27) uno de los protagonistas de la escena[112].

Jesús se conmovió al ver la fidelidad y la intrepidez de su Madre y de aquel pequeño grupo de amigos. Y viendo a sus pies a la Madre y junto a ella a su discípulo predilecto, le dice a su Madre: «Mujer, he ahí a tu hijo». Luego, vuelto hacia el discípulo, añade: «He ahí a tu Madre. Y desde aquel momento la acogió el discípulo en su casa» (Jn 19, 26-27).

Jesús había de mirar por su Madre, que contaría unos 50 años y quedaba viuda y sola en el mundo. Era como una especie de maldi-

---

[112] Algunos exegetas no creen que S. Juan estuviese al pie de la cruz. No podemos entrar en el complejo problema de la historicidad del cuarto evangelio. No es necesario para el tema que nos ocupa, ni poseemos la competencia necesaria para ello. Nosotros nos atenemos simplemente al texto evangélico.

Es verdad que S. Juan encierra un profundo sentido teológico en sus expresiones; pero no creemos que, para resaltar este sentido, haya inventado hechos que no existieron. Creemos, más bien, que entre los innumerables hechos que podría narrar, selecciona solamente aquellos que encierran un sentido teológico profundo. He aquí cómo expresa esta idea nuestro ilustre biblista, Isidro Gomá, profesor en la facultad teológica de Barcelona: «El evangelista S. Juan contempla todos los pasos de Jesús en la tierra como signos de presencia divina al mismo tiempo que de realidad humana». *(Full dominical,* Església de Barcelona, 16 enero, 1983.)

El mismo S. Juan parece indicar esta su intencionada selección cuando, al cerrar su libro, escribe: «Obró, además, Jesús en presencia de sus discípulos otros muchos milagros, que no han sido escritos en este libro. Estos han sido escritos *para que creáis* que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y *para que,* creyéndolo, *tengáis vida en su nombre»* (Jn. 20, 30-31). Señala, pues, la idea que le ha guiado en la selección de cuanto ha escrito.

Y más adelante (21, 24-25) insiste: «Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y el que las ha escrito. Y sabemos que *su testimonio es verídico.* Hay además otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales, si se escribieran una por una, ni en todo el mundo creo que cabrían los libros que se habrían de escribir». Estas palabras no atan, a nuestro parecer, con la suposición de que él se inventara los hechos que narra para inculcar alguna verdad teológica. Son casi un juramento de veracidad.

Y lo confirma en su primera carta: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado detenidamente y nuestras manos tocaron acerca del Verbo de la vida... os lo anunciamos también a vosotros» (1 Jn 1,1-3).

Para fundamentar esta nuestra postura extractamos, en el apéndice C de este mismo capítulo, las ideas de un ilustre exegeta, el obispo anglicano, Dr. John A. T. Robinson, profesor en el Trinity College de Cambridge.

ción en Israel que una mujer se quedase sola en el mundo, sin marido y sin hijos. Había de reincorporarse de alguna manera a su familia o clan. Si, pues, María hubiera tenido otros hijos, como se empeñan en afirmar algunos acatólicos, no tendría sentido este episodio conmovedor.

El hubo de tener lugar relativamente pronto, después de la crucifixión, cuando todavía Jesús podía hablar y mover la cabeza con relativa facilidad.

Pero si a alguno le parece difícil que los soldados dejaran subir a la roca del Calvario, ni aun por breve tiempo, a María y al pequeño grupo de sus acompañantes, recuerde que quien controlaba todo el proceso de la pasión era el mismo Jesús. Todo se llevó a cabo como El quiso y cuando El quiso. «Nadie me quita la vida, había dicho (Jn 10, 18), sino que la doy yo mismo. Poder tengo para darla y poder para recuperarla otra vez.»

Recordemos, en efecto, su actuación en el huerto de Getsemaní, cuando al dar licencia a los esbirros para que le prendieran («Esta es vuestra hora»), no permitió que tocasen a ninguno de sus discípulos allí presentes y que ¡habían atacado con armas a los esbirros! («Dejad ir a éstos»). Y nadie los molestó.

Lo mismo se descubre en el título puesto por Pilato sobre la cruz: «Jesús Nazareno, el rey de los judíos». Los sanedritas llevaron muy a mal tal título y reclamaron: «No escribas: El rey de los judíos, le dijeron a Pilato, sino que El dijo: soy rey de los judíos». Pero éste se los echó de delante bruscamente: «Lo escrito, escrito está». Evidentemente que Dios quería que apareciera clara la verdadera razón de la condena: Moría por ser el auténtico Rey-Mesías prometido a los judíos. Por esto quiso que Pilato escribiera el *elogium* de aquella forma, aun sin conocer, naturalmente, su profundo significado.

Lo mismo constataremos próximamente en la expresión de Jesús: «Tengo sed», dicha para que se cumpliera un detalle de lo profetizado sobre El. Igual en la manera de morir. En una palabra: era el Padre quien en cierta manera dirigía los acontecimientos.

La escena, pues, que nos ocupa (María y Juan al pie de la cruz) encierra un profundo significado. Por ello Jesús la quiso expresamente. Y S. Juan, que lo captó, la consignó.

Efectivamente, esta escena no es más que la culminación del proceso, patente a lo largo de todo el Evangelio, de la paulatina transformación de María de madre natural de Jesús, en Madre espiritual del mismo Jesús-Redentor, es decir, de todo el Cuerpo Místico de Cristo, Cabeza y miembros. (Cfr. J. Larrañaga: *El silencio de María,* cap. IV: La Madre.) María había de engendrar a Cristo en cada uno de los hombres y transmitirles su vida divina incorporándolos así al Cristo total o Cuerpo Místico de Cristo. Con ello María será realmente la madre espiritual de cada cristiano —Madre de la Iglesia— e incluso la madre espiritual de todos los hombres, llamados a incorporarse al Cuerpo Místico de Cristo.

Si Jesús no hubiera pretendido más que proveer al cuidado de su Madre, bastaba que le hubiera indicado a Juan que cuidase de ella.

Pero no lo hace así. María ha de tomar también a Juan por su hijo y cuidar de él. Esto no tendría sentido si sólo se ventilasen aquí cuidados humanos. ¿Qué cuidados podía necesitar Juan de María? Pero es el caso, además, que allí estaba también presente —según gran número de autores— María Salomé, «la hermana de su Madre» (Jn 19,25) y citada expresamente por S. Mateo (27,56), es decir, la madre natural de Juan y de Santiago. Si las dos frases de Jesús no tuvieran más que el sentido natural, ellas serían injuriosas para Salomé. Esta era la que tenía derecho a los cuidados de su hijo Juan. Nadie, en cambio, se sorprendió de la decisión de Jesús; y Juan acogió desde aquel momento a la Madre de Jesús, como propia, en su casa.

Ahí tenemos un pasaje típico de S. Juan. Se trata de una escena real ocurrida al pie de la cruz, pero con un significado teológico profundo: María quedaba constituida Madre de todo el Cuerpo Místico de Cristo, Madre de la Iglesia y de todos los hombres, representados por Juan. De todos ellos ha de cuidar María como de hijos propios; y éstos han de ver en María y acudir a ella como a su madre espiritual en todas las necesidades del espíritu. La relación es recíproca.

Jesús estaba en el momento culminante de su función mesiánica. El legado de su Madre a Juan, y en él a todos los hombres, aparece como la coronación de su obra redentora. Las palabras con que el evangelista continúa, después de esta escena —él omite la frase siguiente de Jesús sobre el abandono del Padre—, lo confirman: «Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban cumplidas»... Como si dijera: con las palabras precedentes, Jesús ha coronado, en lo fundamental, su misión redentora. Ya puede morir [113].

---

[113] Oigamos a un ilustre exegeta, I. de la Potterie, S.I., del Instituto Bíblico de Roma *(Scripta de Maria, Anuario, V,* 1982, pp. 20, ss.): «El episodio de Jn. 19, 25-27 (María y S. Juan) debe entenderse como la terminación de la obra mesiánica de Jesús y no solamente como un acto de amor filial hacia su Madre. El paralelismo (con las bodas de Caná) ilumina el papel de María en los dos casos: lo que permanecía implícito en Caná iba a explicitarse en la cruz, a saber, la función maternal que la Madre de Jesús desenvolvería, de ahora en adelante, hacia el nuevo pueblo de Dios»...

Recordemos que la túnica «no dividida» es símbolo de la unidad de la Iglesia. Esta era la exégesis clásica en la época de los Padres. S. Cipriano, por ejemplo, nos ha dejado este bonito texto: «Este sacramento de la unidad, este vínculo de la concordia indisoluble coherente, era representado en el Evangelio por esta túnica de N. Sr. Jesucristo, que no fue de ninguna manera ni dividida ni rasgada... Porque el pueblo de Cristo no puede ser dividido, su túnica, tejida de una sola pieza y sin costura, permanece indivisa entre las manos de los que la poseen... Por el símbolo, por el signo de esta ropa, Jesús ha representado la unidad de la Iglesia» *(De unitate Ecclesiae, 7; P.L. 4.504-505).*

Y prosigue el P. de la Potterie: «Según la interpretación joánica de la profecía de Caifás (11, 51-52), Jesús debía morir "para reunir en la unidad los hijos de Dios dispersos". Esta profecía se cumple cerca de la cruz en la persona de la Madre y del discípulo de Jesus: "el pueblo de Cristo, la nueva comunidad mesiánica va a constituirse en la unidad"».

Por lo cual, «el consummatum est pronunciado por Jesús se refiere a la escena precedente. La consumación de la obra mesiánica de Jesús acaba de ocurrir en el episodio de la Madre de Jesús y del discípulo».

Muy pronto comenzó a notar Jesús la dificultad creciente de respirar, propia de los crucificados, de que nos han hablado los Drs. Ledény, Mödder y Hynek, efecto de una tetanización progresiva de los músculos respiratorios con calambres cada vez más insoportables. Volveremos sobre el particular al estudiar las causas de su muerte.

Esta dificultad de expeler el aire inhalado le asfixiaba. Por ello había de apoyarse sobre los pies, clavados sobre el stipes, para erguirse un poco y así destensar algo los músculos pectorales y poder expeler cierta cantidad de aire.

Esto suponía un ligero movimiento de rotación de ambos pies sobre su clavo, y especialmente la rotación de las muñecas, máxime de la derecha, sobre el suyo. Esto comportaba un dolor de paroxismo por estar el nervio mediano herido, tenso y apoyado sobre el duro y áspero clavo. Ya lo hemos descrito anteriormente. Jesús no podía escapar a la asfixia sino al precio de atroces tormentos. Su estado se parecía al de un desgraciado a quien alguien está estrangulando, pero al que deja, de cuando en cuando, tornar a la vida para volver a ahogarlo repetidas veces a continuación (Barbet).

No sabemos cuántas veces hubo de hacer Jesús esa horrible gimnasia. Lo normal, como les sucedía a los ejecutados en Dachau, es suponer que al principio pudiera mantenerse erguido mucho rato seguido. La continuidad de los regueros frontales de las espinas hacia la derecha, postura que tomaba la cabeza al estar el reo erguido sobre sus pies, parece suponerlo. Por de pronto, para hablar había de estar en esta posición.

Pero, poco a poco, le fueron faltando las fuerzas, a la vez que los calambres crecían. Y las alternancias de elevación y abajamiento sucesivos hubieron de abreviarse y repetirse más a menudo. Con lo que los dolores se acrecentaban hasta lo indecible.

Jesús quedó concentrado en estos esfuerzos titánicos y en sus consecuentes dolores. Precisamente esos esfuerzos inauditos para sobrevivir, supone Mns. Ricci *(La Sindone...* p. 179), fueron la ocasión de los punzantes sarcasmos de los sanedritas: «A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse». Jesús, pues, pasó casi las tres horas de agonía en silencio. No podía hablar, le faltaba el aire y las fuerzas, y el dolor de los calambres iba acrecentándose progresivamente hasta hacerse insoportable. Pero su lucidez mental y su sensibilidad estaban intactas.

¡Y María contemplaba muda e impotente esta prolongada agonía, o lucha por la vida, de su Hijo!

¡Así pasaron tres horas interminables!

«Cerca ya de las tres de la tarde, clamó Jesús con voz poderosa: "Eloí, Eloí, ¿lamá sabakthani?" que significa Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?» (Mc 15,34; Mt 27,46).

Ante todo llama poderosamente la atención que Jesús, aun irguiéndose sobre los pies, pudiera pronunciar toda una frase y con *voz tan fuerte* —lo subrayan ambos evangelistas— como si llamara a una persona lejana. La burla de los presentes de que llamaba a Elías lo indica. Jesús se ahogaba por no poder exhalar el aire inspirado y es-

tar ya sus fuerzas físicas llegando al límite. Le quedaban ya pocos minutos de vida.

Es que algo importante quería manifestarnos Jesús: un sufrimiento misterioso que nosotros éramos incapaces de sospechar, mucho más terrible que todos los demás, físicos y morales descritos hasta aquí.

Jesús había salido fiador de los hombres, se había hecho responsable ante Dios de los crímenes y maldades de todo el mundo. Y no como quien carga con una deuda ajena sólo para saldarla, sino como si fuera deuda propia. El se había identificado con nosotros, los pecadores. Se sentía, pues, el gran pecador, identificado con todos los pecadores del mundo. ¡Se sentía pecado delante de Dios! (2 Cor. 5, 21). En consecuencia, se sentía como vencido por el mal, aplastado por él. Y por ello ¡se sentía separado de Dios, su Padre! El mal aleja de Dios, la Bondad infinita, quien aborrece infinitamente el pecado, aunque ama al pecador y quiere que se convierta y viva (Ez. 33, 11).

¡Qué misterio! Jesús, que amaba infinitamente al Padre y se sentía infinitamente amado de El, sentirse a la vez rechazado por El a causa del pecado que había asumido!

Jesús conocía plenamente y vivía, por su unión personal con el Verbo, la Bondad, la Santidad, la Majestad, la Justicia... infinita de Dios, su Padre. La adoraba, la amaba y se complacía infinitamente en ella. Por lo mismo, calibraba perfectamente la malicia casi infinita del pecado, opuesto esencialmente a la Santidad de Dios, y comprendía la justa indignación de Dios contra el pecado y la necesidad de su Justicia divina de castigarlo, exigiendo una reparación proporcionada.

Pero como los hombres, sus hermanos, a quienes amaba también entrañablemente, no podían dar esta reparación por sí mismos, quiso darla él. Para esto precisamente había salido fiador ante Dios por ellos, cargando con su responsabilidad, no con su malicia naturalmente. Por esto quería Jesús padecer cuanto padecía. ¡Era voluntaria su pasión! Nos amaba (Gal. 2, 20).

En consecuencia, sentía Jesús que todo el peso de la indignación de Dios contra los obradores de la iniquidad, recaía sobre él. Como si él mismo, el Hijo de Dios, hubiera intentado manchar la santidad infinita de su Padre Dios y desafiado su justicia; ya que se había hecho responsable de todos los pecados del mundo. Jesús sentía a su Padre, infinitamente bueno y santo, irreductible; y esto le causaba una tristeza y angustia mortal. Y su sensibilidad humana se retorcía.

¡Atractivo infinito de Dios y rechazo insuperable por parte de El; acatamiento pleno de la voluntad del Padre y violenta repugnancia hacia ella; voluntad decidida de aceptar todos los castigos merecidos por sus hermanos, los pecadores, y una repugnancia invencible hacia ello!

Así se dilaceraba horrorosamente el Corazón de Jesús, pendiente de la cruz, zarandeado por estas dos fuerzas opuestas. Esto le destrozaba mucho más que todos los demás tormentos físicos y morales de su pasión.

Estamos frente a un misterio, el misterio de la pasión del Hijo de Dios encarnado y redentor de los hombres por amor al Padre y a los

mismos hombres; misterio incomprensible para nosotros, pero cuya terriblidad dejan entrever las palabras de Jesús. Esto es lo que quiso él revelarnos con su exclamación.

Aunque Jesús estaba ya en las últimas, tenía la cabeza bien clara. Recordó, pues, un detalle profetizado por el salmista (68, 22; 21, 16) que no se había cumplido todavía: «Mi garganta está seca como una teja, y la lengua se me pega al paladar...» «En mi sed me dieron a beber vinagre.» Por esto, inmediatamente después de pronunciadas las precedentes palabras, «sabiendo Jesús que ya todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliera (también este detalle de) la Escritura, dijo: "Tengo sed". Había allí una vasija llena de vinagre. Al punto, uno de ellos tomó una esponja y empapándola en el vinagre, la sujetó a una caña de hisopo y se la acercó a los labios, mientras decía: Veamos si viene Elías a descolgarlo» (Mc 15, 36; Jn 19, 28-29).

La sed abrasadora era otro de los tormentos terribles de los crucificados causada por la fiebre alta y la pérdida de sangre. Jesús lo manifiesta sencillamente.

Y si tenía fiebre alta, también hubo de sentir Jesús un frío intenso, desnudo como estaba y expuesto al aire de abril.

Ese vinagre de que hablan los evangelistas sería *la posca,* un vinillo agrio y aguado que usaban los soldados romanos.

A algunos les sorprende lo que asegura S. Juan, el testigo ocular, de que el soldado sujetara la esponja en un tallo o caña de hisopo (19,29), planta pequeña y endeble. Por ello han supuesto un error de dittografía en las copias originales. Pudiera leerse, dicen, *hyssoperithentes* en lugar de *hissopoperithentes. Hyssos* en griego era la pica militar o pilum que usaban los soldados romanos. La esponja, pues, hubiera sido colocada sobre la punta de un dardo de soldado.

Pero, aparte de que esta suposición carece de base documental en los códices y de que también Mateo (27,48) y Marcos (15,36) hablan de una *caña,* parecen suponer esos autores una cruz elevada o sublimis. Recordemos, en cambio, la casi seguridad de que el palo vertical de la cruz de Jesús, tenía unos dos metros de altura. Sus pies estarían clavados a unos 50 cm. del suelo y la boca de Jesús, en la posición de desplome, estaría a la altura del patíbulo, es decir a unos 2 metros del suelo. (Barbet, *La Pass.* p. 87.) Es completamente verosímil, pues, lo que indica S. Juan. Bastaba sujetar la esponja en un tallo de hisopo de unos dos palmos de longitud para aplicársela a la boca.

¿Nos dice algo la Síndone sobre este particular? Oigamos al ilustre ingeniero profesor de Comunicaciones Electrónicas en la Universidad de Turín, Dr. Tamburelli.

Analizando la imagen tridimensional del rostro del H. de la S., por él conseguida, escribe *(Sur le pas de S. Paul,* n. 4, 1979, p. 7): «Otra marca netamente visible sobre el rostro lleno de heridas está formada por la incisión de un cuajarón de sangre sobre la mejilla izquierda. (Lám. 12, C.) Puesto que esta incisión no está recubierta por otra sangre, es preciso concluir que ella fue producida un poco antes o un poco después del desvanecimiento (el profesor cree descubrir en la Síndone señales de un desvanecimiento del H. de la S. antes de mo-

rir). Se ha observado que si se tratase del condenado del Gólgota, el único objeto capaz de hendir dicho cuajarón que pudo haber tocado la cara de Jesús sobre la cruz es el de la punta de la caña... que acercó a sus labios la esponja empapada en vinagre. Esta marca —y no se ve de qué otra manera pudo producirse— sería, pues, la magulladura dejada por la punta de la caña; la cual, como puede advertirse, antes de pararse para lesionar el punto indicado, ha trazado ligeramente una larga estría resbalando sobre el rostro de derecha a izquierda».

Más que a la punta de la caña, pensamos nosotros, esta hendidura del dicho cuajarón de sangre podría deberse a uno de los tallitos del hisopo que salían del tallo central y en cuya conjunción habría sujetado el soldado la esponja.

Todavía nos habla el Dr. Barbet de otro tormento. Las llagas de Jesús habían de estar infectadas por la tierra que habían recogido y diferentes porquerías que los esbirros le habrían hechado encima. Rezumarían, pues, esa linfa rubia y transparente, que se recoge en los puntos declives para formar postillas serosas. Sobre las heridas más antiguas habían de haberse formado incluso falsas membranas con segregación de suero-pus. Y lo relaciona Barbet con lo escrito en el salmo 37, 6: «Mis llagas son fétidas y purulentas».

Consecuencia de esto, «un enjambre de asquerosas moscas, gruesas moscas verde-azules, cuales se ven en los mataderos y depósitos de cadáveres, revolotearían en torno a su cuerpo y se lanzarían sobre una u otra de sus llagas para chupar el jugo y depositar en ellas sus huevos. Se cebarían especialmente en su rostro. Imposible echarlas». Menos mal que las tinieblas las alejarían *(La Pass.* p. 256).

12. MUERTO

«Asi que Jesús hubo tomado el vinagre, exclamó: Está consumado» (Jn 19,30).

Consumada estaba la obra que el Padre le había encomendado (Jn 17,4) de redimir al mundo. Todas las profecías sobre él se habían cumplido. Había realizado su misión. Ya podía morir.

«Y clamando de nuevo con voz poderosa, Jesús dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46).

Parece como si, consumada la trascendental obra de la Redención y satisfecha plenamente la divina Justicia con la paga dada por él por los pecados de los hombres, renaciera la serenidad en el espíritu de Jesús. Está infinitamente contento de la obra realizada. Y viendo ante sí al Padre satisfecho plenamente de su actuación en la tierra, deposita con filial confianza en sus manos su último aliento y su alma (Bover).

«E inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19,30).

Eran las tres de la tarde del viernes 7 de abril del año 30, según los cálculos más probables (Cfr. Féret: *Mort et resurrection,* pp. 30 y 67). Contaba, pues, Jesús con 36 ó 37 años.

Herodes el Grande, el de los Inocentes, murió según todos los

cálculos, el año 4 antes de nuestra era. Para entonces Jesús había de contar con dos años, o más probablemente con tres. Por consiguiente, el año 30 Jesús había de tener 36 ó 37 años. Esta es precisamente la edad que representa tener el Hombre de la Síndone[114].

Eran las tres de la tarde del viernes, catorce de nisán, víspera de la Pascua, según S. Juan. Precisamente cuando en el Templo se estaban inmolando los corderos pascuales[115]. No olvidemos que Jesús es el auténtico «Cordero de Dios que (con su sacrificio) quita el pecado del mundo», como había dicho de él Juan Bautista (Jn 1,29) y había ya profetizado mucho antes Isaías: «Eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba... El ha sido herido por nuestros pecados, molido por nuestras iniquidades. El soportó el castigo que nos trae la paz y con sus contusiones hemos sido curados... Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue maltratado,

---

[114] No es fácil compaginar los datos que nos transmiten los evangelistas. Según S. Lucas (3,1), el Bautista empezó a predicar y bautizar el año 15 del reinado de Tiberio, o sea el año 27/28 de nuestra era. Cuando Jesús fue bautizado, contaba como unos 30 años (Lc 3,23). El Evangelio de S. Juan parece ceñir la vida pública de Jesús a poco menos de tres años por la relación que establece con tres pascuas consecutivas. Dejamos, pues, el problema a los especialistas. Nosotros nos ceñimos a los datos expuestos por relacionarse directamente con la Sta. Sábana.

[115] «Los corderos (pascuales) se sacrificaban en el Templo entre las 14,30 y las 15 horas» del 14 de nisán (Ausejo: *Dic. de la Biblia,* 1458).

Hay cierta dificultad de datar la fecha exacta de la Pascua el año en que murió Jesús.

El primer día de los Acimos, según la expresión usada por los Sinópticos, era propiamente el día de la Pascua o 15 de nisán. El cordero pascual había de ser sacrificado la víspera, 14 de nisán, por la tarde y ser comido al atardecer del mismo día, cuando ya había comenzado —en la manera de computar judía— el día de los Acimos o fiesta de Pascua, 15 de nisán.

Parece que la denominación de «día de los Acimos en que había de sacrificarse la Pascua» (Lc. 22,7) se había extendido también, por el uso, a la mañana del día 14.

Los Sinópticos dicen que Jesús comió la cena pascual el primer día de los Acimos; S. Juan, el día antes de la fiesta. Pueden, pues, uno y otros referirse al mismo día, jueves 14 de nisán, víspera de la fiesta, pero que en el tiempo de la cena, puesto ya el sol, era ya para ellos 15 de nisán o primer día de los Acimos.

Pero entonces no se explica que los sanedritas, el viernes siguiente por la mañana no quisieran entrar en el pretorio de Pilato «para no contraer contaminación que les impidiese comer la Pascua» (Jn. 18,28) aquel atardecer.

Esto queda confirmado en el v. 31: «Los judíos, pues, como era el día anterior al sábado, a fin de que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado, pues era día grande aquel sábado —era la Pascua—, rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas y fuesen quitados».

Por otro lado, no parece propio que el día de Pascua se rehuniera el Sanedrín para condenar a Jesús y llevar adelante el proceso ante Pilato. Los sanedritas, pues, no celebraron la Pascua aquel viernes, en que murió Jesús, sino el sábado siguiente.

Según S. Juan parece claro, en consecuencia, que Jesús comió la cena pascual un día antes que los sanedritas. No sabemos por qué.

En este supuesto hablamos en el texto. Volveremos sobre el tema con más atención al tratar de qué murió Jesús.

y él se humilló y no abrió la boca. Como un *cordero* al degüello era llevado, y como oveja que ante los esquiladores está muda, tampoco él abrió la boca. Tras arresto y juicio fue arrebatado... Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido» (53, 4-8).

Jesús, pues, había de morir o ser inmolado en aquel preciso día y hora. En él se cumplía la profecía encerrada en la ceremonia secular del cordero pascual, al que no se le podía quebrar ningún hueso.

En una palabra, Jesús escogió la hora precisa de su muerte y la manera de morir. Nadie le podía quitar la vida, sino que él la dio cuando y como quiso. Por ello el evangelista teólogo, S. Juan, subraya intencionadamente que, así que Jesús hubo cumplido su misión hasta en los más pequeños detalles, «inclinando la cabeza, *entregó* el espíritu» (19,30). No dice simplemente «expiró», como S. Lucas y S. Marcos; sino «*entregó* el espíritu». Era una acción voluntaria aquélla.

Recordemos, en efecto, cuántas veces intentaron los judíos apresarlo (Jn 7,30; 44-49), apedrearlo (Jn 8,59; 10,31), despeñarlo (Lc 4;29-30), matarlo (Mt 2,13-16); pero nunca pudieron realizarlo. De una manera o de otra Jesús se les escabullía de las manos. Es que «todavía no había llegado su hora», observa profundamente S. Juan (7,30).

El mismo Jesús lo había declarado expresamente: «Yo doy mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que la doy yo mismo. Poder tengo para darla y poder tengo para tomarla de nuevo. Esta orden recibí de mi Padre» (Jn 10,17-18).

Y en otro lugar: «El príncipe del mundo no tiene sobre mí poder alguno; mas es preciso que conozca el mundo que amo al Padre y que como El me lo ha mandado así lo hago. Levantaos, vámonos de aquí (Jn 14,30-31). Y sale hacia Getsemaní para dar comienzo a su pasión.

Incluso cuando llega su hora, en el momento de ser cogido preso en el huerto de Getsemaní, quiso Jesús hacer alarde de este poder. Con sólo identificarse a sus apresadores, los derrumbó a todos por tierra (Jn 18, 6). Hasta que no pronunció Jesús la frase sacramental: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» (Lc. 22, 53), no pudieron aquéllos poner sus manos sobre él. Es más; incluso entonces impone a sus apresadores un mandato. Y —cosa inaudita— es obedecido por ellos puntualmente: «Si, pues, me buscáis a mí, dejad marchar a éstos» (Jn 18, 8). Y los Apóstoles, que le rodeaban, pueden escaparse libremente. Y esto que Pedro había cortado, de un tajo, la oreja a uno de los esbirros que venían por Jesús. Es lo mismo que le recordará más tarde a Pilato: «No tendrías potestad alguna sobre mí, si no te hubiera sido dada de arriba» (Jn 19, 11).

Por eso no se marchó de Jerusalén al advertir el cariz que tomaban las cosas aquella última semana, como hiciera otras veces (Jn 11, 54), antes, al contrario, no dejó de fustigar duramente la hipocresía de los dirigentes del pueblo; por eso no huyó de Getsemaní al amparo de la oscuridad de la noche, al ver desde lejos acercarse los enemigos, antes les salió al encuentro (Mt 26, 46; Mc 14, 42; Jn 18, 4); por eso no se defendió al ser apresado ni después ante los diferentes tribunales. Tres veces había pronosticado, en su último viaje, que subía a Jerusa-

lén para ser entregado a sus enemigos, torturado y muerto (Lc 9, 22 y 44-45; 18, 32).

Jesús iba a la muerte consciente y voluntariamente, porque su muerte era el sacrificio redentor de los hombres. Para eso había venido al mundo.

El que muriera, pues, en aquella hora y día y de muerte violenta encerraba un profundo significado. Comenzaba entonces la Pascua cristiana, la Pascua definitiva. Un solo Cordero Pascual bastaba ya para borrar los pecados de todo el mundo: pasados, presentes y futuros. Sobraban ya los sacrificios antiguos.

De ello quiso darnos Dios una señal exterior y visible: en aquel punto «se rasgó en dos, de arriba abajo, el velo del santuario» (Mt 27, 51; Mc 15, 38; Lc 23, 45), es decir, la gran cortina interior que separaba el Santo del Santísimo. Ya no tenía razón de existir, puesto que con la muerte de Cristo-Redentor cesaba el Antiguo Testamento y su culto. Todos teníamos ya acceso directo a Dios, que moraba antes especialmente en el Santísimo. Ya no era privilegio reservado al sumo sacerdote, una vez al año.

Otra señal de duelo quiso Dios que diera la naturaleza en la muerte del Hijo de Dios: «la tierra tembló y las peñas se hendieron y (algunos) sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de santos, difuntos, resucitaron y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de Jesús, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos» (Mt. 27, 52-53). Son las manifestaciones extraordinarias que, junto con las tinieblas precedentes, estaban anunciadas por los profetas como señales características del Día de Yahvé. (Cfr. Am 8, 8-9) (Bib. de Jerusalén, nota.)

Según nuestros cómputos modernos, era el 7 de abril del año 30 (Féret).

Aquel sábado, que iba pronto a comenzar con la puesta del sol, era el día solemne de Pascua. No era conveniente que los cuerpos de los crucificados quedasen en la cruz. Hubieran infectado la tierra en un día tan santo. «Los judíos, pues... a fin de que no quedasen en la cruz los cuerpos el sábado, pues era grande aquel sábado, rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas y fueran quitados. Vinieron, pues, los soldados y quebraron las piernas al primero y luego al otro que había sido crucificado con Jesús. Mas cuando vinieron a éste, viéndole ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con una lanza; y al punto salió sangre y agua» (Jn 19, 31-34). (Cfr. Figs. 41 y 42.)

S. Juan, allí presente, parece haberse sorprendido de este doble hecho inesperado: que no le quebraran las piernas, como era ritual, y en cambio le abrieran el costado, saliendo al punto sangre y agua. Ambos hechos encerraban también profundo significado teológico. Con lo primero se cumplía la profecía incluida en el Cordero Pascual: al «Cordero de Dios» no se le había de quebrar ningún hueso. Dios proveyó a ello con el hecho de que Jesús estuviera ya muerto.

En lo segundo, la sangre atestiguaba la realidad del sacrificio del Cordero de Dios ofrecido por la salvación del mundo (cfr. Ex 24, 8); y

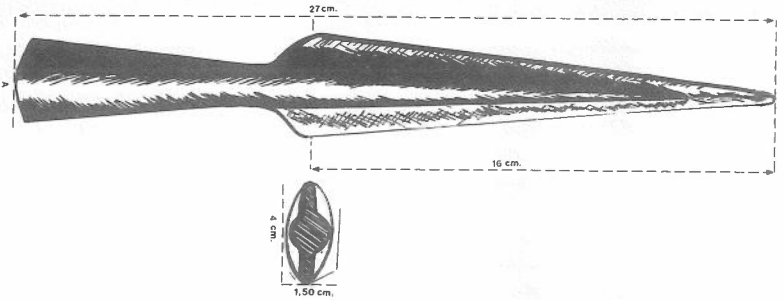


Fig. 41. Moharra de lanza romana, hallada en Numancia y guardada en el Museo Arqueológico de Madrid. Su herida sería similar a la que presenta el H. de la S. El óvulo que enmarca la sección de la lanza es igual al contorno de la impresión de la herida del costado, en la Síndone. (Cortesía de Bibl. Sidon.)

Fig. 42. Otro tipo de lanza romana. La anchura máxima de la hoja era de unos 4 cms.

el agua, símbolo del bautismo, atestiguaba la fecundidad del Espíritu como efecto de la Redención. Por ello muchos Santos Padres ven en esta sangre y agua, que mana del corazón traspasado del Redentor, una viva imagen de la Iglesia, la nueva Eva, salida del costado del nuevo Adán.

S. Juan, perfectamente consciente de este profundo sentido de los hechos, hace una protesta, casi un juramento, de veracidad: «Y el que lo vio da testimonio (de ello) y su testimonio es verdadero. Y Aquel (Dios) sabe que dice verdad. Para que también vosotros creáis. Pues estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura (Ex 12, 46; Num 9, 12): "No le será quebrantado hueso alguno". Asimismo otra Escritura (Zac 12, 16) dice: "Verán al que traspasaron"». (Jn. 19, 31-37).

Ya indicamos anteriormente que la sangre procedía de la aurícula derecha, llena–de sangre líquida en los cadáveres recientes, y el agua, del hidropericardio repleto de suero por una pericarditis serosa traumática, contraída a causa de los azotes y malos tratos anteriores.

Respecto a la localización de la herida del costado, tan definida en la Síndone, sólo hemos de añadir el testimonio de Orígenes (185-254), uno de los pocos autores cristianos que escribieron mientras estaba en vigor todavía la crucifixión. Este asegura que, según la costumbre romana, la lanzada le fue infligida a Jesús *sub-alas,* debajo de la axila (P. G. 13, 1793 A). Exactamente el lugar en que localiza Barbet la herida sobre la Síndone, el mismo a que apuntaban con la lanza los soldados romanos en sus ejercicios de esgrima.

La razón de ser de esta lanzada en el plano jurídico, siendo así que Jesús estaba ya muerto al encajarla, podría ser la indicada por Barbet: el cadáver de Jesús había sido entregado por Pilato a un amigo del reo para que lo sepultase, como diremos luego. Si el verdugo conocía ya esta entrega, la lanzada no sería más que una cautela para cerciorarse de su muerte. El golpe de gracia. Sea de esto lo que sea, hemos de pensar que el gesto del soldado no fue más que la ejecución de un reglamento militar. Pero para Jesús, que —no olvidemos— controlaba todos los pasos de su propia ejecución, tenía el significado teológico profundo de que hemos hablado hace poco. Por eso quiso ser traspasado por una lanza, aunque estaba ya muerto[116].

Por la forma que presenta la herida en la Síndone, calcula Judica Cordiglia que la lanzada le fue infligida a Jesús unas dos horas después de muerto.

13. DE QUE MURIO JESUCRISTO

Al llegar aquí se preguntan los autores de qué murió Cristo. En la crucifixión no quedaba afectado directamente órgano vital alguno. Cuatro heridas en las cuatro extremidades y una postura violenta y fija eran los elementos determinantes de la muerte. Hoy, gracias a Dios, no conocemos la crucifixión, ni podemos experimentar con ella. Nos movemos, pues, en el campo de las conjeturas, observa el Dr. Hynek. Aunque los hechos de Dachau nos pueden aportar mucha luz.

No murió de inanición, pues nadie se muere de hambre en un día.

Tampoco murió de sed; aunque ésta, según el testimonio unánime de los antiguos, atormentaba violentamente a los crucificados. Debido a la pérdida de sangre y a la fuerte calentura que les sobrevenía, se apoderaba de ellos una sed abrasadora. Pero la carencia de líquido, aunque mucho más peligrosa para el organismo que la falta de alimentos, puede sobrellevarse, según las condiciones atmosféricas, de dos a ocho días.

Tampoco pudo ser la causa de su muerte una hemorragia mortal. De las manchas de la Sta. Sábana se deduce que la pérdida de sangre no fue excesiva. El Dr. Hynek calcula un máximo de un cuarto de litro durante el tiempo que estuvo pendiente de la cruz. La sangre vertida en la flagelación y coronación de espinas, la pérdida en la rotura de la nariz y antes, en el sudor de sangre en el huerto de Getsemaní, no hay manera de calcularla, dice; pero no pudo ser mucha. Teniendo presente, pues, que un hombre bien desarrollado posee una cantidad de sangre equivalente en peso al 7 %, más o menos, de su peso total, Jesús —unos 80 kg.— poseería de 5 a 6 litros de sangre. Aun perdiendo la mitad de ella, puede un hombre permanecer con vida. El desangramiento, pues, queda anatómicamente excluido como causa de su muerte.

---

[116] El nombre Longinos, atribuido por la tradición al soldado que blandió la lanza contra Jesús, no es más que un derivado de lónche (lanza): lónginos. Como si dijéramos, lancero.

También hay que excluir como causa determinante de su muerte la picadura de insectos. Las molestias causadas por éstos son insignificantes al lado del atroz suplicio de estar colgado de las muñecas con los nervios atravesados.

Tampoco el envenenamiento de la sangre puede tomarse en serio. Es verdad que las heridas se le infectarían pronto, inflamándose. Con el tiempo podrían llegar a causar la muerte. Pero Jesús había sido preso por los soldados hacia la medianoche y juzgado y maltratado a continuación. Le azotaron y coronaron de espinas alrededor de las diez de la mañana. Le clavaron en la cruz hacia el mediodía, y murió sobre las tres de la tarde. Su martirio, pues, había durado unas 15 horas; plazo demasiado corto para que el proceso de envenenamiento de la sangre pudiera desenvolverse. Al menos son necesarias para ello, en las infecciones más agudas, de unas cuarenta y ocho a sesenta y ocho horas. No se puede pensar, pues, en esta causa.

Tampoco la calentura. Esta tiene su importancia, pero ella sola no basta para matar a nadie.

Varias teorías, pues, se han ideado para explicar la rápida muerte de Jesús, tal como la describen los evangelios.

a) Rotura del corazón

El Dr. William Stroud, presidente de la Royal Medical Society of Edimbourgh, publicó en 1847, mucho antes, por tanto, de que comenzara el estudio científico de la Síndone, un trabajo sobre el tema *(The physical cause of the death of Crist,* Londres, 1847 y 1871). Basándose en numerosas observaciones hechas sobre diferentes pacientes, sostiene que Jesús murió por rotura del corazón con hemopericardio.

Sus observaciones hechas sobre varios pacientes muertos por rotura del corazón son, en resumen, las siguientes:

1.ª Algún minuto antes de morir, en la mayoría de los casos, los moribundos han emitido gritos.

2.ª Su pericardio fue hallado muy dilatado, tanto que comprimía los pulmones de abajo arriba.

3.ª La sangre encontrada en el pericardio, en cantidad varia, estaba sedimentada, pero casi líquida.

4.ª El suero, en notable cantidad y netamente separado de la sangre, nadaba sobre la masa sanguínea por el diverso peso específico (cit. por Ricci).

Esto explicaría, según Mons. Ricci (quien ha resucitado esta hipótesis un tanto olvidada por los médicos), la *inmediata, separada* y *distinta* salida de sangre y agua del costado abierto de Jesús.

Efectivamente, la bolsa pericárdica, repleta del líquido, oprimiría el pulmón derecho y lo empujaría de abajo arriba. «Cuando la lanza (pues) del soldado penetró, a través del costado, hasta el corazón, la masa de sangre a presión tuvo un inmediato escape sin esparcirse por el espacio pleural, que estaba anulado en aquel punto (por la presión), y salió directamente hasta el exterior por el pulmón abierto».

«Que saliera con fuerza, y por tanto *en seguida,* es fácil de comprender por el hecho de que toda la masa, de notable cantidad, durante cerca de dos horas había tenido tiempo de distender notablemente el resistente saco fibro-seroso (Tillaux) del pericardio» *(La Sind. Sta.* p. 198).

Efectivamente, la fotografía a tamaño natural de la herida del costado, tal como se presenta en la Síndone, da a entender la fuerza con que salió por ella la sangre y el agua, hasta saltar al suelo. La longitud de la colada de sangre es relativamente corta. Si la sangre hubiera ido saliendo poco a poco, la colada se hubiera alargado mucho más y hubieran salido *mezcladas* la sangre y el agua.

Que la sangre y el agua salieran *por separado* se explicaría perfectamente. El peso específico del suero hace que éste flote por encima de la sangre, una vez ésta inicia la sedimentación. Al golpear, pues, la lanza lateralmente la bolsa pericárdica a la altura de la 5.ª-6.ª costilla, hubo de aparecer, después de un primer chorro de sangre sedimentada, otro inmediato de suero; o como piensa Stroud, simultáneamente un chorro de sangre y suero, mezclados pero bien diferenciados.

Por ello Mons. Ricci cree que la teoría del médico inglés (muerte por rotura del miocardio con la consiguiente invasión del pericardio por la sangre) es hasta ahora la más satisfactoria y convincente de cuantas se han propuesto para explicar el testimonio de S. Juan.

Una confirmación de la misma la halla Ricci en la frase del evangelista: «e inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19.30). «A un hombre suspendido principalmente de las manos, dice, le resultaría *físicamente imposible* un notable movimiento de la cabeza hacia adelante por estar ésta bloqueada por los músculos esternocleidomastoideos».

Otra confirmación la encuentra Ricci en el grande grito que, según los Sinópticos, emitió Jesús antes de expirar. No podía, pues, dice, estar próximo a la asfixia y sin poder exhalar el aire de los pulmones.

De ahí deduce Ricci que Jesús murió en estado de erección, es decir, mientras se apoyaba principalmente sobre los pies, y que la inmediata rigidez cadavérica lo fijó en esta postura.

El profesor Ugo Wedenissow, de la Universidad de Milán, ha hecho suya esta teoría de Stroud y presentó sobre ella una ponencia en el congreso de 1978. Dice así en resumen *(Actas del II Cong. Int...* pp. 137 ss.):

El hombre de la Síndone «padeció un infarto de miocardio sesenta horas al menos antes de morir, el cual acabó al fin con la rotura del miocardio y la inundación del pericardio por la sangre».

Esto no supone necesariamente que el individuo padeciera arteriosclerosis, diabetes u otra enfermedad en el momento de iniciarse el infarto.

Es verdad que la rotura del miocardio, fenómeno raro en sí pero posible en ciertas circunstancias extremas, no se da en un corazón perfectamente sano; pero un hombre clavado en la cruz no tiene el corazón perfectamente sano.

La mayor parte de los infartos de miocardio en las personas jóvenes, continúa señalando el Dr. Wedenissow, procede de causas funcionales más que de orgánicas. Un stress de cierta importancia es suficiente para crear en *cualquier sujeto* un estado de infarto miocárdico al producir en el paciente un estado inmediato de shock con todas las secuelas sintomatológicas características conocidas.

Sigue una fase fase de contra-shock o de adaptación, en la cual, poniendo en juego el organismo todos sus recursos, compensa y corrige el estado de shock. A un período de duración varia, en que domina un grave malestar, puede seguir un período de bienestar y aun de curación miocárdica que consiente al paciente desarrollar una cierta actividad y aun olvidarse de su enfermedad.

Pero si llega a perder toda posibilidad de compensación, entra el sujeto en la fase de completo desequilibrio, o sea, entra en un nuevo y más grave estado de shock, creciente descompensación general y miocárdica en particular, con la rotura final de la zona malácica. Especialmente si se le exige en este tiempo al músculo cardiaco un exceso de trabajo.

En síntesis: período de fatiga, grave impulso psíquico, espasmo, infarto, dolor, shock... Este puede tener tres salidas: curación anatómica, curación clínica o agravación y muerte. En este último caso, después de un aparente bienestar de duración variada, vuelven los dolores, sudoración, sed, pérdida a intervalos de la conciencia, es decir, shock profundo o precoma, y por fin, si se llega a la rotura del corazón, un dolor agudísimo y rápida muerte.

Y hace en seguida una aplicación de esta sintomatología a Jesús:

«Tarde de la última cena: todos los acontecimientos, se precipitan hacia el dramático final. Aunque Jesús conocía de antemano los acontecimientos, con todo, su acoso no le da tregua y siente el ansia trascendente: "Todavía un poco y el mundo ya no me ve" (Jn 14,19). Aflora el dolor inmenso por la humanidad ciega y perdida: ... "Mas ahora han visto (mis obras) y me han aborrecido a mí y a mi Padre. Pero había de cumplirse la palabra"...» (Jn 15,24-25).

«Todos los acontecimientos de la última cena están impregnados de angustia por la hora que se escapa; todo es trágicamente estresante para el Hombre que querría tal vez hacer más por la pobre humanidad, pero no puede y no debe: "Porque lo que a mí se refiere toca a su fin" (Lc 22,37). "Y cantando el himno, salieron hacia el monte del Olivar» (Mc 14,26).

«Podemos fácilmente comprender el estado de sufrimiento psíquico del Hombre, próximo a ser traicionado, y podemos pensar que todo esto creara en él un largo espasmo coronario que tuvo su manifestación de acmé propio en el Monte de los Olivos, cuando a los indicados elementos de base se unió el frío y la soledad de la noche: "comenzó a sentir espanto y angustia" (Mc 14,33). El sufrimiento es grande e intensa la sensación de morirse: "Mi alma está sobremanera triste hasta la muerte" (Mc 14,34). El sudor es abundante: "Y sumido en agonía... su sudor se hizo como espesas gotas de sangre que caían hasta el suelo" (Lc 22,44). El sentimiento de abandono es desolador. Sólo la

oración puede ayudarle, moral y materialmente: "Se postró en tierra sobre su rostro y oraba"» (Mt 26,39).

«Las posibilidades de rehacerse el Hombre eran notables. Bastó aquella pausa de hora y media para superar la fase de shock y quedar preparado, incluso físicamente, para proseguir conscientemente, inexorablemente, su destino que llega ya a su total cumplimiento: "Basta; ha llegado la hora. El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos: ved que el traidor está cerca" (Mc 14,41-42). Pero el gran corazón estaba ya marcado.»

«¡Y llegó el traidor! No hubo tregua ya. El corazón había de latir mientras resistiesen las posibilidades de compensación que el organismo iba quemando en el desesperado intento de lucha contra la muerte prematura.»

«En esta fase de compensación, perfectamente lúcida, se desarrollaron los varios procesos. El comportamiento del Hombre, sus respuestas a los jueces, sus frases que suenan a sentencias, son un testimonio seguro del perfecto equilibrio neuro-psíquico alcanzado después del shock inicial.»

«Y salió hacia el lugar llamado el Cráneo y en hebreo Gólgota (Jn 19,17). Allí fue clavado a la cruz... Esto no haría más que abreviar las posibilidades de resistencia del condenado.»

«El Hombre, clavado a la cruz, consigue todavía ejecutar movimientos que retardan su muerte evitando la asfixia. Está deshidratado, tiene sed. Son las tres de la tarde: sucede lo inevitable. "Dando un gran grito" (Mc 15,37)... "e inclinando la cabeza entregó el espíritu"» (Jn 19,30).»

«Los evangelistas sinópticos están concordes, aunque con expresiones varias, en demostrarnos que Jesús, en el momento de morir, disponía aún de una reserva de aire suficiente para hablar y gritar. Esto va contra cualquier tipo de asfixia.»

«La S. Sindone... muestra, a través de la divergencia de las coladas sanguíneas de las heridas en el carpo izquierdo y en el pie derecho, los movimientos ejecutados por el Hombre en la cruz para luchar contra la asfixia; asfixia que no llegó a producirse porque precisamente al final El habló y porque la asfixia no da una muerte tan aguda como queda descrita por los evangelios.»

«Luego, una incidencia insólita hubo de haber abreviado la agonía del crucificado; tanto que, no obstante su experiencia... Pilato se maravilló de que hubiese ya muerto. (Por ello) pide confirmación al centurión.»

Más aún, «por un exceso de seguridad, uno de los soldados con un golpe típico, fruto de largo entrenamiento para alcanzar por la derecha el corazón del adversario evitando la defensa opuesta por el escudo enemigo, «le traspasó el costado con la lanza, y al punto salió sangre y agua» (Jn 19,34).

«Se había vaciado el hemopericardio, que dada la alta velocidad de eritrosedimentación de estos pacientes, había tenido tiempo de sedimentarse con rápida separación de la parte corpuscular (que va a recogerse en el fondo del saco pericárdico), del suero. El golpe de

lanza, creando una fístula entre el saco pericárdico y el exterior, con conducto interno a un nivel inferior a la línea de separación entre la parte sedimentada y el suero, ha permitido la salida inmediata, bien distinta, primero de la sangre y luego del agua o suero.»

Hasta aquí el profesor Wedenissow.

Sorprende que no aclare la contradicción que parece existir entre lo que dice y los hechos de la pasión de Jesús. «El sujeto ha padecido, dice, un infarto de miocardio *sesenta* horas al menos antes de morir.» Ahora bien, los primeros síntomas del infarto (primera fase) comenzaron, según él, en la última cena del jueves, y Jesús murió a las tres de la tarde del viernes, es decir, antes de las 24 horas.

Por ello el médico romano, Luigi Malantrucco (Emmaus, Quaderni di Studi Sindonici, n. 1, Roma, 1981 p. 11) se acoge a la hipótesis de algunos exegetas modernos de que Jesús celebró la cena pascual la noche del martes, según la antigua tradición.

Por los escritos de Qumrán consta que los esenios seguían para sus fiestas un calendario solar diferente del oficial introducido en tiempo de los seléucidas. Según este calendario, el 14 de nisán caía siempre en martes y la Pascua en miércoles. Por ello el cordero pascual lo comían el martes por la noche.

Si Jesús se atuvo a este calendario, el tiempo que transcurre entre la oración de Jesús en el huerto y su muerte en la cruz sería de unas 67 horas, tiempo que concuerda perfectamente con lo afirmado por Wedenissow [117].

---

[117] Oigamos lo que nos dice al respecto el exegeta H. M. Féret, O.P. *(La Morte et Résurrection du Christ,* p. 57): «La conciliación entre las cronologías respectivas de la última semana de Jesús en los evangelios sinópticos, por una parte, y en el cuarto evangelio, por otra, ha sido singularmente facilitada por los trabajos de la malograda Annie Jaubert, especialmente por su descubrimiento de un antiguo calendario judío de la Pascua, diferente del que se seguía en Jerusalén. *(La date de la Cène, Calendrier biblique et liturgie chrétienne,* P. Gabalda, 1957). La Pascua de Jesús, de que hablan los Sinópticos y en el curso de la cual él instituyó la Eucaristía, habría seguido este antiguo calendario, mientras que el cuarto evangelio, que por otra parte no habla de la Pascua ni siquiera de la Eucaristía a propósito de la Cena, sino sólo de una "comida" (Jn 13,2), sigue el calendario de Jerusalén». Y añade Féret que, por caminos diferentes, sus estudios para elaborar una sinopsis cronológica de los cuatro evangelios confirman plenamente la tesis de A. Jaubert.

Según esta cronología la cena pascual hubiera tenido lugar el martes, 4 de abril y el arresto de Jesús, a medianoche del martes al miércoles. De noche habría sido llevado al palacio de los grandes sacerdotes y en la madrugada habría tenido lugar el proceso judío ante el Sanedrín. Jesús pasaría el resto del miércoles y la noche siguiente en la cárcel del gran sacerdote.

El jueves, seis de abril, comenzaría el proceso romano ante Pilato y sería presentado Jesús ante Herodes. En este día tendría lugar la flagelación y la coronación de espinas.

El viernes, 7 de abril, muy de mañana, se terminaría el proceso romano con la pena capital. Salida hacia el Calvario. Llegada allí hacia las 11,30 y crucifixión de 11,30 a 12. Muerte hacia las tres de la tarde. Unas dos horas después (hacia las 5, según los médicos que han estudiado la llaga del costado), recibía Jesús la lanzada. Habría precedido la petición de los judíos para que se les rompieran las piernas y se los sacara de la cruz.

Ultimamente, en el convenio de Bolonia (nov. 1981) dos médicos de Roma, Luigi Malantruco (Attualità di un'antica ipotesi: la morte di Cristo per emopericardio), y Gaetano Della Site (Emopericardio: probabile causa fisica della morte dell'Uomo della Sindone. Esperimenti personali) han insistido de nuevo sobre esta teoría. Sus argumentos se fundan en el examen de la herida del costado, tal como se presenta en la Síndone. La colada de sangre que salió de ella fue abundante y presenta grumos de sangre y espacios claros de suero; lo que se explica más fácilmente, dicen ellos, si se admite que en el pericardio (es decir entre las dos hojas del mismo) se hubiera depositado una notable cantidad de sangre por rotura de la pared del corazón.

A esto se oponen varios autores.

El Dr. Ryland Witaker, S.I. escribe: «No podemos concluir que la causa de la muerte del Señor fuera un accidente tan infrecuente como la rotura del miocardio» *(La causa física de la muerte del Señor,* en

---

Por entonces también («al atardecer» Mt 27,57) José de Arimatea pediría a Pilato autorización para bajar el cuerpo de Jesús y sepultarlo. Pilato llamó al centurión para cerciorarse de que ya había muerto. Da la autorización. José compra la sábana (Mc 15,46) y demás para el sepelio. Se le junta Nicodemo con la mixtura de áloe y mirra y ambos, ayudados por Juan y las mujeres allí presentes, bajan a Jesús de la cruz y lo llevan al sepulcro nuevo de José, cercano de allí. No había tiempo que perder. Antes de comenzar el solemne sábado de Pascua con la primera estrella había de estar todo concluido. La sepultura fue, pues, apresurada y reducida a lo esencial.

Con todo «parece imposible, nos dice otro exegeta, que Jesús hubiera seguido el calendario particular de una secta, frente al oficial del templo; sobre todo si tenemos en cuenta que los datos que nos proporcionan los evangelios no muestran que Jesús tuviese el menor interés por los problemas culturales o rituales de los esenios, uno de los cuales era precisamente el del calendario» (V. Serrano: *La Pascua de Jesús,* 1978, p. 54).

Además, aunque la teoría de Jaubert elimina efectivamente algunas aparentes contradicciones entre los Sinópticos y Juan y solventa otras dificultades, «no puede explicar satisfactoriamente el unánime y antiguo consentimiento litúrgico (de toda la Iglesia) que sitúa la Cena en la noche del jueves al viernes». (Bover: Biblia, nota a Mt 26,17).

Más bien parece que Jesús celebró la cena pascual la noche del jueves, ya 14 de nisán en su manera de computar, sea porque, con la gran afluencia de peregrinos, la cantidad de corderos que debían ser sacrificados hacía que algunos lo fueran la tarde anterior, sea por otra causa desconocida. En cambio, los sanedritas la celebraron la noche del viernes, ya 15 de nisán, que aquel año caía en sábado. El mismo S. Juan (3,1) anota que Jesús celebró la cena pascual el día *antes* de Pascua.

Que el viernes en que murió Jesús no fuera todavía el día de Pascua, o 15 de nisán, aparece claro por el hecho de que Simón de Cirene volvía del campo cuando le obligaron a cargar con la cruz de Jesús y porque estaban abiertos los comercios de Jerusalén donde comprar la sábana y los aromas con que sepultar a Jesús. La Pascua era fiesta solemnísima, que aquel año además caía en sábado, lo cual impedía estas actividades.

Sea por la razón que sea, el hecho es que Jesús comió el cordero pascual un día antes del oficial en Jerusalén. De ello no dejan lugar a duda los Sinópticos ni S. Juan. Jesús había de morir, según los planes de la Providencia, a la misma hora en que *oficialmente* era sacrificado el cordero pascual en el Templo.

Boletín inglés de S. Lucas y de los Stos. Cosme y Damián, julio 1953). Sería un caso muy excepcional, tratándose de un hombre sano y joven.

Es más, el Dr. Hynek cree que «según los conocimientos modernos, la rotura del miocardio es sencillamente imposible en un individuo sano y joven».

Además, «difícilmente puede uno darse cuenta, desde el punto de vista anatómico, de cómo de la abertura (del costado) pudiera salir sangre *coagulada,* formando —en la mejor de las hipótesis— un grupo de sangre, y a la par suero sanguíneo... que no existía todavía. Ni siquiera la elasticidad del pericardio da para esto. Por tanto, no sirve la rotura del miocardio para esclarecer, desde el punto de vista médico, el problema de la «sangre y agua» de que habla S. Juan. La parálisis del sistema nervioso o incluso la preponderante fatiga del corazón exhausto, sería una explicación médica mucho más aceptable que la violenta rotura del corazón, para un hombre sano, por el influjo de dolores morales. El fenómeno, pues, queda siempre un misterio para la medicina, todavía inexplicable» (citado por Ricci: *La Sindone...* p. 210).

«La rotura del corazón o de la aorta, observa por su parte el profesor A. Marcozzi S.I. (Gregorianum, 1958 pp. 442-451) presupone una enfermedad ya avanzada de estos órganos o al menos un notable desgaste debido a la edad y acompañado de presión sanguínea muy fuerte. Esta, en cambio, como resulta de los experimentos de H. Mödder (de que hablaremos luego), en individuos puestos intencionadamente en la posición de los crucificados, baja.»

Barbet cree que esta tesis es insostenible, aunque sea seductora por su contenido místico: el exceso de amor habría reventado el corazón de Jesús. Esto supondría una grave enfermedad de miocardio (infarto, degeneración cérea). Nada en los evangelios nos permite suponer en Jesús tal enfermedad. Además, un pericardio seroso sano conserva largo tiempo la sangre en su cavidad sin coagularse como lo prueban experimentos hechos con conejillos de indias. La lanzada le fue infligida a Jesús, según el mismo Stroud, antes de las dos horas de muerto. Por tanto de un hemopericardio por rotura del corazón sólo podía salir sangre líquida, no coágulos y suero.

El Dr. Judica Cordiglia hace suyo este juicio. Escribe: «Barbet refuta esta hipótesis, ya que la rotura del corazón no tiene lugar sino es en un corazón enfermo, y es inadmisible que el corazón de Cristo se hallase en tales condiciones». Esta teoría «no es sostenible científicamente» (citado por Ricci: *La Sindone,* p. 211).

El Dr. La Cava llama a la teoría de Stroud «Una conjetura ciertamente arbitraria. Es un hecho rarísimo que debe ser preparado desde mucho tiempo antes por una grave degeneración del miocardio» (Cit. por Ricci, ibíd. p. 211). Además, cree él que los dos líquidos procedentes del corazón y del pericardio, antes de salir al exterior, habrían debido llenar la cavidad pleural. Por ello no podían aparecer *inmediatamente* después del golpe, sino después de un tiempo bastante largo, y *no visiblemente distintos* los dos, sino mezclados y, en consecuencia, *no reconocibles* en sus cualidades características.

Como vemos, esta razón afectaría también a la explicación que hemos consignado anteriormente sobre el origen del agua en el hidropericardio.

Recordemos, con todo, cómo la suposición de Stroud de que la hinchazón de la bolsa pericárdica, oprimiendo en aquel punto el pulmón, y la sedimentación de la sangre con separación del suero, que flotaba sobre ella, eliminaría estas dos dificultades. También el Dr. Judica supone que la pericarditis serosa traumática, al llenar de suero el pericardio, oprimía el pulmón sin dar lugar a que la sangre y agua se esparcieran por la cavidad pleural.

b) Muerte por asfixia

Fue el Dr. Le Bec, cirujano del Hospital de S. José de París, predecesor de Barbet, quien en un artículo *«Le supplice de la croix»,* aparecido en la revista *L'Evangile dans la Vie,* abril 1925, puso los fundamentos en esta teoría. Para él, los brazos levantados, en posición por tanto de inspiración, entrañan una relativa inmovilidad de las costillas y un gran embarazo para la respiración. El crucificado había de tener la sensación de un ahogo progresivo («Todo el mundo puede constatar, anota Barbet, que esta posición prolongada, aun sin tracción alguna sobre las manos, entraña ya una disnea de las más desagradables»). El corazón ha de trabajar más, sus latidos se aceleran y se debilitan. De ahí se sigue cierto estancamiento (de la sangre) en los vasos de todo el cuerpo. «Y como, por otra parte, la oxigenación se realiza mal en los pulmones que funcionan insuficientemente, la sobrecarga de ácido carbónico provoca una excitación de las fibras musculares y, en consecuencia, una suerte de estado tetánico del cuerpo entero» (cit. por Barbet, *La Passion,* p. 109).

Esta teoría, intuida por Le Bec, fue corroborada y desarrollada diez años más tarde por el Dr. Hynek con las experiencias tenidas durante la guerra de 1914. (Cfr. *La pasión de Cristo,* edic. checa en 1935). Según Barbet, la confirmación de la tesis de Le Bec es la contribución personal más importante hecha por Hynek al estudio de la Pasión. «A la verdad, dice Hynek, según las ideas que teníamos, la sofocación no tenía nada que ver con la crucifixión. Pero apenas recibí una fotografía de la Sta. Sábana de Turín y noté sobre ella la tetanización de los músculos del tórax, me pareció comprender con evidencia... la parte decisiva que (la asfixia) debió jugar en el martirio del Señor sobre la cruz». (Cfr. Lám. 5).

Efectivamente, esta tetanización es patente. Impresiona, por ejemplo, la excesiva dilatación del tórax. Sus músculos han sido evidentemente distendidos y petrificados por los calambres. Impresionante prueba de su existencia en el diafragma la da la depresión de la parte superior del abdomen y la convexidad de la parte inferior. A ellos corresponde también la tirantez de los músculos de las piernas, «duras como el acero... y brillantes» (Barbet, *La Passion...* p. 257).

«La excesiva rigidez de los músculos, tal como se presenta en las

fotografías de Enrie, me recordó, dice Hynek, un hecho que luego he venido comprobando constantemente: a consecuencia de la forzada tensión impuesta a los músculos, la rigidez mortal se manifiesta inmediatamente después del último suspiro.»

«Me trajo también a la memoria, añade, aquel cruel castigo que se usó en otros tiempos en el ejército austro-húngaro, el llamado Aufbindung o suspensión. Al castigado se le suspendía por las manos, con los brazos alzados por encima de los hombros, de modo que tocara el suelo solamente con la punta de los pies. Al cabo de corto espacio de tiempo le sobrevenían unos dolores agudísimos y agotadores (calambres), de manera que a los diez minutos, a lo sumo, había que soltarlo para que no peligrara su vida.»

Planteado así el problema, intentó el doctor reconstruir el proceso de la muerte por crucifixión.

«*En primer lugar,* dice, el hecho de que al cuerpo se le obligue a permanecer *completamente inmóvil* en condiciones extraordinariamente dolorosas, agota la fuerza de los músculos y de los nervios.»

«Consideremos además la gravedad de esta suspensión. Todo el peso del cuerpo colgaba solamente de las manos y en particular de nervios heridos. Sólo por un breve espacio de tiempo se puede soportar una tortura tan horrorosa. El infeliz no hallaba descanso ni alivio alguno, ni tregua que mitigase sus dolores. La tortura crecía en intensidad a cada momento que pasaba. Sólo la muerte podía librarle de ella.»

«*En segundo lugar,* la suspensión cargaba sobre los músculos de ambos brazos extendidos... de modo que todo el peso del cuerpo tiraba de ellos.» Como los brazos formaban un ángulo de unos 65°, cada uno de ellos había de soportar un peso mayor que el de todo el cuerpo, como expusimos antes.

Los músculos de nuestros miembros inferiores son mucho más fuertes que los de los brazos, y en su posición normal pueden soportar bien el peso del cuerpo, y aun más, por un cierto tiempo; pero los de los brazos, no. Más tarde o más temprano, los calambres afectan a los músculos; y cada vez más, a medida que crece la pobreza de la circulación y la insuficiente oxidación de la sangre.

Por otra parte, una excesiva contracción del músculo impide, a su vez, la circulación normal. Cada célula y cada fibra se va irritando gradualmente hasta que el músculo alcanza el grado máximo de irritación. Es lo que se llama *tetanización.* En este estado, si se ejerce una presión cualquiera sobre los extremos de los nervios sensoriales, que se encuentran a lo largo de cada fibra muscular, se producen dolores atrocísimos, como sucede en los calambres locales.

En los crucificados las contracciones musculares oprimían fuertemente las extremidades de los nervios y vasos sanguíneos, por ello los dolores se hacían insoportables y la circulación de la sangre se hacía fatigosa e insuficiente.

Es conocida la causa de esta suprema irritación y el comportamiento de los músculos en los casos de tétanos traumáticos causados por heridas. El bacilo concentra su veneno especialmente en los cen-

tros del sistema nervioso, lo cual irrita los músculos provocando en ellos contracciones de calambres incesantes. Estos van aumentando en accesos violentos hasta intensidades increíbles.

Y el paciente se encuentra sujeto a estos ataques en plena lucidez mental, de modo que la tortura le acosa hasta la locura. Los músculos del tórax y de los miembros se arquean de tal forma que a veces todo el peso del cuerpo descansa sobre los talones y la parte occipital de la cabeza. Si estos ataques se repiten varias veces, acaban causando la muerte.

Algo así debería sucederles a los crucificados. La excesiva y violenta tensión de los músculos de los antebrazos, que habían de sostener el desproporcionado peso del cuerpo, se traduciría en una oleada de calambres. De aquí se extenderían éstos a los músculos de los brazos, a los de los hombros, a los del pecho, a los dorsales y finalmente pasarían a los músculos de las extremidades inferiores.

«Esto ocasionaría una enorme disminución del riego sanguíneo. Con ello, la insuficiente oxigenación de los tejidos musculares causaría nuevos calambres; y así éstos irían aumentando cada vez más en una especie de reacción en cadena.»

«La enorme tensión del organismo ocasionaría una subida de temperatura del cuerpo y copiosísimo sudor. Las víctimas de los tétanos sudan así profusamente, y su calentura alcanza el límite extremo de 45°.»

Esto nos hace caer en la cuenta de otro tormento que hubo de afligir fuertemente a Cristo en la cruz, aunque los evangelistas no lo consignan: el frío. Jesús hubo de sentir mucho frío en la cruz con aquella temperatura tan elevada y expuesto, desnudo como estaba, al viento.

Por otro lado «aquella abundancia de traspiración del divino crucificado hubo de contribuir no poco a la formación de las improntas del santo lienzo», si éstas se debieran realmente a la acción del amoniaco sobre el áloe como pensaba Hyneck.

«*En tercer lugar,* al sujetar los brazos en la postura dicha, el pecho quedaba en posición de máxima inhalación y bajo la presión del aire inhalado que no podía expeler por la atrofia de los músculos del pecho, por la distensión del tórax y al abajarse del diafragma.»

«El aire inhalado por los pulmones pronto pierde su oxígeno y es preciso expulsarlo y renovarlo. Este proceso se verifica automáticamente a cargo de los músculos intercostales y del diafragma, aun sin darnos cuenta. Si no se renueva el aire de los pulmones —y, en consecuencia, no se oxigena la sangre— lenta pero inexorablemente sobreviene la asfixia. El Dr. Ledényi, de Bratislava, catedrático de anatomía en Presburgo, ha observado recientemente cómo una prolongada distensión de los brazos origina un abajarse del diafragma; y en consecuencia, la respiración se vuelve difícil y la circulación se ve obstaculizada. En una palabra: una posición así conduce a una lenta pero inevitable asfixia y ocasiona renovados accesos de calambres.» He ahí «una brillante demostración de mi teoría sobre las causas de la muerte de los crucificados» añade en otro lugar *(Lo que revela...* p. 41).

«*En cuarto lugar* hay que hacer notar todavía que esta forzada distensión de los brazos, al obligar al pecho a tomar la posición de máxima inhalación, añade otro obstáculo más a la circulación de la sangre. Hace unos años el profesor Hyzti de Viena averiguó que, en tales casos, también el hígado, tan estrechamente vinculado al diafragma, experimenta un abajamiento. Esto ocasiona otro entorpecimento de la circulación, especialmente en las venas y en los miembros inferiores. Con ello los tejidos musculares de tales miembros reciben menor ración de sangre que la que necesitan y en consecuencia la oxigenación y el metabolismo, o trueque de materiales, en tales miembros son defectuosos. Es lo que se llama asfixia interna.»

«Nos encontramos, pues, delante de una situación que ha de generar... terribles calambres, los cuales irán aumentando en intensidad ya que van acentuándose las causas. Calambres semejantes pueden encontrarse en personas que se están ahogando. Todas estas circunstancias constituyen un círculo vicioso, donde el sufrimiento va subiendo inexorablemente hasta la catástrofe final.»

«Era precisamente ese lento ahogarse, acompañado de atroces calambres, lo que constituía aquella terrible muerte, en la cual, según Séneca, la vida se iba vertiendo gota a gota. El crucificado moría en plena lucidez mental, perfectamente consciente de la más terrible tortura en la que todos sus músculos se hallaban violentamente tensos, como cuerdas sobre el puente de un violín.»

Y en otro lugar añade: «Los espantosos dolores producidos por la tetanización de los músculos se aumentan hasta el paroxismo por el espasmo de los nervios al quedar el cuerpo suspendido de un nervio herido y clavado. ¡Es algo increíble!» *(Lo que revela...* p. 40).

«Cuando, pues, aquellos horribles calambres llegaban a los principales músculos de la respiración, la desdichada víctima no podía ya respirar más. Al pararse la respiración, paraba también el corazón. El crucificado había muerto de inflamación pulmonar. En aquella lucha el crucificado se volvía pálido, lívido, amoratado.»

Concuerda lo expuesto por el Dr. Hyneck con la observación hecha por el Dr. Judica: el rostro del Hombre de la Síndone es un caso de *facies echymotica,* es decir, de uno que ha muerto sofocado [118].

Para comprobar esta teoría sería precisa la experimentación. Pero ni siquiera sobre animales es esto posible. Las leyes lo prohíben con razón. Además, sus resultados serían de excaso valor, ya que en los cuadrúpedos, que son los que generalmente se emplean para semejantes experimentos, «los músculos del tórax tienen una estructura muy diferente que en el hombre, que camina erguido. Incluso los simios tienen los músculos del tórax mucho más desarrollados que el hombre, el peso de cuyo cuerpo gravita normalmente sobre las extremidades inferiores».

---

[118] «La característica de la asfixia, dice el Dr. Hajek citado por el mismo Hynek, es un complejo de pequeñas hemorragias en el rostro *(facies echymotica,* Tardieu) causadas por los calambres, consecuencia de la rotura de vasos capilares y de arterias menores.»

No cabía más solución, pues, que experimentar con voluntarios que se ofreciesen para aclarar los puntos fundamentales de la teoría.

Dos profesores universitarios, el Dr. Barbo y el Dr. Rons, de la Facultad de Medicina de Bratislava, se prestaron a ello. Había que comprobar los dos hechos fundamentales mencionados, que actúan de modo recíproco en la crucifixión: el del Aufbindung o suspensión y el del límite de resistencia en la extensión de los brazos. «Ambos experimentos se realizaron, naturalmente, sin emplear clavos, ni atadura alguna. Se trataba de averiguar el límite de resistencia a que una persona podía llegar, sin serio peligro para su salud. Se realizaron varios experimentos, y de ellos se pudieron deducir algunas conclusiones.»

«En el experimento de permanecer con los brazos extendidos sobre la cabeza y descansando el cuerpo sobre la punta de los pies (el Aufbindung), se estudió el funcionamiento de la respiración del sujeto. A los diez minutos la respiración era ya superficial, irregular y difícil. Nadie podía aguantar más tiempo aquella postura, que es en realidad la postura de los que han sido sujetados a la cruz. Y aquí le habíamos ahorrado al sujeto el esfuerzo de tener que sostener su cuerpo de las manos clavadas, que era precisamente la tortura más atroz de la crucifixión.»

«Se registró también a los rayos X la dificultad de respiración y la anormalidad de la actividad del corazón en otros experimentos menores. Durante los primeros cinco minutos parecía que el experimento no causaba ninguna perturbación; pero inmediatamente después, el paciente empezaba a quejarse de agudos dolores en los músculos y aparecían anomalías en el corazón. Luego estas perturbaciones aumentaban tan rápidamente que era imposible prolongar el experimento más allá de los diez minutos, a pesar de un supremo esfuerzo de voluntad por parte del sujeto.»

«A los seis minutos se le sacaba a éste una radiografía. ¡Qué diferencia en el estado de su organismo! Su diafragma se había abajado más de una pulgada, es decir, se había aplanado; la capacidad de sus movimientos respiratorios se había deteriorado; hasta la proyección de su corazón se había desviado de su posición inicial.»

«Podían observarse también vestigios de dilatación, que indicaban serias dificultades en la circulación de la sangre.»

«Como quiera, pues, que los movimientos respiratorios de los crucificados se veían impedidos y como las víctimas quedaban obligadas a una anormal rigidez y a una penosa inmovilidad, la circulación había de sufrir también serias alteraciones y habían de sobrevenir aquellos terribles calambres que, después de dolores indecibles, llevaban a una muerte lenta e inevitable» (R. W. Hynek, *La passione di Cristo studiata dalla scienza medica,* Vita e Pensiero, Milán 1937 y 1950). «Es la muerte más horrenda y espantosa que puede encontrarse» *(Lo que revela...* p. 59).

Esta teoría, tal vez la más seguida por los médicos especialistas en el estudio de la Síndone, no satisface a los seguidores de Stroud. Dicen que Hynek no explica la *impetuosa, instantánea* y *distinta* salida de la sangre y agua del costado abierto. Y el mismo Hynek parece re-

conocerlo cuando dice que «el fenómeno queda siempre un misterio para la medicina, todavía inexplicable», como anotábamos antes.

No obstante parece que la pericarditis serosa traumática, propuesta por Júdica, es suficiente para crear en el saco pericárdico, aquella presión necesaria para que, al ser abierto por la lanza junto con la aurícula del corazón, empujara con fuerza hacia afuera la sangre de la aurícula y el suero del pericardio hasta saltar al suelo. Y así lo acepta expresamente Hynek *(El aspecto...* p. 81).

Respecto a la *distinción* entre la sangre y el agua, que testifica S. Juan, hace referencia el Dr. Hynek a sus experiencias durante la guerra: «Las vendas de los soldados vivos, escribe, se impregnaban de sangre y suero mezclados, esto es, de sangre no coagulada, y se teñían de un color rojizo uniforme; pero las trasvasaciones accidentales de sangre en soldados muertos teñían las vendas con manchas claramente distintas, de coágulos y de suero; diferencia que se opera sólo en la sangre postmortal» *(Lo que revela...* p. 69). Esto mismo habría sucedido en la lanzada de Jesús.

Según esta teoría, Jesús murió hundido en la cruz, es decir, pendiente casi exclusivamente de sus manos, por tener agotadas sus fuerzas físicas y no poderse ya erguir sobre los pies.

Referente a lo que indica Ricci en contra: que a un hombre suspendido principalmente por las manos le resultaría *físicamente imposible* inclinar la cabeza hacia adelante —como indica S. Juan que hizo Jesús al expirar— por tener agarrotados los dos músculos esternocleidomastoideos, responde Barbet que el agarrotamiento de los músculos del cuello impedía ciertamente al crucificado volver la cabeza hacia los lados, en estado de hundimiento. En este estado sólo podía moverse hacia adelante y hacia atrás, según predominasen los esternocleidomastoideos o los trapecios. *(La Pas.* p. 164.)

Queda por fin por aclarar por qué, si murió de asfixia, acabó Jesús tan pronto: a las tres horas de ejecutado. Orígenes testifica que algunos crucificados vivían toda la noche, y el día siguiente de la ejecución. Y los no clavados con clavos, sino sólo atados con cuerdas, duraban todavía más. El mismo Pilato se sorprendió de una muerte tan rápida (Mt 15, 44).

Creemos que no es difícil hallar una explicación médica más que suficiente en el proceso de la Pasión. «Toda una serie de circunstancias se fueron acumulando para disminuir la resistencia física» de Jesús, anota Barbet. «Sabemos por experiencia que los shocks dolorosos en serie no se suman, sino que en cierto modo se multiplican. Una serie de excitaciones seguidas rebajan el umbral de la reacción» *(Pas.* p. 103).

Jesús padeció ante todo una terrible agonía en Getsemaní hasta sudar sangre en tal abundancia que sus grumos corrían hasta el suelo. «Ahora bien, este fenómeno, que llamamos "hemathidrosis"... escribe Barbet, disminuye de manera grave la resistencia vital subsiguiente por la extensión de la superficie en que se produce. La piel, que ha sangrado en el interior de sus glándulas sudoríparas, queda en estado anormal, enternecida, dolorida... y en consecuencia menos

apta para soportar las violencias y los golpes que le esperaban a Jesús durante toda la noche y el día siguiente hasta la flagelación y la crucifixión».

«Esta sensibilización de la piel, que es un fenómeno puramente fisiológico, nos lleva a reflexionar de pasada sobre otro hecho que domina toda la Pasión. No hemos de olvidarlo, pues puede contribuir a explicar, humanamente hablando, la brevedad de la agonía». Se refiere a la finísima sensibilidad de Jesús.

«Parece que hay correlación, continúa Barbet, entre la finura del sistema nervioso sensitivo y la intensidad del sufrimiento, aun físico, independientemente de las reacciones puramente psíquicas. Ahora bien, nos vemos constreñidos a creer que en Jesús la unión de su naturaleza divina con su naturaleza humana había desarrollado al máximo esta sensibilidad psíquica».

Bajo este doble punto de vista, pues, hemos de considerar todas las crueldades con que los sayones se ensañaron contra Jesús ya durante la noche del prendimiento, especialmente entre los dos interrogatorios (de Anás y de Caifás), comenzando por el fuerte bastonazo en la cara, que le rompió la nariz, y siguiendo con los golpes y malos tratos que recibió en el pretorio, trasladado a casa de Herodes, y sobre todo la terrible flagelación y la coronación de espinas, con las bofetadas, puñetazos y golpes de caña sobre las espinas de la cabeza.

«Estos golpes, descargados principalmente sobre la cabeza, bien pudieran haberle producido un estremecimiento grave hasta llegar a una conmoción e incluso a una contusión cerebral, que se caracterizan por la ruptura más o menos extendida de pequeños vasos en las meninges y en el cerebro» (Barbet, ibíd.).

A todo esto todavía hay que añadir la pericarditis serosa traumática, de que nos ha hablado el Dr. Judica.

Todo esto debilitó de tal manera las fuerzas físicas de Jesús, por lo demás robusto y fuerte, que cayó varias veces bajo el peso del patíbulo (unos 50 kg.) camino del Calvario y hubo de ser reemplazado por un transeúnte que venía del campo. Había peligro de que se les quedase por el camino.

Jesús había de estar agotado. No podía ya consigo. Se comprende, pues, fácilmente que con el violento ejercicio que había de hacer sobre la cruz para poder exhalar el aire inhalado de los pulmones, pronto sus fuerzas llegaran al límite y no pudiera ya erguirse sobre sí mismo, apoyándose sobre los pies. Los otros dos ladrones tenían, en cambio, sus fuerzas íntegras al comenzar su camino doloroso hacia el suplicio. Por esto pudieron resistir más tiempo: hasta que les quebraron las piernas.

Con todo, como razón principal, no olvidemos la misión redentora de Jesús. Este, como «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo», había de morir cuando en el templo se estaban inmolando los corderos pascuales, símbolo profético suyo; había de morir hacia las tres de la tarde del 14 de nisán.

Por otro lado, Jesús había de estar muerto ya cuando los soldados fueran a quebrarles las piernas para quitarlos de la cruz antes de la

puesta del sol. Sólo así, normalmente, quedaba él excluido de aquella mutilación. Estaba profetizado que no le quebrarían ningún hueso (Jn 19, 36).

No hemos de perder de vista que una providencia especial dirigía todo el proceso de la pasión y muerte de Jesús, como Redentor del mundo que era. Jesús «entregó su espíritu» cuando quiso y como quiso, según sus planes redentores.

c) Muerte por haber ingerido líquido

«En su artículo "El suplicio de la cruz" (revista: *L'Evangile dans la vie,* abril, 1925) el Dr. Le Bec ha suscitado la hipótesis, sostenida después a fondo por el Dr. Louis, que la deglución de un poco de agua podía provocar un síntoma mortal en un crucificado. Y cita el caso del asesino de Kléber, quien, *empalado,* murió de esta manera: Apenas hubo bebido, echó un grito y expiró.»

«Es tentador, indica Barbet, parangonar este caso con la esponja empapada en vinagre ofecida a Jesús. Según Marcos y Mateo, parece que murió luego de tomar esta bebida. La frase que ambos añaden a continuación así podría interpretarse: "Y Jesús, lanzando una gran voz, expiró" (Mc). No indica, con todo, ninguno de los dos la relación de causa a efecto. Tampoco dicen si este grito fueron palabras.»

S. Lucas sí lo especifica: «Y clamando con voz poderosa, Jesús dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y dicho esto, expiró»: (exépneusen, el término médico). S. Juan es el único que aduce la palabra de Jesús: «Tengo sed», la que provocó que le dieran a beber vinagre. Después añade: «Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: "Consumado está". E inclinando la cabeza, entregó el espíritu». «Jesús, pues, *habló* después de haber bebido el vinagre, si es que bebió, subraya Barbet. Esto no es el síncope brutal del empalado».

«Lucas, prosigue, pasa por alto el episodio de la esponja; cosa bien sorprendente en este médico, excelente observador y ávido de datos que busca por todas partes (como indica en su prólogo). El leyó estos detalles en sus dos predecesores (según opinión común) y los despreció. Este, llamémosle, síncope por deglución ¿era bien conocido de los antiguos, como dice Le Bec? El no cita fuentes y yo no las he encontrado. Pero, si fuera así, ¿cómo explicar que un médico como Lucas haya desperdiciado un hecho tan capital, que sería la causa determinante de la muerte (de Jesús) y explicaría la brevedad de su agonía? Esto sería una falta imperdonable en un joven estudiante y un olvido bien singular en este fino clínico, que era nuestro santo colega».

Y concluye Barbet: «¡No! Decididamente, la hipótesis de la deglución mortal no me satisface en absoluto».

Así expone, analiza y rechaza el ilustre cirujano esta teoría *(Pas.* pp. 107-108).

d) Muerte por colapso ortostático

El Dr. Hermann Mödder, del Hospital de S. Francisco, de Colonia, que había sostenido anteriormente la tesis de Hynek (muerte por asfixia con fuertes calambres), comenzó a tener dudas sobre el particular, como él mismo cuenta en la ponencia que presentó al Convegno Nazionale de Roma-Turín, 1950 (p. 29).

Convencido, como Hynek, de que en los problemas discutidos pesan mucho más los experimentos directos que los argumentos ingeniosos, se puso a experimentar. Varios médicos jóvenes de su hospital se pusieron a su disposición.

En el primer experimento él mismo fue suspendido de una barra de hierro por las manos sujetas con vendas de tela. Renunció a cualquier apoyo para los pies de manera que pendiera de solos los brazos. Los otros médicos registraban continuamente las modificaciones que en él se presentaban.

La presión sanguínea bajó progresivamente de 130 mm. Hg a 70 y el pulso se le aceleró pasando de 70 a 145 pulsaciones por minuto. En el radiograma se le notó una reducción del perfil del corazón. Al crecer el esfuerzo de la musculatura de los brazos y de los hombros, la respiración se le hizo superficial y la piel de la parte superior del cuerpo se le puso blanca. En el electrocardiograma aparecieron las señales de una insuficiencia circulatoria del miocardio.

Anotemos de pasada que esta gradual limitación de la actividad cardiaca, encontrada por Mödder, es clínicamente inconciliable con una ruptura del corazón, la cual supone, en todo caso, una violencia excepcional de las palpitaciones. Esta violencia no puede darse, reconocen los partidarios de la ruptura del corazón, en el estado de hundimiento del crucificado, es decir, mientras éste pendía sólo de las manos; pero es perfectamente «posible y compatible con el estado de erección», es decir, mientras aquél se apoyaba principalmente sobre los pies, pues en este estado «se restablecía un cierto equilibrio respiratorio y circulatorio» (Ricci, *La Sind.* p. 112).

Por ello los sostenedores de la primera hipótesis (ruptura del corazón) han de sostener que Jesús murió en estado de erección, apoyado sobre los pies. Los calambres «debieron inmovilizar al crucificado (en este estado) durante la fase final y más larga de la agonía» (Ricci, ibíd.).

Sigamos con Mödder. «Con gran sorpresa de todos los presentes, dice, a los seis minutos me desvanecí.» La explicación es que la sangre había descendido a las partes inferiores del cuerpo.

Lo mismo les sucedió a sus amigos, sólo que algunos no se desvanecieron sino hasta los doce minutos.

En algunos experimentos se les dio a los suspendidos la posibilidad de apoyarse sobre la punta de los pies por un momento. En este caso la circulación de la sangre se volvía rápidamente normal y en brevísimo tiempo se verificaba el restablecimiento.

Los experimentos podían prolongarse hasta sesenta minutos sin que sucediese nada grave, mientras el individuo no estuviera suspen-

dido por más de tres minutos seguidos. Al cabo de una hora era necesario interrumpir la experimentación porque las vendas de las manos obstaculizaban demasiado la circulación de la sangre.

«En definitiva, concluye, la causa determinante (de la muerte) es el fenómeno que en medicina se llama *colapso ortostático,* en que la sangre desciende a las partes inferiores del cuerpo siguiendo las leyes de la gravedad, como se demuestra con el hecho de que una mano levantada en alto se vuelve más pálida, a los pocos segundos, que la que pende hacia abajo. Normalmente, numerosos factores impiden la caída y estancamiento de la sangre en las partes inferiores del cuerpo. Como esto no es posible en el caso de la crucifixión, la muerte ha de sobrevenir porque el corazón y el cerebro no reciben sangre en cantidad suficiente.»

No explica el doctor de Colonia estas dos últimas afirmaciones. A los profanos en medicina nos gustaría que expusiera el por qué, si el individuo no puede apoyarse sobre los pies, la sangre se le estanca en las partes inferiores del cuerpo, y en cambio así que se apoya sobre las puntas de los pies, la circulación de la sangre se le normaliza en seguida. La postura del individuo es, en ambos casos, prácticamente la misma.

Continúa el Dr. Mödder: «nuestras medidas de la respiración demuestran que hasta poco antes del colapso la cantidad de aire que podía aspirar y espirar (el individuo) se aproximaba a un litro.»

«Los suspendidos no sufrieron disnea durante los experimentos.»

«Otro hecho notable consiste en la ausencia de calambres musculares, que no se presentaron en ninguno de nosotros a pesar de esperarlos, ni siquiera en aquellos que habían estado suspendidos por casi una hora. Ni es probable que se manifestasen a continuación, ya que el músculo fatigado no puede estar más contraído ni siquiera por impulso eléctrico. Cuando los calambres no se presentan al inicio, no aparecerán después. Sabemos por la fisiología que un músculo, pasivamente extendido, no se contrae.»

«Si por ejemplo extendemos el brazo en posición horizontal, lateralmente, pronto aparecerán los calambres (como lo demuestran las pruebas realizadas por el Dr. Hynek con los estudiantes), mientras que en la cura, por ejemplo, de fractura de fémur, no se presentan calambres por causa de la extensión forzada, ni siquiera durante seis u ocho semanas, y con un peso de 15 a 20 kg.» Aunque la tensión es forzada, es pasiva; en cambio en el brazo extendido horizontalmente la tensión es activa.

Y continúa el doctor: «Muy improbable nos parece la aparición de un calambre en el diafragma, conocido sólo en poquísimas enfermedades. De todas formas, me parece decisivo que en nuestros experimentos no ha sido constatado nunca una contracción de los músculos.»

«Las palabras de Cristo pronunciadas con voz fuerte antes de morir no pueden ser explicadas de manera natural.»

Concluye el Dr. Mödder aduciendo numerosas comunicaciones de profesores de fisiología, medicina legal, internistas y expertos en la circulación de la sangre que le han confirmado en el correcto plantea-

miento de sus experimentos, y afirma en concreto que algunos expertos en la circulación de la sangre han llegado por pura argumentación (a priori) a los mismos resultados a que ha llegado él por la experimentación.

A un profano en medicina le queda, con todo, cierta inseguridad de si los experimentos de Mödder reproducen exactamente la situación de un crucificado. La tensión de los músculos de los brazos, en sus experimentos, era ciertamente forzada, pero pasiva. En los crucificados parece más activa por el esfuerzo que habían de hacer para erguirse.

Aparte esto, parece que si el colapso ortostático fuera la causa de la muerte de los crucificados, todos ellos habrían tenido que morir, poco más o menos, al mismo tiempo; lo que va contra los datos de la historia; ni se comprendería tampoco el porqué del quebrantamiento de las piernas.

En cambio podría tal vez corroborar esta teoría de Mödder la conclusión a que llega el profesor Tamburelli por la desviación de los regueros de sangre de la cara hacia la derecha, de que el Hombre de la Síndone se desvaneció, al menos por un tiempo, antes de morir sobre la cruz. *(Actas II Cong.* p. 181.)

e) Muerte por un conjunto de causas

El Dr. Judica Cordiglia, después de haber analizado, discutido y rechazado las precedentes teorías y algunas otras, propone como causa de la pronta muerte de Jesús todo su estado general. Dice así *(L'Uomo...* pp. 116 ss.):

«Nosotros sostenemos que la rápida muerte de Cristo sobre la cruz *no debe atribuirse a una causa única, sino más bien a un conjunto de causas múltiples, las cuales actuaron sinérgicamente y con tal violencia que anticiparon lo que solía ser la muerte de un crucificado.* En otras palabras, en el suplicio del Redentor en la cruz, había intervenido como causa última el hecho de haberse desarrollado sobre un organismo ya gravemente lesionado. Esto habría aumentado su intensidad, no sólo agudizando los sufrimientos, sino agravando incluso los efectos de las otras causas lesivas y provocando la concentración de aquellos desequilibrios orgánicos que (normalmente) deberían haberse diluido todavía en el tiempo antes de determinar la muerte.»

«Veamos ahora cuáles han sido estas causas lesivas.»

«Fueron de doble orden: internas, diríamos, y externas.»

«Como se puede fácilmente comprender, las primeras, al menos, se prestan por su misma naturaleza a ser individuadas. Sabemos que en el huerto de Getsemaní Jesús estuvo sujeto a un complejo de acciones y reacciones de orden neuropsíquico, generadas por la visión panorámica que tuvo en aquel momento de los dolores morales y físicos que le reservaba la inmediata, cierta e inaplazable pasión.»

«Ahora bien, estas acciones y reacciones, que en un determinado momento llegaron por su violencia a provocar en él una hemathidrosis

(sudor de sangre), ¿qué repercusiones pudieron tener en las funciones de cada órgano? No podemos decirlo con certeza, pero sin duda hubieron de provocar alteraciones de no poca importancia, si debemos creer a lo que conocemos por la experiencia. Nos es conocido, por ejemplo, que en los estados emotivos prolongados o exacerbados, todas las secreciones quedan profundamente modificadas y que no hay órgano glandular que se sustraiga a estas modificaciones (Windescheid, Hroning, Buscaíno, etc.)»

«Sabemos también que transtornos de la misma naturaleza tienen lugar a cargo del aparato circulatorio (Weber) y digestivo, como también desequilibrios no indiferentes sobre las secreciones de las glándulas endocrinas.»

«Junto a estos desequilibrios de orden neuropsíquico, hemos de añadir todavía los efectos ocasionados por el ayuno absoluto; el cual, aunque no fuera de larga duración, ciertamente, por la pérdida de sangre ocurrida durante los diferentes suplicios, debió influir y no en escasa medida a provocar un estado de postración, cansancio y depresión general; en suma, una debilidad de todo el organismo.»

«Las causas de orden externo, en cambio, han de atribuirse a las repetidas acciones ejecutadas sobre el cuerpo de Cristo, tanto en la casa de Caifás como en la fortaleza Antonia. En la primera le fueron propinados puñetazos y bastonazos, que no perdonaron ni la cara ni el cuerpo, de inaudita violencia, hasta el punto de producirle aquellas lesiones internas en la pleura, los pulmones y el pericardio, que luego fueron reagudizados por los azotes. Está fuera de duda que, por su exquisita vulnerabilidad, la pleura no quedó inmune a los hechos irritantes circunscritos de gravedad variada. Sostenemos por ello que en la pleura se inició verosímilmente aquella sintomatología que acompaña tal género de lesiones, a la vez que aquel trabajo reactivo, que en un período más o menos largo o lejano, desemboca ordinariamente en una pleuritis exudativa e incluso hemorrágica.»

«Si referente al pulmón podemos pensar que no faltó cierta marca e incluso alguna laceración, referente al pericardio tenemos la casi certeza de que en él se produjeron lesiones de notable entidad; certeza que nos la da la salida de sangre y agua por efecto de la lanzada del soldado. Este golpe de lanza nos ha permitido llegar al diagnóstico de pericarditis exudativa. Esta se desarrolló tumultuosamente en todas sus manifestaciones dolorosas, las cuales se añadieron a las determinadas por las lesiones de traumas contusivos sobre la piel, sobre la pleura, sobre el pulmón, etc.»

«Sufrimientos estos de no escasa importancia, como lo demuestran las caídas a lo largo del camino del Gólgota, no largo ni siquiera escarpado, y el haber los soldados cargado al Cirineo el "patibulum" para que Cristo no muriese antes de llegar al lugar del suplicio. En suma, Jesús estaba ya, antes de la crucifixión, casi en el extremo de la humana resistencia, por lo cual no hubiera faltado mucho para que la muerte interviniera para hacer justicia a los sufrimientos.»

«Que el "colapso ortostático" haya podido también intervenir, no nos atrevemos a ponerlo en duda, antes nos inclinamos a afirmarlo.

Negamos, en cambio, que haya podido producirse una asfixia; asfixia que no sabríamos conciliar con la modalidad del suplicio ni con cuanto nos dicen los evangelistas, esto es, que Cristo antes de morir haya emitido "un grande grito". El que está a punto de morir de asfixia por causas mecánicas no puede lanzar un grito de tal naturaleza, mientras sí que lo puede lanzar —con el tórax en espiración forzada— bajo un estímulo doloroso. El fuerte y último lamento de Cristo marcaría, para nosotros, la rotura de los equilibrios orgánicos, ya debilísimos; no sólo por cuanto hemos indicado, sino también por las reacciones suscitadas por la alteración de la masa de la sangre circulante y por las creadas por el vertido en la circulación de venenos originados por la destrucción de los tejidos.»

«Jesús, de hecho, además de encontrarse en un estado de anemia profunda, consecuencia de las profusas hemorragias padecidas antes y durante la crucifixión, había de encontrarse, por las grandes pérdidas de líquido no repuestas (trasudación de suero o plasma en las lesiones, infiltración hedematosa de los tejidos contusos, aumentada evaporación por la exposición al sol, etc.), con una densidad de la sangre residual notablemente aumentada —espesamiento de la sangre, sangre pícea, siruposa—. Puesto que sabemos no sólo el grave significado que tienen las grandes pérdidas de sangre, sino también la concentración hemática muy alta, creemos que una tal disminución y concentración de la sangre circulante llegaron a ser, si no superiores, ciertamente muy vecinas a las incompatibles, a la larga, con la vida, y tuvieron una no pequeña parte en determinar rápidamente la muerte.»

«Junto a estas alteraciones de la masa no hemos de pasar por alto otros factores concausantes y concurrentes, a saber la deshidratación global (celular y extracelular) del organismo, los trastornos de la termorregulación por la prolongada exposición del cuerpo desnudo al aire y a la penetración en torno, a través del cuerpo lesionado, de venenos originados por la destrucción de los tejidos, de los glóbulos rojos, etc., venenos con sobrada fuerza activa para un individuo de resistencias orgánicas ya enormemente reducidas por los sufrimientos.»

«Confirmación de cuanto acabamos de hipotizar, últimamente Aquiles Judica Cordiglia, a la luz de la experiencia electrocardiográfica y del conocimiento de la fenomenología físico-patológica que caracteriza la fase acelerativa del vuelo espacial, ha agregado a los determinantes de la muerte de Cristo, tanto los graves factores traumatizantes como causa de hiperpotasemia, como los factores gravitatorios (afixión a la cruz) como causa del síndrome de descondicionamiento.»

«Según eso, la hiperpotasemia de traumas repetidos e insistentes, y los efectos del síndrome de descondicionamiento habrían provocado en Cristo graves trastornos en el ritmo cardiaco (trastornos de la conducción atrio-ventricular e intraventricular - fibrilación ventricular), todos ellos transtornos graves, que habrían llevado a la parada del corazón en diástole.»

Hasta aquí el Dr. Judica Cordiglia.

f) Unas reflexiones

Estas son las teorías principales sobre las causas inmediatas de la muerte de Jesús. Los médicos tienen la palabra para dilucidarlas. De nuestra parte sólo añadiremos algunas reflexiones.

Bajo el punto de vista teológico, no es imposible que el terrible estado de angustia, tristeza, pavor, tedio... que se apoderó de Jesús en Getsemaní, se tradujera en su cuerpo, a más del sudor de sangre, en forma de infarto retardado de miocardio. No obstante nos parece que querer encajarlo todo dentro de los moldes psicofisiológicos de un fenómeno natural, rebaja la sobrecogedora sublimidad de su sufrimiento moral, de tan profundo sentido redentor. Creemos que la incomprensible agonía de Jesús en el huerto tiene raíces y cauces mucho más profundos y trascendentes que un simple infarto de miocardio.

Otro punto que creemos merece aclaración teológica es el fuerte grito con que murió Jesús. Creemos que él ha desorientado a algunos médicos.

Mödder nos ha hecho notar expresamente que en aquel estado, vecino al colapso ortostático, no pueden explicarse *de modo natural* las palabras en voz potente pronunciadas por Jesús antes de expirar. En la teoría de una muerte por asfixia ya se ve que tampoco tienen explicación natural. Un individuo que no puede expeler el aire acumulado en los pulmones, no puede hablar y menos gritar.

Parece que precisamente y principalmente por esta razón se inclinan algunos por la rotura del corazón y por la ingestión de líquido como causa fisiológica inmediata de la muerte de Jesús. En ambos casos, el paciente da un gran grito y muere.

Pero no es éste exactamente el caso de Jesús. Es verdad que S. Mateo parece dar pie a esta interpretación. «Jesús, habiendo clamado con gran voz, exhaló el espíritu» escribe. S. Marcos, en cambio, especifica más: «A la hora nona (tres de la tarde) clamó Jesús con gran voz...: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» Y poco después: «Jesús, lanzando una gran voz, expiró». S. Lucas especifica en qué consistió este último grito de Jesús: «A la hora nona... clamando con voz poderosa, Jesús dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y, dicho esto, expiró». S. Juan no habla de grito alguno, en cambio intercala dos palabras más: «Tengo sed»... «Y luego que hubo tomado el vinagre, Jesús dijo: "Consumado está". E inclinando la cabeza, entregó el espíritu».

En resumen: Jesús no dio un fuerte grito y murió; sino que primero pronunció con voz potente, como si llamase a una persona lejana, toda una frase. Luego, con voz normal como dirigiéndose a los esbirros allí presentes, dijo: «Tengo sed». Y después de haber bebido algo del vinagre que le ofrecieron, añadió: «Consumado está». Y por fin, «clamando con voz poderosa», se dirigió al Padre para encomendarle su espíritu. «E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.»

No parece que sea ése el grito emitido por una persona a quien se le rompe el corazón, que suponemos cosa casi instantánea, ni el grito del que muere por el shock que le produce la ingestión de un líquido

estando en trauma grave, también súbito. Ya nos lo recalcó Barbet. El hecho, pues, de gritar antes de morir no puede aducirse, a nuestro entender, en favor de estas dos teorías.

Creemos sencillamente que esta manera de morir de Jesús entra de lleno dentro del plan por él escogido para morir, que hemos subrayado antes: El dio la vida cuando quiso y como quiso. El controlaba el proceso de su pasión y muerte, y quiso darnos de ello esta útlima prueba: cuando, agotado y sin fuerzas físicas para exhalar el aire de los pulmones, está ya a punto de morir asfixiado, entonces precisamente nos quiere dar una prueba patente del pleno dominio que tenía sobre su vida... y se pone a hablar y *con voz poderosa* y por dos veces. ¡El era dueño de su vida y de su muerte!

Corrobora esta interpretación trascendental la enorme sorpresa que el hecho causó en el centurión, avezado a asistir a la muerte de tantos crucificados. «Y el centurión que estaba allí de pie frente a él, viendo que había expirado de esta manera *(clamando así,* traduce la vulgata latina), dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15, 39). Sabía de sobra el centurión que un crucificado no podía hablar al final de su suplicio. Al oír, pues, a Jesús hablar cuatro veces, y dos con voz muy fuerte, inmediatamente antes de morir, se sintió frente a lo sobrenatural y no pudo menos de manifestarlo.

Parace que si los crucificados hubieran podido hablar normalmente con sólo erguirse, apoyándose sobre los pies, como supone la teoría del infarto, no se explicaría esta gran sorpresa del centurión, experto en esta tortura.

Y fijémonos que es precisamente Lucas el evangelista médico, el que advierte este importante detalle: que Jesús muere después de haber dirigido una oración al Padre *clamando con voz poderosa.* También él, como médico, se admira de hecho tan insólito y naturalmente imposible y quiere dejar constancia de la admiración extraordinaria del centurión. El había de conocer, por su oficio, la causa inmediata de la muerte de los crucificados.

14. ENTIERRO

Jesús murió hacia las tres de la tarde.

Por aquella hora, poco antes o poco después, tendría lugar la petición hecha por los jefes de los judíos a Pilato, de que mandara quebrar las piernas de los tres crucificados para precipitar su muerte, y que fuesen quitados sus cuerpos de la cruz. Estaba llegando a su término el viernes y aquel sábado, a punto de comenzar, era la gran fiesta de Pascua. No convenía que quedasen los cuerpos en la cruz.

«Vinieron, pues, los soldados y quebraron las piernas al primero y luego al otro de los dos crucificados juntamente con Jesús. Mas a éste, al ver que estaba ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza» (Jn 19, 32-24).

La intención de los jefes judíos era, evidentemente, que el cadáver

de Jesús fuera arrojado a la fosa común, y allí se pudriera su memoria juntamente con su cuerpo, perdido entre los demás malhechores. Así se librarían, por fin, de la terrible pesadilla que había supuesto para ellos la predicación y la vida del profeta de Nazaret.

Pero Dios está muy por encima de los planes humanos. El deja actuar a los hombres, aun a los malvados, según sus antojos porque quiere respetar la libertad que El mismo nos dio. Ya llegará el día en que pedirá cuentas a cada uno de sus actos para premiar a los buenos y castigar a los malos. No tiene prisas Dios. Nadie se le puede escapar.

Pero si estos planes de los hombres se oponen a los planes de Dios, Este interviene en el curso de la historia de una manera más o menos velada o patente, para llevar los acontecimientos hacia donde El quiere.

En nuestro caso, Jesús, el Cordero de Dios, había sido sacrificado para quitar el pecado del mundo; había muerto por los hombres. Había cumplido su misión. Se había acabado, pues, el sacrificio. Ahora llegaba, en los planes de Dios, el momento de glorificar a su Hijo. Por esto fracasaron todos los intentos humanos de oponerse a estos planes divinos.

Pero Dios actuó con tal naturalidad y suavidad que apenas se dieron cuenta de ello los mismos jefes judíos, tan empeñados como estaban en que desapareciera todo rastro del odiado rabino de Nazaret. Dios se sirvió de dos hombres nobles y ricos, sanedritas por añadidura, aunque cobardes, para llevar a término sus planes. ¿Qué hubieran podido hacer los discípulos de Jesús, unos pobres pescadores de Galilea, para oponerse al Sanedrín?

Muerto, pues, Jesús («al caer de la tarde» anotan S. Marcos y S. Mateo), José de Arimatea, «ilustre miembro del Sanedrín» (Mc 15, 43), «varón justo y bueno» (Lc 23, 50) y «rico» (Mt 27, 57), «que también él esperaba el Reino de Dios» (Mc 15, 43) y «era discípulo de Jesús, aunque oculto por miedo a los judíos» (Jn 19, 38) y «no había dado su asentimiento al consejo y acciones» del Sanedrín (Lc 23, 51), «cobrando osadía, entró a la presencia de Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús» (Mc 15, 43).

Admirado Pilato de que Jesús hubiera ya muerto, llamó al centurión que había dirigido la ejecución y, cerciorado por éste de la muerte de Jesús, otorgó el cadáver a José (Mc 15, 44-45).

a) El sepulcro

José poseía al pie del monte Gareb y frente a la roca sobre la cual había sido crucificado Jesús, a unos 35 ó 40 metros a occidente de la misma, un sepulcro nuevo excavado en la peña. Nadie había sido enterrado todavía en él; de manera que no había inconveniente alguno en que un crucificado fuera colocado en él. No podía contaminar a ningún «justo».

Este sepulcro o monumento formaba parte de un pequeño cemen-

terio dispuesto en terrazas y todo él ajardinado, como correspondía a un cementerio de gente pudiente. Así lo han descubierto las excavaciones modernas ejecutadas en el lugar. (Cfr. L. E. Cox Evans, *«The Holy Sepulchre», Palestine Exploration Quarterly, 100* [1968], pp. 112-136.)

S. Juan es el único evangelista que consigna este detalle: «Había un jardín en el lugar, dice... y en el jardín un monumento nuevo en el cual todavía nadie había sido enterrado» (19,41). S. Juan usa la palabra griega *képos = jardín (Dic.* R. Mendizábal), aunque la Vulgata y muchos con ella la traducen por *huerto.* Una prueba más de que el autor del cuarto evangelio es un testigo presencial.

Poco sabemos sobre la forma concreta del mismo sepulcro. Primero, la mutilación de Constantino, que lo aisló del resto de la montaña para construir sobre él su magnífica basílica (s. IV); la destrucción, después, de dicha basílica por los persas en el 614, y por los musulmanes en el 936-937 (P.G. 111, 1083); y más adelante, el arrasamiento a zapapico y martillo ordenada por el califa Al Hakim en 1009. Incluso pequeñas destrucciones causadas por los peregrinos, que procuraban llevarse algún trocito de roca como reliquia, hicieron que el sepulcro actual, cobijado bajo el templo construido por los cruzados en el siglo XII, esté completamente mutilado.

No obstante se conservan en Jerusalén algunas tumbas del tiempo de Jesús, que nos pueden dar una idea bastante exacta de cómo sería la de José de Arimatea, cedida a Jesús.

Constaba, al parecer, de dos compartimientos: la cámara sepulcral propiamente dicha y una antecámara o vestíbulo al que se descendía por unos pocos escalones. Este quedaba abierto al exterior y servía para que los amigos pudieran ir allí a llorar por el difunto. Todo el conjunto estaba orientado de occidente a oriente. (Fig. 43.)

Una pequeña abertura semicircular, según anota el peregrino Ludolfo, párroco de Suchen, que lo visitó desde el año 1336 al 1341, de unos 80 por 70 cm. (Judica) comunicaba el vestíbulo con la cámara sepulcral. Había, pues, que agacharse mucho para mirar y pasar al interior. «Un hombre apenas puede penetrar en ella, si no es de rodillas y encorvándose» dice otro peregrino ruso de la Edad Media, el higumeno Daniel (1106-1109).

Se cerraba dicha abertura haciendo rodar una gran piedra redonda, a manera de muela de molino, que estaba encajada en una gran ranura lateral excavada en la misma roca. Esta piedra se deslizaba por un carril excavado también en el suelo al nivel de la antecámara.

La cámara mortuoria era una estancia pequeña de unos cuatro metros cuadrados. Arculfo (s. VII) y el higumeno ruso Daniel (s. XII) atestiguan que en su tiempo, antes por tanto de la destrucción de Al Hakim, tenía forma circular de cuatro codos de diámetro (Daniel). En ella cabían 9 personas de pie (Arculfo). Otro autor antiguo, Aimón, obispo de Halberstadt (840-853), añade que, según el testimonio de los que lo habían visitado, «una persona puesta de pie podía tocar el techo con la mano» (Cfr. Savio, *Ricerche...* pp. 3-12).

A lo largo del lado septentrional de la gruta, el situado a la dere-

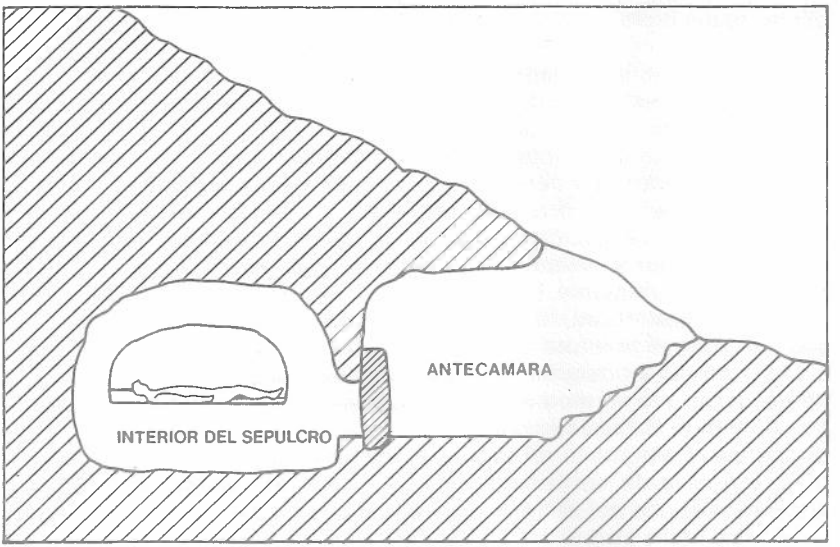


Fig. 43. Esquema del sepulcro, propuesto por el Dr. Judica.

cha de la entrada, se extendía, bajo un arco excavado en la pared, el banco de piedra (arcosolio) destinado a recibir el cadáver. El banco medía, según Arculfo, siete pies de largo, y 3 palmos y medio de ancho según Aimón. Es decir, unos 2,42 m. de largo por 0,9 de ancho.

Siendo las medidas de la Síndone 4,32 m. de longitud por 1,10 de anchura, aparece clara su proporción para ocupar dicho banco sepulcral, dado que ella había de doblarse en dos partes en su sentido longitudinal.

El banco estaba a 3 palmos (unos 60 cm.) sobre el nivel del suelo según S. Beda el Venerable.

Este banco parece que tenía una grada de unos 10 cm. en su extremo izquierdo (el occidental) para servir de apoyo a la cabeza del difunto. Gracias a esta pequeña grada, la cabeza de Jesús no cayó hacia atrás en el sepulcro y pudo darnos la impresión que da en la Síndone de un hombre de pie con la cabeza en posición normal. Aun existiendo ese pequeño escalón, suponemos que la cabeza de Jesús fue mantenida en alto por un cojín o algún otro objeto blando, que aplicase bien la sábana a la cerviz.

También solía existir, en otra parte de la cámara, una cavidad en la pared para almacenar las urnas-osario con los huesos de los difuntos antiguos. Como el sepulcro de José de Arimatea era nuevo, no sabemos si tenía esta cavidad.

«Allí, pues, a causa de la parasceve de los judíos, puesto que el monumento estaba cerca, pusieron a Jesús» (Jn 19, 42).

b) Al estilo judío

S. Juan tiene el cuidado de anotar que Jesús fue sepultado el estilo judío: «según es costumbre sepultar entre los judíos» (19, 40). Digamos algo sobre el particular.

Los romanos quemaban a sus muertos, los egipcios quitaban al cadáver sus intestinos y demás órganos internos, lo templaban luego en una especie de salmuera —natrón— y por último lo fajaban con bandas. Era la momificación. Entre los judíos los ritos funerarios parece comenzaban por el lavado del cadáver. Luego se le ponía uno de sus vestidos, generalmente la túnica blanca de lino que vestía el difunto los días de gran fiesta, la cual era sujetada por debajo del mentón, sobre los pies y a la altura de las manos. (Cfr. Wilson.)

«Sin entrar en detalles sobre la sepultura entre los judíos, se puede asegurar que no momificaban a sus cadáveres, como los egipcios», nos dice el P. Balagué (o.c.).

«Ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento se encuentra otra costumbre que la de vestirlos. Nunca se habla de vendas, de sacar las vísceras, del uso del natrón o carbonato de sodio.»

Por su parte otro especialista, De Vaux, especifica: «Los alfileres y los ornamentos que se encuentran en las excavaciones de las tumbas indican que los muertos eran enterrados vestidos... Los guerreros con sus armas: su espada bajo la cabeza y el escudo debajo de su cuerpo, según Ez. 32, 27» *(Les Institutions de l'Ancient Testament,* París, 1958. I, p. 94).

Y otro especialista, Robeltella, detalla mucho más. «Apenas se tenía plena certeza de la muerte, los parientes del difunto lo besaban y le cerraban la boca y los ojos para darle la actitud de uno que duerme. Luego lo envolvían desnudo en una larga sábana y lo tendían en el suelo, pronunciando las palabras: "Tú eres polvo y en polvo te convertirás". Después de este rito preliminar se procedía a la purificación del cadáver lavándolo con agua tibia, rasurándolo, perfumándolo y ungiéndolo con esencias diversas (bálsamo, mirra, nardo, áloe, aromas diversos) aptas para retardar la putrefacción y alejar los malos olores. En fin, se procedía a la vestición definitiva, que consistía en el hábito común *(I Vangeli nella Critica Moderna.* Turín SEI, 1960, p. 169).

Es lo mismo que había escrito el rabino de Lunéville, Alfred Lévey, en *Deuil et ceremonies funèbres chez les Israelites,* citado por Barbet *(La Passion...* p. 209).

Los tres casos de resurrección de muertos que narran los evangelios: Lázaro (Jn 11, 44), el joven hijo de la viuda de Naím (Lc. 7, 11-17) y la hija de Jairo (Mc 5, 41-42), muestran que iban vestidos, no fajados. Por ello pudieron, al ser resucitados por Jesús, incorporarse al instante, moverse y alternar con los presentes. Sólo Lázaro se presenta con las manos y pies atados de modo que no podía andar libremente. Tal vez por hallarse el sepulcro lejos y poderle llevar más cómodamente a él. En el caso de Tabita, narrado en Hech 9, 37-41, se detalla expresamente que fue lavada antes de ser amortajada.

Otro detalle interesante es la postura en que eran dejados los ca-

dáveres en la tumba. Las recientes excavaciones realizadas en Qumrán, llevadas a cabo por el P. de Vaux, han descubierto que los esenios, la secta religiosa judía que habitaba aquel monasterio, enterraban a sus muertos de manera parecida a lo que delata la Sta. Sábana. Varios esqueletos han sido hallados yacentes sobre la espalda, los codos separados y las manos cruzadas sobre el pubis. Exactamente como aparece en la Síndone. (Cfr. Edmund Wilson, *The Scrolls from the Dead Sea,* Londres, W. Allen, 1955, pp. 50-60. También, *Revue Biblique,* 1953, p. 102 y Lám. V.)

Con toda razón, pues, puede decir S. Juan que Jesús fue sepultado según la costumbre judía.

En tres cosas, con todo, se aparta el sepelio de Jesús del estilo judío: Jesús no fue rasurado, ni lavado, ni vestido. Simplemente, desnudo como estaba, con sus heridas llenas de sangre coagulada (menos la hipostática o postmortal recién salida de los pies y el costado...) fue envuelto en una gran sábana y colocado en el sepulcro. Si hubiera sido lavado, no aparecerían en la Síndone las múltiples manchas de sangre.

Los autores que afirman que el cadáver de Jesús fue lavado, lo suponen, no lo prueban. En los evangelios no se dice nada de ello.

Y ¿por qué esta anormalidad?

Ante todo conviene consignar que no está claro que, en caso de muerte *violenta,* los hebreos lavaran sus cadáveres. Un grupo de cinco especialistas, en un artículo aparecido en *Sindon,* n. 30 (1981), pp. 19 ss., examina a fondo esta controversia. «Con un estudio profundo, dice la redacción de la revista, demuestran que, según las costumbres funerarias de los hebreos, no se lavaba nunca el cuerpo del difunto en los casos de muerte violenta.»

En tal caso, no sería contrario a la costumbre judía el no haber lavado ni afeitado el cuerpo de Jesús antes de enterrarlo; al contrario, formaría parte de dicha costumbre.

Aparte esto, no hubo tiempo material para esta operación. Jesús había muerto sobre las tres de la tarde. Hasta entonces, pues, José de Arimatea no pudo dar ningún paso. Entonces tuvo que trasladarse a la torre Antonia, solicitar audiencia de Pilato y pedirle la autorización de retirar el cadáver.

«Si las calles de Jerusalén de entonces, anota Wilson, se parecían un poco a las de la ciudad antigua de hoy, él hubo de emplear diez minutos al menos para trasladarse allá; y probablemente más a causa de la muchedumbre de peregrinos llegados a Jerusalén para la Pascua. El hubo de esperar un poco para conseguir la audiencia. Después Pilato envió un centurión al Calvario para tener confirmación de la muerte de Jesús. A su vuelta, hubo de redactarse una especie de documento que otorgase a José el derecho que pedía. Después de lo cual, José reemprendió el camino del Gólgota acompañado de Nicodemo. Por el camino se detuvieron para comprar las piezas de tela y las especias. Llegados al Calvario, bajaron el cuerpo de la cruz y lo transportaron al cercano sepulcro.» Allí tuvieron que desclavarlo del patí-

bulo, doblar los brazos sobre el cuerpo, atárselos, aderezar un poco su cabello y las demás operaciones del entierro.

En total, para todas estas operaciones, necesitaron cerca de tres horas, según M. Féret (o.c. p. 101).

No olvidemos que aquel día era parasceve, es decir la víspera del sábado, y de un sábado especialmente solemne por ser la Pascua. Hacia las seis y media de la tarde empezaba, con la puesta del sol, el sábado en el cual ya no se podía trabajar. El sepelio había de concluirse antes. Hubo de ser, pues, forzosamente precipitado. No había tiempo para ir en busca de agua, calentarla, lavar el cadáver y rasurarlo.

Un ilustre historiador y arqueólogo, el Dr. Sepp - Haneberg *(Das Leben Jesus,* 4.ª ed. vol. V, München, 1902, p. 503) en su *Vida de Cristo* escribe: «Se sabe que los lavatorios y purificaciones practicadas por los judíos en la sepultura, entre las cuales entraba el rasurar hasta el último pelo del cuerpo, requerían mucho tiempo y fatiga... Un cadáver ensangrentado, cabello y barba impregnadas de sangre coagulada, llagas cubiertas de costras sanguíneas... Lavar y limpiar con cuidado todo esto para untarlo después con ungüentos, exigía más tiempo del que tenían entonces a su disposición, antes de caer la noche festiva».

Es verdad que Maimónides, médico judío de Córdoba (s. XII), pone entre las prescripciones en uso entre los judíos el corte de la barba y los cabellos, pero las especiales condiciones de Jesús muerto y las circunstancias de su sepultura son para el Dr. Sepp razones más que suficientes para negar que le fueran practicadas a Jesús.

Por lo demás, anota el P. A. Vaccari, la frase «como es costumbre sepultar entre los judíos» se refiere evidentemente a las palabras precedentes: «lo envolvieron en paños con aromas». Esta era precisamente la especialidad del uso judío, el uso de aromas y la manera particular de revestir al cadáver. El uso de lavar el cadáver era común a todos los pueblos para los cuales escribía el evangelista. «Así, pues, concluye el P. Vaccari, el texto evangélico no excluye que alguna parte de los ritos enumerados por Maimónides hubiera sido omitida, y que, lo mismo que se hizo, por las prisas, fuera ejecutado sí en lo sustancial, pero no completamente acabado en el modo».

Y concluye el ilustre biblista: «Una explicación del origen de la Síndone de Turín que se funda sobre la falta de lavado del sangrado cuerpo de Cristo, o sobre otra imperfección propia de un apresurado embalsamamiento, no tiene en contra de sí ningún dato de los evangelios, y tiene en cambio en su favor las circunstancias excepcionales en las que se debió proceder en su sepultura» (Convegno, Torino, 1939, p. 145) [119].

---

[119] Contiene la Misnah (Trat. Sabbat, 23, n. 5) un texto que permite hacer en sábado todo lo conveniente referente a los muertos. Con ello caería por su base la explicación de que la sepultura de Jesús había de terminarse antes de la puesta del sol. No habría prisas. Pero precisamente ese mismo pasaje determina y restringe cuanto se puede hacer en sábado: se puede lavar y ungir el

Por esta razón varios autores opinan que aquél no fue un entierro definitivo, sino una mera preparación del sepelio definitivo que habría de tener lugar pasado el sábado. Y lo confirman con el mismo texto de Juan: Kathós éthos estín tois ioudáiois entaphiátzein, que M. Lévesque, exegeta y filólogo, traduce por «según la costumbre de *preparar* el sepelio, usada entre los judíos» *(Dic. de la Bible).* El diccionario Bailly y otros varios autores dan esta misma traducción: *preparar el sepelio,* al verbo entaphiátzein.

Cierto que la unción de los cadáveres era operación de mujeres. Con todo, si hubiera habido plan de ungir más espléndidamente a Jesús el domingo por la mañana, no se explicaría la ausencia de varones para ejecutar junto con ellas tan fatigosa acción. Al menos para los trabajos más duros de hacer rodar la puerta del sepulcro y levantar el cadáver. La impresión que causa la lectura de los evangelios es más bien de que la idea del definitivo y más espléndido embalsamiento surgió de la generosidad y amor de aquellas mujeres, no contentas con lo que se había hecho con su querido Maestro, y sobre todo, deseosas de poner ellas algo de su parte.

Lo segundo, el por qué no fue vestido Jesús sino sólo envuelto en una sábana, se explica fácilmente por el hecho de no tener a mano ningún vestido de él. Se los habían apropiado los soldados.

También aparece por otras fuentes, que esta manera de enterrar no era desconocida en Israel. Recordemos lo indicado más arriba sobre el hallazgo en Qumrán de algunos cadáveres enterrados así: yacentes, sin vestido y envueltos sólo en una simple sábana. Señal de que en algunas circunstancias, p. ej. por la premura de tiempo, no era raro entre los judíos enterrar de esta manera a sus difuntos.

Es más, Maimónides tiene una manera de hablar que podría indicar que este modo de enterrar, con una sábana simplemente, era relativamente frecuente. Escribe: «Después de haber cerrado los ojos y la boca del muerto, se lavaba el cuerpo, se le ungía con esencias perfumadas y se le envolvía en una gran tela blanca, dentro de la cual se encerraban al mismo tiempo aromas» (Lévesque, *Embaumement* en el Dic. de la Bible). No habla de vestido alguno Maimónides. Y en concreto, el *Código de la Ley hebraica,* «Ley de Duelo» cap. 364, dice expresamente que para toda persona ejecutada por la autoridad sólo se utilizaba una tela para su sepultura.

c) Significado de unas palabras

Esto supuesto, podemos pasar ya a la manera como describen el sepelio los cuatro evangelistas. Habremos de adentrarnos un poco por el campo lingüístico. Cosa árida, es verdad, pero necesaria por la de-

---

cadáver, pero no se le puede mover un miembro, ni siquiera cerrarle los ojos. Y si es preciso dejarlo sobre el pavimento para retardar la putrefacción, se le debía quitar de debajo el colchón y dejarlo menguar sin moverlo. ¡Nada de sepultarlo! (Vaccari ibíd.).

cisiva importancia que el auténtico significado de las palabras usadas por los cuatro evangelistas tiene para nuestra investigación. Aunque parecen usar palabras y conceptos diversos, vamos a ver que no es así.

S. Mateo escribe: «Y José, tomando el cuerpo (de Jesús), lo envolvió (enetýlitzen) en una sábana (en sindóni) limpia y lo depositó en su propio sepulcro» (27, 59-60).

S. Marcos por su parte dice: «Y (José), habiendo comprado una sábana (sindóna)... lo envolvió (enéilesen) en la sábana y lo depositó...» (15, 46).

S. Lucas a su vez escribe: «Lo envolvió (enetýlitzen) con la sábana (sindóni)» (23, 53).

S. Juan, en cambio, cambia de palabras e introduce otro personaje. Dice: «Vino también Nicodemo, el que la primera vez había venido a él (Jesús) de noche, trayendo una mixtura de mirra y áloe, como cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo envolvieron (édesan) con lienzos (othoníois)» (19, 39-40).

Seis palabras griegas cuyo auténtico significado es preciso concretar: *sindón* y *othónia,* para indicar la tela con que le envolvieron; los verbos *entylísso, eneiléo* y *déo* para indicar la acción de envolver; y *soudárion,* para el velo que le pusieron en la cabeza.

Sobre el significado de *sindón* no hay dificultad. «Es una sábana o pieza de tela grande con la que uno puede envolverse completamente para dormir y cubrirse la desnudez hasta el punto de poder salir a la calle sin más» (M. Balagué) [120]. Recordemos el episodio de aquel joven, probablemente el mismo S. Marcos que lo cuenta, que «envuelto con una sábana (sindóni) sobre el cuerpo desnudo», seguía a Jesús llevado preso desde Getsemaní. Le quisieron detener, «más él, soltando la sábana, se escapó desnudo» (Mc. 14, 51-52).

Othónia siempre había sido traducida por *lienzos.* En 1879 los protestantes E. Reuss y L. Segond introdujeron la traducción de *bandas, fajas* o *vendas;* versión que se fue generalizando en las posteriores traducciones modernas (con algunas honrosas excepciones), especialmente en las lenguas romances.

Existe en griego la palabra *othóne.* S. Lucas la usa para indicar la gran sábana a manera de recipiente, llena de toda clase de animales, que S. Pedro vio descolgarse del cielo estando él orando en una terraza de Jope (Hech 10, 11; 11, 5).

---

[120] *La prueba de la Resurrección* en *Estudios Bíblicos,* 1966, pp. 169-192.

El P. Miguel Balagué Salvia, escolapio, ha enseñado en el Calassanctium de Roma, en las Casas Centrales de las Escuelas Pías de España y en el Instituto teológico de Salamanca. También ha dado cursillos en la Pontificia Universidad de Salamanca. En esta ciudad ha montado el Museo Bíblico Escolapio. Su especialidad son las humanidades, griego, hebreo y Sagrada Escritura.

Nos apoyamos con tanto más gusto en este ilustre exegeta español, no sólo por la precisión y profundidad con que ha estudiado el punto que nos ocupa, sino también por su autoridad, puesta de manifiesto al ser citado y comentado por Raymon E. Brown, S.S. *(El Evangelio según S. Juan,* Edic. Cristiandad - Madrid, 1979, pp. 1293 y 1319), uno de los mejores especialistas sobre el Evangelio según S. Juan.

De *othóne* procede *othónion,* de aparente matiz diminutivo, aunque no lo es. En el griego vulgar, llamado Koiné, «el sufijo -ion sirve para formar nombres concretos a partir de términos genéricos o abstractos, o de nombres de cosas manufacturadas a partir de nombres de la materia... Así de *othóne* (lino, tela, tejido, trama, tela fina para vestido de mujer, vela, túnica) se formó *othónion* (tejido, paño de lino; pañuelo, faja; vela, tela de vela, vestido de lino: túnica ligera» (Balagué, o.c.). *Othónia* no es más que el plural de *othónion.*

Para dar el nuevo significado de *bandas* a la palabra *othónia* se apoyaron sus autores en dos papiros, el de París 53 y el de Giessen 68. Parece, con todo, que los interpretaron mal y que éstos más bien prueban lo contrario, es decir, que othónia significa sábana o lienzos, no bandas.

El ilustre profesor de Sda. Escritura en la Facultad de S. Francisco de Borja de San Cugat del Vallés (Barcelona), P. Sebastián Bartina, S.I., ha estudiado a fondo este punto tomando como base, no sólo estos dos papiros, sino otros cinco más [121].

El papiro UPZ I 85 París, National 53 (del año 163-160 a.C.), es una nota de objetos comprados. Uno de ellos (línea 8) es un *othónion egkoimetérion,* es decir, un othónion *de cama* o *para dormir.* Se trata, pues, de una sábana o algo parecido, no de bandas. Nadie duerme envuelto en bandas.

El segundo papiro (P. Giss, 68, del siglo II) es una carta de una madre que encarga la compra de *othónia* por valor de trescientas dracmas para la sepultura de su hijo. Nada indica en el papiro que se trate de una momificación del hijo, al estilo egipcio, cosa ya rara en el siglo II de nuestra era. Nada induce, pues, a creer que se trate de vendas en lugar de sábanas u otros tejidos de lino. El ilustre papirólogo P. M. Meyer traduce aquí la palabra othónia por *vestidos o lienzos de lino.*

Otro papiro famoso y de gran importancia para nuestro asunto es el de la colección Rylands (P. Ryl. IV 627) publicado en 1952. Se trata de la nota del equipaje de un funcionario imperial que viajaba desde Nikiu, en el bajo Egipto, a Antioquía de Siria el año 320. La lista tiene varios apartados. El primero está encabezado por las palabras *anagraphé skeuón* = lista de vestidos. Y debajo, en líneas separadas, va consignando una serie de vestidos exteriores y la cantidad que lleva de cada uno de ellos.

El segundo capítulo va encabezado por las palabras *othonion omoios* = *igualmente* (lista) *de lienzos.* Y bajo ese título coloca varias piezas de tela. Entre ellas pone un *phakiárion* (pañuelo), y cuatro *sindónia* (sábanas). «Phakiárion es la transcripción de la palabra latina *faciale,* sinónima de *sudarium*» (Vaccari).

El tercer capítulo de prendas va precedido del título: *stomáton omoios* = lista asimismo de telas para la cama. Y entre ellas se encuentra la palabra *phaskías* = bandas para ceñirse. *Phaskíai* es la transcripción del latín *fascia,* que en griego se llaman *keiríai.*

---

[121] «Othónia, ex papyrorum testimoniis, linteamina», en *Studia Papyrologica,* San Cugat del Vallés, España, t. IV, fasc. 1.º, enero-junio 1965, pp. 26-38.

Está claro, concluye el P. Bartina, que othónia es, según este papiro, un nombre genérico que incluye a sindón y a soudárion. Othónia significa, pues, lienzos (de lino). Las phaskíai o keiríai (= bandas o vendas) pertenecen a otro género.

Lo mismo supone S. Lucas cuando identifica othónia con sindón. Lo que primero llamó sindón («lo envolvió en una sábana» = sindóni; 23, 53) luego lo llama othónia («Pedro... agachándose, ve los lienzos = othónia; 24, 12).

Nos fijamos en estas palabras porque las encontramos en los evangelios con ocasión de la sepultura de Jesús.

Sigue después el P. Bartina estudiando otros cuatro papiros más: el P Oxy. XIV 1741, el P SI IV 599, el P Sorbona inv. 2142 y el P Madrid inv. 16.

Este último es igualmente la lista de un pedido de prendas de vestir, escrita a finales del siglo II o principios del III. Bajo el título de «pedido de othonion» se hallan tres *sindónes* y dos *soudária.* No cabe la menor duda de que, según este papiro, las sindónes y los soudária son una clase de othónia. «A toda síndone se la puede llamar othoníon, dice Bartina, pero no al revés.»

Y concluye su estudio con estas palabras: «Teniendo en cuenta el conjunto de estos testimonios, la palabra othónia es un término genérico que comprende como especies particulares a sábana y sudario; no comprende, en cambio, las bandas; al menos no siempre».

«Por consiguiente othónia significa lienzos (de lino). Y los sinópticos, al usar la palabra sindón (sábana) quieren decir lo mismo que S. Juan cuando habla de othónia o lienzos»... *Phaskíai* (bandas) es claro que pertenece a otro género» [122].

De la misma opinión son, en términos generales, A. Vaccari, S.I., del Instituto Biblico de Roma, M. Balaguer, Sch. P., del Calassantium de Roma, C. Laverne, O.P., del Instituto Bíblico de Jerusalén, A. Feuillet, O.P., del Instituto Católico de París y R. Robinson, obispo anglicano, de la Universidad de Cambridge. Todos ellos ilustres y conocidos biblistas y exegetas.

Llama la atención el que S. Juan use la palabra othónia, en plural, para significar la sábana (singular) de que hablan los sinópticos. Lo explican los autores diciendo que en el lenguaje popular y bíblico se usa con frecuencia el plural enfático en vez del singular para darle más relieve. Así en varios sitios del Nuevo Testamento se halla la palabra *himátia* = vestidos en lugar del singular, vestido. Con todo, puesto que othónia puede incluir a sindón (sábana), a sudárion (pañuelo) e incluso en algún caso a phaskías (bandas para ceñirse), tal

---

[122] Aduce en nota el P. Bartina una anécdota, contada por un monje del Sinaí, que corrobora esta traducción. «En la ciudad de Cartago, hacia el año 625 de nuestra era, por tanto cuando todavía estaban en vigor allí la lengua y cultura griegas, mientras se celebraban los funerales de un personaje principal, se oyó una voz que salía del sepulcro pidiendo socorro. Se acudió al punto y encontraron vivo al que creían muerto. Inmediatamente le quitaron *tàs sindónas kai tàs keirías,* las sábanas y las vendas. Señal que sindónas y keiríai no son lo mismo.

vez sea también correcto pensar que S. Juan quiso incluir en la palabra othoníais a todas las telas empleadas para el sepelio de Jesús, que fueron varias.

En concreto, en el entierro de Jesús, la palabra othónia, usada por S. Juan, no puede significar bandas. Primero porque los judíos no fajaban a los muertos al estilo egipcio, como diremos en seguida; los enterraban vestidos. Así Lázaro, al resucitar, sale del sepulcro vestido, con las manos y pies atados *con bandas* o *keiríais,* dice S. Juan (11, 44), no con othoníais. Segundo, porque de significar aquí la palabra othoníais «con bandas», habríamos de suponer que la sábana comprada por José de Arimatea habría sido rasgada, en el sepulcro, para hacer bandas. Suposición completamente gratuita. Si José hubiera querido vendas o fajas, para fajar a Jesús, habría comprado esto y no una sábana, como atestiguan los tres sinópticos. En tercer lugar, porque si se trataba, según algunos, de un enterramiento provisional, que había de rehacerse al cabo de dos días, no parecen tan aptas las bandas como una simple sábana.

Ni se puede admitir lo que insinúan algunos autores (cfr. *Sindon,* n. 16, p. 33) que S. Juan no quiso describir lo que de hecho hicieron con el cadáver de Jesús, sino que, llevado de su afán teológico, dice que «le ataron con vendas» para hacer resaltar más el milagro de la futura resurrección. Como si ésta necesitara de este contraste insignificante para poner de relieve su carácter milagroso extraordinario. Estos autores creen, por lo mismo, que hay que renunciar a querer conciliar a S. Juan con los tres sinópticos. Estos relatarían los hechos históricos, S. Juan perseguiría sólo el significado profundo teológico usando para ello un lenguaje sibilino y esotérico, que es preciso interpretar en cada caso. Como lo que anotábamos más arriba sobre la piscina de los cinco pórticos. Lo que pueden los prejuicios. Ya hemos indicado que es verdad que S. Juan tiene siempre un significado teológico profundo; pero para ello no necesita tergiversar los hechos reales, ni usar palabras con una significación distinta de la que tienen. Le basta con seleccionar los hechos y dichos reales de Jesús que más le sirven para la enseñanza que quiere inculcar. No inventa ni hechos ni dichos; profundiza simplemente en su significado. Y la arqueología se ha encargado de demostrar en particular la fidelidad de sus datos topográficos. (Véase el apéndice C al final del capítulo.)

El sudario. Hemos indicado que la palabra othoníais usada por S. Juan puede incluir también a phakiárion o soudárion. Como esta última palabra ocupa un lugar destacado en el Evangelio de S. Juan en orden a la sepultura de Jesús (20. 7), es preciso estudiar también su verdadero significado antes de pasar a los tres verbos usados por los cuatro evangelistas para indicar la manera como fue envuelto Jesús.

Soudárion muestra claramente su significado por su etimología latina: *sudarium,* de *sudor.* Era una pequeña pieza de tela que servía para enjugarse el sudor: un pañuelo. Lo llevaban atado al brazo o al cuello y era una pieza que siempre tenían a mano.

Algunos se empeñaron en que sudario se identificaba con sindón. Querían justificar la confusión antigua que usaba indistintamente suda-

rio y sábana para significar la mortaja de Jesús y que todavía hoy mantienen algunos, sobre todo autores franceses. Para ello alguno ha querido derivar soudárion de la palabra aramea *soudará,* un lienzo más bien amplio, del cual se hace todavía hoy abundante uso en Oriente para envolverse la cabeza o cubrirse todo el cuerpo. (Bruno Bonnet - Eymard, en el Simposio de Bolonia de 1981, *Atti...* pp. 75 ss.)

No parece pueda sostenerse tal opinión. Primero porque el uso que de esta palabra hacen los papiros recientemente estudiados no tienen relación, por el lugar de su procedencia, con el arameo sino con el latín. En segundo lugar porque en el mismo Nuevo Testamento sale algunas veces la palabra sudario en sentido de un paño pequeño. S. Lucas (19, 20) dice que el siervo indolente de la parábola había guardado el dinero de su amo en un sudario. Evidentemente, un paño pequeño. S. Juan (11, 44), al describir la resurrección de Lázaro, dice que éste salió del sepulcro «atada la cara con un sudario». La mentonera, como diremos en seguida. Y en los Hechos (19, 12) nos vuelve a decir S. Lucas que eran tantos los milagros que Dios obraba por las manos de S. Pablo, que bastaba aplicar sobre los enfermos los *sudarios* (pañuelos) usados por él para que quedasen curados. Igualmente, en un papiro egipcio de magia del siglo III de nuestra era, se dice: «envolver las hojas en un sudario vacío, entylíssein tá phýlla en soudarío kenó» (Balagué).

Por ello, los autores aceptan hoy comúnmente que aquí sudario indica un pañuelo más o menos grande que, arrollado sobre sí mismo, sirvió, atado sobre la cabeza, para sujetar la mandíbula de Jesús. Lo mismo que nos ha dicho S. Juan de Lázaro al salir del sepulcro.

Recordemos lo indicado más arriba de cómo la NASA detectó esta mentonera en la figura de la Síndone.

Los verbos entylísso, eneiléo y déo. «Entylisso, en los diccionarios, se encuentra con los significados: envolver, envolver en, enrollar, embalar, reunir dentro, encerrar, arropar, envolverse, ponerse el abrigo, revestirse de, guarnecer».

«Eneiléo: *meter dentro, introducir, envolver, revolver, enrollar, arrollar, implicar.* El significado de ambos verbos es, por tanto, parecido; aunque el de este último es más violento, como propio de Marcos. Por esto lo han corregido Mt y Lc por entylisso». (Balagué.)

El verbo *déo* (édesan) presenta mayor dificultad. Su significado primario es *atar, encadenar, aprisionar, impedir, obligar, atarse* (Dic. Zorell). Ahora bien, para atar una cosa no se usan sábanas, sino bandas. De ahí concluyen algunos (Blinzer) que othónia ha de traducirse aquí por bandas: le ataron con bandas.

Mns. Savio *(Ricerche storiche...* pp. 33-39) hace un profundo análisis de la palabra *déo* aduciendo diferentes textos; y encuentra que, junto al sentido de *atar* y *encerrar,* presenta muchas veces el de *envolver, ceñir, rodear, abrazar.* Teniendo presente, por otro lado, que la mayor parte de los manuscritos, aunque no los mejores (Sabatier, Vaccari...), intercalan en la frase de S. Juan la preposición *en* (édesan *en* othoníois), concluye: «Las investigaciones expuestas poco ha, excluyen que a la forma verbal *édesan* de S. Juan haya de atribuírsele

el significado de *atar*. Al contrario, prueban que tiene el sentido de *envolver*».

Por ello Balagué traduce la frase por «lo envolvieron en una sábana», dado que ha probado ya que othónia equivale aquí a sindón. Y Vaccari traduce: «Lo envolvieron en una sábana de lino y lo ataron con vendas de lino», tomando el plural othónia por el conjunto de telas con que amortajaron a Jesús.

Podemos concluir, pues, que los cuatro evangelistas dicen exactamente lo mismo: Jesús *fue envuelto en una sábana de lino.* Las tres frases, usadas por ellos: enéilesen té sindóni, de Marcos, enetýlitzen autó en sindóni, de Mateo, enetýlitzen autó sindóni, de Lucas y édesan autó (en) othoníois, de Juan, son equivalentes.

d) El sepelio

Con lo dicho podemos ya pasar a describir sucintamente el sepelio de Jesús.

Llegados al Calvario José de Arimatea y Nicodemo y presentado al centurión el documento de Pilato por el cual les otorgaba el procurador el cadáver de Jesús, pusieron luego manos a la obra desclavando los pies del crucificado. Lo hicieron con cuidado, ya que no aparecen magullados los pies en la Síndone.

Luego desmontarían el patíbulo de sobre el stipes o palo vertical y lo bajarían a tierra juntamente con el cuerpo de Jesús, clavado todavía en él por las muñecas.

Ya hemos indicado que el Dr. Barbet supone que en esta forma, clavado todavía en el patíbulo, lo llevaron al sepulcro, juntamente con el mismo patíbulo. Esto, naturalmente no lo controla la Síndone y muy bien pudieron desclavarlo sobre el mismo Calvario.

Esta hipótesis concordaría más con la tradición o suposición piadosa de que, al bajar el cuerpo muerto de la cruz, lo depositaron en el regazo de María, su «Madre Dolorosa». En el Calvario actual, entre el altar de la crucifixión y el de la cruz enhiesta, se halla otro dedicado a la Madre Dolorosa. Quiere recordar esta escena: María con el Hijo muerto en su regazo maternal.

Fuera de esto lo que fuera, se necesitaban al menos tres hombres para llevarlo al sepulcro: uno por cada extremo del patíbulo (si lo llevaron clavado todavía en él) y otro por los pies. Recordemos que según los médicos el cadáver de Jesús había quedado rígido luego de expirar.

Lo que sí nos dice la Síndone es que el cadáver de Jesús avanzaba en este traslado con los pies por delante. Así lo indican las huellas digitales del portador, dejadas sobre la sangre de los pies, la sangre hipostática que salió de ambas heridas al desclavarle los pies del stipes y que todavía estaba líquida. Recordemos lo dicho en la pág. 236.

Sin duda intervendría S. Juan en este traslado (no nos convencen las razones que dan algunos para suponer que S. Juan no estuvo presente en el sepelio. Nos parece inverosímil) y tal vez algún criado de José.

Durante este traslado fue cuando, al tomar el cuerpo la posición más o menos horizontal, se le fue vaciando por la llaga del costado, la sangre hipostática retenida en la vena cava inferior; la cual, resbalando hacia la espalda, formó esos reguerillos transversales a la altura de los lomos. Esto indicaría también que el cuerpo de Jesús estaba, durante el traslado, todavía encorvado, es decir, en la misma postura inclinada en que había quedado al morir sobre la cruz y que los lomos serían la parte más baja del cuerpo al ponerlo horizontal. No parece, pues, necesario, para explicarse la formación de esos reguerillos que se extienden entrecruzándose hasta el lado izquierdo, la presencia allí de una banda gruesa de tela, a manera de cincha, para facilitar el traslado.

Así que llegaron con el cadáver al sepulcro, lo colocarían sobre alguna piedra o superficie plana; tal vez el banco de la antecámara. Antes de introducirlo en el sepulcro de puerta tan angosta, habían de forzarle los brazos extendidos, para colocarlos en la forma que vemos en la Síndone, con las muñecas cruzadas sobre el pubis. Para ello hubieron de atárselos de alguna manera.

De hecho en la parte dorsal de los antebrazos hay, junto a las muñecas, una pequeña zona sin sangre. Aunque, como ésta procedía, según los médicos, de la parte anterior de la muñeca, no podemos hacer demasiado hincapié en esta ausencia de sangre en este lugar para asegurar que ello se deba al paso, por allí, de unas ataduras.

También forzaron el cadáver para quitarle la curvatura del tronco y el encogimiento de las piernas que había quedado al morir Jesús sobre la cruz. Había que dejarlo prácticamente plano sobre el banco sepulcral.

La rodilla izquierda, con todo, quedó anquilosada y ligeramente más elevada que la derecha. Como el pie izquierdo había sido clavado, probablemente, sobre el derecho y cruzado sobre él, la rodilla izquierda había tenido que doblarse más y remontarse algo sobre la derecha. Y así había quedado en la rigidez cadavérica. Los enterradores no se preocuparon de eliminar esa contracción.

Los pies quedaron ambos distendidos al máximo. Como lo estaban en la cruz. El pie derecho quedó completamente extendido y plano, lo que facilitó que su planta dejara una impronta completa sobre la Síndone. El pie izquierdo quedó, en cambio, encorvado sobre su planta y con los dedos orientados hacia el derecho y remontando su empeine. Ambos pies se presentan con los talones separados al máximo el uno del otro y con las puntas convergentes. Todo consecuencia de la posición que tenían en la cruz. No había porqué los enterradores se entretuvieran, con el poco tiempo de que disponían, en corregir estas pequeñas deformaciones que en nada estorbaban para el sepelio. (Fig. 44.)

Suponen algunos autores que también le fueron atadas las piernas a Jesús por encima de los tobillos. En la Síndone no aparece señal alguna de ello.

Por lo demás, el hecho de que Lázaro saliera del sepulcro con los pies atados no prueba que se hiciera lo mismo con Jesús. No parece

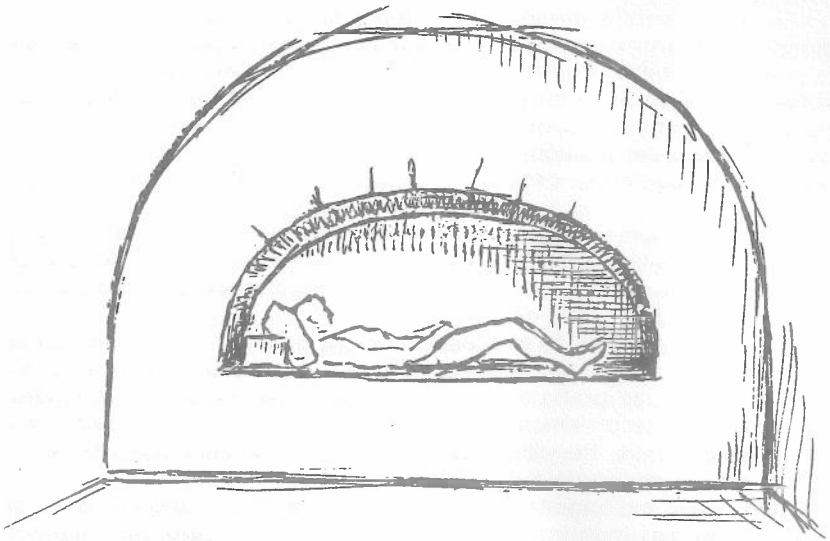


Fig. 44. Forma como quedaría el cuerpo de Jesús sobre el banco sepulcral.

que tuvieran los pies atados ni la hija de Jairo ni el joven de Naím. Ambos se ponen a andar luego de resucitados (Mc 5, 42; Lc 7, 15). Y no hay referencia alguna en el Evangelio de que fueran previamente desatados.

Extendieron entonces la mitad de la larga sábana sobre el banco sepulcral y colocaron sobre ella el cuerpo de Jesús, la cabeza hacia occidente y los pies hacia oriente. Así lo atestiguan Smaragdo, Aimón y otros autores antiguos (Cfr. Savio, l.c.); y lo mismo veremos confirmado por la Síndone [123].

---

[123] El hecho de que las improntas del cadáver de Jesús no quedaran en el centro de la Sábana, sino algo al lado, y de que por ello se le hubiera tenido que añadir posteriormente la franja lateral izquierda de unos 8 cm. de ancha, de que hablamos al principio, nos da un dato sobre la anchura del banco sepulcral.

Efectivamente, ello hace sospechar, como anota Fr. Louis Hardouin Duparc, O.P. *(Sindon,* n. 32, pp. 82 ss.) que la sábana-mortaja era unos 8 cm. más ancha que el banco de piedra del sepulcro y que Jesús no fue amortajado fuera del sepulcro. Si hubieran envuelto en la sábana el cuerpo de Jesús fuera del sepulcro, lo normal sería que lo hubieran colocado en el centro de la tela. Pero si suponemos que primero extendieron la gran sábana sobre el banco sepulcral antes de colocar sobre ella el cuerpo de Jesús, se explica que no quedara centrada la gran pieza de tela sobre el banco. Ajustarían el borde interior de la tela a la pared de fondo del arcosolio, y caería por delante del banco la franja de tela sobrante. El cuerpo fue colocado entonces sobre el centro del banco sepulcral, que no correspondía con el centro de la pieza de tela, por tener ésta una franja de unos 8 cm. colgando por delante. Por ello las figuras quedaron corridas hacia la parte izquierda de la sábana, es decir, hacia la parte de ella que envolvía la parte izquierda del cadáver, la más cercana a la pared de fon-

Entonces, arrollando un sudario sobre sí mismo, se lo pasaron, cogiendo la barba, por debajo de la mandíbula y se lo ataron fuertemente sobre la cabeza. Prueba de ello son los labios apretados que presenta el H. de la S., la falta de impresión en la Síndone de la parte superior de la cabeza, donde se hallaba el nudo del sudario, la barba recogida debajo del mentón (como aparece en la fotografía tridimensional), y las dos líneas oscuras que separan la cara de la cabellera lateral.

Algunos autores, engañados por la frase de S. Juan: «el sudario que había estado *sobre su cabeza*» (20, 7), supusieron, dado que el cadáver estaba echado boca arriba, que el sudario había sido puesto extendido y cubriendo la cara del difunto.

Esto no puede ser. Si el sudario hubiera estado en contacto con la cara del difunto de manera que la Síndone pasara por encima de él, no hubiera podido grabarse en ella el rostro del Señor con la nitidez que presenta. Recordemos que la imagen es sumamente superficial y no traspasa la tela. Por otro lado, un sudario extendido sobre la cabeza del difunto *por encima de la Síndone,* no tiene razón de ser.

Esto queda confirmado por lo que nos dicen los evangelistas en el caso de los tres muertos resucitados por Jesús. Lázaro salió del sepulcro con el sudario rodeándole la cara. «Kaì he ópsis autoú soudarío periedédeto»: Su cara estaba rodeada (atada alrededor) por un sudario» (11, 44). No le impedía, pues, la vista el sudario que llevaba, no le cubría la cara. Era una mentonera. Lo mismo podemos suponer en la hija de Jairo y en el joven de Naím. Ambos se incorporan y se relacionan con los presentes tan pronto son resucitados por la voz imperiosa de Jesús. Es más, en el caso de Tabita, narrado por S. Lucas en Hech 9, 37-41, se dice expresamente que así que S. Pedro le ordenó que se levantase, la muerta *abrió los ojos* y se incorporó. Nada le cubría, pues, la cara. Esto nos aclara la manera como ponían el sudario a los muertos, y cómo se lo pusieron a Jesús: a manera de mentonera para sujetarle la mandíbula.

Otro detalle delicado nos muestra la Síndone. Antes de dejar el ca-

---

do del arcosolio. Por ello, para centrar las dos figuras, tuvieron que añadir después la franja de 8 cm. que aparece ahora a la izquierda de la Síndone. Si ésta mide, pues, ahora 110 cm. de anchura y le quitamos esos 8 cm. añadidos, quedan 102 cm. como medida de la sábana primitiva.

Como el desplazamiento de las figuras hacia la izquierda es también de unos 8 cm., queda para el banco sepulcral la anchura de unos 94 cm.

El arqueólogo bíblico L. H. Vincent, O.P., estudiando el Sto. Sepulcro en 1911, deduce que el banco sepulcral tenía 94 cm. de anchura (Jerusalem, t. II, *Jerusalem Nouvelle,* p. 108, fig. 50). Hay que advertir que en esta anchura incluye él el espesor de las placas de mármol adosadas para proteger la roca.

También, según las investigaciones del P. Ceslas Lavergne, O.P. sobre los testigos del Sto. Sepulcro desde el siglo IV al XVII, resulta que las apreciaciones de los peregrinos sobre la anchura del banco sepulcral oscilan en torno a los 92 cm. El embajador de Luis XIII, Deshayes, en concreto midió doce pies y diez pulgadas, o sea 91,8 cm.

«Como se ve, concluye Fr. Hardouin, la concordancia entre los datos de la arqueología y el testimonio de la Sta. Sábana es sorprendente.»

dáver ya definitivamente instalado sobre el banco de piedra del sepulcro, le aderezaron los cabellos. Estos le enmarcan la cara, le bajan ondulantes hasta los hombros y están perfectamente compuestos por encima de la mentonera a la que ocultan y se adelantan rebasando algo el nivel de la cara. A esta circunstancia atribuyen los autores el que la Síndone, apoyada sobre ellos, quedase en el sepulcro prácticamente plana sobre la cara y de este modo su fotografía no resultase deformada a causa de la forma oval del rostro. No obstante no se los peinaron, ya que los regueros de sangre que parten de las heridas de las espinas sobre la cabeza, bajan rectos y perfectamente visibles por encima de ellos hasta los hombros.

También la cabellera de la espalda, que le baja por el centro en forma de cola de caballo hasta la parte baja de los omóplatos, está perfectamente delineada y compuesta. Nada del desorden en que debía haber quedado en la cruz después de tantos malos tratos y tormentos.

Por último le pusieron dos moneditas de cobre sobre los párpados para mantenérselos cerrados. Este detalle providencial nos ha servido para localizar en el espacio y en el tiempo la sepultura del H. de la S. Son dos monedas acuñadas por Pilato el año 29 de nuestra era.

También parece le colocaron sobre la frente la cajita de las filacterias, la que todo judío había de llevar puesta sobre la frente al tiempo de orar a Dios. Como si Jesús, difunto, quedase en oración, en íntimo contacto con Dios. Y fue así: la Divinidad no abandonó jamás a la Humanidad de Cristo, ni durante su muerte.

Hecho esto, le cubrieron el cuerpo con la otra mitad de la sábana, pasándola por detrás de la cabeza, hasta los pies. Se ve que el extremo de la tela rebasó un poco la punta de los dedos del pie derecho, ya que a continuación de su impronta superior aparecen marcados los pulpejos de los dedos.

Entonces recogieron sobre los flancos del cuerpo la parte sobrante, por ambos lados, de la sábana y la sujetaron al cuerpo con algunas vendas.

De esta operación quedan indicios claros en la Síndone en varias partes. La rosa sanguínea que cubre el empeine del pie derecho rebasa evidentemente la línea anatómica del mismo. Señal que la tela recogió también la sangre que resbaló del empeine hacia la planta por la parte lateral exterior del pie. Igualmente, a la altura de la unión de los dedos con el metatarso y a cierta distancia del pie derecho, aparecen dos manchas de sangre simétricas. Señal evidente de que por allí la tela formaba dos arrugas longitudinales y paralelas al cuerpo que hicieron que la sangre, recién salida de la herida al ser desclavados los pies, traspasara la tela y la marcara a distancias diferentes. Véase la figura 26 de la p. 306.

Otras dos manchas simétricas, que aparecen junto al talón del mismo pie derecho en la impronta dorsal, tienen el mismo origen.

Y cosa parecida sucede junto al codo derecho. El grumo de sangre acumulada sobre la cruz en la punta del codo, al reblandecerse en el sepulcro, ha traspasado la tela que lo envolvía y la ha manchado en

varios sitios situados a la misma altura. Y confirma esta hipótesis de los pliegues longitudinales de la mortaja junto al cadáver, el que la mancha o calco situado a 10 cm. del codo es mayor que el situado a 15 cm. La sangre tenía menor fuerza de penetración al haber atravesado ya otro doblez de la tela.

Sobre el número de bandas con que fue sujeta la sábana así adosada al cuerpo, discrepan los autores, como es natural, dado que nada concreto nos dice la Síndone. Unos se contentan con dos, una a la altura de los codos y otra a la altura de los tobillos. Estas son indispensables, por lo que acabamos de decir sobre las manchas laterales repetidas. Otros añaden otra banda a la altura de las rodillas y otra en el cuello.

El hecho de que las manchas sanguíneas de la nuca hayan quedado tan bien marcadas sobre la Síndone supone que la tela inferior estaba allí en perfecto contacto con el cadáver. Esto, aparte del pequeño escalón de piedra que supusimos existía allí sobre el banco sepulcral, podría indicar que un cojín o lío de ropa apretaba la tela inferior contra la nuca.

En cambio el cuello ha quedado casi eliminado. Si hubo, pues, una venda sujetando la Síndone al cuerpo por el cuello, no acercó la tela a éste.

También hay que eliminar el que la Síndone se acomodase a la figura oval de la cara. No hubiera salido ésta tan perfecta. La tela hubo de quedar plana o casi plana sobre la faz del cadáver.

Todo esto cuestiona un poco la existencia de semejante atadura en el cuello.

La banda a la altura de las rodillas tampoco parece necesaria, si consiguieron, como parece, dejar las piernas estiradas y casi planas sobre el banco sepulcral.

Respecto a la banda que le sujetó la mortaja por encima de los tobillos, hay que hacer notar también que no acercó la tela a la parte inferior de las piernas por la parte frontal. El tercio inferior de ambas tibias aparece progresivamente esfumado. Señal que la sábana hacía puente entre las canillas y la punta del pie derecho.

Otra cosa hemos de subrayar. El hecho de haber quedado la rodilla izquierda algo más elevada que la derecha da a la figura frontal la sensación de estar el cadáver en posición ligeramente encorvada, desde la cabeza a las rodillas. La tela se apoyaba sobre la cara, las manos y las rodillas, que eran los puntos más salientes. Por ello han quedado éstos mejor marcados. Consecuencia de este hecho, la figura de toda esta parte del cuerpo, en la impronta frontal, es unos 5 cm. más corta que la correspondiente de la impronta dorsal (Fusina).

Igualmente, en la impronta dorsal, la posición del pie izquierdo, replegado sobre sí mismo y con los dedos perdidos bajo la figura del pie derecho, da la sensación de un pie equino, anormal y propio de persona coja. Es lo que dio origen a la creencia antigua, de que hablamos más arriba.

Ya expusimos las demás anomalías anatómicas aparentes que presenta el H. de la S., debidas precisamente a haber sido *envuelto* por

la sábana-placa. Se ve, concluíamos, que unas manos piadosas aplicaron con cariño la tela mortuoria sobre el cadáver.

Da devoción pensar que estas manos piadosas, que hicieron este último y delicado servicio al querido difunto, no fueron otras que las de María, su Madre.

Por esto hemos indicado que, según el testimonio de la Síndone, el cadáver de Jesús fue colocado en el sepulcro con la cabeza a occidente y los pies hacia oriente, es decir, con el lado derecho junto al borde exterior del banco sepulcral. Todo el lado derecho de la figura frontal del H. de la S. ha quedado mejor marcado que el izquierdo, fruto de esta operación. A la parte izquierda del cadáver no llegaban las manos.

Suponemos, naturalmente, lo que acabamos de indicar poco ha: que todo el sepulcro estaba orientado de poniente a oriente y que se entraba en él por la parte oriental. Tal como está todavía hoy en Jerusalén y lo pedía el relieve del terreno.

Esta aplicación de la tela al cadáver forzosamente hubo de ser desigual, acentuando la buena impresión de unas zonas del cuerpo y sustrayendo tela a otras, alterándose con ello la simetría del conjunto. Este es el caso del brazo y del muslo derechos que estudiamos más arriba. También el de la nuca, perfectamente calcada, en detrimento del cuello, que aparece casi anulado.

Es probable también que algún envoltorio de tela apretara la parte dorsal de la sábana contra el pie derecho, dado lo perfectamente calcada que ha quedado la planta de dicho pie.

e) Los aromas

Otro dato nos aporta S. Juan sobre la sepultura de Jesús. Nicodemo llevó para ella «una mixtura de mirra y áloe, como cien libras» (19,39).

Más que un tratamiento antipútrido, era este uso de los aromas una muestra de piedad y cariño para con el difunto. Como las flores de nuestros días. Prueba de ello es que dentro de los osarios hallados en Giv'at-ha-Mivtar, por encima de los huesos recogidos, se hallaron esparcidas sustancias aromáticas. Señal que no se trataba de preservar aquellos restos de la descomposición, sino de honrar a los respectivos difuntos.

También se pretendía con los aromas contrarrestar los malos olores inherentes a la descomposición del muerto. Esto tenía una razón especial de ser en las tumbas familiares, sujetas a su reapertura para la sucesiva colocación en ellas de otros difuntos. (Ricciotti, *Vida de Jesús.)*

Lo primero que llama la atención es la enorme cantidad de aromas llevados por Nicodemo: como cien libras, es decir, de 30 a 35 kg. (32,7 kg.).

Veremos, con todo, que no es desproporcionada, aunque sí indica la munificencia de Nicodemo y su cariño y veneración por el Maestro.

La misma premura del tiempo de que disponían para el sepelio pudo aconsejar suplir con la cantidad la imposibilidad de atender mejor a su conveniente distribución, anota el arqueólogo prof. Fasola.

Recordemos, por lo demás, lo indicado más arriba: el cadáver de una joven yacente «inmerso» bajo una espesa capa de sustancia grasa y perfumada, encontrado en la Via Appia en Roma.

No sabemos a punto fijo cómo estaban mezclados y cómo se aplicaron a Jesús el áloe y la mirra: si en seco, si en solución oleaginosa o en extractos (esencias).

No parece esto último. Primero porque las esencias parecen más bien propias para ungir el cadáver, y sabemos que el cuerpo de Jesús no fue ciertamente ungido, dado que no había sido lavado. Por ello precisamente las mujeres pensaron en ungirlo, una vez acabado el descanso sabático. Y fijémonos que S. Lucas especifica expresamente que para ungirlo «prepararon aromas y *ungüentos*» (23, 56), no una mixtura, como la que llevó Nicodemo.

Además, si se hubiera tratado de esencias, sí que realmente sería excesiva la cantidad de 100 libras. Aecio en su *Necrón smírnesis* (Mirración de un muerto) indica, en su receta, que para la conservación de un cadáver bastaba una libra de áloe y otra de mirra (Savio, *Ricerche* pp. 44-45). Los ungüentos preciosos se solían guardar en finos recipientes de alabastro, que los conservaban mejor y que naturalmente eran pequeños.

Además la esencia líquida sacada de la mirra constituye un aroma peculiar, llamado stakté. S. Juan, por tanto habría tenido que usar esta palabra en lugar de smýrnes (mirra).

Por ello algunos autores, como Savio, piensan que Nicodemo llevó una mezcla de mirra y áloe en polvo finísimo, la llamada *diápasma,* que se habría esparcido sobre la sábana.

Ciertamente era corriente entre la gente adinerada el uso de semejantes mezclas para perfumar sus vestidos y sus lechos; pero no hay textos que hablen de semejante uso en los sepelios.

Por lo demás, si se tratase de semejante mezcla pulverulenta, también parece excesiva la cantidad de 100 libras. Por ello algunos autores (Wilson o.c. p. 83) suponen que se trata de terrones sólidos de áloe y mirra, incluidos dentro de la envoltura de la sábana. Ellos, aplicados contra el cadáver, habrían contribuido a mantener plana la tela por encima del cuerpo, a manera de placa fotográfica. Esta disposición explicaría, dicen, «la total ausencia de distorsión en la imagen, que ha sido siempre uno de los misterios de la Síndone».

En unas excavaciones realizadas en Villa Torlonia de Roma (1973-74), en unas catacumbas-cementerio hebreo del siglo II, se han encontrado los lóculos sepulcrales completamente cubiertos por una capa negruzca constituida por aromas oleaginosos. Las paredes interiores, el suelo y el techo, y también las paredes exteriores, una vez cerrada con cal la tumba, habían sido embadurnadas profusamente con tal sustancia.

El arqueólogo prof. Fasola, que los ha estudiado, concluye: «Tengo para mí que los trazos de aromas de Villa Torlonia dan testimonio de

un rito conexo con la sepultura hebraica» *(Actas Congreso de Turín* 1978, p. 60). Y debía de ser un rito funerario bastante extendido, añade, puesto que se hallan estos aromas en sepulturas de gente modesta.

Y aunque los judíos de Roma podían estar influenciados por las costumbres paganas, es conocido, no obstante, lo aferrados que estaban a sus ritos y tradiciones funerarias.

Y traslada el profesor Fasola al sepelio de Jesús este rito funerario. Lo llevado por Nicodemo sería, según él, una mezcla *oleaginosa* de mirra y áloe, que podía contener además otras sustancias. Aecio, en su receta para la unción de los cadáveres, cita otros cinco elementos aromáticos que solían usarse. El evangelista se habría limitado a nombrar los dos principales.

Con esta mixtura oleaginosa debía, pues, embadurnarse el banco sepulcral y todas las paredes interiores del sepulcro, superficie muy superior a la de los simples lóculos de Villa Torlonia. E impregnar tal vez también la misma sábana-mortaja y demás telas usadas en el sepelio.

Este rito era independiente de la unción del cadáver de que habla Moisés Maimónides en su *Halikot ebel* («Práctica del luto»). Jesús no fue ciertamente ungido.

En consecuencia concluye el ilustre arqueólogo: «No debe, pues, maravillarnos (la cantidad de 100 libras); ni parece oportuno recurrir a interpretaciones alegóricas (no olvidemos que el dato es de S. Juan) o sospechar transcripciones erróneas de los códices» (ibid. p. 61).

Una dificultad subrayan, con todo, los autores tanto para el caso de tratarse de una mezcla pulverulenta como de una aceitosa. Ninguna de las dos pudo ser aplicada directamente sobre la piel del cadáver. Los productos grasos habrían embebido las fibras del tejido en grandes zonas, aun en el caso de no haber impregnado toda la tela. Esto hubiera dado lugar a la formación de improntas confusas. Y mucho más si se hubiera impregnado toda la tela de dicha mezcla oleaginosa. La Síndone no presenta señal alguna de manchas oleaginosas.

Por otro lado, si una mezcla de polvo hubiera sido esparcida sobre la piel, las partículas se hubieran concentrado en las zonas húmedas del cuerpo por la secreción de líquidos orgánicos del mismo; lo que daría por resultado la formación de manchas, más bien que de una imagen correcta, como la que vemos ahora.

Así razona el botánico Galleri *(Sindon.* 29, p. 53). Por ello propone él la hipótesis de que parte de la mezcla seca fue esparcida a manera de lecho, sobre el banco sepulcral en el que había de ser colocado el cadáver, y la parte restante habría sido esparcida sobre la sábana, una vez ésta envolvió el cadáver. También pudo esparcirse parte de la mezcla por el suelo de toda la cámara sepulcral.

Hace notar más Galleri. En orden a la formación de las improntas a manera de un negativo fotográfico, hay que tener presente que el polvo, obstruyendo los poros del tejido, habría actuado como fondo. Sólo sus exhalaciones olorosas habrían podido llegar hasta el cuerpo enterrado «entre» aromas.

Estas emanaciones aromáticas a través del tejido serían, según la teoría vaporigráfica, las que habrían reaccionado con las amoniacales procedentes de la urea contenida en el sudor del cadáver.

Confirma Galleri su hipótesis sobre aromas secos en la posibilidad de que en vez de la palabra *mígma* (mezcla), que traen comúnmente los códices, hubiera de preferirse la lectura *éligma* (envoltura, saquito), que traen los códices más antiguos (Merk). Según eso, Nicodemo habría llevado consigo un saquito de mirra y áloe en polvo o granulento.

Si se hubiese tratado de ungüentos o mezcla oleaginosa, añade, el continente había de ser impermeable, es decir, un recipiente sólido, lo cual, unido al gran peso de la sustancia, no hubiera sido de fácil transporte.

Cien libras de aromas grasos le parecen además excesivos.

Por último hemos de consignar la opinión de aquellos que creen que esa enorme cantidad de áloe y mirra era para ser quemada, al menos en parte, en el interior de la cámara sepulcral para perfumar todo el ambiente (A. Legrand).

En tal caso parece se trataría del producto en polvo de la planta lináloe o madera de áloe (Aquilaria agallocha) de suave y penetrante olor. El áloe officinalis es de olor vagamente resinoso y poco aromático.

Este problema se lo plantea directamente el ilustre botánico G. Galleri en el lugar citado. El áloe officinalis (Aloe vera, L.) es una planta de la familia de las liliáceas, originaria del Africa austral. Su jugo, condensado y secado en masas amorfas, constituye la conocida droga *áloe*, de Plinio. Es una resina de preconizada virtud antipútrida, de un débil olor vagamente resinoso. Se usaba para embalsamar los cadáveres. No parece, en cambio, tan apta para perfumar el ambiente.

Por ello se inclina Galleri a pensar que el áloe aquí mencionado es la planta lináloe o madera de áloe *(Aquilaria agallocha)* procedente de las Indias Orientales, de suave y penetrante olor perfumado, y que a lo largo de los siglos se ha confundido con frecuencia con el áloe officinalis. Su jugo, secado y reducido a polvo, se usaba para perfumar los vestidos y los lechos, asociados a la mirra, casia, cálamo, cinamomo, nardo... prevenientes también de la India.

Como «al cuerpo de Cristo se le reservó un tratamiento honorífico de claro sentido simbólico, dice, los aromas están presentes aquí como reverente homenaje al cadáver que se desea "sepultar entre aromas" para que, incluso la memoria de la forma terrena sea partícipe del recuerdo de un alma inmortal que difunde el suave olor de la ya alcanzada y feliz morada de los elegidos» (o.c. p. 53).

Sólo que la agallocha o lináloe no posee aloetina ni aloína, las dos sustancias necesarias para reaccionar con el amoniaco de la urea y producir la imagen según la teoría vaporigráfica. Por lo mismo cree Galleri que dicha teoría debería revisarse. Tal vez haya de excluirse, indica, la intervención de los agentes aromáticos como catalizadores en la formación de las imágenes.

Con todo, últimamente, el Dr. Baima Bollone, con técnicas preci-

sas, ha descubierto sobre la Síndone trazas de áloe socotrino (officinalis) y de mirra, puestas allí al parecer, en forma de polvo *(Sindon,* 30, p. 34). Con ello parece cerrada la controversia.

Terminada la operación, «hicieron rodar una losa sobre la entrada del monumento» (Mc 15,46). Era una «piedra grande» subraya S. Mateo (27,60). Y se fueron. «Rayaba ya el sábado», anota S. Lucas (23,54); es decir: estaba a punto de ponerse el sol.

Y continúa: «Las mujeres, que habían venido con El desde Galilea y habían asistido a la crucifixión, habiéndolo seguido todo de cerca, inspeccionaron el monumento» y, «sentadas frente al sepulcro» (Mt 20,61), «observaban dónde y cómo había sido colocado su cuerpo» (Mc 15,47 y Lc 23,55).

«Y habiéndose vuelto, compraron y prepararon aromas y perfumes con el fin de ungirle (Lc 23,56 y Mc 16,1).

Aunque la unción de los cadáveres era faena propia de mujeres, la impresión, con todo, que causa la precedente lectura es que éstas tomaron la determinación de completar el sepelio, lavando y ungiendo el cuerpo del Señor, sin tratarlo con José de Arimatea. De lo contrario no se concibe que no se ofreciera ningún varón para abrirles el sepulcro, levantar el cadáver y hacer, en fin, las faenas más pesadas. Ellas querían aportar algo de su parte a las honras del querido y llorado Maestro. Por ello planearon una unción espléndida, sin mirar en gastos, ni en trabajo, ni en peligros.

La frase de S. Lucas «habiéndose vuelto, prepararon aromas y perfumes» parece indicar que el mismo viernes por la tarde, el poco tiempo que les podía quedar antes de comenzar el descanso sabático, empezaron ya sus preparativos. Preparativos que continuaron la tarde del sábado, acabado ya el descanso prescrito, y en los que perseverarían gran parte de la noche del sábado al domingo, pues «el primer día de la semana (el domingo), apenas rayó el alba, se vinieron al monumento llevando consigo los aromas que habían preparado (Lc 24,1). S. Juan subraya que «estaba todavía oscuro» (Jn 20,1).

Todo ello hace pensar que, si bien es verdad que el sepelio de Jesús fue precipitado por la premura de tiempo, —el Dr. Hynek calcula que el sepelio propiamente dicho duró sólo media hora *(Lo que revela...* p. 100)—, no parece, sin embargo, que fuera provisional y se pensara en completarlo pasado el sábado. A nuestro entender, este pensamiento fue hijo del cariño de las mujeres.

También hemos de consignar las diligencias y precauciones adoptadas por las autoridades judías. Ya que no pudieron evitar que Jesús fuera sepultado honoríficamente, «al día siguiente (es decir, el sábado, fiesta de Pascua), reunidos los sumos sacerdotes y los fariseos, se presentaron a Pilato, diciendo: Señor, nos hemos recordado que aquel embaucador, viviendo aún, dijo: "Después de tres días resucitaré". Manda, pues, que sea custodiado el sepulcro hasta el tercer día; no suceda que, viniendo sus discípulos, lo hurten y digan al pueblo: "Resucitó de entre los muertos", y sea el último engaño peor que el primero. Díjoles Pilato: "Ahí tenéis guardias; id y custodiadlo como sa-

béis''. Ellos fueron y aseguraron bien el sepulcro, tras de sellar la piedra, poniendo guardia» (Mt 27,62-66).

Así juega la Providencia divina con la malicia humana. Las precauciones que tomaron las autoridades judías para eliminar toda posibilidad de engaño en la resurrección de Jesús, sirvieron precisamente para patentizarla a los ojos de todos. Y de ellos mismos en primer lugar. Es de suponer que antes de sellar la puerta del sepulcro, se cercioraron bien de que el cadáver estaba allí. Hubiera sido ridículo sellar un sepulcro vacío. Y después hubieron de admitir muy a su pesar, que el cadáver había desaparecido de manera inexplicable. Los guardas puestos por ellos eran los mejores testigos de un hecho tan inesperado y trascendente. Aunque su malicia intentara después tergiversar lo sucedido, diciendo que mientras los guardias dormían vinieron los discípulos y lo robaron (Mt 28,11-15), era demasiado absurda la patraña para que se creyera. Su malicia cegó su inteligencia.

APENDICE AL CAPITULO VII

A. La Verónica

La mención más antigua que se conoce de la imagen de la Verónica es del siglo X, en el *Chronicon* de Benedetto di S. Andrea, monje de Soractes: «Joannes, papa... fecit oratorium sanctae Dei Genetricis, opere pulcherrimo, intra ecclesiam Beati Petri Apostoli, ubi dicitur Veronica». (El papa Juan... construyó un oratorio para la Santa Madre de Dios, hermosísimo, en la iglesia de S. Pedro Apóstol, en el sitio llamado Verónica). (M. G. H. SS., III, 700). (Cfr. Carlo Cecchelli, *Actas del Convegno de Turín,* 1939, p. 160). Hacia 1011 el papa Sergio le dedicó un altar (Wilson, *Le Suaire...* p. 297).

Se le llamaba *vera-ikon, el retrato auténtico* del Señor. Se había conquistado el corazón de los cristianos. «En copias innumerables se difundió pronto por todo el mundo de entonces. Rápidamente surgieron leyendas piadosas sobre su origen milagroso. Según la versión más común, éste sería el velo que una piadosa mujer llamada Verónica ofreció a Jesús para enjugar su rostro, camino del Calvario. Y él, en recompensa, le habría dejado impresa en el mismo la figura de su divino rostro» (Dr. Hynek: *El aspecto físico...* p. 66).

La difusión de esta leyenda se debió a la inserción de la escena en la práctica del Vía-Crucis (sexta estación) a partir del tardío Medioevo.

La figura presenta «un pedazo de tela drapeado, colgado de dos nudos. Sobre ella aparece, en forma de mascarilla y como fijada, la imagen del rostro de Cristo. Pero éste no sigue las sinuosidades del velo, sino que aparece como si estuviera en distinto plano. Digo a manera de mascarilla, es decir, un rostro sin cabellos, sin orejas ni cuello, tal y como suelen sacarse las mascarillas de los cadáveres de personas célebres. La de este velo tiene los ojos cerrados, es, pues, *una imagen positiva*» (Lám. 18, D).

«La mascarilla es una de las características exclusivas del arte bizantino.»

«El rostro aquí representado es oval, con los ojos cerrados, nariz larga, orejas cubiertas, boca más bien pequeña, labios suavemente formados, barba bastante poblada y tripartita. Esta forma de barba no la ha llevado nunca nadie... Toda la parte izquierda del rostro, y en particular la frente, lleva huellas de sangre. En el lado derecho, el surco entre la nariz y la mejilla está abultado por la hinchazón. Aún quiero insistir en que todo en este cuadro presenta *una imagen positiva*». (Hynek o.c. p. 68).

La división tripartita de la barba, remedo en cierta manera de lo que se observa en la Sta. Síndone, le sugirió la idea al Dr. Hynek de la posible identidad entre las dos imágenes. Para comprobarla, sacó un negativo de ambos rostros, el de la Síndone y el del velo de la Verónica, en dimensiones perfectamente iguales. Luego colocó los dos clisés negativos uno encima del otro, impresos en papel sensible. Como criterio dimensional se sirvió de la longitud de la nariz.

Su sorpresa fue grande «al comprobar que todas las dimensiones del cráneo, rostro, nariz, arcos superciliares, barba, bigote, etc.» resultaban «totalmente idénticos, ensamblándose los dos rostros con absoluta exactitud. La imagen del Rostro de Jesús recibía una expresión nueva, de una plasticidad desconocida hasta entonces, casi diría «escultórica», dice. «La hinchazón del lado derecho resultó reforzada particularmente, y la barba tripartida de la Vera-ikon se identificó con la del Santo Rostro de la Síndone.»

«Parece, pues, demostrada, con método fotométrico, la identidad del rostro del velo de la Verónica con el de la Síndone.»

Como las improntas de ésta son negativas y la imagen del velo de la Verónica se presenta en positivo, deduce el Dr. Hynek que la Vera-ikon sería una copia directa, sacada de la Síndone por algún medio de reimpresión y «completada» luego por un artista desconocido.

«La identidad fotométrica de los dos retratos, continúa el Dr. Hynek, indica el modo directo de reproducción, es decir, por contacto e impresión... Pero hay en ella señales evidentes de un retoque pictórico. Lo es, ante todo, el fondo del velo sinuoso que lo enmarca. Luego, sobre la misma imagen, las cinco lágrimas bajo los párpados, las huellas de sangre y la saliva en las mejillas, etc., se distinguen a simple vista de la figura impresa y revelan la intervención de un pintor medieval que ha querido perfeccionar de este modo el retrato original para aumentar su efecto. Quizá todo el cuadro ha sido reforzado con colorantes artificiales, por ir palideciendo progresivamente» (ob. cit. p. 70).

Que el pueblo llamara desde el principio a esta imagen, con una palabra latina y otra griega, la *Vera ikon,* la *verdadera imagen* de Jesús, indica bien a las claras su origen bizantino.

Vera-ikon se transformó poco a poco, al parecer, en *Verónica,* y posteriormente se bautizó con el mismo nombre a la afortunada mujer que le habría alargado su velo a Jesús para que se secase el sudor y la sangre de su rostro, si ya no llevaba la cruz, o con el que ella misma se lo habría secado. Tengamos presente que antiguamente se

llamaban en Roma *verónicas* a las medallitas que llevaban esta imagen.

Algunos identifican a esta mujer con Berenice, Bermike o Beromike, la hemorroísa curada por Jesús de su flujo de sangre (Lc 8,44). Habla de ella, con este nombre, el evangelio apócrifo llamado *Actas de Pilato* o *Evangelio de Nicodemo,* existente ya a principios del siglo II según Tuschendorf (Evangelia apocrypha). El historiador eclesiástico Eusebio (princip. del siglo IV) dice de ella (aunque no consigna su nombre) que levantó un monumento a Jesús junto a su casa, en Cesarea de Felipe, como señal de gratitud por el beneficio de él recibido (P.G. XX, 679). Estas dos fuentes, con todo, no hacen referencia alguna a que le enjugara el sudor de su rostro, camino del Calvario.

Esta «vera ikon», conservada y venerada durante siglos y con gran esplendor en la basílica de S. Pedro en Roma, no ha vuelto a ser expuesta a la veneración pública desde 1885. Sus rasgos son ya muy pálidos y apenas perceptibles.

B. La túnica de Argenteuil

Por la importancia que puede tener para nuestro tema, insertamos en este apéndice una idea sobre la Santa Túnica de Argenteuil, tan poco conocida.

Consérvase en la basílica de Argenteuil, cerca de París, una túnica que la tradición afirma ser la del Señor, la que llevaba camino del Calvario.

Los documentos históricos se remontan hasta 1156, a *la charta Hugonis,* la cual asegura que «desde tiempos antiguos se guardaba en dicho monasterio con los mayores honores» la túnica del Señor. Pero las primeras trazas de su existencia se hallan ya en 856, bajo Carlos el Calvo.

La tradición afirma que Carlomagno había recibido la reliquia como presente de la emperatriz Irene de Constantinopla el año 800. Recordemos que ésta, apurada por la presión que los musulmanes ejercían sobre su imperio, había pensado en casarse con Carlomagno para unir así y fortalecer los dos imperios cristianos, el de Oriente y el de Occidente.

Consta, por otro lado, por una carta al papa Adriano I durante el concilio ecuménico de 787 la gran reserva con que Irene recibía las reliquias, aunque era devota de ellas.

Carlomagno hizo entrega del presente a su hija Teodrada, abadesa del monasterio de Argenteuil, poblado por religiosas de la nobleza. Entre ellas estaba la misma hermana del emperador, Gisela.

Todavía hoy se toca cada día la campana a las 13 horas, hora en que, según la tradición, llegó al monasterio la sagrada túnica. También estuvo en vigor durante mucho tiempo la costumbre de celebrar allí cada mes un funeral por Carlomagno en reconocimiento por el don recibido de él.

Se habla ya de una túnica del Señor en el siglo IV, pero sin preci-

sar dónde se hallaba. Hay una tradición de que Sta. Elena, que procuró reunir todas las reliquias del Señor, envió una túnica a Tréveris. Pero en el siglo VI Gregorio de Tours y Fregedario en el siglo VII hablan de otra túnica del Señor que se hallaba en la iglesia de los Santos Angeles de Gálata, ciudad a unas pocas leguas de Constantinopla, en la que residía la legión romana que en tiempos de Jesucristo había estado de guarnición en Jerusalén. Con todo, tienen la honradez de decir que ellos consignan lo que decían los escritores orientales y los viajeros venidos de allí.

Lo importante es que en el siglo VI y VII se tenía como cosa conocida y admitida que por entonces, aparte la túnica de Tréveris, se conservaba y veneraba en Oriente otra túnica del Señor inconsútil y de color encarnado oscuro.

En las excavaciones de Antinoe, la actual Cheickb-Abadden, sobre el Nilo en el Alto Egipto, se han encontrado telas que, fotografiadas y analizadas al microscopio, se parecen tanto en la trama, en su composición e incluso en su descomposición de las partes deterioradas, a la Sta. Túnica de Argenteuil que se diría pertenecer a la misma pieza. El poblado de Antínoe, al que Adriano dio el nombre en honor de su favorito Antinoo, existía ya antes de su transformación por Adriano. Por tanto las telas halladas en él formaban parte, sin duda, de la vestimenta de la población autóctona de principios del siglo I cristiano. La túnica de Argenteuil, pues, puede perfectamente pertenecer a principios del siglo I de nuestra era.

El monasterio de mujeres de Argenteuil pasó en 1129 a los benedictinos. En 1567 los hugonotes se apoderaron de la ciudad y quemaron todos sus edificios y objetos religiosos. La Santa Túnica, con todo, se les escapó y volvió después a ser objeto de culto público.

Hasta la Revolución francesa. En 1793 el párroco de Argenteuil, Ozet, sacó la túnica de su relicario y la cortó en fragmentos que distribuyó entre fieles de confianza. La parte principal la enterró en el jardín de su casa parroquial en presencia del sacristán. Tal vez, sin esta diligencia, anota Bretón para disculparle, la reliquia habría desaparecido. Pasado el Terror recogió todos los fragmentos y los puso en un relicario (1795). Pero uno de la parte delantera no pudo ser encontrado. También hay que añadir que se habían sacado algunos trocitos para reliquias.

Hoy se conserva, arrollada, dentro de un pequeño relicario de palmo y medio colocado en un altar lateral de la basílica.

El párroco Ozet había tenido la precaución, al dividir en trozos la túnica, de conservar su forma. La apertura del cuello, las mangas y la longitud de la parte posterior quedaron intactas. De manera que al reajuntar los pobres restos del naufragio, después de diligente examen e investigación, en 1804, no queda lugar a duda ni sobre la hechura del vestido, ni sobre su inconsutilidad. Ni los diferentes arreglos que fueron precisos, ni la fijación sobre satín blanco en 1892 han alterado para nada su forma ni su trama.

Pero, dejando un poco al margen la historia, perdida en las brumas de los siglos, pasemos a estudiar la pieza misma por si ella nos

puede aportar algún dato interesante y complementario de los revelados por la Sta. Síndone.

La túnica de Argenteuil es de color púrpura, o mejor, rojo violáceo oscuro. Según los estudios de L. Parcot, licenciado en ciencias y profesor en el seminario de Versalles, éste no es en modo alguno el color púrpura de los romanos. Comparado el color de la Sta. Túnica con el de las telas del museo Guimet o con el de las sederías de Lyon, tal vez el más rico del mundo en esta materia, y analizando sobre todo los elementos de estos diferentes tintes, Parcot ha constatado la diferencia existente entre la llamada «púrpura romana» y el moreno violáceo de la S. T. La púrpura romana, de origen occidental, se obtiene de una glándula de ciertos moluscos. Era fabricada, en gran parte en Roma, en el barrio llamado todavía hoy *Testaccio,* «cascos de moluscos». Era muy cara, por lo que apenas podía ser usada por el pueblo; mucho menos por la gente sencilla de Oriente.

Los orientales, en cambio, habían descubierto y adoptado la púrpura sombreada, llamada *egipcia.* Esta se fabricaba a base de la planta *rubia,* y era fijada sobre el tejido por un elemento vegetal que contenía sulfato de hierro. Estaba al alcance del pueblo y se empleó en Oriente desde los tiempos más antiguos.

«Tal aparece la composición del tinte de la S. T. al análisis químico repetido y a la ciencia radio-estática» (P. Bretón).

Es decir, el tinte de la S. T. corrobora su antigüedad y orientalidad, y la sitúa con toda probabilidad en el tiempo y en el país de Jesús.

Si miramos a su forma, se trata de una auténtica túnica, una especie de camisa larga con mangas cortas, ajustadas al cuerpo. Mide 1,29 m. por delante y 1,42 por detrás de larga. Sus dimensiones atestiguan que se trata de una túnica interior. La túnica de Tréveris, consagrada históricamente por una bula del papa Silvestre I (250-330), mide 1,48 m. por delante y 1,67 ó 1,68 por detrás; es decir, lo correspondiente a la estatura de un hombre de unos 1,80 m. de alto (Judica, *L'Uomo della S.*, p. 52). Esta sería la túnica exterior.

Su tejido es de tela o tafetán pero unos hilos transversales le dan consistencia (Lhérault). Es inconsútil, es decir, tejida de una pieza de arriba abajo, sin costura alguna. También la de Tréveris es inconsútil.

En 1893, los señores Guignet y David, directores técnicos de *Manufactures nationales des Gobelins et de Beauvois,* hicieron un estudio minucioso del tejido de la S. T. He aquí sus palabras: «La primera materia del tejido no es otra que lana fina (la túnica de Tréveris es de fibra vegetal), hilada poco más o menos al mismo grosor que las lanas empleadas en nuestra manufactura de Beauvois»... «El tejido ha sido confeccionado con un telar muy primitivo, y no obstante la obra es muy regular». «El grosor de los hilos es de una regularidad notable, sobre todo para hilos obtenidos por un hilado a mano» (Bretón o.c. p. 5).

En una palabra, su flexibilidad y ligereza delatan una mano extraordinariamente hábil.

Nada raro, pues, que los técnicos Pfister, Parcot, Mange y otros di-

gan que la tela de la Santa Túnica puede perfectamente considerarse de la época y del país de Jesús.

«Los dibujos encontrados en Egipto, continúa Paul Breton, y en general en Oriente, presentan dos clases de telares. Los industriales eran verticales y podían, en consecuencia, fabricar piezas grandes. Los otros, domésticos, eran horizontales y se apoyaban en el suelo sobre cuatro patas; de manera que, después de utilizados, podían ser retirados fácilmente a un rincón de la casa.»

«En estos telares la tensión de la fibra era menor y, en consecuencia, la tela salía menos regular que en los telares verticales, mejor acondicionados. Era, pues, necesario una atención más sostenida, una habilidad poco común, para conseguir un buen resultado, teniendo presente que el "ama de casa" estaba continuamente solicitada por sus ocupaciones diversas. Esto es la causa por qué tantos vestidos antiguos populares presentan una trama poco apretada. Su trabajo era menos acabado que el de los profesionales.»

«Aquí no sucede nada de esto, a pesar de que el trabajo delata un telar rudimentario. Nada se ha movido después de veinte siglos. La trama sigue en la línea del primer día.»

«Examinada a la lupa, se observan hilos de cuatro fibras y otros de cinco; por consiguiente de un grosor variable. Pero esto mismo revela todavía mejor el sistema casero de hacer el hilo y lo acabado de semejante hilado. Recordemos que el torno de hilar no había sido todavía inventado y en consecuencia que el ama de casa se servía del huso que tensaba mucho menos la lana.»

«Obligada, después de la cardadura, a juntar bien sus hilos, más o menos largos y más o menos fáciles de desenredar, la pobre trabajadora se veía obligada a engrosar su hilado en el lugar del ajuste. Todos los obreros o tejedores de antaño sabían bien que por esta causa, quedaban abultamientos en los tejidos.»

«Era necesaria, pues, una habilidad notable para llegar a un rendimiento regular en el tejido a mano con tan pobres medios.» «La que confeccionó esta túnica trabajó concienzudamente. Y también legalmente, pues la confección del cuello indica que siguió la costumbre en uso en Israel desde Moisés, a saber, que el cuello está hecho del reverso de la tela, guarnecido de una borra de la misma fibra.»

«Con todo, a despecho de su pobreza y de la oscuridad de su condición, la obrera ha empleado lana fina. Ella ha buscado calidad para vestir a su familia.»

«Todo en la Santa Túnica es escogido, todo distinguido, delicado, espléndidamente confeccionado.»

Por ello concluye Breton que sin duda fue la Virgen María la autora de esta túnica. Ella tan habilidosa, de una formación exquisita en el Templo (según la tradición) y con un amor tan grande a su Hijo, que toda calidad —dentro de su pobreza— le parecía poco para él.

Pero lo que nos interesa más en esta túnica para nuestro objeto, son sus abundantes manchas de sangre, visibles con dificultad a simple vista y sólo a la luz del sol. Llenan casi toda la espalda, aunque no faltan tampoco en la parte delantera.

Se encargó su análisis a dos químicos: uno D. Ph. Lafont, profesor de farmacia y director del Laboratorio de Investigación de Medicina e Higiene, y otro el Sr. J. Roussel, farmacéutico y miembro de la Société Chimique de París. En un largo informe del 10 de abril de 1892 consignan que, a pesar de haber encontrado en ellas muy poca hemoglobina, han encontrado en cambio elementos propios de la sangre humana, a saber: «glóbulos sanguíneos, formación de cristales de hemina y hierro» (o de Teichmann, o sea de clorhidrato de hematina, un derivado de la hemoglobina). Su conclusión es que «las manchas examinadas son claramente de sangre» (Breton p. 34).

Unas manchas son muy negras y opacas. Su tinte, según la opinión de los médicos, proviene del reventado y aplastamiento de numerosos grumos de sangre. Otras son rosadas y han decolorado el tejido. Tal vez han conservado su color fresco, insinúa Bretón, por haber sido plegada la S. T. casi inmediatamente después de haber brotado la sangre.

Interesaba sobre todo precisar la posición de tales manchas para poderlas comparar con las que aparecen en la Síndone. Por ello el 18 de mayo de 1934 «bajo la dirección de M. Gérard Cordonnier, del Cuerpo de Ingenieros de Marina, diplomado en el Instituto de Optica, adscrito al Servicio Fotográfico del Ministerio del Aire, asistido por M. Roulleau, director de la Société d'Expertise et de Contrôle de París, se procedió a fotografiar las dos partes de la reliquia con placas pancromáticas, primero a la luz ordinaria y después con ayuda de filtros para los diversos colores del espectro visible e infrarrojo. También fue examinado el precioso vestido a los rayos ultravioleta por el Dr. J. M. Auclair, radiólogo».

«Las manchas sangrientas fueron igualmente examinadas a la lupa y con ayuda de reflectores eléctricos, bajo diferentes ángulos de incidencia hasta la luz rasante.»

«Mientras en las diversas fotografías a la luz visible la túnica conserva el aspecto oscuro que presenta a simple vista, la fotografía con luz infrarroja muestra el tejido considerablemente esclarecido; y las manchas de sangre, que quedan oscuras, resaltan ahora admirablemente.»

«Al aplicar con precisión el emplazamiento de la sangre de la S. T. sobre el cuerpo de un hombre de 1,78 m. (talla que la Síndone nos revela como la que debería ser la de Cristo), las manchas parecen corresponder a la proyección de las partes anatómicas siguientes (Fig. 45).

a) el acromión derecho (una gran mancha de sangre sobre la conjunción de la clavícula derecha con el omóplato);

b) pequeñas manchas se repiten a intervalos regulares correspondientes a la proyección de las apófisis espinosas de las primeras vértebras dorsales y a la séptima cervical, normalmente más salientes y que aquí está más marcada;

c) una mancha grande de unos 15 por 9 cm., formada por la agrupación de varias pequeñas, rebasa ligeramente la línea media del

Fig. 45. Esquema de las manchas de sangre en la Túnica de Argenteuil según M. Legrand. *(Le Linceul...* pág. 130).

cuerpo y se sitúa en la parte inferior y por debajo del omóplato izquierdo (región de la punta);

d) un manchón sanguíneo importante marca el sitio de la cintura (lado izquierdo) y parece, también él, corresponder a un saliente óseo, el de la cresta iliaca izquierda. (De este sitio fue sacada, en 1892, el trocito que al análisis debía revelar la presencia de sangre);

e) por debajo (y hacia la línea media), un grupo de marcas sangrientas parecen corresponder al sacro. Este grupo está unido al precedente por pequeñas manchas situadas sobre la región de la articulación sacroiliaca;

f) se observa con frecuencia que los hilos vecinos de los agujeros (de deterioro) del tejido están impregnados de sangre. Esta observación permite reconocer la situación de numerosas pequeñas manchas de sangre, a veces agrupadas de dos en dos como lo están sobre la Síndone las trazas de la flagelación.»

«Como conclusión, no vamos a pensar que esta túnica sin costura ha sido asperjada de sangre al azar. Ella ha revestido un cuerpo, ya que la sangre marca el sitio de salientes anatómicos. El hombre que la vestía llevó sobre sus espaldas una carga: la cruz, cuyo peso ha puesto al vivo las llagas de la flagelación.»

«El estudio científico, es verdad, no ha sido todavía terminado; pero desde ahora se puede afirmar que él es favorable a la tradición histórica según la cual la basílica de Argenteuil posee desde Carlomagno la túnica inconsútil, tejida por María e impregnada de la sangre redentora de su Hijo.»

Así se expresa Antoine Legrand en el folleto *La Passión et le Crucifiement d'après le Saint Suaire de Turín et la Sainte Tunique d'Argenteuil* por Gerard Cordonnier, p. 43. La parte referente a la túnica es

obra de M. Antoine Legrand, aunque no figure su nombre en el escrito. El fue uno de los expertos que en cierta manera controlaron los trabajos de Cordonnier y Roulleau junto con los Srs. Auclair y Ducoulombier (Bretón, p. 13).

Como podemos observar, los sitios manchados de sangre en la S.T. de Argenteuil coinciden con los de la Síndone. La mancha de la región iliaca queda en la Síndone camuflada, según Barbet, por los reguerillos de sangre transversales, con abundante suero, que cruzan la cintura por detrás, y por las quemaduras de la tela.

La mancha de la región sacra aparece en la Síndone algo más pequeña.

Estas dos manchas parecen indicar que, al desatarle el patíbulo a Jesús en la puerta de la ciudad para cargárselo a Simón de Cirene, aquel resbaló espaldas abajo dando un fuerte golpe contra la cresta iliaca y contra el sacro, abriendo en ellos una herida.

Las manchas de sangre sobre el omóplato izquierdo y sobre el acromión derecho confirman lo indicado sobre la posición inclinada del patíbulo camino del Calvario, descargando casi todo su peso sobre la región escapular izquierda y obligando a levantar el brazo derecho, con lo que quedó herida la región del acromión derecho.

Llama la atención, con todo, que no aparezca en la S. T. la mancha de sangre en la región supraescapular derecha, que tan clara se ve en la Síndone. Tal vez se deba a que la presión del patíbulo fue aquí mucho menor.

No puede sorprendernos, en cambio, la ausencia sobre la túnica de las manchitas de sangre debidas a las heridas de los azotes. Siendo éstas superficiales, la sangre salida de ellas estaría ya restañada y coagulada cuando le vistieron de nuevo la túnica antes de emprender el camino del Calvario. No podía, pues, manchar la túnica puesta encima. Sólo aquellas heridas que por el frotamiento del patíbulo se reabrieron y agrandaron, manando de nuevo sangre fresca, pudieron manchar la túnica. Las demás sólo esporádicamente, alguna que otra, pudieron hacerlo por alguna circunstancia particular.

Para esta nota nos hemos servido, además de un artículo de A. Jacquemot, párroco-deán de Argenteuil (1925), de un folleto «Histoire populaire de la S. Tunique de N.S. Jesus-Christ conservée à la Basilique d'Argenteuil», por el canónigo Paul Breton, párroco-deán de dicha basílica, 1934, en copia de 1978, y de las explicaciones del actual conservador técnico de la reliquia, M. Louis Lhéraukt (1978).

C. Historicidad del cuarto evangelio, según el exegeta anglicano profesor en The Trinity College de Cambridge, John A. T. Robinson.

Se ha escrito: «Juan no está interesado en la historia como tal, sino sólo en la manifestación divina... La historia, como tal historia, no tiene significado alguno para Juan... Para él, el pasado no es más que una parábola» (F. C. Grant). «Los hechos y los discursos en Juan son los del cósmico, eterno Cristo, el divino Logos, manifestándose a sí

mismo aquí en la tierra por un breve tiempo»... «La finalidad completamente trascendental del autor Juan al escribir lo que parece un "evangelio" como los otros, no es más que un drama sobre la vida, muerte y glorificación del divino Logos.» «Los discursos de Jesús tienen como fuente un antiguo poema gnóstico, tal vez en siriaco o en arameo, al cual se le han añadido una serie de narraciones, etc.» (Bultman). El llamado evangelista Juan «es un cristiano judeo-alejandrino, un creyente sin reminiscencia personal alguna de la vida, predicación y muerte de Jesús» (Loisy).

La gestación del cuarto evangelio, más aún que el de los otros tres, requería, según esos autores, un tiempo considerable para poderse elaborar su compleja, simbólica y trascendente estructura. Baur cree que es del año 170, Zeller que del 150, Kein que del 130, Renan que del 110 al 115. No podía, pues, ser obra del apóstol Juan.

El primer golpe serio asestado contra afirmaciones tan arbitrarias e intencionadas fue el descubrimiento de un fragmento de papiro, el papiro de Rylans (P. Ryl. Gk 457) que contiene un típico y exclusivo pasaje del cuarto evangelio (Jn 18,31-33; y en el reverso, Jn 18,37-38). Fue hallado en 1920, entre escombros, en El Faiyum, al sur de Egipto, bordeando ya el desierto. Su antigüedad se remonta con toda seguridad a principios del siglo II,o mejor a la segunda mitad del siglo I según Schubar, de la Biblioteca de Berlín. Es decir, puede ser contemporáneo de los últimos años de vida del apóstol Juan.

El evangelio original debió haber sido escrito, lógicamente, bastante antes, ya que por estas fechas, en una remota aldea de Egipto, unos cristianos leían ya el Evangelio según S. Juan, tal como lo tenemos ahora, en una de las innumerables copias que los amanuenses hacían para uso familiar.

En segundo lugar, hace notar Robinson, en los manuscritos de Qumrán, descubiertos por los años cuarenta, aparece que «el lenguaje de Juan no es ni tan helenístico ni tan tardío como decían los críticos, ya que los rollos del Mar Muerto revelan la existencia de un lenguaje semejante al de Juan, en uso en el corazón del sur de Palestina por un grupo estrictamente judío y nacionalista antes de la destrucción de Jerusalén» (J. A. T. Robinson: *Can We Trust The New Testament?* Mowbrays, Londres, 1977, p. 82).

También hay que subrayar la exactitud topográfica del cuarto evangelio, puesta de manifiesto por la arqueología. «Juan menciona en exclusiva unas diez localidades palestinas que nadie conocía hasta que los arqueólogos las han ido descubriendo recientemente. Por ejemplo, Juan habla de dos Betanias: la una, la cercana a Jerusalén (a quince estadios o tres km. dice en 11,18), es la de Marta y María, bien conocida de todos. Pero de "la del Jordán" (1,27), donde el Precursor bautizaba, sólo recientemente se han hallado ruinas de sus instalaciones de transbordo en un recodo del río» (Carreño, *Al cerrarse la Urna,* p. 35).

Lo mismo sucede con la piscina de Bethesda «que tiene cinco pórticos» (Jn 5,2). Algunos racionalistas del siglo pasado, imaginándose una piscina en forma de pentágono, la aducían como argumento con-

tra la historicidad del cuarto evangelio. Una piscina pentagonal no tiene sentido. Por ello creían ver en ella una alusión al Pentateuco. Como éste no bastó para afianzar la fe del pueblo judío, tampoco los milagros de Jesús bastarían para fundamentar la fe en él. Se trataba, pues, de un puro simbolismo.

Pero las excavaciones modernas han dado al traste con tan intencionada interpretación. Se ha descubierto una alberca, orientada de N. a S., de forma trapezoidal de unos 100 m. de longitud y 13 de profundidad. Sus cuatro lados estaban cubiertos de pórticos o soportales. «Un muro transversal, sobre el que se elevaba el *quinto* pórtico, la dividía en dos zonas desiguales», también trapezoidales (P. M. Minguéns, O. F. M., *Palestina Sagrada,* Jerusalén, 1966, p. 66) (Fig. 46).

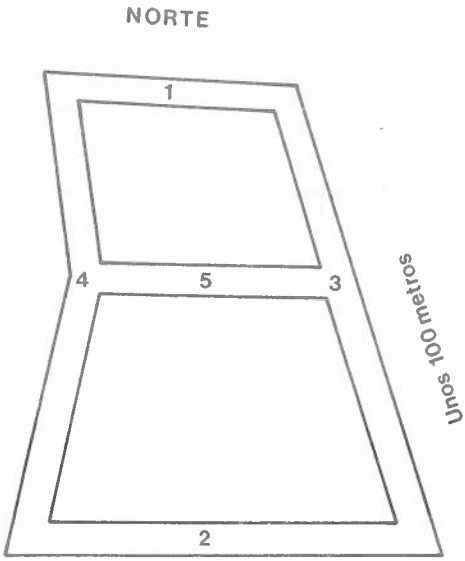


Fig. 46. Esquema de la piscina de Bethesda de cinco pórticos, tal como han puesto al descubierto las excavaciones modernas (Cfr. P. M. Minguens, O.F.M., *Palestina Sagrada.* Jerusalén, 1966, pág. 64).

Dos rollos de cobre hallados en Qumrán enumeran una serie de escondrijos donde sus autores habían escondido sus tesoros. Uno de ellos era precisamente la más pequeña —la meridional— de las dos partes de la piscina de Bethesda. Recordemos que Qumrán fue destruido el año 68.

Sobre las cualidades curativas de sus aguas, algo había de haber cuando Adriano, en su afán de profanar cuanto tuviera reminiscencias religiosas judías o cristianas, hizo edificar sobre ella un templo a Esculapio, el dios *médico* pagano, como indicamos ya al hablar de la construcción de Aelia Capitolina. La piqueta del arqueólogo lo ha sacado a la luz también.

Del descubrimiento del *lithóstrotos* de la Torre Antonia hemos hablado ya más arriba.

Y fijémonos que S. Juan habla en presente: «Hay en Jerusalén, junto a la Puerta de las Ovejas, un estanque, que se llama Bethesda en hebreo, y tiene cinco pórticos». Existía, pues, todavía cuando se escribieron estas líneas.

También se descubre el realismo de Juan, propio de un testigo ocular, en el empeño con que cronometra algunos hechos que narra. «Serían las cuatro de la tarde» especifica cuando evoca su primer encuentro con Jesús (1,39). «Serían las doce del medio día» precisa al narrar el encuentro con la Samaritana junto al pozo de Jacob (4,6). «Y se quedó allí dos días» añade al final de la narración (4,40). «Seis días antes de la pascua vino (Jesús) a Betania» (12,1). «Era ya de noche» subraya (13,30) cuando salió Judas del cenáculo para entregar a Jesús. Y así podríamos prolongar las citas (2,1 y 13; 6,4; 20,26; etc.).

Todavía hay otros muchos detalles que delatan en el autor del cuarto evangelio a un testigo presencial de lo que narra: las tinajas destinadas a las purificaciones, en las bodas de Caná, eran «seis» y «de piedra», y cada una de ellas «podía contener de dos a tres metretas» (de ochenta a ciento veinte litros) (2,6); los cinco panes de la primera multiplicación eran de «cebada» (6,9); la distancia recorrida por la barca, de vuelta hacia Cafarnaúm, cuando se les presentó Jesús andando sobre las aguas, era de «veinticinco a treinta estadios» (6,19); toda la casa de Betania se llenó de la fragancia de la libra (327,5 gr.) de perfume con que María había ungido los pies de Jesús (12,3).

El anota también que los soldados hicieron cuatro lotes con las vestiduras de Jesús, uno para cada uno de ellos; pero la túnica se la sortearon para no rasgarla, pues era inconsútil (19,23 y 24); él subraya que cuando los soldados fueron a quebrar las piernas de los crucificados para acelerar su muerte, viendo que Jesús ya había muerto, no se las quebraron, sino que uno de ellos le asestó una lanzada abriéndole el costado, del cual salió al instante sangre y agua (19,32-34).

En fin, detalla que el sepulcro estaba en un jardín (19,41) y que la mixtura de áloe y mirra, llevada por Nicodemo, pesaba «como cien libras» (19,39). Todos son datos exclusivos del cuarto evangelio.

Aparte que, cuando Jesús habla en cifra, no deja de hacerlo notar. Así, cuando les dijo a los judíos, después de expulsar del Templo a los traficantes: «Destruid este santuario, y en tres días lo levantaré», le falta tiempo a Juan para advertir: «El, empero, hablaba del santuario de su cuerpo» (2,19 y 21). Y algo parecido sucede cuando Jesús pronostica a S. Pedro la muerte en cruz con que había de glorificar a Dios (21,19).

Por todo lo cual se inclina a pensar el Dr. Robinson que el cuarto evangelio fue escrito antes de la guerra del 70: del año 40 al 65.

Escribe: «Es aleccionador constatar en qué escasísima base se apoyan las fechas de composición asignadas por expertos modernos a los libros del Nuevo Testamento»... «Ha habido una voluntaria ceguera por parte de los investigadores a algo claramente obvio:...la ausencia en el N. T. de referencia alguna en verbo pretérito a la caída de Jeru-

salén»... «No hay razón alguna válida par asociar el Evangelio de San Juan a los años 90-100»... «Ha prevalecido la subjetividad en fijar intervalos de tiempo... con pura arbitrariedad»... Los críticos se han sometido «a la tiranía de suposiciones no examinadas». «Algunos casos son de pura ganduleria por parte de los expertos»... «Los constructores de nuevas teologías del N. T. se complacen en aceptar esas bases que otros pusieron... y esto se ha verificado en muchos de los críticos de la Formgeschichte y Redaktiongeschichte: se han estado moviendo en un mundo todo y exclusivamente suyo, sin vallas, en el que las palabras e ideas, mitos y movimientos, fueran ellos herméticos, gnósticos, vandeos, o lo que fueran, han estado flotando libremente sin atadura alguna que los sujetara a tiempo o a espacio alguno... Muchos de esos círculos o comunidades de la Iglesia primitiva, con sus correspondientes tensiones, tendencias que ellos postulan, son francamente creaciones de los mismos críticos o reconstrucciones sumamente subjetivas» *(Redating the New Testament,* S.C.M. Pres. Ltd. Londres, 1976, pp. 341-352).

«Una avalancha de pruebas en estos últimos años, nos ha obligado a una completa revaluación de la tradición histórica que había detrás del cuarto evangelio»... «El refleja un íntimo contacto con aquel mundo palestino que fue barrido del mapa en el año 70»... «Es la guía más segura que poseemos de aquellas intrincadísimas relaciones, históricamente irrepetibles, entre el ministerio, el proceso y la muerte de Jesús». *(Redating The New Testament,* pp. 267-268).

«Contra toda esa corriente crítica me siento obligado a decir que la hipótesis de que el apóstol Juan es el autor (del cuarto evangelio) es la que menos dificultades ofrece» (ibíd. p. 352). «En realidad, Juan alcanza el máximo de su teologismo cuando alcanza la cumbre de su historicismo.» «Ya nadie cree en aquella simplificación de que Marcos nos presenta al Jesús de la historia y Juan al Cristo de la fe... Esta es la media vuelta más rápida que haya dado jamás la historia crítica.» *(Can We Trust The New Testament?* Mowbrays, Londres, 1977, pp. 91 y 81.)

No obstante, hemos de hacer constar, antes de terminar, que la crítica moderna continúa situando la *redacción definitiva* del Evangelio según S. Juan entre los años 90 y 100. Algunos la suponen como la respuesta cristiana a las decisiones tomadas en la Asamblea de Jamnia (90-100 d.C.) en que el judaísmo oficial excomulgó, «echó de la Sinagoga», a todos los cristianos (Cfr. Friedrich Manns, en *Liber Aunuus* —la publicación científica del Estudio Bíblico Franciscano de Jerusalén— de 1980).

Esto, con todo, no debilita lo fundamental de la teoría de Robinson. Podía el autor del cuarto evangelio recordar bien los tiempos y lugares de antes del año 70, o haber escrito el libro en fragmentos y por etapas, material que, recogido después, sirviera de base para la redacción definitiva. Lo fundamental es, a nuestro entender, el carácter básicamente histórico del cuarto evangelio, que delata un testigo presencial de los hechos que narra, aunque los seleccione y ordene tal

vez conforme a un criterio primariamente teológico. «Si Clemente de Alejandría dijo que Juan escribió un evangelio espiritual, sus garantías históricas (no obstante) son tan concretas como pudiera desearlas cualquier investigador crítico», escribe el comentarista W. Leonard en *A Catholic Commentary on Holy Scripture,* p. 975 [124].

Esto basta para nuestro intento.

[124] Los textos de Robinson y de W. Leonard están tomados de Carreño: *Al cerrarse la Urna,* pp. 36-37.

Puede leerse también *Modern Theology and Biblical Criticism* y *Christian Reflections* del prof. C. S. Lewis, de Oxford, donde el gran crítico y best-seller inglés somete a Bultman a un análisis despiadado y divertido a la vez.

VIII

TESTIGO DE LA RESURRECCION

El 13 de abril de 1980 Juan Pablo II llegaba a Turín en visita pastoral. En la homilía de la misa celebrada en la plaza de la catedral dijo las siguientes palabras: «El Misterio Pascual ha encontrado aquí algunos de sus más espléndidos testigos... No podía ser de otra manera tratándose de la ciudad que atesora una reliquia tan insólita y misteriosa como la Sábana Santa; ese *extraordinario testigo* —si hemos de aceptar los argumentos de tantos hombres de ciencia— de la Pascua: de la pasión, de la muerte *y de la resurrección*. Testigo mudo, pero al mismo tiempo asombrosamente elocuente» *(Osserv. Romano,* n. 36.370, p. 4).

Vamos, pues, a interrogar a ese testigo excepcional. Pero antes hemos de conocer los datos que nos dan los evangelios sobre la resurrección de Jesús. Y lo haremos a manera de una somera concordia entre ellos para facilitar la inteligencia del proceso del acontecimiento, aunque hoy día los exegetas no sean partidarios, por varias y plausibles razones, de tal concordia.

1. La Resurrección en el Evangelio

«Pasado el sábado, cuando alboreaba el primer día de la semana» (Mt 28,1) (es decir, así que terminó el descanso sabático a la puesta del sol), «María Magdalena y María la de Santiago y Salomé compraron perfumes con el fin de ir a ungirle» (Mc 16,1).

Sin duda pasarían gran parte de la noche en los preparativos, pues «muy de madrugada» (Mc 16,2), «apenas rayó el alba» (Lc 24,1), «estando todavía oscuro» (Jn 20,1) se pusieron en camino hacia el sepulcro llevando consigo los aromas y demás que habían preparado.

«Se decían entre sí: ¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?... pues ésta era enormemente grande» (Mc 16,3-4). Era una piedra redonda a manera de muela de molino, que podía pesar más de una tonelada. Estaba empotrada en una gran ranura excavada en

el muro lateral de la entrada del sepulcro. Dos hombres forzudos, al menos, eran precisos para hacerla rodar sobre sí misma hasta cerrar la puerta de la cámara interior del sepulcro.

«De pronto se produjo un gran temblor de tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, hizo rodar de su sitio la piedra y se sentó sobre ella. Era su aspecto como el relámpago y su vestidura era blanca como la nieve. Los guardias se quedaron aterrorizados y se pusieron a temblar de miedo, quedando como muertos» (Mt 28,2-4).

Las mujeres llegaron al sepulcro «salido ya el sol»... Y mirando atentamente, observan que la piedra había sido corrida a un lado (Mc 16,2 y 4).

Quedaron estupefactas. Y más aún porque, sin duda, encontrarían un fuego encendido delante y lanzas y escudos por el suelo, abandonados por los soldados en su precipitada huida. ¿Qué había pasado? Ellas ignoraban, sin duda, que los judíos habían puesto guardia al sepulcro.

María Magdalena, como más impulsiva, así que vio todo aquello, «se echa a correr y va a Simón Pedro y al otro discípulo a quien amaba Jesús y les dice: «se llevaron al Señor del monumento y no sabemos dónde lo han puesto» (Jn 20,2).

Las demás, «entrando en el momento (en la antecámara), vieron a un joven sentado a la derecha (sobre la piedra removida de la entrada, nos ha dicho S. Mt.) vestido de un largo ropaje blanco. Y quedaron espantadas (Mc 16,5). El ángel les dijo: No temáis vosotras, que ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí. Ha resucitado, como había dicho. Venid (al interior), ved el lugar donde estuvo puesto» (Mc 16,5-6). «Y entrando en el sepulcro, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús» dice S. Lucas (24,3). Sólo que este evangelista no habla del ángel de que hablan S. Mt. y S. Mc. Describe la escena de otra manera, aunque el mensaje es el mismo. Al entrar en el sepulcro y no hallar el cuerpo del Señor, «estando desconcertadas por esto, de pronto se les presentaron dos varones con vestiduras refulgentes. Quedando ellas amedrentadas e inclinando sus rostros a la tierra, ellos les dijeron: ¿A qué buscáis al vivo entre los muertos? No está aquí. Resucitó. Recordad lo que os dijo estando todavía en Galilea: que el Hijo del hombre había de ser entregado en manos de hombres pecadores y ser crucificado, y al tercer día resucitar. Y se acordaron de sus palabras. (Lc 24,3-8.)

Continúa S. Mateo: «Pronto; id a sus discípulos (y a Pedro, especifica S. Mc.) y decidles que resucitó de entre los muertos, y he aquí que se os adelanta en ir a Galilea. Allí le veréis» (Mt. 28,7) «como os lo dijo» (S. Mc).

«Y saliendo del monumento huyeron, pues se había apoderado de ellas temblor y estupor; y (de momento) a nadie dijeron nada por el miedo que llevaban encima» (Mc 16,8). Después, ya repuestas un poco, «con temor y grande gozo corrieron a dar la nueva a sus discípulos» (Mt 28,8). Pero a ellos «les parecieron como delirio estas palabras; y no las creyeron» (Lc 24,11).

Más tarde se les presentó a los discípulos la Magdalena, añadiendo al relato de las demás compañeras, que ella personalmente le había visto vivo y había hablado con El y le había dado un mensaje para ellos. Luego todo el grupo de mujeres aseguraron lo mismo.

Entre el primer mensaje de las mujeres, basado en el testimonio de los ángeles que afirmaban la resurrección de Jesús, y el segundo en que afirmaron haberle visto y hablado personalmente, tuvo lugar la partida de Jerusalén de los dos discípulos hacia Emaús. La cosa se enredaba y querían ponerse a resguardo. No podían crer. «Nosotros esperábamos que él era el que había de liberar a Israel», dijeron al peregrino desconocido que se les había juntado en el camino. «Hoy es ya el tercer día de que esto (la crucifixión de Jesús) sucedió. Bien es verdad que ciertas mujeres de las nuestras nos sobresaltaron. Habiendo ido muy de mañana al monumento y no habiendo hallado el cuerpo de Jesús, volvieron diciendo que hasta habían tenido una visión de ángeles que aseguran que él vive. Y fueron algunos de los nuestros al monumento y hallaron las cosas como las mujeres habían dicho. Mas a él no le vieron» (Lc 24,21-24).

Así exponen los evangelistas las primeras noticias sobre la resurrección de Jesús. En seguida veremos cómo el biblista P. H. M. Féret desglosa esas visitas de las mujeres al sepulcro en tres para fijarse especialmente en la de S. Mateo, en la que descubre una serie de rasgos interesantísimos para nuestro propósito.

Subrayemos, tan sólo, el empeño que ponen los evangelistas en testificar la resurrección objetiva, histórica y física de Jesús. Tres puntos tocan:

Primero, *el sepulcro vacío,* descubierto con gran sorpresa y sobresalto por las mujeres y constatado después por Pedro y Juan y la explicación que de tal desaparición les dan los ángeles: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí. Resucitó. Recordad que él mismo os lo predijo estando todavía en Galilea».

La misma absurda patraña inventada por los sumos sacerdotes para explicar el hecho de la desaparición del cadáver, no hace más que confirmar la explicación de los ángeles. «Algunos de la guardia, viniendo a la ciudad, dieron aviso a los sumos sacerdotes de todo lo ocurrido (terremoto, aparición refulgente del ángel, apertura del sepulcro, desaparición del cadáver). Ellos, reunidos con los ancianos y habido consejo, dieron una buena suma de dinero a los soldados, diciéndoles: Decid que vinieron sus discípulos de noche y lo hurtaron, mientras nosotros dormíamos. Y si llega esto a oídos del procurador, nosotros nos lo ganaremos y haremos que nadie os inquiete. Ellos tomando el dinero, actuaron conforme a las instrucciones recibidas. Y se esparció semejante rumor entre los judíos hasta el día de hoy» (Mt 28, 11-15).

Fijémonos que no niegan los sumos sacerdotes la desaparición misteriosa del cadáver, ni la refutan mostrándolo al pueblo. Tan fácil como les hubiera sido de tenerlo en su poder. Han de inventar una patraña absurda (testigos dormidos) para explicar los hechos.

Lo segundo que ponen de relieve los evangelistas es la *resurrección objetiva* de Jesús. Este se aparece primero a la Magdalena, luego a las otras mujeres, a Pedro y a los discípulos de Emaús. Por último, oficialmente, a todos los encerrados en el Cenáculo. Son apariciones desconectadas unas de otras, y por lo mismo objetivas, no subjetivas o fruto de una ilusión colectiva. Ninguno de estos videntes deseaba, ni esperaba, ni siquiera creía en la posibilidad de una resurrección de Cristo. Las circunstancias en que le ven son completamente diferentes en cada caso. Muchos se resisten a creer, aun contra la evidencia...

Y si prescindimos de las mujeres, tal vez más impresionables, los Apóstoles eran campesinos robustos y sanos. Malas disposiciones todas ellas para caer en una sugestión colectiva, como les han querido achacar algunos autores modernos.

En concreto el shock que padecen los Apóstoles al advertir en medio de ellos la presencia de Jesús que les saluda sonriente, la noche de aquel primer día, no hace sino confirmar su predisposición adversa a toda sugestión para admitir la resurrección. Si ésta no se les hubiera impuesto por la evidencia objetiva, jamás habrían aceptado la resurrección de su Maestro. La pertinacia de Tomás en negarla, lo confirma (Jn 20,24-21).

Y no obstante fue tal la firmeza y seguridad con que aceptaron la resurrección objetiva de Jesús que la vida de aquellos hombres cambió radicalmente dando un giro copernicano: de egoístas y rastreros se hacen desinteresados y sobrenaturales; de miedosos y huidizos, se tornan valientes e intrépidos hasta echar en cara a los mismos sumos sacerdotes su responsabilidad por haber crucificado a Jesús. Y ellos están dispuestos a sufrir cualquier tormento por defender la verdad de la resurrección. «El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matásteis colgándolo en un madero... Nosotros somos testigos de estas cosas» (Hech. 5,30 y 32). Por fin todos dieron su vida por defender la resurrección objetiva e histórica de Cristo.

Y la persuasión de toda la primitiva Iglesia va siempre por este camino. Ella se apoya en la resurrección real y física de Cristo de entre los muertos. Nada de una mera ilusión subjetiva de los Apóstoles (1 Cor 15,4; Heb 7,23-25; Ap 1,18...). Hasta llegar a decir S. Pablo: «Si Cristo no ha resucitado (realmente) baldía es nuestra fe» (1 Cor 15,17). Y la anécdota sucedida en el aerópago de Atenas, cuando Pablo habló de la resurrección de Jesús, lo confirma: «En cuanto oyeron "resurrección de muertos", unos se burlaron, otros dijeron: Sobre esto te oiremos otra vez» (Hech. 17,32). Señal que entendían la resurrección en sentido histórico y físico.

En tercer lugar subrayan los evangelistas que el Jesús que tienen resucitado ante sí, los discípulos, es *realmente el mismo* que ellos conocían bien y con quien habían convivido tanto tiempo; el mismo que había sido crucificado ante sus ojos tres días antes, o como proclamaron los ángeles a las mujeres, el mismo que de antemano había pronosticado su muerte violenta y su posterior resurrección... porque así es como había de redimir a Israel.

«Siendo, pues, ya tarde aquel día, primero de la semana, y estando cerradas las puertas de la casa donde estaban los discípulos por miedo a los judíos» (Jn 20,19), «se presentó (Jesús) en medio de ellos y les dice: Paz a vosotros. Sobresaltados y despavoridos, creían ver un espíritu. El les dijo: ¿Por qué estáis conturbados? Y ¿por qué se levanta ese vaivén de pensamientos en vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies, que soy yo mismo. Palpadme, y ved que un espíritu no tiene carne y huesos, como véis que tengo yo. Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Como todavía no acabasen de creer de puro gozo ni saliesen de su asombro, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Ellos le presentaron parte de un pez asado; y tomándolo en presencia de ellos, lo comió. Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé estando aún con vosotros: que tenían que cumplirse todas las cosas escritas acerca de mí... El Mesías había de padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día. Vosotros sois testigos de estas cosas» (Lc 24,36-48).

Aquel que tienen delante no es un espíritu, ni un fantasma. Es un hombre de carne y hueso, como ellos. Lo ven, le oyen, lo pueden tocar y palpar. Come con ellos. Conserva las llagas de la pasión en pies, manos y costado. La incredulidad de Tomás no hace sino reforzar esta prueba. Le invita a poner su dedo en las llagas de la mano y la mano en la de su costado (Jn 20,24-29).

Pero, aunque es el mismo, es otro. Ya no está sujeto a las leyes físicas, como antes. Aparece y desaparece cuando quiere y como quiere. Se deja conocer a la primera o se presenta de modo que no le reconozcan sus mismos íntimos. Sale de la mortaja dejándola intacta, se traslada de un lugar a otro sin recorrer el camino intermedio; entra en el cenáculo sin abrirse las puertas. Para él no hay obstáculos físicos ni distancias. Simplemente se hace presente allí donde quiere y cuando quiere. En fin: es un *cuerpo espiritualizado*. Actúa a su voluntad como espíritu o como cuerpo. Su vida no es como la llevada antes de morir. Es otra vida nueva y completamente distinta.

Jesús es el único caso de la historia conocido con algún detalle. Por eso nos cuesta comprender esta vida espiritualizada a la que, según la fe católica, estamos destinados todos.

S. Pablo la define así (1 Cor 15, 42-44): «En la resurrección de los muertos, se siembra en corrupción y se resucita en incorrupción; se siembra en vileza, y se levanta en gloria; se siembra en flaqueza y se levanta en vigor; se siembra en cuerpo animal y se levanta un cuerpo espiritual».

Los teólogos, profundizando en estas expresiones, sintetizaban las propiedades del cuerpo resucitado en cuatro:

La impasibilidad. El cuerpo resucitado está exento de toda fatiga, enfermedad, muerte... y demás leyes penosas de esta vida.

La claridad. El cuerpo resucitado está íntegro y bien formado, es hermoso y bien proporcionado. Y de la felicidad interior del alma, redunda en él cierto esplendor exterior.

La agilidad. El cuerpo resucitado puede trasladarse de una parte a otra sin esfuerzo ni fatiga, con la misma rapidez del pensamiento.

La penetrabilidad. El cuerpo resucitado puede penetrar los otros cuerpos sin lesión alguna.

Y todo esto a voluntad del interesado.

2. IMPUGNACION DE LA RESURRECCION

A. Teorías naturalistas

La resurrección de Jesús es el punto clave de su mensaje. Se comprende el empeño de algunos por negarla. Si Jesús resucitó, como había predicho, su mensaje es verdadero, viene de Dios. Y en consecuencia, nos obliga a todos. Como esto no interesa, lo mejor es negar la resurrección. No por razones históricas, sino por principios filosófico-religiosos.

Antes del siglo XVIII, el siglo de las luces, pocos negaron la posibilidad de los milagros. Las dudas aparecieron cuando el racionalismo empezó a expandirse por Europa. Para los racionalistas la suprema autoridad era la razón, no la fe. Nada, por consiguiente, podía admitirse de la fe cristiana que estuviera en aparente conflicto con la razón, o que así se les antojase a ellos.

Para ellos, las leyes de la naturaleza son inalterables, «según da la experiencia», dicen. Ni Dios que ha creado el mundo y le ha impuesto sus leyes, puede, no ya cambiarlas, pero ni siquiera suspenderlas en ningún caso particular. Por consiguiente los sucesos milagrosos, que suspenden estas leyes en casos particulares, no pueden producirse jamás, dicen.

Cierto que existen hechos irrefutables, admiten, que sobrepasan la inteligencia humana. Pero ellos dan por supuesto que deben tener una explicación natural. Nunca se ha de recurrir a una explicación sobrenatural o intervención divina. El hombre ha de estudiar hasta descubrir aquellas causas naturales, que según ellos, deben existir allí, aunque desconocidas. «El milagro es imposible». Este es su axioma.

La teoría culminó en el ensayo de David Hume sobre los milagros (1748), que, puesta al día, ha seguido teniendo influencia hasta hoy [125].

Pues bien, el mayor de los milagros es la resurrección de Jesucristo. Por ello los naturalistas, seguidores de Hume, habían de atacarla furiosamente, afirmando que no se trata más que de un fenómeno natural.

Estas teorías, que buscan una explicación a los hechos narrados por los evangelistas recurriendo a operaciones de la naturaleza, normales o anormales, tuvieron su mayor auge en el siglo XIX. Con todo, ya conocemos la explicación dada por las autoridades religiosas de Jerusalén: «decid que sus discípulos vinieron de noche y lo hurtaron, mientras nosotros dormíamos» (Mt 28, 13).

---

[125] Puede verse una refutación completa de las teorías de Hume y sus seguidores en C. S. Lewis: Miracles: *A preliminary study.* New York, Macmillan 1947-1960.

La *primera explicación naturalista* y la más simple es suponer que *Jesús no había muerto sobre la cruz.* Sólo había padecido un deliquio, un desmayo. Luego, el frescor del sepulcro, el perfume penetrante de los aromas... le habían devuelto a la vida. Se desembarazó de los lienzos que le envolvían y, gracias a un temblor de tierra que hizo caer la piedra sellada que taponaba la salida, pudo salir del sepulcro y presentarse vivo a sus discípulos. Así opinaron Bretschneider, Hase y Paulus.

Esta inconsistente hipótesis tuvo vida muy corta incluso entre los exegetas críticos del siglo XIX, herida de muerte por el incrédulo David Strauss, en su *Vida de Jesús* (1837). Y cayó en el más completo descrédito.

Ya hemos estudiado la muerte real de Jesús, al refutar a Kurt Berna y a Primrose. No hay por qué volver sobre el asunto. El argumento más fuerte de Strauss es que si Jesús hubiera podido trasladarse por sus propios pies, traspasados dos días antes por un grueso clavo de hierro, y necesariamente muy debilitado de fuerzas, y presentarse a los discípulos, lejos de creer éstos ver una aparición, habrían visto ante sí un hombre en estado físico extremadamente grave, cojeando, ensangrentado, pálido y necesitado de ayuda médica. En vez de proclamar que había resucitado, habrían corrido en busca de un médico. Y no obstante la historia nos dice que ellos proclamaron su resurrección, afirmando que era el Señor de la vida, glorificado. Por ello la hipótesis del desvanecimiento no es tenida ni siquiera en consideración por la mayoría de los biblistas críticos del siglo XX.

Otra teoría naturalista supone que las mujeres y luego Pedro y Juan *se equivocaron de tumba.* Por eso la hallaron vacía. Así el profesor Kirsopp Lake y Gardner-Smith.

A esto responde Carreño *(Reportero,* p. 229). «Esta... es una de aquellas (teorías) que sólo se les puede ocurrir a ciertas personas muy eruditas... mucho más familiarizadas con los textos que con los seres humanos. A la gente menos erudita, pero con más sentido común, no es necesario decirle que, si la creencia en la Resurrección comenzó cuando las mujeres fueron a visitar una tumba equivocada, esa creencia se habría acabado cuando los fariseos hubieran invitado a todos los equivocados a inspeccionar el cuerpo de Jesús en la tumba verdadera.»

Además «¿cómo habrían encontrado Juan y Pedro los lienzos sepulcrales intactos precisamente en la tumba equivocada»?

Y ¿cómo le habrían podido ver después vivo entre ellos?

Tercera hipótesis naturalista el sepulcro en que Jesús fue enterrado por primera vez no estaba destinado a ser tumba permanente. José de Arimatea habría levantado el cadáver después y lo habría trasladado a otro sepulcro.

No se ha aducido ninguna razón plausible para explicar esta conducta, ni se ha encontrado testimonio alguno favorable a ella. José era noble sanedrita, discípulo de Jesús porque amaba la verdad. Al advertir que los Apóstoles afirmaban la resurrección basados en un engaño provocado por él, habría tenido que aclarar los hechos. Lo

mismo hubieran hecho los criados que, sin duda, hubieran tenido que ayudar a José en el traslado. Un hecho así no puede ocultarse fácilmente delante de la resonancia que alcanzó la predicación de la resurrección de Jesús.

Es más, si José cambió el cadáver de sepultura, ¿por qué no se llevó los lienzos con él? ¿Por qué los dejó intactos en el primer sepulcro? ¿cómo se explicaría, además, que la sábana no apareciese emborronada de sangre con tales manipulaciones?

Todavía *otra cuarta teoría.* Escribe D. Strauss: «Es posible que el cuerpo fuera arrojado a algún lugar deshonroso, con los criminales ejecutados. En este caso los discípulos no habrían tenido al principio oportunidad de ver el cadáver. Más tarde (a los cincuenta días) al predicar la resurrección, hasta sus propios adversarios habrían encontrado difícil reconocer el cuerpo (de Jesús para refutarles) y exhibir pruebas de su identidad» (trad. por Carreño). Loisy, para hacer la hipótesis más aceptable, añade que el cuerpo de Jesús no estuvo a la disposición de los discípulos.

Para estos autores, José de Arimatea no es más que un personaje ficticio, inventado por los cristianos para disimular la afrenta de haber sido echado su Maestro en el pudridero común. Por esto había de ser un varón noble, rico y sanedrita. Nada, pues, de sepulcro nuevo y sepelio honroso, nada de guardias ante el sepulcro, nada de cuanto afirman los testigos oculares.

Ante todo, de esa supuesta exhumación del cadáver por los judíos, sacándolo de la fosa común a los cincuenta días para refutar a los discípulos, no hay indicio alguno en la literatura o en las tradiciones de aquel tiempo. Al contrario, ella se opone abiertamente al testimonio histórico de los cuatro evangelistas.

Además ¿cómo se les podía ocurrir, en tales circunstancias, a los discípulos, predicar públicamente que Jesús había resucitado glorioso y triunfante de la muerte y echárselo en cara al sanedrín? (Act 4, 10).

Y ¿de dónde saldría la Síndone, con sus marcas sangrientas de la muerte de Cristo? ¿De la fosa común?

Y si volvemos a *la más antigua de las teorías:* que los discípulos robaron el cuerpo de la tumba, habríamos de admitir que los discípulos sabían perfectamente que Jesús había muerto y no había resucitado. Por tanto que era un iluso. Todas sus predicciones y milagros habrían acabado en una muerte afrentosa y definitiva. ¿A qué vendría empeñarse en predicar una doctrina nueva, una religión nueva que a ellos les constaba ser falsa? ¡Y predicarla con tanta intrepidez que les llevase a despreciar las persecuciones de las autoridades judías, los malos tratos y la misma muerte! ¿Qué interés podrían tener en sostener una falsedad con tanto daño propio?

Y que esto lo hicieran no uno o dos exaltados, sino todo el grupo de los discípulos... Y fueran escuchados y creídos por la gente... Realmente cuesta entender cómo autores serios llegan a formular tales dislates. Pero es que hay un hecho histórico que todos ellos quieren eludir: el hallazgo del sepulcro vacío, con la mortaja intacta en él. Para ello, con una cerrazón apriorística, cierran fuertemente los ojos

gritando: Es imposible (Carreño). Y se ponen a inventar hipótesis a cual más absurda y pintoresca.

Por ello es tanto más sorprendente que salga Hans Küng en nuestros días con las siguientes palabras *(Ser cristiano,* p. 463): «El puro hecho del sepulcro vacío es equívoco, ambiguo. Para explicarlo caben muchos recursos...: fraude de los discípulos, hurto del cadáver, cambio de persona, muerte aparente».

«Es decir, comenta con dureza Carreño *(Las Huellas,* p. 81), se admite implícitamente como válida la hipótesis de que los discípulos eran unos canallas (fraude, hurto y suplantación), los sanedritas unos imbéciles (incapaces de rebatir tal fraude) y nosotros unos perfectos memos (capaces de tragarnos eso de la muerte aparente y demás).»

Detrás de todas estas afirmaciones no se ve más que una idea filosófica preconcebida y falsa sobre la imposibilidad de los milagros y/o un desprecio del depósito de la fe encomendado por Jesucristo a su Iglesia jerárquica. Con qué insistencia viene a la mente la frase punzante de Juan Pablo I lamentando la existencia de tantos teólogos que «hablan mucho de Dios, pero que hablan muy poco con Dios».

En resumen, los mismos biblistas liberales del siglo XIX fueron demoliendo, una a una, hipótesis tan descabelladas y los biblistas críticos del siglo XX las han descartado en bloque como incapaces de explicar los hechos conocidos. Son demasiado burdas.

B. Teoría transhistórica

Actualmente «el ataque contra la resurrección de Cristo ha sido revisado y modernizado. Los críticos del siglo II que la niegan, rara vez proponen las tesis naturalistas para explicar las narraciones evangélicas. Prefieren "interpretarlas" ("releer el Evangelio" en frase de Juan Pablo II), y proponen una *resurrección espiritual.* Lo importante, dicen, no es que Jesús haya resucitado literalmente de entre los muertos, sino que los discípulos lo hayan creído así firmemente. Jesús estaba *vivo* en el espíritu de los que le seguían; hoy *vive* para aquellos que creen en él de tal manera que confronta existencialmente a los hombres de hoy. Algunos críticos añaden que *algo pasó allí;* pero que nosotros no sabemos qué fue». (Habermas, *La Verité...* 188.)

«No hay que mirar a la tumba vacía»; «una resurrección es impensable (dice el patriarca de esos teólogos contemporáneos, Bulmann) eso es un mito transhistórico, ilusión, interpretación, subjetivismo, discernimiento psíquico, termal ascendente de esperanza»... (Carreño, *Las Huellas...* p. 91).

No quieren ver que «una tal interpretación es absolutamente incompatible con el cristianismo bíblico» (Habermas, o.c. p. 189). San Pablo ha escrito: «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Somos hallados falsos testigos de Dios, pues testificamos contra Dios, que resucitó a Cristo» (1 Cor 15, 14-15).

«En segundo lugar, el número mínimo de hechos históricos conoci-

dos y aceptados por los mismos escépticos, presenta una base histórica a la probabilidad de la resurrección, en sentido literal, de Jesús. Por simple lógica, esto echa por tierra los otros puntos de vista. No hay, pues, razón alguna para creer seriamente en las reinterpretaciones contemporáneas, cuando los hechos históricos bastan de por sí para hacerla probable». Esto aun en el plano meramente racional, sin tocar la fe.

«En tercer lugar, los partidarios de las "reinterpretaciones espirituales" son ilógicos si, como hacen con frecuencia, continúan hallando un significado único a la resurrección. Su Jesús "espiritual" no estaría hoy más vivo que cualquier otro personaje histórico muerto, cuya memoria sea todavía venerada por los hombres y mujeres vivientes. Si Jesús no ha resucitado, en sentido literal, de entre los muertos, habría que dudar del sentido lingüístico del verbo "resucitar"». (Habermas, *La Verité,* p. 189) [126].

Realmente, nos parecen mucho más lógicos los que rechazan de plano el Evangelio y no creen en realidad en Jesús; que los que dicen creer en él y luego montan todo este tinglado de teorías para eludir su profundo mensaje a los hombres.

Los historiadores y críticos modernos hallan en los evangelios, considerados como documentos antiguos ordinarios, un buen número de hechos históricos dignos de crédito en torno a la resurrección.

Todo el mundo admite hoy que Jesús fue un personaje histórico, muerto sobre la cruz, y cuyo cuerpo fue sepultado en un sepulcro.

Su muerte afligió y desconcertó a sus discípulos. Ellos creyeron que toda la esperanza que habían puesto en él había fallado, que todo estaba perdido.

Tres días más tarde su tumba fue hallada vacía. Pero esto no devolvió la fe a los discípulos. Poco después, lo admiten prácticamente todos los eruditos, los discípulos se persuadieron de haber visto a Jesús resucitado. Con esto su vida quedó transformada. Tan ciertos estaban de que Jesús estaba vivo, que se lanzaron a predicar y dar testimonio de ello en Jerusalén, allí mismo donde Jesús había sido crucificado y enterrado, ciudad además llena de enemigos. ¡Y la esencia de su mensaje era la proclamación de que Jesús había resucitado!

La historia continúa diciendo que la Iglesia cristiana surgió y se

---

[126] Veamos lo que dice el Papa Juan Pablo II sobre esta "relectura" o reinterpretación de "los evangelios" (Discurso a los religiosos; Madrid, 2 de nov. de 1982):

«El Evangelio es definitivo y no pasa. Sus criterios son para siempre. No podéis hacer "relecturas" del Evangelio según los tiempos, conformándoos a todo lo que el mundo pide. Al contrario, es preciso leer los signos de los tiempos y los problemas del mundo de hoy a la luz indefectible del Evangelio...»

«Tenéis que evitar todo lo que pueda hacer creer a los fieles que existe en la Iglesia un doble magisterio: el auténtico de la Jerarquía y el de los teólogos y pensadores...»

«La fidelidad al Magisterio no es un freno para una recta investigación, sino condición necesaria de auténtico progreso de la verdadera doctrina.»

desarrolló como efecto de este testimonio sobre la resurrección de Jesús.

«Sobre este mínimum de hechos históricos casi todos los eruditos están de acuerdo, sea cual sea su escuela filosófica. Consideran a estos hechos como parte de la historia conocida. Toda otra exposición —naturalista o de reinterpretación— los ha de poder explicar. Por ello estos hechos constituyen la mayor prueba en favor de la resurrección». Así se expresa Gary R. Habermas, quien añade al final: «Cuando yo era agnóstico práctico en lo referente a la resurrección de Jesús, fue el peso histórico de lo que precede (él analiza mucho más a fondo los datos históricos aducidos) lo que me hizo comprender que Jesús había muy probablemente resucitado de entre los muertos» *(La Verité...* pp. 191 y 200).

Lo que la historia da como muy probable, la fe nos lo da como cierto.

Permítasenos terminar este apartado con las palabras de un ilustre teólogo A. Richardson *(Le Procès de la Religion,* Tournai, 1967, p. 85): «La resurrección de Jesús se resiste al proceso de desmitificación y se vuelve a colocar en la historia como la única explicación verosímil del nacimiento de la Iglesia, si se tienen en cuenta las circunstancias de la muerte de Jesús. La resurrección de Cristo ha de ser considerada como un hecho histórico; es decir, como la interpretación más digna de los testigos presentes; y consecuentemente no puede ser desmitificada».

Realmente, mirada bajo la perspectiva histórica, la evolución de las ideas sobre la resurrección de Jesús hace sonreír. Vista en su conjunto, aparece tan clara en ella la intencionalidad anticristiana y la falta de objetividad de sus autores...

3. APORTACION DE LA SINDONE

Ya nos perdonará el lector ese largo alegato sobre la historicidad de la resurrección real de Jesús. Era necesario. Si Cristo no hubiera resucitado realmente, mal podríamos hablar de la Síndone como «testigo» de su resurrección.

Después de haber asentado, pues, lo que nos dice la historia y la fe sobre la resurrección física de Jesús, volvamos los ojos a la Síndone. Esta, *como documento arqueológico,* ¿nos dice algo sobre ella?

Tengamos presente, ante todo, que la prueba de la resurrección de Cristo sólo puede venirnos de la revelación, aceptada por la fe. La Síndone no puede probar la resurrección de Cristo. Sería un absurdo. No es por tanto ella un testimonio, una prueba de la resurrección que fundamente nuestra fe cristiana. Pero, si ella es auténtica, como creemos, ella estuvo presente en el sepulcro desde que Jesús fue enterrado, hasta que resucitó. Es por tanto un testigo de cuanto allí sucedió. Testigo mudo, es verdad, pero que según los investigadores científicos, presenta rasgos positivos. (Cfr. R. Sorgia, *Actas II Cong.* pp. 217 ss.)

Estudiándolos, pues, ¿podremos deducir algo que confirme —no

que supla— los hechos revelados? Así como nos ha aportado tantos datos sobre la pasión del Señor, ¿puede darnos también alguno sobre su resurrección?

Creemos que sí. Es lo que, a nuestro parecer, quiso indicar con las palabras antes citadas el papa Juan Pablo II en su visita pastoral a Turín del 13 de abril de 1980.

Tres puntos consideraremos: primero la posición en que fue hallada la sábana mortuoria en el sepulcro vacío. Luego indagaremos el profundo significado de la nitidez de las manchas de sangre, sobre ella calcadas. Por último estudiaremos la causa física que imprimió las improntas de la imagen en la sarga de lino. A ver si descubrimos algo, bajo estos tres aspectos, que nos ilustre sobre la resurrección de Jesús.

A. La posición de los lienzos en el sepulcro vacío

Constata que el cadáver de Jesús no fue robado ni trasladado de sepulcro.

Recordemos lo que nos dice S. Juan (28, 1-9) «María Magdalena... al ver la losa quitada del monumento, corre y va a Simón Pedro y al otro discípulo a quien quería Jesús, y les dice: Se llevaron el Señor del monumento y no sabemos dónde lo han puesto.

«Salió, pues, Pedro y con él el otro discípulo camino del sepulcro. Corrían ambos; mas el otro discípulo, como corría más aprisa que Pedro, le pasó delante y llegó primero al sepulcro. Y habiéndose agachado, vio los lienzos *por el suelo* (las bandas, dice Nácar-Colunga); con todo no entró. Llegó también Simón Pedro en pos de él y entró en el sepulcro, y vio los lienzos por el suelo (Bover) ("vio las fajas allí colocadas", dice Nácar-Colunga) y además el sudario, que había estado sobre su cabeza, no por el suelo con los lienzos, *sino plegado en lugar aparte* (Bover) ("No puesto con las fajas, sino envuelto aparte", Nácar-Colunga). Entonces entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó; pues todavía no conocían las Escrituras, que había de resucitar de entre los muertos.» [127]

Esta es poco más o menos la traducción corriente. Es precisa una ligera exégesis del texto, antes de seguir adelante, por la gran trascendencia que tiene en orden a nuestro tema.

---

[127] He aquí el texto original griego de Jn 20, 3-9, según lo trae la edición crítica de Bover (BAC, 1977), transcrito en letras latinas: 3 Exélthen oûn ho Pétros kaì ho állos mathetés, kaì érchonto eis tò mnemeîon. 4 Étrechon dè oi dýo homoû; kaì ho állos mathetès proédramen táchion toû Pétrou kaì hêlthen prôtos eis tò mnemeîon, 5 kaì parakýpsas blépei keímena tà othónia, ou méntoi eisêlthen. 6 Érchetai oûn kaì Símon Pétros akolouthôn autô, kaì eisêlthen eis tò mnemeîon: kaì theoreî tà othònia keímena, 7 kaì tò soudárion, hó ên epì tês kephalês antoû, ou metà tôn othonion keímenon allà chorìs entetyligménon eis héna tópon. 8 Tóte oûn eisêlthen kaì ho állos mathetès ho elthôn prôtos eis tò mnemeîon, kaì eîden kaì epísteusen: 9 oudépo gàr édeisan tèn graphèn, óti deî autôn ek nekrôn anastênai.

Ya hemos indicado más arriba que la palabra *othónia* no puede traducirse por bandas o fajas, sino que significa lienzos o sábana.

En segundo lugar, S. Juan habla de *othónia kéimena.* Ahora bien, «el verbo kéimai significa yacer; estar tendido, sentado, extendido horizontal; encontrarse física o moralmente; estar depositado. Se dice de heridos, muertos, abandonados, de ciudades asoladas, de murallas y estatuas desplomadas, de una cosa llana por oposición a una elevada o erecta, del mar en calma, por oposición al hinchado... de la disminución de una inflamación (faringe *deshinchada,* no inflamada)» (Balagué o.c. pp. 185-192).

«Con todos estos sentidos ya tenemos bastante para suponer con fundamento el verdadero significado de *kéimena* en nuestro lugar, aplicado a los lienzos que constituyen la mortaja del cuerpo de nuestro Señor, fueran los que fueran. (Estos lienzos) estaban abultados (mientras envolvieron el cuerpo del Señor) y quedaron *caídos, allanados,* cuando se volatilizó y desapareció (el cuerpo), con la resurrección».

La traducción auténtica es, pues, que S. Juan y S. Pedro vieron *los lienzos o sábana,* que había envuelto el cadáver de Jesús, *yacentes, allanados, deshinchados.*

«Lo contrario dice del sudario. Lo encontraron *Ou kéimenon, no allanado* como los lienzos, sino abultado».

«Por tanto, S. Juan, con la negativa, no señala oposición *local* entre los lienzos y el sudario, continúa el P. Balagué, sino (oposición) de *estado:* los unos estaban allanados, el otro no; por la sencilla razón de que el sudario estaba entetyligménon, *arrollado,* por el oficio que había desempeñado de cerrar la boca de Jesús muerto. Como hacemos todavía hoy con los difuntos: tomando un pañuelo grande, lo arrollamos en diagonal y se lo atamos a la cabeza, pasándoselo por debajo de la barba.»

«Si el evangelista hubiera querido expresar la idea corriente en las versiones, de que el sudario no estaba con los lienzos, sin más, hubiera empleado otro giro y no hubiera repetido el participio... Hubiera dicho simplemente: Kaì tò soudárion... ou ên metà tôn oghoníon allà choris autón entetyligménon, que es como suelen traducir las versiones más libres: El sudario... no estaba con los lienzos, sino arrollado aparte.»

«A este sentido de estado, no local, del participio kéimenon, allanado, no se opone el metà nôn othonion, "*con* los lienzos"; porque, aunque el significado de metà con genitivo es de *compañía,* fácilmente pasa al de *juntamente, igual, al mismo tiempo, simultáneamente, durante,* equivaliendo a áma». Y pone ejemplos Balagué en los que metá equivale a *simultáneamente.*

«Tanto más hay que admitir este significado, prosigue el P. Balagué, cuanto el evangelio de S. Juan o fue escrito en arameo, o fue escrito por uno que lo hablaba y pensaba en dicha lengua. Ahora bien, los LXX (la antigua traducción griega de la Biblia, llamada de Los Setenta) traducen generalmente por metá el "im" hebreo, que tiene el significado de *juntamente, al mismo tiempo, igualmente,* además del

de compañía y comunión. El mismo evangelista emplea el "metá" en este sentido en 11, 16: "Vayamos y muramos con él". Tanto significa *juntamente con él,* como *igualmente, como él.* En la cruz, crucificaron *con él* dos ladrones (19, 18); equivale a igualmente, como a él, crucificaron a dos ladrones.»

Y pone otros ejemplos sacados de los demás evangelistas con parecido sentido.

«Por todo lo dicho, no es violentar el texto el traducir: "el sudario no se allanó juntamente o igual que los lienzos"; tanto más que el sentido del conjunto, como veremos al final, es plenamente satisfactorio, más que en las versiones corrientes del mismo.»

«La palabra "chorìs" rigiendo genitivo se encuentra varias veces en la Biblia y en S. Juan (1, 3; 15, 5); pero en sentido adverbial, sin el genitivo, no se encuentra más que aquí. Por lo mismo, hay que acudir a los autores extrabíblicos para apreciar este significado adverbial.»

«Pues bien, en ellos hallamos ejemplos de su valor moral o trasladado, no local, significando *diferentemente, de naturaleza o cualidad diversa.*» Incluso tiene este mismo valor modal chorìs con genitivo. Y pone varios ejemplos en los cuales chorìs significa *diferente, diversamente, al frente, al contrario.*

«Este significado trasladado de chorìs, *diversamente,* y reforzado con allà, *al contrario,* continúa nuestro autor, cae muy bien a nuestro texto, en el que ou kéimenon no señala la oposición de un lugar a otro, sino de una acción y estado a otro: los lienzos yacían aplastados, pero diversamente (en cambio) el sudario no estaba aplastado, sino que...»

«Ya vimos los significados de entylísso... para expresar el envolvimiento del cuerpo de Jesús en la sábana. También hablamos del papel que desempeñó el sudario, que fue mantener cerrada la boca. (Este), una vez desaparecido el cadáver, permaneció en el mismo sitio (en que estaba), envuelto y arrollado, dentro de la sábana que cubría el cadáver... No se allanó, como el resto de los lienzos, porque estaba arrollado (sobre sí mismo) y mantuvo cierta consistencia que lo impidió».

«La parte más hebraica de este versículo 7 es la expresión *eis héna tópon.* Sólo atendiendo a su substrato semita se puede adivinar su verdadero sentido satisfactorio y en consonancia con todo el resto del versículo, tal como lo vamos traduciendo.»

«Si el Evangelista hubiera querido expresar lo que vulgarmente dicen las traducciones: "en *un* lugar"... hubiera cometido un error gramatical sin necesidad, empleando el numeral heis (uno) por el indefinido tis (uno)... Si quería expresar lo que otras traducciones le atribuyen, "en *otro* lugar", hubiera dicho eis héteron tópon.»

«Pero (además) en el primer caso, "en *un* lugar", chocaría la expresión indeterminada con la precisión con que se escribe lo que ve el testigo ocular, y con lo reducido de la cámara sepulcral, que no daba lugar para zonas indeterminadas. En el segundo caso, ya dijimos el contrasentido que supondría el situar el sudario (plegado) fuera del

sepulcro, el único lugar de que habla el Evangelista, y de lo que vio dentro, no fuera.»

«Por esto, los traductores han omitido el *un,* y vierten simplemente "plegado aparte". En este caso el hagiógrafo hubiera escrito tan sólo choris entetyligménon.»

«Todos estos equilibrios hay que hacer con el texto para poder compaginar una composición local entre los lienzos y el sudario, que probablemente el evangelista no quiere significar, según el sentido que hemos dado al kéimenon. De aquí que los traductores han de colocar los lienzos *en el suelo* y el sudario *en otro* lugar, que no puede ser más que fuera del sepulcro. Todo esto se evita admitiendo la oposición de *estado,* que hemos demostrado.»

Otras traducciones han omitido el metà tôn othonion (con los lienzos), otras el ou ante el kéimenon (no aplanado), o el hò ên epì tês kephalês (que estaba sobre la cabeza)... cuando el texto griego no presenta variante alguna en la inmensa masa de manuscritos que existen; cosa rarísima, dada la dificultad del versículo y lo frecuentes que son las variantes.

«Tantas variaciones (en las traducciones), para un texto tan corto, revelan que es un pasaje difícil de entender, que contrasta con la claridad del testigo ocular en el resto del versículo. Lo cual obliga a llevar la investigación por otros derroteros. Si suponemos, como hemos dicho, que el autor es semita que escribe en arameo, o en griego pero pensando en arameo, podremos más fácilmente averiguar su pensamiento.»

«El uno, heis, es la traducción literal del hebreo "ehad", que aunque es el numeral *uno* y puede emplearse por el indeterminado uno, a falta de éste en hebreo, también puede usarse para significar la idea de *unicidad, prioridad* e identidad. De aquí que pueda traducirse muy bien por *mismo.*»

Y aduce el ilustre exegeta, varios ejemplos sacados de S. Pablo y del Antigúo Testamento en su traducción griega de los LXX en que «se superponen fácilmente los significados de *uno, mismo* y *único.*»

«Por tanto, según este significado semita de *uno,* podemos muy bien traducir y dar sentido a nuestra frase, y localizar el sudario. Este estaba "en el *mismo* lugar", en su lugar, donde había estado antes de la desaparición del cadáver, esto es, como acaba de decir el evangelista, *en la cabeza;* y ahora, después de la resurrección, en el sitio vacío que ha dejado ésta.»

Y concluye el erudito exegeta y lingüista que nos hace de guía: «Resumiendo cuanto hemos dicho, podemos traducir todo el versículo: "Y contempla los lienzos (yacentes), aplastados, y el sudario, que había estado en su cabeza, no aplastado igual que los lienzos —juntamente con los lienzos—, sino al contrario, envuelto —o arrollado dentro— en su lugar».

«S. Juan, pues, pudo contemplar detenidamente cómo la mortaja había quedado allanada o deshinchada, sin el cadáver, manteniendo todavía algo las formas del cuerpo; y el lugar de la cabeza aparecía algo más abultado por el sudario arrollado y ovalado que había que-

dado, con todos los lienzos, en su lugar y que levantaba algo la sábana, por la consistencia mayor que ofrecía por estar arrollado» (Fig. 47).

«De aquí la lógica consecuencia del testigo ocular (Juan): *Vio y creyó,* aunque todavía desconocían que estaba escrito que había de resucitar de entre los muertos, lo cual era más seguro y hubiera sido más meritorio: creer sin ver.»

«Esta conclusión lógica solamente se deduce de la traducción que hemos dado del texto. San Juan vio que los lienzos ocupaban el mismo sitio que antes, cuando estaba Jesús amortajado; y allí continuaban intactos y en la misma posición, pero sin el cuerpo. Luego la única explicación posible era que se había volatilizado el cuerpo. Es decir, en virtud del don de sutileza o espiritualidad de los cuerpos gloriosos, había podido el cuerpo de Jesús escapar de la mortaja, dejándola intacta. Como después aparecerá y desaparecerá del lugar cerrado del Cenáculo sin abrir las puertas, donde estaban sus discípulos encerrados por miedo a los judíos.»

«Esta ilación íntima entre la visión de los lienzos (su posición) y la

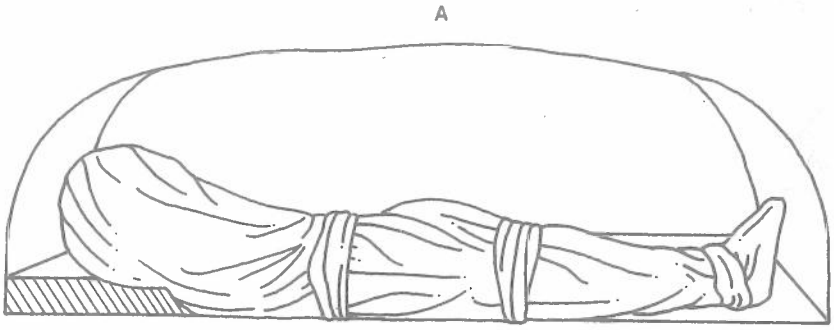


Fig. 47a. Posición de la Síndone envolviendo el cadáver de Jesús, antes de la Resurrección.

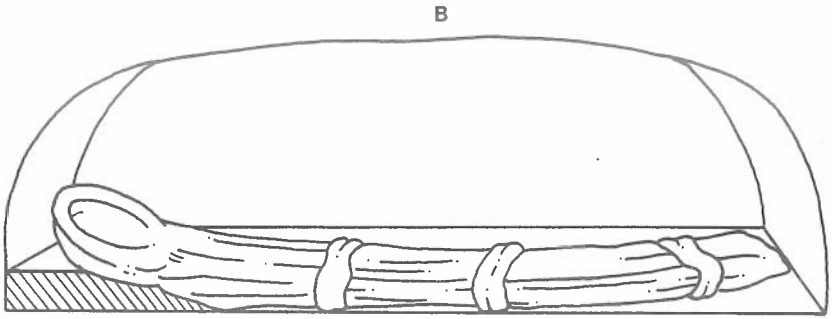


Fig. 47b. Posición en que la hallaron Pedro y Juan después de la Resurrección.

fe del Apóstol en la resurrección, no se deduce tan claramente en las otras traducciones ordinarias del texto. Pues de estar simplemente los lienzos "en el suelo", y peor "por el suelo" o "tirados", y el sudario aparte, lo lógico era pensar o en que se había escapado Jesús, no muerto, o en que lo habían robado. Todo menos creer que había resucitado; ya que todavía no conocían la Escritura que lo había profetizado; y ellos, los discípulos, ni esperaban ni siquiera pensaban en la resurrección.»

«Esta había sido la conclusión de las mujeres y de la Magdalena en un principio, espantadas y precipitadas al ver el sepulcro abierto y vacío y los lienzos sin el cuerpo: "Han robado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto" (Jn 20, 2; 13, 15). En cambio Pedro y Juan entran en el sepulcro, ven, examinan y contemplan detenidamente todo cómo está; y el último, al menos, saca la única consecuencia posible: ha resucitado.»

Ya nos perdonará el lector tan larga y árida cita. Pero difícilmente lo podíamos nosotros decir mejor y con tanta autoridad como lo dice guía tan autorizado.

Sólo subrayaremos una cosa: la posición en que se encontraron los lienzos mortuorios en el sepulcro, si bien no es una prueba propiamente dicha de la resurrección de Jesús, sí que es una señal, un testimonio, de ella, que sólo se explica admitiéndola: el cuerpo se había evadido de la mortaja de manera milagrosa. Por eso cree S. Juan. Parece que incluso se reprocha a sí mismo el no haber creído por las Escrituras y por la palabra de Jesús que lo había predicho, sino que tuvo que ver los lienzos mortuorios intactos para creer.

Por lo demás, esta idea se encuentra ya insinuada por S. Cirilo de Jerusalén en su catequesis 14, sobre la resurrección (P.G. 33, 853) y expresamente subrayada por S. Cirilo de Antioquía en su comentario sobre el Evangelio de S. Juan. Dice así: Antes de «ver al Resucitado, tuvieron ya la evidencia (los dos apóstoles) de la resurrección por la disposición de los lienzos» (P.G. 74, 683 D).

Adoptan, en líneas generales, esta misma posición de Balagué con su conclusión teológica el P. Alberto Vaccari, S.I. *(Lessicografia ed esegesi* en Miscelánea bíblica B. Ubach, Montserrat, 1953, pp. 375-386), el P. Ceslas Lavergne, O.P. *(Sindon,* núms. 5 y 6, abril-sept. 1961), el P. André Feuillet, O.P. *(Actas del II Congr. Int.* pp. 239 ss.), el teólogo independiente y obispo anglicano, Dr. John A. T. Robinson del Trinity College de Cambridge *(Actas II Con. Int.* pp. 265 ss.).

Con todo, estos estudios, aunque citados con frecuencia, no han conseguido todavía carta de ciudadanía entre los biblistas. Pero se van abriendo camino. Así, p. ej., los ha tenido plenamente en cuenta la traducción catalana del nuevo leccionario litúrgico del misal, preparado bajo los auspicios de los monjes de Montserrat, y también la Sda. Biblia de Fco. Cantero y M. Iglesias *(BAC,* Madrid, 1975) [128].

---

[128] Dice así el leccionario catalán: «L'altre deixeble s'avançà i arribà primer al sepulcre. S'ajupí per mirar dintre i veié aplanat el llençol d'amortallar; però no hi entrà. Darrera d'ell arribà Simó Pere, entrà al sepulcre i veié aplanat el

Incluso, aunque tímidamente, se empieza a tener en cuenta también la Síndone y su estudio en la presentación de los evangelios y aun en la exposición de la doctrina cristiana, en especial después del congreso y estudios subsiguientes de 1978. (Cfr. Ghiberti, *Sindon,* n. 30, p. 60.)

B. Las manchas de sangre, tal como están en la Síndone

Delatan que ésta fue separada del cuerpo ensangrentado de una manera misteriosa por la nitidez y precisión que presentan.

Nos dijo el Dr. Judica que todas las manchas y coladas de sangre que se observan en el H. de la S. son anteriores a su muerte, a excepción de la doble colada, vertical en el flanco derecho y horizontal por detrás, de la llaga del costado. Esta presenta todas las características de haber sido inferida después de muerto Jesús, pero no a mucha distancia de su muerte. También la sangre de los talones de ambos pies es postmortal, salida al desclavarle los pies y poner el cuerpo en posición horizontal, para ser llevado al sepulcro.

Ahora bien, la sangre salida en vida, e incluso la colada vertical de la herida del costado, tuvieron tiempo más que suficiente para secarse, después de inferidas las heridas, mientras permaneció expuesto al aire y al sol el cuerpo muerto sobre la cruz. La colada transversal de la espalda a la altura de los riñones, producida mientras el cuerpo era llevado al sepulcro, también parece que tuvo tiempo de secarse antes de ser envuelto el cadáver en la sábana mortuoria, dada la finura de los reguerillos que se entrelazan. Sólo la sangre de los talones permanecería algo fresca todavía al ser colocado el cadáver dentro de la sábana. Por esto formó manchas compactas e irregulares.

Toda esta sangre seca no hubiera manchado la tela de la sábana de no haberse reblandecido. Ya explicamos cómo por el fenómeno de la fibrinolisis, comprobado con experimentos por el Dr. Vignon, esta sangre se reblandeció en ambiente húmedo y amoniacal y se hizo pastosa hasta ser capaz de calcarse sobre la tela que estaba en contacto con ella.

Pero también constató el Dr. Vignon en sus experimentos que el proceso fibrinolítico de la sangre tiene su ritmo temporal propio. Antes de cierto tiempo el calco es imposible o flojo, después de demasiado

---

llençol d'amortallar; però el mocador, que li havien posat al cap, no estava aplanat, com el llençol, sinó lligat encara el mateix lloc» (Dom. de Pascua).

La traducción de Cantero-Iglesias, dice: «Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo adelantó a Pedro corriendo más aprisa que él, y llegó primero al sepulcro; y al agacharse vio los lienzos lisos; sin embargo, no entró». «Conque llegó también Simón Pedro siguiéndolo, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos lisos, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no liso como los lienzos, sino diversamente enrollado en (su) sitio. Así que entonces entró también el otro discípulo que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó, pues todavía no comprendían la Escritura (que dice) que él tenía que resucitar de entre los muertos».

tiempo el calco se difumina por haberse licuado demasiado la sangre. De aquí se deduce, por la nitidez de las manchas, que entre las 30 y las 36 horas de enterrado el cadáver, la sábana se separó de él, interrumpiéndose el calco.

Por otro lado, el cuerpo no presenta en la Síndone señal alguna de corrupción; pero sí que se observan sobre la frente, sobre el occipucio y en la espalda algunas gotitas de líquido que indican que la muerte había comenzado a hacer su obra. Con todo, «estas gotas y todo lo demás dejan intactas, o casi intactas, las improntas, que la "putrefacción" habría aniquilado» (Vignon, *Le Suaire...* p. 5). La carne de Cristo no se corrompió, pues, en el sepulcro, como subraya S. Pedro: David, «con visión profética habló de la resurrección del Ungido que ni sería abandonado en los infiernos, ni su carne experimentaría corrupción» (Act. 2, 31).

Esta separación repentina y limpia de la sábana y del cadáver, que no podíamos explicar al estudiar «El cuerpo del delito», ahora que hemos identificado ya al difunto y conocemos su resurrección al tercer día, tiene una explicación clara y sencilla. Entre las 30 y 36 horas de enterrado, Jesús resucitaba glorioso y espiritualizado. Es decir, desaparecía su cuerpo como volatilizado de entre los pliegues de la sábana-mortaja, dejando a ésta intacta.

Por consiguiente el proceso fibrinolítico quedó interrumpido bruscamente en aquel preciso instante, dejando en toda su perfección y nitidez los calcos sanguíneos que vemos sobre la tela. No había sido la sábana la arrancada de las heridas a las cuales estaba adherida, sino que fue el cuerpo de Jesús el que se esfumó, espiritualizado.

Sólo así se explica la nitidez de las manchas de sangre en la Síndone. Tenemos, por consiguiente, otro testimonio fehaciente y científico de la desaparición misteriosa y repentina del cuerpo de Jesús del sepulcro, e indirectamente de su resurrección.

El Dr. Barbet *(La Passion...* p. 56) concluye: «Nada puede explicar cómo (un cadáver cubierto de llagas y envuelto durante unas horas en ese lienzo) pudo salir de él dejando intactas y hermosas, sobre el mismo, la impronta de su cuerpo y las trazas de esas sangrías. Un hombre no lo conseguiría con el cadáver de otro sin deteriorarlas»... Y haciendo referencia a Cristo, continúa: «Cierto que ese cuerpo, resucitado glorioso, podía evadirse del lienzo tan fácilmente como entrar en el Cenáculo "cerradas las puertas"».

Y añade una anécdota. Cuando estaba a punto de dar a la imprenta la primera edición de «Cinc Plaies», deseando conocer la opinión de un hombre de ciencia, competente y libre de toda parcialidad, acudió a su viejo amigo Hovelacque, profesor de anatomía en la Ecole Pratique de París. Hovelacque era hombre de reconocida honradez científica, pero agnóstico: no creía en religión alguna. Cogió el folleto y comenzó a leer. «El iba aprobando con creciente entusiasmo mis experiencias y conclusiones, dice Barbet. Cuando hubo acabado la lectura, cerró el folleto y, meditativo, quedó un momento en silencio. Después, explotando de súbito con aquella hermosa franqueza que constituía nuestra amistad, exclamó: Mais alors, mon vieux... Jésus-Christ

a resuscité!... (Entonces, amigo mío...: ¡Jesucristo ha resucitado!). Confieso, continúa Barbet, que pocas veces he experimentado en mi vida una tan profunda y tan dulce emoción como ante esta reacción de un incrédulo ante un trabajo puramente científico, del cual él mismo sacaba tan incalculables consecuencias».

C. Hora de la Resurrección

Estas mismas manchas de la Síndone *precisan la hora en que el cuerpo de Jesús desapareció volatilizado o espiritualizado de entre la sábana-mortaja.*

El exegeta H.-M. Féret, O.P., estudia el caso en *Mort et Résurrection du Christ* (pp. 96, ss.).

Independiente de los estudios sindonológicos, distingue él tres visitas de las mujeres al sepulcro. La primera, la de María Magdalena y María, madre de José, narrada por S. Mateo (28, 1).

«Esta visita de las dos mujeres, dice, teniendo presente que nos hallamos en los días todavía cercanos al equinoccio de primavera, habría tenido lugar entre las 19-20 y las 24 horas, según nuestros horarios de hoy.» Y lo deduce de las palabras usadas por S. Mateo: «Pasado el sábado (opsé, dice), cuando alboreaba el primer día de la semana». La palabra *opsé,* en la división de la noche en cuatro vigilias (cfr. Mc 13,35), era el nombre de la primera vigilia después de la puesta del sol. Significaba, pues, nuestro *atardecer,* o sea las 18-21 horas (Ausejo, *Dic. Bib.).* Lo confirman las palabras que añade S. Mateo; «cuando alboreaba el primer día de la semana», es decir, al comenzar el nuevo día. No olvidemos que el día comenzaba para los judíos con la puesta de sol. Entonces alboreaba el día siguiente. Es la misma frase usada por S. Lucas (23,54) ...«alboreaba el sábado» —para concretar la hora en que terminó el sepelio de Jesús la víspera.

«Movidas sólo por su devoción y fidelidad hacia su Maestro, continúa Féret, ellas no querían más que "ver el sepulcro", como precisa el texto de S. Mateo: "vino María Magdalena y la otra María *a ver el sepulcro* (28,1)... La presencia de los guardias ante la tumba, que ellas no debían ignorar, no les permitiría esperar poderse acercar más». Esta visita habría sido, pues, antes de la media noche: opsé.

La segunda visita sería otra que las mismas mujeres repitieron hacia el final de la noche, «estando todavía oscuro» según S. Juan. Y la tercera tuvo lugar «salido ya el sol» (Mc 16, 2-8; Mt 28, 5-8; Lc 24, 1-7).

Volviendo a la primera visita nocturna, continúa el autor: «Una violenta sacudida provocada al parecer por la intervención de un mensajero celeste, resplandeciente como un relámpago, hizo rodar la piedra que cerraba el sepulcro, aterrorizó a los guardias... e hizo huir a las dos Marías, llenas de miedo» (Mt 28, 2-4 y 11-15).

Supone, pues, Féret que las dos mujeres estuvieron presentes al producirse el terremoto, aparecer el ángel, remover la piedra del sepulcro y sentarse sobre ella, en señal de victoria. No entramos en la discusión de esta explicación dada por un especialista. Si ellas vieron el sepulcro vacío y escucharon la explicación del ángel sobre la resu-

rrección de Jesús, las otras dos visitas posteriores serían de curiosidad o para llevar a otras compañeras, no para ungir a Jesús ya resucitado.

Pasa entonces el autor a cronometrar las operaciones que tuvo que hacer José de Arimatea desde que murió Jesús, hacia las 3 de la tarde, hasta que cerró la sepultura. Cree él que tardó en total de dos horas y media a tres.

Por consiguiente, poniendo el comienzo del sábado a las 18,30, concluye que la tarde del viernes el cuerpo habría estado envuelto en la sábana poco más o menos una hora.

El sábado estuvo las veinticuatro horas enteras.

«Al día siguiente, que empieza con la noche que sigue a la tarde del sábado, acabamos de ver, dice el autor, que según el Evangelio de S. Mateo, las dos Marías llegan a la tumba poco antes de la violenta sacudida, que aterroriza a los guardias, y la deslumbrante manifestación del mensajero del cielo que abre la tumba. Todo esto sitúa, como hemos visto, hacia el comienzo o más bien hacia la mitad de las primeras horas de esta noche, que iban desde el atardecer (opsé) —es decir (en esta estación), de cerca de las 18,30 h.—, hasta la media noche... Podemos imaginar que estas primeras manifestaciones de la resurrección se produjeron hacia las 21 ó 22 horas. En todo caso, no estaremos, sin duda, muy alejados de lo que debió suceder en realidad, si pensamos que el cuerpo permaneció durante esta noche (del sábado al domingo) entre dos horas o dos horas y media dentro del lienzo».

«Tendríamos, pues, en total que la permanencia del cuerpo en el lienzo fue de 1 ó 1,30 h. + 24 h. + 2 ó 2,30 h. = alrededor de 28 horas. Si por principio se demostrase que es preciso hablar de 30 horas, no estaríamos demasiado lejos de la cuenta.»

Ya indicamos que algunos autores acortan el tiempo preciso para poder producirse esos calcos y aparecer las gotitas líquidas sobre el cadáver a 24 horas. En tal caso, el cálculo del P. Féret estaría plenamente dentro de las conclusiones deducidas por los médicos, cirujanos y biólogos inclinados sobre la Síndone.

Concluye, pues, el autor: «Una vez más, la confrontación de los datos cronológicos aportados por una atenta sinopsis de los textos evangélicos a estos antecedentes, con aquellos a que conducen las disciplinas científicas y técnicas reveladas por el estudio del lienzo, es impresionante.»

Es superfluo advertir que si no se acepta la exégesis del P. Féret y se prefiere situar la resurrección hacia la salida del sol del primer día de la semana, con alargar las 28 horas de enterramiento unas cinco o seis horas más todavía no se llega a las 36 que suelen dar la mayoría de los científicos como plazo límite de permanencia del cadáver dentro de la sábana.

D. Cómo desapareció el cadáver

Por último nos queda por investigar si la Sta. Sábana nos da algún indicio de cómo se verificó esa desaparición repentina y misteriosa

del cuerpo de Jesús, y en consecuencia, ver si nos puede decir algo sobre cómo resucitó.

La resurrección es tema de la fe, no de la ciencia. La fe y la ciencia son dos campos completamente distintos por su objetivo y por sus métodos de investigación. Pero sabemos, por el concilio Vaticano I, que no puede haber oposición real entre ellas. Se entiende, entre la *ciencia cierta,* no meras teorías, y la fe auténtica basada en la revelación, *rectamente entendida* también. Dios, la suma Verdad, es el autor de una y de otra; no puede, pues, asentar verdades contradictorias, aunque sea en dos campos distintos del saber. La verdad es única. Dios no puede contradecirse. Si alguna vez ha parecido existir contradicción entre la ciencia y la fe, se ha visto siempre, después, que se trataba o de una verdad científica no comprobada —no auténtica por tanto— o de una interpretación de la Revelación —la palabra de Dios— subjetiva y errónea. Es el famoso caso de Galileo.

Evidentemente que los teólogos o exegetas que, a causa de su apriorismo filosófico contra los milagros, no creen en la objetiva e histórica resurrección de Jesucristo, no pueden admitir la autenticidad de la Síndone ni aceptar las conclusiones que la ciencia deduce de su estudio, favorables a la resurrección de Jesús. Les estorba la Síndone. Lo curioso es que afirman estos autores que proceden así en nombre de la ciencia, cuando sólo se basan en meras especulaciones subjetivas al rechazar de plano las conclusiones realmente científicas que los sabios han deducido de su estudio.

Otros exegetas, auténticos católicos y que, por lo tanto, admiten como fundamento de nuestra fe el dogma de la real e histórica resurrección de Jesús, se retraen ante la Síndone y su estudio. Desconfían de ella o se le oponen abiertamente.

Anotaremos algunas de las razones que aduce de ello el exegeta bíblico A. M. Dubarle, O.P. en *Sindon,* n. 25, pp. 17 ss.

La primera razón es una insuficiente información sobre la Síndone. A veces los escasos conocimientos que poseen de ella, les han impresionado desfavorablemente y creen que no vale la pena dedicarse a su estudio. Otras, alguna frase poco matizada, como «la Síndone es un quinto evangelio», les ha prevenido contra ella. Han creído que se quería dar a la Síndone un valor probativo igual a las fuentes de la Revelación. Lo cual es un error. La Revelación está contenida en la Sgda. Escritura, inspirada por el Espíritu Santo y entregada en depósito a la Iglesia (Conc. Vat. II. *Dei Verbum,* n. 11). Evidentemente que la Síndone no entra, ni puede entrar, en esta categoría. No creemos en la resurrección de Jesús por lo que nos diga la Síndone, sino por lo que nos dice la Revelación. Aunque no existiera la Síndone o se demostrara ser falsa, no por ello se debilitaría lo más mínimo nuestra fe en la pasión, muerte y resurrección salvífica de Jesucristo.

Pero, así como el conocimiento de la geografía e historia palestina o de la topografía de Jerusalén se han considerado siempre una ayuda valiosísima para la exégesis bíblica, así también la Síndone, como auténtico documento arqueológico que es, puede aclararnos el texto bíblico y hacérnoslo comprender mejor. La narración bíblica hecha

por los hagiógrafos —suficiente en sí misma—, puede ser completada en sus detalles y mostrarse mucho más impresionante por los datos que un estudio concienzudo descubra en la Síndone. Es lo que hemos procurado hacer en el capítulo anterior y procuramos hacer en el presente.

Por otra parte, anota el P. Dubarle, «nunca estamos plenamente seguros de haber comprendido perfectamente los textos sagrados. Puede, pues, suceder que el examen de restos arqueológicos ... lo mismo que el mejor conocimiento del sentido usual de las palabras, nos lleve, no a contradecir un pasaje de la Escritura, pero sí a modificar la exégesis espontánea que hacíamos de él. Habremos de reconocer, tal vez, que una frase no tiene el significado que le atribuíamos o bien que tal expresión no tiene necesariamente el valor de una afirmación histórica».

De ahí que, ante un conflicto aparente entre la exégesis bíblica y las conclusiones científicas de la ciencia positiva, parece poco prudente desoír a ésta por aferrarnos a aquélla. El caso de Galileo es excesivamente aleccionador. Por ello nos parece que, también en nuestro caso, la Síndone, avalada por la ciencia positiva, acabará por imponerse a algunas interpretaciones exegéticas sostenidas hoy con ardor.

La Síndone, pues, no es un quinto evangelio. Pero puede, si es la auténtica mortaja de Cristo como creemos haber probado, hacernos comprobar con más precisión diversas particularidades de su pasión y de su resurrección, y hacernos penetrar mejor los sentimientos de Aquel que ha dado voluntariamente su vida por nosotros.

Algunos exegetas e historiadores han podido sentirse también molestos por publicaciones sobre la Síndone en las que el afán apologético aparece demasiado claro, o en que el aspecto piadoso es demasiado acentuado, o las informaciones son presentadas con un tono sensacionalista que despierta la desconfianza. Un lector serio queda mal impresionado ante tales procedimientos y encuentra en ellos un motivo de alejamiento del tema, sin quedarle deseos de informarse mejor que él. Con todo, los biblistas, acostumbrados por su disciplina a reconocer los géneros literarios de los escritos que manejan, habrían de saber admitir tales escritos, destinados al gran público, y no pedirles una erudición y una objetividad científica, que no dice bien con ellos.

Por otro lado, exigir antes la prueba histórica de la autenticidad de la Síndone, continúa el ilustre exegeta, P. Dubarle, para cotejarla con los relatos evangélicos, o supone ignorancia del estado de la cuestión o procede de un rechazo previo de la misma. Hasta la primera fotografía de 1898 la tesis de su autenticidad sólo se basaba sobre una tradición que se remontaba hasta la Edad Media... Un escepticismo metódico sobre ella era la actitud más prudente. Los exegetas no la podían tomar en serio, tanto menos que poco decían aquellas imágenes incomprensibles. Pero después de la fotografía de 1898 y de las posteriores, a las que han seguido trabajos científicos de química, fisiología, anatomía, medicina legal, etc., que demuestran que las imágenes de la Síndone no son fruto del arte humano, sino efecto de haber envuelto el lienzo un cadáver, cuyas particularidades coinciden

con las de Cristo descritas por los evangelios, esta postura es insostenible. Hay que atender a tales estudios por si ellos aportan algo al mejor conocimiento de los evangelios. Estamos ante un objeto arqueológico de gran valor, íntimamente relacionado con la narración evangélica. Y a un objeto arqueológico nunca se le exige el proceso histórico de cómo ha llegado hasta nosotros. Hay otros procedimientos para conocer su autenticidad.

Por último, la idea de que la Síndone aporte una especie de prueba de la resurrección les retrae a los exegetas. La fe cristiana, de la cual la resurrección de Cristo es el artículo fundamental, es una gracia de Dios y no la conclusión de unas pruebas. La fe no es un asentimiento a un raciocinio, sino la aceptación de una luz dada por Dios. A su aceptación concurren el descubrimiento de la tumba vacía, las apariciones de Jesús vivo, una luz nueva que manifiesta el papel de Cristo en la remisión de los pecados y en la salvación.

S. Juan al ver la posición de los lienzos en el sepulcro vacío, comprendió las Escrituras y las palabras de Jesús sobre que había de resucitar. La Síndone, probada su autenticidad, comprueba y confirma a su manera el hecho constatado por los apóstoles: que el sepulcro estaba vacío y que el cuerpo no podía haber sido robado, sino que debía haber resucitado según decían las Escrituras y el mismo Jesús lo había anunciado. Pero además nos da ciertos indicios valiosos de cómo tuvo lugar la resurrección.

No es, pues, la Síndone una prueba categórica de la resurrección de Jesús tal como nos la presenta la fe en toda su amplitud: vida nueva del cuerpo de Jesús, vida espiritualizada, gloriosa, inmortal —no como la de Lázaro y demás resucitados por el mismo Cristo— y sobre todo la exaltación de Jesús como el Señor y el Salvador de los hombres. La Síndone no es una prueba científica de la resurrección de Cristo, pero sí un «indicio misterioso», un testimonio humano más, del hecho sobrenatural de la resurrección.

Vamos, pues, a intentar el cotejo entre lo que nos dicen los evangelios sobre la resurrección de Jesús y los datos científicos descubiertos por la ciencia en la sábana-mortaja del mismo Jesús, conservada en Turín.

Al estudiar en el capítulo cuarto las posibles causas de las improntas o sea los elementos físico-químicos que pudieron impresionar fotográficamente esta placa singular, que es la Síndone, concluíamos que ninguna se ha hallado hasta ahora plenamente satisfactoria. Y que incluso muchos científicos desconfían de poderla hallar, dados los innumerables experimentos científicos que se han realizado hasta el presente, siempre con resultados negativos.

Mr. Stevenson, miembro del STURP, resume así el análisis establecido por los sabios para dilucidar la causa física o química de las improntas *(La Verité...* p. 183): «Ningún proceso natural, tal como el contacto directo, puede explicar satisfactoriamente la formación de la imagen. El fraude (pintura, etc.) y las hipótesis naturales no tienen en cuenta los aspectos tridimensional, superficial y sin dirección de la imagen, ni la ausencia de tope o saturación de las fibras. Estas hipóte-

sis son igualmente contradichas por la densidad de la imagen, la falta de deformación y de sombras, la distribución del color. Los deterioros de 1532 por el fuego y el agua no han modificado en nada la estructura química de la imagen, como hubiera sucedido si ella hubiera sido una pintura. Tampoco ha podido ser provocada por un desprendimiento de vapores; los gases no se propagan en líneas rectas o paralelas. Dicho de otra manera, los estudios científicos revelan que la imagen de la Síndone no puede haber sido formada por contacto directo, fraude o vapores».

Sólo queda la teoría de una radiación: un chorro de calor o de luz, emanado del cadáver. ¿Qué decir de esto?

Sigue Stevenson: «Antes de la encuesta de 1978, algunos sabios pensaban que esta hipótesis era la más probable. Y lo sigue pareciendo hoy, no sólo porque todas las otras deben ser eliminadas, sino también como efecto de varios exámenes científicos muy sofisticados».

«John Heller y Alan Adler, dos químicos que se han aplicado particularmente a determinar las características físicas y químicas de la imagen, creen que ella ha sido provocada por oxidación, deshidratación y conjugación de las fibrillas. En el laboratorio, ellos han invertido este proceso de oxidación y deshidratación para descubrir su causa. Después han verificado sus análisis, física y químicamente, y han confirmado los resultados precedentes, que demostraban que los cambios químicos de las fibrillas reaccionaban como si hubieran sido causados por el calor.»

«Otro indicio hay todavía de que la imagen ha sido causada por el calor o la luz, en particular los informes espectrofotométricos de R. Gilbert y M. Gilbert que apoyan fuertemente la hipótesis del "chamuscado". Estas experiencias han permitido examinar las propiedades moleculares de la imagen y determinar que su color era casi idéntico al espectro del incendio de 1532 de la misma densidad óptica. Es decir, que las propiedades de la imagen son prácticamente idénticas a las de las marcas de quemaduras producidas por el fuego. Esto indica que la causa de la quemadura (calor, luz) es probablemente la misma que la de la imagen. Todas estas experiencias hacen pensar que el origen de ella es una ligera quemadura por la luz o por el calor.»

«Además, la imagen posee varias propiedades que se parecen de cerca a las de una ligera quemadura. Su superficialidad, la ausencia de saturación, la estabilidad de la imagen frente al calor y al agua, su coloración... son no sólo difíciles de explicar por otras hipótesis, sino que son realmente las propiedades de una quemadura, capaz de causar la oxidación, la deshidratación y la conjugación de las fibrillas que se observa sobre la Síndone. Son las mismas reacciones que produce una quemadura. Una vez más, la conclusión del chamuscado es corroborada por los hechos.»

«Aquí la evidencia es tal que Rogers y Jumper han podido declarar que la imagen de la Síndone es tan parecida por su reacción integral a la del chamuscado que no se puede evitar la deducción de que "la imagen del cuerpo" es químicamente similar a la del chamuscado.»

«Por consiguiente, sacamos la conclusión de que la imagen ha

sido producida por una fuente de calor o de luz, ya que ésta es la tesis más probable.»

Sólo hemos de añadir a lo dicho en el cap. IV sobre la formación de las improntas que los hechos allí consignados sobre el diferente comportamiento de las chamuscaduras de Chambéry y las de las improntas no prueban, a nuestro entender, que éstas no fueran producidas por una radiación. Lo único que prueban es que no se trata, en ambos casos, de una radiación homogénea. Las quemaduras de Chambéry son del orden natural, las que imprimieron la Síndone son de un tipo misterioso, no natural, o al menos no conocido hasta ahora.

También hemos de aclarar el que una de las razones que aducen sus sostenedores (Legrand) en favor de la teoría por deshidratación (teoría retardada) es el hecho de que S. Juan no habla de las improntas al escribir cómo hallaron Pedro y él la Síndone en el sepulcro vacío el día primero de la semana: «Es que por entonces las improntas eran todavía invisibles», dicen.

Con todo, esta razón no parece convincente. Ante todo porque las imágenes están sólo en la cara interior del lienzo, la que miraba al cadáver. De momento, pues, S. Juan no las podía ver. El describe lo que vio al entrar en el sepulcro, antes de recoger los lienzos.

Además, se trata de manchas indescifrables para ellos. Se veía claro que reproducían vagamente la figura de un hombre, pero lo interpretarían como manchas dejadas por el sudor, los aromas y la sangre. Lejos de pensar que tenían entre sus manos un retrato negativo de Jesús. No es raro, pues, que no dijera nada de ellas S. Juan. No les dio importancia.

En resumen, «cómo se ha formado la imagen puede quedar en el misterio hasta el fin de los siglos... Hay que poner en duda que la ciencia sea nunca capaz de demostrar cómo sucedió». (Adam Otterbein, *Sindon,* 25, p. 92.)

En efecto. ¿Qué radiación o energía puede salir de un cadáver?

Y aquí radica precisamente la fuerza de la Síndone. Hay que pensar en una intervención especial de Dios que quería dejarnos ese memorial de su pasión y de su resurrección.

El Dr. Judica Cordiglia se hace la siguiente reflexión *(L'Uomo...* p. 109): «La historia de la religión tiene una rica y copiosa literatura de fenómenos extraordinarios en íntima relación con la biología. Algunos de estos fenómenos son y pueden ser naturalmente explicados. Deseamos que esto pueda con el tiempo y con los nuevos descubrimientos verificarse en la Síndone. Otros fenómenos pueden ser enumerados entre los milagros; otros, aun encontrando analogía en el orden natural, no obstante, por las circunstancias en que se han verificado y por su carácter especial, demuestran una evidente intervención extrahumana, esto es, la intervención de una especial providencia que dirigió la coincidencia de circunstancias en que se verificó el fenómeno. En el caso específico de la Síndone sentimos, advertimos, que estamos tal vez en posesión de todos los elementos capaces de explicar el fenómeno (la producción de imágenes), pero no estamos todavía en grado de coordinarlos de manera que el fenómeno se produzca».

Referente a una intervención milagrosa de Dios, dice: «No se puede negar que si Dios lo hubiera querido, habría podido hacer un milagro; pero Dios no recurre al milagro más que en casos excepcionales y especiales. Las más de las veces se contenta con inclinar o dirigir las fuerzas de la naturaleza a su fin».

Precisamente para eludir el milagro han hecho tantos esfuerzos los científicos para hallar una explicación natural.

Prudente postura ésta. Pero a nuestro entender, fuera de lugar en nuestro caso. Estamos frente al mayor de los milagros: la resurrección de Jesús. Querer explicar lo relacionado con ella por fuerzas o leyes meramente naturales, lo creemos impropio; tanto más cuanto que nos es completamente desconocido el proceso de la resurrección definitiva de los cuerpos, es decir, el paso de muerte a vida, pero a una vida espiritualizada, completamente distinta de la vida mortal anterior. Jesús es el único caso que conocemos y del cual no poseemos más que los pocos datos que nos dan los evangelios; datos para la fe, no para la ciencia.

Por ello nos complace que el mismo Dr. Judica haya aceptado últimamente esta hipótesis. Dice así *(La Gazzeta...* p. 55): «A la luz de las más modernas teorías, comprendidas las aportaciones de la física atómica, creo que en la gruta de José de Arimatea, junto con las reacciones químicas, hubo de concurrir otro fenómeno más grandioso, desconcertante, más maravilloso. Un fenómeno que sólo la entidad de Cristo podía manifestar, símbolo de su grandeza, sello de su mensaje. A esta nueva teoría... he llegado después de años y más años de experimentación. Improntas he conseguido muchas, pero nunca ninguna que se acercara a la maravillosa y fascinante efigie que nos muestra la Síndone».

Y en su comunicado al Congreso de 1978 insinúa que la transformación física de Jesús en su resurrección bien podría haber desencadenado una breve y violenta explosión de alguna energía distinta del calor, como sucedió en la transfiguración y en la aparición a S. Pablo camino de Damasco. «¿Es esto una sensación poética o una intuición científica?», se pregunta. «Tal vez sea más bien un postulado de fe.»

Y continúa: «Alguno podrá pensar que en esta mi comunicación no existe ya aquel rigor científico que me era habitual en la presentación de la Síndone. He aludido a los rayos mitogenésicos, a circuitos de oscilación y, ahora, también a los evangelios apócrifos. Lo he hecho porque en estos últimos, aunque no están dotados de aquel carácter de canonicidad que la Iglesia reserva sólo a los cuatro, en ellos existe este dato particular de luz, que no se limita sólo a Belén, a la transfiguración, al camino de Damasco, sino que se extiende también a la gruta del sepulcro». *(Actas del II Cong.* pp. 501-502).

Esta misma idea había avanzado ya en el Primo Convegno Internationale de Studio, de 1950 (Roma y Turín) el Dr. Giuseppe Castelli di Fano. En un estudio sobre los *caracteres de anormalidad de las improntas sindónicas y su posible relación con la resurrección de Cristo* «constató que con los medios de que dispone hoy la ciencia no es posible obtener de un cadáver improntas que puedan parangonarse con

las de la Síndone. Puso de relieve las dificultades que se interponen para explicar científica y naturalmente la formación de las improntas. Por tanto se inclina a creer que el cuerpo de Cristo en la resurrección, dejadas las innumerables lesiones, equimosis, moraduras, manchas de sangre, suero y sudor, podía haber dado lugar a la formación de sus improntas positivas y podía haber determinado otros excepcionales fenómenos, de modo que imprimiese sobre la Síndone, como sobre una placa fotográfica, su figura negativa» *(La Sta. Sindone nelle ricerche moderne: Actas del Convegno,* p. 55).

«Científicamente hablando, la imagen de la Síndone, es un misterio» dice John Heller (citado por Stevenson, *La Verité...* p. 197). Por ello los autores que se inclinan por una radiación luminoso-calórica, emanada del cadáver, nos hablan de una radiación misteriosa, diferente de las controladas por la ciencia actual. Un flash instantáneo, de una o dos milésimas de segundo de duración y suficientemente fuerte como para chamuscar superficialmente la tela hasta los 4 cm de distancia virando el colorido de su celulosa y dejando sobre ella con detalle la figura del mismo cuerpo productor de dicha energía. *«Pirólisis a flash»* le llama Rogers; *combustión a láser,* la define la Dra. Loran del Laboratorio de Ciencia de Los Angeles; *transmisión controlada e infinitesimal de energía,* convienen todos» (Carreño, *Urna* pp. 200-201, fotos).

Por eso las improntas no son afectadas ni por el agua, ni por los disolventes químicos (hasta 17 se han ensayado), ni por el mismo calor, si no llega a la intensidad de la combustión.

Y suponen incluso que esta misma radiación imprimió, como con fuego, en el lino las manchas de sangre producidas anteriormente por calco directo sobre la tela. Por ello tampoco estas manchas sanguíneas son solubles en el agua (Dr. Willis), pues apenas conservan los elementos propios de la sangre. Por lo mismo ha costado tanto descubrir en ellas su presencia.

Esta radiación supone un acontecimiento extraordinario en aquel cuerpo que la produjo.

Por otro lado, los que se inclinan por una acción química de los vapores amoniacales sobre los aromas, han de reconocer en todo el proceso la concurrencia de una serie de factores tan singulares, que no pueden menos de llamar la atención por suponer también ellos la intervención de una mano providente que ordenara toda la operación a la producción de tales improntas con una finalidad concreta.

M. Legrand insinúa los siguientes: Extractamos:

— El hecho de tener que sepultar a Jesús con la máxima rapidez por echarse encima el sábado, en que no se podía trabajar, hizo que el cuerpo no pudiera ser lavado ni afeitado como era costumbre. Por ello el cuerpo quedó lleno del sudor y de la sangre secados por el aire y el sol, cosa necesaria para el grabado de la imagen.

— La dosificación de los productos emanados del cuerpo hubo de ser exactamente la que se precisaba para reaccionar con el áloe y la mirra; y la cantidad y disposición o aplicación de estos productos hubo de ser también la precisa para la reacción.

— En particular, el áloe hubo de estar repartido muy uniformemente sobre el tejido. De lo contrario, cualquier acúmulo de sustancia habría producido granulaciones en la imagen, que no existen.

— Fue preciso que no le vistieran para sepultarlo. De lo contrario no tendríamos las precisas y completas imágenes que tenemos.

— La sepultura hubo de estar perfectamente cerrada. Cualquier movimiento del aire habría impedido a los vapores propagarse convenientemente hacia la tela.

— La humedad del cuerpo y la del sepulcro había de ser la idónea para un perfecto calcado de la sangre.

— Y la sábana hubo de ser separada del cuerpo a su debido tiempo, entre las 30 y 36 horas, para que los calcos quedaran perfectos y precisos, sin borrones.

— La proporción de los productos de eliminación del organismo contenidos en el sudor y la cantidad de áloe habían de estar exactamente dosificados para que la imagen saliera perfecta.

— Más aún, hubo de haber una relación precisa entre la fuerza de los vapores emitidos, el agente receptor, el tiempo de exposición, el grado de humedad y la temperatura.

— La tela, que debía descansar en algunos sitios sobre salientes secundarios del cuerpo, los ha registrado con menos sensibilidad que a los más principales. «He aquí una tela bien inteligente», exclama Legrand.

— Otro accidente es que el lado derecho del pecho estuvo más cubierto que el izquierdo, lo cual dio origen a que la Síndone pudiera recoger la llaga del costado.

— La impronta del rostro, más delicada y a la vez más acentuada que la del resto del cuerpo, no se halla deformada por ninguno de los pliegues que normalmente habrían tenido que formarse en una tela colocada sobre una superficie ovoide, como es la del rostro. Especialmente el saliente de la nariz habría de haber provocado deformaciones en el lienzo, el cual puesto después en posición plana, habría de presentárnosla ensanchada y achatada. En cambio nos da la impresión de una proyección sobre una superficie plana.

Varias de estas observaciones tienen su fuerza también para la tesis de deshidratación del cadáver.

Por lo cual concluye Legrand: «Debo decir que para mí la ciencia ha sido sobrepasada por la reliquia de Turín. Pues las explicaciones que ella nos da no pueden ser aceptadas si no se admite la acción de un "operador", de una habilidad y de una ciencia más que humanas, dirigiendo y regulando la ejecución de esta impronta, la manera de enterrarle, el tiempo de pose, etc., velando para eliminar los accidentes inoportunos, y, por el contrario, dejando presentes aquellos que serían útiles para una mejor legibilidad de la imagen».

«No hay para mí duda alguna: Demasiadas circunstancias providenciales han contribuido a ayudar al éxito de la impronta de la Síndone para que ella parezca el simple resultado del juego de las leyes naturales». *(La Passion selon...* pp. 58-61).

Tengamos en cuenta que las pruebas que han hecho los sabios

para comprobar esas reacciones han sido realizadas en un laboratorio, con las máximas garantías de seguridad y precisión y la máxima eliminación de toda circunstancia adversa, cosas completamente ausentes en el sepulcro. ¡Y no han podido conseguir imágenes perfectas como las de la Síndone!

Es decir, también la teoría vaporigráfica y la de la deshidratación del cadáver supondrían una intervención, si no milagrosa, sí altamente providencial de Dios en la formación de las imágenes de la Síndone.

Y aquí radica, a nuestro entender, la clave de la solución: En el fenómeno hubo de intervenir una acción especial de Dios.

La resurrección de Jesús trasciende todas las leyes de la naturaleza. Por eso los sabios no han encontrado, ni encontrarán jamás, fuerzas naturales que expliquen adecuadamente un fenómeno completamente natural, cual es la resurrección de Jesús con la espiritualización del cuerpo. Son cosas de distinto orden. Como nadie pretende explicar por fuerzas meramente naturales las circunstancias sobrenaturales que revistió la transfiguración de Jesús en el Tabor.

Y esta trascendencia de la resurrección se extiende también a la Síndone, que es como la huella material dejada en la tela-mortaja por el cuerpo resucitado.

Jesús quería dejarnos un «reportaje gráfico de su pasión y muerte», y un «testimonio de su resurrección», como diremos en seguida. Quería dejarnos un testimonio fehaciente de su resurrección gloriosa, y echó mano —en su poder omnímodo— en el momento de resucitar, de una energía calórico-luminosa, no natural, emanada de su propio cuerpo, que se propagó en línea recta —de abajo arriba, por delante, y de arriba abajo, por la espalda— de manera que incidiera perpendicularmente sobre la sábana-mortaja que le envolvía, colocada prácticamente en posición horizontal por encima y por debajo de su cuerpo.

Así se explica que las imágenes de la Síndone no presenten orientación o dirección alguna y que carezcan de sombras.

El hecho de que no quedaran impresos en la Síndone los costados del cuerpo de Jesús exige que esta radiación actuara sólo de abajo arriba y de arriba abajo, no por los flancos. Este hecho singular, no es explicado por ninguna de las demás teorías expuestas sobre la formación de las imágenes.

Esta energía imprimió a distancia, y no por contacto directo, en la sábana-placa la imagen misteriosa, negativa y tridimensional, que en ella contemplamos. Y grabó como con fuego sobre la tela las manchas de sangre, calcadas en ella anteriormente por contacto.

Se comprende que dicha energía fuera instantánea, y tan intensa como para grabar la imagen del cuerpo en la tela, chamuscando su celulosa, hasta la distancia de cuatro centímetros; pero a la vez tan suave que no la destruyera ni penetrara siquiera los hilos del tejido. Sólo las fibrillas más superficiales.

Se explica también que dicha energía fuera uniforme, es decir, que saliera por igual de su piel, de sus cabellos y uñas y de las manchas de sangre; e incluso de las dos moneditas colocadas sobre sus párpados, grabadas también en la Síndone con sus dibujos y letras propias.

Se explica además que esta energía, emanada del cuerpo, fuera más intensa en la cabeza, especialmente en el rostro, que en las extremidades inferiores. Es el rostro, la parte más expresiva del hombre, el que ha quedado más perfectamente fotografiado en la Síndone.

También queda explicada la inalterabilidad de las imágenes a través de los tiempos y bajo la acción de los más diferentes agentes físio-químicos.

Esta energía, por ser emitida en el momento de la resurrección, explica también que el cuerpo careciera ya de peso —que fuera ingrávido, como nos han dicho los científicos de la NASA usando el lenguaje moderno— y que las dos partes de la sábana pudieran estar prácticamente paralelas.

En una palabra, sólo una radiación de tipo preternatural, emanada del cuerpo de Jesús en el momento de resucitar, puede explicar cuanto la ciencia descubre con sorpresa en la Síndone, sin poderlo descifrar.

Una tal energía no tiene nada que ver, en su esencia y comportamiento, con las energías radiactivas conocidas de la naturaleza. Por eso, cuanto más estudian los sabios el fenómeno con sus aparatos más sofisticados, más misteriosas e inexplicables se les presentan las imágenes de la Síndone. Es que éstas están fuera de los esquemas científicos; los rebasan.

Y así había de ser. No sabemos en qué consiste o cómo se realiza el hecho de la resurrección definitiva y gloriosa de un cuerpo material, que pasa en un instante a cuerpo espiritual, con los dones de impasibilidad, claridad, agilidad y penetrabilidad o sutileza, de que hablamos más arriba. No conocemos más que el caso de Jesús por los pocos datos que nos transmiten los evangelios. Pero sabemos que se trata de un hecho plenamente preternatural, obra directa del poder de Dios.

Es inútil, pues, empeñarnos en querer controlar el acto de la resurrección y conocer la manera como se verificó por medio de las leyes naturales conocidas. La energía radiactiva emitida por el cuerpo de Jesús al resucitar no tiene nada que ver con las energías naturales, objeto de la ciencia.

Esta sólo podrá decirnos cosas negativas: que no pudo tratarse de un calor natural emanado del cadáver; que no puede ser el resultado de la transformación de un cuerpo de unos 80 kgs. de peso en energía; ni se debió a una emanación de rayos X, ni de rayos gamma, ni de rayos láser; ni de otra energía cualquiera *conocida* que, partiendo del cadáver, actuase sobre la tela chamuscándola tan sabiamente.

Tampoco se conoce energía química o física alguna capaz de producir tales efectos cuales se observan en la Síndone.

Claro que siempre cabe la suposición, que hacen algunos científicos, de que tal vez con el tiempo se encuentre alguna energía, hoy desconocida, que lo aclare y explique. Es lo que se suele decir frente a cualquier milagro, inexplicable naturalmente y que no se quiere aceptar.

Creemos que tal energía natural no se encontrará nunca por estar la resurrección de los cuerpos —y con esto entramos de lleno en la

auténtica explicación del hecho— en un plano completamente superior al de las leyes y fuerzas de la naturaleza conocida.

Así lo reconoce el Dr. Willard Libby, premio Nobel por sus trabajos para datar la edad de los objetos orgánicos arqueológicos mediante el carbono 14. Preguntado por el escrito Wilcox, contestó «que creía muy posible que el origen de las imágenes admitiera una explicación química. No era más que una corazonada (dijo), pero no consideraba las imágenes producto de radiaciones; a menos que las mismas fuesen ondas caloricas. Sin embargo, no veía de qué manera el cuerpo, incluso cuando vivo, podría haber generado el calor suficiente como para producir una imagen. Ello implicaría hablar de alguna especie de calor extranatural. Y un fenómeno de esta índole pondría el problema, en su totalidad, *fuera del ámbito de la ciencia*». (El subrayado es nuestro). (R. Wilcox, *El Sudario*, p. 183).

Esta es la realidad. En la resurrección de Jesús hubo de intervenir una acción especial de Dios, por encima de las leyes y fuerzas de la naturaleza conocida, que dejó sus huellas en la sábana-mortaja en el momento de la resurrección. Y aquí radica precisamente el valor de la Síndone como testimonio fehaciente de la resurrección gloriosa de Cristo.

He aquí cómo se lo imagina el periodista Ashe (Wilcox, *El Sudario...* p. 160): «El cambio físico del cuerpo (de Jesús) en el momento de la resurrección, pudo haber provocado una liberación breve (instantánea) y violenta de alguna radiación diferente del calor —que puede o no ser científicamente identificable— que chamuscó la tela. En este caso la Síndone sería una cuasi fotografía de Cristo en el momento de tornar a la vida (vida espiritualizada y gloriosa), producida por una especie de radiación o incandescencia de efectos *parcialmente* análogos a los del calor». (El subrayado es nuestro).

E. ¿Qué dice la exégesis? Teoría del P. Féret

Pero veamos lo que dice un exegeta.

De todas estas consideraciones de los cintíficos cotejadas con los datos del Evangelio de S. Mateo deduce el biblista y exegeta H. M. Féret, O. P. lo siguiente:

1) *«El hecho inicial de la resurrección fue un súbito relámpago salido del cuerpo del crucificado»*

«S. Mateo se atiene a los hechos y a su concatenación; pero es claro que para él, en la progresión de su catequesis, dichos hechos tienen un significado. Los acontecimientos se encadenan rápidamente. Si los primeros son extraordinarios, y por tanto hacen problema, sus consecuencias inmediatas y perceptibles son por completo verosímiles.»

«Lo extraordinario está en la súbita sacudida, en la intervención de un mensajero celeste, de blancura deslumbrante como la de un relám-

pago, y a quien el evangelista atribuye esta sacudida y el desplazamiento de la pesada piedra; en fin, el comportamiento de este misterioso personaje, quien en señal de victoria reportada sobre la muerte, se sienta como vencedor sobre dicha piedra, la cual testifica para siempre la tumba vacía.»

«Las consecuencias inmediatas, normales y perceptibles, son la consternación de los guardias "que quedan como muertos", el espanto de las dos Marías que huyen aterrorizadas, la prisa de algunos de los guardias, quienes, observando su consigna, van a dar cuenta a sus jefes de lo que acaba de suceder.»

«No hay duda de que al aducir todo esto, de que se hablaba todavía en Jerusalén y en las primeras comunidades judías de discípulos de Jesús, el evangelista ha querido permitir a los creyentes que llegaran tanto cuanto era posible al hecho mismo de la resurrección del cadáver que descansaba en la tumba...»

«¿Cómo el exegeta del texto de Mateo no se va a inclinar para hacer un cotejo entre la fuerza vislumbrada por los de Albuquerque (USA) y la grande sacudida relatada por el Evangelio; entre el aspecto luminoso del mensajero celeste de que habla éste y la "fulguración" en que pensaron los sabios de Albuquerque, máxime cuando nada hace creer que éstos estuvieran en este aspecto bajo el influjo del texto de S. Mateo y menos todavía que estuvieran preocupados por su posición en una sinopsis cronológica de los evangelios?»

«Y he aquí que estos dos primeros parangones llaman a un tercero. Según el Dr. Jumper, la causa de esta imagen, cualquiera que haya sido su naturaleza, hubo de haber tenido una intensidad extremadamente elevada, una muy breve duración y una acción puramente vertical, igual de arriba abajo que de abajo arriba. Roy Rogers, termoquímico del Laboratorio científico de Los Alamos..., se expresó poco más o menos de la misma manera utilizando el término, "fotólisis relámpago" (relámpago liberador) y atribuyéndole una milésima de segundo de duración.»

«De nuevo nada puede hacer sospechar que estos dos sabios hayan tomado prestada la imagen del relámpago del texto de Mateo 28, 3. Wilson mismo (de quien toma Féret estos datos) no ha hecho hincapié en ese relámpago del texto de Mateo. Se contenta con sugerir que en la imagen de la sábana tendríamos una "instantánea" de la Resurrección. *(Le Suaire,* p. 289.)»

«Pero para una hermenéutica bíblica integral, continúa Féret, es decir, tan preocupada por el contenido revelado que los textos proponen a la fe de los creyentes como por su estructura literaria y su fundamento histórico, las cosas resultan sin embargo más complejas. Hay que mirarlas más de cerca.»

2) *«Significado de este súbito relámpago en la catequesis de S. Mateo y en las adquisiciones o confesiones de ignorancia de los sabios que trabajan sobre el lienzo»*

«Tal como nosotros lo contemplamos aquí, el fulgurante terremoto

en el que la tumba fue abierta y poco después fue hallada vacía del cuerpo del crucificado, ofrece esta particularidad, entre los otros episodios del ciclo de la resurrección, de ser el único hecho extraordinario de carácter enteramente objetivo, quiero decir, completamente independiente de toda intervención previa de una psicología humana. Ninguna de las manifestaciones del Resucitado que seguirán: ante todo durante la noche a las santas mujeres; después a Pedro y a Juan; en seguida, por la mañana, de nuevo a las santas mujeres; durante el día, a los discípulos... camino de Emaús; al atardecer a los Once, etc., no comporta ningún destello exterior comparable, por ejemplo, con el de la Transfiguración (cfr. Mc 9,2ss). Al contrario, en cada uno de estos casos, los beneficiados de estas manifestaciones del Resucitado comienzan por representárselo bajo rasgos que dependen manifiestamente, por una parte, de su personal conciencia psicológica y moral en la coyuntura particular en la que él se manifiesta: los rasgos del jardinero para María Magdalena (Jn 20,15), de un viajero que sigue la misma ruta para Cleofás y su compañero (Lc 24,18), la de un fantasma para los Once con inquietudes de conciencia y más que reticentes para creer que el que viene a ellos es Jesús resucitado (Lc 24,57ss), y luego, cuando empiezan a creerle, muy tímidos todavía (Jn 21,12), etc.»

«En todas las catequesis del Nuevo Testamento... esto está profundamente atado tanto a la naturaleza de la fe, cuanto a la imposibilidad total, para quienes moramos aquí abajo, de tener la menor captación directa de Cristo resucitado en aquella gloria de su Padre que él tenía, junto a El, por su título de Hijo, en la comunión de su único Espíritu, "antes que el mundo existiese" (Jn 17,5).» Ni en la cristofanía que cegó a S. Pablo camino de Damasco, se da esta captación. «En contraste, el texto de Mateo, que contempla lo más cerca posible la primera manifestación de la resurrección del crucificado enterrado la antevíspera en la tumba, la describe en términos de algo maravilloso, en cierta manera en estado puro: sacudida del suelo, desplazamiento de la piedra, resplandor fulgurante del personaje tan misterioso como resplandeciente, etc.»

«Ahora bien, he aquí que las cosas se agravan hoy, si se puede hablar así, tanto para el creyente como para el incrédulo, respecto a todo lo maravilloso cuyas fronteras los sabios, a propósito del lienzo, no cesan de hacer retroceder al afirmar a la vez que aquello fue real, pero que ellos no lo pueden explicar.»

«El problema que se plantea a los creyentes es de una agudeza singular. Profesando sin concesión posible la absoluta trascendencia de Dios "por encima de todo"..., como aparece por doquier en el Antiguo Testamento, los creyentes de la tradición bíblica ¿van a encontrarse con los sabios en el rechazo de toda confusión entre el proceso de sola la razón y el de su fe religiosa, aunque estuviera ella sólidamente fundada sobre hechos? Los unos y los otros ¿se verán costreñidos, a la vez, a pensar que en ese relámpago violento y luminoso de una milésima de segundo, que estremeció la tumba e hizo desaparecer el cuerpo del resucitado, fue abierto el paso —el de la Pascua, dirán los

creyentes— entre lo creado y lo increado? ¿Cómo, en este punto preciso, no temerán, tanto los unos como los otros, ceder —los primeros— a las ilusiones de una fe que busca apoyo sobre lo maravilloso cuando ella no debe adherirse más que a la sola palabra revelada por Dios trascendente, a través de la historia bíblica; y los segundos, a las ilusiones de una ciencia-ficción que sacrifica sin pudor a una imaginación el obligatorio rigor de la observación de los hechos?»

«Los sabios han de debatir entre ellos prosiguiendo las investigaciones sobre la Sábana de Turín; las cuales, desde hace cerca de cien años, parecen haber mostrado que van de certeza en certeza. Los exegetas, practicando la hermenéutica integral, a la cual nosotros nos hemos consagrado, han de recoger ciertamente, las conclusiones ya adquiridas por los sabios; pero también han de confrontarlas con los datos de la revelación bíblica que ellos tienen el deber profesional de interrogar.»

«Llegados a este punto preciso, advertimos una importante diferencia entre el testimonio actual de los sabios y el del texto evangélico de S. Mateo. Es preciso al menos consignar aquí esta diferencia, sin perjuicio de volver sobre ella más adelante, para establecer nuestras conclusiones propiamente teológicas. Si los sabios están de acuerdo con S. Mateo sobre la rapidez del suceso, rapidez de un relámpago; si ellos le atribuyen, como él, una gran potencia —la sacudida del sepulcro para S. Mateo y la impresión de la imagen sobre la tela para los sabios—, divergen en cambio del evangelista en la manera de abordar este misterioso acontecimiento. Todo lo que testifica S. Mateo sucedió en el exterior de la tumba; todo lo que observan los sabios se sitúa en el interior, no sólo del sepulcro sino incluso de la sábana. Allí, afirman ellos, pasó algo hasta el presente inexplicable para ellos. Hemos citado más arriba el texto en el cual el Dr. Jumper dice que la causa que produjo la imagen sobre la tela debe haber tenido una acción puramente vertical, igual de arriba abajo que de abajo arriba, y haber salido del cuerpo extendido entre las dos partes del lienzo.»

«El creyente que medita el hecho de la resurrección del cadáver de la tumba a la luz de las Escrituras, piensa en seguida en lo que de ella dicen tanto S. Pedro (Hech 2,27 y 31) como S. Pablo (Hech 15,35). Apoyándose sobre el Ps 16,8-11, los dos apóstoles relacionan de manera parecida el hecho de la resurrección del cuerpo de Jesús a su condición de Hijo de Dios, que no podía, como tal, conocer ni la corrupción ni la muerte definitiva de los vivos en el scheol del Antiguo Testamento.»

«Por sus medios científicos de investigación ¿alcanzarían, pues, los sabios el momento en que los despojos del crucificado, que en la tumba pertenecían al universo de acá abajo, ya no le pertenecerían más por haber pasado al poder y gloria trascendente del Hijo eterno de Dios? Habiendo pasado ya el sábado y la Pascua de los judíos, y habiendo suficientemente confirmado las cerca de treinta horas de permanencia en la tumba de los despojos del crucificado que éste estaba bien muerto, ¿habrían alcanzado el punto en que Jesús, Hijo de Dios, transformó su cuerpo de encarnación en aquella gloria y poder de

eternidad que tenía en común con el Padre y el Espíritu, comenzando así a hacer entrar todo el universo en los tiempos escatológicos de una historia que no se acaba más que en Dios?»

«Cierto, tal perspectiva es la de la Revelación y la de los creyentes. Pero no puede ser la de los sabios, porque ellos están constreñidos a atenerse a los medios científicos de que disponen, los cuales —como piensan los creyentes en razón de la trascendencia de Dios— no podrán jamás llegar a esta relación, también ella trascente, del Hijo de Dios respecto a su Padre en la eterna comunión con su Espíritu de amor.»

«Volviendo ahora a S. Mateo, el exegeta creyente —que no todos lo son, cuando algunos se limitan en particular al análisis literario o a la crítica histórica, por más indispensables que ellos sean— observa que el evangelista mismo no se adentra sino con una extrema prudencia por este camino hacia la trascendencia. No sólo no se detiene en los hechos exteriores de los cuales los testigos pudieron dar testimonio: fuerte sacudida repentina, luz deslumbrante como la de un relámpago, piedra rodada de la tumba, espanto de las dos Marías y conmoción de los guardas, etc., sino que, todavía más, fiel en esto a toda la tradición judía de absoluto respeto hacia esta trascendencia, se preocupa de atribuir todos estos hechos, por extraordinarios que sean, incluso la deslumbrante fulguración del relámpago, no a Dios mismo, sino a un mensajero del cielo. Es conocida la importancia de la angeología... en la teología bíblica de la trascendencia de Dios, la cual es preciso respetar siempre, incluso en el cumplimiento de sus designios en la historia de los hombres.»

El texto de S. Mateo y el papel que en él se ha dado al ángel de la tumba abierta, se han de entender en función de esta teología de la trascendencia y del cuidado que tuvo el evangelista de salvaguardarla, entonces mismo, cuando él testificaba, tanto como se lo permitían los primeros episodios del día siguiente al sábado conocidos por él, del hecho para él indubitable de la resurrección en la gloria del Padre, del cuerpo del Crucificado.»

«En fin, la ciencia de los sabios y la hermenéutica integral de todo este fragmento de S. Mateo, destinado a los creyentes, proceden de dos polos diferentes: el de un misterioso estallido en el interior de la tumba, e incluso del lienzo, para los primeros, y el de unas manifestaciones exteriores no menos misteriosas para los segundos. Ambas concuerdan y se apoyan mutuamente, la una a la otra, para alcanzar, desde su punto de vista propio a partir de la tumba, el hecho de la resurrección en Dios del cuerpo del Crucificado.»

«Pero ni los sabios, ni aun los mismos creyentes, pueden esperar a llegar experimentalmente, aquí abajo, al término de este paso, es decir, de esta Pascua, la cual se halla en la inaccesible trascendencia tanto del Dios de la razón como del Dios de la revelación, el mismo y único Dios. Es a partir de esta certeza de donde hemos de arrancar cuando ensayemos, en nuestra tercera parte, precisar todavía más lo que fue y lo que queda de la Pascua de Jesús.»

F. «El testimonio de la sábana sobre la resurrección del cuerpo»

«Mateo no ha dicho nada del lienzo en este punto. No sorprende, ya que su testimonio no se refiere al hecho más que desde el exterior de la tumba. Los lienzos no los volveremos a encontrar hasta las horas siguientes de la mañana del sábado. En la línea que para el creyente es la del paso del cuerpo de Cristo amortajado a la trascendencia divina, observamos solamente que los sabios, trabajando sobre las fotografías de hoy, concuerdan en constatar que la Sábana no fue en nada maltrecha ni arrugada, como lo son normalmente las telas de las cuales se desprende un durmiente. El P. Carnac describe así lo que sucedió: "Ningún crítico objetivo puede contestar la idea de que el lienzo ha envuelto el cuerpo de un ajusticiado; pero un cuerpo que, en una fulguración de calor y de luz, se aniquila dejándonos su imagen marcada de manera indeleble sobre la superficie del tejido que le envolvía"» (Carnac: *Le Suaire,* p. 280).

«¿Alcanzaríamos, pues, aquí el paso del estado de cuerpo material al estado de "cuerpo espiritual" de que habla S. Pablo (1 Cor 15, 44)? El P. H.-D. Hardouin-Duparc, en una exposición oral hecha en Dijon el 6 de junio de 1961 expuso toda una tradición de Padres griegos que subrayaban que el "cuerpo espiritual" de Cristo se desprendió en efecto de sus lienzos sin tener que rechazarlos, incluso sin tener que tocarlos.»

«La expresión "cuerpo espiritual" es (en nuestra lengua) muy pálida por no decir contradictoria y un poco fantasmal. Por lo contrario, en el griego de 1 Cor 15, 44, tiene una gran densidad de realismo y de fuerza. Trae a la memoria que, en la condición de resucitado, el cuerpo está sometido al régimen del espíritu, como en la condición terrestre, el espíritu está sometido al régimen del cuerpo.»

«Con mucha razón, el Hijo de Dios, al resucitar el cuerpo humano en el cual él se había encarnado, lo desprendió de los lienzos y de la mortaja sin estar ya sometido a sus condiciones materiales, exactamente lo mismo que, en los próximos días, él se hará visible o desaparecerá con todas las puertas cerradas (Jn 20, 19).»

«De nuevo encontramos así entre sabios y creyentes situados unos y otros en sus respectivos puntos de vista, un impresionante acuerdo. Del interior de sus imágenes tridimensionales, si se puede hablar así, y, gracias a ellas, del interior en cierta manera de la mortaja, los primeros constatan que el cuerpo quedó sin ninguno de los frotamientos habituales en el paño que se retira al despertarse. Los segundos, al contrario, sosteniendo por la Escritura que la resurrección fue el paso —la Pascua— a la trascendencia, rehúyen precisamente asimilar esta resurrección al despertar de un dormido que se pone en pie sobre la tierra, y más aún a aquella de un Lázaro llamado de nuevo a la vida de aquí abajo y al que fue preciso ayudar a desprenderse de los lienzos de su primer enterramiento. Es preciso que los creyentes vigilen atentamente a no dejarse extraviar por las representaciones iconográficas de la resurrección de Cristo.»

«Esta convergencia de dos tipos de proceso, con puntos de partida

tan diferentes, es tanto más impresionante cuanto que los sabios, ateniéndose —como lo exigía su probidad— a los aspectos constatables del suceso, estimaron que éste se realizó en una milésima de segundo; mientras que el evangelista, testificando desde un punto de vista completamente distinto, el de un reportero de informaciones recogidas por él mismo, aseguró solamente que este instante fue violento y fulgurante. Lo importante es que unos y otros se encuentren de esta manera en este punto único del espacio y en este momento único del tiempo en que se inauguró aquí abajo la Pascua verdadera, es decir, el paso del Mesías Hijo de Dios encarnado —y por él también del universo entero— a la eternidad trascendente del Dios vivo.»

«Pero está claro que ni los teólogos ni los sabios podrán jamás hacer otra cosa que abrir perspectivas de acceso hacia esa eternidad, las de la ciencia o las de la fe, sin jamás alcanzar, la menor percepción del término de estas perspectivas.»

Magnífica y precisa exposición la del ilustre hermeneuta P. Féret, obra de especialista desapasionado. Ella nos exime de todo comentario o precisión.

Por ello aparece patente que los sabios, en estos estudios, están muy lejos de haber invadido el campo de la teología o exégesis bíblica, como algunos les han achacado [129].

---

[129] Efectivamente, algunos han acusado, incluso con cierta sorna, a los científicos inclinados sobre la Síndone de invadir el campo de la teología, jugando «no tanto a investigadores, cuanto a superficiales teólogos»; en una «mezcla de lo divino con lo humano»; como si intentaran con sus estudios «ayudar a Dios a clarificar un misterio que El se ha reservado para Sí y solamente abarcable para el que, fundamentado en el lenguaje pascual de la Iglesia, cree con fe divina en el Resucitado»; como si pretendieran «verificar el misterio, pasarlo por el túrmix de sus pobres entendederas, a fin de poderlo servir, racionalizado, en trozos digeribles» *(El Correo de Andalucía,* Sevilla, 26-III-1978).

Nada más inexacto que tal suposición.

Por de pronto, mal podrían abrigar tales intenciones unos hombres entre los cuales hay agnósticos, judíos, y creyentes de varios credos.

En segundo lugar, el mismo empeño mostrado siempre por ellos en hallar una explicación natural sin tener que recurrir al milagro para explicar estas imágenes, les exime de toda intencionalidad religiosa.

Los científicos se han reducido a estudiar un objeto arqueológico que les intrigaba científicamente. Han descubierto que era una auténtica mortaja que envolvió un cuerpo crucificado, el cual dejó en ella su imagen negativa de una manera naturalmente inexplicable. Han intentado especialmente descubrir qué fuerza o energía pudo haber producido este negativo fotográfico en la tela, y han concluido que no hay energía humana conocida capaz de producirla. Han llegado incluso a poder afirmar que ella es la mortaja de Jesús de Nazaret. No han hecho más.

No vemos que en todo esto se hayan salido ni un ápice de su campo científico.

Han procedido exactamente como los médicos a quienes la Iglesia consulta sobre la posibilidad humana de una curación que se sospechó si es o no milagrosa.

«No cabe duda, concluimos con el articulista aludido, pero cambiando el

Exactamente lo mismo que el Evangelio está siempre muy lejos de invadir el campo científico en sus exposiciones.

G. Conclusión

Queda claro, pues, a nuestro entender, que por la *posición* en que fueron encontrados sobre el banco sepulcral la sábana —«yacente, aplanada»—, que por el *calco perfecto de las manchas de sangre* existentes sobre ella y por la misma *manera misteriosa como se imprimieron las imágenes* que presenta, es ella, si no una prueba científica de la resurrección de Jesús —que esto no puede serlo— sí al menos un testimonio de la realidad histórica de la misma, en perfecto acuerdo con lo que sobre ella nos cuenta el Evangelio. Es lo que dijo S.S. el papa Juan Pablo II al venerarla privadamente en su visita a Turín.

Si el hecho de la tumba vacía se considera «una prueba negativa o indicio de la Resurrección», como suele decirse, mucho más la Síndone, una vez la hemos identificado con la mortaja de Jesús, por el cúmulo de datos científicos que en ella concurren.

No sabemos que Cristo resucitó por pruebas científicas; lo *creemos* por la fe. La misma tumba vacía no llevó a la fe en la Resurrección a la Magdalena, y llevó en cambio a Pedro y a Juan, una vez que descubrieron, a su vista, el alcance de las Escrituras. La fe supone siempre una iluminación especial de Dios. Pero se sirve muchas veces para ello de diferentes medios humanos. Y la Síndone es, en este sentido, un medio o instrumento aptísimo para encender la luz de la fe. Instrumento de un valor extraordinario, avalada como está por la ciencia; pero mero instrumento, al fin y al cabo. Es la gracia de Dios quien enciende la luz de la fe en las almas.

---

signo de la afirmación, «no cabe duda de que la ciencia *(no)* se ha salido de su propio papel».

La interpretación de sus conclusiones científicas nos toca a nosotros y a la Iglesia en primer lugar.

No deja de causar cierta pena que algunos autores, con la mejor buena intención sin duda, pero desconociendo el verdadero planteamiento del problema, acusen tan a la ligera a los científicos sindonólogos de meterse en camisa de once varas.

Naturalmente que a los que de entre ellos tenían fe, el pensamiento se les fue hacia la resurrección de Jesús, y a los ateos agnósticos les causó su estudio un fuerte impacto, como ellos mismos confiesan; pero ellos no entraron en el campo religioso. Precisamente el Dr. John Jackson, uno de los principales miembros de la NASA que llegaron a las conclusiones anteriores, escribió en *The Catholic Digest,* abril 1979: «Si alguno basase completamente la propia fe sobre un excepcional trozo de tela, sería como una forma de idolatría». No es ésta la forma como Dios nos dio pruebas de la resurrección de su Hijo.

El P. Rinaldi, en el congreso de Londres, puntualizaba este pensamiento. Aduce sus palabras Laurentin en *Le Figaro,* 2 nov. 1977: «Los textos aducidos, dice, pueden estrechar más las convergencias, pero no pueden aportar de igual modo "pruebas absolutas". Queda siempre un "espacio" para la apreciación personal y para "el acto de fe"».

«Un rabino judío convertido a principios de los años 70 después de haber estudiado la Sta. Sábana, decía: Yo no me he hecho cristiano por la Sábana, sino que he creído en el Hombre sepultado en la Sta. Sábana. Así es, yo creo que la Sábana es un buen mecanismo de iluminación para la fe. Es un camino para captar la atención de uno y darle pie para considerar el Evangelio. Pero necesitamos siempre dirigir nuestra atención al Hombre de la Sábana y no a la pieza de tela.» Así se expresaba G. Habermas en una interviú que le hizo la revista New Covenant, Michigan (USA), publicada en octubre de 1981.

Todo ello nos invita a reflexionar sobre la trascendencia de la Sta. Sábana, es decir, sobre el porqué de su existencia. ¿Qué pretendió Jesucristo al dejarnos ese reportaje gráfico de su pasión y testimonio de su resurrección? «Es fascinante pensar que Dios haya querido dejar un signo que no pudiera ser descifrado hasta la edad de la fotografía» ha escrito una revista tan ajena a parcialidad como es *The Economist* (Londres, nov. 1978, p. 117) en la recensión que hace de un libro sobre la Síndone.

Esto es lo que vamos a intentar hacer, junto con nuestros lectores en el epílogo que sigue. Pues aunque el hecho de la resurrección y la vida de Cristo no caen bajo la observación de nuestros sentidos ni de los aparatos científicos, no obstante, si él lo quiso por alguna finalidad sobrenatural, bien pudo dejar alguna señal física de su presencia, o de su paso por allí. Jesús pudo dejar impresa su imagen —de manera milagrosa o natural— sobre la mortaja que envolvía su cuerpo en el sepulcro, si alguna finalidad sobrenatural lo pedía; como se dejó ver y palpar y comió con los discípulos después de resucitado para confirmarlos en la fe. No se puede negar, pues, que Jesús pudiera despedir algún efluvio de su cuerpo, en el instante de resucitar, capaz de impresionar la tela que le envolvía, si así convenía para confirmar nuestra fe, llámese a esto «huella de la realidad sobrenatural de su resurrección», o «nexo extrínseco» con ella, o como se quiera.

EPILOGO

¿Una pequeña teología de la historia?

Hemos llegado al término de nuestra amplia «mesa redonda». Han desfilado por ella innumerables artistas, historiadores, físicos, químicos, médicos forenses, patólogos, cirujanos, biólogos, botánicos, arqueólogos, exegetas, hermeneutas... Inclinados sobre la Síndone, han ido descifrando, echando mano de los instrumentos más sofisticados y de los métodos más perfectos de que dispone la ciencia moderna, su misterio, a manera de detectives especialmente cualificados.

¿Será cosa vana o irreverente intentar descifrar, antes de cerrar el libro, los designios de Dios en la conservación de la Síndone hasta nuestros días? Es una cuestión que se han formulado innumerables autores.

Es enormemente sugerente la frase del reseñador del The Economist con que hemos terminado el último capítulo: «Es fascinante pensar que Dios haya querido dejar un signo que no pudiera ser descifrado hasta la edad de la fotografía».

Escribe el historiador Wilson *(Le Suaire...* p. 289): «Sea cual fuere la manera como se ha formado la imagen, tenemos derecho a maravillarnos ante esos 4,97 metros de tela, que es la Síndone de Turín. Porque si nuestra reconstrucción (histórica) es exacta, esa mortaja ha sobrevivido a la persecución contra los cristianos del primer siglo, a las inundaciones y al terremoto de Edesa, a la iconoclastia [130] bizantina, a las invasiones musulmanas, al pillaje de Constantinopla por los cruzados, a la destrucción de la Orden de los Caballeros del Templo; sin

[130] Con el nombre de iconoclastas (destructores de imágenes), designa la historia a los que encendieron y fomentaron una lucha feroz contra las imágenes religiosas en Bizancio. Comenzó ésta, oficialmente, en 725, fomentada por el emperador bizantino León III el Isáurico. Fue continuada por varios de sus sucesores hasta 842 en que murió el emperador Teófilo y le sucedió Miguel III bajo la regencia de su madre Teodora, ferviente defensora de las imágenes en el culto religioso.

contar con un primer ataque del fuego que la horadó con triples agujeros; después, del incendio de 1532; y otra grave tentativa de destrucción, también por el fuego, en 1972. ¡Oh ironía de la historia! cada uno de los edificios en los cuales se quiso proteger esta Síndone antes del siglo XV, han desaparecido hace tiempo, arrastrado por los avatares de los tiempos».

Así, en el settecento, acabó entre llamas la iglesia de Sta. María de Blaquernas. De Chambéry hablaremos luego.

«En cambio, continúa Wilson, esta frágil pieza de tela ha superado todos los peligros para llegar hasta nosotros casi intacta... No puede uno menos de pensar que esta tela tiene un papel que desempeñar, y que la hora de ello está cerca.»

Y el P. Guido Sommavilla, S.I., escribe por su parte *(La Civiltà Cattolica,* 7-XII-1978): «Toda esta historia, ora cierta ora más o menos probable, de largas ocultaciones, pérdidas, reapariciones misteriosas, extraños traspasos; además de saqueos, secuestros, latrocinios, incendios... de malas conciencias, de obstinaciones sacrílegas, de expediciones guerreras y de botines de guerra... hace reflexionar. Pensemos que sin tantas operaciones, ora destructoras ora protectoras, ora buenas y santas pero ora malignas y malvadas en sí, la Síndone no estaría intacta y salva allí donde está».

Efectivamente, aunque no conocemos a punto fijo los pasos seguidos por la Síndone en los primeros siglos, podemos no obstante colegir con certeza que fueron innumerables los peligros de destrucción que hubo de salvar.

Si los primitivos judeo-cristianos, yendo contra sus tradiciones que consideraban impuro todo objeto que hubiera estado en contacto con un cadáver y además manchado de sangre, no la hubieran guardado cuidadosamente pero ocultándola celosamente a sus compatriotas no cristianos, la Síndone hubiera corrido grave riesgo de desaparecer en medio de las cruentas persecuciones de que fueron objeto los cristianos en Jerusalén y en toda Judea durante el primer siglo.

Si luego no la hubieran puesto a salvo, llevándosela consigo a Pella antes de la destrucción de Jerusalén el año 70, hubiera corrido también el riesgo de perecer con la destrucción de la ciudad.

Más tarde, por los años 132-135, si no la hubieran sustraído a la furiosa persecución de Bar Kokhba, que se ensañó contra todo lo cristiano, y a la profanación sistemática de Adriano al edificar Aelia Capitolina —probablemente llevándosela a Edesa de Mesopotamia— el peligro de destrucción hubiera sido igualmente grave.

Peligro parecido hubiera corrido la Síndone de hallarse en Jerusalén cuando los persas, en el 614, entraron en Palestina arrasando a sangre y fuego todo lo cristiano. Pero la Síndone estaría por entonces a salvo en manos ebionitas.

Igualmente, si no hubiera salido a tiempo de Edesa —no sabemos cómo ni cuándo—, sin duda habría perecido cuando el año 1146 fue tomada y saqueada, como jamás en su historia, por los turcos. Todas sus iglesias fueron destruidas. Y durante un año entero los saqueadores se dedicaron a levantar pavimentos, a remover cimientos y escru-

tar tejados en busca de tesoros escondidos. Suerte que la Síndone estaba ya por entonces en Constantinopla.

Si en el siglo VII no hubiera estado bajo el dominio de los «infieles» musulmanes, hubiera sin duda caído, un siglo más tarde, en las manos destructoras de los iconoclastas «fieles», es decir cristianos, que destruían cuantas imágenes religiosas tenían al alcance de su mano.

También tuvo que superar, no sabemos cómo, la persecución destructora de todo lo cristiano llevada a cabo por el califa Hakem en Palestina por los años 1010, y eludir la más devastadora todavía de los turcos selyúcidas en 1077. Ya hemos indicado que probablemente con esta ocasión pasó secretamente la Síndone a Constantinopla.

Más tarde, en 1204, salió sorprendentemente incólume del horrible pillaje de la ciudad llevado a cabo por los cruzados de la IV Cruzada, ávidos de riquezas y de reliquias. Nadie supo de momento qué había sido de ella.

Si más tarde Balduino II, constreñido por la necesidad de dinero, no se hubiera visto obligado a empeñarla —no sabemos a quién—, la Síndone hubiera permanecido en Constantinopla hasta la llegada de los turcos en 1453. Su fanatismo la hubiera hecho desaparecer sin duda, en los terribles días de pillaje, violación, destrucción y muerte que siguieron a su conquista. Los turcos no eran menos iconoclastas que los del siglo VII-IX, como puede apreciarse en los mosaicos de Santa Sofía (Sommavilla). Y menos mal que no se le ocurrió a Balduino cortarla en pequeños pedazos para sacar más reliquias.

Así pudo refugiarse clandestinamente la Síndone en Occidente.

Pero también aquí se ve su camino erizado de peligros. Primero con la oposición de Enrique de Poitiers y de Pedro d'Arcis, obispos de Troyes.

En particular si, en agosto de 1389, los canónigos de Lirey no la hubieran escamoteado a las pesquisas del baile de Troyes, que la quería requisar en nombre del rey, la Síndone hubiera sin duda sido destruida o al menos hubiera pasado al tesoro real de París, donde más tarde hubiera caído en poder de la Revolución (1789-1799) y hubiera sido destruida.

Más tarde, si Margarita de Charny, desafiando la excomunión, no la hubiera retenido tenazmente consigo a la muerte de su segundo esposo, Humberto de Villersexel, conde de la Roche, contra todas las reclamaciones de los canónigos de Lirey y las sentencias judiciales contra ella; si no la hubiera consignado después sorprendentemente a la casa de Saboya; si ésta, con un pretexto-engaño (la peregrinación de S. Carlos Borromeo), no la hubiera trasladado definitivamente a Turín; si más tarde el avisado y astuto canónigo de Vercelli, Antonio G. Costa, no hubiera hábilmente burlado las apetencias del gobernador francés del Piamonte, Charles Gossè, que se había apoderado traidoramente de la ciudad para hacerse con la reliquia, ésta, trasladada a Francia, habría tenido muy probablemente el mismo fin que la falsa síndone de Besanzón, cuando la Revolución francesa.

De hecho, «la Sainte Chapelle de Chambéry fue saqueada en 1793 por las tropas francesas de la Revolución, y sus abundantes reliquias

fueron dispersadas y destruidas... ¿No fue providencial que la Sta. Sábana no se hallara ya allí?» exclama el canónigo F. Nicollet, capellán de la Sainte Chapelle *(Le Christ...* p. 23).

Y sigue el P. Sommavilla: «Si los incendios no la hubieran lamido, no se tendría el test de analogía entre las quemaduras y las improntas (que nos han dado una pista sobre la formación de éstas por irradiación), ni de su inalterabilidad al calor intenso y al agua, prueba suplementaria de su autenticidad».

Además sorprende vehementemente que cuatro personas, exponiendo claramente sus vidas, pudieran rescatar la caja de la Síndone a medio fundir de un fuego tan violento que reventó la fachada de la iglesia.

Y más sorprendente es todavía que la tela, encerrada en una urna de plata a la temperatura de fusión (960°) de ésta, no se quemara toda, cuando basta para ello una plancha demasiado caliente dejada sobre una tela.

Más maravilloso todavía: el fuego de 1532 parece guiado por una mano sabia. Estando el lienzo plegado en 48 pliegues y afectando el fuego a todo un lado del paquete, dejó intacta la figura de las dos imágenes centrales enmarcadas entre dos líneas quemadas. El incendio no ha impedido en absoluto el concienzudo estudio científico de ambas imágenes.

No basta todavía. A propósito de incendios, otras intentonas fallidas hacen pensar.

En el alba del domingo 1 de octubre de 1972, se encontró un trapo empapado en sustancias oleosas sobre el mantel del altar de Bertola (Turín). Había sido encendido, pero no se había propagado el fuego. Uno de los cristales que rodean el espacio donde descansa la caja con la reliquia, había sido quitado con cuidado.

La policía logró descubrir el camino por donde había penetrado el malhechor. Con ello, la Superintendencia sobre los monumentos del Piamonte, de quien depende la capilla Guarini por formar parte del palacio real, hizo reforzar algunas puertas y tapiar otras en espera de más radicales medidas.

Pero en el alba del sábado 21 del mismo mes de octubre, otra intentona. Otra vez, sobre el pavimento delante del altar, el trapo embebido en sustancias oleaginosas con trozos de papel moneda quemados en parte, provenientes sin duda de un cepillo de lismosnas que había sido allí cerca desvalijado. El facineroso había recorrido el mismo camino de la vez anterior. Después, al tropezar con las puertas tapiadas, había roto el vidrio de un lucernario y había descendido a un corillo de la capilla. De allí, con una maniobra todavía más peligrosa, había bajado al pavimento de la misma. Numerosas trazas de manos y pies sobre la blanca estatua de Manuel Filiberto indicaban claramente el camino seguido.

Con esto, a primeros de noviembre fue instalado un sistema de alarma. Hasta cuatro veces sonó desde el 7 de noviembre al 23 de enero siguiente.

Tal vez se debió a un fallo de la instalación... Pero los periodistas no perdieron la ocasión de recurrir a... «ritos mágicos... pasajes secretos... pactos con el diablo... (!!)» *(Sindon,* n. 17, p. 42).

No paró, con todo, aquí el afán destructor. Leamos la nota de prensa aparecida en *La Vanguardia* (Barcelona, martes, 8 de mayo de 1979, p. 41):

«Turín, 7.—Dos jóvenes intentaron robar en la noche del sábado el Santo Sudario, expuesto en la catedral de Turín y que, según la tradición cristiana, cubrió el cuerpo de Jesucristo después de la crucifixión.»

«Los ladrones se vieron sorprendidos por el ruido de las sirenas instaladas en el interior del templo, que entraron en funcionamiento cuando intentaban forzar el arca donde se halla la sábana. La policía acudió inmediatamente y capturó a los jóvenes que no pudieron escapar al no lograr abrir una de las puertas de la iglesia.»

Se ve que hay alguien a quien la Sta. Síndone estorba profundamente y que, en consecuencia, tiene sumo interés en hacerla desaparecer. Recordemos que en noviembre de 1973 fue presentada la Sta. Sábana, por primera vez en la historia, por la televisión europea. Sus preparativos remotos debieron comenzar el año anterior. Recordemos también que en septiembre-octubre de 1978 tuvo lugar la magna ostensión de la misma, que conmocionó a Italia y aun a todo el mundo cristiano. Hasta cerca de tres millones y medio se calculó el número de visitantes venidos de todo el mundo durante aquel casi mes y medio en que estuvo expuesta. Se comprende que estos hechos y esta veneración molestase a algunos y decidieran eliminarla.

Ahora bien, volviendo a nuestro tema, es evidente que no basta el interés excepcional de los cristianos por conservar intacta durante tantos siglos la que creían ser la mortaja de Jesús para explicar su real conservación hasta nuestros días, salvando tantos obstáculos y peligros de destrucción. A pesar del mucho interés por conservar un objeto valioso para nosotros, unas veces se nos estropea, otras se pierde o alguien nos lo arrebata. O bien nuestros sucesores no lo aprecian como nosotros y lo dejan desaparecer.

Es preciso, pues, admitir un poder superior que ha velado por su conservación hasta los días de la fotografía y de la técnica, en que ha sido posible desvelar sus secretos. Júzguelo el lector mismo.

Por ello recogemos las palabras del P. Sommavilla con las que él termina su artículo. «Es casi una pequeña teología de la historia. Esto es, de cómo Dios, el primero de todos incluso en ironía, sabe sacar bien del mal.»

«La historia de la imagen fotográfica del Dios encarnado se parece... a la de la imagen gráfica de su palabra; queremos decir, a los textos escritos del Evangelio, confiados durante los tres primeros siglos a frágiles papiros. De cuando en cuando, no obstante, emergen, de ciertos desiertos o de ciertas grutas, fragmentos de los mismos capaces de demoler, con algún resto de palabras mutiladas, sistemas "científicos" montados contra su autenticidad. Ahora la Síndone puede incluso desaparecer: millones de fotografías en todo el mundo la ha-

cen ya indestructible. Sin fotografía, ella no sería ni siquiera completa. Parece verdaderamente destinada a la era de la fotografía y de la tecnología, a fin de que incluso el hombre demiurgo de este nuestro siglo y de los siglos venideros sea ayudado a reconocer a su Dios y Salvador».

En efecto, «en cuanto nos es dado determinar», escribe el historiador Wilson, uno de los convertidos por el estudio de la Síndone, «una imagen semejante no se ha producido más que una sola vez: sobre la mortaja de Jesús de Nazaret, el hombre de quien se dice que realizaba milagros y que resucitó de entre los muertos... Fundándonos sobre las informaciones restringidas de que disponemos, se puede adelantar que un hipotético relámpago de ese poder operó, tal vez, en el momento de la creación de la imagen de la Síndone... Una explosión del poder misterioso que él poseía. En un instante, su sangre se desmaterializó, disuelta tal vez por esta fulguración, mientras que su imagen y la de su cuerpo se fijaba de manera indeleble en la superficie de la tela, presentando a la posteridad una instantánea de la Resurrección» *(Le Suaire...* pp. 288-89).

Pero Dios no hace milagros sin finalidad proporcionada. ¿Cuál pudo ser, en nuestro caso, esa finalidad providencial?

Abramos el Evangelio. En un acto de despecho por los milagros y doctrina de Jesús, unos escribas y fariseos le exigieron «con ánimo de tentarle, una señal del cielo» (Lc 11, 16) para probar su misión divina.

Jesús respondió: «Una generación perversa y adúltera reclama una señal, y no se les dará otra que la de Jonás, el profeta. Porque así como estuvo Jonás en el vientre de la bestia marina tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre tres días y tres noches (tres días civiles, aunque no fueran completos) en el corazón de la tierra» (Mt 12, 39-40).

Señales, signos y portentos, que probaban que Dios hablaba y actuaba por su medio, los había prodigado Jesús a lo largo de toda su vida apostólica. Ahora se le exigía de una manera solemne un signo especial, «del cielo», que fuera como las credenciales de su misión mesiánica. Y Jesús aceptó el reto. La señal o signo máximo y fundamental de su misión divina será su propia resurrección al tercer día.

Y los judíos entendieron perfectamente la respuesta. El sábado de Pascua, al día siguiente de enterrado Jesús, «reunidos los sumos sacerdotes y los fariseos (sin preocuparse del descanso sabático) se presentaron a Pilato diciendo: Señor, hemos oído que aquel embaucador, en vida, dijo: "Después de tres días resucitaré". Manda, pues, que quede asegurado el sepulcro hasta el tercer día; no suceda que viniendo sus discípulos lo hurten y digan al pueblo: "Resucitó de entre los muertos". El último engaño sería peor que el primero. Díjoles Pilato: Ahí tenéis la guardia, id y aseguradlo como sabéis. Ellos fueron y aseguraron bien el sepulcro, sellaron la losa y le pusieron guardia» (Mt 27, 62-66).

Y la resurrección de Jesús fue el gran argumento esgrimido por los discípulos para probar el mesianismo de Jesús. Incluso ante los

sanedritas. Y el pueblo les escuchó, y creyó en Jesús-Mesías, y la Iglesia se extendió por el mundo hasta llenar la tierra.

Pero esta fe se ha ido amortiguando. «Nuestra edad se caracteriza por un rechazo de lo sobrenatural y de lo milagroso. Este escepticismo ha invadido incluso la Iglesia. Muchos cristianos —incluso entre los teólogos, exegetas y pastores— dudan de la resurrección física de Jesucristo. El racionalismo científico, piensan ellos, les impide creer realmente que Jesús ha resucitado de entre los muertos. Algunos consideran la Resurrección como un fenómeno "espiritual": Jesús se "levantó" en el espíritu de sus discípulos y sigue vivo hoy en la "memoria" de los fieles» dicen.

«Es difícil imaginar un desafío más eficaz que la Síndone a este punto de vista "científico".» (Stevenson y Habermas, *La Verité...* p. 24.)

Efectivamente, si ella es auténtica, si es la mortaja de Jesús, como creemos haber probado suficientemente, si lleva sobre sí la impronta de Jesús crucificado tal como nos lo describen los evangelios, si sus manchas de sangre demuestran que aquel cuerpo se separó misteriosamente de su mortaja, volatilizado en medio de una irradiación luminoso-calórica que impresionó la tela... podemos con razón deducir, a nuestro parecer, que la Síndone es el signo dado por Dios a la generación incrédula y perversa de nuestros días. Es la actualización, hoy, del signo de Jonás dado por Jesús a los judíos de su tiempo para probar su misión por parte de Dios.

«En esta era en que la ciencia hace difícil la fe en el Evangelio, la misma ciencia podría ir tan lejos como es posible para darnos la prueba de la validez de los evangelios». (Stevenson y Habermas, ibíd.)

La resurrección de Jesús explica perfectamente todos los datos misteriosos constatados por la ciencia en la Síndone. Esta, en consecuencia, hace tanto más probable el testimonio empírico de la historia, que confirma también la resurrección de Jesús. La Síndone aporta de este modo un indicio científico empírico de la resurrección de Cristo. *Es un indicio que ha escapado siempre a la fe religiosa desde el primer siglo, pero que se hace tanto más vigoroso hoy, gracias a la técnica y a la ciencia.*

«La Sábana Santa es, en efecto, el gran testigo inapelable y actualizado de la muerte-resurrección de Cristo, reservado para unos tiempos en que tanto la incredulidad como la indiferencia han ido cancerosamente minando la entereza de nuestra lealtad a Cristo, esfumándonos la muerte, tanto la suya como la nuestra, desvalorizando la noción de sacrificio y expiación de la cruz y reduciendo la resurrección a una entelequia.» Así se expresa en su estilo tajante, el P. Carreño *(Urna...* p. 167).

Se comprende que un científico de la talla del Dr. D'Muhala, presidente del *Nuclear Technologies Corp.* en Amston, Conn. USA, y uno de los cinco directores del STURP, escéptico al principio sobre la Síndone, después de haberla estudiado a fondo, exclamara en una conferencia: «Todos los científicos con quien he hablado, no sólo están seguros de la autenticidad de la Síndone, sino que la creen una "carta de amor" y una herramienta que El nos dejó para toda mente analíti-

ca... Como resultado de estos estudios, un científico judío de nuestro equipo se nos ha hecho cristiano» *(The Wanderer,* 10 de enero de 1980).

También para los judíos de hoy, cansados de esperar otro mesías, puede convertirse la Síndone en la señal dada por Jesús de su auténtico mesianismo, y en consecuencia, conforme al pronóstico de S. Pablo (Rom. 11, 25-32), ser el principio de su conversión masiva a Cristo.

BIBLIOGRAFIA

En esta bibliografía consignamos solamente aquellas obras dedicadas expresamente al estudio de la Sta. Sábana y de las cuales nos hemos servido, de alguna manera, para nuestro trabajo.

Otras obras consultadas, que tratan sólo de pasada de nuestro tema, no las incluimos aquí. En sus lugares respectivos las hemos citado ya.

DE VARIOS AUTORES

I CONVEGNO NAZIONALE DI STUDI SULLA SANTA SINDONE. Torino 1939. Atti: *La Santa Sindone nelle ricerche moderne,* L.I.C.E. R. Berruti & C. Torino 1941 y 1950.

I CONVEGNO (CONGRESSO) INTERNAZIONALE DI STUDIO. Roma-Torino 1950. Nunca se publicaron las actas completas de este congreso; pero se publicó un resumen de ellas como apéndice a la 2.ª edic. de las Actas del I Convegno Nazionale, y por consiguiente, con el mismo título: *La Santa Sindone nelle ricerche moderne.*

Ultimamente, Don Pietro Scotti. S.D.B. ha publicado una reedición anastática de esta 2.ª edición. Torino, Marietti, 1980.

COMISSIONE DI ESPERTI NOMINATA DALL' ARCIVESCOVO DI TORINO, Card. Michele Pellegrino, nel 1969. Suplemento de la Rivista Diocesana Torinese, enero 1976: *La S. Sindone, ricerche e Studi della Comissione di Esperti.*

OSSERVAZIONI ALLE PERIZIE UFFICIALI SULLA SANTA SINDONE 1969-1976. Centro Internazionale di Sindonologia, Torino, 1977.

PROCEEDINGS OF THE 1977 UNITED STATES CONFERENCE OF RESEARCH ON THE SHROUD OF TURIN - March 23-24, 1977. Albuquerque, New Mexico, USA. Holy Shroud Guild, Nueva York 1977.

II CONGRESSO INTERNAZIONALE DE SINDONOLOGIA - *La Sindone e la Scienza.* Bilanci e programmi. Atti. A cura di Piero Coero Borga - Centro Internazionale di Sindonologia. Ediz. Paoline, Turín 1979.

GAZZETTA DEL POPOLO. *Torino,* sept. 1978. *Speciale per l'Ostensione della Sindone.*

II CONVEGNO NAZIONALE DI SINDONOLOGIA, Bologna 27-29 nov. 1981. *La Sindone, Scienza e Fede.* Atti. A cura di Lamberto Coppini e Francesco Cavazzuti. Edit. Cluep, Bolonia 1983.

SINDON - Revista científica y plurilingüe del Centro Internazinale de Sindonologia, Turín, donde se recoge todo cuanto aporta la medicina, la historia, la exégesis, el arte... al estudio de la Sta. Sábana. (Sale ahora una vez al año.)

NOTIZIARIO DEL CENTRO INTERNAZIONALE DELLA SINDONE. (Anual) Turín, Via S. Domenico, 28.

BARBET PIERRE. *Las cinco llagas de Cristo.* Ed. Carrera del Castillo, Madrid 1950. Trad. José Cervantes.
— *La Pasión corporal de Jesús y el Santo Sudario.* Biblioteca Sindoniana n.º 6, Barcelona 1950.
— *Las llagas de Jesús y el Santo Sudario. Comprobaciones científicas.* (Trad. del francés). Biblioteca Sindoniana n.º 9, Barcelona 1953.
— *La Passion du Christ selon le chirurgien.* Apostolat des Editions, Paris 1965. (Sept. edic.)
BASILIO DE S. PABLO, C.P. *La Eucaristía y el Santo Sudario. Dos memoriales de la Pasión de Cristo.* Bibl. Sindoniana n. 14, Barcelona 1952.
BENÍTEZ J. J. *El Enviado.* Editorial Plaza & Janés, Barcelona 1979 y 1980.
CARNAC PIERRE. *Le Suaire de Turin. La Science dit: «Oui!»* Ed. Alain Lefeuvre, París 1979.
CARREÑO ETXEANDÍA, S.D.B. JOSÉ LUIS. *El Retrato de Cristo.* Centro Nacional Salesiano de pastoral juvenil, Madrid 1968. (Varias ediciones.)
— *El Ultimo Reportero.* Edic. Don Bosco, Pamplona 1976. (Varias ediciones.)
— *Las Huellas de la Resurrección.* Hogar del Misionero, Alzuza (Navarra) 1978.
— *Al cerrarse la Urna.* Edic. Don Bosco, Pamplona 1980.
CONDULMER PIERA. *La Sindone (Testimone o inganno?)* Codella Editore, Torino 1978.
CORDONNIER GERARD. *La Passion et le Crucifiement d'après le Saint Suaire de Turin et la Sainte Tunique d'Argenteuil.* Archicofrérie de l'Evangile dans la vie, París 1934.
CORSINI DE ORDEIG MANUELA. *El Sudario de Cristo.* Rialp, Madrid 1976 y 1982.
ENRIE GIUSEPPE. *La Santa Sindone rivelata dalla fotografia.* S.E.I. Torino 1933 y 1938.
FÉRET H.-M. O.P. *Mort et résurrection du Christ d'après les Evangiles et d'après le Linceul de Turin.* Edit. Buchet/Chastel, París 1981.
FILAS L. FRANCIS, S.I. *The Dating of the Shroud of Turin from coins of Pontius Pilate.* Publication of the Loyola University of Chicago, Illinois 1980.
— *Space-Age technology: Three-Dimensional Image Analysis confirms Pontius Pilate coin on Shroud of Turin.* Junio 1981.
— *Missing Link - Coin of Pontius Pilate proves authenticity, place of origin, and aproximate dating of the Shroud of Turin.* Sept. 1981.
— *New Evidence on Shroud of Turin coin: Second Rare Coin definitively confirms previons coin imprints on Shoud of Turin.* Nov. 1981.
— *New Filmstrip of Pontius Pilate coins on Shroud of Turin.* Enero 1982.
— *Wrap-Up of the Newest Confirmations: Pontius Pilate coins authenticate, date, locate origin of Shroud of Turin.* Abril 1982.
— *Image Analysis of Turin Shroud supports Pontius Pilate coin. Authenticity. Dating.* Dic. 1983.
GAIL PAUL DE, S.I. *Histoire religieuse du linceul du Chist.* Educ. France Empire, París 1974.
— *Le visage de Jésus-Christ et son linceul.* Edic. France-Empire, París, 2.ª edic. 1977.
HERNÁNDEZ VILLAESCUSA MODESTO. *La Sábana Santa de Turín.* Imp. Henrich, Barcelona 1903.
HUIDOBRO PARDO LEOPOLDO. *El misterio del Santo Sudario.* Biblioteca Sindoniana, n. 5, Barcelona 1957.
HUMBERT THOMAS. *L'énigme du Saint Suaire.* CERF, París 1979. (Trad. del inglés: The Sacred Shroud, 1977).
HYNEK RUDOLF W. *Lo que revela el Santo Sudario a un convertido. Cuestiones médicas y reflexiones piadosas.* Biblioteca Sindoniana n. 10, Barcelona 1951.

— *El aspecto físico de Jesús en el Santo Sudario.* Biblioteca Sindoniana n. 11, Barcelona 1954.
JUDICA CORDIGLIA GIOVANNI. *¿Es Cristo el hombre del Santo Sudario?* Biblt. Sindoniana n. 15, Barcelona 1955.
— *L'Uomo della Sindone è il Gesù dei Vangeli?* Ediz. Fond. Pellizza, Chiari (Brescia) 1974.
LEGRAND ANTOINE. *Le Saint-Suaire témoigne comment est mort le Christ.* Apostolat des Editions, París 1952 y 1971.
— *Le Linceul de Turin.* Desclée de Brouwer, París 1980.
LEONE DOMENICO. *El Santo Sudario de Turín.* Biblioteca Sindoniana n. 1, Barcelona 1950.
LERGA LUNA TOMAS y LÓPEZ GÓMEZ LEOPOLDO. *La Herida del Corazón de Jesús. Comentario médico-legal.* Biblioteca Sindoniana n. 7, Barcelona 1950.
LORING JORGE, S.I. *La autenticidad de la Sábana Santa de Turín.* Edic. Crespo, Madrid 1978.
NICOLLET F. *Le Christ dans le Saint-Suaire de Chambéry - Turin.* Soc. des Amis de la Sainte-Chapelle, Chambéry 1969.
PERRIN JOSEPH. *Ecce homo.* Edit. France-Empire, París 1981.
RICCI GIULIO MONS. *L'Uomo della Sindone è Gesú.* Ediz. Studium, Roma 1969.
— *La Sindone Santa.* Ed. Centro Romano di Sindonologia, 1976.
SAVIO PIETRO MONS. *Ricerche storiche sulla Santa Sindone.* S. E. I. Turín 1957.
STEVENSON KENNETH et HABERMAS GARY R. *La verité sur le Suaire de Turin. Preuves de la mort et de la résurrection du Christ.* Librairie Arthème Fayard, París 1981. Trad. del inglés: *Verdict on the Shroud,* 1981.
— *Dictamen sobre la Sábana de Cristo.* Trad. del inglés por José Luis Carreño Etxeandía. Edit. Planeta, Barcelona 1982. Citamos la trad. francesa.
VIGNON PAUL. *Le Saint Suaire de Turin devant la Science, l'Archéologie, l'Histoire, l'Iconographie, la Logique.* Ed. Masson et Cie. París, 1938 y 1939. Reimpresión anastática, Bottega d'Erasmo, Turín 1978.
WILCOX ROBERT K. *El Sudario.* Edit. Pomaire, Barcelona 1979. Trad. del inglés: *The Shroud of Turin.*
WILSON IAN W. *Le Suaire de Turin.* Albin Michel, París 1978. Trad. del inglés: *The Shroud of Turin.* New York 1978. Citamos la trad. francesa.
ZEULI TINO y BARBERIS BRUNO. *La Sindone e la Scienza.* Lions Club Rivoli, Valsusa 1978.

INDICE

	Págs.
Prólogo del Dr. Balaguer	9
Presentación	13
Indice onomástico	17
Capítulo I. Descubrimiento desconcertante	27
1. El hecho	28
2. Contestación	33
3. Los cuarenta sudarios	39
4. Centrando el problema	43
Capítulo II. Historia	45
1. Turín	45
2. Chambéry	46
3. Lirey	51
4. Constantinopla	58
5. Como pasó a Occidente	62
A. Ultimos datos de Constantinopla	62
B. Paso a Occidente	67
a) Hipótesis de Esmirna	68
b) Hipótesis de los Templarios	70
c) Hipótesis de Besanzón	73
6. Siglos XI al III	75
A. Referencias históricas concretas	76
B. La Iconografía	82
a) Retrato de Jesús	82
b) Jesús cojo (?!)	83
c) Jesús deforme (?!)	86
d) Los epitáphioi	87
e) El Mandylion	87
f) Los ebionitas	92

Págs.

7. Los dos primeros siglos 96
8. Recapitulación histórica 98
9. Itinerario probable de la Síndone 110
10. Conclusión 111

Capítulo III. La tela 113
1. Descripción 113
2. El tejido 117
3. Su antigüedad 118
4. El Carbono 14 120
5. Palinología 123
Apéndice al cap. III 126
A. Movimiento científico en torno a la Síndone 126
B. Técnica textil 129
C. La prueba del Carbono 14 130
D. La Palinología 132

Capítulo IV. La doble figura 137
Descripción 137
1.ª Parte: La imagen 139
A. Qué es esa doble imagen 139
1. Se comporta como negativo fotográfico 139
2. No es una pintura 141
3. No es una inversión de colores 148
4. No es un calco 150
5. No es tampoco un estampado 152
6. Es un viraje químico de la celulosa 155
7. Es un auténtico negativo fotográfico de un cadáver 155
8. Fotografía singular 160
9. Fotografía tridimensional 162
B. Cómo se sacó esté clisé 167
1. Teoría de contacto 167
2. Teoría vaporigráfica 168
3. Imagen retardada 170
4. Efecto Volckringer 172
5. Rayos mitogenéticos de Gurwitsch 173
6. Teoría calórica 173
7. Una radiación luminoso-calórica 176
8. Conclusión 178
2.ª Parte: Las manchas de sangre 179
A. ¿Es sangre lo que se ve? 179
1. Es realmente sangre 181
2. Es sangre humana del grupo AB 181
B. ¿Cómo se imprimió en la tela? 182

Págs.

Conclusión de todo el capítulo 185
Apéndice al cap. IV: Teoría de Pesce 185

Capítulo V. El cuerpo del delito 191
1. Una sepultura honorable: sábana rica, aromas, mentonera, cabellera aderezada, dos moneditas sobre los párpados, filacterias (?) 192
2. Sepultura apresurada 206
3. Malos tratos recibidos 207
4. Azotado 211
5. Coronado de espinas 219
6. Camino del suplicio 231
7. Crucificado 238
8. Agonía horripilante 251
9. Muerto 262
10. Impugnación a la muerte del H. de la S. 272

Apéndice al cap. V: Yehohanán 290

Capítulo VI. El hombre de la Sta. Sábana 297
1. Aspecto físico 297
   a) Hermosura y majestad del rostro 297
   b) Antropometría 298
   c) Proporción somática 301
   d) Edad 302
   e) Oficio ejercido 302
   f) Tipo racial 303
2. Temperamento 304
3. ¿Quién puede ser ese hombre? 308
   A. Indicios 309
      a) La tradición 309
      b) Su misma perfección física y psíquica 310
      c) El rostro en particular 312
      d) Una dificultad aparente 315
   B. Cálculo de probabilidades 316
   C. Hallazgo inesperado: ¡la cuasifirma! 322

Capítulo VII. Reportaje gráfico de la pasión y muerte de Jesús 327
1. Sudor de sangre 328
2. La bofetada 329
3. Malos tratos 330
4. Flagelación 331
5. Coronación de espinas 332
6. Con la cruz a cuestas 336

Págs.

7. Caídas 339
8. Las piadosas mujeres 340
9. Crucifixión 341
10. El título de la cruz 348
11. Agonía atroz y palabras de Jesús 353
12. Muerto 361
13. De qué murió Jesucristo 366
    a) ¿Por rotura del corazón? 367
    b) ¿Por asfixia? 374
    c) ¿Por haber ingerido líquido? 381
    d) ¿Por colapso ortostático? 382
    e) ¿Por un conjunto de causas? 384
    f) Unas reflexiones 387
14. Entierro 388
    a) El sepulcro 389
    b) Al estilo judío 392
    c) Significado de unas palabras: sindón, othónia, soudárion, entýlisso, eneileo y deo 395
    d) El sepelio 401
    e) Los aromas 407

Apéndice al cap. VII 412
A. La Verónica 412
B. La túnica de Argenteuil 414
C. Historicidad del cuarto evangelio según John A. T. Robinson 420

Capítulo VIII. Testigo de la Resurrección 427
1. La Resurrección en el Evangelio 427
2. Impugnación de la Resurrección 432
    A. Teorías naturalistas 432
    B. Teoría transhistórica 435
3. Aportación de la Síndone: 437
    A. La posición de los lienzos en el sepulcro vacío 438
    B. Las manchas de sangre tal como están en la Síndone 444
    C. Hora de la Resurrección 446
    D. Cómo desapareció el cadáver 447
    E. Qué dice la Exégesis. Teoría del P. Féret 458
        1) Súbito relámpago salido del cuerpo del Crucificado 458
        2) Significado de ese relámpago en S. Mateo y en los sabios sindonólogos 459

Págs.

F. El testimonio de la Sta. Sábana sobre la resurrección del cuerpo 463
G. Conclusión 465

Epílogo 467

Bibliografía 475